

Alex García

Mein Traumprinz

Mi príncipe azul



Mein TraumPrinz

Mi príncipe azul

Alex García

Esta obra tiene todos los derechos reservados y bla bla bla. Me pregunto si esto lo lee alguien. Yo no, desde luego. Además, tampoco creo que importe mucho al amigo de lo ajeno. Pero no son esos personajes quienes me interesan, sino tú, la persona que ha comprado la obra de este humilde aprendiz de escritor. Espero que te guste mucho mi nuevo trabajo y que, en tal caso, dediques unos minutos a publicar tu opinión en Amazon. Si, además, aconsejas a tus amistades que se animen a disfrutar como lo has hecho tú, me ayudarás a seguir creciendo.

¡Muchas gracias, xoxi!

©Alex García 2018

La portada es una obra original de Alex García y de Yoli García, elaborada en base a una idea original de Yoli García. La fotografía «Pianist IVAN ILIC», original de Ștefan Botez, está protegida por algunos derechos de autor <https://creativecommons.org/licenses/by/2.0/>. Cualquier uso fraudulento que vaya en contra de la licencia arriba mencionada será notificado a las autoridades pertinentes, nacionales o internacionales, para que tomen las medidas correctoras o sancionadoras que sean aplicables en cada caso. La fotografía se encuentra alojada en el portal especializado www.flickr.com en el enlace https://www.flickr.com/photos/ivan_ilic_photos/34463261695/in/photostream/.

Para el diseño de la portada de esta obra se han aplicado los siguientes cambios sobre la imagen:

- Redimensionamiento.
- Cambio de color en pelo y camisa del pianista.
- Recorte del fondo y de la base de la misma.
- Eliminación de brillos no acordes con la nueva imagen.

A la memoria de mis «Lindas»,
los otros amores de mi vida.

Capítulo 1

A menudo me pregunto por qué insiste tanto en que nos veamos para tomar café. Aunque lo cierto es que siempre suelo llegar a la misma conclusión: Rafa no admite que toque más a su móvil que a él. Pobrecillo; nunca imaginó que la más lanzada de aquella noche terminaría siendo la más frígida de las hermanas a las que invitó a una copa, o a dos, o a tres. Desconocía lo cara que le saldría aquella convidada; tanto tiempo después, aún sigue pagando el pobre calzonazos. De haberme elegido a mí, en este momento tendría los huevos más secos que el suelo de Isla Mágica en pleno agosto y yo los músculos del chichi más gastados que las suelas de un comercial.

Pero la eligió a ella y ya no hay vuelta atrás, por más veces que me haya pasado por la cabeza liarme con mi cuñado. Ya no porque me siga atrayendo, no. El concepto de meter debe de tenerlo tan corrupto como para creer que Rocío le habla de guardar la compra cada vez que sale de su boca esa palabra. Más bien me apetece tirármelo porque es lo que se merece la capulla de mi hermana. No hay más que verla allí sentada con su móvil nuevo, que pesa tanto o más que ella. Desde luego que lo de Rafa es para hacérselo mirar. Hasta puedo imaginarme a Iker Jiménez hablando de mi cuñado: «Bienvenidos a la nave del misterio. Hoy abordaremos el escalofriante caso del dios con los huevos más grandes que el caballo de Espartero, que se folló a una foca autista e ¡incluso llegaron a engendrar una criatura diabólica!».

Bah, no seas mala, que el crío es un encanto y no tiene la menor culpa de que su madre sea una egoísta con el conejo más helado que las croquetas que regalan con el frigorífico que compré el siglo pasado.

¿Y qué puedo hacer yo ante semejante panorama? Pues lo normal: tontear también con el móvil. ¡Qué pena de sociedad, en qué hemos convertido las reuniones sociales!, con lo bonito que siempre fue conversar, copazo en mano. Más que nada porque, si se coge el puntito justo, suele acabar en noche memorable de sexo. En cambio, ella, como no haya sustituido a Rafa por el vibrador del teléfono, poca cosa le entrará por donde nunca pega el sol.

¡Wifi gratis! Mira por dónde. Al menos, al tontear con el móvil no me

chuparé los datos de la pírrica tarifa que puedo costearme con lo poco que gano.

En Facebook no hay mucho interesante: las típicas fotos de dioses inalcanzables para cualquiera de las mujeres que babea con ellos. En Twitter, las tonterías que rebuzna día sí y día también el machista de Trump, el debate sobre la gala de «Tu cara no me suena» que emitirán esta noche y las revueltas de Venezuela. Me quejo yo de lo que tenemos en España, con lo que están pasando ahí fuera. Al menos, los americanos eligieron al del peluquín para que les jodiera, pero los venezolanos no decidieron vivir en la miseria. Maduro se tenía que llamar. Se lucieron poniéndote el apellido, hijo.

Cuando a punto estoy de cerrar la aplicación del pajarito, encuentro un hashtag que puede estar entretenido: «Perdería la cabeza si...». La mayoría de tweets están relacionados con el amor, por lo que a punto estoy de buscar otro tema interesante. Sin embargo, justo después del precioso «Perdería la cabeza si la derrites con tu mirada», comienzan a aparecer otros más desenfadados, rebosantes de astucia e imaginación. «...si bajo a por tabaco, me cambio de acera para evitar a la cotilla del barrio y no veo el autobús de línea que llega», «Si me pusiera a calcular lo que me quedará de pensión», «Si fuera protagonista en Juego de tronos», «Si fuera gamba». Este último me provoca la risa tonta y, para mi sorpresa, Rocío reacciona y sale de su mundo.

—¿De qué te ríes?

—De cosas mías —respondo enigmática, devolviéndole la que tantas veces me he tragado de ella.

—¿No se lo vas a contar a tu queridísima hermanita?

Milagrosamente, se olvida de manosear su teléfono, lo bloquea y, por fin, se centra en lo que supuestamente tendríamos que estar haciendo. Para eso habíamos quedado. O se supone. Comenzamos entonces a conversar.

—Si es que no es nada. Tonterías que se leen en internet; la gente está muy aburrida.

—Pues por eso. Como es una tontería, no tendrás el menor problema en compartirla conmigo.

—¿Contigo? —Empiezo a encenderme, lo reconozco—. ¿Y tú qué?

—¿Yo qué de qué?

—¿Tú qué de qué? —repito, encontrando la ocasión perfecta para

recriminarle esas absurdas quedadas, cuya tortuosa duración la determina la vida útil de la batería de su móvil. Poco o nada le importa que se acabe antes la de mi flamante ladrillo con botones tan grandes como los del abrigo de la abuela—. ¡Qué de qué de qué! ¿No te jode?

—Tía, ¿a ti qué cojones te pasa? Vives amargada. Disfruta un poco de la vida.

¡Dios mío!, no te pido ya dinero porque sé que es algo que sólo merecen los tontos y los capullos, pero envíame un poco más de paciencia para no arrancarle la cabeza a mi hermana.

—¿Sabe Rafa que chateas con salidos vejstorios de todas partes?

—¿Y tú cómo sabes...? ¡Yo no chateo con nadie que no pertenezca al grupo de Whatsapp de la clase de Rober! —corrige demasiado tarde. Se creará que yo me chupo el dedo, como ella, que es lo único largo que entra por su boca.

—Mejor será que cambiemos de tema —decido terciar para que la discusión no siga por esos derroteros. Con los nervios a flor de piel por culpa de mi acuciante situación económica, no quiero tener que lamentarme por haber soltado reproches de los que después me arrepentiré. Lo quiera o no, ella es mi hermana y mi único sostén. A veces pienso que su principal interés en contar conmigo como canguro de Rober reside en su afán por tenerme siempre a su merced. De este modo puede recordarme en cualquier momento que, de no ser por ella, ahora mismo podría estar haciendo la calle para sobrevivir. ¡Joder!, si hasta el pedrusco que tengo por móvil me lo compró ella para tenerme localizada en todo momento.

Por suerte, todo se compensa con tener a mi cargo a esa delicia de criaturita que Dios quiso que tuviera por hijo quien menos lo merece. Al menos, así figura en el libro de familia, aunque luego ella no se comporte como cualquier madre. Rober es el hijo que siempre quise tener. Me cuesta admitirlo en pasado, pero pocas alternativas me quedan al tener en cuenta mi triste presente y mis nulas expectativas de futuro. No nos engañemos; tengo las mismas probabilidades de formar una familia que cualquier obispo. A lo más que puedo aspirar es a un rollete que surja en alguna de mis escasas salidas. Tampoco me apetece otra cosa, la verdad. No me veo sufriendo otra vez un nuevo desengaño. Cuanto menos afecto te une a las personas, más se reducen las opciones de que te decepcionen. Por eso me limito a tener sólo

presentes en mi corazón a Rober y a papá. Rocío, en cambio, parece no tener lugar para nadie que no sea ella misma.

—Tu sobrino me ha pedido varias veces el nuevo FIFA —deja caer con sutileza para cambiar de tema y, de paso, invitarme a ser yo quien se lo regale por su inminente cumpleaños—. Últimamente no para con la cantinela y está más pesado que Mateo con su guitarra. Tendré que tomármelo como una inversión y confiar en que termine jugando en el Sevilla para que me saque de pobre.

Ella sola se descojona con su brillante ocurrencia y yo me limito a sonreír para distender el ambiente cargado que se respira en la terraza en que nos encontramos, en plena calle Sierpes. Ni gracia, ni gusto para elegir sus colores tiene. Ella no podía ser del Betis, como papá y como yo, para qué. ¡Tenía que ser del Sevilla!

—Ya le compraré yo el dichoso juego, descuida —cedo sin mucho interés a su velada exigencia, más pendiente como estoy de entretenerme con el ir y venir de la gente en pleno centro. Divierte más que los contados e interesados comentarios de mi hermana, la verdad.

—Estoy pensando seriamente en apuntarlo a alguna escuela de fútbol. A ver si le enseñan a dar patadas tan productivas como las que yo le doy a tu cuñado cuando ronca por las noches —bromea sin conseguir atraer lo suficiente mi atención—. ¿Tú qué harías?

—¡Jooder! —me sorprendo efusivamente al descubrir a mi derecha, casi enfrentado a mi espalda, a un pedazo de ejemplar masculino trajeado de forma tan elegante que duele mirarlo sin tocarlo.

—¿Todo lo solucionas tú de la misma forma, jodiendo? —protesta Rocío—. ¿Me estabas prestando atención? ¡Te hablaba de tu sobrino! —me recrimina, como si tuviera yo más obligaciones con el crío que ella misma. ¿Cuántas veces me habrá ignorado cuando yo le daba el «parte de guerra», tras algún día complicado con mis labores como canguro?

—Disculpa —me excuso distraída—. Sí, creo que puede venirle bien integrarse en otro círculo de amigos diferente. Es que he... —Al final opto por omitir que acabo de sentir un flechazo de ese increíble desconocido. Prefiero no darle nuevos motivos para que me recrimine lo que sea—. Es que creo haber visto a un antiguo compañero del colegio.

—Entonces, ¿tú te encargarías de llevarlo y traerlo del entrenamiento?

—Ya sabes que Rober es mi debilidad.

—Y lo que te pago es tu necesidad.

Su cruel comentario activa de nuevo mi vena rebelde y a punto estoy de contestarle guiada por el resentimiento. Pero no lo hago. Entrar en su juego significa salir perdiendo siempre. Ella termina dando la vuelta a la tortilla y al final soy yo la que me siento mal cuando le suelto alguna verdad tan contundente como su poca vergüenza.

—Ya sabes que poco a poco voy tomando posiciones. Primero me quedo con tu hijo y con tu dinero y lo siguiente será tu marido y tu casa.

—No caerá esa breva —replica sarcástica—. Yo te lo regalaba con un lacito en la polla, siempre que los papeles del divorcio incluyan una paguita y un piso nuevo para la sufrida ex.

—Debe de resultarte muy duro convivir con la depresión por la vida tan ingrata que soportas, pero tienes que ser fuerte y sobreponerte a las adversidades, miarma.

El gesto de asco que me dedica pone de manifiesto que no le ha hecho la menor gracia la sutileza con la que me burlo de ella. Nunca ha llevado bien que yo sea más inteligente que ella y suele encajar muy mal mis comentarios irónicos, siempre que llegue a entenderlos. Sus siguientes acciones dan fe de su enfado, pues se limita a sacar del monedero el dinero justo para pagar las consumiciones. Acto seguido, guarda su preciado tesoro de Apple en el bolso y se dispone a levantarse para irse con el rabo entre las piernas. Aunque no con el rabo que le hace falta para quitarle las tonterías de una vez.

—Había olvidado que tengo cita en la peluquería. Si no es mucha molestia, prepara el almuerzo al niño si llegas a mi casa y no estoy de vuelta.

Creerá a lo mejor que el simple hecho de enfatizar «mi casa» resulta suficiente para hacerme daño. No sabe la pobre que le basta con existir para conseguir el efecto que busca.

—Descuida, ya contaba con ello. Vete tranquila. Yo me quedo un rato más; hoy se está muy bien aquí.

Con semejante espectáculo de la creación divina al alcance de la vista, no es para menos. Así da gusto estar aquí sentada, aunque más gusto daría...

—Tengo que conocerle —me digo—. ¿Cómo puedo acercarme hasta él? —De forma paralela, apenas me doy cuenta de que Rocío desaparece de

mi lado, centrada como estoy deleitándome con tan eróticos pensamientos—. ¡Lo tengo! Puedo usar idéntico argumento al que me ha servido como excusa con Rocío. Eso es. Fingiré que me suena su cara.

Decidida a contemplarlo más cerca, me levanto y camino los cuatro o cinco pasos que me separan de la mesa que ocupa. No llego a verle de frente; ni falta que hace. Sólo con apreciar su perfil, ya me basta y me sobra para saber que es uno de esos hombres que sólo toca a uno por cada varios cientos de miles de personas. No es de extrañar que estén tan cotizados y se dejen ver poco entre el populacho. De hecho, su simple presencia contrasta con el entorno. Entre horteras turistas con bermudas, camisetas de manga corta y chanclas con calcetines, los propios sevillanos que se avituallan en mitad de su jornada de compras por el centro y alguna como yo, fuera de mi hábitat natural, él destaca sobremanera.

Luce un traje negro que se advierte tan inaccesible como se antoja acceder a él para alguien como yo. Su corbata, celeste, imagino que hará juego con el color de sus ojos. El cabello castaño que peina hacia atrás luce brillante con toneladas de gomina. Yace relajado en su asiento, aunque con un porte que denota su elegancia hasta para permanecer sentado. Toda su atención reside en un ordenador portátil que escolta a lo que parece un zumo de naranja que no le pega. Lo imaginaba un amante de buenos y costosos vinos, de esas personas que son capaces de reconocer la cosecha con sólo pasear una copa a medio llenar por delante de su delicado olfato. Su concentración es tal que no advierte mi presencia hasta que no bordeo la mesa y me cuadro frente a él. La espera hasta que alza el rostro se hace eterna, casi tanto como la profundidad de la mirada gris con la que atraviesa mi razón. No cabe duda de que se trata de un seductor nato. Se basta de sus ojos para penetrarme. ¡Y vaya si lo hace! Me quedo muda ante la intensidad de su escrutinio. Tienes que reaccionar. Vamos, ¡di algo!

—¿Carlos? —pregunto por fin el primer nombre que me viene a la cabeza—. ¡No me puedo creer que seas tú!

Como era previsible, su expresión de desconcierto demanda algo más por mi parte. Sobre todo, porque ni es Carlos, ni existe el susodicho. Lo único que se antoja real es mi necesidad de entablar conversación con él. No me puedo creer que esté haciendo esto; yo no soy así, pero algo ha tirado de mí hacia él.

—¿No eres Carlos? —le interrogo, fingiendo sorpresa a la vez que él

pliega el monitor lo justo para que yo no pueda fisgonear. Aunque tampoco haría justicia con lo que se espera de alguien como él, un pensamiento travieso se cuelga en mi cabeza y lo imagino viendo páginas porno. Mi reacción llega en forma de estúpida sonrisa que no soy capaz de ocultar—. Perdona mi efusividad, pero eres clavadito a Carlos, un antiguo compañero del colegio.

Parece que se ha tragado mi mentira porque relaja un poco el semblante. En lo que no miento es en mis ganas de asociarlo con un «clavadito».

—Está disculpada. Y ahora, si me disculpa usted a mí, tengo mucho trabajo pendiente.

—Oh —me lamento de forma ridícula y volviendo a quedarme muda—. Yo... —Vamos, inventa algo—. Bueno, yo... Parece claro que no eres Carlos. Yo soy Lucía —me presento—. ¿Y tú?

—Yo no.

—¿Tú no qué?

—Yo no soy Lucía.

—Ya, ¡Lucía soy yo! —aclaro sin reparar en que me está tomando el pelo—. Si tú no eres Carlos y tampoco eres Lucía, ¿quién demonios eres?

El proyecto de chiste sólo provoca mi risa, pues él sigue tan serio y molesto por mi presencia como cuando me cuadré frente a su impecable estampa.

—Yo soy un hombre muy ocupado que teme no poder seguir trabajando hasta que no le confiese mi nombre —entiende con una malaje que tampoco hace justicia con su impresionante aspecto—, así que, si no hay más remedio, me llamo Christopher.

—¡Cris, me gusta!

—Lo celebro, señorita Lucía. Y ahora, si es tan amable, cada segundo de esta charla me está costando dinero.

—Qué saborío eres, hijo —mascullo frustrada.

—¿Perdón?

—Que es sabor frío, fijo —invento de forma milagrosa una escapatoria, aunque bastante cutre y forzada—. La bebida —aclaro alzando

las cejas para apuntar hacia el zumo. Él hace lo propio y decide no responder. Creo que no ha colado. ¡Qué vergüenza!

—¿Ya? —me presiona.

—Ya —secundo resignada—. Ha sido... —Me lo pienso bien—. Un placer, a pesar de todo.

Me giro de forma enérgica, cual folklórica con su bata de cola, y camino hacia mi asiento bastante encendida.

—¡Será capullo! —me oigo pronunciar más fuerte de lo que me habría gustado. Aunque, visto lo visto, me suda la pipeta que haya podido enterarse. A lo mejor se comporta de ese modo porque nadie le advirtió nunca de que no se puede ir así por la vida, apestando más la mierda que sale de tu boca que el perfume prohibitivo que gastas. Anda y que le den.

Pero al sentarme y ponerme a trastear de nuevo con el móvil, soy yo quien aparento necesitar que me den a mí. Concretamente, él. De manera totalmente descerebrada, entro de nuevo en el hashtag de Twitter, dispuesta a desahogarme, y publico lo primero que se me ocurre.

A pesar de que siempre uso nick en las redes sociales, a pesar incluso de que mis fotos de perfil son falsas, no dudo en echarme las manos a la cabeza cuando releo, justo antes de borrar el tweet.

#perderialacabeza si le diera un repaso para quitarle las tonterías al capullo que acabo de conocer.

Capítulo 2

No soy capaz de quitarme de la cabeza al capullo ese. Apenas he prestado atención a Rober durante el tiempo que ha estado a mi cargo y ahora me siento culpable por ello. ¡Joder!, vale que el tío está bueno, pero ningún hombre merece que le dedique más de dos segundos de mis pensamientos. Lo justo para pronunciar mentalmente lo único que necesito de ellos: mete-saca. A ver si luego me acuerdo y compro algo al crío para sorprenderle mañana por la mañana.

—Bueno, ya estamos en casa —me digo al girar la cerradura—. A ver qué nos espera hoy. ¡Papá, ya estoy de vuelta!

En un primer momento, no oigo respuesta alguna, lo cual activa mi estado de alerta de manera inevitable. No pocos sustos me he llevado ya.

—¿Papá? —pregunto ahora vacilante—. ¡Me cago en la jodida perra! —protesto indignada cuando uno de mis pies resbala para provocar que casi me caiga—. Otra vez se ha meado.

—Hola, hija —saluda por fin papá para tranquilizarme, apareciendo en el pasillo—. Otra vez se te ha caído el agua con jabón —advierte reparando en el charco que flanquea mis pies—. ¡Cuántas veces te habré dicho que no hagas pompas en casa! Anda y ven a dar un beso a tu padre.

Con el corazón encogido por verificar que los síntomas se están agravando, me aferro a su pecho con la misma inseguridad de hace veinte años.

—¿Aún no ha llegado tu madre de hacer la compra? —me interroga para clavar otra daga en mi pecho.

—No, papá. Habría cola en la carnicería. Me encargó a mí que dejara la comida preparada por si a ella se le hacía tarde —decido mentir con naturalidad para no tener que explicarle otra vez que mamá ya nos dejó hace dos años—. Así que vamos a lavarnos las manos, que me muero de hambre —le insto frotándome las palmas en el justo momento en el que suena el timbre—. Ve al cuarto de baño, papi. Ahora te sigo.

—Más vale que te haga caso, hija. No quiero volver a discutir con tu madre cuando la vea entrar con sólo una bolsita, después de tanto tiempo

fuera.

Cuando abro la puerta, mi fe en que el día no fuera a peor recibe un duro golpe.

—¿Qué cojones haces tú aquí?

—Te echaba mucho de menos, palomita.

Siempre odié que me llamara así. Aunque, ciertamente, no sé si ahora es odio o asco lo que siento. Me revuelve el estómago distinguir las secuelas de la mala vida en su dentadura cada vez que pronuncia una palabra. Aunque detesto cada uno de nuestros encuentros, en cierto modo los agradezco porque me refrescan la memoria y me hacen mantenerme firme en mi convicción de no volver a caer en las redes de hombre alguno.

Su expresión, a pesar del esfuerzo por mostrarse afable y cariñoso, denota ansiedad. Pero lo que más daña es su mirada. Tras el azul aún tan vivo de sus ojazos, se oculta el verdadero motivo de su visita. Duele verlo consumido en la miseria de su adicción, pero más lesivo resultará su nuevo intento de sacarme pasta para esnifársela.

—¿No lo entendiste la última vez? ¡No voy a prestarte más dinero!

—¡Pero bueno! —muestra su sorpresa con un tono de supuesto desconcierto, a la vez que alza las manos—, ¿qué recibimiento es este? Después de que uno se preocupa por las pocas personas que han significado algo en mi vida...

—Sí, claro. Fíjate si era importante para ti, que...

—No hace falta que me lo vuelvas a recordar, palomita. Te he explicado mil veces que aquello fue un error que me pasará factura toda mi vida —se excusa intentando darme lástima.

—El error fuiste tú, Javi. Además, ¡te he dicho mil veces que no me llames así!

A pesar del tiempo y de que me pone muy fácil olvidarle, no puedo evitar sentir un halo de tristeza cuando recuerdo el motivo de nuestra ruptura. Podría haber llegado mucho antes, pero le amaba con locura. Tanto como para justificar su trabajo de stripper con el hecho de que fue precisamente en una despedida de soltera donde le conocí. O entendiendo que necesitaba su espacio cuando noche sí y noche también se iba de juerga con los colegas. Incluso le perdoné que me ocultase lo de la coca con la condición de que la

dejara. Pero aquello ya fue demasiado. Liado con una «pureta» para sacarle los cuartos, con los cuales mantener su vicio. Vicioso, mentiroso, mujeriego y puto, un completito para clavar la puntilla en el hilo del cual pendía la escasa confianza que aún depositaba en él.

—Sólo faltabas tú —se lamenta, entiendo que comenzando a cambiar de táctica—. Que todo el mundo sea tan injusto conmigo, lo puedo asimilar, pero esto es demasiado —simula estar quebrándosele la voz—. Yo, que rechacé en mi trabajo a verdaderos pibones por estar contigo, y así me lo pagas...

—Javi, no me hagas hablar, que hoy no tengo un buen día. Así que, si es dinero lo que buscas, ya sabes cuál es el camino de vuelta. Apenas nos llega para comer a papá y a mí, por lo que...

—Pero esta vez es diferente, mi amor.

—¡Ni una más, Javi! Como vuelvas a pronunciar esa palabra, cuyo significado desconoces, te rompo los pocos dientes que te quedan sanos, estampándote la puerta en las narices —le amenazo, comenzando a perder la calma. Mantengo, sin embargo, el tono bajo para que no nos oiga papá.

—Pero cielo, es que tengo un proyectón con un colega, con el que pretendo recuperar mi vida; recuperarte a ti.

—¡Ja! No me hagas descojonarme en tu cara, que ya se ha meado la perra y no me apetece hacerlo también yo de la risa que me provocas. Así que vamos ahuecando, que luego huele toda la casa a pipí si tardo en recogerlo.

—Pero cari, que me ha surgido la posibilidad de abrir mi propio negocio. Te imaginas: yo, con mi propia plantilla de strippers, mientras que todas esperan ansiosas la aparición de la estrella.

—¿Tú? —me burlo—. Estarás de coña —entiendo, dándole más juego del que merece. Nadie en su sano juicio pagaría en la actualidad por verlo desnudo. Ya cuesta verlo vestido y gratis.

—Y tú, si te animas. Aún tienes un cuerpazo y podría ganar mucha pasta contigo —fantasea para demostrar el concepto de «nosotros» que tiene—. Lucía, la reina de la noche. Así, con tu nombre bien grandote en la puerta del local.

—De verdad, Javi, déjame vivir tranquila, por favor. Demasiados problemas tengo ya en mi vida como para estar interesada en convertirme en

una puta.

—¡No tendrías que follar con nadie! —aclara al instante—. Bueno, salvo que te apetezca mejorar tu caché.

Se acabó. Ya le he aguantado demasiado.

—Da un paso atrás, si no quieres salir de aquí lisiado.

Linda, demostrando mirar por mí más que yo por ella, se hace notar con un gruñido que acojona. Aunque no está capacitada para ofrecerle a papá todas las atenciones que necesita, no puedo quejarme en lo que a compañía y protección se refiere. El cariño ya viene de serie con la raza labrador.

—Vamos, palomita —me suplica, jugando su última baza con la caricia que lanza sobre mi brazo. Sabe que eso me volvía loca y que así comenzaba su táctica para conseguir casi todo de mí. Aunque aún provoca que mi cuerpo se tense, mi memoria funciona a la perfección y no le permito que acaricie más que mi brazo. Decido cerrarle la puerta en la cara a la par que cualquier opción de volver a engañarme.

—¿Quién era, cariño? —pregunta papá. Por suerte, en el momento justo.

—Nadie; otro vendedor de seguros —miento clamando al cielo para que Javi no se atreva a llamar otra vez. Y parece que los astros se alinean, ya que no vuelve a dar señales de vida.

—¿Has visto a tu madre? Estoy buscándola por toda la casa y no aparece. Creo que se ha marchado sin decir ni adiós.

Bendita memoria la tuya para no recordar que fue precisamente así como desapareció de nuestras vidas.

Capítulo 3

Nunca he sido una persona demasiado impresionable. De hecho, ni siquiera la muerte de mamá, a pesar de lo imprevisto, consiguió que perdiera los papeles. Siempre he tenido la cabeza muy bien amueblada, aunque esté feo que sea yo quien lo diga. O que lo piense, como ahora.

Sin embargo, ese capullo que carga con su guapura por condena ha conseguido lo que nadie imaginó jamás. No puedo quitármelo de la cabeza, pese a que su actitud merece el olvido eterno. Aún me avergüenzo de haberme lanzado a sus pies en aquella cafetería, como si fuera una vulgar perra en celo. Aunque la verdad es que todavía tengo que agradecer que nuestra calentura no pueda olisquearse igual que la de los chuchos. De ser posible, habría tenido a treinta o cuarenta tíos a mi alrededor desde que lo vi. Me puso a cien, el muy...

No puedo evitar sonreír al recordar el momento e imaginarme a muchos tíos intentando olerme el chichi.

Pero la risa aguanta en mi rostro lo que tardo en acordarme de que luego me puso a mil, cuando se burló de mí y me echó con la sutileza de Donald Trump. Aunque era lo más normal; si hubiese sido educado, se habría convertido en el prototipo de hombre perfecto, y de esos no existen.

En previsión de que vuelva a llamarme de nuevo alguna de las chicas para salir de marcha, decido consultar mi saldo bancario. La verdad es que poder acceder a mi cuenta por internet me parece una de las pocas aplicaciones verdaderamente útiles. Aunque lo más sorprendente es que me lo permita el armatoste que porto en mis manos.

—Siete euros. No está mal. Al menos tengo para varios cafés... ¡Qué asco de ser pobre!

Suena mi móvil de nuevo...

—Otra vez, ¡qué pesada! —protesto al comprobar que se trata una vez más de Noly—. Tendré que cogerlo, aunque sé perfectamente que me va a obligar a salir esta noche. —No contemplo tal opción, teniendo en cuenta que tendría que pedirle un anticipo a Rocío. Y mira que llevo ya un mes sin «lirili», pero prefiero desahogarme con el chorrito de la ducha, antes que pedirle nada a mi hermana—. ¿Qué pasa, xoxi? Ya pensaba que te habías

vuelto con las meigas de tu tierra. Como no me llamas...

—¿Cómo que no te llamo? —pregunta con su grado de alteración de un decibelio, tan «coño caído» como siempre ha sido—. ¿Tú miras las llamadas perdidas del móvil?

—¿Móvil? ¡Ah, ya caigo! Imagino que será eso que tuve que usar para cascar las nueces.

—¿Ha muerto?

—No, aunque debería, teniendo en cuenta que las señales de humo eran el último grito cuando mi móvil ya se había quedado obsoleto —ironizo para desviar su atención.

—¡Qué exagerada eres siempre! —observa con una sonrisa que imagino de medio lado—. Bueno, ¿qué?

—¿Qué de qué?

—¡Que si te apuntas para salir esta noche!

—Paso, tía. No me apetece —miento por vergüenza de reconocer mi triste realidad.

—Si es por dinero, no hace falta decirte que yo puedo prestarte lo que me pidas y que puedes devolvérmelo cuando quieras.

—No es eso —reincido en mi mentira—. Es sólo que... Bueno, te lo cuento, pero no se lo digas a nadie. He conocido a un tío.

—¿Y qué tiene eso de especial? Cuando sales con nosotras, conoces a muchos tíos e incluso alguno termina entre tus piernas.

—Pero esta vez es diferente —fantaseo—. Me he colgado de él desde que nos cruzamos en una cafetería.

—Espera, a ver si te he entendido bien. ¿Me estás diciendo que mi amiga Lucía ha vuelto a dejarse atrapar por las redes del amor? —me interroga sin dar crédito a lo que ni yo misma me creo.

—Bueno, aún es pronto para hablar de palabras mayores, pero es tan guapo, educado y atento conmigo... Y por si fuera poco, ¡es una máquina en la cama y tiene mucha pasta!

—Hablamos de un hombre, ¿verdad?

—No te burles —protesto sin mucho énfasis, teniendo en cuenta que

Noly es una persona bastante comedida que nunca peca de pesada con sus escasas bromas—. Por cierto, no es de aquí: se llama Christopher, aunque yo lo llamo Cris.

—Y no tendrá Cris algún amigo, digamos, como él, ¿verdad?

—Mucho me temo que no, aunque tú tienes pareja estable —le recuerdo.

—Ya lo sé, pero yo no busco otro novio, sino un avalista con derecho a roce.

—¡Pero bueno! ¿Estoy hablando con mi amiguiña o le has robado el teléfono y la estás suplantando?

—La crisis, carallo, la crisis. Entonces qué, ¿te animas o no?

—De verdad que no, xoxi. Otro día será —prometo con la boca pequeña.

—¿Todo bien por casa? ¿Te arreglaste con tu hermana?

—Está la cosa tranquila. Papá ha mejorado un poco —me engaño, a sabiendas de que sólo puede ir a peor—. Y en cuanto a Rocío, pues ya la conoces. Si no fuera por el crío...

—Pero es tu hermana, tía. Tarde o temprano tendréis que arreglar vuestras diferencias. Va a llegar el momento en el que tendréis que apoyaros la una en la otra y...

—Lo sé; estamos en ello —vuelvo a mentir para evitar que hablemos de la cruda realidad—. Xoxi, tengo que dejarte. Papá me reclama —decido lanzar la enésima mentira para escabullirme.

—¿Servirá de algo que insista?

—De verdad que no. Cris me da algo que no está a vuestro alcance.

—¡Pero serás perra!

—Adiós, Noly.

Le cuelgo el teléfono en mitad de una carcajada, con la que pretendo que no se enfade por haberla dejado con la palabra en la boca. Ni cinco segundos pasan hasta que vuelve a sonar de nuevo el tono de llamada.

—¡Que ya te he dicho que no! —me quejo bromista—. Por cierto, olvidé decirte que Cris es fisioterapeuta y me está enseñando unos ejercicios

para fortalecer los músculos del pubis.

La carcajada que esperaba no llega. En su lugar, es mi boca abierta de par en par la que muestra mi sorpresa porque haya sido ella quien me ha colgado el teléfono en esta ocasión. Miro la pantalla del móvil por instinto y veo en la parte superior el icono de un mensaje entrante.

—¡Qué coño! Si ha sonado el tono de llamada, no de mensaje —me digo extrañada—. Teléfono desconocido. ¿Quién demonios será?

Abro el mensaje expectante, aún descolocada con el desajuste en el aparato y rezando para que, como llevo temiendo desde hace mucho, mi móvil no esté a las puertas de la UCI.

«A las 10 te espero en el Dreams. Te envío la ubicación para que puedas encontrarlo. Espero verte un poco más atrevida que en nuestro último encuentro. Chris.»

Capítulo 4

Hace sólo unas horas que habría pagado un dinero que no tengo por encontrarme en una disyuntiva como la que me está agobiando. Sin embargo, en este momento estoy hecha un lío, agobiada por tener que tomar una decisión de tal calibre. Que sí, que no me faltan ganas de acudir a la cita porque nunca ha entrado tan fuerte en mi cabeza un hombre con el que no tengo nada en común. Pero, por otro lado, son demasiadas las dudas que me asaltan. Al ya verificado mal carácter que gasta y a su deficiente tacto, hay que sumarle lo extraño que resulta todo lo que rodea a esta surrealista situación.

—¿Cómo demonios ha averiguado mi número de teléfono? —me interrogo de nuevo, en voz alta en esta ocasión—. Porque descarto que se trate de una confusión de alguien que también se llame Cris. O Chris, como escribió él.

Tiene que tratarse de él —intento convencerme ahora en silencio—. Pero ¿cómo puñetas ha dado conmigo, si no tenemos amigos en común? Vamos, de hecho, no hay más que echar un vistazo a ambos para pensar que no compartimos universo. Parecemos de especies diferentes.

—Porque espero que no se trate de una broma de las xoxis para obligarme a salir. Noly estaba hoy especialmente chistosa y puede que me haya enviado el mensaje con el móvil de su novio. ¿Llegué a decirle que se llamaba Christopher?

¿Y si lo llamo para comprobar si es él? —vuelvo a divagar para mis adentros.

—Imposible —descarto a viva voz—. Me moriría de la vergüenza si de verdad es Cris. No sabría qué decirle. Vamos, es que no puedo imaginarme preguntándole «oye, ¿eres el pedazo de guiri saborío al que abordé en la cafetería del centro? Ah, bueno, que me has enviado el mensaje por si te quiero acompañar a un debate nocturno sobre cómo tirarse a una tía cuando te cae como el culo. Entonces iré con minifalda...».

Porque para disculparse por su comportamiento no me ha escrito —vuelvo a elucubrar en mi debate interno—. El tío quiere lo que quiere. De lo contrario, no me habría citado en un pub a las diez de la noche. Porque digo

yo que será un pub. No me suena que hubiera nada en esa calle, con tantas veces como he pasado por ahí.

—¡Ya lo tengo! —me oigo gritar de júbilo—. Es Javi —resuelvo por fin—. Pues la lleva clara si pretende que acuda al antro que imagino que habrá alquilado. Y eso suponiendo que no me haya mentido otra vez. ¡Claro! —entiendo viéndolo todo muy nítido—. Habrá pedido prestado el teléfono a uno de los drogatas que tiene por amigos y, como aún conservará mi número, me llama sin decir que es él y se asegura de que vaya para convencerme in situ de que le deje pasta.

No puede ser. Javi no conoce a Cris.

Me sobresalto cuando, tras mi último cañonazo al aire, suena el timbre de la puerta para conseguir interrumpir mis pajas mentales.

En mi camino hacia el portón, me asomo a la cocina para descubrir nerviosa que ya son las siete de la tarde. ¡Tengo que decidirme ya! Sí o no, pero no puedo demorar por más tiempo mis planes para esta noche.

Abro la puerta de forma inconsciente y descubro a Carmela, la vecina de enfrente, con cara de susto.

—¿Qué ha pasao, niña?

—No lo sé. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Que te han puesto una multa? —me interroga tan sorda como siempre. Error mío el no haberle gritado.

—¡No, Carmela, no me han puesto ninguna multa! ¡Le preguntaba que por qué lo preguntaba!

Joder, qué lío. Ni siquiera sé si está bien dicho lo que he dicho. ¡Mierda con las repeticiones! Yo no me ganaría la vida como escritora, de eso no me cabe la menor duda.

—Es que he oído gritos —explica, aunque cuesta creerle—. ¿La pasao algo a tu pare?

—No, Carmela. No eran gritos, sino yo cantando —decido mentir para evitar explicarle mis divagaciones acerca de quedar con un desconocido o no—. Papá está bien —aseguro mientras que ella encoge las facciones, poniendo cara de china para agudizar su desmejorado oído, como si con ello pudiera mejorarlo—. La gripe lo ha tenido algunos días un poco pachucho, pero ya está bien.

—¿Cómo va a estar bien si se queja mucho? —pregunta tan escandalizada como alejada de una realidad que le llega corrupta a causa de su sordera.

—¡Que ha estado pachucho! —le grito cerca de la oreja.

—Pues eres muy joven para no escucharme.

—No he dicho que no la escucho, sino que... Bueno, da igual.

—Y encima hablas sola. Lucita, no estarás tomando drogas, ¿verdad?

—¡No! —Niego también con la cabeza para que me entienda—. Pero algunas veces, como ahora, pienso que sería lo mejor —susurro, aun sabiendo que no se enterará de nada aunque aumente el tono de voz.

Le hago una señal con la mano para que espere y luego voy a buscar a papá.

—¡Papá! —reparo en él—. Si decido salir, será muy temprano para dejarlo solo. A esa hora no se dormirá como no le meta una caja de Valium mezclada con el tinto.

Lo encuentro recostado en el sofá, adormilado mientras se supone que ve la tele. No muy convencida, lo persuado para que me acompañe a la puerta con la idea de que Carmela se quede tranquila.

—No, mujé, no hace falta que se levante —me dice a mi espalda quien tendría que estar esperando en la puerta. Entra y sale como Pedro por su casa. Yo flipo con esta mujer.

—Siéntese usted, doña Carmela —le sugiero señalando al sofá de dos plazas en el momento en el que descubro una bola de pelo sobre la tela, que bien podría ejercer un papel de extra en cualquier película del lejano Oeste, arrastrada por el viento desértico—. ¡Jodida perra! —mascullo buscando con la vista al animal, que yace tumbado a los pies de papá.

Una vez que me hago con esa y con algunas pelusas más, los dejo a solas y decido darme una ducha para ver si me aclara las ideas.

Pero el aseo no consigue el propósito que yo buscaba. Muy al contrario, cuando estaba casi decidida a no acudir, el contacto del chorro de agua a presión con mi piel, hipersensible por la falta de caricias, activa mi versión más lasciva.

Me imagino en la ducha de un hotel, dejándome atrapar por la

sensualidad con la que roza cada poro de mi cuerpo. Disfruta haciéndome sufrir. Puedo percibir su sonrisa canalla y embaucadora, a pesar de que mis ojos permanecen cerrados. La ansiedad que me produce desear más provoca que, por instinto, sea yo misma quien me practique caricias más enérgicas con mi brazo libre. Primero el cuello, para descender hacia el costado y recorrer mis pechos, resbaladizos y cortantes. No tardo en completar el camino que separa a mis dedos de la entrepierna. Me oigo gemir cuando mi zona más sensible se siente abordada.

Pero como si se tratara del encantamiento en un cuento de hadas, es precisamente al sentir sus labios besando mi cuello cuando se rompe la magia. Y no porque yo sea prima hermana de la bella durmiente, sino porque las grotescas risotadas de Carmela me devuelven a la cruda realidad. Y me alegro, la verdad. Aunque disfrutaba del momento, nunca he sido amiga del sexo unipersonal y, por alguna razón que se me escapa, a punto he estado de masturbarme pensando en un completo desconocido.

Me visto con ropa de estar por casa y luego me asomo por la puerta del salón sin dejarme ver. Se lo están pasando en grande, pues no paran de reír cada dos o tres palabras de cada uno de ellos sin sentido aparente. A saber de qué hablarán una sorda y alguien con los problemas de memoria que soporta papá. Coinciden poco, pero hacen buenas migas. De no ser por... Lástima que ya sea muy tarde para que papá pueda rehacer una vida con fecha de caducidad no muy lejana.

Preso de la congoja que me aborda, me dirijo a mi habitación y entierro mis lágrimas en la almohada durante unos minutos. Me cuesta imaginar una vida sin él, a pesar de que todos terminamos acostumbrándonos a la ausencia de nuestros seres queridos. Mamá, sin ir más lejos. Aunque mi relación con ella nunca fue tan cercana como con papá, durante los primeros días me quise morir con ella. Pero va pasando el tiempo y te vas mentalizando de que la vida sigue.

—La vida sigue —me repito en voz alta para intentar convencerme de ello.

Tan aplastante es dicho argumento que, en un arrebato, me levanto decidida, abro el armario de par en par y me planto frente a mi escaso catálogo disponible. Saltan a mi vista una blusa roja bastante provocativa y fresca para la fecha que corre y un conjunto negro con un escote generoso, también fresco pero más sugerente que explícito. Mientras que cubre todo el

torso, deja al descubierto casi toda la espalda, invitando a lucirlo sin sostén.

—No puedo —me digo al oír una nueva carcajada de papá—. No puedo dejarlo solo.

Después de mi acertada y responsable reflexión, me quedo un par de minutos con la mirada perdida entre mis prendas del Primark, imaginando con tristeza lo que pudo ser y no será. Lo quiera o no, papá es mi responsabilidad y a ella me debo hasta que...

—No quiero pensar en eso.

—Esa expresión la conozco yo.

—¿Perdón? —Mi desconcierto es absoluto al oír la voz de Carmela a mi espalda—. ¿Cómo...? —comienzo a preguntarme—. El espejo —entiendo.

—No tiene claro si ese chico te interesa o no, ¿verdad? —me interroga en un tono poco habitual en ella. De hecho, estoy convencida de que ni siquiera puede oír sus propias palabras. Aunque tengo la impresión de que su única intención es que sólo puedan llegar a mí.

Niego con la cabeza al descartar contarle mis problemas. Por muy de la familia que la considere, que casi lo es, hasta a mí me da vergüenza que haya mantenido un debate interno sobre dejar solo a papá o no. Y con la desquiciada idea de citarme con un tío desconocido, buenísimo pero desconocido, con el que tengo claro que acabaré en cualquier motel abierta de piernas.

—Hija, no cometa el mismo error que yo. A tu edad es sencillo tropesarse y volvé a levantarte. Yo, en cambio, no puedo ir de flo en flo cuando la que huele mejor es de un jardín prohibido.

¿Ha dicho lo que me ha parecido oír? Carmela, viuda y con todo ya de vuelta, ¿suspirando por un hombre casado? No me lo puedo creer.

A punto estoy de hacerle ver lo alucinada que me deja, pero al final desisto porque mucho me temo que sólo podré hacérselo ver, pues en lo referente a oír...

Al final, alzo las cejas con gesto derrotado por encima de su hombro para darle a entender que no puedo dejar solo a papá. No me entiende en un principio, aunque, tras un amago de mirar atrás, resuelve mi enigmática respuesta.

—Yo cuidaré de él —me asegura para provocar mi absoluta sorpresa

—. Los ruidos de la calle no me dejan pegar ojo hasta las tantas —confiesa justo antes de guiñarme un ojo.

¡Pero bueno!. Esta no es mi Carmela; ¡me la han cambiado!

—No puedo —respondo vocalizando al máximo para tratar de que, al menos, pueda leerme los labios.

—¡Vaya si podrá! Te digo más: cuando te haga vé las estrellas, quiero que grite tanto que hasta yo pueda oírte.

No puedo evitar la carcajada que ambas compartimos. Menudita tuvo que ser en su juventud doña Carmela.

Si hasta puedo imaginármela ya cantando canciones de los Rolling en los sesenta con un porro de maría en la boca y en mitad de una orgía hippie. A saber si no perdería el oído de fumarse tantas mierdas.

—No sé, me sentiría incómoda, sabiendo que usted está cargando con mi responsabilidad.

—Pues no se hable más —resuelve sin hacer el menor esfuerzo por intentar escuchar mi lamento—. ¿Tiene parchí?

—Sí, tenemos parchís —confirmo a la vez que asiento—. Tendría que buscarlo.

—Entonse, ya está tardando en arreglarte. Con el negro lo tendrá en el bote.

—¿Cómo? —pregunto extrañada.

—El vestido —aclara—. Con el negro te sacaré los colores y será tú quien lo vea todo negro cuando te empotre contra la pared.

—¡Doña Carmela! —la censuro escandalizada, aunque aguantando la carcajada.

—¡Eso, toma candela!

No sé si ha vuelto a confundir mis palabras o es que le hace falta un puntazo más que a mí. De lo que no cabe duda es de que ambas terminamos deschuminadas de risa y abrazadas cuando le agradezco lo que hace por nosotros. Traernos sus delicias culinarias ya es todo un detalle, pero su ofrecimiento de hoy ha conseguido llegarme a la patata.

—Me lo voy a pensar, ¿de acuerdo?

Acompaño mis palabras de un gesto explicativo al golpear varias veces el índice contra mi cabeza.

Cuando regresa con papá, vuelvo la vista hacia el vestido negro y comienzo a fantasear de nuevo. Lo imagino esperando en la puerta con expresión de impaciencia. Luce otro traje de chaqueta tan impecable como el que vestía cuando le conocí, aunque parece más informal. Quizás porque bajo su cuello no cuelga corbata alguna. Me dedica una sonrisa socarrona, con la que recobra su versión más segura y arrogante. Pero me gusta, he de admitirlo. Aunque jamás se lo reconocería porque también me enerva.

—Sabía que vendrías —celebra cuando llego hasta él, con lo cual consigue que el coraje que me da su actitud se imponga a las ganas que tenía de verle. Me dispongo a mandarlo a la mierda cuando—... Estás preciosa con ese conjunto negro —me susurra al oído con un erotismo que me desarma—, aunque me muero de ganas por arrancarlo de tu piel con mis propios dientes —confiesa justo antes de besarme donde acaba la mejilla y asoma el cuello. Lo hace todo de manera tan sensual, que no soy capaz de resistirme a su poderosa iniciativa.

Cuando voy a confesarle que él también está muy elegante y que tendrá que hilar fino para conseguir desprenderme del vestido, suena mi móvil y me despierta del sueño más erótico que jamás experimenté despierta.

—Sólo se trata de una fantasía. El tío es un borde en la vida real y yo... no puedo dejar a papá con Carmela.

—Dime, Rocío —contesto cuando veo su nombre en una pantalla que parece prima hermana de los relojes Casio de los ochenta.

—Me ha surgido una cena con unos viejos amigos, a los que hace años que no veo. Estoy terminando de arreglarme, así que en una media hora paso por allí para dejarte a Rober.

—¿Cómo?

—Que Rober pasará la noche allí. Tiene muchas ganas de ver a su abuelo.

—Tía, tienes un morro que te lo pisas. Si tantas ganas tiene de estar con su yayo, ¿por qué hace meses que no venís de visita? —la acorralo.

—Hoy no es el día más apropiado para discutir otra vez lo mismo. Sabes que sufro mucho viendo así a tu padre.

—¿Mi padre? ¡Esto es nuevo! —protesto con ironía—. ¿Significa eso que sufres tanto por él que ni siquiera lo llamas papá?

—Estás sacando las cosas de quicio y voy con el tiempo justo. Mira, si es una simple cuestión de dinero, mañana mismo te pagaré veinte euros por hacerme la noche.

Que me perdone mi Cristo de los gitanos, pero juro que la mataría ahora mismo si la tuviera frente a mí. ¿Por qué tengo que rebajarme siempre a sus despóticos caprichos?

—No tiene nada que ver con el dinero. Ya he hecho planes —miento enrabiada y dispuesta a plantarle cara.

—¿Planes, qué planes?

—He quedado con un amigo dentro de mmm —Echo un vistazo al despertador—. Hora y media.

—Pues llámalo y quedáis otro día. ¡No se va a morir mañana! —me ordena, organizando mi vida en el colmo de la poca vergüenza.

—No puede ser esta vez, ¡hermana! —enfatico una palabra que parece haber olvidado que nos une—. Se trata de alguien muy especial y no puedo aplazar nuestra cita —miento por enésima vez, rebelándome como hace mucho que tendría que haber hecho.

—Pero qué egoísta eres —me escupe con ese tono tan particular de ella que revela tanto desprecio.

—¿Egoísta yo? Te juro que ahora mismo lo estoy flipando. Qué facilidad tienes para darle la vuelta a la tortilla.

—Sí, egoísta tú. ¿Tengo que recordarte de dónde provienen tus únicos ingresos?

—Hoy no hace falta —le aclaro—. Ya me ha quedado claro en los cientos de veces que me lo echas en cara, como si me estuvieras regalando el dinero. Y todo para una mierda de limosna —mascullo.

—¿Perdona? Dímelo claro y me busco a otra que cobre menos y que no será tan desagradecida como tú.

—Sabes perfectamente que papá y yo tenemos suficiente con su pensión para malvivir. De no ser por esa criaturita que parece más hijo mío que tuyo, no habría aguantado tanto tiempo tus tonterías y tu actitud

«negrera». ¡Joder!, que soy tu hermana y me tratas como a uno de tantos inmigrantes que explotan recogiendo fresas.

—¿Mi hermana? Claro, lo más normal entre hermanos es cobrar por hacer de canguro.

—¡Conoces mi situación! —protesto indignada.

—¿No dices que puedes vivir a cuerpo de reina, pegada como un parásito a tu padre con la excusa de cuidar de él?

¡Qué asco me da! Cada día que pasa siento más odio por ella. ¿Cómo puede ser tan mala? Me parece mentira que corra la misma sangre por nuestras venas.

—Se acabó, Rocío. No te aguanto ni una más —le advierto—. Mañana, cuando haya acabado de dormir la borrachera que cogeré esta noche, me acercaré a tu casa para entregarte ¡tu móvil! y saldar cuentas. —El cuerpo me pide decirle que no me debe nada, pero necesito ese dinero—. ¿Y sabes qué? Que la cita de esta noche es con un completo desconocido, con el que pienso dedicarte el primer polvo que echemos. Miento —admito—. Sé que se llama Cris y que tiene más pasta que tú. A lo mejor, hasta doy un braguetazo.

Suena el característico sonido del final de una llamada. La muy perra me ha colgado. ¡Pues que le den! Más va a perder ella que yo.

Y ahora, voy a olvidarme de toda esta mierda y a ponerme mona para mi príncipe extranjero. Es igual de repelente que mi ex-hermana, pero él está como un tren. Uno al que pienso abrirle esta noche mi estación.

Capítulo 5

Desde que rompí con Javi, muchos son los hombres con los que, en mayor o menor medida, me he relacionado. Sin embargo, esta cita supera a todas las anteriores en lo que al surrealismo que la provocó se refiere. Me he acostado con muchos desconocidos en la primera cita, cierto. Soy lo que los tíos calificarían alegremente como una guarra, a pesar de que se definirían a sí mismos como unos machotes por idéntico modelo de entender una vida sexual plena y sin ataduras. Yo misma, de hecho, me habría visto años atrás como una fresca, de no ser por la traición de aquel al que, alegremente también, calificué como el hombre de mi vida. El amor es una mierda porque, en mi caso, implica confiar en quienes menos confío. Pero eso no sucederá, pues sólo papá me ha demostrado ser un hombre íntegro. Bueno, y el padre Damián, pero visto lo revuelto que está el patio con los curas, no pondría la mano en el fuego por defenderle. El resto de los tíos sólo buscan abrigar su pajarito bajo el cálido abrazo de mi entrepierna.

A pesar de todo, esta vez es diferente. Aunque tengo en mente hacer uso de lo único que merece la pena de los tíos, su cuerpo, me acosa la intranquilidad por la indiferencia que demostró frente al mío cuando nos conocimos. Bueno, frente a mi cuerpo, mi cara, mis palabras y toda yo. Pero a pesar de mostrarse frío, maleducado y hasta prepotente, con aquella expresión de suficiencia cuando se burló de mí, ha conseguido desconcertarme por completo al enviarme su mensaje. Por si fuera poco, me preocupa el hecho de no tener ni idea de cómo demonios ha dado conmigo. Percibo una extraña sensación que me aconseja no acudir a ese pub.

Contando con todo eso, me siento como la cría que espera por Reyes su primera Barbie, atacada por tener al alcance un juguete tan deseado. Porque no puedo engañarme; con su rostro de ojos grises y rasgos perfectos, el cuerpazo de infarto que imagino bajo su imponente elegancia y el magnetismo que atesora aun siendo un cabrón, no deja de presentarse en mis fantasías como un simple juguete sexual. De carne y hueso, pero no más allá de un entretenimiento de usar y tirar. Por más atrayente que se antoje la idea de llevármelo a la cama, ha de parecerse a los demás en el único uso que haré de él. En el prospecto del follaginol viene contraindicado de forma expresa el tratamiento prolongado.

No puedo evitar reírme de mis propias tonterías, creo que motivadas por los nervios.

—No soy amiga del supositorio ni de la ingestión oral, sino más bien de las tomas vaginales, pero hasta sería capaz de hacer una excepción si se comporta tan correcto, educado y seductor como espero.

A la vuelta de la esquina está la calle que busco. Espero que las mujeres no paguen para entrar en el local o que, como es de esperar, él se haga cargo de abonarlo todo. Más me vale, pues el autobús se ha llevado un buen pico de la miseria con la que he salido.

Al doblar hacia mi destino, veo un único punto de luz que ilumina la entrada a un local en mitad de calle. Imagino que se trata del Dreams. Cutre donde los haya. A saber en qué mierda de garito me va a meter.

—Aunque si se trata de meter, cuanta menos gente, mejor —me digo dejando escapar una sonrisa picarona.

Aún puedo acordarme del coñazo que dieron las meonas aporreando la puerta de servicio la última vez que me empotraron en un lugar público. Y pública fue la vergüenza que pasé cuando, ya menos borracha, salimos del cuarto de baño con la expresión de extrañeza que pondría un fontanero que acabara de arreglar la tubería. Yo no soy fontanera, pero la del guaperas quedó como nueva, desde luego. No creo que tuviera queja alguna.

Hay un hombre fumando en la puerta, aunque no se trata de él, por desgracia. Desde lejos se puede distinguir el rubio surfero de su pelo.

—¿Habré llegado tarde y se ha cansado de esperar? —me pregunto—. No, son menos cinco —confirmo al mirar la hora en el reloj de oro que ya supone mi único lazo de unión con mamá, aparte de papá y de los recuerdos que de ella aún conservo.

No me quita ojo y está un rato de bueno. A unas malas y si no aparece Cris, buenas son tortas a falta de pan.

—Buenas noches —saludo educada cuando llego a su altura y luego giro mi cabeza hacia la puerta del local.

No me he equivocado; se trata del Dreams, cuyo nombre puede verse iluminado en la pared del fondo del descansillo. La M del nombre está formada por el dibujo de una pareja con sus brazos extendidos, unidos por las manos. De forma discreta, pasando casi inadvertida, se encuentra a un lado lo

que parece una lista de precios. Me acerco un poco para distinguir mejor las letras y números, apreciando satisfecha que las mujeres no pagamos. Normal, somos la alegría de la huerta, las que provocamos con nuestra presencia que vayan creciendo los nabos.

Me río yo sola en el momento en el que descubro a mi derecha a un armario empotrado de color que hace las veces de portero. Saludo y vuelvo a centrarme en la lista de precios.

Hay diversas opciones, algunas sorprendentes por lo inusual. Parece claro que este negocio lo sustentan los tíos, a la vista de que pagan casi lo mismo que las parejas con idéntico número de copas: cuatro.

Me giro hacia la calle para comprobar si llega o no mi pareja. Ni rastro de él, aunque tengo tiempo de apreciar que la mirada azul del surfero asciende lentamente hasta mis ojos.

¡Me estaba mirando el culo!

Y no sólo eso, sino que se ha recreado en su ascenso examinando cada zona de mi cuerpo, haciendo un pequeño avituallamiento al pasar por mis tetas. No cabe la menor duda de que me encuentro ante un descarado de cuidado. Y sinvergüenza, seguro. No hay más que ver la sonrisa que me dedica justo antes de dar una última calada a su pitillo y tirarlo al suelo.

Me vuelvo a girar con garbo hacia el portero y me dispongo a esperar dentro a Cris, aun a riesgo de que no aparezca. En tal supuesto, espero que me llegue para una mísera cerveza.

—Voy sola, sin consumición —le indico al moreno en el momento en el que caigo en la cuenta de que nunca me he cepillado a uno de estos. Algún día probaré para comprobar si es cierto que todos están tan bien despachados —. Espero dentro a mi pareja —le aclaro.

—El guardarropa está al entrar, a la derecha —me informa. ¿Tanto se me nota que es la primera vez que vengo o este tío tiene memoria fotográfica?

Pero vamos, que como no deje el bolso en el guardarropa... Muchas luces no parece que tenga el morenito.

Servicial, me abre la puerta y a mis oídos comienza a llegar el pumba pumba de la música. Me adentro pasando de largo la parada sugerida por el portero, tras agradecerle un gesto que debe de formar parte de su trabajo. Más

que nada, porque los tíos sólo suelen ser educados cuando buscan lo que buscan. O sea, casi siempre.

La iluminación es la apropiada, a base de luces estroboscópicas que causan un contraste muy chulo en los grabados de las paredes. Parecen tridimensionales al mirar el conjunto con el efecto de la luz.

Una vez superado el amplio pasillo, el doble de grande que la puerta que da al exterior, entro en la zona principal y me asombro al descubrir idéntico efecto lumínico en toda la estancia. Me suena la música; es antigua, aunque no soy capaz de reconocerla hasta que Madonna no pronuncia la palabra «Erótica». Muy apropiada para los dibujos sombreados de esta zona del pub, que representan parejas follando en diferentes posturas. Pero no se ve grotesco, la verdad. Muy artístico, muy fashion todo. Me gusta.

—Habría que esperar en la barra —me digo al hacer una composición de lugar y no ver a Cris por ninguna parte—. Tengo dos opciones: o pedirme una cerveza y rezar para que me llegue con lo que tengo —valoro teniendo claro que no pasaré la vergüenza de preguntar a la camarera cuánto cuesta—, o esperar a que llegue él o cualquier pavo que piense que, invitándome a una copa, conseguirá que me abra de piernas. Bueno, a él no creo que le haga falta invitarme a nada para conseguirlo.

Me siento en un taburete y, al instante, llega una chica rubia vestida de forma bastante provocativa. Muy mona, la verdad.

—¿Qué desea tomar? —me interroga con un tono de voz ronco que no hace justicia con el espectacular físico y la cara tan linda que tiene. A punto estoy de contestarle «echa una birria y brindamos por el Atleti, Sabina», pero al final hago un gesto negativo con la mano a la vez que le contesto:

—No me gusta beber sola. Prefiero esperar a mi pareja.

—Aquel chico me advirtió que respondería algo así —revela apuntando con la cabeza hacia el otro extremo de la barra—, pero asegura desconocer el significado de la palabra no.

Vuelvo la mirada para descubrir que se trata del rubio surfero y le agradezco la invitación con la forzada sonrisa que guardo para estas ocasiones. Ya soy toda una actriz merecedora de un Goya.

—No deja de resultar chocante que ¡no! conozca el significado de una

palabra que usa a la perfección. —La muchacha me mira con otra forzada sonrisa para esas ocasiones en las que no sabe de qué le hablan. Tan cortita como bonita—. Quiero un Jack Daniels con limón.

—Mmm, es un pecado mezclar a mi amigo Jack.

—No, guapa, un pecado es no mezclarse con mi amigo desconocido —me revuelvo incisiva.

—Pues me parece que estás en el lugar más apropiado —me advierte mostrando a la vez su talento para servir copas a velocidad de vértigo.

—Sí, bueno, la decoración es muy apropiada, pero te recuerdo que aún espero a mi pareja.

—Lo recuerdo, aunque este es el único local de Sevilla en el que sale gratis el dos por uno.

Se descojona en mi cara y tengo que hacer tanta fuerza para no estirar el brazo y abofetearla que por poco me cago... en sus muertos. ¿Por quién me ha tomado este zorrón?

—Perdona, guapa, pero tu broma me parece inapropiada.

—Oh, lamento que... Es la primera vez que vienes por aquí, ¿verdad? Siento haber sido una bocazas.

—Quedas disculpada. Hay ocasiones en las que es mejor tener la boca llena para no hablar de más —le aconsejo mirando hacia una polla de goma que campea a sus anchas entre las botellas de los estantes y que me viene de perlas para devolverle la ofensa. Imagino que la decoración guarda relación con la actividad que aquí se desarrolla y las despedidas de soltera deben de ser fiestas de lo más habitual.

—Tienes más gusto para los hombres que para los buenos licores —oigo hablar a alguien tan cerca que sólo puede dirigirse a mí. Por su acento, no parece español.

—¿Perdón?

Giro el cuello hacia mi derecha y descubro al surfero sentado a mi lado. Tan centrada como estaba en la guerra de leonas que lidiaba, ni me había dado cuenta de su maniobra. De cerca resulta ser aún más guapo que a media distancia. Y menos aniñado, la verdad.

—Que dominas mejor tu gusto por los hombres que por los buenos

licores —repite.

—¿Por qué lo dice?

—Porque has sonreído al mirarme y porque el Jack Daniels no se mezcla con nada.

—Era una forma de agradecerle la invitación —aclaro.

—También te ha servido para eso, pero los ojos nunca mienten con tanta facilidad como la lengua. Te gusto.

—En su país no existen las abuelas, ¿verdad? —Su expresión de extrañeza demuestra que no ha entendido el chiste con el que pretendo hacerle ver que está muy creído—. Mire, señor gastomásaguaoxigenadaquehumildad, no sé qué desconocida razón le ha llevado a pensar que puede acostarse conmigo por invitarme a una copa, pero tenga muy claro que eso no va a suceder. En mi país, las cosas no funcionan así. Además, espero a alguien.

Sonríe con suficiencia y con ello consigue enrabiarme aún más de lo que ya ha conseguido con su caradura.

—No esperas a nadie —afirma con rotundidad—. Bueno sí, a mí, aunque aún no lo sabías. Hasta ahora —aclaro—. Y aunque me pone eso de acostarme con mujeres desconocidas, desde que te vi me has provocado sentimientos encontrados.

—¿Sentimientos dices? —pregunto comenzando a tutearle—. No gasto de eso, así que ya estás pillando un low cost a tu país, antes de que llegues por la vía rápida y gratuita —le amenazo.

Vuelve a sonreír y consigue que me cague en su vida.

—Me llamo Philip y soy de Brujas, Bélgica.

—Pues si no quieres conocer a una bruja de verdad, ya puedes estar marchándote por donde has venido.

—Ya he conocido a una bruja de verdad —admite—. A una que me ha hechizado con una extraña pócima compuesta por desparpajo y sensualidad.

—Hablas muy bien mi idioma —confieso al oír las palabras que utiliza—. Sin embargo, creo que aún no has conocido eso de vete a tomar por culo.

Quizás me esté pasando un poco, pero el tío este es pesado como pocos. Está un rato de bueno, pero a este tipo de caraduras ya los tengo calados. No me interesa alargar la charla, bajo riesgo de caer prendada en las redes de su embaucadora poca vergüenza.

—En mi país hay muchos inmigrantes españoles y vuestro idioma se estudia en muchas escuelas.

—¡Viva España! —me burlo—. Gracias por la información. Adiós —me despido cogiendo mi copa con la intención de ser yo quien desaparezca. Lo cierto es que me recuerda a mí misma, cuando conocí en plan moscona cojonera a aquel que ya se retrasa demasiado.

—No te marches, por favor —me pide cambiando su tono de voz para parecer menos arrogante—. No soy como imaginas.

—Eres tú quien...

—Soy mucho peor —aclara para conseguir dejarme muda, pese a la vuelta de su sonrisa más canalla—. No me has dicho tu nombre.

—Me llamo «si me sigues acosando, te denuncio».

—Española, de Sevilla mmm. Tienes cara de llamarte... ¿Lucía?

Esta situación empieza a escaparse de mis manos. ¿Cómo sabe mi nombre?

—¿Me conoces de algo?

—No, mientras no me permitas conocerte.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—¿Te llamas Lucía? —me interroga simulando una sorpresa que adorna con un cómico aplauso.

—No —miento por instinto.

—¡Te llamas Lucía! —celebra—. Ha sido un golpe de fortuna. Parece claro que hoy es mi día de suerte.

—Estoy esperando a mi novio.

—¿Christopher? Oh, creo que olvidé comentarte que me envió a mí y que me pidió que me disculpara en su nombre.

—¿Todo el tiempo has sabido...? —No llego a concluir la pregunta, avergonzada porque se haya estado burlando de mí.

—Todo el tiempo he sabido que no lo esperabas a él, sino a mí. Llevas toda la vida esperando a que yo apareciera.

—Tengo que irme.

—No tienes que irte. De hecho, quieres quedarte porque, a pesar de que te molesta mi forma de ser, te gusta que sea tan descarado. No estás acostumbrada a que los hombres sean tan directos.

—Yo... —No estoy acostumbrada a que me dejen sin palabras y mi única reacción pasa por atusarme el cabello.

—Tú eres diferente de las respuestas con las que pretendes espantarme. Yo también puedo serlo —amenaza con tal dulzura que empiezo a flaquear.

Nerviosa, dirijo la mirada hacia cualquier lugar diferente de sus ojos azules. Hasta que me topo con una pareja que se comen a besos junto a unos amplios sofás flanqueados por una mesa curva bastante curiosa y exclusiva. En vez de tranquilizarme, la imagen no hace sino ponerme más nerviosa cuando contemplo asombrada que la mano del maromo desciende sin el menor pudor hacia el culo de su pareja, le sube un poco la minifalda y disfruta del tacto a mano llena. Ella no hace el menor intento por zafarse, lo cual me desconcierta casi tanto como que nadie le preste la menor atención. En el lapso de tiempo que ha durado mi charla surrealista con el tal Philip, varias personas han entrado en el local y han tomado posiciones. Un grupo de amigos, de hecho, charla al lado de la pareja de salidos sin que parezca importarles lo más mínimo que a su vera se esté fraguando un polvo antológico. Todo esto es demasiado raro y... morboso. ¿Dónde demonios me he metido?

—Cuéntame algo de ti que no sepa ya —me sugiere mi rubio acompañante.

—Creo que no estoy en condiciones de hablar.

Le oigo reír, aunque no soy capaz de mirarle porque la mano de la chica de la pared reclama toda mi atención cuando se apodera del paquete de su pareja.

—Permíteme entonces que te muestre el resto del local.

—Sí, creo que será lo mejor.

O eso, o seré yo quien pierda los papeles al lado de un tío cien por

cien empolvable. Me están poniendo farruca los dos pipiolos.

—¿Me acompañas? —Me ofrece su mano y yo la acepto encantada porque creo que me tiemblan las piernas.

—Sí. Llévame a un sitio en el que haga menos calor.

—Descuida. En la otra zona del bar te olvidarás del calor, del frío y... Bueno, será mejor que la veas con tus propios ojos.

Capítulo 6

Más me vale que la gente sea más recatada en la otra parte del local, bajo riesgo de perder los papeles también yo. Sentar a un enfermo frente a la chimenea no es lo aconsejable para bajar su fiebre. Y es que así me siento yo, eligiendo la peor manera de intentar mitigar las calenturas producidas por el morbo de mi primera experiencia voyeur. Jamás pensé que podría excitarme observando cómo hacen otros lo que tanto me apetece a mí. Quizás sea por eso. El síndrome de abstinencia me está pasando factura.

Cuando subimos los cinco escalones que dan a un pequeño pasillo superior, me doy cuenta de ir aún agarrada a su mano y me suelto. Se gira un poco, me mira de soslayo y sonrío. Está empezando a tocarme el chichi su sonrisita. En la alargada estancia nos cruzamos con una mujer, bastante obesa ella, que sale de una puerta y se dirige hacia otra, cubriendo su cuerpo únicamente con una toalla. ¿Será esto una especie de pub-spa? O uno de esos con salas de masajes orientales. Se ven tantas cosas raras...

—¿Te apetece darte un baño en el jacuzzi?

—¿Hay jacuzzi? —pregunto lo evidente, sin dar crédito.

¡Siempre he soñado con meterme en uno! Bueno, y también echar un kiki entre burbujitas, la verdad.

—Yo... Claro —admito—, pero no tengo bikini.

—Sígueme.

Y eso hago, imaginando que me conduce a una especie de mostrador en el que alquilen o vendan bañadores. Ahora entiendo lo del guardarropa. La verdad es que resulta sorprendente lo que se oculta al exterior tras una entrada tan cutre.

Moviéndose como pez en el agua, se dirige directamente a una de las numerosas puertas existentes en el pasillo. Está claro que es un cliente habitual, pues ningún rótulo advierte qué se oculta tras cada entrada. Cuando abre la elegida, en el trozo de pared rojo que asoma puede verse reflejado el típico vaivén producido por el reflejo del agua en movimiento. Entramos por fin y me quedo literalmente extasiada ante la visión. No sólo la pared era roja, sino también el suelo y el techo. Toda la estancia está únicamente iluminada

por puntos de luz situados en el interior de un jacuzzi gigantesco de un celeste vivo y embriagador. El agua luce como un plato, pero con mínimas ondulaciones. Resulta increíble que, a pesar de la maravilla que tengo ante mí, nadie haga uso de tan bella instalación. Aunque lo cierto es que la gorda de la toalla salió de aquí. Imagino que por eso no está completamente dormida el agua.

—¿Tu padre es constructor de piscinas y estás buscando fallos o es que el aire acondicionado está muy fuerte y no te apetece? —pregunta para rescatarme de mi abstracción, a la par que me sumerge en otra diferente. ¿Hay algo imperfecto en el cuerpo del engréido este? Y es que descubro que luce un torso espectacular cuando se desprende de su camisa con una naturalidad que me deja helada. No, creo que no es la palabra más apropiada. Más bien me ha dejado ardiendo.

—Yo... De haberme puesto sostén, podría bañarme en ropa interior.

—Vamos, Lucía —me regaña con tono burlón mientras que se desabrocha el pantalón vaquero gastado—. No te va ese papel decoroso que interpretas.

—¿Perdona? ¿Te has creído que soy una fresca?

—¿Una fresca? —se sorprende al quedar sólo vestido por un slip negro que no sé determinar si esconde un paquete premium o es que se alegra de verme—. Pues a las frescas les va mejor el agua caliente con burbujas. Si prefieres no animarte, allá tú, pero yo me muero por meterme dentro —me advierte cuando se desprende de la única prenda que le quedaba y consigue que mis cejas se enarquen. No le creía capaz de hacerlo, aunque se ve que le he subestimado. No así en el tamaño de su miembro. Totalmente rasurada la zona, en los segundos que tarda en meterse en la bañera soy capaz de distinguir sin problemas que, en reposo, no tiene nada que envidiar a cualquiera con la bandera izada.

—Bueno, yo aquí voy sobrando.

—Ahí sí —apostilla raudo—. Sin embargo, aquí vas haciendo falta. Demasiada agua para tan poca carne.

—Déjate de tanta carne, a ver si te vas a atragantar. Te agradezco que hayas...

—La mejor forma de agradecermelo es metiéndote dentro —me

interrumpe—. Vamos, mujer, lo estás deseando. Déjate llevar y cumple uno de tus sueños. Lo tienes al alcance de la mano y tus prejuicios no te permiten dar el paso.

—No son mis prejuicios. Es que... ¡no nos conocemos de nada!

—Está bien, te lo pondré más sencillo. ¿Mejor así? —pregunta poniéndose de pie a la vez que se da la vuelta, dejando al descubierto un culito que no merece pasar hambre. ¡Joder!, ¿qué digo de culito? ¡Un señor culazo que tiene el sinvergüenza este! No cabe duda de que sabe usar sus armas. Las tangibles y las inmateriales. Tiene labia para aburrir a un muerto y cuerpo para matar a una viva.

—¿Qué puedo perder? —me susurro de forma apenas audible.

Con la sombra de la flaqueza instalada en mi cabeza, las palabras de Carmela se cuelan de improviso y declinan la balanza hacia el lado del «vive y no te arrepientas de nada».

—¿Me prometes que no te darás la vuelta?

—Tienes mi palabra de granuja.

—¿Me estás tomando el pelo?

—En serio, Lucía —promete endulzando su tono de voz para dotarlo de ese timbre tan cautivador con el que está consiguiendo ganarme cuando no se comporta como un capullo. Aunque también me atrae el caradura, para qué nos vamos a engañar—. Sólo bromeaba. Tienes mi palabra de honor de que no me daré la vuelta mientras te desnudas.

—¿Y juras también que no te extralimitarás?

—¿Extra qué? No conozco esa palabra.

—Bueno, da igual. Como me toques sin que yo te lo pida, te arranco los huevos con mis propias manos —le amenazo intentando mostrarme serio, a pesar de que tengo que hacer un esfuerzo para apretar los labios y no reírme.

—Mmm, me gustan los deportes de riesgo. ¡Hecho!

—No juegues conmigo, Phil. No juegues conmigo.

—Phil, ¡me encanta!

Y a mí me encanta el cuerpo esculpido que gastas, chaval, pero no te lo voy a poner sencillo. Quizás le vendría bien un veranito en las playas de

Sanlúcar, pero está tremendo. Un poco lechoso para mi gusto, pero tremendo.

Sin pensarlo más, decido silenciar los impulsos que me envía la amígdala cerebral y opto por mostrarme tan desinhibida como cuando salgo buscando guerra. De este modo, pronto me veo sólo vestida con mi tanguita rosa, a los pies del vestido negro que tan buenos resultados suele darme. Bastará un instante en el que Phil decida girarse para hacerme enrojecer. Sé que es una tontería y yo una tonta, pero quizás sea porque no estoy acostumbrada a estar a merced de la situación. Suelo ser yo quien decido regalar mi desnudez, quien permito que examinen mis zonas más íntimas de cerca aquellos que no poseen titulación ginecológica alguna. Yo y sólo yo controlo mi vida sexual y, sin embargo, estoy concediendo tal dominio a un completo extraño. Un tío tan desconocido como sinvergüenza, tan embaucador como escultural. Pero qué sería de la vida sin estos pequeños subidones de adrenalina, sin el cosquilleo que me provoca una situación tan morbosa como esta. Precisamente, el morbo es lo que me empuja a desprenderme de mi braguita y caminar decidida y excitada hacia ese culo que reclama toda mi atención y guía mi camino.

Al oír el chapoteo que mis pies producen al pisar cada uno de los tres escalones que me conducen hasta el fondo, responde con un sonido a medio camino entre la carraspera y el resoplido. Maldito creído. De no ser porque... por todo él, en realidad, me habría marchado ya.

De repente y sin previo aviso, se gira para cogerme desprevenida. Mi reacción llega en forma de desplome inmediato al sentirme expuesta, consiguiendo quizás la primera «bomba» de la historia en un jacuzzi.

—¡Sabía que no podía confiar en ti! Eres un cerdo y un maldito embustero —le recrimino ocultando los senos con mis brazos, a pesar de estar ya sumergida casi por completo. Sólo la cabeza permanece en el exterior de la calidez que me envuelve.

—Te prometo que pensé que ya estabas dentro.

A pesar de que su tono lastimero suena convincente, endulzado con la naturaleza embaucadora que posee, mi expresión cambia por completo al advertir ante mis ojos un nuevo punto de atención. Aunque más que un punto, es un puntazo que, al sentir la caricia de mi examen ocular, recibe una pequeña descarga que lo dota de vida propia.

—Oh, lamento si te...

Pero no llega a concluir su frase. Simplemente, se limita a ocultar su preciado tesoro bajo el tórrido manto translúcido que nos envuelve con su húmeda presencia. Acto seguido, toma posición en el asiento que escolta los bordes de la bañera y me hace un gesto con la mano para que haga lo propio. Pese a todo, mis ojos actúan con voluntad propia y persiguen con una mirada descarada a su reloj natural, cuya manija ya apunta a las doce.

¡Se ha empalmado, el muy cabrón!

Aunque no sé por qué me extraño, si yo misma estoy «más pa allá que pa acá».

Atiendo su sugerencia y me acomodo justo enfrente, a unos tres o cuatro metros.

—No muerdo —me advierte.

—Más bien tendrías que preocuparte de que no lo haga yo.

—¿Serías capaz de morderme?

—No lo dudes, así que no me pongas a prueba —le amenazo.

—¿Dónde?

—¿Dónde qué?

—¿Dónde me morderías? —insiste en picarme.

—¿Siempre intentas ligar con recursos que usaría un chiquillo de diez años? —me revuelvo lanzando otra pregunta que, seguramente, quedará también sin respuesta. Dicho y hecho: nada sale por su boca—. Y bien... —dejo caer para ver si rompe el incómodo silencio. Estoy convencida de que posee un amplio catálogo de charlas previstas para preparar el terreno con las mujeres.

—Mejor que bien, diría yo.

¡Y tanto! Me está mirando las tetas a través del nebuloso filtro que le supone la masa de agua, como único escudo que poseo ante su libidinoso escrutinio.

—Insistes en comportarte como un crío. Por eso nunca podrá existir entre nosotros algo más allá de una charla de besugos.

—¿Nosotros? ¡Me gusta! Ya hablas por fin en común.

—No te hagas ilusiones y ve a ralentín, Paquirrín —me burlo.

—¿Ralentí, Paquiqué?

—Olvídalo; no lo entenderías. Anda, háblame de ti.

—¿Qué quieres te cuente?

—No sé. ¿A qué dedicas tu tiempo libre?

—A follar —responde escueto y contundente.

Le lanzo una mirada reprobatoria y, para mis adentros, me cago en su familia, en sus antepasados y en la que quiera que sea su especie de homo sapiens. Conmigo no comparte vínculos evolutivos, parece evidente.

—¿Qué haces para...? —Con un alzamiento de cejas y un vistazo a su cuerpo, semi-sumergido, concluyo una frase que debe de haber entendido.

—¿Para qué?

O es tonto de verdad, o sólo busca incomodarme, obligándome a terminar la frase.

—Me refería a tu cuerpo. ¿Qué haces para mantenerlo más en forma que tu cerebro?

Las ganas de ser yo quien maneje la situación, burlándome de él, me impiden darme cuenta a tiempo de haberle abierto de nuevo la puerta a una respuesta similar a la anterior.

—Kayak.

—¡Pero bueno! ¿Por qué me mandas callar?

Sonríe con suficiencia por un chiste que no entiendo. Temo preguntarle.

—El kayak es una variedad de... ¿Cómo lo llamáis? Mmm... ¿Pirapismo?

—El priapismo es otra cosa que te va como anillo al dedo, aunque imagino que hablas del piragüismo.

—¡Eso! —celebra—. ¿Lo conoces?

—Claro. En el Guadalquivir se practica y creo que llegó a ser sede olímpica. Pero el calla no...

—Kayak —me corrige.

—Pues eso. Que quien kayak, otorga.

—¿Cómo?

Vale, lo he pillado. No volver a hacer chistes malos con extranjeros.

—Olvídalo. No lo entenderías —vuelvo a repetir idéntico argumento que hace un minuto.

—Y la razón para que tú tengas un cuerpo tan hermoso como esquivo, ¿la llegaré a entender?

—Seguro —confirmo ideando a la vez una traviesa escapatoria—. Follando.

Enarca las cejas hasta el límite al no esperar una respuesta más propia de sus labios que de los míos, que sonrían juguetones. Luego me muerdo el labio inferior porque sé que les pongo muy cachondos cuando lo hago con la sensualidad que Dios me ha dado.

—Interesante, aunque me cuesta creerte.

—¿Porque no me haya abierto ya de piernas contigo? Quizás tendrías que...

—Me has malinterpretado —apunta, volviendo a interrumpirme—. No lo decía por ti en particular, sino por las españolas —aclara—, en general.

—No me hagas reír, por favor. Que no seamos unas frescas, no nos convierte en monjas.

—Te sigues equivocando. Yo pretendo llegar al fondo.

—Pues con esa actitud, no conseguirás meter ni la puntita —vuelvo a burlarme, jugando con el doble sentido.

—Eres muy graciosa —reconoce—, además de preciosa, pero no muy diferente del resto.

—¿Te refieres a las españolas? Quizás sea porque tenemos un sentido del pudor diferente de las... mujeres de tu país.

—¿Ves? A eso me refiero. En Bélgica y en el resto de países de Centroeuropa, en general, las mujeres entienden mejor el significado y el objetivo de la palabra más hermosa del universo.

—¿Y se puede saber cuál es esa palabra?

—Sexo.

—¿Piensas que no me gusta el sexo? —Sonrío sarcástica—. Lo que

no me gusta es que me traten como a un pedazo de carne.

—Durante las relaciones, no somos mucho más que eso. No creas que he pasado por alto la mirada que has lanzado a mi... pedazo de carne. Admítelo —me pide—, cuando estás con un hombre que te atrae, te encanta acariciar su pecho, su trasero, sus brazos, incluso su polla.

—¿No disfrutas tú masajeando unos pechos como los míos? —contraataco—. Te los comías con los ojos.

—Porque aún no me has permitido que los atrape entre mis labios, que pasee mi lengua por el contorno de tus pezones hasta que me supliques que los muerda —explica sin obviar detalle alguno para conseguir que algo se remueva en mi estómago. O más abajo quizás—. Tienes una barrera mental que no te permite disfrutar de lo que deseas.

—¿Estás insinuando que te deseo? —le interrogo al borde de la carcajada.

—Casi tanto como yo a ti. La diferencia es que yo tengo claro que sólo se trata de sexo. En cambio, es posible que tú dejes escapar muchos trenes, esperando sentada en la estación a ese príncipe azul que nunca llega.

Vale, reconozco que ha sabido dar donde duele. Aunque la verdad es que no espero a nadie porque visto uno, visto todos.

—¿Y qué se supone que haría una mujer belga?, de esas cuyo coeficiente intelectual les permite entender una palabra tan básica como sexo.

—Di la verdad —me exige—. ¿Qué te impide levantarte, regalarme la impresionante visión de tus pechos dorados y sentarte a mi vera? O mejor aún, encima de mí.

—¿Que nos hemos conocido hace veinte minutos?

—¿Y? —pregunta con un odioso monosílabo con el que tensa la cuerda—. No soy tu príncipe azul. No despertaré a tu lado, ni te prepararé el desayuno. Ni mucho menos te juraré amor eterno o te llenaré la casa de niños. ¡Es sólo sexo! Placer con una chica que me gusta, sin compromisos, sin reglas, sin tabúes.

—¿Crees que soy una frígida, que me da vergüenza mostrar mi cuerpo a un hombre o que no disfruto de un buen polvo como cualquiera?

—Estás allí y yo aquí. Deseas mi cuerpo y yo el tuyo. Sólo nos separan unos metros de agua. O puede que algo más.

Aunque me cueste admitirlo, lleva más razón que un santo, a pesar de que sus palabras suenan a diabólicas promesas.

No lo pienso ni por un instante. Me pongo en pie rompiendo las cadenas mentales que me anclaban al asiento y mostrando mi cuerpo completamente desnudo, sin el menor complejo.

—¿Piensas que eres mi primer hombre y que voy a sonrojarme? —le interrogo, tomando de nuevo el control de la situación. Su media sonrisa, más que indicarme que se ha salido con la suya, desprende la satisfacción sincera de verificar que estamos en la misma onda.

Camino hacia él contoneándome con sensualidad y parsimonia. No quita ojo a mis pechos. Salta a la vista que es la zona de mi cuerpo que más le atrae. La verdad es que estoy bien despachada y que la mantengo firme. Puede que bregar durante tanto tiempo con Rober me sirva para mucho más de lo que pienso.

Pensar en el crío, mi punto débil, hace que me asalten las dudas. Sin embargo, me obligo a centrarme en lo que me ocupa y, con un descaro que hasta a mí me sorprende, abro mis piernas dejando expuesta mis intimidades y me dejo caer sobre las suyas. Luego rodeo su cuello con mis brazos, me acerco hasta su oído y me dispongo a susurrarle.

—Cuando se nos conoce mejor, las sevillanas somos capaces de sorprender a un muerto. Ahora te toca a ti demostrarme cómo son los hombres de tu tierra.

Fogosos, no cabe la menor duda cuando lanza sus labios de forma apasionada hasta estrellarlos con los míos.

De estar en mi posición, nadie podría llegar a pensar que se encuentra ante un conquistador nato, alguien que parece condenado a vivir flirteando. Actúa de forma desesperada, como si necesitara mis besos para poder seguir respirando. El más insaciable de los perros frente a las delicias culinarias de su amo quedaría en evidencia si hubiera de compararse con el ansia que libera Phil cuando se apodera de uno de mis senos. Y nunca mejor dicho. Lo hace suyo, envolviéndolo bajo el cálido manto que representa la palma de su mano. Lo masajea de manera brusca, aunque es ahora cuando luce su destreza con las mujeres, pues aprieta lo justo para no hacerme daño. Muy al contrario, su intensidad despierta un desconocido desenfreno en mí. Una especie de locura transitoria que me empuja a clavar mis uñas en su espalda

musculada y recorrerla en sentido descendente sin tantos miramientos como él me procura.

Del mismo modo que él se entretiene con mis tetas, yo busco traviesa con una de mis manos aquello que reclamó toda mi atención cuando se introdujo en el agua. No puedo alcanzarlo, sin embargo, por más que intento estirar el brazo. Para hacerlo, tendría que negarle el disfrute que absorbe sus cinco sentidos, viéndome obligada a unir ambos cuerpos por la zona naturalmente concebida para ello. Demasiado riesgo, aunque merece la pena asumirlo con tal de deleitarme con el tacto de tan firme reclamo.

Me incorporo un poco para acercarme a él y su respuesta llega en forma de gruñido. Pero, al sentir la calidez de mi entrepierna cuando la dejo reposar a ambos lados de su miembro erecto, se olvida de mi busto y actúa en consecuencia con la nueva situación. Su reacción pasa por llevar las manos hasta mi trasero, con la idea de situarme sobre él. Sin embargo, con una de las mías sobre su pecho, ¡que vaya pectoral gasta Felipito!, detengo su implacable avance. Siseo junto a su oído para aplacar su fogosidad. Muy al contrario, se muestra aún más lanzado cuando entierra sus labios en mi cuello y se hace hueco de nuevo entre nuestros cuerpos para volver a manosearme.

—¿Sabes que correr es de cobardes? —inquiero a la par que voy trazando círculos en sentido descendente a lo largo de su costado.

—Y el cementerio está lleno de valientes —contraataca—. En mis clases de español aprendí muchas estúpidas frases contrapuestas, pero ahora no me preocupa la Lengua. Bueno sí —corrige—. La tuya.

—Tssss.

Vuelvo a detener su avance y retomo el mío a la altura de su cadera, aunque apenas tardo en llegar hasta mi objetivo. No sin dificultad, pues desde mi posición se hace bastante complicado cogerle el culo. Pero lo hago. Jugando a ser contorsionista, pero lo hago. No obstante, las maniobras que me veo obligada a completar para alcanzar su trasero provocan que nuestros sexos se rocen, con tan mala suerte, o buena, que la punta de su erección choca de lleno contra el punto más sensible de mi cuerpo.

—Mmm.

El respingo con el que acompaño a mi gemido lo aprovecha él con destreza para encarar pista y aterrizar su pajarito en el fondo de mi hangar. Aunque por un momento creo ver las estrellas, gracias al erotismo y la pasión

que imprime a todas sus acciones, no tarda en despertar mi yo más racional.

—¿Qué crees que haces?

—Lo que ambos deseamos.

—¡No llevas protección!

—No la necesito —defiende—. Estás sana y tomas anticonceptivos.

—¡Y tú, ¿qué sabes?!

—Lo sé; salta a la vista —asegura alzando las cejas y lanzando una mirada libidinosa con la que recorre la parte de mi cuerpo no sumergida—. Y sé que tomas anticonceptivos porque, de lo contrario, te habrías separado por completo.

—¿Y cómo puedo estar segura de que tú no tienes alguna enfermedad de transmisión sexual? —le interrogo enfadada, tratando precisamente ahora de quebrar el punto de unión

—Porque lo estás. Tienes tan claro que soy un sinvergüenza con encanto como un hombre de verdad, con principios éticos —asevera con una mirada arrebatadora, de esas tan poderosas que cuesta no dejarse atrapar por su profundidad.

Tiene razón en todo lo que dice, aunque mi racional modo de proceder lucha por alejarme de su poder de persuasión. Sin embargo, algo desconocido tira de mí hacia él y mi versión más chistosa se hace cargo de la situación.

—¡Las cosas no se hacen así! —le reprocho dejando caer el peso de mi cuerpo sobre el suyo con la violencia que la gravedad consigue generar. Como si con ello le castigara—. A una mujer andaluza hay que conquistarla con piropos —le informo alzando de nuevo mi cuerpo hasta que nuestros sexos quedan a las puertas de la ruptura—, no con embaucadoras mentiras —aclaro dejándome penetrar de nuevo al caer una vez más sobre sus muslos—. ¿No piensas decir nada? —Mi cuestión llega con un doble movimiento, ascendente y descendente, con el que consigo que un gemido escape de sus labios.

—Quien kayak, otorga —asegura jugando con mi chiste anterior, girando a la vez la cabeza hacia un lado, en señal de rendición. Pero aprovecha la postura de su cuello y que bajo la guardia para encajar su mandíbula en el mío y comenzar a comerme a besos—. Hablas mucho —

susurra con sonidos ronc—, y yo soy de actuar —se confiesa en el mismo momento en el que imprime un violento empuje a sus caderas, con el cual consigue penetrarme hasta el fondo.

—¡Ufff! —Es todo cuanto consigue salir de mi boca.

Su salvaje intromisión a mi ser toca fondo, pero no duele. Gusta, ¡mucho! El placer que me causa me invita a unirme al ritmo que imprime con cada una de sus acometidas. Si él empuja fuerte, yo no me amilano y lo hago con mayor intensidad. Hemos conseguido alcanzar un nivel de simbiosis nada habitual entre dos personas que follan por primera vez. Con él es todo tan complicado en los prolegómenos, como sencillo cuando llega la hora de la verdad. Parece conocerme de toda la vida. Cuando necesito una caricia en el cuello, ahí que la aplica sin yo pedirla. Si es un mordisco en el lóbulo de la oreja lo que requiero, lo acompaña con un lametón que me hace temblar. Ahora que necesito que me diga con sus manos cuánto me desea, las lleva hasta mi espalda y las deja caer con un enérgico masaje hasta que las cuele entre sus muslos y mis nalgas. Con ello, ya me tiene a su merced para ser él quien maneje el tempo. No se trata de un ritmo muy alegre, pero sí tan intenso como para hacer que me sienta viva, deseada, adorada por todo un dios del sexo. Porque, como se encargó de prevenirme, sólo se trata de eso: sexo. Del bueno, ¡del mejor! Del que consigue que mi piel caliente el agua que nos acoge, ya tórrida de por sí. Sexo que logra que me tiemblen las piernas cuando entre ellas empuja, del que me obliga a morderme el labio para no gritar y me hace sentir su mano acariciando mi brazo sin haberme dado cuenta de que abandonó mis nalgas.

Espera, hay algo que falla. Siento ambas manos apretando mi culo con fuerza y una tercera abriéndose paso entre mi brazo y mi costado.

—¡Alguien me ha tocado! —adviento separándome de él de cintura para arriba.

Mira por encima de mi hombro y sonrío con suficiencia, como si quisiera decirme con ello que me falta un tornillo.

—Si no quieres, no tienes más que decirlo. Con un movimiento de cabeza o un simple no, respetarán tu voluntad.

—¿De qué hablas? —pregunto girándome—. ¡Joder! —exclamo asustada al descubrir a mi espalda a un hombre maduro y ¡desnudo!—. ¿Qué coño haces tocándome? —le grito.

—Perdona. Pensé que... Da igual, ya me voy —anticipa poniéndose de pie, paseando su polla por delante de mis ojos al hacerlo.

—No te preocupes —lo tranquilizo poniéndome también en pie y cubriendo mis partes nobles con ambas manos—. ¡La que se marcha soy yo!

—¿A dónde vas? —se interesa Philip extrañado.

—¡A dónde voy, no!, ¿en dónde coño me ha citado el cerdo de tu amigo Cris?

—¿Por qué sigues haciéndote la tonta? —protesta—. ¡Vamos!, que ya hemos superado esa etapa. Sabes tan bien como yo que no fue él quien te escribió, sino yo. ¿Y me vas a decir que no sabes que nos encontramos en un club swinger? ¡El mejor de tu Sevilla!

—¡¿Qué?!

Mi grito resuena como una tormenta donde hasta hace un minuto sólo se oían jadeos.

—¡No me puedo creer que no lo supieras!

—¡Claro que no lo sabía! Si tenía poca relación con él, contigo no tenía ninguna. ¿Cómo demonios has podido escribirme? ¿Quién os ha dado mi número de teléfono? Y este antro, ¿club qué?

—Club swinger. Vamos, dime que sabías que habías entrado en un club de intercambio —me exige.

—¿Intercambio de qué? —pregunto en el mismo momento en el que se enciende la luz en mi cabeza.

—¡Intercambio de parejas!

Si tuviera al alcance la fosa de las Marianas, allí que me lanzaba de cabeza en este momento. Me muero de vergüenza como nunca me ha ocurrido. Tanto, que me olvido de cubrir mis partes porque ambas manos van directas hacia el rostro avergonzado. Jamás he sentido semejante bochorno y no sé qué hacer o decir porque me siento bloqueada.

—No te vayas —oigo decir de forma muy lejana.

—¡Que te follen!

Y con esas palabras me despido de él, del local y del día más humillante de toda mi vida.

Capítulo 7

Muy al contrario de lo que piensa la mayor parte de la gente, lo peor de las drogas no son sus efectos, sino su poder de adicción. Javi, por ejemplo, ya sufría las consecuencias de su vicio a la coca cuando estábamos juntos. Sin embargo, a los ojos de la sociedad, era un chico muy guapo y aparentemente sano. Encontrándose en la fase inicial de su enganche, los efectos no eran visibles aún. Es ahora, años después, cuando la adicción despliega todo su poder destructivo.

Lo que me tiene intrigada y haciéndome preguntas que antes de ayer no me habría planteado jamás es si lo que corre por mis venas es otro tipo de droga. ¿Qué extraño trastorno me lleva a no sentir la misma vergüenza que ayer me impidió siquiera preguntar a Carmela cómo le fue con papá?

Está sorda, pero de tonta no tiene ni un solo pelo. Supo que la noche no había ido bien; lo vio en mi cara. Nada preguntó. Simplemente, se limitó a informarme de que papá se quedó dormido en el sofá después del tercer tinto. No debería beber en su estado, pero me siento incapaz de negarle uno de los últimos placeres que le quedan por disfrutar.

Yo, en cambio, todavía tengo por delante un amplio catálogo a mi disposición. De mí depende que me deje arrastrar por su poder de adicción. Porque no podemos engañarnos. Al final, todo se reduce a eso. ¿Qué, si no, estaría invitándome a olvidar la vergüenza que sentí anoche? De camino a casa, largo camino andando, por cierto, me daba asco de mí misma. Asco por sentir que estaba perdiendo la noción de una cualidad innata en mí: la decencia.

Me gusta disfrutar del sexo, no puedo negarlo. Si es con desconocidos, aún más. El cosquilleo previo que siento en el estómago actúa como el estimulante perfecto para ayudarme a gozar de la relación, convirtiéndola en una experiencia única. Pero lo de ayer rebasa los límites del concepto de decencia que siempre me inculcaron mis padres.

Lo recuerdo y me hace sentir mal porque me gustó. Contradictorio, pero cierto. Me avergüenza pensar en lo poco que necesitó el surfero para que acompañara a su desnudez en el jacuzzi. Pero lo que más me atormenta es que aún me estremezco al revivir la caricia del pureta en mi brazo. No porque

me gustase. Mucho menos me atrajo alguien tan corriente que, en condiciones normales, jamás se habría ganado un simple cruce de miradas. Aunque nada transcurrió ayer con normalidad. Mucho menos hoy, que debería estar regresando en este momento de dejar a Rober en el cole. Sin embargo, aquí estoy: sentada en la cama en un estado que no quiero imaginar y comiéndome la cabeza con lo que ocurrió ayer. O mejor dicho, con lo que pudo ocurrir.

No paro de fantasear con la posibilidad de que fuera Cris el que hubiese acariciado mi brazo con exquisita sensualidad. Y es que, aunque me cueste admitirlo, me gustó. Hasta que me giré y descubrí a ese tío admirando mi cuerpo con su mirada de viejo salido, me encantó. Luego llegó la sensación de repulsa. Y esta duda que me corroe.

¿Habría reaccionado igual, de haber sido Cris el que solicitara unirse a nuestra pequeña fiesta «sólo sexo»?

Estoy convencida de que no y semejante certeza es la que me está devorando por dentro. De haber sido él, no me cabe duda de que me habría acogido al más básico de los significados de lo que allí habría ocurrido. Ya se encargó Phil de aclararme cualquier duda que pudiera tener al respecto: sólo sexo.

Y si sólo se trata de sexo, ¿por qué tengo tantos remordimientos por lo que pudo haber ocurrido? ¿Por qué...?

—¿Quién llamará tan temprano? —me pregunto tras el sobresalto que me provoca el repentino tono de llamada—. La que faltaba —protesto al ver el nombre de la otra hija de mis padres, acosándome en la pantalla del ladrillo que me regaló. Bien caro me está saliendo. En esta vida no hay nada gratis—. Pues no pienso contestar.

Dicho y hecho. Aunque no tarda en sonar de nuevo. Parece que no ha pillado la indirecta cuando di al botón de rechazar la llamada.

—¿No te quedó claro que yo me pondría en contacto contigo cuando despertara de la borrachera?

—Buenos días, ¿no? —responde con tono afable y obviando mi agresividad. Algo pretende.

—Buenos días. ¿Qué quieres?

—Hoy no has venido a recoger a Rober para llevarlo al colegio, pero

no te preocupes; Rafa se ha encargado. Imagino entonces que habrá sido una noche espectacular.

—¿Acaso te importa? Además, veo que tienes muy mala memoria. Ayer te dije que lo dejaba.

—Estabas enfadada y no te culpo por ello. Quizás tuve que haberte avisado antes.

—¿Quizás? ¡Tía, tú no miras por nadie diferente de ti!

—Me duele que me digas eso. Mira hoy mismo. No te tengo en cuenta que no hayas venido a por Rober. Tenía un problema y he buscado una solución que no te fastidiara.

—Ya veo cómo son tus soluciones. En vez de comerte tú el marrón, responsabilizándote de tu hijo, mandas al calzonazos de tu marido para que te saque las castañas del fuego.

No responde. La oigo suspirar. Está intentando medir las palabras que, a buen seguro, me soltará a continuación.

—Quedemos para tomar un café y limar asperezas. He sido injusta contigo y te...

No termina la frase, aunque lo que ha dicho ya la muestra infinitamente más humana que nunca. Pero yo no olvido. Me ha hecho sufrir mucho y sé que ella lo está pasando mal ahora, por lo que decido hurgar en su herida.

—Cuesta, ¿verdad? No estás acostumbrada a salir derrotada por tu propia forma de ser. ¿No vas a acabar tu frase?

—Te necesito —confiesa casi en un susurro—. Ale, ya lo he dicho.

—Perdona, ¿has dicho lo que creo haber oído? —la interrogo anonadada.

—Ambas nos necesitamos —recula—. Yo a ti porque nadie mejor que tú puede cuidar, educar y dar cariño a Rober, y tú a mí porque necesitas... Porque necesitas mi limosna. Quedemos y tomemos un café —vuelve a insistir para evitar cualquier signo de emotividad—. Así me cuentas cómo te fue ayer y yo te chivo a cuánto te voy a subir tu paga.

¿Seré tan necesaria para ella, hasta el punto de rebajarse como nunca ha hecho, o es que aún le queda un ápice de humanidad?

—Necesito tiempo para pensar.

—¿Tiempo? ¡Yo no ten...! Está bien —se retracta cambiando por completo su tono creciente por uno con sabor a frustración—. ¿Aplazamos ese café para mañana?

Aunque creo que necesito más tiempo para pensármelo con calma, al final decido aceptar porque, además de tomar café, no puedo pasar más tiempo sin dinero. Fumo poco, pero lo hago y ya sólo me queda medio paquete. Necesito el dinero que me debe y lo de papá apenas nos llegará a final de mes. ¡Qué asco de dinero!

—Me parece bien, pero con una condición.

—Tú dirás.

—Te recojo mañana en el cole de Rober justo después de que lo dejes allí.

—Veré cómo me la ingenio, pero allí estaré —acepta sin mostrar la más mínima emoción.

Nos despedimos con las palabras justas y damos por concluida la conversación. Yo, con la mosca detrás de la oreja. No me fío de ella. Ya me ha dado sobradas razones para ello.

Me parece increíble, pero tengo toda la mañana libre, al no tener que llevar ni recoger a Rober. Se me presentan varias alternativas. Por un lado, podría dedicarme a limpiar la casa a fondo, lo cual implica seguir comiéndome la cabeza. Por otro, aprovechar que papá suele estar tranquilo por las mañanas y salir a dar una vuelta. Quizás podría acercarme a la misma cafetería y esperar allí a que se presente de nuevo Cris. Tengo muchas preguntas que hacerle. Aunque, visto lo visto, a lo mejor ni siquiera comparte amistad con Phil. Pero ¿cómo sabría este último de la existencia del otro? Porque, en el hipotético caso de que estuviera en la cafetería espiando nuestra conversación, que me habría saltado a la vista con esos pelos a lo Calleja, aún tendría que haberse hecho con mi número.

—Decidido, me voy a duchar y... ¡Otra vez el teléfono! —protesto.

Es un whatsapp de Noly, queriendo saber si dejé satisfecho a mi ricachón y si le pregunté si tenía un amigo tan perfecto como él. Para ponerle los dientes largo, le contesto que quien quedó satisfecha fui yo, pues me cepillé a la vez a su amigo y a él. Me insulta en gallego y yo le saco la lengua

con un emoticono. Luego le describo a Phil como un rubio impresionante de ojos azules, culo perfecto y morcilla del Mercadona tratada con levadura. Vuelve a insultarme y amenaza con llamarme, pero le advierto que descolgaré porque me voy a duchar para salir. Miento asegurando que necesito tiempo para maquillarme con polvos mañaneros. Con eso la mato y bloqueo el móvil, sin intención de oír el audio que está grabando.

Cojo la ropa interior y salgo riendo del dormitorio de camino al cuarto de baño. Pero a mitad de camino, oigo unos golpes. Afino el oído y a los pocos segundos vuelvo a oírlos. Abro la habitación de papá y le oigo roncar. Suenan los golpes de nuevo y entiendo que alguien está llamando a la puerta.

Cuando abro, me cuesta aguantar la carcajada al comprobar que se trata de una Carmela con los pelos de una loca.

—¿Te despertao, Lucita? No te sentío salí hoy pa llevá ar colegio a tu sobrino y me preocupao. Como anoche llegaste con cara de mal follá...

Demasiado había aguantado; la carcajada termina por salir.

—No, es que...

—Dame café, anda. Los mamone de la peña han estao dando por culo con el flamenco hasta las tanta. Ya les podía gustá a los japonese la sardana —me interrumpe pasando por mi lado, directa hacia la cocina. Lo de esta mujer es increíble.

Sigo sus pasos y satisfago su necesidad de cafeína sin dejar de sonreír. Y es que, de forma acelerada y sin dejar un segundo de silencio, se dedica a contarme lo tramposo que es papá jugando al parchís. Creo que lo que pretende es no dar lugar a que sea yo quien maneje la conversación.

—¿Apostaron algo? —la interrogo rozando mis dedos índice y pulgar para que me entienda.

—Pero ar finá le gané —resuelve nerviosa, obviando mi cuestión. Creo que no ha querido contestar y por eso se ha hecho la loca. A saber si apostarían y el qué.

—Espero que no hayan perdido ninguna ficha.

De pronto se pone muy seria, hasta el punto de temblarle el labio inferior. Tampoco creo que sea tan grave si han llegado a perder alguna ficha.

—Hija, te quiero como a una hija, pero no te viá consentí que me preguntes si le cogí la picha. Hay broma y broma.

—¡Noooo! —exclamo sorprendida, iniciando una nueva carcajada que amenaza con despertar a papá—. ¡Hablo de las fichas! —le aclaro formando un círculo con mis dedos y negando con la cabeza. Como veo que no me entiende, hago el gesto de mover el dado con la mano y sus ojos se abren como platos a la vez que se lleva una mano a la boca, al borde de un infarto como se encuentra. ¡Mierda!, ahora habrá pensado que le pregunto si se la machacó a papá. Hasta a mí me avergüenza sólo de pensarlo.

Me acerco a su oído para aclarar el malentendido y le explico a qué me refería, a lo cual responde aliviada con un resoplido.

—Creí que me había tomao por una pelandrusca. A vé, que tu pare Juan se mantiene mu bien, el hombre, pero no estoy yo pa muchos trote.

—Carmela —me dirijo a ella manteniendo la cercanía de mis labios con su oreja—, si hay alguien en el mundo más buena persona y apropiada para llenar el corazón de mi padre, esa es usted. Pero ya sabe que corre el tiempo en su contra y no me gustaría verla sufrir como lo vi a él.

—Hija, entre tu pare y yo no hay na —aclaro nerviosa—. Yo quería mucho a la Juani y sé que Juan no la ha olvidao.

—Y nunca la olvidará, pero... Creo que va siendo hora de despertarlo. Sabe usted que puede venir a visitarlo cuando quiera, ¿verdad? —la tranquilizo. Por nada del mundo me gustaría hacerle creer que quiero que se aleje de papá. Una cosa es que no me gustaría que inicien un relación con fecha de caducidad muy próxima y otra bien distinta es que deseche el efecto positivo que produce a papá.

—De eso te quería hablá —me dice—. Anoche estuvimo hablando mucho y tu pare se acordaba de to. Desía que no quiere sé una carga pa ti. Entonse le dije que a mí no me importaba vení a jugá ar parchí a toas hora. Incluso puedo vení a despertarlo y prepararle er desayuno.

—Se lo agradezco mucho, Carmela, pero es mi responsabilidad.

—¿Que cómo via entrá? Con la llave que ma dao —explica algo que no he preguntado para volver a sorprenderme.

—¿Que mi padre le ha dado su llave?

—¡Claro que lo sabe!, si me la dao él. ¿No tas despertao todavía, Lucita? ¡Estás dormía, hija!

Entre que lo agotador que resulta explicarle todo aquello que no le

grite y que vuelve a sonar mi móvil, al final desisto de aclararle nada. Simplemente, le muestro el teléfono con la pantalla encendida para invitarla a que se vaya de nuevo a su casa.

—Habla, mujé. Seguro que tenéis muchas cosita que contaros. Yo voy a despertá a Juan.

¿Sirve de algo que le diga que ya lo hago yo? Creo que no, así que me olvido de ella y me dispongo a contestar.

¡Número desconocido! Seguro que es él.

—¿Sí?

—Buenos días. Has madrugado.

—No he madrugado. ¡Acabas de despertarme! —me quejo con una mentira—. ¿Qué diablos quieres y cómo has conseguido mi número? ¿De qué conoces a Cris?

—Haces muchas preguntas, pero la más importante de todas es la que me tiene intrigado desde que saliste huyendo. ¿Encontraste en el camino a tu príncipe azul?

—¡Vete a la mierda!

Y le cuelgo.

No pasan ni cinco segundos hasta que vuelve a sonar el teléfono.

—Mira, ya me estás cansando. Si no vas a responder a mis preguntas, no vuelvas a molestarme.

—Es de muy mala educación lo que has hecho. Espero que lo tengas en cuenta cada vez que me llames sinvergüenza.

—¿Me estás dando lecciones de educación? ¡Tú, que me has llevado engañada a un local de salidos!

—El mejor del sur de España —apunta desafiante.

—No me toques el... —Reacciono antes de pronunciar la palabra «coño», que le abriría la puerta a hacerlo aún más—. ¿Cómo has conseguido mi número?

—Cuando quiero algo o me intereso por alguien, tengo mis recursos. Seguro que algo ilegal, aunque tampoco me cambia la vida saberlo.

—¿De qué conoces a Cris?

—Christopher es mi socio. Nos gusta compartir.

No le creo. De ser verdad, ayer habría sido él quien acariciase mi brazo, si tanto les gusta compartir.

—Pues podéis compartir destino, así que iros a la mierda los dos y dejadme en paz.

—Quizás me lo piense, aunque te convendría saber que nunca dejo nada a medio hacer —alega con desfachatez.

—Pues cáscatela y no vuelvas a molestarme. Si lo haces, llamaré a la Policía —le amenazo sin verdadera intención de acudir a la comisaría.

—Tengo que reconocer que ayer me sorprendiste. Demostraste valor y coraje al levantarte en el jacuzzi, pero no te veo capaz de denunciar a un buen tío como yo.

—Dame una sola razón más y no dudes de que lo haré.

—¡Atrévete!, pero hazlo antes de que vaya a buscarte a tu casa para que me des lo que me debes.

—¿Lo que yo te debo? ¡Tú estás zumbao, tío! —Y me da miedo que pueda conocer también mi dirección, aunque eso no se lo voy a admitir—. Que sepas que te voy a denunciar en cuanto cuelgue.

Y eso hago. Marco el teléfono de la Policía Nacional y espero un par de tonos hasta que contesta la voz de una máquina.

—Si conoce el número de extensión al que quiere dirigirse, use su teclado numérico para indicarlo. De lo contrario, indique brevemente el motivo de su llamada cuando oiga la señal.

—¡Jodidas máquinas! —protesto justo antes de que suene un pitido—. Cualquiera día seremos unas raras quienes no echemos un polvo con un puto robot.

—Disculpe, no le he entendido. ¿Puede indicar brevemente el motivo de su llamada cuando oiga la señal?

Hay que joderse. Me parece surrealista que llame a la Policía y me atienda un ordenador.

—Un hombre me está acosando —confieso con brevedad tras oír la dichosa señal.

—Su respuesta es que... —Hace una pausa—. Un hombre le acosa. Si

es correcto, pulse uno. Si no es el motivo de su llamada, pulse dos.

—¡Me cago en la evolución! Vamos dando pasitos pa'trás.

Marco el número uno y espero nuevas instrucciones, porque estoy convencida de que todavía no me atenderá ningún humano. Y como me despiste, terminarán vendiéndome el temario para presentarme a las oposiciones con las que podré patrullar las calles.

—¿Tiene alguna relación emocional con el sujeto? Si la respuesta es sí, marque uno. Si la...

No la dejo terminar y marco el dos.

—Ha indicado que no tiene ninguna relación. A continuación, explique por qué se dejó penetrar por el sujeto, pese a no tener relación alguna con él.

¿Ha dicho lo que creo haber oído? ¡No me lo puedo creer! Tiene que tratarse de una broma.

—Quiero hablar con un agente.

—Pulse uno si lo quiere rubio o dos si lo prefiere rubio.

—¡Eres tú! —entiendo al escuchar la última indicación—. ¡Eres un maldito cabrón!

—Marque uno si soy un maldito cabrón, pero te pongo cachonda. O dos si te pone cachonda que sea un maldito cabrón.

Cuelgo la llamada sin pensar. Estoy que me subo por las paredes.

No pasan muchos segundos cuando suena el tono de mensaje entrante. Abro Whatsapp dispuesta a amenazarle y apenas presto atención a su mensaje.

«No puedes dejarme así. Tienes que acabar lo que empezaste.».

«Y eso voy a hacer», contesto escribiendo acelerada. «Voy a denunciarte directamente en la comisaría.».

Después de varios segundos en los que pienso que mi amenaza ha surtido efecto, vuelve a sonar el tono de mensaje y mi sangre se hiela cuando veo una foto de Rober.

«¿Lo recojo yo en el colegio mientras pierdes tu tiempo denunciándome?».

Capítulo 8

Ya han pasado veinticuatro horas desde que me amenazó y no ha vuelto a dar señales de vida. He pensado un millón de veces en llamar a Rocío para contárselo. Sin quererlo, está implicada, pero creo que esto no tiene nada que ver con ella ni con Rober. Por alguna razón que se me escapa, ese tío se ha encoñado conmigo y no se detendrá hasta que consiga lo que quiere. Por esa misma razón, tengo que dejar al margen al niño o a mi hermana. Estoy convencida de que Phil, si es que se llama así, no sabe dónde vivo. La respuesta a todo se encuentra en mi móvil. No tengo ni idea de cómo lo ha hecho, pero ha tenido que piratearme el teléfono.

A lo mejor me estoy obsesionando y no se entera de nada si lo denuncio en comisaría. La Policía podría rastrear su móvil o algo así. He visto que lo hacen en las películas, así que será posible.

—¿Y si me equivoco? —me oigo decir—. Jamás me perdonaría que le pasara algo a Rober.

De pronto, el sonido del teléfono me coge desprevenida y convulsiona todo mi cuerpo. El corazón se pone a mil por hora al instante.

—¡Jodido teléfono! Antes de que existieran éramos más felices, más independientes. ¿Sí? —contesto temerosa, sin llegar a mirar la pantalla.

—Chata, se me va a hacer imposible que quedemos hoy —me informa Rocío con tono adornado de lástima.

—Es una verdadera pena. Era el acontecimiento del año y ni siquiera he podido pegar ojo pensando en nuestra cita.

—No seas capulla —protesta—. Ayer no te lo dije porque pensaba contártelo en persona, pero hoy se ha convertido en la causa de que no podamos vernos. ¡Comienzo a trabajar de encargada en la mejor peluquería de Sevilla!

¿Trabajar? Tiene que estar acabándose el mundo y Dios está permitiendo que los descarriados enderecen el rumbo. No hay otra explicación, ya que a Rocío le pega el trabajo y las obligaciones igual que a Trump su mujer.

—¡Ah! Qué guay, ¿no?

—Fueron precisamente los amigos de los que te hablé quienes me ofrecieron el trabajo. Antes lo llevaban ellos, pero han abierto otra peluquería en Madrid con la intención de expandirse por grandes ciudades.

—Entiendo. ¿Y dices que es una peluquería?

—¡Sí! —responde eufórica.

—¿Y saben que lo que tú peinas son las redes sociales?

—¡Qué tonta eres! —¡Increíble! Ha sonreído al oír mi chiste. Esto es más grave de lo que pensaba—. Yo sólo tengo que encargarme de recibir a las clientas, de que se sientan cómodas y bien atendidas, y de cobrarles con una enorme sonrisa.

Ahí la cagaste. Tres días te doy en el trabajo. El arte de la sonrisa no es lo tuyo, hija.

—¡Qué bien!, ¿no?

—¡Sí! Necesitaban a alguien de confianza y yo aparecí en el momento indicado.

—Alguien de confianza —repito. Pues como les dé las puñaladas que me da a mí, más les vale que pongan un seguro a todo riesgo—. A ver si algún día me paso por allí y me haces un arreglo.

—Bueno, ya lo hablamos más adelante. —En su idioma, eso es un no—. El caso es que anoche me llamaron a última hora para ver si podía empezar hoy porque han adelantado su viaje a Madrid.

—Claro, mujer. Tú di que sí, no vaya a ser que se te pase la fiebre.

—¡Qué chistosa eres! —Esto huele cada vez peor. Me lo ríe todo—. Entonces, no te importa que quedemos otro día, ¿verdad?

—Anda ya, mujer. Lo primero es lo primero. —Y, para mí, quedar contigo es lo último.

—Pero no te preocupes por el dinero. A partir de este mes te voy a pagar seiscientos.

—¿Seiscientos? —me sorprende—. O sea, no estamos hablando de céntimos, ¿verdad?

Se oye una carcajada forzada al otro lado de la línea.

—Seiscientos euros —confirma. Tiene que haber algo más—. Lo

único que necesito es que te quedes con Rober por las tardes. —Lo que me temía—. Pero vamos, que lo apunto a la escuela de fútbol y así puedes aprovechar tú el tiempo para ligar con los padres en la grada.

Se descojona tras un chiste muy suyo, en el que me pone de calentona como poco.

—Qué graciosa —confieso simulando una risa con más malaje que un bocadillo de sardinas con kepchup—. Y, aparte de para cancelar tan ansiada cita, imagino que me llamas para que yo recoja al niño, ¿verdad?

—Como siempre haces —confirma—. Nunca has dejado de ser mi hermana, aquella en quien más confío.

—¡Qué bonitooooo! —me burlo de su cinismo.

—Bueno, Luci. Ahora tengo que dejarte, que se me está haciendo tarde. Lo dejo en tus manos, ¿vale? ¡Ah!, que ya se me olvidaba. En la encimera de la cocina te he dejado tus doscientos euros y veinte de regalo, por mi comportamiento de anteayer.

—¡Por Dios! No tenías que molestarte, hija. —¡Qué espléndida! Este mes tendrás que comer papas con huevo por culpa del regalo—. Muchas gracias, hermanita.

—Bueno, que no lo digo más. En la encimera también está la solicitud para la escuela de fútbol. Te dejo. ¡Besos!

—¡Pero qué falsa e interesada eres! —le escupo después de oír el click que da fin a la conversación.

Y si me va a pagar seiscientos, está claro que el trabajo será para cobrar novecientos. Me va a exprimir y al final tendré a Rober a todas horas, seguro.

—Pues mira, peor para ella, ya que pone a mi disposición lo único que me llena de ilusión cuando miro hacia el negro futuro. Y encima me paga.

Vuelve a sonar el móvil. Un mensaje esta vez. ¡Jamás había estado tan solicitada como en los últimos dos días!

«Al no poner la denuncia, me has confirmado que te intereso. Y eso que aún no me conoces bien. ¿Paso a recogerte?».

«¿Cómo puedes estar seguro de que no te he denunciado? ¿Sabes

dónde vivo?».

«Podría saberlo, pero prefiero que me lo digas tú. Y sé que no me has denunciado porque mmm... Digamos que la Policía comparte información conmigo».

«¿Quién eres?», escribo cada vez más preocupada.

Tarda unos segundos en contestar.

«Phil, ya lo sabes. Un chico sencillo que se muere por estar contigo, pegado a ti, respirando tus besos. Quién sabe si tu príncipe azul».

«Jajaja La llevas clara. Déjame en paz, por favor. Es mi último mensaje».

Suena el teléfono de nuevo para ponerme de los nervios. Una llamada en esta ocasión. Imagino que, al advertirle de que era mi último mensaje, ha optado por llamarme. No se da por vencido.

—Mira, tontolava. ¡Ya me tienes hasta el mismo coño! —respondo chabacana—. Que estuviera a punto de echarte el polvo de tu vida no te da derecho a estar acosándome a todas horas. Si estás cachondo, te buscas a alguna putilla belga o te haces una paja.

No responde. Está claro que no esperaba esta reacción y ya ha tenido que quedarle claro.

—Disculpe, le llamo del colegio Sagrado corazón. —No puede ser. ¡Madre mía!, menuda vergüenza—. ¿Es usted la señorita Lucía Vargas, la tía de Roberto Fonseca?

—Sí, soy yo. ¿Le ha pasado algo? —la interrogo preocupada y olvidándome de que acabo de hacer el ridículo de forma espantosa. A saber qué estará pensando ahora la monjita.

—Ha vomitado en un par de ocasiones. Creemos que lo mejor es que se vaya a casa. El teléfono que figura es el suyo.

—Sí, claro. Su madre está muy ocupada y yo me encargo de llevarlo y traerlo del colegio.

—Es un alivio saber que sólo se encarga de eso. Ya me entiende: no hay nadie mejor que una madre para educar a su hijo.

Vale, ya he pillado la sutileza de sor Telateníaguardá para llamarme putón verbenero.

—Lo entiendo. Salgo ya para recogerlo. Y... Bueno, disculpe mi... Lamento la confusión.

—Dios es justo y lo ve todo, hija. Si hay algo que tenga que perdonarle, lo hará.

Tengo que morderme la lengua para no ser precisamente yo quien le abra los ojos, diciéndole que Dios no es justo. De serlo, yo no habría recibido su llamada porque estaría en un trabajo de verdad. Si fuera justo, Rober sería hijo mío y no de mi hermana. De ser justo, mamá no habría muerto tan joven y papá no estaría tan cerca de hacerle compañía.

—No, hermana. No —repito saliendo ya por la puerta—. Que me perdone mi Cristo de los gitanos, pero creo que no es justo. La justicia sólo existe en su reino o en el de los príncipes azules.

Capítulo 9

De camino al colegio, reparo en un parque al que he llevado a Rober en un par de ocasiones. Mi instinto debe de ser el que lo ha visto rodeado de cafeterías y me ha invitado a planificar los días venideros. En previsión de que tenga que cuidar de él más horas de las que correspondería a cualquier tía, se antoja como el lugar perfecto. Cerca de casa por lo que pueda surgir y con una parada de autobús que me dejaría en casa de Rocío. Tiene columpios y no pocos chiquillos habrá jugando por las tardes.

—Porque imagino que lo del fútbol no será todas las tardes —divago en el preciso instante en el que mis pies se quedan pegados al suelo—. ¿Es él? —me pregunto pensando en Cris y observando a lo lejos a un hombre con chaqueta y ordenador portátil, sentado en un banco del parque—. No puedo entretenerme. Rober podría estar pasándolo mal. Bueno, a la vuelta cogeré por el camino de tierra que cruza el parque ajardinado.

—Buenos días —saludo a la monja que me abre la puerta—. Soy la tía de Roberto Fonseca —advierto amplificando el gesto de preocupación para lavar un poco mi imagen, muy maltrecha tras la charla telefónica. Aunque espero que no sea la misma que me avisó de que viniera a recogerlo.

—Fonseca —avisa a Rober girándose—. Ya ha llegado tu tía. Ha recuperado un poco el color —explica volviéndose de nuevo hacia mí—, aunque sigue siendo muy pequeño para irse de fiesta con su tía.

Vale, lo he pillado. Es la misma, a pesar de que su voz cambia bastante al oírla en persona.

—Descuide, hermana. Tengo claro que aún no ha llegado su momento. Lástima que aún haya gente que no lo entienda así —me revuelvo—. ¡Incluso en la Iglesia! —apostillo para rematarla.

—Ovejas descarriadas hay en todas partes. Pero no se puede juzgar a toda una familia por culpa de sus libertinos integrantes, ¿no cree?

Su mirada al niño me basta para entenderla. Buena escapatoria.

—Dios nos libre, hermana. Bueno, pues nos vamos a ir, que me gustaría aprovechar que mi sobrino está mejor para llevar unas bolsas con ropa a Cáritas —decido mentir para que se calle de una vez.

—Dios se lo pague guiándola hacia la senda del amor... no pecaminoso.

Ya me está tocando el coño la monjita.

—Eso espero, hermana. Eso sí, sin pasarse como hizo con aquellas que, como usted, se vieron privadas del amor puro y aceptado hacia el sexo opuesto. Deben de ser muy largas y frías sus noches —me lamento fingiendo lástima—. Con Dios, hermana —me despido sin darle opción de respuesta.

—Con Dios, hija —responde, aunque su mirada también lo haga en otro sentido.

—¿Cómo está mi príncipe? —pregunto a Rober antes de darle un beso enorme y un abrazo. Quizás sean imaginaciones mías, pero creo que disfruta tanto con mis abrazos porque echa en falta los de su madre.

—He vomitado varias veces, tata Luci. Creía que se me iba a romper la tripa.

—¡Ay mi niño! Qué mal tienes que haberlo pasado. Bueno, pero ya ha remitido un poco la fatiga, ¿no?

—Sí, pero ahora tengo mucha hambre.

—¡Tengo una idea! —advierto, pese a que no dista mucho de lo que ya tenía pensado—. ¿Recuerdas el parque con columpios que hay de camino a casa del yayo? —Asiente con cara de pena—. Pues te voy a invitar a desayunar en un bar que hay allí. Pero tenemos que darnos prisa, antes de que cierre.

—Los bares nunca cierran, tata.

No a las horas que tú sales a la calle, pero yo he cerrado más de uno dando tumbos.

—Pero este bar es especial porque... Es sólo para príncipes azules, como tú.

—¡Que ya no soy un niño! —me avisa con sus escasos seis años—. Los príncipes azules sólo existen en los cuentos.

Y que lo digas. Qué pronto te estás haciendo mayor.

—Estás muy equivocado, renacuajo. Cuando estás leyendo un cuento, te lo estás imaginando y lo ves en tu cabeza tan real como me ves a mí. Todo aquello cuanto imaginemos, tiene el poder de convertirse en realidad.

—¿Y se puede imaginar cualquier cosa? —pregunta mostrando un interés con el que demuestra haberse tragado mi mentira.

—Cualquier cosa, cariño. Pero vamos a darnos prisa. ¿Te cuento un secreto?

—¡Sí!

—Existe la leyenda de que cualquier cosa que imagines antes de las once en aquel bar encantado, se cumple.

—¡Pues corramos! —me apremia tirando de mi mano—. Quiero imaginar que juego en un equipo de fútbol.

Eso se va a cumplir, mi vida. Eso se va a cumplir.

Cuando llegamos a la gran plazoleta ajardinada, no hay ni rastro de Cris por ningún sitio. Sé que soy tonta y que me avergüenzo con sólo pensarlo, pero tenía ganas de verle. A pesar de que no nos conocemos de nada, de que existe la posibilidad real de que sea amigo de un acosador, de que procedemos de países distintos, diferentes culturas y escalafones sociales opuestos. A pesar de todo eso, tenía una especie de nerviosismo instalado en mi estómago ante la posibilidad de volver a verlo de cerca. Es tan guapo, tan elegante...

El bajonazo lo paga el pobre de Rober, a quien apenas presto atención en la cafetería, pese a que se afana en contarme unos sueños que comparte con muchísimos niños. Unos en los cuales se ve jugando con la blanquiverde, manque pierda. No pocas reprimendas se habrá llevado de Rocío. Su hijo, del Betis, como su abuelo y como yo.

—¡Tata, mira qué buga!

—¿Dónde has aprendido esa palabra? —pregunto sonriendo.

—En el cole —responde sin perder de vista el coche—. Cuando juegue en el Betis, me compraré uno como ese, pero de color azul.

No puedo evitar compartir su alegría al mirar hacia donde apuntan sus ojos. Al ver el imponente deportivo rojo, mi corazón deja de latir por un instante. ¡Es él!

—¡Guau! Es increíble —confiesa en el justo momento en el que pasa por delante de la amplia cristalera que nos escolta.

—Pero increíble que es —contesto embelesada, antes de permitir que

un suspiro se cuele entre mis labios resecos.

Parecerá una locura, pero he tenido la sensación de que hubiera pasado frente a nosotros en cámara lenta, aunque demasiado rápida para permitirme recrearme.

—Cuando me lo compre, te llevaré a Nueva York —vaticina desde su nula formación geográfica.

—Para ir a Nueva York hay que coger un avión, cariño.

—¿Y no se puede coger un barco? —pregunta contrariado.

—Sí, pero a mí me da miedo navegar.

—Y a mí me da miedo volar.

—Bueno, no te preocupes —lo tranquilizo, omitiendo que también temo volar—. Seguro que cuando juegues en el Betis ya habrá un túnel para ir a Nueva York en tu buga azul —bromeo usando por primera vez esa palabra.

Después de verificar que, aparte de sentarle mal algo que comiera, lo que tenía Rober era cuentitis, vamos a casa y me enfado al encontrar a papá con Linda en la calle. Le echo una bronca porque ya le he dicho mil veces que no debe salir de casa solo y él me responde que la perra lloraba y le miraba con cara de pena. La verdad es que no saqué a pasear al pobre animal por culpa de la llamada del colegio, que me obligó a salir a toda prisa.

Por la tarde, la primera de mi nueva «jornada laboral», sorprendo a Rober al llevarlo a la escuela de fútbol. Él se vuelve loco, asegurando que se va a cumplir el deseo que pidió en el bar mágico. ¡Bendita inocencia! Lunes, miércoles y viernes, además de un partido en cada fin de semana. Bueno, podría haber sido peor.

Acaba el día y la verdad es que la primera tarde no se me ha hecho muy pesada. Me duermo y sueño con que Cris aparca su impresionante deportivo debajo de casa y me recoge para invitarme a cenar. Me abre la puerta educado, mientras que algún japonés despistado sale de la peña flamenca y le hace fotos al coche. Como es un sueño, le compro una que nos hace a los dos, ya que se trata de una Polaroid instantánea, de esas tan famosas en los ochenta. Mientras él conduce, me quedo embobada viéndonos en la fotografía. O más bien, admirándolo a él. Pero paso tanto tiempo hipnotizada con la imagen, que me quedo también dormida en el sueño. Qué

paradójico.

Por fin viernes. En previsión de que vuelva a ocurrir algo inesperado, lo primero que hago después de tomar café es sacar a Linda a la calle. Ya va haciendo calor, pero, tan temprano como es, se está bien. Me entretengo más de la cuenta porque me vienen destellos del sueño de anoche cuando dirijo la mirada hacia la puerta de la peña. No puedo evitar sentir que algo se mueve dentro. ¿Qué me está ocurriendo?

No sé por qué razón parezco estar encoñada con ese maleducado, pero el caso es que no dejo de pensar en él. Y gracias a eso, se cuela también el otro en mi cabeza. Pero no por guapo o buen amante, que tengo que reconocer que lo es, sino por la amenaza que representa.

—Ya hace tiempo que no me da el coñazo —reparo—. A ver si encuentro la forma de librarme... ¿Y si...? Podría funcionar —me intento convencer de una tentadora y disparatada idea que surge de improviso—. Pero tendría que acompañarme un poco la suerte. Prepárate, Cris.

Capítulo 10

Cuando subo a Linda y me aseguro de que se acuesta con papá en su cama, me ducho y me arreglo lo suficientemente llamativa como para captar la atención de todo hombre que no pierda aceite.

Un vaquero negro ajustado hasta cortarme la circulación, una camiseta blanca sin mangas que marque un poco unos pechos que decido no sostener, una chaqueta negra de imitación de cuero y un poco de rímel y pintalabios. No suelo maquillarme, pero hoy quiero que resalten mis rasgos un poco más. A lo mejor es un simple cambio de táctica lo que necesito.

Antes de ir a buscar a Rober, llamo a la puerta de doña Carmela, dando por hecho que debe de estar despierta. A ciertas edades, me consta que el ochenta por ciento de las horas de sueño se administra en cabezadas repartidas a lo largo del día. Pese a todo, no puedo evitar sentir cierto apuro. La posibilidad de que termine despertándola es real. No cualquier persona desocupada está ya en planta a las ocho de la mañana.

—¡Lucita! —se alegra de verme—, ¿qué hase tan temprano llamando a mi puerta? Anda, pasa y tómate un cafelito.

—No, gracias. Tengo que llevar a mi sobrino al colegio —le digo acompañando mis palabras con gestos—. Está muy arreglada —observo señalándola de arriba abajo.

—Tengo que í ar médico pa aserme unos análisis pa lo del asuca. Se puso pesao, manque ya le dicho que tomo er café con sacarina. Lo de las hojardrina que me como me lo he callao porque si no, me ingresa.

—¡Oh! ¿Y tardará mucho? —pregunto señalando a mi muñeca.

—¿Lo pregunta por tu pare? No te preocupe, mujé. Seguro que llegaré y toavía sigue durmiendo la mona. Yo me encargo.

—Muchísimas gracias, doña Carmela. Le debo otra —reconozco antes de darle un beso en la mejilla.

—Anda, anda y vete ya, ante de que me arrepienta, que los mañanero son los que má se disfrutan —me apremia guiñando un ojo.

Me despido de ella y bajo por la escalera sin poder dejar de reír ante la nueva Carmela que estoy descubriendo en los últimos días. Se ve que la

confianza que se está generando entre nosotras está liberando su verdadera personalidad.

Recojo a Rober y lo dejo en el colegio, procurando no poner un pie en el recinto para no volver a cruzarme con «sor Broncas». Sin perder un solo minuto, salgo disparada hacia el parque, esperando que la suerte me acompañe por una vez. Al llegar, oteo de un vistazo concienzudo todos los bancos y no lo veo sentado en ninguno de ellos. Me lamento frustrada, aunque mi ánimo no decae porque se me ocurre pasear frente a las terrazas de las cafeterías aledañas por si ha decidido cambiar hoy su ubicación. Tampoco hay suerte.

—Quizás sea muy temprano. Ayer eran las diez y pico cuando me pareció verlo por primera vez, de camino hacia el colegio. También puedo desayunar para hacer tiempo —me digo convencida—. Tengo toda la mañana libre.

Para matar el tiempo, me pongo a buscar por internet el juego de fútbol que quiere Rober. Dentro de poco será su cumpleaños y no quiero sorpresas de última hora. Sé que me arriesgo a que Phil decida darme el coñazo cuando se percate de que estoy trasteando con el móvil. Porque si mis sospechas no son erróneas, se dará cuenta y me confirmará que ha accedido a mi teléfono de manera ilegal.

—¡Sesenta euros! —protesto—. Vaya tela con el jodido jueguito.

Busco en otras páginas webs, obteniendo idéntico resultado, por lo que al final me decido por una que no cobra los gastos de envío.

—¡Joder!, mañana ya lo tendré en casa. Aunque después de lo que cobran, tendría que venir el propio Cristiano en persona a traerlo, pero bueno, todo sea por verlo feliz.

Pulso el botón de aceptar, una vez introducida la dirección, y me olvido del juego para centrarme en lo que me ocupa.

Alzo la vista al frente para volver a escrutar las opciones de éxito y casi salto por encima de la mesa cuando, a lo lejos, distingo a un hombre sentado en un banco, portando un portátil sobre sus piernas.

No he pensado en ninguna táctica para poder conversar, por lo que acercarme hasta él con la verdad por delante se presenta como la mejor alternativa. Al menos, la verdad que me interesa revelar.

Pago el desayuno a la chica de la barra sin dejar de mirar a mi objetivo para que no se vuelva a escapar. Acto seguido, camino dispuesta, como poco, a tomarnos juntos un refresco.

Está centrado en sus cosas, con la vista puesta en el monitor. Quizás sea un bróker de bolsa o como quiera que se llamen. Eso explicaría el celo con el que ocultó a mis ojos la información de sus actividades. Aunque lo cierto es que no estaría mal que se tratara de lo que imaginé aquella vez.

Hoy tiene el pelo algo revuelto y sin gomina, aunque su elegancia vuelve a presentarlo fuera de lugar en un parque infantil. Desprovisto de chaqueta en esta ocasión, puede percibirse sin problemas que cuenta con un torso musculado. Lo tiene todo el muchacho.

Cuando apenas me encuentro a escasos tres metros de él, fuerzo una carraspera para obligarle, si no me equivoco, a que alce el rostro para forzar la coincidencia.

—¡No me lo puedo creer! —celebro cuando repara en mi presencia.

—Yo tampoco —reconoce con un tono que evidencia no alegrarse de verme.

—¡Qué coincidencia! ¿Me recuerda? Soy...

—Lucía —completa la frase acariciando mi nombre con dulzura, pese a su expresión.

No puedo evitar que crezca en mi abdomen una especie de nerviosismo mezclado con alegría. ¡Se acuerda de mi nombre!

—¡Así es! —celebro—. Pues no sabe usted lo que me alegro de verle. —Frunce el ceño ante una confesión que le ha cogido desprevenido. ¡Bien!, he conseguido su silencio y su atención—. No me malinterprete. Es que tengo un problema.

—¿Y por qué no espera a tener algunos más para acudir al psicólogo?

¡Será cabrón! Espero que sólo se trate de una especie de escudo, porque como siempre sea así...

Creo que lo mejor será que ignore su sarcasmo y me centre en lo que tengo que decirle. Tengo la sensación de que se crece con cada dardo envenenado que lanza.

—No me refiero a ese tipo de problemas. Permítame que me explique.

—¿Existe alguna otra opción?

—El caso es que hace unos días conocí a un hombre —comienzo haciendo caso omiso a su pregunta—. Pareció haber ocurrido por casualidad y de ahí que... Bueno, intimamos —confieso poniendo los cinco sentidos en su reacción. ¡Bien!, vuelve a fruncir el ceño. No le ha gustado que me líe con otro. O eso me obligo a creer.

—Existen programas de radio a los que usted puede llamar para contar sus experiencias con los hombres. ¿Ha terminado?

—¡No, no he terminado! —respondo contrariada—. Se llama Phil.

—Me parece perfecto. ¿Ya?

—Philip —aclaro.

—¡Scheisse! —protesta en su idioma, que bien podría ser ruso o alemán. Al menos, todo me parece una protesta o un insulto en esos idiomas tan feos—. Se llama Philip, usted Lucía y yo Christopher. Se acabó el juego de los nombres. Y ahora, si es tan amable...

Al oír el nombre, sólo ha mostrado indiferencia, aparte del cabreo que tiene porque no le permito seguir viendo páginas guarras. Creo que ha llegado el momento de centrarme en él y en mí y de olvidarme de Phil. Parece claro que no lo conoce y todo se trató de una argucia del surfero.

—Me pirateó el teléfono móvil y ahora me está amenazando.

¡Bingo! Parece que este hecho ha captado por fin su atención. Mantiene el ceño fruncido y casi todos los músculos faciales en tensión para seguir mostrando su enfado. Sin embargo, se rasca el mentón y piensa mientras. Le da un aire aún más interesante y... ¡Dios, qué guapo es!

—Y dice que le ha hackeado su teléfono —repito para confirmar que le interesa el asunto. Aunque no pueda ayudarme, ya es un avance que pueda alargar la conversación y que no conteste con el cuchillo entre los dientes.

—Así es, me ha pirateado el móvil y estoy asustada. Usted parece dominar la informática y pensé que... Quizás podría ayudarme —resuelvo—. No sabría cómo agradecersele —admito, aunque se me ocurren mil posturas—. Soy una perso...

—¿Cómo sabe que ha accedido a su teléfono? —me interrumpe.

—Llamé a la Policía para denunciarlo. Me contestó una máquina que

hacía preguntas extrañas, aunque al final habló él. Me envió una foto de mi sobrino, sugiriendo la posibilidad de hacerle daño. Si eso ocurriera por mi culpa, me moriría.

—¿En serio? Es decir, ¿no me estás tomando el pelo? —pregunta tuteándome por fin. Tendría que ser un motivo de alegría, pero su cuestión me molesta.

—¿Tengo cara de estar bromeando? —me revuelvo agriando mi tono de voz, de forma inversa a lo que ocurre con el suyo. Parece haber sentido algo de empatía hacia mí y la amenaza que se cierne sobre mi familia—. Hay cierto tipo de asuntos con los que no se debe jugar.

—Oh, disculpa mi falta de tacto. Domino tu lengua, pero aún no controlo ciertos aspectos. ¿Llevas encima el teléfono?

—Sí, claro —afirmo a la vez que lo saco del bolso.

Su ceño vuelve a fruncirse cuando coge el aparato y creo distinguir el primer amago de sonrisa en su rostro.

—¿Qué?

—¿Trabajas en un museo? —pregunta desbloqueando el teléfono y conectando luego un cable a la parte baja.

—¿Por qué lo preguntas? —Aprovecho mi pregunta para tutearle también yo.

—Porque esto es una reliquia que merece ser expuesta.

Definitivamente, sonrío. Creo que si yo le acompañara, se descojonaría. Pero no lo hago porque no me sienta bien que se burle de mis posibilidades económicas.

—No todos podemos acceder a la tecnología punta. Cuando aprendiste español, ¿también te enseñaron que tres de cada diez andaluces no tenemos trabajo.

—Lamento nuevamente mi desliz. Quizás sea porque estaba más centrado en otro tipo de estadísticas. Una que arroja datos en los que nueve de cada diez personas tienen un móvil con el doble de prestaciones que el tuyo. La gente es capaz de pasar hambre, pero siempre que guarden en su bolsillo el último grito en telefonía móvil.

—Pero yo soy muy solidaria.

—¿Qué tiene que ver la solidaridad?

—De no ser por gente como yo y por nuestras peculiaridades, los estadistas estarían también en el paro.

Nuevo amago de sonrisa. ¡Bien!, estoy consiguiendo cambiar las tornas.

—¿Sabes? A pesar de lo que puedas creer, tiene una tecnología obsoleta, pero es más seguro que los terminales actuales.

—No lo entiendo. Entonces, ¿por qué lo ha secuestrado ese delincuente?

—Porque es muy bueno —admite con una expresión que no me agrada.

—Podría parecer que lo admiras.

—No es eso. Es sólo que... ¿Puedo? —pregunta sin acabar su anterior explicación—. Es decir. ¿Tienes fotos comprometidas o algo similar?

—¿Te incomodaría a ti?

—No. Preguntaba por cortesía.

Después de la incomodidad mutua que le ha generado mi pregunta y a mí su respuesta, se centra en la pantalla de su ordenador. Imagino que accediendo a mi teléfono. Me abruma la destreza con la cual va abriendo archivos que no tenía ni idea de que estuvieran en mi teléfono. Sin darme cuenta, me he ido acercando a él hasta quedar a escasos veinte centímetros de su rostro, de lo cual me percató al percibir su perfume. Embriagador, sin duda. Le va como anillo al dedo, pues tampoco he llegado a darme cuenta de cuándo me he sentado a su lado. Él también ha notado mi cercanía. Con una carraspera, intenta que me separe un poco, pero no lo hago, así que decide hacerlo él.

—Cuando te vi por primera vez, imaginé que serías un ejecutivo o un agente de bolsa. ¿Eres programador o algo así?

—Algo así.

—¿A qué te dedicas entonces? —indago.

—Digamos que los sistemas de seguridad son mi fuerte.

—Vale, lo he pillado. Trabajas en la seguridad informática de algún banco o alguna multinacional y tienes cláusula de confidencialidad.

Descuida, soy alguien que no me abro con cualquiera.

Justo después de decirlo, me doy cuenta de lo interpretables que pueden llegar a ser mis palabras.

Aprieta los labios con fuerza, lo cual me lleva a pensar que le he vuelto a incomodar.

—Acabas de recibir otro mensaje del tal Phil. Dice que se muere por meterse de nuevo entre tus piernas.

¡Qué casualidad!, justo después de decirle que no me abro tan fácilmente.

Antes de que una barbaridad cruce el límite de mis labios, su voz grave se adelanta para tranquilizarme.

—Ya he borrado todos sus mensajes y he matado el bicho.

—¿Qué bicho?

—Estaba infectado con un potente virus en la memoria para tener mayor control sobre el celular que tú misma.

—¡Lo sabía! Y... ¿Podría saber dónde vivo?

—Sí, pero he rastreado sus movimientos con una aplicación que yo mismo programé y no ha llegado a geolocalizarte.

—¿Geo qué?

—Da igual. No te preocupes por él; no volverá a molestarte —asegura—. Tu teléfono.

Me devuelve el aparato y por un momento me quedo bloqueada, sin saber cómo alargar la conversación.

—Muchas gracias por la ayuda. Reconozco que al principio me diste una impresión equivocada, pero has conseguido cambiar la imagen que tenía de ti. —Mi agradecimiento llega acompañado de un beso que le doy en la mejilla, aprovechando que mira en todo momento hacia otro lado para evitar el cruce de miradas.

—¿Qué...? —No concluye su pregunta—. No me conoces de nada. Yo podría ser peor que aquel de quien te he librado.

—Estoy convencida de que no es así. Tú no has intentado engañarme y encima me has ayudado. Eso merece que te invite a almorzar.

—Imposible —rechaza sin pensar ni medio segundo.

—Vamos, no me voy a poner de rodillas.

—No puede ser. Yo... Tengo planes —explica por primera vez nervioso. Hay algo que se me escapa. Parece claro que miente, aunque me juego una última baza que se me ocurre antes de despedirme frustrada.

—Es una pena. Tenía pensado agradecer tu ayuda invitándote a un almuerzo que se me da muy bien cocinar. ¿Sabes?, los huevos a la flamenca es un plato típico de mi tierra y pensaba que a lo mejor te apetecía probar algo de aquí. Y ya de paso, revisabas también mi ordenador.

—¿Tiene wifi? —pregunta interesado, sin permitirme rematar mi estrategia. Pensaba mentirle con picardía, asegurando que ahí sí tengo fotos comprometidas. Sin embargo y al contrario que cualquier tío, parece más interesado en limpiar mis dispositivos. Otros, en cambio, pensarían en llenarme de polvos...

—Sí —confirmando su sospecha.

—¿Vives cerca?

—En Triana.

—¿Y dónde está Triana? —pregunta desorientado.

—A unos quince minutos de aquí.

—¿En coche?

—¡Andando!

—Muy bien, pues iremos en mi coche.

¿Qué coche?; ¡cochazo! La expresión de todos los que nos cruzamos hasta que aparca debajo de casa es para grabarla y hacerme de oro subiendo un vídeo a Youtube.

—¿Vives aquí? —pregunta extrañado.

—Desde que nací. Vivo con mi padre.

No sé determinar qué pasa por su cabeza, pero sus rasgos denotan un halo de decepción. No sé, como si acabara de enterarse de que existe gente humilde en ese otro mundo del que siempre ha oído hablar.

—¿Subimos? —me sugiere y yo le pido que me siga.

Mientras vamos superando los treinta y dos escalones que tantas

veces conté de niña, invoco la ayuda de todos los santos para que papá no tenga hoy un día complicado. Aunque pienso que lo peor puede ser que Carmela se encuentre ya en casa.

Al llegar arriba, no necesito abrir la puerta para lamentarme por mi mala suerte. Carmela, ajena a mi llegada por su espalda, habla con papá o con la perra, lo cual me supondrá un seguro contratiempo. Además, parece que también acaba de llegar, pues permanece parada en la puerta, mirando hacia el interior de mi casa. Seguro que Linda se ha vuelto a mear. Vaya impresión se va a llevar Cris, ¡joder!

Pero la que se lleva una impresión y de las gordas soy yo, cuando mi vecina se gira y descubro su rostro desencajado.

—¡Doña Carmela!, ¿qué ocurre? —le grito olvidándome por completo de mi acompañante.

—Tu pare no está y la perra tampoco.

—¿Cómo que no está?

—No sé, hija. Yo he llegao hase un cuarto de hora y me encontrao la puerta abierta. He bajao pa vé si había sacao a la perra, pero he dao la vuelta a la mansana y nostá por ningún lao.

—¡Dios, seguro que le ha ocurrido algo!

—Tranquilízate —me pide con dulzura Cris a mi espalda, en un tono que me habría provocado sensaciones diferentes en otras circunstancias—. A lo mejor no cerró bien y el viento abrió la puerta. Puede que ahora mismo esté charlando con algún amigo que también haya sacado a pasear a su perro —intenta calmarme sin el menor éxito—. Seguro que ajeno a tu estado de nerviosismo.

—Y tan ajeno. ¡Mi padre tiene Alzheimer!

Lamentablemente y por primera vez, Cris y yo compartimos sensaciones. Ambos nos sentimos unidos por una expresión de alarma que me hiela el alma.

Capítulo 11

Después del impacto inicial que parece haberle supuesto conocer que papá tiene Alzheimer, Cris saca su teléfono móvil y me pregunta cómo se llama. Cuando se lo digo, repite el nombre al móvil, imagino que con la idea de recordarlo por si se entera de algo. Aunque lo lógico es que se olvide de mí en cuanto que yo salga a buscar a mi padre y él tome su camino. De hecho, ya parece haberme relegado a un segundo plano, pues anda haciendo gestiones con su teléfono, así que debo salir ya a buscar a papá.

—La red no muestra ninguna noticia relacionada con tu padre —me advierte justo antes de despedirme de doña Carmela y de él.

—¿Qué red?

—¡Internet!

—¿Estabas buscando información sobre mi padre en internet? —pregunto asombrada. Su implicación me coge desprevenida, aunque no lo suficiente como para eliminar la opresión tan grande que siento en el pecho por la desaparición.

—¡Claro! Para eso he mencionado su nombre a mi cel.

Curioso. No tenía ni idea de que los móviles hubieran evolucionado tanto. Aunque, mejor pensado, no es que todo evolucione rápido, sino que yo me quedé estancada hace mucho tiempo ya.

—¿Sabes conducir?

—Me saqué el carnet hace mucho tiempo, pero conduzco poco. Cuando las chicas van muy bebidas.

—Bien, servirá —resuelve—. Te necesito conduciendo mi coche para poder seguir buscándolo.

—¡No puedo conducir tu coche! No sabría...

—Puedes hacer lo que te propongas. Lo veo en tu mirada. —Ojalá fuera cierto, pero la vida es más cruel y no depende de mis decisiones—. Te necesito conduciendo para poder acceder a mi terminal —continúa—. Tu padre te necesita.

Poderosos argumentos. Aunque mi prioridad es papá, no puedo evitar

que una extraña sensación se cuele en mis terminaciones nerviosas al oírle asegurar que me necesita. Aunque sólo sea para conducir.

—Doña Carmela, ¿le importaría estar pendiente por si aparece? Yo voy a salir a buscarlo con... Lamento no haberle presentado a Cris, pero la situación es la que es —aseguro recuperando el control, sintiéndome segura y respaldada.

—Í tranquilo, hija. Estaré asomá ar barcón hasta que no vengái con él.

—Muchas gracias. Le debo otra —reconozco besándola en la mejilla, para girarme luego hacia la escalera.

—Aunque no entiendo casi nada de lo que dice, parece buena mujer —observa Cris. Creo que por mantener mi mente libre de pensamientos nocivos relacionados con papá.

—Lo es. Está un poco... Un momento. No le he gritado.

—¿Por qué habrías de gritarle?

—Está medio sorda, ¡pero me ha oído a la primera!

Cuando hace varios años me saqué el permiso de conducir, con la idea de encontrar un trabajo, jamás habría imaginado que mis manos inexpertas se harían con los mandos de un impresionante deportivo. Creo que hoy estoy cumpliendo el sueño que muchas personas tienen, pero los míos distan mucho de limitarse a una preciosidad sobre ruedas. Aunque a nadie amarga un dulce, nunca me he caracterizado por sentir apego hacia la materialidad de nuestra existencia. Muy al contrario, mi interés ha girado siempre en algo más intangible como percibir el cariño de una hermana o volver a sentir el abrazo imposible de una madre. Porque sentirme amada por inexistentes príncipes azules es algo que ya descarté cuando dejé de creer en los cuentos de hadas, recién cumplidos los treinta.

A pesar de mi estado, apenas soy capaz de pensar en papá, tan centrada como me encuentro en no meter quinta en vez de tercera o de no confundir el acelerador con el freno. Estoy demasiado nerviosa, a pesar de que un cochazo como este parece conducirse solo.

—En los hospitales de Sevilla, Cádiz, Córdoba y Huelva no figura su nombre.

—¿Puedes saberlo gracias a internet? —indago con el menor número de palabras para no despistarme.

—Soy un hombre de recursos.

Su respuesta, sorteando mi pregunta con sutileza, provoca que recuerde una contestación similar de Phil. A pesar de la idea que se cuela en mi cabeza, descarto que me haya mentido. No son amigos. Mientras que el rubio de bote me amenazó después de embaucarme con mentiras para follarme, Cris no ha dejado de ayudarme y ni siquiera me ha mirado las tetas. A pesar de su carácter agrio inicial, está demostrando ser mil veces más hombre que alguien cuyo concepto de hombría se mide en centímetros de erección.

—Sigue las indicaciones del GPS. Vamos a denunciar su desaparición —me ordena sin que su tono suene imperativo—. Luego iremos a preguntar a tus familiares y conocidos.

—¿Por qué te tomas tantas molestias con una desconocida?

La pregunta me sorprende incluso a mí. No es algo que tuviera pensado. Simplemente, ha surgido de forma espontánea.

—Para expiar mis pecados —admite, imagino que dejando escapar una media sonrisa, a tenor del leve resoplido que oigo. Y es que ahora soy toda oídos, pues la vista la tengo centrada en la conducción. Pese a todo, creo intuir que, a ratos, aprovecha mi concentración para mirarme. No quiero pensar en ello y hacerme ilusiones, la verdad. No existen, los príncipes azules no existen.

—Me cuesta creer que, aparte del mal carácter que gastas con desconocidas pesadas, cuentas con una lista de pecados.

—Las apariencias engañan.

La férrea entonación que utiliza me resulta suficiente para comprender que no tengo que insistir.

Vamos a la comisaría y, en previsión de que no tengan en consideración nuestra denuncia, Cris se me adelanta contestando cuando me preguntan por el tiempo estimado de la desaparición.

—Un día y medio —responde.

¡Ha mentido a la Policía por mí! ¿Un pecado para expiar otros pecados? No sé, no me cuadra mucho su drástico cambio de actitud.

Aunque la verdad es que no tengo la cabeza ahora mismo para centrar mis pensamientos en eso. No hay noticias de papá por ninguna parte y la

preocupación me está venciendo. La opresión en el pecho está amenazando con salir al exterior y eso me lleva a pedirle que sea él quien conduzca a la vuelta. Yo no estoy en condiciones. Aún menos cuando, a medio camino, comienzan a desbordarse las lágrimas. Papá es mi responsabilidad. Sólo tenía que cuidar de él, pero para mí fue más importante buscar a un desconocido para forzar un encuentro, como una vulgar salida.

¿Qué pretendo? ¿Acaso me cambiará la vida acostarme con él? Si al final son todos iguales, ¿o es que acaso me pasó por la cabeza que por fin había encontrado a mi príncipe?

¡Una egoísta!, eso es lo que soy. Egoísta, inconsciente y un putón. Al final, la jodida monja tenía razón. He puesto en peligro a papá porque me picaba el coño. No soy muy diferente de Rocío. Al menos, ella nunca ha engañado a nadie. Yo pretendo convencerme de que soy la única que mira por él y, sin embargo, he antepuesto la posibilidad de echar un polvo con un desconocido a mi responsabilidad.

Dios no lo quiera, pero si le ha pasado algo, me mato. No podría vivir con el sentimiento de culpa. ¡No querría vivir sin papá!

—No llores, por favor.

—No estoy llorando —respondo acongojada, creyendo que por hacerlo en silencio no se daría cuenta.

—Lo encontraremos —promete.

—Ha sido por mi culpa.

—Tú no tienes la culpa de que tu padre enfermara.

—Pero enfermó y no he sabido cuidar de él. He sabido, pero no lo he hecho por...

Porque me gustas mucho y soy tan estúpida que pienso que eso me da derecho a todo. Pero jamás te lo diré porque... Ojalá no me hubiera cruzado nunca contigo. Nada de esto habría ocurrido.

—No puedes estar vigilando las veinticuatro horas. Tienes una vida —me recuerda—. Cuando lo encontremos, tendrías que valorar la posibilidad de ingresarlo en algún centro, en el que podrán atenderlo como merece.

—Si ingreso a papá en algún centro, sería yo quien clavase una daga en su pecho. Se moriría sin su familia.

—No, Lucía. Se morirá sin conocer a su familia —argumenta con una ausencia total de tacto, hasta el punto de que sus palabras se clavan en lo más profundo de mi alma. Si hace un rato tuve que hacer un esfuerzo para no llorar en su presencia, en esta ocasión no existe fuerza humana capaz de detener el desconsuelo que me aborda. Que sí, que en todo momento he tenido presente la posibilidad de que papá pueda llegar a no reconocirme. Sin embargo, se hace tan duro siquiera pensar en ello, que he llegado a engañarme creyendo que eso no ocurrirá jamás. He descartado que no llegue a recordar las veces que me montó en su pierna y la hizo relinchar como el más veloz de los corceles. Imposible que olvide sus broncas cuando traía más de un suspenso o cuando le dije que abandonaba los estudios. No puede ser que su memoria relegue al olvido las palabras con las que me confesó que mamá había decidido viajar sola aquella vez. Ella, que no iba a ninguna parte si no era agarrada al brazo protector de papá.

No, el olvido no es una opción. Por más veces que me lo repitan los médicos o este desconocido, papá no puede olvidarse de su princesa Luci.

En esta ocasión y a pesar de su dañina ausencia de tacto, Cris respeta mi estado y no me pide que deje de llorar. Sabe que lo necesito. Simplemente, se limita a conducir en silencio, dando vueltas y más vueltas a las manzanas colindantes con mi casa. Confía en que papá se encuentre deambulando por las calles y nos lo crucemos. Sin embargo, yo sé que eso no ocurrirá. Estoy convencida de que le ha pasado algo. Esta certeza me sumerge en un estado temporal en el que no existen las emociones, una vez que el grifo de mis lágrimas se ha secado. Durante un buen rato, existo por condena. No reacciono ante nada. Sólo respiro porque no depende de mí.

Pero en un momento dado, con mi vista perdida y con ella mi razón, una idea se cuele en mi desmejorado cerebro.

—¿Te importa llevarme a los hospitales?

—Por supuesto que no, pero ya viste que fue lo primero que comprobé.

—Lo sé, pero puede que... Puede que mi padre haya olvidado quién es.

Sólido argumento resulta, pues aprovecha un semáforo en rojo para dar nuevas instrucciones a su GPS sin comentar nada más.

Dos horas después, cansada ya de buscar sin obtener resultado alguno,

estimo que lo mejor es regresar a casa y esperar allí a que llegue esa llamada que ansío angustiada.

—¿Te importa llevarme de vuelta a mi casa?

—Por supuesto que no, aunque pienso que tendrías que visitar el siguiente. Si mi orientación no funciona peor de lo que imagino, nos coge de camino y no está demasiado alejado de vuestro hogar.

—Da igual. Estoy cansada —reconozco circulando ya por la avenida de la Palmera.

—Es normal. Llevas varias horas corriendo de un lado para otro. Nunca he conocido a nadie tan perseverante —admite retirando la vista de la conducción para observarme con admiración.

—La vida no me trata demasiado bien y me hace tambalear, pero tendrá que matarme para vencerme.

—Esa es una actitud que te honra. Cualquiera no afrontaría tu situación con idéntica entereza —exalta una virtud que, pese a definirme en la actualidad, bien podría haberla descubierto cuando abandoné los estudios. Otro gallo cantaría, seguramente.

—Cualquiera no tendría entonces la decencia de llamarse hijo —replico pensando en Rocío, a la par que vuelvo a girarme hacia él. Le descubro nuevamente observándome, como si estuviera embrujado.

¿Qué está ocurriendo?, me pregunto sin ser capaz de soportar la intensidad de su mirada. Me obliga a mirar de nuevo al frente.

—¡Cuidado! —grito por inercia al descubrir un obstáculo familiar cuando clavo la vista en la calzada.

También por inercia, su pie derecho se clava en el pedal del freno y las ruedas chirriantes, al dejarse la vida en el asfalto, provocan un escalofriante derrape que consigue detener mi corazón antes de hacer lo propio con el eficiente deportivo. A pesar de que no parecía posible evitar el atropello, el vehículo se detiene justo un metro antes de llevarse al otro mundo una parte importante de mi vida.

—¡Maldito perro! —grita Cris en el preciso momento en el que yo pongo nombre al bendito animal.

—¡Linda!

Capítulo 12

Abro la puerta sin pensar lo más mínimo y voy al encuentro de Linda. Me arrodillo junto a ella y la abrazo como si fuera el remedio para todos mis males, emocionada por haber dado con ella cuando menos esperanzas albergaba.

Sin embargo, apenas dura un par de segundos mi repentino cariño por un animal que me ha obligado a reproducir todo tipo de improperios en los últimos tiempos. En algún momento dejé de quererla por culpa de las pelusas y meadas que pueblan la casa. Pero la razón de que me separe de ella no tiene nada que ver con que me dé más trabajo de la cuenta a la vejez. Al encontrarla sola, todos mis temores toman el control absoluto de mis emociones. Si en un principio sentí una alegría desbordante por haber visto más cerca la posibilidad de encontrar a papá, ya que doy por hecho que salieron juntos, la perspectiva ha cambiado de golpe para terminar de hundirme.

—¿Qué le ha pasado a papá, Linda? —la interrogo iniciando un llanto nervioso, olvidándome por completo de que estoy arrodillada en plena avenida, hablando con un animal que, aunque fiel, jamás podrá responderme.

—Puede que nada grave —responde por ella un Cris que por fin da señales de vida.

—¿Te importaría dejar de darme ánimos sin tener la menor idea de dónde se encuentra mi padre? —Mi molestia se deja sentir en el tono de voz utilizado.

—Espera aquí —me pide dándose la vuelta y metiéndose en el coche. ¿A dónde demonios se dirige?

A aparcar en doble fila para evitar que algún despistado, como ha demostrado serlo él, termine chocando contra algo más peligroso que un simple perro.

Cuando se apea del coche, con expresión de seguridad, se dirige hacia mí y se agacha a mi lado.

—Pídele que busque a tu padre —sugiere convencido.

—No hemos sido capaces de encontrarlo nosotros.

—Lo sé, pero ellos tienen algo que nosotros extraviamos en algún momento de nuestra evolución.

—Creo que has visto muchas películas.

—Puede ser, pero no deja de resultarme curioso que se dirigiera hacia esa dirección —señala con sus palabras y alzando las cejas.

Me giro hacia donde apuntan sus ojos y descubro con inquietud que nos encontramos casi al lado de la clínica de Fátima.

—¿Es posible? —me pregunto en voz alta.

—Lo es y tenemos que aprovechar las pocas opciones que nos quedan.

—Pero se trata de un hospital privado y yo no puedo...

—Un doctor lo es las veinticuatro horas del día —aclara—. Con suerte y si alguien lo ha llevado ahí, puede que aún no lo hayan trasladado a un hospital público. Y ahora —continúa, situando sus manos sobre mis brazos para conseguir con el contacto que algo se remueva en mi interior—, pídele que busque a tu padre.

Aunque me pasaría horas y horas sintiendo la calidez y la seguridad que me inspira su agarre, decido hacer lo que me pide porque lo más importante es encontrar a papá.

—Linda, ¿y papá? —pregunto al animal, que responde abriendo los ojos hasta el límite e irguiendo sus orejas al cielo—. ¿Dónde está papá? ¡Búscalos! —le exijo—. ¡Pídele!

Esta última orden es la que activa su instinto. Siempre que pronuncio esa palabra, busca los pies de aquel que siempre le da buena parte de su comida. No pocas discusiones hemos mantenido al respecto porque ella no entiende y al final termina pidiéndome comida también a mí.

A pesar de que la edad limita un poco sus movimientos, convirtiéndolos en cansinos, se levanta y comienza a caminar con un ritmo bastante vivo. Atraviesa la avenida de la Palmera haciendo caso omiso a los coches que le tocan el claxon. Y yo, tras ella. Se dirige hacia la clínica que Cris apuntaba como posible destino de su errático caminar, cuando a punto estuvimos de atropellarla. Sin pensarlo y olvidándome de quien tuvo tan brillante idea, sigo sus pasos hasta llegar al hospital en cuestión. Cuando alcanzamos la puerta principal, Linda se detiene y se sienta mirando hacia el

interior a través de la puerta acristalada. En ese momento inicia un llanto lastimero que, si no la conociera, me helaría el alma.

—Está dentro —aseguro, dando por hecho que mi acompañante se encuentra a mi espalda.

Avanzo sin perder un solo segundo y una mujer con bata blanca sale a mi encuentro. Sí que funciona bien la sanidad privada.

—¿A dónde crees que vas? —pregunta para dejarme a cuadros, aunque pronto entiendo que la pregunta no va dirigida a mí—. Ya sabes que no puedes entrar, blanquita.

—¿Blanquita? —pregunto ahora yo—. ¿La conoce?

La mujer se detiene extrañada porque no esperaba que me dirigiera a ella.

—¡Claro! Lleva todo el día encoñada con entrar. Ha intentado aprovechar la llegada de algunos familiares de los pacientes para ver si se cuela. No será suya, ¿verdad?

—Sí, es mía y creo que quiere entrar porque su instinto... Es posible que mi padre se encuentre aquí.

—¿No vino con usted? ¿Ha preguntado en Admisión?

—Este... No. Es que mi padre... Es posible que alguien lo haya traído aquí desorientado.

—¿Ese es su padre?

—¡Sí!, ¿por qué? ¿Le ha ocurrido algo?

—No, pero estaban a punto de trasladarlo. Creo que al Virgen Macarena, pero no me haga mucho caso.

—¿Dónde está?

—Sígame —me sugiere—. ¿Es usted Lucía?

—Sí.

—Me alegro de saberlo. No se imagina lo complicado que nos ha resultado tratar con él. Yo misma fui quien lo llevé a la consulta del doctor Infante. De lo poco que hemos podido sacarle es que su hija, usted, se llama Lucía. Creo que se ha dado un golpe en la cabeza. Me parece que lo llevaron arriba para hacerle un TAC.

—No, él no... —Decido omitir su enfermedad—. Lléveme hasta él.

Algo tan básico como que tu propio padre te reconozca, podría parecer incuestionable para cualquiera. Sin embargo, a mí me supone una alegría tremenda saber que habló de mí a quienes le atendieron. Aunque nada que ver con la emoción que se desborda cuando se produce el ansiado reencuentro. Lloro de felicidad como hace tiempo que no recuerdo. No así le ocurre a papá, que sigue empeñado en discutir con el médico que le atiende. Precisamente él, me hace un gesto indicativo de que necesita charlar conmigo. Miro hacia atrás para pedir el favor a Cris de que lo vigile mientras dure la charla, pero no está. Según parece, ha debido de pensar que ya ha cumplido el cupo de favores para expiar sus pecados y se ha marchado sin despedirse, una vez ha verificado que he conseguido mi objetivo. A pesar de la alegría que siento por encontrar a papá, no puedo evitar sentirme decepcionada ante la posibilidad real de no volver a verle nunca más. Me fastidia que se haya marchado sin despedirse, después de haber conseguido que cambiara mi opinión sobre él.

Soy tonta, después de todo. Que se haya portado tan bien no me daba derecho a soñar con algo más.

Al final, una enfermera se hace cargo de papá y el doctor comienza preguntando si estoy al tanto del mal que afecta a papá. Frustrada, respondo afirmativamente, lo que él aprovecha para darme infinidad de consejos e indicaciones que ya me han repetido un millón de veces. Apenas le dedico atención porque Cris se adueña de mis pensamientos. Como una autómatas, cojo el papel que me entrega su ayudante y me dirijo hacia donde me indica, una vez que me aseguro de que papá camine a mi lado.

—Ha dicho que la Secretaría se encuentra al final del pasillo a la derecha —repito recordando—. ¿Cómo? —pregunto escandalizada al comprobar que el papel que porto en mis manos no es más que una factura—. ¡No podemos pagar esto!

—Ni falta que hará —me advierte Cris saliendo a mi encuentro, consiguiendo que mi corazón vuelva a palpar con una intensidad anormal.

—No puedo permitir que te hagas cargo de esta factura.

—No he pagado nada.

—¿Entonces? —indago desconcertada.

—He esperado a que el doctor introdujera los datos de tu padre en el sistema, cuando tú se los has facilitado, y luego he eliminado todo rastro en la base de datos. Tienen un sistema de seguridad muy rudimentario.

—¡Eso es ilegal! Además, seguro que el SAS se habría hecho cargo de la factura. Para algo está la Seguridad Social —protesto, a lo que él responde con una sonrisa traviesa que enamora por sí sola—. Me estás tomando el pelo —entiendo.

—¿Nos vamos? —apremia—. No creo que pase mucho tiempo hasta que una grúa se cruce con mi coche. Hay cosas que no puedo evitar accediendo a internet.

Llegamos hasta donde dejamos el deportivo mal aparcado y comprobamos que sigue ahí. ¡Y sin multa en el parabrisas!

Menos mal, pues me habría visto obligada a pagarla por todo lo que está haciendo por mí.

Cuando vamos a entrar, caigo en la cuenta de que Linda viene con nosotros. Cris se percata y no me da tiempo de avisarle de que nos iremos caminando para que la perra no convierta el lujoso asiento de piel en una selva.

—No te preocupes. Programé la intranet del concesionario y tengo importantes descuentos.

—No me molesto siquiera en preguntar qué es la «intranosequé» porque sólo de pensarlo me vienen pensamientos sucios.

—Luci, ¿por qué no me habías dicho que tenías novio? —se impone la voz de papá en la imaginaria autopista que une nuestros ojos.

—Yo no...

—Él no es mi novio, papá —aclaro antes de que lo haga Cris. Yo no gasto de eso, aunque con este me lo pensaría.

—Joven, más te vale no hacerle una barriga, si no quieres vértelas conmigo.

—Nosotros no hemos...

Parece incómodo, así que salgo de nuevo en su ayuda, aunque tensando un poco la cuerda.

—Sólo somos buenos amigos, papá. ¿Verdad, Cris?

—Así es —confirma—. Lástima que tenga que regresar a Austria y nuestra amistad se enfríe con la distancia.

Mala ocasión para enterarme de dónde es. Mi cara tiene que ser un poema, pues mis emociones me reclaman arrodillarme y pedirle que no se marche. Sin embargo y a pesar de que ha reconocido que le da lástima su partida, mi sentido común silencia lo que grita algo muy dentro de mí. Acabo de conocerlo y procedemos de mundos diferentes...

...lo cual no implica que me olvide por completo de él.

Como una tonta, completo todo el trayecto de vuelta a casa en silencio. Lo hago agarrada a Linda, buscando el cariño que necesito para contrarrestar el ilógico vacío que ya estoy sintiendo. Al viajar en el asiento trasero, ya que papá es de los machistas que piensan que las mujeres tienen que ir atrás si viajan dos hombres, quedo libre del examen de Cris.

Soy tonta, lo sé. ¿Cuántas veces tendré que repetirme que no existen los príncipes azules para que me quede claro de una maldita vez?

Al llegar a casa, Cris se afana en salir antes que papá para ayudarle a descender del coche. Con un gruñido, contagia a la perra y entre ambos consiguen que Cris recule. Linda salta en cuanto abro mi puerta y yo me hago la remolona para dar tiempo a papá de encontrarse con Carmela, que ya ha iniciado una verborrea ininteligible.

—¡Papá, sube con doña Carmela! Ahora voy yo.

Hace lo que le pido sin protestar y, cuando confirmo que desaparecen de nuestra vista, me giro hacia Cris, que ya ha vuelto a situar un escudo entre nosotros. De pie, me observa al otro lado del coche, a punto de sentarse para desaparecer de mi vida para siempre.

Puede que no estemos predestinados a estar juntos, pero me niego a que la despedida sea tan fría e impersonal.

—¿Pensabas marcharte sin despedirte?

—Aún no me he ido —replica serio.

—Ya, pero me pregunto si saldrás huyendo si te amenazo con rodear el coche y pagarte lo bien que te has portado con nosotros —advierdo comenzando a caminar.

—No tienes que pagarme nada. Tú habrías hecho lo mismo.

—Es posible, pero eres tú quien has ayudado a una desconocida.

—Y pesada —bromea.

—Razón de más para merecer tu recompensa.

Sonríe sólo cuando le sigo el juego y se muestra encantador. El pelo arremolinado, media camisa fuera del pantalón y una pose chulesca consiguen ponerme a mil cuando a punto estoy de llegar hasta él. Creo que lo ha notado, pues vuelve a situar el escudo de la seriedad entre nosotros.

Vale que no te intereso, que no quieras tener nada serio con alguien como yo, pero ¿por qué aparentas estar interesado en mí y luego lo piensas y te echas atrás? ¿Qué se impone entre tú y yo para que muestres tu verdadero rostro, austriaco de los cojones?

—Bueno, ya es tarde y he perdido todo un día de trabajo.

—Lo lamento. Además —me encorvo un poco para consultar el enorme reloj digital del coche—, ya es un poco tarde para cocinar mis famosos huevos a la flamenca. Imagino que rechazarás la alternativa.

Alza las cejas demandando más información.

—Podría invitarte al McDonald. Nos pringaríamos las manos con una hamburguesa completa, con su huevo incluido, y yo daría un par de zapatazos en el suelo para que no faltara la flamenca.

¡He conseguido hacerle reír! Estoy más cerca de él, y no porque casi pueda rozar su cuerpo con el mío.

—Es muy tarde.

—Entonces imagino que esto es un adiós.

—Chica lista.

—Pesada y lista —añado—. Curioso contraste.

Vuelve a sonreír y luego flexiona las rodillas para ocupar su asiento y noto que algo que sale de mi interior se aferra a él para marcharse de mi lado.

—¡Espera! —reclamo en lo que suena como un lamento desesperado—. Permíteme que, al menos, te ofrezca un pequeño detalle —le indico metiendo la mano en el interior de mi bolso.

—A ver con qué vuelves a sorprenderme.

—¿Te importa cerrar los ojos y no abrirlos hasta que me haya

marchado? —le tanteo sin tenerlas todas conmigo—. Es que me da vergüenza que pueda no gustarte.

—Tengo la impresión de que no me servirá de nada negarme. Ya puedo imaginarte aferrada al capó, gritando como una loca hasta que no haga lo que me pides —bromea de nuevo, justo antes de cerrar sus ojos sin dejar de sonreír.

Pero qué guapo eres. ¡Maldito seas por aparecer en mi vida!

Y entonces lo hago, sin perder un solo segundo, sin recapacitar para no arrepentirme, sin vuelta atrás ni posibles repercusiones porque sólo se trata de un adiós. Pero no un simple adiós, sino uno como Dios manda.

Recorro decidida los escasos dos palmos que separan mis labios de los suyos y le beso. Sus labios, blandos y prominentes, parecen diseñados para completar una completa simbiosis con los míos. No me rechaza, lo cual aprovecho para deleitarme con el sabor, dejando escapar la punta de mi lengua traviesa. La paseo sobre la diabólica curvatura de su labio inferior y comienzo a excitarme al notarlo tan receptivo. Me envalentono y me dispongo a abordar su interior.

Pero entonces, vuelve a ocurrir. Cuando ya casi podía sentir su aliento, aprieta con fuerza los músculos y no me permite acceder a él. Siento sus manos sobre mis hombros y no necesito nada más para darme por vencida.

Con todo el dolor de mi alma, resuelvo darme la vuelta sin regalarme un último escrutinio de su mirada. No podría soportar la pesada carga de su mudo reproche.

—Gracias por todo —le digo de espaldas a él, justo cuando inicio el camino de vuelta a casa.

Oigo el dañino sonido de la puerta que se cierra. El arranque automático suena a burla y el chirrío de las ruedas me daña más a mí que a ellas.

—No existen. Los príncipes azules no existen —me repito sintiendo que la vista se me nubla, pero me engaño a mí misma—. Estoy cansada. Ha sido un día muy largo y papá me necesita. Verás la que le entra cuando le diga que he conducido ese cochazo. Un pedazo de buga, que diría Rober.

—¡Mierda, Rober!

Capítulo 13

De no ser porque la urgencia me apremia y me dota de un sentido de la responsabilidad que suena a chiste, ahora mismo me echaría a llorar. Precisamente, por mi cadena de irresponsabilidades. Por intentar acercarme a un desconocido, he dejado desamparadas a las dos personas que más quiero en este mundo. No me bastaba con provocar que papá se perdiera por culpa de un detestable picor de coño, ¡no! Encima, me olvido de recoger a Rober y a saber si las monjas le habrán permitido salir sin haber nadie que lo recoja. Espero que no.

—¿Y por qué cojones no me ha llamado nadie? —me castigo, volviendo a comprobar si hay llamadas perdidas mientras subo la escalera para avisar a papá y pedir un nuevo favor a Carmela.

¡Las cinco! Y mi niño sin comer, ¡joder! Soy lo peor.

Antes de alcanzar la segunda planta, hasta mis oídos llegan sin problemas las risas de papá y de Carmela, que ya se lo pasan en grande. Abro la puerta tras varios intentos fallidos de introducir la llave en la cerradura. Acto seguido, me dirijo hacia el salón, origen de las carcajadas, a la par que comienzo a exponer mentalmente la situación para no perder ni un segundo.

—Papá, ahora no es momento para que me recrimines nada —le advierto desde el pasillo—. Sé que soy una irresponsable por no haber recogido a tu nieto en el colegio —informo al más puro estilo de Rocío—, pero ha sido un día más duro de lo que puedes llegar a imaginar —justifico llegando a la puerta del salón—. Doña Carmela, necesito que vuelva a hacerme un favor.

No llego a reparar en que no me habrá oído porque mis cinco sentidos se dirigen de golpe a quien se encuentra entre ella y papá.

—¡Rober!, no entiendo. ¿Quién...?

No llego a terminar la pregunta cuando oigo el característico sonido que, proveniente de la cocina, me indica que alguien me está ahorrando el fregado. He pasado de largo y no me he percatado de que había alguien dentro. ¡Rocío!

Pero algo no me cuadra. Pasando olímpicamente de mí, Rober se

entretiene jugando a un videojuego. Algo que me parecería normal si estuviésemos en casa de mi hermana, pero estamos en la mía ¡y yo no tengo consola!

—Niña, parece que tu gusto funciona mejón que mi oído, eh —me dice golpeándome con un codo una Carmela a la que no he prestado atención cuando se ha levantado y ha llegado hasta donde me encuentro.

—¿Quién ha recogido a Rober? —le pregunto gesticulando y temiendo conocer la respuesta.

—Anda que no lo sabe tú. Como el otro sea iguá que este, lo va tené complicaao pa elegí. Menúo partío ta salío, Lucita.

—No entiendo.

—Aunque en mis tiempo no se habría visto tan mal montá una comuna.

—Doña Carmela, no entiendo nada —le confieso alzando la voz—. ¿Quiere decirme de una vez quién ha recogido a mi sobrino?

—Yo.

Sólo una palabra es necesaria para conseguir que se cumplan mis temores y que me tiemblen las piernas.

Me giro por inercia y ahí está él, con su risa canalla y secándose las manos con un paño de cocina. ¡Dios!, ¿por qué tiene que ser tan sexy alguien tan desalmado como él?

—¡Tú!

—Sí, yo.

—¿Qué haces en mi casa?

—¿Ahora mismo? Secarme las manos para no mojar nada ni a nadie —explica con picardía.

—Sabes muy bien a qué me refiero.

—Niña, no seas desagradecida.

—No te metas, papá.

—No m'entero un pijo, pero me parece que tú no l'estás dando las gracia, miarma.

—¡Doña Carmela, no se meta! —le grito enfadada, no para que me

oiga.

—¿Cómo no me via meté, chocho? Ensima de que el muchacho recoge a tu sobrino, le hase la comía y le regala un cacharro moerno pa jugá, tú vas y te enfada. Po no, qué quiere que te diga, pero no lleva rasón.

—¿Cómo? —pregunto asombrada. ¿A tales extremos es capaz de llegar para echarme un polvo?—. Tú y yo tenemos que hablar en privado —amenazo al sinvergüenza de Phil, quien ha conseguido camelarse a papá, a Rober y a Carmela—. ¡Ya! —le grito amenazadora.

—Si me disculpan —se excusa con voz melosa—. Robbie, creo que a tu tía no le va a parecer buena idea que juguemos esa partidita que te he prometido.

—Convéncela, tronco. Hazle cosquillas en el brazo.

—¡Pero bueno! Ya hablaremos tú y yo luego y me explicarás quién te enseña esas palabras, renacuajo.

Y también te echaré una bronca por haberle soplado uno de mis puntos débiles, pero eso no te lo voy a decir delante de él.

Lo cojo enérgica por el antebrazo y tiro de él hasta que llegamos hasta la misma puerta de casa.

—¿Se puede saber a qué cojones estás jugando? Ten cuidado conmigo, eh. Mi familia es sagrada y soy capaz de matar por ella.

—Lo sé. Por eso mismo me he tomado la libertad de recoger a tu sobrino. Hay mucho desalmado suelto y un niño indefenso les podría reportar mucho dinero.

—¡Hijo de puta! ¿Serías capaz de vender a mi sobrino a una mafia para que...? No quiero ni pensar qué harían con él...

—¡Pero ¿qué dices?! Yo sería incapaz de hacer algo tan terrible —niega simulando sorpresa ante mi acusación.

—Claro, por eso me amenazaste enviándome su foto.

—¡Yo no te amenacé!

—No de forma directa, pero me enviaste su foto y me dijiste que irías a buscarlo —le recuerdo.

—¿Y no es eso lo que he hecho?

—¡Sal de mi casa!

—Pues mira, ya nos vamos poniendo de acuerdo. Estás loca de atar. ¡No hay quien te entienda! —protesta indignado, siendo él mismo quien se toma la libertad de abrir la puerta—. Ah, tómate como un pequeño presente por las molestias la consola y el juego.

—¿Has intentado comprar el cariño de mi sobrino?

—¿Ves lo que te digo? Estás como una cabra. Tenía una consola que arreglé a un viejo conocido que murió y no vino a recogerla, como entenderás. Y el juego pensaba traértelo mañana. Había comprado incluso una gorra de repartidor para hacer la gracia, pero he tenido que improvisar. ¡No es culpa mía que hayas perdido a tu padre ni que hayas estado a punto de perder a su sobrino! —escupe por primera vez muy serio desde que le conozco—. De no ser por un delincuente como yo, que espía tus compras por internet —añade la puntilla—. Despidete del crío y de los abuelos por mí. Adiós.

—¡Espera! —le pido sin pensar, del mismo modo que vuelvo a aprisionar su brazo.

—Me estás haciendo daño.

—Perdona —me disculpo endulzando el tono de voz.

—Estás perdonada. Y ahora, si no te importa...

—¿De veras que no pensabas hacerle nada a mi sobrino y que todo se ha tratado de un malentendido?

—¡Pues claro que no le iba a hacer nada! Una cosa es que me guste disfrutar del sexo en casi todas sus versiones y otra bien distinta es... ¡Joder, hasta me da asco pensarlo!

—¿Me lo prometes?

—Imagina que yo te acusara de lo mismo. ¿Cómo te sentirías?

—Lo lamento, pero es que... ¡Me pirateaste el móvil!

—De no haberlo hecho, puede que Robbie estuviera ahora mismo de camino a otro país —razona bordeando la respuesta—. Y no habrías tenido la suerte de conocer a un tío tan guapo como yo —añade recuperando su mejor sonrisa.

—No te confíes, pues no he dicho que te haya perdonado.

—Pero lo harás y lo sabes. Soy demasiado valioso para dejarme escapar.

—¡Pero bueno, tú no tienes abuela! —protesto sin poner demasiado énfasis.

—Pues no. Murió el mes pasado tras una larga enfermedad. Era como una madre para mí.

—Oh, lo siento. Sólo era una frase hecha que a lo mejor... —Vuelve a reírse—. ¡Capullo! —le insulto cuando me convengo de que finge una tristeza tan falsa como él.

—No conocí a mi abuela. Y a mi madre, por poco.

—Teniendo en cuenta que mientes más que hablas —le recrimino—, en adelante no me tomaré en serio nada de lo que puedas decirme.

—¡Bien, ya haces planes de futuro en común!

No puedo evitar que me asalte la risa tonta. He de reconocer que tiene tanta gracia como poca vergüenza.

—¿Por qué fuiste a recoger a mi sobrino?

—No fui a recoger a tu sobrino. Fui a verte. Teniendo en cuenta que ignorabas mi insistencia a través del teléfono, no me quedaba otra opción. Por cierto, creo que he encontrado por fin a una mujer de este universo a la que no me follaría —me informa susurrando para cambiar de tema radicalmente y recuperar su versión más desenfadada.

—¿Ves cómo no puedo tomarte en serio? ¿Qué tiene que ver eso con lo que te he preguntado?

—¡Mucho! Esa religiosa, con su mirada del tigre, me ha marcado, así que te pido encarecidamente que no me obligues a recoger nunca más a Robbie. Salvo que él te lo pida, por supuesto.

No puedo evitar una nueva carcajada al recordar a la «prima de Torquemada».

—¡Lucita, ahora que habéi hecho las pase, tendría que comé algo, miarma! —me grita doña Carmela desde el salón al oír mi carcajada. Espera, ¿me ha escuchado? Bueno, quizás haya sido demasiado escandalosa.

—Es una larga historia —retomo el tema de la monja.

—Tengo toda una vida por delante para que me la cuentes.

—Anda y no seas tonto. Sabes tan bien como yo que vida y mujer son conceptos antagónicos para ti —me burlo—. En realidad, no es nada del otro mundo. Digamos que recibí una llamada y respondí enfadada, pensando que eras tú.

—Ya lo sé. Me divertí mucho.

—Es verdad, ¡qué tonta! No recordaba que me espiabas.

Su expresión traviesa de culpabilidad se queda a medio camino entre hacerme reír y obligarme a darle una colleja.

—¿Por qué no le haces caso y pruebas la comida que hice a Robbie? He hecho para que sobrara.

—¿Tengo que creerme que sabes cocinar?

—La carne se me da bien. Aunque eso ya lo sabes —afirma incisivo.

—Anda, deja la puerta y juega esa partida que has prometido a Rober, ¡no Robbie! —le invito dándome la vuelta para que no me vea sonreír de nuevo. Ha conseguido que cambie bastante la impresión que tenía de él, pero no quiero ponérselo fácil. Aún no se me ha olvidado que me ha espiado. Ni tampoco he olvidado a Cris...

—¿Lo dices en serio?

—Claro, tonto. Pero con una condición.

—Hecho. Me da igual arriba o abajo.

—No me provoques —le advierto con mirada asesina—. Tienes que prometerme que no volverás a meterte en mi móvil.

—Mmm... Para sustituir semejante intromisión, ¿me prometes tú que podré meterme en ti? —indaga susurrando. Mi respuesta se traduce en un golpe enérgico con mi puño en su brazo—. Vaale, vaale, te lo prometo.

—Sólo una última pregunta. ¿Cómo conseguiste que la monja te entregara al niño? ¿Y que él accediera a irse contigo? Y con respecto a entrar en mi casa, está claro quién te abrió la puerta, pero ¿cómo la convenciste?

—Eso son tres preguntas. Sólo es gratis la primera. ¿Quieres conocer mis tarifas? —Nueva mirada asesina que le lanzo y desaparece precisamente asesinada a golpe de sonrisa con sobredosis de encanto.

—Falsifiqué una autorización tuya en cinco minutos cuando vi que no llegabas. Llevaba encima el juego porque lo había comprado un rato antes.

Sólo tuve que decirle que su tía Lucía no podía recogerlo y que, para que te perdonara, me había enviado a mí con un regalo.

—Y a ella, ¿cómo la convenciste para que te dejara entrar? Por cierto, no es la abuela. Es mi vecina.

—Lo sé —afirma, como no podía ser de otro modo—. Primero me costó que me oyera y, cuando lo hizo, me dijo que yo no era tu novio. Tuve que decirle eso para tratar de convencerla. Pero, según parece, te vio salir con otro y no se creyó que yo fuera el hombre de tu vida. Tuve entonces que trucar con Photoshop una foto tuya y mía. Se nos ve tan felices. Suerte que llevaba el portátil encima.

—No me lo puedo creer.

—Pues ella se lo tragó hasta el fondo. Y eso que nunca se me ha dado bien retocar fotos.

—Eres un caso perdido, pero te creo. Una partida y te marchas, ¿vale?

—Vale. Te lo juro. Esta vez puedes confiar en mi palabra. Y si te miento, que se muera mi abuela.

Ha vuelto a conseguirlo. Me voy hacia la cocina entre sonoras carcajadas. Tengo que reconocer que es muy divertido y tiene un encanto incuestionable. No tendría que haberle perdonado con tanta facilidad, pero... Quizás haya aparecido de nuevo en mi vida en el momento más propicio y con los más sólidos argumentos. Sabe cocinar, me hace reír, tiene cara de ángel y folla como un demonio. A simple vista, podría parecer perfecto, aunque le falta algo. Algo que se ha llevado quien aún ocupa mis pensamientos y que consigue generar un terremoto en mi abdomen con sólo pensar en él. Además, Phil ya me lo dejó claro, a pesar de sus bromas de hace unos minutos: sólo sexo.

Dicen que el chocolate es el sustitutivo del sexo. Creo que, en mi caso, tendré que dar la vuelta a la tortilla y contentarme con sexo para no echar de menos mi bomboncito.

Capítulo 14

—Dime la verdad. ¿Qué viste en mí para que decidieras saltarte tu norma de no repetir? —le interrogo haciendo ovillos con su ya arremolinado pelo dorado.

—Jamás ha salido de mi boca que no repita.

—¡Eres un maldito mentiroso, Phil! Desde el primer día me dijiste que sólo te importaba el sexo.

—Y no te mentí —asegura sin dejar de trazar círculos alrededor de mi pezón porque sabe que me pone de los nervios al hacerme cosquillas. Es un «quemasangre», por más que defienda que le encanta endurecerlo para después lamerlo con esa maestría que sólo él me ha demostrado poseer.

—¿Cómo que no me mentiste? —continúo exigiendo que me mire, a pesar de que me encanta que su lengua pasee su destreza sobre mis pechos—. Sólo sexo; esas fueron tus palabras exactas.

—¿Y no es lo que estoy intentando conseguir y tú no me facilitas con tantas preguntas?

—A ver, es imposible que repitas varias veces con una mujer y no te encariñes. Eso significa que mientes.

—Te equivocas. Eso significa que me gusta el sexo de calidad. Cuando te comes un buen chuletón argentino y te gusta, repites otro día. ¡Seguro!

—¡Pero eso es distinto, tramposo! —protesto haciéndole cosquillas en un abdomen musculado que da pocas opciones para introducir mis dedos entre tanta dureza.

—No es distinto. En ambos casos hablamos de carne. Y ahora, déjame ya que me coma esa tetita morenita que me llama a gritos, que a mí me gusta más la carne española.

Me dejo hacer no muy convencida de su respuesta. Por más que se empeñe en ocultarlo, creo que le importo. Ya nos hemos acostado cinco veces y, pese a que cada una de ellas haya sido una experiencia irrepetible, es imposible no sentir nada. Yo misma voy notando que le estoy cogiendo cariño. Él es alguien que se deja querer, desde luego. Es muy complicado no

rendirse a su carácter desenfadado y a su persistencia. Pero, de todos modos, hay algo que no me cuadra.

—Phil.

—¡Quéééé!

—Sólo una pregunta más y ya te dejo que sigas comiendo —ironizo—. ¿A qué te dedicas?

—Cuando me dejan, a follar.

—Pues como no me respondas, ya puedes hacerle un agujero a la almohada y que os vaya bien.

—Soy empresario.

—¿Qué tipo de empresa gestionas? ¿Tecnología, quizás? —indago, dejándome llevar por una absurda teoría que ronda por mi cabeza desde hace días. Una idea que, a pesar de todo, lucho por hacerla desaparecer para que también se esfume la sombra de Cris, que se niega a marcharse con él.

—Sexo.

—¿No puedes tomarte nada en serio?

—¡Eres tú quien no me toma en serio! —se queja, aunque su enfado dura lo que tarda en introducir uno de sus dedos bajo la tirilla de mi tanga.

—¿Me estás diciendo que te ganas la vida con el sexo? ¿Eres una especie de gigoló?

—Ya te lo he dicho. Soy empresario y, ya que estamos, no resulta empresa fácil bajarte las bragas si no levantas un poco el culo. ¿O prefieres que la arranque con mis dientes?

—Quita,quita, que me han costado muy caras y ser niñera no da para tanto como ser empresario. Pero no cambies de tema, si quieres que abra mis piernas. ¿A qué se dedica tu empresa?

—Ya te lo he dicho y odio repetir si no se trata de sexo.

—¿Eres dueño de un sex shop o algo así? —insisto, cual mosca cojonera.

—No, soy el dueño de Dreams.

—¡No jodas!

—Si te abres de piernas, intentaré joder. Hoy estás insoportable —

observa contrariado.

—¿Por qué no me lo habías contado antes?

—¿Cambiaría en algo la opinión que tienes de mí? He sido transparente en todo momento en lo que a mí respecta. Tengo mis defectos, como cualquiera, pero te aseguro que entre ellos no figura querer disfrutar de un vicio como el que tú representas para mí. Y ahora, o follamos de una vez, o me dejas a solas con mi almohada.

—Perdona, pero es que no me lo esperaba —admito ignorando su broma y valorando aún pensativa el alcance de sus palabras—. ¿Y te gusta lo que haces?

—¡Se acabó! —advierde frustrado y, acto seguido, se separa de mí, coge la almohada y la sitúa entre sus piernas. Lo siguiente me provoca una carcajada de las que marcan época. Y es que me resulta ridículo y surrealista contemplar cómo se folla a la almohada. No puedo evitar que mi cabeza viaje varios años atrás y se pueble de recuerdos. Unos en los que una Linda más joven y delgada descargaba su calentura de igual manera. En aquellas ocasiones me hacía la misma gracia que ahora, aunque, al contrario que con mi rubio compañero de cama, no estaba en mi mano satisfacerla.

—Anda, no hagas más el tonto y ven aquí —le sugiero metiendo mi mano entre su cuerpo y la tela, buscando un miembro que, para mi sorpresa, se encuentra en reposo. Normal. Con tantas preguntas, se ha venido abajo.

Cuando se olvida de su inánime amante y se centra en disfrutar del masaje con el que consigo que crezca de nuevo su erección entre mis dedos, aprovecho el momento.

—Sólo una última cuestión —prometo sin dejar de masturbarlo. Oigo su resoplido, pero no distingo si se trata de una queja o del resultado del masaje, ya que mis ojos mantienen la mirada en el techo, eligiendo las próximas palabras—. ¿Por qué vives en una casa tan grande para ti solo?

—Cuanto más grande sea, más gente se apunta a las orgías que monto.

Su chiste provoca que un escalofrío recorra mi cuerpo de arriba abajo al acordarme del día en el que no llegamos a consumir. Aquel roce de ese desconocido, que tantas pajas mentales me acarreó en los días posteriores. Y nunca mejor dicho, pues sólo me faltó tocarme fantaseando con la posibilidad

de sentir a la vez las atenciones de Phil y de Cris. Pero sólo se trata de eso, una fantasía que no se cristalizará porque yo pertenezco a la inmensa mayoría que disfruta con el sexo convencional. Además, Cris ya se marchó a su país y Phil no tardará en alejarse de mí, en cuanto perciba que provocho en él algo más que una erección. Una similar a la que envuelvo entre mis manos mientras que sus jadeos van en aumento.

Quizás por los pensamientos que me abordan, o puede que por sus caricias previas, pero lo cierto es que estoy bastante excitada. Excitada y especialmente juguetona. Y es que ni yo misma me puedo creer que se me esté pasando por la cabeza algo que sólo pudieron disfrutar tres de mis amantes. Uno fue Javi, en la etapa que más ciega de amor me encontraba. Las otras dos ocasiones no fueron muy diferentes, aunque lo que me mantenía en semejante estado no era el amor, sino el alcohol.

El caso es que con Phil ya he llegado a intimar hasta el punto de percibir un grado de confianza que me lleva a jugar con mi lengua por su abdomen sin dejar de masturbarlo. Mis lengüetazos amenazan con hacer algo que ya me ha puesto en bandeja en varias ocasiones, tantas como he descartado por ser una práctica que siempre he visto como algo sucio. Sin embargo, hoy me apetece premiar su santa paciencia de la mejor manera posible que se le pueda ocurrir a cualquier hombre.

Puede que buena parte de culpa la tenga que haya disfrutado tanto del sexo con pocos hombres como él. Alguien que lo tiene todo para colarse de puntillas en el interior del corazón de cualquier mujer. O casi todo.

De cualquier modo, conviene dejar a un lado el corazón para no llevarnos disgustos futuros. Ya he pasado por ahí y sé hacia dónde lleva ese camino.

Sólo sexo. Eso es lo único que nos une y a ello me abandono.

Sin reparar en un posible arrepentimiento posterior, desciendo con dolorosa lentitud mis húmedas caricias hasta que un gemido me advierte del roce que, con mi barbilla, aplico sin querer en su terminación más sensible.

—¿Tanto insistir y casi no soportas un simple roce? —me burlo.

—Rozar con los dedos el cielo no es algo que se haga todos los días.

—Perdona, querido —comienzo a corregir a la vez que le acaricio el glande con la punta del pulgar—, pero esto no tiene nada que ver con el cielo.

¡Bienvenido al infierno! —le amenazo equiparando el averno con el fuego que se le viene encima. Y pura combustión es lo que provocho en ambos en el momento en el que introduzco su polla en mi boca. A él por motivos obvios y a mí porque aún persiste la fantasía en la que me veo atrapada entre dos cuerpos que deseo. El suyo y el de un Cris al que ya no podré contemplar como Dios trajo al mundo. Tal impedimento me provoca una especie de furia interior que se transforma en una intensidad concentrada en mis labios y en mi lengua. Saboreo su miembro como jamás creí que pudiera disfrutar de una felación. De hecho, a excepción de aquellas dos ocasiones en las que la embriaguez condujo mis actos, siempre las hice por cumplir.

Pero ahora es diferente. Disfruto con lo que hago porque me encanta sentir que poseo el control de su placer. Y a la vez que subo y bajo o me entretengo circundando el glande con la punta de la lengua, también voy aprendiendo a reconocer sus reacciones. Cada estímulo que le provocho me ayuda a saber cómo conducirlo hacia las puertas del abismo. Y me gusta. Me siento poderosa siendo la dueña de sus gemidos, una auténtica zorra que también disfruta con su placer. De eso se trata; sólo sexo. Sexo del bueno, ¡del mejor! Sexo del que no me permite sentir asco cuando percibo que las gotas previas al chaparrón se mezclan con mi saliva.

—¡Baiser! —le oigo decir en su idioma. Francés, imagino—. Vas a acabar conmigo. Para ya o no respondo —advierde al borde del orgasmo. Pero muy lejos de detenerme, aplico mayor velocidad e intensidad a mis acciones, hasta que noto que las palpitaciones de su miembro amenazan con derramar su simiente en el interior de mi boca. A pesar de estar tan cachonda y de ser posible que hoy no me parezca tan asqueroso, prefiero no probar la fortaleza de mi estómago y termino el trabajito con la mano. Sin dejar de acariciar la punta con el pulgar cada vez que subo, al final llega lo inevitable y termina eyaculando sobre mis pechos. Con un sonoro gruñido, descarga tanto como llevaba dentro y ambos nos quedamos tumbados de espalda. Extenuados por distintos motivos, aunque satisfechos.

Sé que ahora viene lo peor. Tengo que levantarme y limpiarme. Suerte que siempre soy tan previsora de tener a mano un paquete de pañuelos de papel. Pero me hago la remolona porque mi cabeza sigue trabajando e imaginando. ¡Dios!, ¿qué me está ocurriendo?

—¿Te arrepientes? —pregunta Phil para sacarme de mis cavilaciones.

—No, ¡qué va! Es sólo que...

—Que piensas que ahora te toca a ti, ¿no?

—No estaría mal —bromeo—, pero no pensaba en eso.

—Entonces, ¿qué mantiene tan ocupada esa cabecita? ¡Miedo me das!

—Es que pensaba... Es decir, recordaba nuestra primera vez.

—Fue brutal. ¡Joder!, me tenías realmente cachondo desde que te vi aparecer con esa faldita ajustada. No te follé allí mismo porque me ha costado labrarme la imagen que Robbie tiene de mí, pero...

—No me refiero a esa vez, por más que disfrutara de haberlo hecho por primera vez en el vestuario de un campo de fútbol —recuerdo sonriente—. Hablaba de ¡la otra primera vez!

—¿Te refieres al día en el que nos conocimos en el Dreams?

—Así es.

—¿Y por qué piensas en eso ahora? —se extraña.

—Porque me gustó.

—Siempre que lo hacemos te gusta, pero aquella vez no lo acabamos.

—No me refería al polvo a medias —aclaro.

—¿Entonces?

—Me gustó sentir el morbo de que alguien más me tocara mientras follábamos.

Su expresión de sorpresa me ayuda a comprender la dimensión de mis palabras. Es más, ni yo misma me creo aún que haya sido capaz de contarle algo tan íntimo. Aunque está claro que, de revelar a alguien un secreto tan comprometedor y vergonzoso, el candidato más indicado era él.

—Perdona, pero creo que aún no domino tu lengua al cien por cien. Me ha parecido entender que te puso cachonda que te tocara aquel desconocido.

—¡Yo no he dicho eso! Bueno, no al menos así. Es que no sé explicarlo —intento hacerme entender sin encontrar las palabras adecuadas—. Ese tío no me gustaba, pero luego, en casa, comencé a revivir la situación y a percibir sensaciones extrañas.

—Vale, lo había entendido bien entonces. Te pusiste cachonda.

—¡Eres un cabronazo! No sé para qué te cuento nada.

—Porque sabes que yo lo veo como lo que es: sólo sexo —explica—. Vamos, tonta. Ya me conoces; sabes que bromeaba.

—Pues yo no. Es algo muy serio que... No sé, me está creando un conflicto interno. Choca de frente con lo que soy y con lo que siempre me inculcaron.

—Querida, el sexo no se inculca, se aprende sin más. Porque no creo que tus padres o tus profesores te enseñaran a limpiar sables como hace unos minutos has hecho con el mío.

—¡Eres un cerdo! —le insulto a la vez que le golpeo en un brazo, aunque presa de las carcajadas.

—Lo soy, pero te hago reír y te encanta cómo te follo.

—Pues ahora se complica todo un poco más —le advierto confundida, insegura ante lo que exige salir por mis labios.

—¿A qué te refieres?

—A que quiero volver al Dreams.

Capítulo 15

Ya hace una semana de su silencio y posterior debate sexo-filosófico. Si su mutismo inicial me causó cierto malestar y bastante vergüenza, la charla posterior que mantuvimos algo acalorados, y no por hablar de sexo, me generó múltiples dudas. Sumadas a las que ya tenía y su repentina limitación de tiempo libre, han conseguido que lleve varios días subiéndome por las paredes. Ya no tengo tan claro que quiera regresar al Dreams, a pesar de haber manifestado que mi única inquietud reside en una simple curiosidad. No tengo en mente liarme con todo bicho viviente. Es más, no creo que llegase a atreverme, de tener esa idea en la cabeza. La verdad es que me apetece ir por saber qué se cuece allí dentro. Puede que, a tan tardía edad, haya despertado el voyeur que, aseguran, todos llevamos dentro. No lo sé, pero el caso es que quiero volver allí para saber qué se siente sabiendo de antemano dónde te encuentras. En la primera ocasión acudí engañada. O más bien dicho, ignorante del tipo de establecimiento en el que me había citado un completo desconocido. Uno que, además de sinvergüenza y depravado, no mucho más que yo, no resultó ser quien yo creía que vería aquella noche.

—Si te apetece lo que a todas, puedo organizar un encuentro aquí — me aseguró convencido de una idea preconcebida que resultó ser errónea.

—¿Y qué le apetece a todas? —me interesé con ingenuidad.

—Pues un trío —reveló con expresión de incredulidad, como si yo tuviera que estar al tanto de los gustos sexuales de la gente—. ¿Prefieres hombre o mujer?

—Y tú —repliqué—, ¿prefieres que te parta la cara o que te corte los huevos?

Desde ese momento intentó restar importancia al asunto. Bromeó varias veces, asegurando que una chica decente como yo saldría huyendo de nuevo cuando viera tantos conejos y zanahorias juntos. Aunque le reí la gracia por verificar que en su país gastaran símiles sexuales como los nuestros, seguí insistiendo guerrera.

—A lo mejor resulta que tus clientes son quienes se asustan al ver lo que yo soy capaz de hacer —contraataqué irreflexiva. No hizo falta retractarme, pues su sonrisa perdonavidas me dejó claro que el pánico que

experimenté al concluir mi amenaza tuvo que haber quedado de manifiesto en mi expresión. Lo reconozco: hay ocasiones en las que me pierde la impulsividad.

Lo cierto es que, a partir de ahí, la situación se normalizó, aunque en un ambiente cargado con una mezcla de morbo, rabia y temor. Al menos, por mi parte, pues sus silencios aún me resultan indescifrables. Normal, cuando se trata de alguien tan dicharachero como él, que no acostumbra a callar nunca. Procuró bromear y banalizar sobre aspectos de la actualidad informativa, intentando que todo volviera a la normalidad. Pero él y yo sabíamos que nada sería ya normal en adelante.

El día después no me llamó ni me escribió, ni el siguiente ni el siguiente. Algo también normal, teniendo en cuenta que sólo compartimos calenturas, aunque da que pensar. Hace un par de días y por aquello de verificar que todo ha cambiado entre nosotros, le escribí asegurando necesitar un repasito. Contestó casi de inmediato, excusándose y alegando que estaba muy ocupado con temas de impuestos y seguros sociales de sus trabajadores. No repliqué, no me enfadé, no hice el menor comentario al respecto. Ningún derecho tendría, pues, sin compromiso, no tendría que existir el menor reproche, lo cual no implica que me quedase callada.

—Una lástima. Ahora tendré que tirar del sexo de segunda con mi ex —mentí a la vez que sentí nauseas al pensar en el Javi actual.

Su respuesta tardó algo más en llegar y se limitó a un escueto «disfruta mucho».

—Lucita, ¿por qué no sale a da una vuelta? —sugiere una Carmela que más parece residir ya en mi casa que en la suya. Aunque la mujer no molesta, la verdad. Al revés, no hace más que ofrecerse para cualquier cosa, pero a mí me da apuro abusar de la confianza. Bastante tiene ya la pobre con sacar adelante su casa, como para encima tener que hacer lo propio con la nuestra.

—Voy a salir, pero no a dar una vuelta, sino a llevar a Rober al entrenamiento.

—Po blanco y en botella, chocho. ¿Qué hay mejón pal aburrimiento.

—¡Entrenamiento!

—¡Ah, po habla claro, miarma!, que luego le echa la curpa de to a mi

sordera, cuando parece que tiene en la boca una...

—¡Ya entiendo, Carmela! —la corto antes de que diga una barbaridad. No porque me asuste, sino porque papá es muy tradicional. Vamos, que está chapado a la antigua y no creo que vea con buenos ojos cierto tipo de comentarios.

—¿Ta dicho tu hermana cómo le va en er trabajo?

—Ni idea. Cuando ella sube, yo bajo.

—Po a ve si se l'alegra la cara si le va der carajo —responde contenta de algo que no ha entendido—. Porque telita lo de tu hermana, eh. Qué mal porvo le echó tu pare a la Juani.

No puedo evitar la carcajada porque, aparte de estar sembrada, parece claro que ambas estamos en la misma onda en cosas como la opinión que tenemos de Rocío. La presencia de Carmela tiene sus beneficios y sus inconvenientes, la verdad. Aunque a veces me desespera su sordera, no puedo negar la evidencia: ha traído de vuelta la alegría a esta bendita casa, venida a menos desde que murió mamá.

Pero, sin embargo, temo la llegada de lo inevitable. De hecho y a pesar de la influencia que ejerce en papá, creo que ha vuelto a empeorar. Cada día que pasa son más los puñales que se clavan en mi pecho, uno por cada olvido, por cada confusión, por cada blanco mental que le sobreviene. Esto va a ser más duro de lo que imaginé. Y mucho me temo que, lejos de servirme Carmela como el apoyo que no encuentro en Rocío, sufriré el doble al ver cómo se consume en su tristeza cuando papá se encuentre al borde del abismo. Estoy casi convencida de que el cariño que siente por él va algo más allá del que cabría esperar entre vecinos de toda la vida.

—Bueno, esta que está aquí se marcha a recoger a Rober. —Me levanto y Carmela no pregunta nada porque entiende que me voy—. ¿Quién será? —me pregunto sintiendo un nerviosismo repentino al escuchar el móvil reclamando mi atención.

—¡Ay, esta juventú! Desídete ya por uno de los do, ante de que vuelen a buscá otro nido —me aconseja al notar mi premura y torpeza rebuscando el teléfono en el interior del bolso.

Le hago un gesto negativo con la mano porque, aparte de que no me suena el número que aparece en pantalla, no sabe lo lejos que se encuentra de

la realidad en esta ocasión. O cerca, porque puede que ambos hayan encontrado ya otro nido.

—¿Quién es? —respondo imaginando que no se trata de Phil.

—Buenas tardes, palomita mía.

¡Me cago en mi vida! Lo que me hacía falta. No tenía bastante con lo que tengo encima y ahora llama este capullo. Habría preferido que fuera el otro sinvergüenza, ya que, al menos, tiene un encanto que ya habría querido para sí Javi en sus días más gloriosos.

—¿Qué cojones quieres? Aunque yo no sé ni para qué pregunto. Contigo no funciona el qué, sino el cuánto.

—Ya estás a la defensiva y aún no me has dejado hablar —se queja.

—Seguro que no me has llamado para decirme que abriste el negocio que me comentaste y que te ha ido tan bien que me vas a regalar cinco mil euros por haberte aguantado tanto tiempo.

—Ya me falta poco para abrirlo, pero antes tengo que solucionar algunos asuntillos pendientes —aclara siguiendo a su rollo—. ¿Recuerdas aquella ocasión en la que te conté que me habían confundido con otro? Uno que había robado un coche —especifica.

—Pues no, la verdad. Nunca suelo prestarte atención.

—Déjame hablar, que tengo poco tiempo —me ordena para conseguir alterar más aún mis nervios—. Bueno, pues, como te decía, me confundieron y, para colmo, me juzgaron por eso que no hice.

—¿Llamas entonces para darme la buena noticia de que no te veré más porque te vas a pudrir en la cárcel? Abrevia, que me tengo que ir ya.

—Me duele que digas eso. Ya veo lo que significa para ti, a pesar de lo mucho que aún te quiero.

—Sí, como casi todos, que sólo llegan a mi vida para aprovecharse de mí.

—No te preocupes, Lucía —me llama por mi nombre, como no acostumbra desde hace años—. Después de hoy, ya no volveré a molestarte nunca más. Mi pena es que aún sigues siendo la única persona a la que puedo acudir para pedir ayuda.

—Tú no quieres ayuda, sino dinero.

—Necesito dos mil euros para pagar la fianza —confiesa sin andarse con rodeos—. Estoy muy asustado, tía.

—Pues no veas películas de terror como la que yo viví contigo.

—Por favor. Esta vez te necesito de verdad. Si paso allí dentro un sólo día, no podré soportarlo y me quitaré la vida.

—Pues mira, un favor que le vas a hacer al mundo.

—Por favor —suplica acongojado. A pesar de que parece haber mejorado sus dotes artísticas y suena a verdadero lamento, ya decidí hace mucho no volver a caer.

—Adiós, Javi. Escribe desde el infierno.

Y le cuelgo.

—¿Otra ve os habéi enfadao? —se interesa Carmela, que, a pesar de no enterarse de nada, ha sido testigo de toda la conversación y ha podido ver mis aspavientos y expresiones de hartazgo.

—No —respondo escueta. No estoy yo para muchas explicaciones hoy.

Le doy un beso y me dispongo a llevar a Rober al entrenamiento.

Después de todo, creo que yo tengo la culpa de buena parte de las cosas que me ocurren. Desde que colgué el teléfono a Javi hasta ahora, justo antes de comenzar el entrenamiento, no he dejado de sentirme mal por haber sido tan cortante. Parecía realmente afectado, por más que se lo merezca. Está claro que no podría ayudarle aunque quisiera, pero me siento mal.

—¡Jooooder! —exclamo asombrada al descubrir el brutal cambio experimentado por, Perico, el monitor de Rober.

—¡Palabrota! —me advierte precisamente este último, tras lo cual me veo obligada a ponerme en cuclillas a su lado. Como siempre que pronuncio algún taco en su presencia, cierro la boca y, acto seguido, recibo una bofetada sin fuerza de su manita aún por desarrollar.

—Lo siento, cariño. Se me ha escapado —confieso sin faltar a la verdad, justo en el momento en el que surge una idea en mi cabeza—. Anda, dame un beso y ve con tus amigos. —Hace lo que le indico y se gira para salir corriendo hacia donde están sus compañeros. Se le ve tan feliz. Por momentos como este, merece la pena soportar tantas preocupaciones como

también tiene la vida—. ¡Rober!

—Dime, tata.

—¿Puedes decirle a tu entrenador que venga un segundo? Tengo que hablar con él —le miento a medias, pues mi única intención es la de alegrarme la vista con el yogurín. No tendrá más de veinticinco o así, pero ya está el muchacho para echarle tres sin que me la saque.

Medio minuto después, Perico llega hasta donde me encuentro, no sin antes ser objetivo de mi ardiente escrutinio. La verdad es que nunca me había fijado en él como un atractivo objeto de deseo. Siempre suele ir en chándal, ocultando su cuerpo atlético, pero el Lorenzo ya aprieta en Sevilla y hoy podemos estar a más de treinta grados. Por eso ha debido de venir con pantalón corto y camiseta sin mangas, marcando bíceps que reclaman toda mi atención. ¡Joder, parezco una vulgar salida!

—Es usted la tía de Roberto, ¿verdad?

—Yo, yo misma e Irene —bromeo tirando del título de una peli.

—Me llamo Pedro, aunque todos me llaman Perico. Quería hablar conmigo, ¿no?

Me has mirado el canalillo durante medio segundo, chaval. No creas que no me he dado cuenta. Cuando tú vas, yo ya vengo de vuelta.

—Yo soy Lucía y sí, quería hablar contigo —le tuteo.

—¿Lucía? —se sorprende.

—Sí, bueno, lo de antes era un chiste sin gracia.

—Me gusta Lucía —confiesa, creo que con doble sentido. Parece lanzado el muchacho.

—A mí Perico me suena a vicio —le sigo el juego, jugando al doble sentido con el otro nombre que recibe la cocaína—, a droga —explico por si esta vez no ha pillado el chiste.

—Mucho me temo que esa mierda no hace juego con el físico de un deportista —apunta señalando su cuerpo con ambas manos. Pelín creído, a pesar de llevar razón. No hay más que comprobar cómo han consumido las drogas a Javi

—Ya veo. —Y más que ver, me deleito con la visión sin cortarme lo más mínimo. Ojalá me estuviera espiando ahora mismo el capullo de Phil.

Así se daría cuenta de que yo no me duermo en los laureles y de que si él no me da lo que necesito, me lo busco por otro lado. Las mujeres tenemos la suerte de poder elegir, por lo general.

—Quería algo de mí, ¿verdad? —insiste en jugar con el doble sentido de sus palabras.

Algo no, nene, lo quiero todo. Bueno, la cara no, pues parece que tu madre te daba de pequeño con la zapatilla y te dejó el rostro viciado. Pero siempre hay almohadas para ocultar lo que no me sirve.

—Sí, quería saber cómo ves a Rober. Es decir, ¿ha mejorado con los entrenamientos? —le consulto algo que, siendo obvio, me sirve para justificarme—. Lo pregunto porque aún no ha sido convocado para ningún partido y el pobre está un poco tristón.

—Sí que ha mejorado mucho, pero aún no está al nivel de los demás y nos estamos jugando el título de liga.

—Oh, entiendo. ¿Quiere decir eso que esta temporada ya no jugará? Si es así, pensaría en la posibilidad de cambiarlo de club, lo cual sería una lástima, ¿no crees? —pregunto mordiendo mi labio inferior con picardía.

—Una verdadera lástima —coincide, siendo algo más descarado que antes, pues ahora me ha mirado las tetas sin reparo alguno.

—Aunque es mi sobrino, soy capaz de hacer lo que sea por verle feliz.

—Entiendo. Es normal —reconoce—. Seguro que jugará antes de que acabe la temporada. De hecho, esta semana tengo pensado convocarlo.

—¿En serio? —me alegro tomándome la libertad de abrazarlo con picardía, provocando que sienta mi pecho golpeando con el suyo—. Oh, lo siento. Es que me has hecho tan feliz.

—Me alegro mucho de saberlo, aunque ahora tengo que comenzar el entrenamiento, antes de que los enanos se me disparaten. Si le apetece, podemos continuar charlando en otro momento —sugiere sonriendo con cara de pillo.

—Seguro que habrá más momentos.

Cuando se gira, aprovecho para mirarle el culo. Es posible que nunca más volvamos a hablar, pero al menos ha conseguido alegrarme la vista y que Rober vaya convocado al próximo partido. Soy la puta ama con los tíos.

—Pero no con los que de verdad me atraen —reflexiono.

Termino de ver el entrenamiento muy contenta, aunque no menos que Rober, después de marcar su primer gol en el equipo. No es un partido oficial, pero ya supone todo un avance.

Para mi sorpresa, Perico lo acompaña hasta donde me encuentro, en la parte alta de la grada. Se ve que ha tenido que tomarse en serio lo de flirtear conmigo.

—Me preguntaba si estará más contento él o una tía tan buena como la suya —vuelve a la carga el granuja.

—Él, sin duda alguna.

—Bueno, quizás sea porque no sabe lo que le he prometido a él.

—¿Y qué le has prometido? —le interrogo.

—Que si en el próximo entrenamiento rinde igual, jugará unos minutos el próximo domingo.

—¿En serio? —cuestiono radiante de felicidad.

—Por supuesto. Yo siempre voy en serio —amenaza—. Tenemos que hablar antes del asunto del desplazamiento.

—¿Qué desplazamiento?

—Jugamos en Dos Hermanas. ¿Tienes coche?

—No, pero ha conducido un buga rojo como el de Cristiano —presume Rober, respondiendo por mí.

—No seas exagerado —le reprendo.

—Podríaís veniros en el mío —sugiere Perico con una media sonrisa que esconde mucho más que la amabilidad que se desgrana de sus palabras.

—¿No sería mucha molestia?

—Ni mucho menos. Será un auténtico placer —admite—, aunque existe una serie de normas aplicables a todos los partidos que hay que tener presentes en todo momento. Por desgracia —apunta mirando su reloj—, voy cogido de tiempo. Pero, si no te parece mal, tengo toda la tarde y la noche libres.

¡Peligro! Tal y como amenazó, juega en serio y apuesta fuerte. Aunque está para hacerle un favor, creo que no me interesa andar jugando

con un hombre a medio hacer, por muy bien formado que esté.

—Uf, esta tarde me viene fatal.

—¿Quizás mañana? —me tienta, consiguiendo con ello que recuerde a un Phil igual de persistente. El hecho de pensar en él, activa mi yo más imaginativa y vengativa. Sin saber qué jodido gen domina mi puñetera impulsividad, respondo lo primero que me viene a la cabeza.

—Pero tengo la noche libre.

—¿En serio?

—¿Conoces los Jardines del Valle? —pregunto sin llegar a responder a su cuestión.

—No.

—En Triana, frente al Santuario del Cristo de los gitanos.

—Ni idea. No me va la Semana Santa.

—Seguro que sabrás encontrarlo. Se te ve un hombre con recursos —apunto pensando en otras dos personas que presumieron precisamente de eso. En realidad, cuando se trata de follar, todos se buscan la vida de una u otra forma—. Te espero allí a las diez.

—Allí estaré.

Confío en que Phil tampoco falte a una cita que no espera, tal y como me ocurrió a mí cuando le conocí. Se la voy a devolver yendo al Dreams sin avisar. Además, acompañada de alguien que no es él.

Si juegas conmigo, puede ocurrirte que salgas perdiendo.

Capítulo 16

Mañana tengo que levantarme temprano para llevar a Rober al cole, por lo que no debería recogerme demasiado tarde. Va a resultar complicada la empresa, habida cuenta de que hemos quedado a las diez. Al menos, me voy tranquila porque Carmela me ha prometido quedarse con papá hasta que no se duerma en el sofá, lo cual pretende conseguir a base de Don Simón. Sé que no tendría que mezclar la bebida con los medicamentos, pero, en cosas como esta, me quedo con lo que siempre decía mamá: pa lo que me queda en el convento, me cago dentro.

Al llegar al punto de encuentro, me satisface comprobar que Perico ya me está esperando. Faltan cinco minutos para la hora acordada, señal inequívoca de que lo tengo comiendo de mi mano. Está ansioso por encontrarse conmigo, aunque, con maliciosa creatividad, se me ocurre verificarlo con una broma.

—Buenas noches —saludo estampando un par de besos en sus mejillas—. Antes de que digas nada, lamento comunicarte que me ha surgido un plan imprevisto que no puedo posponer.

—Oh —se sorprende con lo que suena a lamento. Pobrecillo. Después de todo, hasta me da pena burlarme así de él, encima de que voy a utilizarlo para dar celos a Phil.

—Sólo bromeaba —revelo al borde de la carcajada.

—¡Pensaba que lo decía en serio! —confiesa queriendo contagiarse de mi risa, a pesar de que aún conserva la carita de susto—. Parecía tan real su expresión de apuro. Está... —Pero no añade un calificativo. Parece ser que ha dejado en casa el descaro de esta tarde, con lo que me lo pone más sencillo para ser yo quien lleve la voz cantante.

—¿Preciosa, impresionante, espectacular?

—Bueno, en realidad pensaba en sexy.

—Mmm. ¿Quiere decir eso que no piensas que luzca preciosa, impresionante o espectacular? —pregunto con maliciosa intención para ponerlo en un apuro.

—¡No!

—No me ves así entonces —finjo entender apenada.

—Sí. O sea... Me está liando. —Pobre chaval. No le queda Lucía por conocer antes de meter—... Todos esos adjetivos son muy apropiados, pero no quería darle una impresión equivocada, adulándola en exceso. ¿Vamos a tomar algo y charlamos del desplazamiento?

—¿Qué desplazamiento? —me extraño—. Ah, el desplazamiento —recuerdo—. ¿A dónde me vas a llevar? Espero que no a un McDonalds, por aquello de no darme una impresión equivocada.

—En realidad, había pensado en la cervecería de un colega. Podríamos cenar a base de tapas, las mejores de Sevilla. He trabajado algunas temporadas allí y sé de lo que hablo.

Teniendo en cuenta lo que me dice, no parece que tenga un empleo estable. Quizás sea la mejor opción. Tampoco quiero que el muchacho se gaste una pasta para impresionarme, así que decido bajar el pistón.

—Me gusta. ¿Está lejos?

—En el centro, pero iremos en mi coche.

—Me parece bien —admito, aunque pensando en la posible cercanía del Dreams con la citada cervecería.

Llegamos al casco antiguo y celebro en silencio que nos encontremos a unos cinco minutos caminando del Dreams. Perico, al descubrir mi expresión de satisfacción, cree equivocado que me alegro del lugar elegido para cenar. No tiene la menor idea de que el plato estrella de la noche no se lo servirán aquí, por más bien que cocinen.

Una vez que el camarero anota las dos tapas que nos pedimos, acompañadas por sendas jarras de cerveza, llega el momento más incómodo de cualquier cita. El trayecto, en cambio, fue llevadero gracias al tráfico y a la música que sonaba por los altavoces del León de Perico. Un coche que sirve a muchos para vacilar con las mujeres, aunque poco efecto surte en mí, teniendo en cuenta el deportivo que gastaba Cris. Pese a todo, le reconozco que tiene un coche muy chulo para cumplir con mi cupo de una de cal por cada otra de arena.

—Bueno —lanzo para darle pie a que sea él quien inicie la conversación y adaptarme a lo que venga.

—Ya se va notando la subida de temperaturas, ¿eh?

Vamos, Perico. Esta tarde ibas bien y ahora te cagas por las patas abajo. Sigue apostando fuerte y encontrarás tu premio.

—Así es, aunque dicen que la percepción de la temperatura es muy relativa. Depende de muchos factores, como la propia de nuestro cuerpo.

He conseguido incomodarle con mi apunte, se le nota a leguas.

—Precisamente, quería aclarar algo al respecto.

—Mmm, esto se pone interesante —vaticino sonriente.

—No me gustaría que creyese que... Es decir. Puede que esta tarde me dejara llevar por... Usted me parece una mujer muy...

—¿Sexy? —concluyo por él, al notar que se atranca más que la puerta de un viejo caserón.

—No —contesta escueto, tras lo cual coge fuerzas con un gran sorbo a su cerveza—. Esta vez pensaba en preciosa, espectacular e impresionante —puntualiza, armándose por fin del valor necesario para impresionar a una mujer como yo.

—Veo que por fin está de vuelta el Perico de esta tarde.

—A eso me refería. Me gustaría dejar claro que Roberto no jugará más o menos en función de cómo transcurra esta... charla.

—Entiendo —reacciono sin creermelo todavía que haya dejado caer que he quedado con él para ofrecerle sexo a cambio de que Rober juegue todos los partidos. En realidad, me lo tengo merecido, por haber iniciado un juego tan peligroso con alguien que ha resultado ser más íntegro que el noventa y nueve por ciento de los hombres que he conocido en mi vida.

—¿Por quién me has tomado? —simulo una indignación que no es tal.

—Oh, lamento que no haya sabido elegir las mejores palabras —se excusa violento, con la cara descompuesta. Pobre chaval. No se merece que juegue así con él, después de tener previsto utilizarle para joder a otro.

—No te lamentes —le sugiero levantándome de mi asiento—. Yo también me dejé llevar esta tarde, con un comportamiento que podría dar pie a creer algo equivocado.

—Uf, qué alivio —expresa soltando muchos kilos de lastre con un sonoro resoplido.

—He querido que nos veamos porque también me pareces un chico... sexy —decido revelar una verdad a medias para que, en adelante, todo fluya de una manera más natural. Acto seguido, me inclino hacia él y le doy un beso más cariñoso de lo necesario en la mejilla—. Te lo has merecido —reconozco antes de volver a tomar asiento—. Después de tu aclaración, estoy más convencida que nunca de haber inscrito a mi sobrino en el mejor club de Sevilla, para que lo instruya el mejor entrenador de Andalucía.

—Buf, esas son palabras mayores.

He conseguido que se ponga colorado. Si es que, después de todo, se ve que es un buenazo. Un chico sano con principios, a quien alguien tan despreciable como yo va a pervertir llevándolo engañado a un lugar que no olvidará jamás. Mis dudas aparecen en el momento menos apropiado: cuando su seguridad ha ganado muchos enteros.

Pasamos buena parte del tiempo charlando sobre aspectos personales, tales como nuestra ocupación, nuestros estudios o nuestros gustos. Vamos, lo habitual. Mientras que él me confirma que no tiene nada estable, yo me veo forzada a mentir un poco para no sentirme avergonzada. Vamos, también lo habitual. Cada vez más. Esto de mentir es como un vicio.

Cuando surge el tema estrella para él, todo lo relacionado con el equipo, monopoliza la conversación. Se le ve muy cómodo, disfrutando con cada una de sus palabras porque ama lo que hace y vive por y para ello. Es cuando decido que no iremos al Dreams. No lo merece.

Una vez abonadas las cuatro jarras de cerveza e idéntico número de tapas, que más bien parecían raciones, llega el momento más incómodo para mí.

—¿Te apetece tomar una copa en mi piso? —se arriesga apostando fuerte—. Lo comparto con un colega universitario que ha tenido que regresar a Córdoba por un asunto de males.

—No creo que sea una buena idea.

Aunque su rostro refleja cierta decepción, no tarda en sonreír. Intuyo que no dándose por vencido, usando una de sus armas con más encanto. Sin ser guapo, tiene una sonrisa que enamora por sí sola.

—¿Ya no me ves sexy?

—¡Claro! Es sólo que... —A punto estoy de contarle la verdad, pero

la prudencia se impone por una vez en mi vida—. Temo que cambie la relación que se espera entre un entrenador y el familiar de uno de sus jugadores.

—Entiendo —secunda comprensivo—. Entonces, habrá que prescindir de las copas. Te prometo que sólo te daré sexo.

¿Por qué cojones has tenido que decir eso? Has usado idéntico argumento que aquel a quien pretendo joder follando contigo y ahora me has sumergido en un mar de dudas.

—De acuerdo —me decido espantando cualquier atisbo de inseguridad. Sólo sexo me promete, que es precisamente lo que necesito por diferentes motivos—, pero esta vez invito yo a las copas, por lo que no será en tu casa.

—Me parece bien. ¿A dónde tienes pensado llevarme?

—A un lugar que no olvidarás en tu vida.

Capítulo 17

La cara de Perico, al llegar a la entrada del Dreams, no anticipa precisamente que vaya a permanecer en su cabeza como un recuerdo imborrable. Contaba con ello; yo ya pasé por algo similar. Pero el interior es otro cantar. Y eso teniendo en cuenta que hay zonas que no llegué a visitar. Pero no es el hecho de enfrentarme a ellas lo que me mantiene en un estado de nervios que casi me impide hablar. No puedo olvidarme de que, además de tener que afrontar la presencia de Phil y el rollete con Perico, estamos entrando en una especie de paraíso del sexo. Un lugar en el que todos disfrutan del mismo sin el menor complejo, liberados y teniendo muy claro que sólo se trata de eso. Yo, por más que haya leído por internet sobre clubes liberales e intente convencerme de que estoy preparada, de que simplemente es sexo, creo que aún me impone demasiado respeto este lugar.

—¿Te encuentras bien? —se interesa mi acompañante al notar el vértigo que siento antes de saltar al vacío.

—Oh, sí. Es sólo que he sentido una especie de acaloramiento —miento—. Dentro hay aire acondicionado.

—¿Ya has venido otras veces?

—Una vez —aclaro antes de dirigirme al oscuro armario empotrado que custodia la entrada—. Normal de parejas —le informo sacando el dinero del monedero multiusos. Con un bolso tan pequeño, el minúsculo estuche se convierte casi en el portador de mi vida: monedas, billetes, DNI y llaves. El resto del bolso sólo da lugar para los útiles de «chapa y pintura».

—¿Tres copas? —se sorprende Perico al consultar la lista de precios.

—Al igual que a mí, te harán falta.

Cuando llegamos a la zona principal, o eso es lo que deben de pensar los novatos que vengan a ciegas, repaso todo mi alrededor con un rápido escrutinio. Ni rastro de Phil. Es temprano, no obstante. De hecho, el ambiente no es muy diferente del que había el día en el que me desvirgué. Mejor así. De este modo y al igual que a mí, a Perico no le resultará tan traumático descubrir el tipo de local en el que se ha metido. Ya tendría que haber sospechado algo, pero no es muy avisado, pues aún no ha reparado en la decoración.

—¿Nos sentamos?

—Sí, por favor —agradezco al sentir concentrada en mis piernas buena parte de los nervios que me acosan.

En cuanto tomamos asiento, doy buena cuenta de la mitad de mi copa en un solo trago. Perico me mira entre sorprendido y satisfecho por descubrir a la alcohólica que, piensa, llevo dentro. Cree que el alcohol le pondrá en bandeja algo que ya he previsto. Sólo necesito que llegue el momento más apropiado para dar forma a mi plan.

El local se va llenando, la música adquiriendo tintes más eróticos y la charla que mantenemos, aumentando la temperatura de la combustión que tiene lugar en mi interior.

—Me sorprende que alguien como tú no tenga pareja —observa cuando se queda sin recursos de doble sentido para caldear el ambiente, ya de por sí insoportable. Al menos, para mí, ante lo que está por llegar.

—¿Por qué? —indago, necesitando dosis de halagos para ganar seguridad.

—Porque eres preciosa.

—Gracias, aunque mi físico no supone la menor garantía para encontrar al hombre que me complete —confieso, repitiéndome mentalmente que quizás me quede solterona porque los príncipes azules no existen.

—Imagino que te habrá supuesto algún que otro disgusto familiar no haber pasado ya por el altar —teoriza consiguiendo desconcertarme.

—¿En qué mundo vives? Eso de casarse joven ya no se lleva.

—Pero tu cultura es diferente y no atiende a modas, ¿no?

—¿Mi cultura? —repito extrañada.

—Sí, ya me entiendes.

—Pues no, la verdad. No te entiendo —reconozco incómoda.

—Eres gitana, ¿no? A ver, que no pasa nada por serlo —se excusa, aprovechando mi silencio porque estoy flipando—; no soy racista.

—¡Yo no soy gitana!

—Que de verdad que me da igual.

—¡Que no soy gitana! —repito sintiendo una ebullición interna por

un motivo radicalmente diferente del que hace sólo unos segundos me invitaba a disfrutar del trozo de pectoral desprovisto de vello que se advierte entre los pliegues de su camisa desabotonada.

—Pues nadie lo diría, la verdad. Aparte de por el color moreno de tu piel, por algunos rasgos propios de esa raza.

—Pues no, querido. Soy tan paya como tú. Y ahora, voy a por otra copa para apagar el fuego que has encendido —adviento aún enojada—. No hace falta que me acompañes.

—Ron con limón, por favor —le indico a la chica que me atiende, la misma con la que tuve el malentendido en mi primera visita al Dreams—. Gitana yo —repito negando, mientras espero a que me sirva mi copa.

Una vez en mi poder, entrego uno de los tickets a la camarera y, como con la primera copa, me trago la mitad del contenido de una vez. A la par, me giro para observar desde la barra a Perico, que no pierde detalle de una pareja que ocupa una mesa situada junto a la nuestra. Ella, aún vestida y a horcajadas sobre él, se lo come a besos sin dejar de menearse adelante y atrás.

Parece ser que ya empieza lo bueno, me digo sintiendo que se disipa mi enfado y se activa un cosquilleo que ya reconozco.

—¡Joder! —exclamo, notando que mi corazón bombea de pronto en mi pecho como si lo hubiesen golpeado con algún objeto contundente.

Tal ha sido la impresión al ver aparecer juntos en la sala a Cris y a Phil, que derramo parte del contenido sobre la cornisa de la barra.

—¿Te has manchado? —se interesa la camarera.

—Por suerte para mí, no. Aunque luego puede que te acuerdes de mí cuando cerréis el local.

—No te preocupes. Ya estoy acostumbrada a reacciones similares —bromea—. Aunque me parece que a uno ya lo conociste —recuerda guiñándome un ojo.

—Lo quiero doble, por favor —le indico, ofreciéndole de nuevo mi vaso y pensando en la ración extra de tío bueno que acaba de hacer acto de presencia—. Te pagaré lo que sea.

—Descuida. Esta corre de mi cuenta —me advierte en el preciso momento en el que mis ojos y los de Cris se encuentran. De reojo puedo distinguir que Phil parece más preocupado de escrutar el ambiente y la

clientela.

Alzando las cejas en clara expresión desafiante, reproduzco un «hola» mudo que Cris recibe aún descompuesto por el encuentro. Apenas puedo apreciar sus rasgos en la distancia, pero creo que ha sido mayor su sorpresa al verme que la mía al descubrirlo a él acompañado de Phil.

Como si nada hubiese ocurrido, aunque la sensación que tengo es de estar lidiándose la madre de las guerras bajo mi pecho, cojo mi copa y me dirijo hacia donde se encuentra Perico. Pretendo irradiar firmeza y seguridad en mi caminar, a pesar de que las piernas me tiemblan. Y no precisamente por el alcohol.

—Veo que no te has aburrido en mi ausencia —apunto chistosa, nerviosa. Creo que mi sistema defensivo es el que activa mi versión más payasa cuando intuye que la situación se escapa de mis manos. No es para menos, teniendo al alcance de una mirada a quien me he tirado varias veces, a quien me voy a tirar hoy y a quien sueño con tirarme.

—Perdona, ¿te importaría repetir lo que me has dicho? —me solicita—. Es que aún me encuentro en estado de shock —reconoce, acabando su copa como si no existiera un mañana.

Yo, no menos impactada que él, procuro que no se me note e intento comportarme como si todo lo que nos rodea fuese algo habitual en mi vida.

—¿Te asusta lo que ves? —le interrogo con picardía, a la vez que tomo asiento y dejo escapar un fugaz vistazo a quienes marcan el galope de mi pecho. Me ha dado tiempo de apreciar que ambos dirigen sus miradas hacia nosotros. No muy alegres, por cierto, lo cual me dota de un plus de seguridad.

—No es que me asuste —intenta convencerme—, pero no todos los días me ocurre que estén a punto de encargarse un niño a mi lado y nadie parezca sorprenderse —añade susurrando junto a mi oído, como si a los reyes del roce que tenemos a nuestro lado les importara lo que su vecino de mesa opine de lo que hacen—. ¿A dónde me has traído?

—Esa no es la pregunta correcta —decido mantener el control de la conversación.

—¡Ah!, ¿no? Pues ya me dirás tú cuál es.

—¿Te gustaría ser tú quien estuviera disfrutando como lo hacen ellos?

Su silencio inicial evidencia que lo he cogido por sorpresa. Resopla y se arma de valor.

—Sólo si es contigo.

—¿Y qué te impide ser tú el protagonista, en vez del espectador? —continúo caldeando el ambiente, impulsada por los ojos que intuyo posados en mí. Creo que no sería capaz de ser tan descarada en una situación normal. Pero esta no lo es, ¡ni mucho menos!

—¿Aquí? —pregunta casi escandalizado—. No sé...

—¿Qué edad puedes tener?, ¿veinticinco? ¿Tal vez veintiséis?

—Veinticinco.

—Antes te sorprendías de que no tuviera a un hombre a mi lado. —Asiente—. ¿Te consideras un hombre a tu edad?

—¡Claro!

—¿Y te pone cachondo la mujer que tienes frente a ti? —insisto recostándome en el respaldo con sensualidad para lucir con orgullo los pechos que me dio la naturaleza.

—Más de lo que imaginas —reconoce humedeciéndose los labios, tan resecos como los míos. El morbo nos está superando por momentos.

—Pues demuéstrame lo hombre que eres. Dame una sola razón para estar segura de que no me he equivocado contigo —le tiento abriendo mis piernas lo suficiente para que, desde su posición frontal, pueda contemplar sin problema alguno mi braguita celeste—. Teniendo en cuenta lo invisible que se puede llegar a ser aquí, un hombre de verdad ya habría intentado hacerse notar.

Se levanta de la silla sin decir nada y se vuelve a sentar, esta vez en el asiento de cojines que escolta a la mesa en el lateral enfrente a la pared.

—No me crees capaz, ¿verdad? —indaga situando a la vez su mano derecha sobre mi muslo izquierdo. Mientras espera a que yo conteste, pasea sus dedos sobre mi piel, más sensible de lo que viene siendo habitual. Pero yo no contesto. Sólo alzo las cejas, instándole con ello a que dé el paso de una vez. Más que nada, porque la espera me está matando. Sin embargo, no parece tener la menor prisa, una vez que parece haberme robado esa ficticia seguridad que yo creía poseer. De hecho, se sirve de ella para introducir su dedo índice bajo la minifalda y comenzar a empujarla en dirección a la cadera

con una lentitud que daña.

—No es que derroches la determinación que necesito —respondo al final para ver si se anima ya.

—¿Prefieres que sea más directo? —me interroga, justo en el momento que elige para subir mi falda lo suficiente como para permitirle situar su mano abierta sobre mi sexo. Al presionar la tela con sus dedos, me doy cuenta de que estoy más mojada de lo que imaginaba. Sé que no será el único, pero el que transcurre es el momento más erótico de toda mi vida. Más incluso que la experiencia en el jacuzzi porque esta vez soy consciente de lo que hago y me causa placer. Me besa repetidas veces en el antebrazo, sin dejar de masajear mi entrepierna, olvidándose de nuestro entorno. Yo no soy capaz de evadirme, lo cual me genera más morbo aún si cabe. Creo que, si continúa, no tardaré en correrme.

—Quiero que te sientes a mi lado —me pide con sutileza.

Vacilo porque temo enfrentarme a los asistentes, a Cris y a Phil, aunque finalmente me pliego a su deseo.

Vuelve a meter su mano entre mis piernas, aunque esta vez busca con destreza la parte alta de mis bragas con la clara intención de ir un paso más allá. La posición forzada de la minifalda no se lo permite, sin embargo, por lo que recupera la posición de antes y cuele uno de sus dedos bajo la tela por la zona que cubre la ingle. Un segundo dedo lo acompaña y juntos encuentran lo que buscaban. Y yo lo recibo con un gemido. Sé que es el peor momento, aunque es en el que se me ocurre buscar con la mirada a Cris y a Phil. Parece que discuten, pero desde mi posición no puedo oírles.

—¡Uf! —escapa de mis labios al sentir la intromisión de sus dedos, lo cual me lleva a cerrar los ojos por instinto.

Cris y Phil pasan pues a un segundo plano y desde ahora mismo sólo me interesa Perico. Mi mano es el reflejo de mi deseo cuando obliga a mi brazo a extenderse hasta que le cojo el paquete sin el menor pudor. Me acuerdo entonces de la parejita que fue objeto de mi observación indiscreta y me siento por fin avergonzada. Menos mal. Pensé que había perdido la poca decencia que me quedaba. Retiro entonces la mano y, en su lugar, me dedico a besarle el cuello, la mejilla y la oreja, lo cual aprovecho para otear nuestro alrededor. Nadie nos mira, a pesar de que Perico sigue profundizando cada vez más con sus dedos. Pero entonces me fijo de nuevo en ellos, apoyados en

la barra y hablando acalorados. Especialmente, Cris, que no deja de mirarme. Phil, en cambio, dirige sus ojos hacia quien parece ser su amigo.

Y de pronto, entre ambos se cuele ella. La camarera, que me hace señales negativas, intentando no ser descubierta por quienes tiene justo delante. Por sus gestos, intuyo que en esta zona del pub no se puede llegar tan lejos. Algo comprensible, teniendo en cuenta que en la parte trasera hay bastantes salas disponibles para dar rienda suelta a la creatividad sexual.

—Vamos a un lugar más tranquilo.

—¿Ahora que ya estoy lanzado?

—Estaremos más cómodos —evito responder, dando por sentado que encontraremos un generoso catálogo de camas disponibles.

Siendo yo quien conozco un poco el local, me levanto decidida y me dirijo a la zona del jacuzzi. De pronto, siento que Perico agarra mi mano y no me gusta. Puede parecer una tontería, pero no para mí. Sólo se trata de sexo. No somos pareja, por lo que me parece fuera de lugar. La incomodidad me impide volver la vista hacia donde se encuentran el dueño del Dreams y su amigo. Menuda tontería, sentirme más expuesta porque Perico agarre mi mano que por dejar que manosee mi coño.

—En realidad, sólo sé que tras aquella puerta hay un jacuzzi.

En ningún momento le ofrezco la posibilidad de hacerlo allí. No me apetece la aparición de recuerdos imprevistos.

—Está bien montado esto —observa—. ¿Es una especie de puticlub? Es decir... No digo que tú seas...

—Es un club de intercambio de parejas —le informo vacilante. Ahora mismo me apetece acabar con esto cuanto antes. ¡En menudos fregados me meto!—. Probemos aquí —le indico señalando la primera de las puertas que nos encontramos.

Al abrirla, compruebo extrañada que parece un cuarto para guardar trastos, atendiendo a sus dimensiones, pero entonces descubro lo que hay en la pared.

—¿Es eso lo que imagino? —pregunta Perico con la vista clavada en varios agujeros a media altura que comunican este habitáculo con la sala contigua.

—Yo soy tan novata en esto como tú.

—Pues no estaría mal estrenarnos aquí —deja caer, teniendo ya claro ambos que esos agujeros permiten las felaciones a ciegas.

No respondo siquiera porque no entra en mis planes comerme hoy ninguna polla.

Me giro para buscar otra sala y me sobresalto al descubrir a nuestro lado a la chica de la barra.

—¿Puedo ayudaros? Por lo general, es otra compañera la que hace las veces de guía, pero habéis entrado muy temprano y aún no ha llegado. ¿Tenéis experiencia en este tipo de clubes? —nos interroga con prudencia, evitando mencionar mi primera visita.

—No —respondemos al unísono, mirándonos el uno al otro avergonzados.

—Bien, pues conviene que tengáis presente que aquí nadie está obligado a nada. El respeto hacia la voluntad de los demás es primordial. Por eso bastará...

—Perdona que te interrumpa —me interpongo dispuesta a terminar con esto cuanto antes—. Podrá parecerte extraño, pero no hemos venido al Dreams con la intención de compartir nada. Sólo pretendemos... echar un polvo en un ambiente diferente —me cargo de valor por fin para hablar con claridad. Rehúso mirar a mi acompañante para evitar descubrir un posible rostro decepcionado. Creo que a él le apetece lo mismo que a mí, pero prefiero no verificar lo contrario.

—Entiendo. ¿Queréis ser observados?

—No.

—Sí —se impone mi tono de voz agudo a la negativa de Perico—. Si a ti no te importa.

Me mira sonriente, aunque algo asombrado por descubrir una versión de mí que ni yo misma sabía que existía.

—Sin problemas.

—Seguidme entonces —sugiere la muchacha—. Por cierto, vaya educación la mía. Me llamo Isabel.

Después de la presentación, nos conduce hacia una habitación en cuyas paredes hay grandes cristaleras ahumadas. Imagino que la idea es que

puedan vernos sin ser vistos. Nos explica que esa es la sala más íntima para hacer lo que queremos. Añade que existen otras en las que la interacción es presencial, pudiendo observar junto a la pareja que folla o unirse a ellos. Ambos rechazamos la idea.

—De cualquier modo, si cambiáis de opinión, buscadme y os explicaré más detalles, ya que es obligatorio entrar desnudo en alguna habitación. ¡Ah!, lo olvidaba. Disculpadme, pero no es algo que haga todos los días.

—Descuida —la disculpo.

—Este interruptor sirve para indicar a las personas del exterior si aceptáis o no que alguien pueda unirse a vosotros. En la posición actual, una luz verde se mantiene encendida sobre la puerta, así que la cambiamos para que nadie entre —advierte pulsando el interruptor—. Es vuestra voluntad, pero podéis cambiar de idea cuando os apetezca. Pues, aparte de indicaros que ahí disponéis de un pequeño armario para colgar vuestra ropa, sólo me queda desearos que paséis un buen rato. Una cosa más —añade—. ¿Necesitáis condones?

—Ya traigo yo —informa Perico raudo, aunque se viene a menos cuando lo miro—. Nunca se sabe.

—Perfecto. De todos modos, en el armario también podéis encontrar preservativos y toallitas para limpiaros —nos informa—. Chicos, creo que aquí voy sobrando.

—Gracias por todo.

Tras mi agradecimiento, Isabel nos deja a solas y me asaltan las dudas de nuevo. ¿Qué cojones hago yo en un club de intercambio, a punto de follar con alguien casi desconocido y ofreciendo la posibilidad de que algunos salidos se masturben viéndonos en acción?

—Aún estás a tiempo de echarte atrás —me ofrece Perico una posibilidad que tengo muy presente en mi silencio.

—No, quiero hacerlo.

Acaricia mi mejilla con sus nudillos suaves y me admira embelesado, mientras que yo miro hacia todas partes, evitando el cruce de miradas. Ha llegado la hora de la verdad y estoy cortada.

—Eres preciosa, joder.

—Gracias. Tú tampoco estás nada mal.

—Anda, ven aquí —me pide golpeando con su mano abierta sobre la inmensa cama que preside la estancia desde el centro de la misma—. Intentaré que te olvides de todo y que te sientas cómoda.

Dubitativa, hago lo que me pide y entierro mi rostro en su cuello, dispuesta a besarlo y a ocultar mi vergüenza.

—Tsss, esta no es la Lucía que me atrapó esta tarde con su descarro — observa alzando con un dedo mi mentón.

Una vez que me ha obligado a mirarle y verifica que me contagio del sosiego que desprende su mirada marrón, comienza a desabotonar mi blusa sin dejar de mirarme.

La luz es tenue y ofrece una irreal sensación de intimidad. El silencio es absoluto, sólo quebrado por nuestras respiraciones, agitada la mía. La idea de cortar de raíz esta nueva locura de alguien tan irracional como yo sigue presente, pero me obligo a seguir. Perico, que ya se dispone a desabrochar el sostén, a juego con la braguita que le mostré menos pudorosa que ahora, no se merece soportar mis erráticas ocurrencias. Tengo que apechugar, me cueste lo que me cueste.

—¡Dios!, tienes unas tetas hermosas —confiesa en el momento en el que atrapa una de ellas entre sus labios con idéntico apetito que todos. Hasta ahora, nadie ha sido capaz de resistirse a mi mayor encanto. Lame y vuelve a relamer, pellizca y vuelve a pellizcar, muerde y vuelve a morder. Disfruta mientras que yo me dejo hacer, aún bastante ausente. Pero todo cambia cuando vuelve a introducir una mano bajo mi falda. Recupero de golpe las sensaciones perdidas en la zona del bar. Mi excitación reaparece y con ella mis pensamientos más lujuriosos. Le pido que no pare de acariciar mi clítoris, a pesar de hacerlo sobre la rugosa tela celeste.

Y entonces aparece su imagen en el interior de mi cabeza. La intensa mirada de Cris, a quien imagino oculto tras uno de los inmensos cristales, se cuela en mis fantasías. Despierta entonces la zorra que llevo dentro y me lanzo a la captura de la polla de Perico, ya erecta y dispuesta. Con una solvencia que me abrumba, consigo desabrochar su pantalón e introducir mi mano bajo su slip para dejar escapar su virilidad y con ella mi razón. Él recibe el masaje que le aplico con un sonoro resoplido y calca mi acción anterior. Cuando encuentra lo que busca, introduce de golpe dos dedos en mi

ser, verificando lo húmeda y dispuesta que me encuentro. Tal invitación decide solucionarla obligándome a ponerme de pie para bajar la falda y las bragas de una vez y sin el menor problema. Acto seguido, echa mano de su cartera, buscando como un poseso el condón para penetrarme.

A pesar de sentirme más cómoda que al principio, la verdad es que lo agradezco. Más que nada, porque utilizo el parón para volver a fantasear. Apenas dedico una mirada a mi amante cuando por fin encuentra la debida protección, ya que mis ojos se posan en uno de los cristales, imaginando a un Cris deseoso de que pulse el botón para que pueda unirse a nosotros. Dudo, la verdad. De hecho, a punto estoy de pedirle a Perico que presione el interruptor mientras que observo cómo abriga con torpeza su pene con el chubasquero de látex.

—Ven aquí —me ordena, sentado sobre el borde de la cama.

Su determinación me obliga a expulsar a Cris de mi cabeza y a centrarme en dar placer a quien me ofrece sentarme sobre su miembro dispuesto.

Y eso me dispongo a hacer. Insegura, pero allá voy.

—¡Qué coño...!

Perico se queja amargamente cuando la luz desaparece de golpe y el aire acondicionado deja de acariciar nuestros cuerpos casi desnudos.

—¿Qué pasa? —pregunto completamente a oscuras, sin reparar en que él sabe lo mismo que yo.

—Parece que se ha ido la electricidad —supone—. Se habrá jodido algún fusible.

—No veo nada.

—Ni yo, aunque tampoco es que me haga falta mucha luz —amenaza—. No quise decírtelo antes porque te vi muy decidida, pero no me hace mucha gracia que cuatro salidos se hagan pajas a costa nuestra. Anda, ven aquí y terminemos antes de que cambien el fusible —me pide sin la menor intención de echarse atrás. Yo, en cambio, he albergado la estúpida y fugaz idea de que pudiera librarme de cargar con las consecuencias de mis impulsivas decisiones.

—Espera, que no sé dónde estás.

—Sigue el sonido de mi voz —resuelve en el preciso momento en el

que alguien golpea sus nudillos contra la puerta. Por instinto y a pesar de la negrura, cubro mis zonas nobles y resoplo aliviada.

Sin esperar a que le demos permiso, alguien abre la puerta y un halo de luz se cuela por la rendija creciente.

—Chicos —emerge la voz grave de Isabel—, lamento ser yo quien os comunique que nos vemos obligados a cerrar —nos informa portando una linterna que apenas se distingue en penumbra entre sus manos—. Ha salido ardiendo el cuadro eléctrico y nos resultará imposible solucionarlo antes de mañana por la mañana.

—Oh —finjo una contrariedad que está muy lejos del alivio interno que se apodera de mi cuerpo.

—Os dejo una linterna para que podáis vestiros. A la salida se os devolverá el dinero íntegro. La Dirección me pide que os traslade su malestar y sus disculpas por el contratiempo.

—No pasa nada —decide restar importancia Perico, a la vez que mi cabeza ya cabalga sobre teorías conspiratorias desde que ha surgido la palabra Dirección.

Ha sido él, estoy convencida. Phil no soporta verme liada con otro tío, a pesar de su defensa a ultranza de la máxima «sólo sexo».

—No querías hacerlo, ¿verdad? —me sorprende Perico con su cuestión, tan imprevista como acertada. Mi silencio responde por mí—. Bueno, no estaba escrito que, al menos hoy, fueras mía. Quizás en otra ocasión —resuelve dando por sentado que iré directa a casa en cuanto salgamos de aquí. Pobrecillo. Al final y como suele ocurrir últimamente con demasiada asiduidad, es otra persona quien tiene que soportar el peso de mi alarmante inmadurez. Preocupante, sobre todo, que llegue en una etapa de mi vida que considero crucial.

—Quizás en otra ocasión —repito por cumplir, aunque loca por pasar página y olvidarme de Perico, de Cris, de Phil y de su puñetero Dreams. Las paradojas de la vida han querido que los dos únicos polvos incompletos de mi vida se hayan producido en un templo del placer.

¿Tendrá previsto el destino otros planes para mí?

Capítulo 18

El tiempo que ha transcurrido desde mi bochornoso comportamiento, la noche que fui al Dreams con Perico, no está siendo el más feliz de mi vida. Ni mucho menos. Por un lado, aún tengo remordimientos y vergüenza por mi indecorosa actitud. Esto me ha obligado a evitar las horas clave de cada entrenamiento. Llegamos todos los días cinco minutos más tarde y nos vamos cinco minutos antes. Así evito cruzarme con Perico, aunque al final lo paga un Rober al que he advertido que la versión oficial es que tengo cosas que hacer todos los días. El pobre no entiende y se lo cree, aunque imagino que no ocurrirá lo mismo con su ardiente monitor. Por si fuera poco, papá me confundió hace un par de días, llamándome Rocío después de quedarse en blanco unos segundos. Y para ponerle banda sonora a mi condena, el teléfono me atormenta con numerosas llamadas de Phil. No me apetece nada hablar con él, la verdad. Hemos compartido buenos momentos de sexo, pero ya se acabó. Ambos coincidimos en que la filosofía en la que me sumergió no contempla las excusas, explicaciones o desayunos en la cama. Sólo sexo, esa práctica que, hoy por hoy, aborrezco y me hace sentir sucia cada vez que recuerdo mi última experiencia.

Además, no puedo olvidarme de un hecho incuestionable: no sé por qué razón, pero me mintió. Me la clavó hasta el fondo mucho antes de bajarse los pantalones. Pero no sólo él, sino también su amiguito Cris, con su cara de no haber roto un plato. Aunque Phil alegó en un principio que él venía por Cris, al final confesó que en ningún momento quedé con el otro, sino con él. Todo gracias al secuestro de mi móvil. A partir de ahí, ni la más mínima mención al otro.

Y Cris, por su parte, se hizo el tonto en todo momento. Cuando le conté que un tal Phil me había hackeado, no mostró el menor signo de conocerlo. Tampoco cuando mencioné el nombre completo de Philip.

Está claro que son amigos y que me han engañado. No sé, puede que quisieran compartirme en otra más de sus asquerosas prácticas sexuales. Uno va de lanzado y el otro de modosito. Ambos guapos a rabiar y ambos aparecen en mi vida por supuesta casualidad.

¡Cómo pude ser tan tonta de no haberme dado cuenta antes!

Lo habían previsto todo para tenerme engañada hasta que llegara el momento del encuentro a tres bandas. Hombres tan guapos no podían ser reales. Sólo se trata de un envoltorio muy llamativo, pero dentro no hay nada. Ninguno atesora el menor indicio de que exista en su interior un hombre de verdad. Parece claro que me moriré sin conocer a mi príncipe azul.

El único que sigue mereciendo mi respeto es Perico. Casualmente, al que peor he tratado. Ha demostrado ser íntegro. Aunque, no nos engañemos; sólo es un chiquillo aún por hacer. No sé determinar en qué momento ocurre, pero todos terminan cambiando hasta convertirse en unos capullos. Mentirosos, infieles, sin valores y con sólo dos neuronas en su cabeza; una para embaucarte y la otra para controlar el ritmo al que te follan.

—¡Qué pesado! —me digo cuando oigo sonar de nuevo el teléfono. Hoy tiene que estar más cachondo que otros días, pues aún no son ni las diez de la mañana y ya es la tercera vez que llama—. ¿Rafa? —me extraño al descubrir que es mi cuñado, justo antes de cortar. Miedo me da. Ya no es capaz ni de pedirme las cosas a la cara, sino que me envía al calzonazos de su marido.

—¡Buenos días! ¿A qué debo el placer de volver a oír la voz de mi cuñado preferido?

—No seas capulla, que soy el único que tienes. Buenos días.

—Y bien, ¿qué puedes querer de tu cuñada para interrumpir tu jornada laboral?

No me digas sexo con tantos años de retraso porque llegas en el peor momento, bromeo mentalmente.

—¿Tienes ocupada la mañana?

—En principio y salvo que no me la complique tu queridísima esposa, no. ¿Me necesitas para comprar el regalo de aniversario o de cumpleaños a Rocío? Te advierto de antemano que mi hermana es más complicada que la física cuántica —me burlo de la persona que nos emparenta, dando por sentado que no se trata de nada grave relacionado con Rober. Me habrían llamado a mí. Me temo que Rocío estará tan ocupada agobiando a sus clientas con la gracia que tiene en el culo, que le ha tocado a él esta vez convencerme de quedarme alguna noche con el niño.

—Me gustaría charlar contigo de un asunto importante que no

podemos hablar por teléfono.

—Tío, que hay confianza para pedirme que Rober duerma en mi casa alguna noche. ¿O es que esta vez se le ha ocurrido a mi hermanita irse de crucero y dejarlo en tierra? —ironizo—. Lo raro es que te lleve a ti —añado bastante más ácida de lo que merece el pobre. Bastante tiene ya de compartir cama con alguien tan egoísta y despreciable como Rocío.

—No estoy de broma, Lucía. Necesito verte —sentencia con un tono seco, manteniéndose como una de las pocas personas que me llama por mi nombre.

—Bueno, pues tú eres el más ocupado de los dos, así que ya me dirás cuándo...

—Ya.

¡Joooder! Pues sí que debe de ser importante como para que el recto de mi cuñado se escape del trabajo para hablar conmigo. Aunque... ¡Ya está, seguro! Al sospechar de Rocío, ha espiado en su móvil y ha descubierto que le pone los cuernos.

—Está bien. ¿Dónde nos vemos?

—Tengo el coche aparcado debajo de tu casa.

—¡Vaya! Veo que no contemplabas una negativa.

—Te espero —responde escueto antes de colgar.

En previsión de que nuestra charla se alargue y a pesar de que papá duerme aún, le pido a Carmela el favor de que se pase por casa de vez en cuando para echar un ojo. No tardo ni cinco minutos en volver a vestirme con lo mismo que cuando llevé a Rober al cole y en bajar. A través de la luna delantera, puedo apreciar la preocupación de Rafa, a pesar de la gran sonrisa que me dedica cuando entro en su coche.

—Gracias.

Su agradecimiento llega acompañado de dos besos, uno de los cuales roza mi comisura debido a la dificultad que supone estar sentados ambos en la misma dirección. A pesar de que hace mucho tiempo ya que lo descarté de mi lista de «empolvables», llego a sentir un «nosequé».

¿Seré tan zorra como me veo desde hace unos días?

—¿Va todo bien, Rafa?

—No.

—Me estás asustando.

—Tranquilízate. No tiene nada que ver contigo. Bueno sí —rectifica—. Un poco, pero vayamos a un sitio más apropiado.

Se dirige a las afueras y aparca junto a una cafetería que no me suena de nada en una calle que no me suena de nada. Salimos y, una vez tomado asiento, nos pedimos ambos sendos descafeinados, por aquello de no subirnos por las paredes a media jornada.

—Bueno, pues tú dirás.

—Se acabó, Lucía.

—¿Te han despedido? ¡Claro!, por eso tienes libre la mañana —resuelvo—. ¡Jodida crisis!

—No, cariño. Se acabó mi matrimonio con tu hermana.

—¿Qué me estás contando? —exijo una explicación tras el impacto inicial. Pese a todo, se veía venir.

—Pues no puedo decirte gran cosa. Lo lamento por Rober, que no tiene culpa de nada, pero...

—¡Hija de puta! Mira que le he advertido muchas veces que se iba a quedar sola. ¿Qué, que te ha engañado con uno de esos viejos con los que se pasa el día chateando, no? —comienzo a lanzar tanta mierda como llevo guardada dentro—. No le bastaba con disfrutar de un angelito de hijo y de un marido modélico, como cualquier persona decente, ¡no! Ella tenía que subastar su coño al mejor postor —resalto indignada, siendo la menos indicada para servir como prototipo de persona con principios.

—No corras tanto —me pide.

—¡Sí, encima defiéndela! ¡Tío, a ver cuándo cojones te enteras de que mi hermana lleva aprovechándose de ti desde que la elegiste a ella, aquella noche que...! Lo siento —me disculpo por mi tono de voz y, sobre todo, por censurar su error al decidir pasar el resto de su vida con la hermana equivocada.

—Por favor. No me gustaría que toda Sevilla se entere de que no ha sido ella, sino yo.

—¡Claro que has sido tú! Demasiado tiempo has soportado. Yo le

habría dado la patada hace mucho, de no ser por papá.

—Lucía, cariño, no te encierres. Lo que pretendo decirte es que he sido yo —repite sin que consiga entenderle tampoco ahora—. Hace dos años que mantengo una relación con otra mujer.

Petrificada. Así me quedo durante un tiempo que soy incapaz de estimar. Muda, boquiabierta, impactada y podría seguir imaginando doscientas mil palabras más que definirían cómo he recibido la confesión de Rafa. Y es que, aunque aún me parezca mentira, acaba de besar el suelo uno de los pocos mitos que aún conservaba. El buenazo de mi cuñado, a quien siempre creí un calzonazos, ha resultado ser un cabrón. Aunque quizás no sea el calificativo más apropiado, puesto que será mi hermana quien cargue con los cuernos.

Aunque, después de todo, no me sorprende. Alguien que merece lo peor de lo peor, sólo es cuestión de tiempo que se vea privada de lo mejor. Y Rafa forma parte de tanto bueno como le tocó en suerte. Además, que yo misma me he preguntado un millón de veces cómo podía soportarla. Pues bien, ya me he enterado.

Lo que no entiendo es por qué ha querido verme y contármelo expresamente a mí. Puede que hayan discutido esta noche y no tenga a quién acudir, teniendo en cuenta que su hermana se fue a vivir a Málaga por cuestiones laborales.

—Rafa, aunque no me sorprende porque mi hermana no ha sabido cuidar vuestro matrimonio, he de reconocer que me has dejado de piedra. No pensaba... Es decir. Jamás habría creído que... ¿Por qué me lo cuentas a mí? Decías antes que me afectaba en algo y, aparte de ser tu cuñada, no entiendo qué...

—Rober —apunta escueto y rotundo.

—¿Rober? —repito dubitativa—. ¿Qué tiene que ver él en todo esto?, aparte del trauma que le va a causar que sus padres se divorcien. Porque te vas a divorciar, ¿verdad?

—Sí, lo haré.

—Pues no veo qué pinto yo en todo esto. Tú mantendrás el derecho que todo padre tiene a... —vacilo—. ¿Piensas que Rocío...? ¿Te ha amenazado con privarte de verlo? —indago al comprender por fin a qué se

refiere.

—Rocío no sabe nada todavía. Y, bueno, ya la conoces; ella no admite una derrota y temo que me ponga dificultades.

—No lo creo. Ella no puede... No la veo capaz.

—Puede y es mucho más que capaz de idear cualquier estratagema para que vuelva con ella, aunque eso no sucederá. La decisión está más que meditada —asegura.

—Ya imagino. Espero que, al menos, no te hayas buscado a otra como ella.

—Descuida. Marta y tu hermana son la noche y el día, aunque ninguna llega a ser tan increíble como tú. —¿Ha dicho lo que creo haber oído?—. No te sorprendas —continúa—. Los lazos familiares que nos unen me han permitido observarte de cerca desde hace mucho. He visto cómo tratas a Rober, a tu padre e incluso a tu hermana, sin ser merecedora de tanta bondad. Hace años que tus miradas se clavaban en lo más profundo de mi ser, por haber sido tan estúpido de elegirla a ella. Tú habrías sido la mejor madre, esposa y... La mejor amante —remata—, pero...

—De haber sido yo, Rober no habría nacido —le recuerdo, aún aturrida por su nueva confesión.

—Lo sé. No imaginas cuántas veces me imaginé acudiendo a ti para contarte nuestros problemas y... Albergué la posibilidad de engañar a Rocío contigo, pero...

Su silencio me invita a terminar la frase por él.

—Pero eres tan tonto que no querías pasear su fracaso como esposa por delante de sus ojos.

—No. Eso no me habría importado. Nunca lo intenté porque sé que vales mucho más que tu hermana.

—No entiendo —confieso nuevamente confundida.

—Habrías sido tú quien no querrías haberla dañado así.

Buff, demasiadas emociones en muy poco tiempo. Por si fuera poco enterarme de que mi cuñado le pone los cuernos a mi hermana y que la va a mandar a paseo, ahora va y me dice que no se lió conmigo por pensar que yo sería incapaz de hacerle eso a Rocío. La lleva clara si cree que... Aunque me

temo que lleva razón, a pesar de rajar tanto de ella y de lo que se merece. A pesar incluso de que no pocas veces me imaginé tirando los tejos a Rafa, creo que me habría rajado en el último momento.

—Estoy... No sé qué decir.

—No me pasaron desapercibidas tus miradas, Lucía, pero lo nuestro era imposible desde el mismo momento en el que la elegí a ella.

—No, ya, si lo entiendo —le secundo con el corazón encogido y una amalgama de sensaciones circulando por mis venas—. Es sólo que... —No todos los días te enteras de que has tenido tan cerca la posibilidad de encontrar a tu príncipe azul—. ¿Cómo piensas que se lo tomará él?

—¿Rober? Es muy pequeño aún para entender ciertas cosas, aunque Rocío se encargará de ponerlo en mi contra.

—Ya procuraré yo que eso no ocurra.

—Me temo que eso no depende de ti —me advierte con la decepción instalada en el semblante.

—Como aquella primera noche, vuelves a equivocarte. Él me hace más caso a mí que a su propia madre.

—¿Ves a lo que me refiero? Eres y representas lo que siempre busqué —admite—. Sé que tú te bastarás para ocupar el vacío que yo dejaré.

—Tú no dejarás ningún vacío, Rafa. Yo haré todo lo posible para que sea lo menos traumático posible para Rober —aseguro—. Sabes que me paso casi todo el día con él y que te bastará con llamarme para verlo cuando quieras.

—Lo sé, querida, pero las cosas se pueden poner complicadas a corto plazo. Por cierto, sobra decir que puedes contar conmigo para lo que necesites.

—¿Incluso para un calentón repentino? —bromeo, recurriendo a mi lado chistoso, como siempre que los nervios me acosan.

—No estaría mal, pero me temo que Marta no merece lo mismo que Rocío —me recuerda sonriente—. Me refería a tu padre.

—Mi padre —repito.

—Tengo unos ahorros en una cuenta a nombre de Marta. Si necesitas ayuda para ingresarlo...

—Papá no irá a ningún geriátrico —sentencio, cambiando por completo mi expresión.

—Imaginaba que esa sería tu respuesta, pero bueno, el ofrecimiento está ahí por si algún día cambias de opinión.

—Muchas gracias, Rafa, aunque no será necesario.

—¿A qué hora sale Rober? —pregunta en un torpe intento por cambiar el tema de conversación.

—El responsable de mi cuñado sabe perfectamente que sale a las dos. Gracias.

—¿Por preguntar a qué hora sale del colegio mi hijo?

—Venga, Rafa, que yo no soy mi hermana —le recrimino recuperando mi sonrisa—. Si querías cambiar de tema, podrías haber optado por recuperar algún recuerdo que nos saque unas risas, ahora que comienza una nueva etapa.

—¡No!

—¡Sí! —decido llevarle la contraria, a pesar de su negativa a ser protagonista de mi burla, una vez más—. Si es que aún puedo ver la cara de gilipollas que se te quedó.

—¿De veras es necesario que me lo recuerdes? Mira que ya estoy valorando la opción de seguir con tu hermana para no tener que volver a pasar por esto.

—¡Venga, pero si al final te reíste hasta tú!

—Normal. ¿Cómo crees si no que podría haber superado la vergüenza de que mi cuñada, sus amigas y sus respectivos ligues me vieran el culo? —pregunta simulando aún vergüenza por aquella ocasión en la que quiso hacerse el chulito, tirándose de cabeza en un tobogán del parque acuático. Terminó siendo el motivo de las carcajadas que se sucedieron durante el resto de la jornada—. Y eso por no mencionar a todos los chiquillos que asistieron atónitos al lamentable espectáculo.

—Venga, ya será menos. Que después de aquel día, no quedó la menor duda de quién tenía el mejor culo de la pandilla. ¡Menudo culazo!

—Que te pusieras cachonda no te da derecho a hurgar en la herida. Aún no lo he superado —finge lamentarse sin dejar de sonreír.

—La verdad es que hemos pasado buenos momentos.

Tantos como nos dedicamos a recordar durante más de una hora, en la que ambos hacemos repaso a la infinidad de anécdotas que hemos compartido. Mención aparte merece su amago de desmayo durante el nacimiento de Rober. Todavía puedo recordar la carita que se le quedó, después incluso del alegrón que se llevó por ser padre primerizo.

—Me quedaría aquí toda la mañana, soportando tus burlas, pero creo que se va haciendo tarde para ti —recuerda ante la cercanía de la hora en que tengo que recoger a su hijo en el colegio.

—Sí, creo que será mejor que nos vayamos.

Una vez abonada la cuenta y justo antes de sentarnos en su coche, se me queda mirando muy serio para conseguir desconcertarme de nuevo. A pesar de mi habitual descaro, su confesión sobrevuela el lazo imaginario que une nuestras miradas y me obliga a quebrarlo mirando al suelo.

—Prométeme algo.

—Rafa, no tengas la menor duda —garantizo alzando de nuevo el rostro—. Te prometo que lo verás cuando quieras.

—No hablaba de Rober —aclara—. Cuento con ello.

—¿Entonces?

—Tu hermana es como un león herido. No creas nunca nada de lo que te diga y que pueda parecerte increíble.

—¿A qué te refieres?

—A cualquier cosa que pueda asegurar con su lengua viperina. Tú sólo prométemelo.

—¿Piensas que podría denunciarte o algo parecido?

Casi sin pensarlo, he optado por un hipotético escenario en el que Rocío lo acuse de maltratarla para negarle sus derechos como padre.

—Prométemelo —insiste.

—Está bien, te lo prometo. Pero que sepas que he crecido a su lado y sé de lo que es capaz.

—No, no lo sabes —asevera, justo antes de introducirse en el coche y dejarme con el mal cuerpo que se me quedaría si hubiera recibido una mala

noticia.

Durante el trayecto hasta el colegio, el silencio que impera en el interior del coche contrasta con las risas que lo precedieron. Y no porque Rafa haya desistido en su intento de mantener una charla que me haga olvidar la promesa que me ha obligado a firmar. Precisamente, este es el motivo que me mantiene pensativa en todo momento, intentando averiguar a qué se refiere. Creo que sus palabras no surgieron porque sí. Me esconde algo, aunque tengo claro que nada más al respecto saldrá por su boca.

—Bueno, pues hemos llegado —me advierte deteniendo el coche en la calle situada a la espalda del colegio.

—¿No quieres que te vea? —entiendo al no hacer el intento por aparcar.

—No quiero verlo yo. Al menos, hoy.

—Temes arrepentirte —resuelvo.

—Más o menos, aunque hay algo más.

—Te advierto que ya he sobrepasado hoy el cupo de sorpresas —bromeo, temiendo recibir alguna otra noticia inesperada.

Me dedica una sonrisa que no consigue ocultar la pena que se extrae de su mirada.

—Puede que a lo mejor no lo entiendas y que puedas llegar a no perdonarme.

—No entiendo —reconozco—. ¿Qué has hecho?

—Nada —asegura—. Aún.

Una vez aclarada su inocencia, alarga la mano para retirar el mechón travieso que oculta en parte mi expresión de nerviosismo, acerca decidido su rostro al mío y me besa cogiéndome desprevenida. No es el beso que se espera de un cuñado que se despide, sino el que tantas veces protagonizó mis sueños más inconfesables. Llega tarde, muy tarde, tanto que ya no lo deseo. Sin embargo, no soy capaz de darlo por finalizado. Porque me gusta, porque la vida me lo debía, porque me encanta tanto como expresa la dulzura con la que sus labios someten a los míos.

—¿Por qué? —pregunto confundida cuando separa su boca de la mía.

—Porque cuando muera, dentro de muchos años, no quiero hacerlo

arrepintiéndome de no haber probado el sabor de tus labios.

Está claro que no morirás arrepentido, pero a mí acabas de matarme. Muero de amor imposible, de un amor que Dios creó para ponerlo lejos de mi alcance. Muero de impotencia, aunque mi sentido de la responsabilidad me obliga a vivir teniendo presente que es lo mejor. Lo nuestro habría sido imposible. Para Rober sería más traumático convivir con las incomprensibles muestras de amor de su padre hacia su tía, que para mí hacerlo con el recuerdo del que ya se ha convertido en el mejor beso de mi vida por lo que representa.

Capítulo 19

No dejo de darle vueltas. Por más que intento expulsar el tema de mi cabeza, me siento incapaz de olvidar, ya que Rober se encarga de recordármelo con su presencia. Como todos los días, lo observo jugando a la consola, pero lo veo con otros ojos. Unos con capacidad para distinguir el futuro con meridiana claridad. Y lo que veo no me gusta. No me gusta nada. Y es que no cabe esperar nada positivo de un porvenir en el que no haya un padre al que preguntar las dudas del colegio. ¿A quién llamará cuando lo acosen las pesadillas? Porque tampoco veo yo a su madre capacitada para suplir al sostén intelectual y emocional que siempre ha representado para él la figura de Rafa. Por más que Rocío pueda llegar a sostener lo contrario, Rober ha salido clavado a su padre, excepto en un par de aspectos: es tan sentimental y bromista como su tía. O sea, yo. Aunque nos diferenciamos en que él no está preparado aún para ocultar sus emociones bajo capas de una fortaleza irreal. Una que observan quienes se quedan con mi fachada cuando intentan analizarme.

De cualquier modo y visto el nivel de irresponsabilidad que soy capaz de alcanzar, tampoco tengo tan claro que Rocío sea mucho peor que yo, la verdad. Imagino que tendré que redoblar mis esfuerzos para ejercer como la madre que siempre le faltó y como el padre que le faltará. Aunque habrá que ver en qué estado quedan mi determinación y mi entereza conforme vaya ganando terreno el mal que acosa a papá. Quizás no sea capaz ni de sacar adelante mi propia vida. En tal caso, ¿cómo podré estar pendiente de la de un crío?, con tantas atenciones como requiere. Es ahora y no me veo capacitada para hacerlo, pese a que papá conserva todavía cierta autonomía.

Salgo de mis divagaciones cuando me viene a la cabeza el maldito entrenamiento. Echo un ojo a la pantalla del móvil y compruebo contrariada que se nos ha hecho tarde. En realidad, se me ha hecho tarde a mí, que soy quien tenía la responsabilidad de estar pendiente de la hora. Apremio a Rober para que apague la consola y se vista. El pobre me hace caso a la primera y tarda cero coma en cambiarse, sin saber que su esfuerzo no le servirá para aprovechar la hora completa de entrenamiento. Y es que, por si fuera poco el tiempo que ya le robo para no dar la cara a Perico, hoy llegaremos más tarde de lo habitual.

—Entrena duro para que te convoque de nuevo —aliento a Rober cuando sale corriendo como loco a unirse con sus compañeros, tras llegar ambos con la lengua fuera.

Aunque evito el cruce de miradas con Perico, me da tiempo de ver por el rabillo del ojo que se dirige hacia mí. Me hago la despistada y me marcho en dirección al modesto graderío.

—¡Lucía! —me reclama con un tono lo suficientemente audible como para que no me marque un «Carmela». Me temo que un forzado escaqueo me dejaría en muy mal lugar.

—Hola, Perico —saludo mostrando falsa alegría ante el reencuentro.

—Quería hablar contigo.

—Pues aquí me tienes.

—Voy a convocar de nuevo a Roberto.

—¡Qué bien! Se pondrá muy contento. —Muchísimo más que yo, que, con egoísmo, esperaba que no jugara ese partido. Tendría que darme vergüenza.

—Espero que por fin pueda debutar y no recaiga de ese inoportuno catarro.

—¿Estás insinuando algo? —pregunto incisiva, ante la sombra de la duda que su deseo ha dejado en el aire. Siendo cierto que lo estoy evitando, jamás fingiría males perjudicando a mi sobrino, con lo ilusionado que está.

—No necesito insinuar nada porque parece claro que me estás esquivando.

—¡Jamás simularía...!

—Lo sé —me interrumpe—. He podido oír su tos, pero tú y yo sabemos que le estás robando diez minutos de mejoras cada día.

—¡No te voy a consentir que...! Bueno vale —me interrumpo esta vez yo misma—. Me resulta muy incómoda esta situación.

—Porque te has montado una película en tu cabeza. El otro día no ocurrió nada que ambos no quisiéramos. Dame otra oportunidad, Lucía. Permíteme que...

—No se trata de ti —le corto ahora yo—, sino de mí. Aquello estuvo mal. No tendría que haber... Me avergüenzo.

—Pues no deberías hacerlo. Quedemos esta noche. Permíteme que te invite a cenar.

—No, imposible —resuelvo tajante.

—Sabes que no es así. A ver, si alguien tuvo que sentirse mal, ese fui yo. Y te puedo garantizar que no es así. Estaría dispuesto a todo para poder disfrutar de otra oportunidad.

—¿Tan importante es para ti echarme un polvo? —pregunto comenzando a desvariar.

—No todo se reduce a sexo. Yo busco algo más en una mujer tan impresionante como tú —amenaza.

—Pues lamento comunicarte que, después del otro día, lo último que me apetece es iniciar una relación seria.

—Entiendo —reconoce frustrado—. Quedemos entonces para follar. ¿Prefieres volver allí? —contraataca con tozudez, cuando ya lo creía derrotado.

—No voy a follar contigo ni con nadie.

—Es por él, ¿verdad?

—¿De quién hablas? —me intereso, pese a conocer la respuesta—. Esto no tiene nada que ver con nadie. Ya te he dicho que se trata de mí.

—¿Era el rubio o el de pelo castaño?

—No sé de quién me hablas —miento.

—Sí, seguro —ironiza—. Bueno, ya surgirán nuevas oportunidades, porque imagino que no privarás a Roberto de disfrutar en la fiesta que montamos cada final de temporada.

Muy hábil. Está intentando jugar con mi sentimiento de culpa. Aunque me lo tengo merecido.

—¿Qué fiesta?

—Una que organiza el club todos los años. Será dentro de dos semanas. Habrá un chalet alquilado para que jueguen los críos, comida, bebida y mucho tiempo para charlar.

—Pues allí estaremos. Y ahora, voy a ocupar mi sitio en...

—Yo también haré lo mismo. Antes o después, ocuparé mi sitio.

—Eso no ocurrirá.

—Ten por seguro que así será —promete en lo que suena como una amenaza.

No termina de gustarme el cambio en su actitud. Ha pasado de ser comedido y muy correcto, a mostrarse tozudo y desafiante, hasta el punto de dejarme en un estado de inquietud controlada. Al menos, de momento.

Al haber superado ya el escollo que me suponía enfrentarme a Perico, decido que Rober aproveche el resto del entrenamiento. Empleo mientras el tiempo en indagar, en preguntar a otros padres si nos toca como local o como visitante el próximo partido. Me confirman que jugaremos en casa y que, tras ese partido, sólo restará uno, para lo cual habremos de desplazarnos hasta Utrera. Un matrimonio muy amable intuye que lo pregunto por no contar con vehículo propio y se ofrecen a llevarnos en el suyo. Evito por tanto un viaje demasiado incómodo en compañía de Perico.

Cuando acaba el entrenamiento y Rober se despide de sus compañeros, llega solo hasta mí, por suerte. Parece ser que Perico apostará fuerte durante la fiesta que mencionó. Ya tendré tiempo de pensar en algo hasta que llegue ese día.

De camino a casa, a la de papá, que es donde estoy entregando a Rober durante los últimos días sin que su puñetera madre se digne a subir para interesarse por quien le dio la vida, me suena el teléfono.

—Tu madre —le digo a un Rober distraído en contar los coches amarillos que nos cruzamos—. Seguro que se le ha hecho tarde. Dime, Rocío —contesto después de resoplar. En el supuesto de que aún no haya hablado con Rafa, debo tener mucho cuidado de que no se me escape nada. Y si han hablado ya, que Dios me coja confesada.

—Te llamo para saber si puedo contar contigo.

—Depende. Tengo planes —miento. No por rechazar la posibilidad de quedarme más tiempo con Rober, sino porque odio rebajarme siempre a sus pretensiones.

—No se trata de Rober —aclara—. Esta vez te necesito gratis —escupe con desprecio, confundiendo el interés de mi respuesta.

—¿Entonces?

—¿Testificarías a mi favor en un juicio por violencia de género contra

mi ex?

—¿Cómo dices?! —pregunto gritando escandalizada, sin dar crédito a una hipótesis que ya me costó aceptar como una posibilidad cuando charlaba con el supuesto maltratador.

—Lo que oyes —confirma—. Rafa, tu queridito cuñado, me ha puesto la mano encima.

—¿No me lo puedo creer!

—¿Me estás llamando mentirosa entonces?

—No, Rocío. —Más me vale no llevarle la contraria—. Es sólo que... No lo esperaba —miento, recordando la sugerencia de Rafa de no creer nada de lo que me dijera Rocío. ¿Y si realmente le pegó y por eso se curó en salud, advirtiéndome antes de que ella me lo contara?

—Siempre lo he sufrido en silencio —admite entre sollozos—. Estoy muy mal, Luci. Entre esto y lo de papá... —Me llama Luci y simula preocupación por papá. Mal empieza—. Hoy he tenido que ir a la psicóloga para tramitar la baja. Ella misma me aconsejó acudir al hospital para solicitar el parte de lesiones, necesario para interponer la denuncia.

—Espera, espera. ¿Te ha pegado hoy mismo? —me intereso, no muy convencida de su razonamiento y de la exposición de los hechos.

—Esta mañana. Lo llamé a la oficina y me dijeron que había salido. Al parecer, venía a buscarme al trabajo para terminar la discusión de anoche de la peor manera.

—¿Te golpeó con tus clientas como testigos?

—No, me sacó obligada del local, rogándome que tomáramos un refresco charlando. Me prometió que así podríamos aclarar nuestras diferencias. Y en el coche...

No concluye su relato; no se lo permite el primer llanto que le recuerdo desde que íbamos al colegio. Ni siquiera con la muerte de mamá fue más allá de las obligadas lágrimas.

—Tranquilízate, Rocío. Estoy con Rober —le advierto para que sepa que estoy limitada para hablar.

—Dime dónde estás y ahora voy para allá, cuando deje al niño con papá y con la vecina.

—Estoy en mi casa ya —me informa con dificultad.

—Bien. En quince minutos estoy allí. Sólo una cosa. ¿A qué hora ocurrió todo?

—¿Y qué cojones puede importar? —protesta con un lenguaje totalmente inapropiado en alguien como ella.

—Lo pregunto porque podría conseguir que mi ex testificara lo que le pidamos, siempre y cuando le paguemos y tenga clara su película —invento en mi desesperado intento por verificar si miente o no—. Ya sabes que se enganchó en la coca y haría lo que fuera por conseguirla.

—No sé. Imagínate, no me puse a mirar el reloj —bordea la respuesta.

—Más o menos —insisto.

—No sé, puede que a las doce o a la una.

—Bien. Veré qué puedo hacer —miento antes de colgar, convencida de la inocencia de Rafa y de la maldad que gobierna los actos de quien se hace llamar mi hermana.

Capítulo 20

El resto del camino hasta casa lo completo preguntándome una y otra vez cómo se puede ser tan mala persona. Que sea capaz de destrozar la vida de una persona con tal de no perderla es lo más rastroso y bajo a lo que se puede caer. ¿Es eso amor?, porque a mí no me lo parece. En su interior, ella pensará que lo hace por eso, porque no será capaz de soportar una vida sin él. Sin embargo, parece claro que lo hace por su propio interés y esto es algo que está reñido con poseer sentimientos hacia otra persona. Ella no quiere a nadie. Se sirve de todos para alcanzar el sueño de una vida repleta de comodidades, desprovista de problemas. Es capaz incluso de jugar con algo tan serio como el maltrato, lo cual me parece ya demasiado grave de por sí. Con su falsa denuncia, posiblemente esté asesinando el futuro de alguna pobre inocente, a quien no creerán por culpa de cuatro sinvergüenzas que, como ella, se sirvieron antes del peso de la Ley.

Voy a llamarla para decirle que...

—¡Felipeeee! —grita Rober soltándose de mi mano, sin que yo reaccione a tiempo de impedirselo.

—¿A dónde vas? Tengo prisa y... ¿Felipe? ¿Quién es Felipe? —me pregunto confundida—. ¡Yo me cago en Phil! —protesto al descubrir quién es el supuesto Felipe—. Hablando de sinvergüenzas...

Una amalgama de sentimientos me provoca sensaciones muy extrañas cuando asisto a la escenita en la que Rober se abraza a Phil. Contrasta la inocencia del crío con la poca vergüenza de un caradura al que sólo ha visto en una ocasión y por el que siente tanto aprecio como rencor provoca en mí. Aunque he de admitir, muy adentro, que aún siento un cosquilleo al tenerlo cerca. No por ello debo ser menos implacable cuando se produzca el reencuentro.

—En cuanto sueltes a mi sobrino, ya me dirás qué haces aquí —advierdo de mi llegada con la agresividad que merece.

Se toma su tiempo, intentando provocarme. Cuando acaba el abrazo y lejos de reparar en mí, saca de su riñonera algo que entrega a Rober, que lo recibe desbordando su júbilo.

—¡Es el Pro, tata!

—¿Qué Pro? —le interrogo por inercia, aunque puedo apreciar en la distancia que se trata de otro juego de fútbol.

—Un juego tan bueno como el FIFA. ¡Gracias, Felipe!

Phil resta importancia, aunque se deja abrazar de nuevo. ¡Qué cara más dura! Normal que no le parezca gran cosa. Supone mucho menos el gasto que lo que pretende conseguir. O mejor dicho, a quien pretende conseguir. Pero esta vez la lleva clara. Ya lo conozco y no me va a coger desprevenida.

—Somos socios —resuelve ofreciendo su mano a Rober para que la choque con la suya.

—No eres socio, ni amigo, ni familiar de mi sobrino —intervengo sepultando cualquier resquicio de ternura en la escenita que se está montando.

—No me refería a Robbie y a mí, aunque también lo somos —aclara dirigiendo por fin su mirada hacia mí, que me golpea con violencia para recordarme que aún siento deseo por él, por su cuerpo pálido y perfecto—. Querías respuestas, ¿no?

—Demasiado tarde —le advierto al entender que se refiere a Cris y al nexo que el Dreams supone para ambos.

—Tú has provocado que parezca que mis respuestas llegan tarde.

—¡Yo! Alucino en colores.

Mi enfado creciente me lleva a coger la mano de Rober, dispuesta a alejarme del sinvergüenza que me culpabiliza a mí de sus mentiras.

—Si lo piensas, nunca te he engañado —defiende al hilo de mi último pensamiento—. Tú no tendrías que haber ido por allí.

—¡Eso, y así podrías haberme tenido engañada toda la vida!, ¿no?

—Engañada no, ajena.

—Bonito disfraz para tus palabras, pero no me convencen.

—Tu presencia en mi vida tampoco le convence a él.

—¿Perdona?

Semejante revelación clava de nuevo mis pies al suelo, pues no doy crédito a lo que oigo.

—Además de socios, somos compañeros de piso —confiesa.

—Felipe, ¿vas a venir a casa para probarlo?

—¡No, Rober! Felipe no va a venir a casa. Tiene que regresar a la suya, igual que nosotros a la del yayo.

—Pero...

—¡He dicho que no!

Hace mucho tiempo que no levanto la voz a Rober y me siento mal por ello, pues él no tiene la culpa de nada.

—Está equivocado —insiste Phil, a pesar de que Rober y yo volvemos a caminar directos a casa—. Por error, cree que tú y yo... Piensa que puedes derrumbar la estabilidad del mundo que ha creado a su alrededor.

—Y tú, como no eres mayorcito, pues te ciñes a las leyes de su mundo. Me parece perfecto, pero yo no voy por la vida destruyendo mundos como si se tratara de un videojuego, así que te aconsejo que vayas a cobijarte bajo su sombra protectora.

—A mí no.

—¿A ti no qué?

—A mí no me parece perfecto. Quiero estar contigo, Lucía.

—¡Ah, ahora quieres estar conmigo! Esto es nuevo. Quizás tendría que recordarte en otro momento más apropiado cuál es tu lema.

—Me encantaría —confiesa desafiante—. Sería una señal inequívoca de que habríamos vuelto a vernos.

—Por desgracia para ti, querido, eso no va a ocurrir —le anticipo abriendo el portal para despedirme de él por última vez.

—Christopher es únicamente mi socio y mi amigo. No gobierna mi vida.

—Eso tendrías que haberlo pensado antes. Ya es tarde —sentencio—. Sobre todo, para mí, que tengo problemas personales.

—¿Puedo ayudarte? —se ofrece servicial, intentando con ello camelarme.

—Eres la última persona del mundo a la que pediría ayuda.

—Quieres creer que así será, pero sabes que te estás engañando.

—¿Que me estoy engañando? Aquí el único que engaña eres tú. Y ahora, lamento tener que cerrar la puerta de mi vida a los hombres —adviento metafóricamente en el momento en el que hago lo propio con la puerta que da acceso a la finca.

Vamos, lo que me hace falta a mí es un hombre intentando controlar mi vida.

Capítulo 21

—Niña, lo que tú nesesita es un hombre que controle tu vida — defiende Carmela para llevar la contraria a los pensamientos que me rondaban al despedirme de Phil—. Ya va siendo hora de que no dé más tumbo.

—No, Carmela. Estoy muy bien solita. No necesito tíos en mi vida — sentencio terminando de preparar el bocadillo de Rober, tras lo cual pretendo llamar a Rocío para informarle de mi cambio de planes.

—Pero ese muchacho es mu mono y ensima te quiere.

—¿Que me quiere? —pregunto casi a gritos—. No me haga reír, doña Carmela.

—Sí. Él mismo me la dicho, niña.

—Claro, como tienen tanta confianza...

—¿Que tiene panza? ¡Pero si está en los hueso!

—¡No!, he dicho que... ¡Bueno, da igual! ¿Cuándo se supone que confesó quererme? —la interrogo alzando la voz para que me oiga, con gesto serio para no parecer muy interesada. Por nada del mundo puedo permitir que Carmela advierta la más mínima emoción contradictoria. Algo similar a lo que se remueve bajo mi abdomen. Además, no tendría que hacerme muchas ilusiones; no puedo olvidar que mi relación más seria fue con Javi y que nunca me quiso.

—Estaba asomá a la ventana pa ve si venía er camión der butano — comienza y tengo que hacer un esfuerzo para no sonreír. Seguro que no estaba asomada para cotillear—... Entonse, así sin queré, lo vi apostao frente a la puerta y le pregunté si quería subí.

—¿Y no subió? —me intereso extrañada.

—No, miarma, no m'enteré, así que tuve que bajá. —Directamente, desisto de explicarle que no le he preguntado si se enteró, así que le permito continuar sin interrumpirle—. Er muchacho, tan lechoso como é, estaba er pobresito mío to coloráito, con er lorenzo pegando fuerte ya. Paresía una gamba revenía de Sanlúca, así que le pregunté: ¿qué hace aquí, miarma?, que te va dá un chungo peó que ar niño der chiste de los garbanso. Y entonse lo

entendí tó con lo que dijo.

—¿Y qué dijo? —le exijo una respuesta, atacada con tanto prolegómeno.

—La quiero. Eso dijo, niña.

—¿Así, sin más?

—¿A vé si va queré tú que er chiquillo viniera con una tuna desde su paí, chocho?

—No es eso. Es sólo que me extraña.

—¡Claro que quiere que le dé caña! —entiende como le da la gana—. Por eso le dije que podía comprarte un ramito de rosa roja y ponerse a la sombra pa reservá er fuego pa ti. Cuando yo era joven, con er ramito ya se me caían las braga.

—¡Doña Carmela!

Cuando remiten las carcajadas que me provoca, aprovecho para pedirle que me haga el enésimo favor, cuidando de Rober y de papá. Sé que Rober no será molestia porque me ha prometido que hará los deberes y luego se pondrá a jugar a la consola. Está loco por probar el juego que le ha regalado Phil. En cuanto a papá, después de comer y beberse unos tintos, caerá redondo en el sofá, viendo cualquier documental en la tele. En lo que a mí respecta, creo que lo mejor será decirle a Rocío a la cara que no me parece bien lo que está haciendo, aunque no tengo claro que me rearme del valor para hacerlo. Entre otras cosas, porque nuestra relación cambiaría de forma drástica. No le interesa romper conmigo porque no cuenta con candidatas a niñera, pero prefiero no arriesgarme porque creo que me moriría si me privara de poder ver a Rober.

Me despido de ellos teniendo presente la promesa de Carmela de que disfrutarán del mejor arroz con leche que habrán probado en sus vidas. Bajando la escalera e intentando desterrar mi creciente preocupación, ocupo mis pensamientos permitiendo que Phil se cuele en ellos.

¿Habrá pronunciado de verdad las palabras que Carmela asegura haber oído? De haberlo hecho, ¿será cierto que alguien como él sienta algo por mí? La verdad es que, en cuanto a mí, ya he tenido tiempo de cogerle cierto cariño. Sin embargo, no creo que amor sea la palabra más apropiada para definir la intensidad de semejante sentimiento. No lo sé. Lo cierto es

que, a pesar de ser un sinvergüenza, capaz de lo que sea por echar un polvo, no creo que traicione uno de sus principios más arraigados. Debo suponer entonces que Carmela habrá sido quien lo ha provocado todo. Seguro que le dijo otra cosa y ella entendió lo que le dio la gana.

—Aunque no habría estado mal lo del ramito —mascullo entre dientes, justo antes de abrir el portón que me separa de la calle.

—Sí que ha surtido efecto —oigo decir al dueño de los pies que veo apostados frente a mí, a la par que se esfuman los pensamientos que me acompañaron hasta él—. Aún no he llamado y ya estás aquí. ¡La vieja ha bordado su consejo!

—¿Qué haces...?

No llego a concluir mi pregunta porque un precioso ramo de rosas rojas sella mis labios con su embriagador aroma. No puedo controlar los potentes latidos de mi corazón, que bombea con violencia al sentirse merecedor del presente que Phil, con la mejor y más sincera de sus sonrisas, me ofrece sin pestañear. Quizás sea simple sugestión, pero en este momento me parecen los ojos más bonitos que he visto en mi vida. Creo que me estoy dejando llevar por la emoción de no haber sido cortejada jamás con un ramo. Por eso quizás no lo veo venir. No me percató de que, tras relegar las flores a un segundo plano cuando me las entrega, posa sus manos en mis antebrazos y me acerca hasta él. Apenas soy capaz tampoco de prever mi pasividad para esquivar sus labios cuando decide dar sentido a los míos, inertes desde que las rosas me instalaron en tan endulzado estado de hipnosis. Me dejo besar y disfruto del momento, queriendo creer que la pasión que desborda mi surfero preferido explica las palabras que mi sorda preferida puso en su boca. Una boca que me conduce con maestría hacia una realidad que ya figuraba en mi catálogo de inalcanzables sueños. Una en la que los hombres son hombres y se esfuerzan por presentar su candidatura para la más azul de las realidades.

¿Existirán entonces los príncipes...?

¡Joder!, ¿por qué se tiene que colar su mirada entre mis párpados cerrados? ¿Por qué tiene que provocarme el recuerdo de su mirada más inseguridad que el merecido beso que me entrega el mejor de sus amigos?

¡Malditos sean los efectos que los hombres me provocan!

Capítulo 22

Abro los ojos y me percato contrariada de que aún no se me ha pasado el cabreo de ayer. Al final tendría que haber aceptado la invitación de Phil.

—Te invito a cenar y a echar un polvo inolvidable —me dijo.

Ante mi negativa inicial, alegando que se me podría hacer tarde, teniendo que levantarme temprano hoy para llevar a Rober al colegio, él bromeó con la posibilidad de olvidarnos de la cena y dedicarnos directamente a follar.

No pude evitar la carcajada y, a pesar de tan chistosa y tentadora oferta, volví a declinar su invitación.

—Rober tiene entrenamiento, por lo que tendré que volver a recurrir a mi vecina para que eche un ojo a papá. No podría abusar y pedirle lo mismo para la noche —aseguré—. Además, no me apetece mucho que, en plena faena, tu compañero de piso te recrimine que no hayas acatado su orden de olvidarte de mí o que se moleste por haberme llevado a vuestro picadero.

—¿Picadero? —se extrañó.

—No eres muy amigo de nuestra fiesta nacional, ¿verdad? —pregunté con tono de burla.

—A veces no te entiendo y me frustra, pues imagino que se trata de alguna especie de chiste. Quiero reírme contigo.

—Mmm eso no suena a «sólo sexo» —apunté, intentando conseguir la confesión que, supuestamente, regaló a Carmela y que a mí me seguía negando.

—Sólo sexo te estoy ofreciendo —me retó.

—¿Y si tu novio intenta unirse a la fiesta?

—¿Mi novio? ¡Ah!, re refieres a Chris —entendió por fin, dejando claro que no era el más lúcido de sus días—. Si pudiera, lo intentaría. No serías la primera mujer que compartimos —confesó con alarmante naturalidad—, aunque esta vez no se lo permitiría.

Tardé en reaccionar porque el despertar de una fantasía en la que Cris y Phil me amaban a la vez era demasiado acaparadora. Al final, lo hice, sin

embargo.

—¿Cómo que no se lo permitirías? Eso es algo que debo decidir yo, ¿no crees?

—Lo haría pensando en ti, querida. Se te ve tan frágil, que estoy convencido de que no resistirías.

—A lo mejor te sorprenderías con mi capacidad para devorar hombres.

—¿Serías capaz de follar con los dos? —mostró su extrañeza a modo de pregunta, aunque sin poder ocultar cierta preocupación que no me pasó inadvertida.

—Todo sería cuestión de que me lo propusiera —fue mi respuesta, aunque algo palpitaba con fuerza muy abajo con sólo imaginarme entre dos dioses centroeuropeos como ellos.

—¡Pero si saliste huyendo del Dreams cuando te rozó un desconocido! —bromeó para distender el ambiente, pues casi podía palpase la tensión que se abrió camino entre nosotros—. Por cierto, ahora que lo menciono he recordado que este fin de semana no podrás disfrutar de mí porque...

—¿Disfrutar de ti? —le corté—. Pensaba que el disfrute era mutuo.

—Tengo que viajar para comprar ciertos productos —prosiguió, ignorando con ello mi observación—. Vuestro país está aún en la edad de piedra para ir de compras sexuales. Sé que te resultará muy larga y dura mi ausencia, aunque a mi llegada tendrás longitud y dureza. Lo prometo.

—Ya será menos, gallito. Además, no te echaré de menos porque me he comprometido para ir a la fiesta del final de la temporada que organiza el club de Rober. Y da la casualidad de que cierto entrenador se quedó con las ganas de culminar cierto día en el que, casualmente, se fue la luz en cierto templo del libertinaje.

—¿Estás insinuando que el causante fui yo?

—Yo no sugiero nada. Sólo observo la expresión que se te ha quedado cuando he hablado de él. Y te recuerdo que entre tú y yo no hay el menor compromiso. Recuerda: sólo sexo —le reté.

—Lo sé, pero quiero que reserves todo tu fuego para mí. Por eso no te compartiría con nadie ni permitiré que ese crío disfrute de lo que me

pertenece.

—¡Buf!, no sabes tú lo que has dicho —apunté resoplando—. Yo no soy la posesión de nadie.

—Lo sé, pero también tengo claro que necesitas sentirte poseída por alguien. Yo no te prepararé el desayuno ni velaré tus sueños, pero te prometo que voy a conseguir que no te estremezcas ante un roce que no apliquen mis dedos en tu piel morena. Voy a lograr que el más apasionado de los besos que no te den mis labios, te deje el sabor amargo de la añoranza por mis ausencias. Estoy tan seguro de ello como de que no habrá aire suficiente para llenar tus pulmones sin el embriagador aroma de mi presencia. Sin mí, el sexo no existirá para ti.

—Y te despertaste, ¿no? ¿O es que vas fumao?

—Y aunque el mejor regalo será mi regreso —continuó—, cuando me veas aparecer con un presente apropiado a tu... belleza, olvidarás cualquier deseo de acostarte con otro que no sea yo.

Con semejante amenaza y un beso en la mejilla, lo suficientemente cerca de la comisura como para dejarme la miel en los labios, se despidió de mí.

Por si no fuera suficiente el calentón que Phil me produjo, luego llegó la discusión con Rocío cuando me negué a testificar a su favor, alegando que los familiares no son aptos en estos casos. Y para rematar la faena, aún encendida un rato después de discutir con mi hermana, Perico terminó de fastidiarme el día.

—Tata, no me ha convocado para el último partido —me dijo Rober decepcionado al final del entrenamiento para encogerme el corazón. Pero fue el amago de las lágrimas que se agolpaban en sus ojos lo que hizo que mi tristeza se convirtiera en ira.

—¡No me lo puedo creer! —me lamenté con amargura—. Vicky, ¿tienes mucha prisa? —pregunté a una de las madres que, al confirmarme que iba bien de tiempo, se quedó cuidando de Rober para permitirme hablar a solas con Perico.

—¡Oye, tú! —reclamé su atención de malos modos antes de que, portando un petate repleto de balones, se introdujera en el túnel que conduce a los vestuarios—. ¿Puedo saber por qué no has convocado a mi sobrino?

—Perdone, señorita, ¿se dirige usted a mí?

—¡No me calientes más, que ya vengo calentita! —amenacé como respuesta a su provocación.

Miró a su alrededor y, al verificar que no había nadie cerca, se dispuso a contestar.

—Pues si viene usted calentita, creo que podrían subir las probabilidades de alguna variación en la convocatoria —dejó caer con doble sentido para provocar que la combustión que tenía lugar bajo mi pecho amenazase con derivar en una explosión con tintes épicos.

—¿Me estás tomando por una puta?

—Dios me libre, señorita.

—Mira, ¡no me vaciles, chaval! Puede que te creas alguien cuando estás con los críos, pero conmigo te estás equivocando. Estoy harta de merendarme a niñatos como tú, así que procura dejar a un lado tu polla y piensa por una vez en los chiquillos. No puedes jugar con la ilusión de los niños con tal de echar un polvo.

—¿Tiene usted algún problema con mi forma de gestionar el equipo? —preguntó tirando de retórica y de chulería—. Pues hay muchos equipos en Sevilla, aunque debo advertirle que suelen tener el listón más alto que nuestro club. Cualquier inútil tuercebotas no encuentra equipo tan fácilmente.

—¿Estás llamando inútil a mi sobrino? ¡Yo me cago en tu pu...!

—Lamento interrumpirla, pero esto pesa y se me está haciendo tarde —alegó para interrumpir mi impropio.

—¡Hablaré con el presidente del club y le contaré lo sucedido! Esto no se va a quedar así.

—Me parece perfecto. Podemos discutirlo con una copa en la mano durante la fiesta. Así no se le secará la garganta al presi cuando le cuente a dónde me llevó usted para comprar la titularidad del negado de su sobrino.

—¡Cabrón!

—Y me lo dice una guarra —asesinó mi arrojo dando donde más dolía, tras lo cual se marchó con una sonrisita de suficiencia que hizo que tuviera ganas de partirle la cara. ¡Qué demonios!; tuve ganas de matarlo ahí mismo.

Por una vez en mi vida, decidí mantener la calma y dar por perdida esa batalla, aunque nunca la guerra.

Si guerra quería, guerra tendrá.

La guinda envenenada al maldito día de ayer la puso la llegada del período y el dolor de cabeza con el que me acosté. Menos mal que la jaqueca ha desaparecido hoy, pese a que no pueda decir lo mismo del dolor de ovarios. Me tomaré un nolotil cuando desayune.

Me levanto con poco ánimo y me visto con una camisa para ir a la cocina a tomarme un café, sin el cual no soy persona. Cuando llego a la mitad del pasillo, a punto estoy de empezar el día peor de lo que lo acabé ayer, después de resbalar y quedarme a un centímetro de chocarme con el marco de la puerta del salón. Bajo riesgo de despertar a papá, enciendo la luz del pasillo y el peor de mis temores se confirma.

—¡Me cago en la puta perra! —lamento al descubrir que ha dejado un regalo líquido en medio del pasillo. Mi suerte ha querido que el de hoy haya sido uno de tantos días en que no me pongo las zapatillas. ¡Cuántas veces me lo recriminaría papá, antes de que la niebla nublara su capacidad para educarnos! Ahora casi no es capaz siquiera de recordar que tiene que ponerse calcetines y zapatos para salir a la calle. De no ser porque su memoria va y viene, me cargaría a la puñetera perra, pero desde que mamá se fue, el animal ha ocupado parte del vacío que ella dejó.

La cosa empeora cuando descubro unas pisadas caninas que llegan hasta la cama de papá.

—¡Baja de ahí! —le ordeno con lo que pretende ser un grito vestido de susurro.

El animal, tan obediente como siempre, hace con dificultad lo que le pido. Me mira con esos ojos de pena tan humanos, tan suyos, aunque no son suficientes para apagar el fuego que recorre el camino que va desde mi estómago a mi garganta. Poco me falta para romper a llorar. Y es que la cosa toma tintes dramáticos cuando observo que, además de las patas, también tiene manchado el torso, la barriga, el rabo...

Quiero llorar, lo necesito. Sin embargo, no lo hago porque la urgencia trae de vuelta mi, a veces, cuestionable sentido de la responsabilidad.

Casi en tiempo récord, hago desaparecer cualquier rastro de mierda en

la perra, ayudándome de una manopla que mojo repetidas veces en un cubo. Cuando vuelva del colegio, ya la bañaré entera, pero ahora hay tiempo únicamente para poner parches. Eso suponiendo que no tenga que llevarla al veterinario. No me gusta nada el estado tan laxo que ha mostrado. Nunca fue amiga del agua y, sin embargo, no se ha quejado ni ha hecho el menor intento por escapar.

Me marchó a recoger a Rober y, a pesar de que dejó a Linda tranquila con papá, soy yo quien me quedo intranquila. Creo que algo no le va bien, pero la pobre no sabe hablar y aguanta con lo que le toque. Y yo poniéndola a parir. Ahora me siento fatal. Pese a todo, procuro centrarme en lo que más urge, que no es otra cosa que recoger a Rober para que no llegue tarde al cole. Lo último que me apetece es sentirme examinada por la reprobatoria mirada de sor capulla.

Al llegar a casa de Rocío, me extraño al ver que ya se encuentra abajo esperando con Rober. Miro el reloj por instinto. A pesar del imprevisto con Linda, me sorprende al verificar que he llegado a la misma hora de todos los días.

—¿Tienes que entrar antes a trabajar? —me intereso prescindiendo del saludo de rigor.

—No, me he cogido un día de las vacaciones. Tengo muchas cosas que hacer y me gustaría charlar contigo —me informa mientras que yo me entretengo en comprobar que luce bastante más maquillaje de lo que acostumbra.

—¿Conmigo?

—Sí, claro. No sé de qué te sorprendes.

Eso mismo pienso yo. Está claro que su situación ha cambiado y ahora me necesita más que nunca. De ahí que quiera hablar conmigo.

—Si es por lo de ayer...

—Cuando dejemos a Rober en el colegio —me interrumpe para dejarme claro que sí es por lo de ayer, como no podía ser de otra forma. A ver cómo la convengo de que no soy apta para testificar sin tener que confesarle que no me creo que mi, cuñ... mi excuñado le haya puesto la mano encima.

De camino hacia el colegio y por aquello de liberar tensiones, voy a picarla un poco con la derrota de ayer del Sevilla pero, al girar la cara hacia

ella, entiendo el porqué de la sobredosis de maquillaje. Tiene el pómulo inflamado, aunque apenas se nota. El descubrimiento me obliga a descartar la broma y volver a valorar la posibilidad de que diga la verdad acerca de los supuestos malos tratos.

A pesar de que nuestros encuentros matutinos siempre estuvieron motivados por su interés, al igual que ahora, tengo que reconocer que echaba de menos tomarme un café charlando con ella. O intentándolo. Lo quiera o no, es mi hermana.

Para mi sorpresa, esta ocasión es diferente a las de otras muchas veces pues, después incluso de pedir nuestras consumiciones, su teléfono móvil no se interpone entre nosotras. Quiero creer que Rocío se está humanizando.

—Ya lo echo de menos —admite con la mirada perdida.

—A mí me ocurre lo mismo cada vez que lo dejo en tu casa. Incluso ahora, que pasamos más horas juntos.

—No hablaba del niño, sino del padre —me saca de mi error—. Quiero recuperarlo.

—Pues no creo que denunciarlo por malos tratos sea la mejor opción para que vuelva —le advierto, omitiendo que no regresará porque puede que haya encontrado por fin el amor que ella le negó, el amor de su vida.

Pensar en esto último me provoca un suspiro al fantasear con un imposible.

—¿Y qué hago?

—Retira la denuncia.

—¿Te has vuelto loca? —protesta al borde de la indignación. Imagino que ahora vendrá el sermón—. ¡Pretendes que tire a la basura mi seguro de vida!

—Yo no pretendía...

—Si retiro los cargos, me quedaré sin mi as en la manga para negociar su regreso.

Negociar su regreso. ¡Yo flipo en colores con esta mujer!

—Se supone que tu marido te pega y ¿tú pretendes negociar su vuelta a casa poniendo sobre la mesa la denuncia?

—¿Cómo que se supone? ¿Acaso no ves lo que me ha hecho? —me

acorrala mostrándome su pómulo saturado de colorete.

—Yo no he... Si te pega —decido cambiar mi exposición—, ¿para qué quieres que vuelva?

—¡Porque no quiero prescindir del nivel de vida al que me he habituado! Cuando todo se solucione, sólo me quedará lo que me pase por su hijo y lo de mi trabajo.

Juro por Dios que estoy alucinando. Si aún existía alguna duda sobrevolando sobre mi cuñado, las palabras de Rocío terminan por dejar caer sobre ella todo el peso de la culpabilidad.

—¿Todo se reduce al maldito dinero?

—¡Despierta, Lucía! Ya es hora de que te des cuenta de la razón que mueve el mundo.

—Quería creer que eran otras cosas, como el amor, la bondad, el sacrificio o la fidelidad, pero ya veo cuán equivocada estaba.

—Siempre has sido una soñadora y no te has dado cuenta de que los príncipes azules no existen. El mundo gira en torno al dinero —expone con frialdad, aunque no carente de razón—. De hecho, el verdadero motivo por el que quería verte es para hablarte de dinero.

—¿Necesitas dinero para pagar al abogado? —me intereso con alarmante bisonñez para mi edad y mi experiencia fraternal—. Ya sabes que sólo tengo lo que tú me das.

—A eso me refiero. Teniendo en cuenta que tú no quieres declarar en favor de tu hermana —comienza enfatizando con maldad el lazo familiar que nos une—, me va a costar trabajo demostrar que he sido víctima de violencia de género.

—¿Y?

—Que no voy a tener dinero para pagarte hasta que no consiga la manutención y una paga que, al parecer, reciben las mujeres maltratadas. Eso podría cambiar si testificaras o consiguieras que lo hiciera alguna de la chusma con la que te acuestas.

¡A-LU-CI-NAN-DO! Así estoy —confieso sin creer lo que acabo de oír, pese a venir de ella—. ¿Me estás intentando chantajear?

—No, querida. Sólo te expongo lo que hay.

—¡Sí, claro! Únicamente me informas de que tengo que mentir sobre algo que destrozará la vida a un inocente, o me privas de los únicos ingresos que tengo.

—Visto así... Aunque discrepo con lo de inocente.

—¡Seguro! ¿Con qué te has autolesionado? ¿El lavabo quizás? ¿El quicio de la puerta?

—¡No te permito...!

—¿Que no me permites? Mira, Rocío, ni todo el amor que siento por Rober va a callarme esta vez. ¡Estoy de ti hasta el mismo coño! —le increpo alzando la voz para conseguir que todos nos miren—. Siempre te he creído capaz de lo peor, pero en esta ocasión te has superado.

—Haz el favor de no gritar —me advierte temiendo que la acuse en público de fingir lo que sólo ella se cree—; estás dando el espectáculo.

—No te preocupes, pues ya no tendrás que avergonzarte más de tu sangre porque dimito. ¡Métete tu dinero y a tu hijo por donde te quepa! —me libero por fin, pese a saber que me arrepentiré de mis palabras. De hecho, en el mismo momento en el que descarto seguir cuidando de Rober, un intenso pinchazo me atraviesa el corazón y me deja herida de muerte. Pero en este momento soy un león herido, que no contempla el menor dolor sin antes dañar a quien lo produjo.

—Por supuesto que lo haré. Si tú no eres capaz de ponerte del lado de tu hermana, quizás no merezcas tener hermana.

—¡Nunca la tuve! —sentencio a la vez que reparo en que me he puesto en pie para marcharme, pese a no darme cuenta con el calentón que llevo encima. Esto quiere decir que sólo resta que me dé la vuelta para dejar atrás la única familia que me quedará cuando papá se reúna con mamá.

—Piensa bien en lo que has dicho y en lo que estás a punto de hacer, Lucía. Si no estás conmigo, olvídate de mí.

Me giro de nuevo hacia ella, la miro con desprecio y me dispongo a ser yo quien lance las últimas palabras. Las últimas de nuestra última conversación.

—Hace muchos años que me olvidé de quién eres.

Y decidida a no escuchar cualquier posible respuesta, salgo de allí a toda prisa, dejando atrás a la hermana que nunca tuve y, con ella, al hijo que

nunca tendré.

Capítulo 23

Sólo hace tres días que no veo a Rober y tengo la horrorosa sensación de que fuesen tres vidas. Cuánto echo de menos a mi enano. Estoy convencida de que me va a costar acostumbrarme a sus ausencias más de lo que había imaginado cuando repliqué tan desafiante y contundente a Rocío. No había completado una hora sin verle y ya me había arrepentido. Si tuviera al menos un empleo, podría mantener la cabeza ocupada durante parte del día. Las mañanas y las tardes, por desgracia, son eternas sin nada que hacer, sin nadie a quien cuidar. Aunque tengo a papá, pero, aparte de que no se deja, resulta menos gratificante estar pendiente de sus necesidades que de las de Rober. Mientras que el renacuajo me necesitaba menos cada día, papá requiere por momentos más atenciones, lo cual me provoca mayor ansiedad ante el avance implacable del tiempo que se nos escapa.

Y aquí estoy, mirando a todas horas el móvil, cuando lo que me apetece es estamparlo contra la pared. Esperando estoy esa llamada de arrepentimiento de una Rocío por fin humana, por fin hermana. Pero no llega y cada día me siento más débil, más desilusionada, más perdida.

—¿Qué voy a hacer a partir de ahora? —pregunto a Linda sin esperanza alguna de recibir las respuestas que demandan mis erráticas cavilaciones.

Sus orejas se alzan al cielo para amenazar con entenderme. Sin embargo, no creo que su capacidad de análisis le permita comprender más allá de una simple entonación interrogativa. A pesar de que en muchas ocasiones aparente comprendernos, no es más que un perro. Más humano que mi propia hermana, pero un animal al fin y al cabo.

—Muy convencida estaba yo de que Rafa podría ver a Rober cada vez que quisiera y me avisara, cuando ni yo misma sé cuándo podré volver a abrazarlo. ¡Cuánto lo echo de menos!

Lo que tanto tiempo se había resguardado bajo mis párpados ojeros, termina desbordándose cuando intento recordar el último achuchón que le di. Tantas lágrimas reprimidas no podían ser buenas para la salud. Cual embalse a punto de reventar con una lluvia incesante, mi llanto riega ya la tela de la almohada, muy lejana de parecerse al cálido contacto con la fina piel que

tanto extraño. Procuero enterrar mis lamentos en su seno para evitar preguntas innecesarias de papá. No puedo sortear, sin embargo, las muestras de aliento que me llegan en forma de lastimeros quejidos caninos.

¿Cómo es posible que diga tanto con sólo una mirada?

En vez de sentirme un poco mejor con su apoyo, termino por derrumbarme sin ser capaz de agradecerle el gesto. Sé que lo entendería porque siempre ha sido muy lista. Como también entiende el significado de las dos palmadas que doy sobre el colchón. Así me veo, unos segundos después, abrazada a ella como tantas veces hice en idéntico número de desengaños amorosos durante mi adolescencia.

Ahora, más que nunca, necesito tener cerca a alguien que me acoja entre sus brazos protectores. Ya estoy acostumbrada a la independencia emocional, pero voy echando de menos lo que nunca tuve. Anhele que me lleven a la cama el desayuno acompañado de una rosa, que me ofrezcan calor al contacto o me mientan asegurando que todo saldrá bien. Poco puede llegar ya a buen puerto en mi vida, aunque necesito esa mentira piadosa para poder aferrarme a algo. Mi entereza ya quedó sumergida bajo el mar de lágrimas al que durante años la expuse. Necesito algo, ¡a alguien! Y Phil no me llama. Pero claro, ¿por qué habría de hacerlo? Sólo sexo y nada más puedo esperar.

Precisamente, suena el teléfono cuando pensaba en ello. A pesar del sobresalto inicial, me deshago del abrazo de Linda, me seco las lágrimas con torpeza y me lanzo a la captura del aparato.

—Noly —repito desilusionada el nombre que aparece en la pantalla—. Creo que no servirá de nada ignorar la llamada; seguirá insistiendo hasta que responda —me digo, por lo que me siento obligada a contestar. Antes de hacerlo, me preparo suspirando con fuerza—. Dime, Noly.

—¿Qué quieres que te diga? Que estás perdida, carallo. No hay quien te vea el peliño y el tiempo se nos echa encima.

Hago memoria tras sus palabras y reparo en que ya estamos a viernes. No hay que ser muy lista para resolver que se refiere a la salida nocturna que habrán previsto para mañana.

—No me apetece salir, tía —me excuso con dificultad por culpa de la congoja, aún presente.

—¿Cómo que no te...? Tu padre está bien, ¿verdad?

—Sí, sí —respondo con una verdad a medias—. Es sólo que... se trata de mi hermana. Esta vez ha sido fuerte y ya no... Rober —apenas acierto a explicarme mencionando a mi sobrino. Las lágrimas comienzan a ahogarme de nuevo.

—Pero no llores, mi niña. Las cosas suceden siempre por algo. O puede que no —resuelve al más puro estilo gallego—, pero tienes que ser optimista. Siempre te tuvo ahí, por lo que jamás te echó de menos. A partir de ahora, como decís los andaluces, se enterará de lo que vale un peine.

—Pero hasta que llegue ese día, yo estaré sin ver al crío.

—¿Y vas a permitir que la pena te consuma hasta entonces? Te recuerdo que se nos casa la Gema.

¡Mierda!, había olvidado por completo que...

—Pero aún falta una semana.

—¿Quién despedirá mañana su soltería? —se burla con un ridículo tono amplificado por su acento.

—Me había olvidado por completo.

—Ya lo imaginaba. Por eso te he llamado.

—Y yo te lo agradezco, Noly, pero... no puedo ir.

—¡Vamos, no me jodas! Tere y yo llevamos un mes preparando la despedida y a estas alturas no te vas a rajar. Tía, ya os arreglaréis tu hermana y tú. Lo de mañana ya no volverá y el boy que hemos contratado tampoco.

—No, Rocío y yo no nos arreglaremos. Y ella no es el motivo por el que no puedo ir.

—¿Entonces? Ya me dijiste que tu padre podría quedarse con tu vecina.

—Es por mí, por Rober. Aún tengo la esperanza... Mañana es la fiesta del equipo en el que juega y estoy pensando llamar a Rocío para que me permita llevarlo. Sé que ella no lo hará y mi sobrino estaba muy ilusionado.

No tengo nada claro que vaya a ser capaz de rebajarme llamando a Rocío, aunque se trate de Rober, pero aún ronda la idea por mi cabeza y parece que Noly recula un poco con su silencio momentáneo.

—Tía, hemos contratado a un boy —me recuerda a la desesperada—. Se desnudará para nosotras, nos mearemos de la risa y tú podrías incluso

dejarte llevar por el alcohol y tirártelo para darnos una clase práctica de cómo ser la puta ama con los tíos.

—¡Pero bueno!, ¿por quién me has tomado? —protesto cambiando el tono de voz por el más chistoso que encuentro en mi catálogo—. ¿Te has pensado que yo soy una guarra?

—No lo he pensado; eres una guarra.

—Pero una guarra con principios. No me lo tirarías nunca antes de conseguir que la Gema me lo desvirgase.

—Eres una cerda —me vuelve a insultar manteniendo el tono chistoso—, pero sabes que te quiero y que te echaré de menos mañana.

—Y yo a vosotras. Pasadlo bien.

—No lo dudes.

—¡Ah!, y no olvidéis ponerle nata en el lirili y saborearla cada una para conseguir un lerele.

—¡Eres una cerda!

—Pero con principios —repito—. Y no hay uno mejor que ese para que un tío esté a tus pies. Memorízalo todo para contármelo el lunes.

—La llevas clara. Lo que pasa en el Dreams, en el Dreams se queda.

—¿El Dreams?

No me puedo creer que la casualidad me podría haber llevado mañana hasta allí. Parecen cosas del destino.

—Es un pub en el que permiten fiestas de este tipo.

—Ya. Es decir —corrijo—, que ya imaginaba que sería algo parecido. Pues lo dicho, que tengo prisa —miento—. Pasadlo bien y comed rabo de toro por mí.

—¡Cerda!

—Aaaadiós.

Cuelgo y luego dejo el móvil sobre la almohada. Acto seguido, reclamo de nuevo la atención de Linda y me acurruco junto a ella. La espachurro con fuerza y el animal se queja ante mi efusividad. O eso he creído hasta que le noto un bultito en el torso.

—Te molesta este quiste de grasa, ¿no?

Responde lamiendo mi brazo como único modo de agradecer que no siga apretando la zona dolorida.

—No te preocupes. Me voy a poner las pilas y encontraré un trabajo para poder llevarte al veterinario.

—Y luego la loca soy yo —se dirige a mí una voz demasiado familiar ya.

—¡Doña Carmela!, ¿cuándo ha entrado? No la he oído.

—La sorda también soy yo.

Me sorprendo al asistir a una de sus intervenciones más coherentes desde que la conozco y mi expresión de extrañeza activa la suya de incomodidad.

—¿Ha oído lo que he dicho?

—¿Qué? Habla más fuerte y no sea tan capulla, Lucita.

Hago un gesto negativo con la mano para restar importancia. No creo que se haya enterado de lo que dije, sino que más bien habrá interpretado mi expresión. Dicen que la falta de algunos sentidos agudiza los demás.

—¿Ya ha vuelto tu novio de Alemania?

—¡No es mi novio y es de Bélgica! —le grito.

—Po ánimoate y juega con tu pare y conmigo ar parchí, chocho, que se te va a queá er culo cuadrao de está tanto tiempo acostá.

—No me apetece.

—A mí también me lo parese. Por eso te lo digo, miarma.

¿Para qué voy a molestarme en repetirle que no tengo ganas, si luego intentará que veamos la tele juntos o cualquier otra cosa? Lo que sea, con tal de no permitirme seguir enclaustrada.

—Jugaremos esa partida.

—¡Claro, mujé! Disfrutemo de la vida.

Tú a lo tuyo, Carmela. Ains.

Después de todo, hace mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien. Han conseguido que me olvide un rato de lo que me preocupa con sus continuas peleas, motivadas por las trampas de Carmela y por los despistes de papá. Se han pasado más de una hora discutiendo tras casi cada tirada del

dado. Pese a todo, las risas se han impuesto en todo momento, ya que parecen riñas de enamorados. De no ser por... Carmela ha sacado su sorpresiva faceta poética, al conseguir un sinfín de rimas para cada número del dado. «Uno; casi te la mete un tuno, dos; por la boca te entra la tos, tres; por detrás que ni lo ves, cuatro; te sepilla ar picoletto en un Nissan Patro, cinco; por el culo hasta dá un brinco, seis; con la regla os jodéi...». A cual más recurrente o chabacana, pero todas respondidas con carcajadas de papá, que parece otro. Por mucho menos, hace bien poco que me habría cruzado la cara, a pesar de mi edad. Siempre pensé que el trabajo que le iba como anillo al dedo era el de Guardia Civil franquista, con su tricornio, su bigote y su mentalidad retrógrada e inmovilista. Pero quiso el destino que...

—¿Eso que suena es mi teléfono? —pregunto a nadie y a todos a la vez, extrañada por haberlo olvidado en mi dormitorio y no haber reparado en él durante toda la partida.

—Anda, ve y responde, Lucita, ante de que s'arrepienta.

Espera, me digo deteniéndome.

—¿Ha podido...?

—Juan, ¿quiere otro tintito pa ponerse a tono? A ve si me puedo aprovechá de usté.

Su ofrecimiento asesina mi pregunta incompleta acerca de lo extraño que resulta que haya podido oír el teléfono y, de paso, despierta otra grotesca carcajada de papá.

Sin embargo, no tengo tiempo de preocuparme por eso. Contestar a la llamada es mi prioridad y hacia el dormitorio salgo corriendo.

—Número desconocido —repito lo que muestra la pantalla—. ¿Sí?

—Eso es lo que espero, un sí.

—¿Rocío? —me sorprende.

—La misma.

—¿Para qué...?

—Tu sobrino es un niño y, como tal, no acepta de buen grado los cambios tan bruscos en su vida —me informa. Yo, como una tonta, no puedo evitar que la emoción recale de nuevo en mi catálogo de emociones.

—Mi niño —reacciono con tono lastimero.

—Pues como te decía antes de que me interrumpieras —escupe su fuego—, ¡mi niño! —enfatisa desafiante— se niega a ir a la fiesta del equipo si no lo lleva su tata. —Nuevas dosis de odio salen por su lengua viperina, aunque en poco me afectan. No puedo evitar crecerme al sentirme más querida por Rober que su propia madre—. No estoy en condiciones de pagarte —asegura para mantener intacta su estrategia—, pero una tía hecha y derecha no pondría el menor reparo. ¿Estarías dispuesta a pasar unas horas con tu sobrino? —me interroga, permitiendo que una duda razonable sobre mi reacción ahogue su habitual y dictatorial talante negociador.

—Por Rober sería capaz de entregar mi alma al diablo.

—Ya, claro. —Cómo odio que utilice ese tonito tan repelente—. Pues mañana te lo llevo a las diez. La fiesta empieza a las once.

—A mí no me importa ir a recog...

—¡No! Yo te lo llevo —dictamina con una entonación poco habitual, antes de colgar el teléfono sin despedirse.

Tras un buen rato intentando analizar el contenido de la llamada y, sobre todo, su reacción a la defensiva cuando me ofrecí a recoger yo a Rober, me marchó de nuevo hacia el salón.

—¡Niiiiña! Mu contenta viene tú —observa Carmela cuando regreso—. Parese que te hubieran metío un repaso.

Papá, que me creo que es él porque tiene su rostro, muy lejos de escandalizarse con el comentario, se mea de risa con las cosas de Carmela.

—Era la capulla de Rocío. Quiere que lleve mañana a Rober a la fiesta del equipo.

—No seas tan dura con tu hermana —me reprende papá con menos énfasis que en otras ocasiones en las que descargó su autoridad sobre mi rabia fraternal—. Lo pasó muy mal con lo de mama —sortea mencionar la palabra «muerte», para una vez que recuerda su viudedad.

—¡Todos lo pasamos mal, papá!

Carmela asiste en silencio a la discusión. No sé si porque no se entera o porque no se quiere enterar. Yo, por mi parte, tengo que callarme que me cuesta creer que a Rocío le importara mucho que muriese mamá, ya que no quiere ni ha querido nunca a nadie.

—Jamás se caracterizó por mostrar sus emociones, pero fue la que

peor lo pasó y la que peor lo sigue pasando.

—¡Ja!

—¡Niña!, no lleve la contraria a tu pare —interviene Carmela, saliendo en defensa de papá—. Si él lo dise, por algo será.

—Bueno, me da igual cómo lo esté pasando ella. Lo que tengo claro es que mañana seré yo la que me lo pasaré de vicio. Es más, no sólo voy a ir con Rober a esa fiesta, sino que luego empalmaré con la despedida de soltera de mi amiga.

—Ten cuidaíto tú con las empalmaera en las despedía. A vé si nos va traé una barriga, chocho.

¿Nos? Será una forma de hablar.

—Descuide, doña Carmela. Sólo me apetece pasarlo bien y hartarme de bailar.

Y de beber, y de follar con cualquier desconocido, pero a ti te lo voy a contar...

—Eso espero —resuelve papá con su tono más imperativo—. Parece ser que mañana nos van a salir callos en los dedos de mover las fichas del parchís, ¿no, Carmela?

Carmela no contesta en esta ocasión. Simplemente, devuelve una mirada traviesa a papá, acompañada de una sonrisa entrañable.

¿Qué se traen estos dos entre manos?

Ya me enteraré, aunque ahora tengo que empezar a preocuparme por el día de mañana. Tengo que pensar en qué trapos me pondré para la fiesta y cómo luciré en la despedida de Gema. La tiene clara Phil si se piensa que voy a convertirme en una monja de clausura cuando él no esté cerca. Mañana será...

—¡Mierda! Mañana tendré que reencontrarme con Perico —recuerdo con un tono de contrariedad—. Bueno, ya pensaré en alguna estrategia para escapar victoriosa. Ahora, antes que nada, voy a llamar de nuevo a Noly para advertirle de mi cambio de planes y luego bucearé en mi armario. Lucía, levanta el ánimo. ¡Mañana será un día memorable!

Capítulo 24

El de hoy no ha sido un despertar cualquiera. Me ha recordado a los de cada cinco de enero, antes de que asesinaran mi ilusión al contarme la cruda realidad. Desde las cinco de la mañana llevo despierta sin ser capaz de volver a pegar ojo. A las seis tuve que levantarme, harta de dar vueltas en la cama y en mi cabeza. Desde entonces, ya me tomé dos cafés, desayunando con el segundo, me duché, preparé la ropa que vestiré esta noche, me arreglé para la fiesta, me maquillé hasta tres veces porque las dos primeras no me convencían y saqué a Linda de paseo. Me preocupa Linda. Hoy le ha costado hacer caquita y encima ha sangrado un poco cuando lo hizo. A ver si puedo buscarme algo, aunque sea limpiando casas, y llevarla a que la curen.

Si al final tuviera... puede ser un golpe duro para papá. Y para mí.

—¡Joder!, ¿cuándo puñetas va a llegar? ¡Ya van diez minutos de retraso!

—¡Tata Luciiii! —oigo resonar a lo lejos precisamente la dulce voz de Rober. Mi corazón comienza a latir con fuerza y las lágrimas se agolpan dispuestas a escapar de mis ojos temblorosos. Qué tonta me siento, joder, pero ese renacuajo es mi debilidad.

Salgo corriendo al ver que él hace lo propio y sólo me detengo cuando el choque de cuerpos es inminente.

—¡Tataaaa! —grita de nuevo cuando nos abrazamos. Por mi parte, apenas soy capaz de respirar entre la congoja y lo fuerte que lo estrecho entre mis brazos. Cuando le meta la patada a Rocío, voy a tener que subir a maquillarme de nuevo, después de la llantera.

—¡Cuánto te he echado de menos, enano! —le confieso cuando por fin me tranquilizo un poco.

—Tengo que marcharme.

La voz autoritaria y despreciable de Rocío se encarga de fulminar un abrazo que amenazaba con ser eterno.

—Rober, despídete de mamá hasta luego.

El niño se dispone a hacer lo que le digo cuando se acerca hasta su madre para darle un beso, carente del cariño que ha desbordado conmigo.

—¿A qué hora vengo a recogerlo? —pregunta la madre.

—Te lo llevaré a tu casa a las nueve.

—A las nueve lo recogeré aquí —me contradice, extrañamente interesada en ser ella quien venga y no yo quien vaya. Demasiado raro, con lo floja que es. Aunque lo que sigue invariable es su nulo interés por ver a papá.

—¿Has cambiado de teléfono?

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—Por si surgiera algún imprevisto y tuviera que llamarte. Me apareció en pantalla «número desconocido».

—Bueno, en realidad he cambiado de móvil para librarme de... cualquier acosador. Pero el otro lo dejo encendido —aclara.

—Menudo contratiempo —reacciono rauda—. Tener que mantener dos líneas de teléfono con menos dinero.

—A las nueve nos vemos aquí —avisa, ignorando mi sarcasmo—. Sé puntual —remata en el colmo de la poca vergüenza, antes de darnos la espalda y desaparecer de nuestra vista.

Una vez maquillada de nuevo y con Rocío en el pozo del olvido, Rober y yo nos montamos en el autobús que nos llevará hasta la finca en la que se celebra la fiesta. Por el camino y cuando el enano me lo permite, me dedico a dar vueltas al plan que urdí anoche, antes de dormirme, para intentar esquivar hoy a Perico. A pesar de las ganas que le tengo, no me interesa mantener una guerra con él. Mi imagen podría quedar muy dañada entre padres y directivos que apenas me conocen.

Compruebo que ya ha llegado bastante gente cuando llegamos, lo cual me facilita un poco las cosas. Raquel, la madre de Javi, el portero, sale a mi encuentro y me da dos besos entre muestras de júbilo. Después de no haber sido yo quien llevara a Rober a los últimos entrenamientos, no esperaba verme en la fiesta. Aunque parezca una obviedad, en el camino hasta aquí no le pregunté si Rocío lo llevó al entrenamiento. Casi todas mis cuestiones giraron en torno al colegio o a su estado de ánimo. Por supuesto que con mucho tacto. Lo último que quiero es ser yo quien le genere más problemas de los que, a buen seguro, se agolparán en su cabecita tras la ruptura del matrimonio de sus padres.

—¿Conoces al presi? —se interesa Raquel, justo después de que su

hijo arranque a Rober de mi lado y se vayan a disfrutar como locos—. No te preocupes; aquí no les pasará nada.

—Ya sabes lo celosa que soy con su seguridad.

—No me lo recuerdes, que aún tengo en la retina la carita de susto que se te quedó cuando le dieron su primera patada. Ya te acostumbrarás —me tranquiliza—. ¿Conoces al presi o no? —insiste.

—No, ¿por qué?

—Antes te lo preguntaba para presentártelo. Ahora, porque viene hacia nosotras. Lleva el pobre toda la semana organizándolo todo y ahora le toca darnos la bienvenida. Te lo voy a presentar, si me deja.

—Da igual, mujer. Estará liado el hombre —procuro escabullirme, ante posibles contingencias futuras.

—¡Anda ya, miarma! Pero si es él quien se presentará de todos modos. Es muy sociable y le encanta conversar con los padres y oír sus críticas o sugerencias.

Bueno, al menos es un hombre que escucha. Espero que no crea la primera historia que pueda contarle cualquiera; llámese Perico.

—Otro año más, ¿no, Antonio?

—Sarna con gusto no pica, querida —reflexiona un hombre cincuentón y bastante atractivo al llegar hasta nosotras. Da dos cumplidos besos a Raquel y luego se centra en mí—. ¿Tu hermana? —se interesa sin rodeos, dejando reposar el peso de su mirada punzante sobre mi rostro inseguro.

—No. Es Lucía, la tía de Rober. El nuevo —concreta.

—Ya, ya sé quién es Rober, pero no tenía el gusto de conocer a su tía —reconoce luciendo una sonrisa que no anticipa nada bueno—. Encantado. Soy Antonio, el presi, aunque puedes llamarme Toni.

Los dos besos tan efusivos y las libertades en el trato que me permite ya son suficientes para activar el estado de alerta. Mal empezamos y aún no ha aparecido «el rey de la fiesta».

—Yo soy Lucía.

—¿Lucía? ¿La tía de Rober, el nuevo? —se burla de Raquel con lo que pretende ser una broma. Pese a su pésimo humor, no resulta pesado. Sólo

aparenta querer romper el hielo.

—¡La misma! —le sigo el juego.

—Fuera bromas, Perico me ha hablado ya de ti.

¡Peligro!

—¿Y qué le ha dicho de mí?

—Tranquila, mujer, que no es nada malo. Mientras que no seas una de tantos familiares que se olvidan de que esto es un deporte y se dedican a hacer el cafre. Y tutéame, por favor.

—Oh, lo siento si he dado la impresión de...

No termino la frase porque he dado precisamente la impresión que pretendo descartar.

—No te disculpes. En cuanto a Perico, me dijo que eres muy extrovertida, que miras mucho por tu sobrino y que estás obsesionada con que evolucione rápido para que nos lo robe nuestro querido Betis Balompié.

—¿Eres del Betis? —pregunto dibujando una sonrisa.

—¡Manque pierda!

—¡Claro que es del Betis, Lucía! Antonio llegó a debutar con el primer equipo.

—Será coña...

—Que no, mujer. Por entonces, lo llamaban Nono y tenía una gran proyección desde que jugaba en el filial, pero en el peor momento, o en el mejor, una lesión de rodilla frenó su progresión.

—No le hagas caso —resta importancia Antonio—. Sólo fui un defensa leñero tan torpe que me fui a lesionar justo antes de jugar contra el Madrid.

—Me estoy quedando alucinada. No sabía nada.

—Aquí lo conocemos todos por eso. Bueno, en realidad, a mí me lo contó mi marido, pero bueno, que todos sabemos que Antonio fue profesional hasta que colgó las botas y fundó el club.

—¿Siguió jugando?

—No en Primera, pero sí llegué a jugar varias temporadas en Segunda y en la liga belga.

—¡Anda! Pues yo tengo un amigo belga, de Brujas —aclaro en el momento en el que me doy cuenta de que no tendría que haberlo mencionado—. Aunque a él no le gusta el fútbol. Le va más el kayak.

—¿Kayak?

—Sí, Kayak.

—¿Qué me calle? —bromea y yo le río la gracia.

—Yo misma le gasté la misma broma —recuerdo.

—Si por algo te caracterizas es por conseguir que todos cuantos te rodean sonrían —apunta una voz tan familiar como inesperada e inoportuna.

—Hola, Perico —saludo al darme la vuelta y descubrirlo sonriente y especialmente guapo, pese a no serlo.

Me saluda con dos besos, sorteando mi amago de hacerle la cobra, y luego hace lo propio con Raquel.

—Y bien, veo que ya has conocido por fin al presi.

¡Cabrón! Comienza apuntando a matar.

—Sí, aunque Raquel ya me había anticipado que Antonio es un hombre que le encanta charlar y escuchar a los familiares.

—Antonio es un pedazo de pan. A veces no nos damos cuenta de la suerte que tenemos algunos de tener cerca a gente a la que sólo valoramos cuando la echamos de menos —reflexiona con segundas.

—La verdad es que Antonio es mucho Antonio —interviene Raquel.

—Pues id echándome de menos antes de que me saquéis los colores, familia. Sigue llegando gente y ya sabéis lo cumplido que soy. Bueno, tú no —se dirige a mí—, pero ya me conocerás. Y a mi mujer, si consigo rescatarla luego de la cocina.

—¡Eso, que hace tiempo que no la veo! —le reprende Raquel—. Te encantará conocerla —me anticipa—. Son tal para cual. Un encanto de pareja y dos grandísimas personas.

—Pues, aprovechando la tesitura, voy a robarte a Lucía para mostrarle las instalaciones y así puedes hacerle una visita a Rosa en la cocina. Las mujeres os sentís más seguras entre cacharros de cocina.

¡Su puta madre! Ha visto una puerta abierta a quedarse a solas

conmigo y ahí ha entrado con todo. Y lo peor de todo es que no sé cómo escabullirme.

—¡Machista! —lo insulta Raquel sin dejar de reír.

—¡Si lo decía porque así tenéis armas arrojadas contra nosotros! — bromea con escaso acierto.

—Mira que eres capullo, aunque no te lo tengo en cuenta porque mi niño juega de titular. Ya hablaremos tú y yo la temporada que viene. Ya...

Y lo que me temía ocurre cuando Raquel se marcha y me deja en compañía de Perico.

—Te advierto...

—Antes de que digas nada, creo que te debo una disculpa —me corta procurando mantener una sonrisa con la que, a pesar de todo, consigue que surja una especie de magnetismo. Aunque no puedo dejarme atrapar por sus armas. Yo también tengo las mías y soy más peligrosa que este niño.

—No necesito tu disculpa.

—Pero yo quiero pedirte perdón. No te merecías que te tratara así. Me comporté de forma infantil.

—¡Hombre!, ya nos vamos entendiendo.

—No sabes cuánto me alegra oírte decir eso.

—Pues intenta memorizarlo, porque no saldrá de mi boca nada más que te alegre el oído.

—Venga, Lucía. He cometido un error y lo reconozco. Yo no soy así, pero... No sé, imagino que se me fue un poco la olla cuando me esquivabas y cerrabas todas las puertas a un nuevo acercamiento.

—¿Sabes que ese es uno de los primeros síntomas que sirven para detectar a un machista? —le increpo, evitando a pesar de todo usar la palabra «maltratador». No está el horno para bollos, después de lo de Rafa y Rocío, aunque al menos le ha quedado claro lo que pienso de él. Este tipo de tíos no entienden que un no es un no.

—Por favor, no me compares con esa gentuza —me pide sin derecho a nada—. Espera, no habrás creído que lo que dije a Raquel era en serio, ¿verdad?

Me limito a alzar las cejas como única respuesta.

—De verdad, Lucía. Te prometo que yo no soy así —me jura cargando de pena su tono de voz—. Empecemos de cero y te juro por mi vida que no te voy a molestar más. No me gusta llevarme mal con nadie. Preguenta a cualquiera por mí y comprobarás que es cierto lo que te digo. Me encantaría poder borrar de tu memoria mi desafortunado comportamiento, pero es imposible y sólo me queda demostrarte que, además de ser un buen entrenador, soy mejor persona. Me esforzaré para conseguirlo y si el destino no quiere que seas mía, pues me limitaré a convertirme en un buen amigo, ¡el mejor! Pero por favor, Lucía, dame otra oportunidad.

¿Cuántas veces habré escuchado decir eso a Javi para que me suene a frase vacía? Sin embargo, Perico parece realmente afectado y, por supuesto, no habla guiado por ningún tipo de adicción, como le ocurría a Javi. No sé, pero está consiguiendo que se tambalee mi firmeza.

—Ahora voy a dejarte que disfrutes de la fiesta y sólo te pido que hagas memoria y pongas en una balanza cada uno de mis actos y palabras desde que me conociste. Creo que bastará y sobraré para que me des otra oportunidad. Y si no es así, lo lamentaré mucho, pero quiero que sepas que redoblaré mis esfuerzos para que Roberto se convierta en un gran jugador y juegue por méritos propios. Aunque no vuelvas a dirigirme la palabra —advierte—. Piénsalo, Lucía.

Contundente, convincente y un sinfín de calificativos se me ocurren para valorar el monólogo de Perico.

¡Buf!, la verdad es que ha conseguido hacer trizas cualquier guion que pudiera haber previsto. Lo cierto es que, olvidando aquel día, siempre ha sido de lo más correcto y educado. Quizás...

Bueno, aún es pronto para decidir nada en caliente. Voy a ver qué está haciendo Rober y saludaré al resto de las madres que conozco. Lo que tenga que ser, es mejor dejarlo que surja, sin forzar nada.

Capítulo 25

Hacía mucho tiempo que no me reía tanto. No sé si será por las cervezas que ya me he tomado, por el tiempo sin asistir a una fiesta similar, por las ganas de liberar tensiones o porque, precisamente, se haya relajado la que existía entre Perico y yo, pero el caso es que me lo estoy pasando muy bien. Yo creo que puede ser un poco por todo, ya que la compañía, diferente por completo a la que gasto cuando me voy de marcha, invita a pasarlo bien de otra forma. No es que no me guste ir a bailar con las xoxis, pero el cuerpo me va pidiendo ya un poco de estabilidad. La semana que viene será Gema quien se nos case, pero es cuestión de tiempo que luego les toque a Noly, a Laura, a Cristi... Todas menos yo, que, a mi edad, sigo dando tumbos junto a un belga a quien sólo le vale follar. Es lo más parecido a una pareja estable a lo que puedo aspirar hoy por hoy.

Tengo que dar un giro a mi vida. Aunque, hasta que llegue ese momento, lo que necesito es precisamente esto: gente sana y responsable con la cual poder sentirme una persona normal por unas horas.

Desde que nos sentamos a comer, casi cara a cara aunque en flancos opuestos de la mesa, Perico no ha dejado de mirarme. Charla con todos de forma animada, irradiando la vida que tiene el muchacho, pero me clava su mirada cada pocos segundos. Si bien me hacía sentir incómoda al principio, coartando mi habitual naturalidad y limitando mi yo más chistosa con su punzante escrutinio, poco a poco me he ido desinhibiendo. Puede que gracias al alcohol ingerido, a pesar de que no quiero excederme, con el fin de reservar fuerzas para la despedida de soltera de esta noche. Perico, al contrario de lo que habría imaginado si atendiera a su condición deportista, también se ha tomado más de tres... cervezas, aunque ya lleva encima varias copas de manzanilla. No parece afectarle en exceso, la verdad. Esto me lleva a pensar que bebe de forma habitual, aunque luego lo quemé todo con el ejercicio.

De cualquier modo, me gusta la versión de él que estoy descubriendo. No para de contar chistes con un ángel que para sí querría más de un humorista. Se siente gracioso, seguro, importante hasta el punto de convertirse en el centro de atención de una de las mesas existentes, en la que compartimos risas unas veinticinco personas de todas las edades.

—Bueno, pues me parece que se acabó el espectáculo, ¿no? — anuncia Perico con una frase que busca la réplica. Quiere que le pidan más por aclamación popular, cual cantante exitoso que se va del escenario, a sabiendas de que volverán a tirar de él.

Dicho y hecho. No menos de seis personas le exigen que continúe, aunque él no termina de arrancar. Sólo me mira con su eterna sonrisa. Creo que espera a que yo también me sume a quienes piden más. En un arranque de espontaneidad, motivado por tanto como me estoy riendo con sus chistes, me pliego a su deseo y le exijo más.

—Familia, ya no me quedan más chistes alevines. Tendría que tirar de los seniors —juega al doble sentido con las diversas categorías deportivas por edades.

Todos captan la indirecta, por lo que se apresuran a desterrar a los pocos niños que acostumbran a moverse entre adultos. Una vez que todos se marchan a jugar al exterior con los demás, Perico se dispone a continuar. Mientras, yo me debato entre la idea de haber hecho lo correcto o no, teniendo en cuenta lo que viene a continuación.

—Hace unos días estuve hablando con Toni de cosas de hombres — nos informa en lo que aparenta ser la introducción.

Para hacerse de rogar, se toma su tiempo dando buena cuenta de otro copazo de manzanilla, esperando la reacción del presi. Y la mía...

—¡Sigue o te ceso, chaval! —le exige precisamente Antonio.

—Pues resulta que he conocido a una mujer casi perfecta, le dije al presi. Pero es tan dulce, que temo hacerle daño al... ya me entiendes. ¿Qué postura le gusta más a tu mujer, Toni?, le pregunté. La del pez —asegura que respondió Antonio—. ¿Cuál es esa?, le pregunté, tan inexperto como soy al lado de un galán como el presi —apunta consiguiendo que el aludido se descojone—. Pues ella me da la espalda ¡y nada!

Las carcajadas de todos, incluyendo la de Laura y la mía, inundan la estancia de ruido que contrasta con la atención que prestaban un par de segundos atrás.

—Y ahora que veo la Coca cola que se está tomando el presi — prosigue antes de que cesen las risas—, me está recordando a mi vida sexual —reconoce clavando de nuevo sus ojos en mí.

—¿Por qué? —se interesa Antonio para darle juego.

—Porque antes era normal, luego light y ahora zero.

Nuevas carcajadas, aunque el chiste no es nada del otro mundo. Pero entre la gracia con la que los cuenta y que todos estamos ya predispuestos a descojonarnos, al final consigue su objetivo. O mejor, sus objetivos, pues además de entretener a todos, me va soltando indirectas con cada golpe de humor.

—Las solteras solidarias, que se vayan poniendo a la cola, por favor —añade para reforzar la gracia y su alusión velada a mi persona. Aunque hay alguna soltera más, no creo que a nadie se le escape la constante conexión visual que mantiene conmigo.

—Me está entrando hambre —enlaza un nuevo comentario con el chiste anterior—. ¿Algún voluntario para calentarme la tortilla en el micro? Es que yo metí antes un huevo y aún me duele el pellizco que me di en el otro.

Nuevo estallido de risotadas. Está disfrutando más él que quienes nos partimos de risa con lo que cuenta. Está en su salsa.

—No entiendo cómo no he caído antes, llevando tanto tiempo enfrente de Lucía —apunta con una sonrisa socarrona que me deja petrificada—. Estaba yo con una chica que lucía increíble con ropa ajustada en medio de un bar de copas —relata jugando con la exactitud que comparten mi nombre y una forma del verbo lucir—. Tan salido como estoy y viendo que todos iban a su rollo, ahí que entré a matar como Curro Romero. Y no se me ocurrió otra cosa que cogerle una teta allí en medio. Ella me soltó que si no tenía otro sitio donde meter mi mano, a lo que yo respondí: no me provoques o no respondo de mis actos.

Nuevo festival de carcajadas, a las que no me sumo en esta ocasión porque no me gusta nada que jueguen así conmigo. Está claro que ha aprovechado su chiste para picarme por nuestro encuentro en el Dreams. Raquel se ha olido algo al descubrir mi expresión de malestar. Y es que esta es una de las ocasiones en las que mi rostro no puede fingir lo que no siento por dentro. Me ha cortado el rollo y no sé cómo escabullirme sin dar el cante. Si me levantara ahora con cualquier excusa forzada, todos se darían cuenta de que hay o ha habido algo entre nosotros. Toca soportar un rato más, hasta que nadie recuerde el chiste y me levante con la excusa de estar orinándome por

tantas cervezas ingeridas.

Apenas atiendo al resto del repertorio hasta que, después fingir que busco a Rober con miradas preocupadas hacia todas partes, me levanto sin decir nada. Eso sí, hago una mueca a Raquel para indicarle que me hago pis, más para que la vea Perico que para informar a ella. Sin embargo, Raquel decide dar un nuevo giro a otro más de mis planes incompletos de hoy cuando me indica, con otro gesto, que piensa acompañarme. Maldita sea nuestra costumbre de no ir solas al servicio. Mucho me temo que no tardará en hacerme preguntas incómodas.

—Lo estamos pasando bien, ¿eh? —me interroga para romper el hielo.

—Sí, la verdad es que ha merecido la pena venir.

—Ya te digo. Me caes bien, Lucía, y cuando no te veía en los entrenamientos pensaba que ya no volvería a verte.

—Pues aquí estoy.

—Me alegro de que hayas dejado a un lado tu ruptura con Perico.

—¡Pero...! Bah, para qué voy a ocultar lo evidente. Con tu mirada supe que te habías dado cuenta, aunque mis ausencias no tienen nada que ver con Perico. La relación con mi hermana, la madre de Rober, no pasa por el mejor momento —explico—. Y en cuanto a Perico, bueno, pues tampoco podemos decir que se trató de una ruptura porque no llegamos a comenzar nada —miento sólo un poco—. Nos enrollamos un día y ahí quedó la cosa.

—Pero él no se da por vencido —entiende.

—Eres lista, muy lista.

—Antes de que la cosa vaya a mayores, pues los tíos no suelen aceptar un no por respuesta, quizás podrías ir a cualquier entrenamiento de la mano de otro. Aunque se trate de un hermano, un primo o un amigo. Y si es cachas, mejor.

—No te preocupes, ya está el tema controlado.

—Pues, para estar controlado, no ha dejado de soltarte indirectas —observa incisiva.

—Lo sé, pero no le doy la menor importancia. Perico es joven e impulsivo. No se lo tengo en cuenta porque, después de todo, no parece mal

chaval y no quiero llevarme mal con él.

—Eres demasiado buena o tonta, me parece. No te fíes nunca de los tíos, Lucía.

—Siempre he tenido la cuestionable habilidad de dejarme engañar por ellos, pero ya estoy de vuelta. La experiencia es un grado.

—Me alegra oírte decir eso, pero no te confíes.

—No lo haré —aseguro—. Gracias. Y ahora, creo que voy a buscar a Rober para ver qué anda haciendo.

—¿No te estabas orinando?

—Fíjate que ya no me pareces tan lista —me burlo.

Ambas soltamos una carcajada con mi gracia y nos despedimos hasta dentro de un rato.

Cuando encuentro a Rober jugando al fútbol, le doy una voz para que venga hacia donde me encuentro. Hablar con Raquel me ha recordado la charla que tenía pendiente con él. Me ha despejado las dudas, pero no todas, ya que aún no sé si la misma Rocío lo llevó al entrenamiento o si se ha buscado a alguien.

—¿Qué quieres tata? —pregunta acelerado y sudoroso—. Vamos perdiendo por uno y sin mí no podrán empatar el partido —me apremia con inocencia, como si él fuera la estrella de su equipo.

—Quiero charlar un poco contigo, que no nos hemos visto en los últimos días y te he echado mucho de menos.

—¡Tata! —protesta.

—Bueno, te dejaré jugar, pero antes quiero preguntarte algo. ¿Has ido a entrenar estos días?

—¡Claro!

—Te llevó mamá, ¿no?

—Un día sí, pero al siguiente me llevó su amigo Pablo.

—¿Pablo? —repito sorprendida—. No lo conozco.

—Es un amigo viejo de mamá que le hacía compañía cuando estaba triste. ¿Puedo irme ya?

—Cuando estaba triste... —¡Hija de puta!—. Ya mismo acabamos —

prometo—. ¿Por qué dices que es un viejo amigo? ¿Es que mamá lo conoce desde hace mucho tiempo?

—¡No he dicho un viejo amigo, tata, sino un amigo viejo!

—¿Es muy mayor? —prosigo con mi interrogatorio para confirmar la sospecha que siempre tuve acerca de sus charlas a escondidas.

—Tiene el pelo blanco.

Por eso no quería que fuera yo a su casa. Seguro que la muy zorra pretende meterlo poco a poco en casa de su hijo. Porque no es suya desde el mismo momento en el que decidió separarse, sino de Rober. Aunque si hace eso, seguro que algo más importante pretenderá sacarle a él. De tonta no tiene ni un pelo. Espera. ¿Y si...?

—Sólo una última pregunta y ya te dejo seguir el partido, cariño —le prometo con tono de voz meloso—. Mamá quería venir a la fiesta de hoy con su amigo y tú preferiste que te trajera tu tata Luci, ¿no?

—¡No te enteras de nada, tata! ¿No te dijo mamá que tenía que trabajar y no podía traerme?

—¡Ah, claaaaro! Perdona, pero estoy tonta hoy —miento—. Anda, ve a jugar con tus amigos —le doy vía libre—. ¡Hija de la gran puta!, que también era mi madre —descargo toda mi indignación en cuanto que Rober se mezcla con los demás niños.

—¿Problemas? —se interesa el dueño de la última voz que me apetecía oír en este preciso momento.

—No llegas en un buen momento, así que lo mejor es que te marches por donde has venido, bajo riesgo de convertirte en el objetivo de mi ira.

—Suenas muy mal —reconoce Perico, dando muestras de tener la lengua un poco trabada a causa del alcohol—. Sin embargo, he decidido arriesgarme desde el mismo momento en el que me considero tu amigo. ¿Para qué, si no, iba a existir la amistad?

—Te lo agradezco, Perico. De veras, pero no soy persona de andar contando mis problemas al primero que tenga a mi lado.

—¿Puede ser porque, hasta hoy, nunca has tenido a tu lado a ese primero que quiera escucharte y tratar de ayudarte?

—O quizás porque no me gusta airear mi mierda.

—Pues puede que lo mejor sea que te olvides de tus problemas, permitiéndome que te invite a una copa.

Tiene la lengua trabada e infinito menos encanto y poder de atracción que Phil, aunque hay que reconocerle su insistencia. Lo malo es que cuando un hombre se pone pesado, sólo puede estar buscando una cosa. Aunque él me ha asegurado que respetaría si sólo quiero ser su amiga o que no exista la menor relación entre nosotros. Total, ¿qué puedo perder? Creo que tengo más que ganar. Lo peor que me puede pasar es que quiera echarme un polvo, pero si acepto su invitación a una copa, puede que dentro de media hora sea yo quien busque privacidad en algún sitio de la finca para volver sus ojos del revés mientras me lo folle. Aunque sólo fuera por ver la expresión de Phil a su vuelta, cuando le dijera que una tiene sus necesidades, ya merecería la pena dejarme invitar por Perico y que sea lo que Dios quiera.

—Sólo si es doble —acepto por fin.

—¿Perdón?

—La copa —le recuerdo, aunque, con los pensamientos sucios tan presentes, no puedo evitar que un escalofrío me recorra de arriba abajo al imaginarme una ración doble de hombre—. Tomemos esa copa doble de ron. Estoy seca.

Y tanto que lo estoy. Menudo calentón he sentido en un momento al pensar en otros dos tíos diferentes del que posa su mano en la parte baja de mi espalda y me insta a que calque sus pasos al frente.

La relación entre Perico y yo, gracias al alcohol, vuelve al punto en el que la aparqué a raíz del apagón en el Dreams. Buena parte de culpa la tiene el espectáculo humorístico personalizado que me regala. Empezó contándome una anécdota que ocurrió en el entrenamiento y ha terminado con chistes, la mayoría, subidos de tono. Y no por la temática de los mismos, sino que es la propia vitalidad que desprende la que está consiguiendo atraparme de nuevo. Cierto es también que no opongo mucha resistencia.

Está ocurriendo, de cualquier modo.

Primero fue un roce, aparentemente inocente, de su mano con mi pierna. Luego llegaron las miradas penetrantes con sus ojos vidriosos a causa del alcohol. Y ahora, hace escasos segundos y aprovechando un secreto que me ha soplado al oído, según el cual casi asegura que Antonio es maricón a pesar de su estado civil, ha conseguido ponerme farruca. Quizás motivado

por mi receptividad, pero el caso es que ha aprovechado que me retiraba el cabello del oído para acariciar mi cuello con su movimiento, ha erizado mi piel con su tórrido aliento y me ha soltado que estoy preciosa para rematarlo.

—Te perdono —se me ha ocurrido responder, acompañando mis palabras de un beso en la mejilla demasiado cariñoso. Más por agradecer que me lo haga pasar tan bien, hasta incluso olvidarme de Rocío, que porque tenga presente lo que me dijo y haya decidido pasar página.

Pero no lo pienso. En momentos como este, nunca pienso. Luego llegan los arrepentimientos, aunque nunca en el instante en el que surge la magia, cuando la atracción se viste de química.

—Vayámonos a otro lado —sugiere con expresión traviesa.

—¿Quieres volver con la peña? —decido tensar la cuerda, a pesar de tener claro que no habla de regresar con Antonio y compañía.

—Me apetece hacer el loco. Contigo —aclara—. Quiero perder de vista a todos estos, hartarme de bailar, emborracharme y... —Se acerca con la intención de susurrarme algo—. Me encantaría que la mujer más hermosa de Sevilla me clavara la misma mirada lasciva que yo le entrego a ella en este preciso momento.

—No seas malo. Ibas muy bien hasta ahora. No lo estropees —le pido, a pesar de resultarme muy atrayente su plan—. Además, acuérdate de que he venido con mi sobrino, por no hablar de que no me apetece nada que estemos en boca de todos.

—Podríamos salir con la excusa de llevarlo de vuelta con su madre —insiste.

—Podría funcionar, pero... He quedado con mis amigas. Esta noche es la despedida de soltera de una de ellas.

—Tú lo has dicho: ¡esta noche! Aprovechemos el tiempo hasta entonces. Son las ocho todavía. He sido un niño bueno. Dame hasta las doce.

—¿Las ocho ya? —me extraño por lo rápido que ha pasado el tiempo y por lo poco que queda para tener que entregar a Rober.

Vacilo. Vuelvo a vacilar y él lo nota.

—¿Busco yo a tu sobrino mientras que te despides o lo haces tú?

—Ya lo hago yo —le indico casi sin pensar—. Vuelve con ellos y

luego pregunto yo si alguien puede llevarme en coche, con la excusa de que se me ha hecho tarde.

Con la incómoda sensación de no tener muy claro si he acertado o he metido la pata hasta el fondo, sigo al milímetro el plan previsto con Perico.

Tal y como estaba previsto, él se ofrece para llevarnos a casa una vez que me despido de aquellos que conozco, como no podía ser de otra forma. Bromas de Antonio recordándonos que vamos acompañados de un niño y no podemos dejarnos llevar, censura de algún otro por la irresponsabilidad de Perico de conducir en su estado y expresión de contrariedad de Raquel. Aunque ni puta gracia me hace la broma del presi o que Perico se ponga al volante bebido, es Raquel la que me instala en un estado de inseguridad y nerviosismo que me invita a recular.

—No hace falta que te molestes, de veras.

Después de dar la espalda a todos y mirarme con incredulidad, Perico sonrío y se dispone a contestar.

—No me supone la menor molestia; me voy a marchar de todos modos. Como deportista que soy, necesito quemar los excesos de hoy con un poco de ejercicio —alega guiñándome un ojo.

Creo que ha tomado mi respuesta como parte de la estrategia consensuada por ambos.

De cualquier modo, salimos de la finca y nos montamos en su coche. Yo, en silencio, mientras que Rober y él discuten si la liga la ganará el Madrid o el Barsa.

Cuando llegamos a casa, Rocío ya se encuentra esperando. Es algo que me sorprende, teniendo en cuenta que nunca ha sido muy puntual y que aún faltan cinco minutos para la hora pactada. Me despido de Rober y lo veo marcharse de la mano de su madre en dirección opuesta a la que apunta el coche de Perico.

—Da la vuelta y gira allí a la derecha —le indico cuando nos sentamos.

—Llámala si se te ha olvidado decirle algo.

Me cuesta un poco entenderle porque su dicción no es la mejor. Parece que el alcohol ya llegó a su punto más alto y sus efectos comienzan a hacer estragos. Quizás no sea una brillante idea retomar lo que dejamos

aparcado en el Dreams.

—¿Puedes conducir?

—¡Pues claro! Hasta con los ojos cerrados.

—Pues déjate de tonterías y mantenlos bien abiertos. Y ahora, dirígete hacia allí rápido, por favor.

Hace lo que le digo con una maniobra brusca para girar ciento ochenta grados. Al llegar al cruce, gira a la derecha y mi sospecha queda resuelta cuando, justo al pasar a su lado, observo que el coche de un hombre de pelo blanco se dispone a salir del aparcamiento, como el intermitente del mismo indica. En el interior del vehículo se encuentra una Rocío que gira su cabeza hacia otro lado para que no la reconozca y un Rober distraído con lo que parece una consola portátil.

Me siento mal por verificar lo diferente que puede llegar a ser la realidad de cómo debería transcurrir. Con un hijo que es un tesoro y con el colchón que proporciona la estabilidad económica, ¿cómo puede llegar a degenerar así un matrimonio? Poco importa cuál fue el origen o quién provocó el primer distanciamiento. Ambos tienen su parte de culpa desde el momento en el que no quisieron o no supieron solucionar las diferencias o detectarlas a tiempo. Una criatura tan inocente como Rober no merece que rompan la familia quienes tendrían que velar por la salud de la misma. Desde el momento en el que iniciaron la relación y hasta que la muerte los separase, dos personas tendrían que ser una. Un único ente que cristalizara su amor con el fruto de la vida.

—No lo pienses más. Sabes que tienes tantas ganas como yo —me advierte Perico para recordarme que sigue a mi lado.

Me bajo del mundo de mis cavilaciones y reparo en mi entorno.

—¿A dónde vamos?

—Creo que ya hemos bebido bastante por hoy, ¿no? Ahora toca comer.

—No me apetece comer nada. Ya picaré algo luego, cuando me reúna con las chicas. —Si es que al final lo hago, porque mis ganas rozan el cero—. De hecho, quiero que me lleves a casa, por favor.

—Me temo que eso no va a ser posible.

—¿Cómo que no va a ser posible? —repito interrogante y alarmada

—. ¿Por qué te diriges hacia las afueras?

—Ya me dejaste una vez con la miel en los labios, querida, y eso es algo que no se va a volver a repetir.

—Estás de coña, ¿verdad?

—¿Sabes? Mis padres tienen un pequeño terreno cerca de la salida de Córdoba. Nunca he llevado a nadie, pero desde que te vi por primera vez, supe que eras la mujer apropiada para estrenar mi nidito de amor.

—¡He quedado con mis amigas!

—Nada que no se pueda solucionar con una llamada.

—¿No entiendes que no es no?

—No —contesta precisamente, antes de soltar una grotesca carcajada motivada por el alcohol. Aún conserva muchos problemas para pronunciar bien, aunque aparenta haber perdido por completo la razón. No queda el menor vestigio del correcto Perico que conocí o del que lanzaba falsas promesas al principio de la fiesta. He sido una estúpida por volver a confiar en él, por volver a fiarme de un tío.

Y es precisamente otro quien se mete en mi cabeza. Pero mucho me temo que no servirá de nada porque Bélgica no está a la vuelta de la esquina como para venir a rescatarme.

—Tengo novio —alego de forma desesperada, aunque dándome asco de mí misma por usar a Phil como escudo, cuando hace una hora que pensaba fiarme con otro y traicionar su confianza. Cierto que entre él y yo quedó claro que sólo habría sexo, pero él estaba convencido de que yo le esperaría.

—Tú no eres de las tías que busca novio. Te va la marcha y ambos lo sabemos. A saber con cuántos te lo habrás montado a la vez en aquel Edén. Pero hoy estás de enhorabuena porque yo te puedo dar solo lo mismo que ellos juntos.

¿Qué puedo hacer? Si trato de escapar, tendremos un accidente y nos mataremos. Si intento llamar a la Policía, no me lo permitirá y también nos mataremos. Piensa, Lucía. ¡Piensa!

¿Y si...? Cris mencionó aquel día lo de la geolocalización o como se diga.

—Imagino que no me queda otra alternativa que avisar a mis amigas

—simulo aceptar mi derrota.

—Estoy convencido de que sabrás elegir las mejores palabras para que entiendan que te apetece otro tipo de fiesta. Son tus amigas y comprenderán lo que busca una zorra como tú.

Tengo que respirar profundo para no cruzarle la cara por llamarme zorra y apretar los dientes fuerte cuando sitúa su mano derecha sobre mi muslo.

Saco el teléfono mientras que él se va creciendo, magreándome para instalar un nudo en mi garganta. Jamás me había sentido tan mal, tan impotente, tan...

Marco el 091 y no llego a pulsar el botón verde.

—Xoxi, lamento decirte que no voy a poder ir con vosotras —finjo hablar con Noly—. Tranquila y no te alteres. Ya sabes cómo soy, tía. He conocido a un chico extranjero maravilloso y tengo que follármelo sí o sí antes de que regrese a su país. —Hago una pausa—. Lo sé, tía, pero entiéndeme. Ya sabes que soy un zorrón —aseguro con lágrimas llamando a la puerta de mis ojos—. Ya os compensaré. ¿Cómo? ¡No te oigo! Lo siento, pero tengo que cortar.

Y en vez de cortar, lo que hago es pulsar el botón de la llamada, que me pondrá en contacto con la Policía. Me quedo el móvil en la mano más alejada de él, bloqueado para no levantar sospechas.

—Sabes lo que significa tener sexo con una mujer que dice no, ¿verdad? —le lanzo el anzuelo para que confiese sin saberlo.

—Y tú sabes tan bien como yo que te mueres por catar mi rabo desde que se fue la luz aquel día.

¡Su rabo! Por favor, qué poca clase, qué soez, qué infantil.

—Aquel día me apetecía, pero hoy te he repetido más de una vez que no quiero hacer nada. Si me obligas, me estarás violando —sentencio, confiando en que no hayan cortado la comunicación al otro lado de la línea.

—Sé que estás intentando comprobar hasta dónde soy capaz de llegar por follarte como un animal. Te puedo adelantar que no me voy a rajar con tu advertencia. Voy a llegar hasta el final porque ambos lo estamos deseando.

—Aseguras saber lo que quiero, a pesar de que me prometiste que respetarías mi deseo de ser amigos.

—Se ve que no estás en la onda, querida. Hoy se llaman follamigos —asegura en el mismo momento en el que salimos de la autopista.

Para que no sospeche y confiando en que la Policía rastree mi móvil, me muerdo la lengua y no pronuncio el número de la salida de forma disimulada, tal y como había pensado.

¿Les dará tiempo de llegar antes de que...?

El pavor se apodera de mí hasta dejarme los músculos en un estado de rigidez que provoca contracciones involuntarias. Quizás sea temblor, pinchazos, no lo sé. Estoy acojonada.

Después de desviarse por un camino rural iluminado por los faroles de las fincas aledañas, detiene el coche enfrente de una de ellas. Acto seguido, para el motor, se baja y activa el cierre centralizado, consiguiendo que me sienta cautiva. Mientras abre el candado de la cancela, aprovecho para coger aire con fuerza; el pecho me arde.

Regresa al vehículo y lo aparca delante de un modesto chalet que se advierte suficiente para disfrutar algún domingo en familia. Me temo que yo no lo recordaré precisamente por disfrute alguno.

—De estar más cerca el verano, podríamos pasarnos la noche follando en la piscina.

Ahí te tiraría yo, pero de cabeza antes de llenarla, ¡hijo de puta!

No contesto nada y oigo que chasquea contrariado. Rehúso mirarlo en todo momento para no vomitar y demostrar mi debilidad. Tengo que mantenerme fuerte para escapar si los policías no llegan antes.

—Estás muy tensa —observa—. Voy a cerrar la cancela y, cuando entremos, nos daremos una ducha caliente que te relajará. Tengo un curso avanzado de masaje deportivo. Verás cómo cambia la tensión de tu expresión cuando te atrape con la magia de mis manos.

—Como me pongas una mano encima, te juro por Dios que te cortaré los huevos.

—¡Bien!, me encanta que dejes salir tu ferocidad. ¿Ves?, seguro que ya se sientes mejor. Y ahora, vamos dentro y no hagas ninguna tontería —me amenaza a la vez que saca de su bolsillo lo que parece un pañuelo de seda. Descubro lo que es cuando me amordaza sin la menor resistencia. Estoy petrificada. Jamás habría imaginado que Perico pudiera ser un demente y que

yo me convertiría en una de sus víctimas.

¿Le habrá hecho algo a los niños? ¡Oh, Señor!

Justo cuando nos encontramos en el porche, un escalofrío helado me recorre imaginando que Perico es una especie de enfermo, que me violará, me matará y tirará mi cuerpo al Guadalquivir. Pienso en la pobre Marta y en el calvario que está viviendo su familia y, aterrada, decido luchar.

Me detengo y siento que su mano presiona la base de mi espalda, instándome a continuar, pero no lo hago. En su lugar, intento caminar hacia atrás.

—Te he dicho antes que no hicieras ninguna tontería. He sellado tu boca porque te van los rollos sexuales, pero aquí no va a oírte nadie. Entre semana, esto se convierte en un poblado fantasma, así que podremos gozar de total intimidad.

—Jettamé.

—¿Cómo dices?

—¡Engue juettes!

—No te entiendo, querida. Creo que te has pasado por el alcohol. Dentro hay camas y podrás dormir la mona. Vamos.

Insisto en tratar de dar marcha atrás y él comienza a apretar mi brazo más de lo que podría considerarse como normal. Lo miro llena de odio y lucho por escapar, esta vez con mayor vehemencia.

—¿Quieres jugar? Muy bien, pues juguemos.

Con un rápido movimiento, tuerce el brazo que sostenía el móvil hasta que me bajé del coche y lo sitúa en mi espalda. De forma simultánea, con uno de sus pies y aprovechando su fuerza, me barre y caigo al suelo sin poder evitarlo. Me doy un golpe en la cabeza, aunque no pierdo el conocimiento. Lo sé porque aún puedo oír su respiración agitada, porque puedo sentirlo sediento de extraer mi bien máspreciado: mi voluntad. Procuo levantarme cuando abro los ojos, pero lo veo colocarse sobre mí con la expresión de un poseso.

¡Dios, ayúdame! Está loco.

Me revuelvo con todas mis fuerzas, pero el peso de su cuerpo sobre el mío y su vigor son demasiado limitantes. Apenas me puedo mover, con un

brazo que comienza a doler entre la espalda y el suelo. Mis fuerzas flaquean, más por sentirme insignificante frente a su voraz apetito de sexo forzado que porque de verdad me encuentre agotada. Más bien, es bloqueo mental lo que siento. Quiero disputarle mi libertad y mi autonomía, pero no me veo capaz de hacerlo. La impotencia incendia mi pecho para contrastar con el frío que siento al notar que rasga mi blusa y luego hace lo propio con mi sostén. De poder elegir, ahora mismo querría morirme para no ser testigo de semejante abuso, para no asistir a mi propia deshonra. Es él quien violenta mi cuerpo y mi alma y, sin embargo, soy yo quien ya me siento sucia. Las lágrimas no cesan y caen como ríos por mis mejillas ardientes. Yo no merezco esto, ¡no lo merezco!

En un último arrebato, lucho de nuevo por escapar de su asedio, pero limita por completo todos mis movimientos desde su posición dominante. Sólo entonces, cuando ya me siento derrotada, entregada, mi corazón aparenta aminorar el ritmo de los latidos y mi respiración excitada hasta el límite, reduce su cadencia. Quizás porque, de forma lejana, percibo que desabrocha mi pantalón, o puede que porque el estrés y la hiperventilación me estén conduciendo a las puertas del abismo.

Oigo ruido a lo lejos, detecto una claridad creciente, pero ya es demasiado tarde para determinar si me ha encerrado en una habitación de por vida o, por el contrario, ya ha llegado el momento de despedirme de la misma. Pienso en la Policía, pero puede que ya sea tarde. A lo mejor ya ha pasado todo y no me he enterado de nada. No lo sé, pero tengo claro que ahora me siento mejor. Quizás por eso, o a lo mejor porque a las puertas de la muerte nos cruzamos con lo que deseamos, pero lo cierto es que la última imagen que ven mis ojos antes de que los nuble la oscuridad es la de un rostro: el suyo. Cris y su eterno semblante calmado me dan la mano de camino a la nada.

Capítulo 26

—Ya vuelve.

¿Quién vuelve?

—¿Se encuentra bien? ¿Puede oírme?

¿Quién, yo?

De pronto siento dos dedos que no veo venir, abriendo más de lo necesario uno de mis ojos.

—Las pupilas mantienen la normalidad. Parece que no ha ingerido nada anómalo. ¿Puede oírme, señorita? —pregunta el dueño de un rostro desconocido que ocupa de pronto la totalidad de mi campo de visión.

—Sí. ¿Dónde estoy? ¿Qué ha ocurri...? ¡Mierda, Perico! —recuerdo sin haber llegado a terminar mi última cuestión.

—¿Conoce al individuo que ha intentado —carraspea incómodo— abusar de usted?

—¿Intentado? ¿No lo consiguió?

—Martín, no recuerda nada. Llama a los sanitarios para que la trasladen al hospital.

—¡No necesito que nadie me traslade...!

Igual sí lo necesito, habida cuenta del agudo pinchazo que noto en la cabeza y del mareo que me sobreviene al tratar de incorporarme.

—Tranquilícese. No tenemos prisa. Si lo necesita, mis compañeros y yo podemos estar aquí, con usted, toda la noche.

Al decirme eso, reparo en él y observo su uniforme azul. Mis pensamientos comienzan a ordenarse en el puzle que ahora mismo representa mi cabeza y entiendo que al final llegaron a tiempo.

—Gracias por venir a ayudarme.

—Cumplimos con nuestra obligación, señorita.

—Lo sé, pero me gustaría agradecer personalmente a quien no me colgó la llamada —confieso teniéndolo todo más claro.

—¿Qué llamada?

—La que les hice para alertarles de que ese cerdo quería violarme.

—Me parece que aún sigue bastante aturdida. ¿Recuerda su nombre?

Un escalofrío helado me parte por la mitad al oír una pregunta que ha retumbado en mi cabeza un millón de veces al pensar en el futuro de papá. ¡Papá!, ¿estará bien con Carmela?

—Yo... ¡Claro, mi nombre es Lucía y les llamé para que pudieran oírlo todo!

—Pues señorita Lucía, me alegro de comunicarle que, a pesar de lo que pueda parecer, ha tenido usted mucha suerte. No recibimos ninguna llamada suya. Hemos podido llegar hasta usted gracias a un loco del volante que circulaba hacia aquí a casi doscientos cincuenta kilómetros por hora. De no ser por el apoyo desde el aire, ni siquiera nuestros patrulleros habrían podido seguirle. Aún tenemos que verificar su papel en todo esto, pero no queremos bombardearla con muchas preguntas. La nacionalidad del susodicho no invita a sospechar que nos encontremos ante un caso de trata de blancas. Y usted, bueno, no parece... A falta del examen médico, podemos casi asegurar que gracias a él hemos conseguido que el otro no llegara más allá de tocamientos.

—Entonces ¿no...?

—No.

—Ha mencionado la nacionalidad —recuerdo—. ¿Fue entonces Phil quien interceptó mi llamada? Pensaba que seguía en Bélgica.

—¿Bélgica, Phil?

—Philip —aclaró.

—Me temo que no hablamos de la misma persona. El loco del volante se llamaba Christopher «nosequé».

—¡Chris!

Vi su rostro antes de... ¡No era una ilusión!

—¿Confirma entonces que lo conoce?

—Sí, claro. Él es —el príncipe de mis sueños—... En realidad, sólo nos hemos visto en varias ocasiones. ¿Dónde está?

—Ha pasado a disposición judicial.

—¿Por qué?! —me escandalizo—. Él... usted dice que me han rescatado gracias a él.

Termino de levantarme, bastante mejorada, y me cuadro frente al funcionario con los brazos en jarra.

—Señorita Lucía, ese hombre no ha mostrado el menor respeto por la vida de quienes le rodean. A su conducción temeraria y las posibles repercusiones catastróficas que la misma podría haber acarreado, tenemos que añadirle que su agresor no podrá presentarse ante el juez porque antes tendrá que luchar por su vida. Si bien todo apunta a que ese extranjero pretendía velar por usted, o eso parece, no menos cierto es que no podía tomarse la justicia por su mano.

—¿Él hizo eso?

De forma inconsciente, de mis labios escapa una sonrisa que no secunda el agente.

—Así es, aunque no por ello hay que beatificarlo. ¿Quiere saber cómo llego hasta usted?

—Creo que puedo imaginármelo.

—De usted depende que añada otro delito más a su historial. Si quiere presentar cargos contra él, sólo tiene que...

—¡Claro que no voy a presentar cargos contra él! Se jugó la vida para rescatarme y...

El rostro de incredulidad del policía sella mis labios. Pese a lidiar con todo tipo de situaciones, el hombre no es capaz de ocultar su cara de «al final te vas a merecer las cosas que te pasan». ¡Qué lástima!, ya me estaba cayendo bien.

—De cualquier modo, como veo que ya está mejor y no quiere acudir al hospital, tengo que pedirle que nos acompañe a la comisaría para testificar. Tenga en cuenta que, en el juicio, el abogado defensor del agresor aprovechará la ausencia de un parte de lesiones para convertir a su cliente en inocente y a usted... Ya me entiende.

—¿Podría acudir a Urgencias después de testificar y luego añadir el informe médico al atestado? Se está haciendo tarde y no me gustaría permanecer mucho tiempo en comisaría un sábado por la noche.

Hasta yo misma me sorprendo de la naturalidad con la que miento,

con el único fin de ver a Cris. Sobre todo, después de una experiencia que tendría que resultarme traumática.

Pero el agente dice que Perico no llegó lejos porque Cris se lo impidió. En realidad, el único trauma podría surgir por haber estado tan cerca de...

¡Céntrate, Lucía! No ha llegado a pasar nada. O casi nada. Además, en el Dreams llegaste incluso más lejos con ese desgraciado.

Ni siquiera reparo en mi absurdo autoconvencimiento. Sólo tengo claro que quiero verlo y que esto se me está yendo de las manos. Me estoy colando por ese tío, que parece no estar interesado en mí, pero que siempre aparece de la nada para rescatarme.

Cuando llegamos a las dependencias policiales, previo bajón emocional y repentino por mi parte, miro hacia todas partes intentando buscar a Cris. Ya más centrada, aun teniendo presente mi desconcierto porque me flipe por él como nunca me ocurrió con ninguno, mi prioridad es darle las gracias. Necesito agradecerle que se haya jugado la vida y su libertad por mí. Me da igual que me haya espiado, del mismo modo que ya hizo su amigo Phil. Lo cortés no quita lo valiente.

Phil...

¡Qué lejano me suena ese nombre!

De cualquier modo, la soñadora que llevo dentro insiste en preguntarme por qué me espiaba. ¿Por qué pone su vida a disposición de una persona a quien apenas conoce? ¿Por qué me clava su mirada de tal manera que me desarma y luego actúa tan normal, tan indiferente? De conocerlo un poco mejor, apostararía a que se dirige a mí como a cualquier otro amigo. Siempre que los tenga, aparte de Phil. Parece demasiado frío, independiente y reservado.

Muy a mi pesar, no aparece por ningún sitio. Pregunto por él, en previsión de que lo estén apaleando en cualquier calabozo para que confiese una supuesta relación que le pudiera unir a Perico. Sin embargo, la realidad es bastante más sencilla.

—Lo hemos puesto en libertad con cargos, a requerimiento de su abogado —me informa un agente cuando pregunto por él—. Le parecerá de película, pero cualquiera podría pensar que ese hombre lo había planeado

todo, aunque tiene la coartada perfecta desde el momento en el que la defendió. Y su declaración posterior avala sus actos.

—No entiendo.

—Su abogado llegó aquí casi a la vez que él se ensañaba con el agresor. Tiene usted mucha suerte de tener a su lado a alguien tan valiente, que sea capaz de arriesgarlo todo sin perder su calculada meticulosidad.

—Él y yo no...

—Pues entonces, esta noche podré contarle a mi mujer que he visto a un ángel. Y ahora, si me disculpa...

—Sólo una última cuestión.

—Dígame usted, señorita.

—¿Irá a la cárcel?

Su sonrisa ya responde por él, aunque decide sacarme de dudas cuando observa mi mueca de confusión.

—Con los jueces nunca se sabe, aunque me atrevo a aventurar que estamos ante el tipo de hombre que siempre va varios pasos por delante de la Justicia. Listo y con dinero; fianza en el peor de los casos y a correr.

—Muchas gracias.

Resoplo aliviada y me dirijo hacia el despacho en el que tengo que dar mi versión de los hechos.

El interrogatorio dura casi una hora, ya que me repiten algunas preguntas al menos en un par de ocasiones. Imagino que con la intención de verificar si digo la verdad o no. Ya cerca del final, el agente incluso se ve obligado a pedirme disculpas cuando le muestro mi enfado por hacerme sentir casi culpable, cuando en realidad soy la víctima.

Al salir del despacho, el policía que me informó sobre Cris me pregunta si me encuentro bien para regresar a casa. Me ofrece la posibilidad de que una pareja me lleve a casa en su patrullero. Rechazo la invitación y, antes de trasmitirle mi agradecimiento para que lo traslade a sus compañeros, le indico que tomaré un taxi hasta el hospital.

Ya en el vehículo, reparo por primera vez en mí misma y me hago un somero examen, según el cual determino que no he sufrido el menor daño físico. Imagino que el psicológico dará la cara cuando pasen unas horas o

días. Pero decido no preocuparme una vez más por los problemas que aún no han entrado por la puerta. Especialmente, porque cambio de planes y ordeno al taxista que me lleve hasta casa de Phil, hasta casa de Cris.

En vez de llamar a las chicas, envío un mensaje a Noly alegando no encontrarme bien y tener la batería del móvil en la UCI. De este modo evito tener que dar la más mínima explicación. Teniendo en cuenta la seriedad de lo que me ha ocurrido hoy, no es algo que se deba hablar por teléfono. Ya quedaré con ellas y se lo contaré en persona cuando me arme de valor, ya que hoy por hoy no me veo con ánimo de hacerlo. Creo que no podría soportar una mirada reprobatoria de mis amigas, similar a la que me lanzó el policía que me atendió en primera instancia. Apago por tanto el móvil y me olvido de ellas. Otra vez será.

Como si me sobrara el dinero, dejo de propina al taxista la vuelta del billete que le entrego y, acto seguido, en cuanto me bajo del coche, mis nervios se hacen cargo de la situación. Incluso me hacen vacilar cuando el conserje me abre la puerta y entro en el edificio. Si bien es cierto que en un primer momento me alegro de que la finca cuente con un empleado nocturno, ya que así puedo entrar sin tener que llamar al portero automático, no tardo en arrepentirme. Al advertirme de que Phil no está en casa y luego verme obligada a aclararle que busco a Cris, su expresión refleja una serie de calificativos, con los cuales moldea una impresión equivocada de mí. No he venido para tirarme a Cris; sólo pretendo agradecerle lo que hizo por mí. De no haberme cambiado de ropa en la comisaría, puede que las secuelas de la que rasgó Perico hubiesen conseguido que me mirase de otra forma, más benevolente y preocupado, pero ya no hay vuelta atrás.

Al llegar arriba, me paso un par de minutos debatiéndome entre llamar a la puerta y arriesgarme a otra reprobación, o regresar por donde vine y olvidarme de mi ángel protector. Un segundo nivel de mi cerebro piensa en ese tipo de príncipes que no existen, llevando la contraria al grado principal y su fe ciega en los entes alados, servidores de un Dios que hoy miró hacia otro lado cuando...

—No puedo culpar a Dios de haberme montado sola en el coche de alguien que ya me dejó entrever cómo era, aquel día en el túnel de vestuarios.

Castigando mi torpeza mentalmente, llamo al timbre y confío en que Cris se encuentre en casa.

No sé si por la rapidez con la que me abre o por hacerlo con el torso desprovisto de ropa, pero lo cierto es que me quedo bloqueada frente a él durante unos segundos. Cuando reacciono, ni siquiera me preocupo por su mueca de contrariedad ante mi presencia. Por alguna razón desconocida, mi cuerpo tira de mí hacia el suyo y me abrazo a él con la inseguridad de una niña.

—¡Oh, Cris, he pasado mucho miedo! —reconozco rompiendo a llorar, siendo consciente al fin de lo cerca que he estado de quedar marcada para toda la vida. Aunque aún no descarto semejante panorama—. Gracias, gracias, gracias. —Y mil veces más que le agradecería lo que ha hecho por mí, de no ser porque, tan centrada como me encuentro en mi efusivo agradecimiento, lo abrazo con tal fuerza que noto que lanza un quejido ahogado y me empuja a separarme de él.

—Perdón. Yo no pretendía... ¡Estás herido! —me lamento al descubrir un corte considerable en su costado derecho—. ¡Y todo por mi culpa!

Las lágrimas se abren paso de nuevo en mis ojos enrojecidos, impulsadas por un horrible sentimiento de culpa.

—No es nada comparado con... Apenas duele —me informa intentando restar importancia—, salvo que haga presión sobre la herida.

—Yo no sabía... Oh, lo siento mucho. He sido una tonta por...

—Tú no has tenido la culpa de nada. El único culpable ya ha recibido su merecido.

—No tendrías que haberte arriesgado por mí.

—No tenía nada mejor que hacer.

Descubrir la faceta bromista de Cris activa una risa nerviosa que se mezcla con la respiración entrecortada por la congoja. Alzo el rostro y me pierdo en la inmensidad de su inescrutable mirada, hoy gris, aunque a veces parece azul. Pese a provocar mi sonrisa y hacerme sentir mejor, sus facciones no muestran el menor síntoma de compartir mi mejoría.

—Hoy ha sido un día muy duro para ti —me recuerda, pese a la certeza de que el eco de las palabras envenenadas de Perico resonará durante mucho tiempo en mi cabeza—. Me voy a tomar la libertad de pedirte un taxi para que te lleve a casa. Si quieres, puedes aguardar mientras tanto en el

dormitorio de Phil. Me consta que ya lo conoces. —No ha medido sus palabras. Lo sé porque frunce el ceño de forma inmediata y luego traga saliva antes de disculparse—. Perdona. No tendría que haber dicho eso.

—No tienes que disculparte por nada —resuelvo no muy convencida—. Has hecho por mí mucho más de lo que cabría esperar de cualquier hombre.

—Casualidad. Y, al hilo de esto y sin ánimo de buscar una excusa, me gustaría aclararte que acudí en tu ayuda porque el día en el que buscamos a tu padre, desvié las llamadas de la Policía y los servicios de Urgencias a mi teléfono móvil, gracias a una aplicación que instalé en el tuyo. Aquel día estabas muy afectada y procuré ser yo quien atendiera cualquier llamada que requiriese tener los cinco sentidos intactos. Luego olvidé...

—De veras que no necesitas disculparte. Me has demostrado ser un hombre bueno que...

—No me conoces de nada. No soy el tipo hombre que piensas. Yo... hace corriente. Pasa y espera donde quieras. Si tienes hambre, puedes hacer uso de la cocina o ducharte si necesitas... Debo curarme la herida antes de que se infecte —alega al cerrar la puerta con una mueca de dolor.

—Ni mucho menos. Después de lo que has hecho por mí, no voy a permitir que sufras dolores mientras te curas.

—No es necesario. Puedo solo —intenta imponerse. Está nervioso, incómodo. Se nota a leguas que no está acostumbrado a que le lleven la contraria. Apostaría incluso a que no suele lidiar con mujeres. Algo bastante chocante, teniendo en cuenta su... todo él.

—No era una pregunta. Ese desgraciado te ha herido en una zona muy complicada y cualquier movimiento te causará más dolor. Si no desinfectas bien la herida, podría acarrearle serios problemas. Hoy te has jugado la vida y has salido adelante. ¿Prefieres perderla por culpa de una herida mal curada, miarma?

—¿Conoces la palabra «no»?

Su pregunta retórica me recuerda que hace sólo unas horas planteé la misma cuestión a Perico.

—¿Sabes? Le pregunté exactamente eso al cabrón al que has apalizado y se burló de mí. Somos muy diferentes, pese a todo. Mientras que

él pretendía hacerme daño, yo intento agradecerte todo el bien que has hecho por mí.

Creo que he tocado su fibra sensible con mi confesión. No parece gastar de eso, pero lo cierto es que relaja el semblante y alza las cejas en señal de derrota.

—Tú ganas, siempre y cuando no intentes mostrarme tu agradecimiento como en la última ocasión que lo hiciste.

—Prometido.

No sé cómo voy a ser capaz de contenerme teniéndote tan cerca y tan expuesto, pero intentaré limitarme a curarte. Aunque lo cierto es que no tengo muy claro si soy yo quien te curará, o eres tú quien ha llegado a mi vida para sanar mi alma.

Capítulo 27

Ya en uno de los cuartos de baño, Cris abre la puerta de un mueble blanco, tras la cual se oculta una farmacia en miniatura. Jamás había visto tantos medicamentos juntos.

—¿Sois hipocondríacos? —Lo miro a través del espejo al advertir que no responde, descubriendo que mantiene el gesto encogido—. Son personas que... Bueno, da igual. Era una broma sobre la gran cantidad de medicamentos que tenéis.

—La mayoría era del anterior propietario.

Observo con detenimiento una pequeña cajita que me llama la atención, por tratarse de algo que administro cada día a papá.

—¡2.012! ¿De verdad que no habéis podido sacar diez minutos para tirar a la basura todo lo que esté caducado?

—Sé qué contiene este mueble porque, en una ocasión, ayudé a Philip a buscar de forma desesperada algo para el dolor de cabeza.

—Podéis dar las gracias a Dios de que aún siga vivo —bromeo.

—¿Podéis o podemos?

Vale, ya he pillado la indirecta.

—¿Tenía Alzheimer?

—No, tengo un corte en el costado y algunas contusiones.

—Me refiero al anterior inquilino.

—¿Qué puede importar?

Cualquiera diría que le ha molestado la pregunta. A veces, Cris es muy raro.

—Espero que no esté todo caducado.

—Abajo —me indica—. Él mismo lo compró porque a veces se hiere haciendo ejercicio. Le gusta... ¿cómo se dice? —se pregunta mirando hacia el techo, intentando encontrar las palabras adecuadas. Así, su mirada resulta encantadora, haciendo juego con su pelo por fin revuelto. Sin embargo, aprovecho su despiste para deleitarme por primera vez con su torso desnudo.

Está más fuerte que Phil, aunque suele ocultar muy bien la musculatura bajo sus impecables trajes. ¡Mierda, me ha pillado!— Hacer descensos de ríos revueltos —resuelve finalmente, sin conseguir romper la incomodidad que mi mirada furtiva ha generado.

—Ya me habló de sus aficiones.

Destapo el agua oxigenada y me hago con un trozo de algodón bastante generoso.

—Quizás no de todas.

Tengo que reconocer que me ha molestado que siembre así la duda respecto de un amigo.

—¿Te estás refiriendo a su devoción por el sexo sin compromiso?

A la vez que le pregunto, clavo mis ojos en los suyos y descubro que intenta ocultar una sonrisa de medio lado. No esperaba mi descaro y he conseguido provocar su risa. Pero me choca que pretenda asesinarla, con lo guapo que se expone sonriente.

—Lo suyo no es devoción, sino enfermedad.

Empapo el algodón en agua oxigenada y gasto un poco de mala leche sobre la herida. Su cuerpo se tensa al instante, pero se hace el duro apretando los dientes. Cada vez que puedo, observo su rostro aparentemente inánime.

—¿Duele?

—La vida es dolor —decreta sorteando responder a mi pregunta—. Sobreviviré.

¿Por qué tengo la impresión de que su contestación está cargada de significado?

—¿También haces deporte?

—¿Te refieres a que si también follo por condena? —contraataca con una pregunta del todo inapropiada, tratándose de él. De Phil no me habría sorprendido—. Lo lamento. No tendría que haber... después de lo de hoy. ¡Ay! —protesta exponiendo por fin su condición humana. Al bajar la guardia disculpándose, le ha cogido desprevenido y no ha sido capaz de ocultar el dolor. No entiendo por qué tiene esa obsesión de no mostrar sus emociones.

—Lo siento, pero hay que desinfectar bien la herida. En cuanto a mi pregunta, la hice porque te conservas muy bien.

Vamos, que estás como un tren.

—Tenemos algunos aparatos en casa para mantenernos en forma, aunque sólo suelo usarlos yo.

—¿En eso inviertes tu tiempo libre, o a veces juegas a ser humano?
—La contrariedad se hace evidente en su rostro. No le gusta que lo someta a un interrogatorio porque eso implica, precisamente, mostrarse como cualquier mortal.

—Cuanto más distante de la gente, menos problemas, si te refieres a eso.

Vale, lo ha pillado a la primera. Será todo lo austriaco que quiera, pero caza las indirectas al vuelo.

—Sin embargo, vives con tu mejor amigo. ¿O sería más apropiado referirme a él como tu único amigo?

—Philip no es mi amigo, sino mi hermano.

—¿¿Sois hermanos?! ¡Pero si él es belga y tú...!

—Tsss —me ordena callar—. Él es el hermano que no tuve —aclara—. Y tú, ¿qué tal te llevas con tu hermana?

¡Qué cabrón! Evita hablar de su vida metiéndose de lleno en la mía. Seguro que está al tanto de mi nefasta relación con Rocío. No termino de tragarme la explicación que me dio para acudir a rescatarme. Por alguna razón, creo que también me ha espiado.

—Mi hermana murió.

—¡Oh! No sabía...

Su cara es un poema. Es muy listo, pero esta se le ha escapado.

—Phil no es tu hermano y Rocío no ha fallecido.

—Ah, entiendo. Habéis discutido.

—Bueno, pues ya sólo me queda embadurnarte de Betadine —le informo, evitando responder.

De forma instintiva, llevo una mano hasta su espalda a la vez que comienzo a extender el líquido rojo con la otra mano sobre su piel. Los músculos aledaños a la zona dañada se contraen de nuevo, lo cual denota su incomodidad. Ya no por ganas, que no me faltan, sino por jugar con su

reacción es por lo que decido mover mi mano como si lo hiciera distraída. Es una leve caricia en toda regla. Él lo sabe y, en previsión de que me censure con su mirada gris, evito mirar hacia el espejo.

A pesar de aparentar malestar por mi actitud, no me coarta y, sin pensar, decido calcar movimientos con la mano hasta ahora ocupada. Acaricio el costado a la par que exploro la espalda buscando su omóplato.

—Esto está mal —apenas le oigo susurrar.

—Sí. Tienes aún los músculos en tensión por haber forcejeado al defenderme —me voy por la tangente—. Relájate —le pido, sin detener la progresiva fricción con su piel suave y robusta. De las caricias he pasado al masaje, de la espalda a su hombro y del costado a su pecho, casi desprovisto de vello.

De pronto, siento que su mano izquierda contacta con mi cadera, lo cual me coge desprevenida. Ya no porque está de espaldas a mí, sino por haberme resultado tan sencillo activar el deseo que todo hombre alberga, esperando el momento de ser liberado. Con sus nudillos acaricia desde la parte alta de mi pierna hasta donde le permite tan complicada postura, en los confines de mi abdomen.

Y entonces llega sin avisar lo que parecía inevitable. De repente y en un movimiento fugaz, desesperado, se gira hasta encararme, posa su mano derecha sobre mi nuca, me atrae hacia él y atrapa mi boca con sus labios carnosos de manera apresurada, enérgica, ávida de saciar ese ansia que evidencia haber ocultado en lo más profundo de su ser.

Le abro la puerta de mis labios sin que llame, aunque se adentra rozando ambos con la seguridad con que aparenta hacerlo todo. Saborea mi lengua con fruición. Yo hago lo propio con la suya, aunque a merced de su diabólica anarquía. Y es que, en su afán por devorarme, dando evidentes muestras del deseo que guardaba como un volcán atesora su magma, no sigue una cadencia u orden establecido. La frenética actividad de su lengua, envolviendo la mía, acosándola y casi abrazándola, no aparenta formar parte de su catálogo de besos estándar. El caos que la dirige no puede ser sino producto del deseo. Pero muy lejos de resultar molesto, seduce, enamora, crea una embriagadora adicción de la que cuesta desprenderse. ¿Quién en su sano juicio querría escapar del nirvana en el que consigue instalarme? ¿Quién osaría arrebatarme el Edén que representan nuestros labios en su perfecta

simbiosis?

¡Phil!

Su nombre resuena en mi cabeza en el mismo momento en el que siento que la mano de Cris atrapa uno de mis senos para recordarme peligrosamente el precipicio al que estuve a punto de caer hace unas horas.

Mi cuerpo se aleja del suyo incluso antes de que yo le dé la orden. Esto no está bien, nada bien.

—No puedo.

Aunque evito el cruce de miradas en un primer momento, avergonzada por dejarme llevar por la pasión después de la experiencia sufrida, al final entiendo que no puedo seguir dando la espalda a los problemas. Me avergüenzo de lo que he hecho, además, por ser Cris el mejor amigo de Phil. Vale que no tenemos contrato alguno de fidelidad, que sólo sexo acordamos que habría entre nosotros, pero sé que, en el fondo, Phil espera mucho más de nuestra relación y yo le he fallado. Hoy mismo censuraba a Rocío y a mi cuñado y, a las primeras de cambio, soy yo quien actúa de idéntica manera. Reprotable y poco ética, a todas luces.

—Entiéndeme. Lo de hoy ha sido...

—Lo sé y me castigo por haberte besado. No entiendo cómo he podido perder la compostura. Además, Philip y tú... él no lo merece.

—No, no lo merece.

—Te prometo que no volverá a ocurrir —me garantiza visiblemente avergonzado.

Y a mí me gustaría que prometieras lo contrario, pero no hoy. No mientras tenga tan presente el tacto de las sucias manos de Perico sobre mi cuerpo. No si continúo tonteando con Phil.

Ojalá las cosas ocurrieran cuando y como queremos, pero mucho me temo que tendré que aguantarme e intentar grabar en mi memoria el sabor de sus labios. Él no es de los que traicionan a sus amigos. Lo de hoy ha sido un desliz que, seguramente, se habría encargado de detenerlo él mismo si no lo hubiera hecho yo antes.

—Es demasiado tarde ya —me recuerda—. Voy a llamar al taxi, me visto y te acompaño abajo.

—No te molestes, de verdad.

—No es molestia. La calle está muy sola y, después de lo de hoy, sólo falta que... Debes de estar agotada —imagina.

—Permíteme que lo ponga en duda —emerge una voz a mi espalda para llevar la contraria a Cris. El dueño de la misma no tarda en aparecer reflejado en el espejo para dejarnos petrificados.

—¿¡Phil?! —pregunto lo evidente, a la par que reparo en la complicada situación en la cual aparece. Mientras que no encuentro aire lo suficientemente denso para ocultarme detrás de Cris, él pisa mi monosílabo con su dulce voz, eternamente relajada para hacerse cargo del entuerto.

—¿Philip! ¿No llegabas mañana?

—Así es, pero me moría de ganas de encontrarme con mi leona andaluza. Consulté entonces si había libre alguna plaza en el último vuelo del día. Tuve suerte, pues sólo quedaba una. Aunque, visto lo visto, parece que habéis terminado la fiesta sin mí y, técnicamente, no me puedo considerar afortunado.

—¿Qué estás hablando? —pregunto ofendida sin razón de ser, pese al acierto de su conclusión.

—Te estás equivocando, Philip. Ella y yo... —vacila. ¡Mierda! Verás como al final se lo cuenta—. Es una larga historia que no ha comenzado hoy.

—¿Ah!, que entonces lo vuestro ya viene de lejos. Podríais habérmelo dicho y habríamos montado un trío de los que tanto nos gustan, ¡my bro! —ironiza con un término tan de moda que asocio con la palabra hermano en inglés.

—Te repito que te estás equivocando, Philip. Lucía y yo no nos hemos acostado —defiende con inteligencia, sin faltar a la verdad.

—Pero si no pasa nada, Amadeus —bromea con poco acierto, atendiendo a la expresión de Cris. Parece haber usado algún tipo de insulto cuyo significado sólo deben de conocer ambos—. Ella tiene claro que yo no le llevaré el desayuno a la cama ni esas... ¿cómo le decís aquí? ¡Ah, ya recuerdo!: mariconadas. Lucía tiene claro que sólo sexo habría entre nosotros. Ya sabes que yo no soy un tío, sino una polla siempre dispuesta. Si es que, además, va perfecto para la ocasión —continúa su celosa retahíla cada vez más alterado, pese a querer aparentar que no le importa que nos liemos—.

Como en aquella película, tú eres mi bro y yo soy tu polla.

—Es tu picha —corrijo casi sin darme cuenta.

—¿Qué puede importar el nombre que le pongamos? Lo interesante es que entre hasta el fondo, ¿no crees?

—¡Han intentado violarla! —intercede Cris por fin, perdiendo los nervios por primera vez desde que lo conozco.

No hace falta que lo repita. Debe de ser tal el grado de confianza y el conocimiento mutuo que se tienen, que Phil no osa cuestionar el argumento de su amigo. Se limita a analizar el alcance de sus palabras y, sólo entonces, repara en la herida de Cris. Su gesto se torna en la preocupación personificada, tras lo cual centra su atención en mí y toma mis brazos con ambas manos.

—¿Qué te han hecho? ¿Te han herido? ¿Cuántos eran? ¡Los voy a matar! Te juro que los encontraré y los mataré.

—Olvídate de ese infeliz —le pido, dejando claro que únicamente hubo un culpable—. Estoy bien y no llegó a... ya sabes, gracias a tu amigo. —Dirijo mis ojos a mi salvador y él hace un gesto negativo—. Quizás tendrías que preguntarle a Cris cómo se encuentra —defiendo, pese a que el aludido pasa por mi lado para salir del cuarto de baño y evitar convertirse en el centro de atención—. Se ha jugado la vida por defenderme.

—¿Cómo estás, hermano? Eso tiene muy mal color —afirma observando la herida—. ¿De veras que te encuentras bien? —vuelve a preguntarme alzando las manos hasta mis mejillas para luego besar mis labios. Parece increíble que apenas haya mostrado el menor interés por la salud de Cris.

Aprovechando mis cavilaciones, me traslada su preocupación en forma de cariño y yo me dejo hacer, aunque sin ser capaz de olvidar lo que ha ocurrido aquí mismo hace unos minutos. De hecho, lo tengo tan presente que el apasionado beso que llega hasta mis labios sin avisar no me sabe a nada. No es comparable a lo experimentado con Cris. Esto es sólo un beso, mientras que lo otro era... un dulce error.

Phil se ha portado muy bien conmigo desde el principio. Sirvan como muestras su entrega besándome y la sincera preocupación por entender que, para él, soy algo más que sólo sexo. Por eso merece que le devuelva una

pequeña parte de la pasión que desborda. Y eso hago cuando verifico que Cris ya desapareció de nuestro lado. Su prudencia y saber estar le han llevado a ofrecernos la intimidad que estima necesaria entre nosotros. Pero él y yo sabemos que, aunque se baje de este mundo, ni el más entregado de los besos de Phil conseguirá un momento tan íntimo como el que ambos hemos protagonizado. Y me duele que así sea porque llevo toda mi vida buscando momentos así, hombres así, pero Phil no lo merece. Y aunque optara por confesarle que es Cris quien acelera mi pulso, quien oprime mi pecho con su mirada y encoge mi abdomen con su presencia, sé que no me valdría de nada. Cris es de los que no traicionan. Es un amigo de los que no quedan, un hombre de los que enamoran, todo un caballero, un ángel protector cuya aureola podría confundirse con la corona de un príncipe... azul.

Capítulo 28

Después de mil explicaciones y varios llantos intercalados, Phil se da por satisfecho y entiende que lo mejor es pasar página. Yo tendría que hacer lo mismo, pero con él. Sin embargo, lo veo tan feliz de tenerme a su lado que no me siento capaz de dejarle. Imagino que ya se me pasará lo de Cris, suponiendo que Phil no se canse antes de mí. Él no es hombre de una sola mujer y yo no soy la diosa Venus. Ya llegará otra que le pegue fuerte y, ¿por qué no?, que le produzca sensaciones que le obliguen a llevarle el desayuno a la cama. Lo queramos o no, a todos nos llega el momento en el que deseamos que la estabilidad se haga cargo de nuestras vidas.

Le obligo a prometerme que agradecerá de nuevo a Cris su heroica intervención. De no ser por él, quién sabe lo que habría ocurrido y no me parece justo el cumplido y escueto agradecimiento que recibió de su mejor amigo.

Cuando llega el momento de marcharme a casa, Phil se dispone a pedir a Cris que me acerque. Yo, pese a mis ganas de volver a verle, tras desaparecer desde que Phil hizo acto de presencia, le sugiero que lo deje descansar. Ha sido una noche dura para todos. Luego insiste en acompañarme a casa, pero sólo le permito que me haga compañía hasta que me monte en el taxi. Le pido que se despida de Cris y que le agradezca todo lo que ha hecho por mí.

—Hoy no es el día más apropiado para entregarte el regalo que te prometí —admite cuando observa que se aproxima el taxi—. Ya tendremos más días por delante. Porque los tendremos, ¿verdad?

Ha intuido mis dudas y en su rostro se refleja el temor de que pueda dejarle, si es que puede considerarse que estamos juntos.

—Habrá más días, pero ahora necesito tiempo.

—Los amigos de mi juventud siempre me aseguraban que cuando una mujer dice eso es porque se está despidiendo —teoriza sin ser capaz de mostrar su debilidad, muy alejado del sinvergüenza que me abordó hace unas semanas. Cualquiera podría pensar que pretende sentar la cabeza junto a mí, como si yo fuera su última esperanza de reformar su dispersa existencia, como si llevara toda la vida esperando a que apareciera alguien como yo. Y

lo peor es que su fe en que yo cristalice sus anhelos me causa pavor. Pánico por estar convencida de que yo no soy la mujer que espera y de que él no se viste de príncipe azul en sus ratos libres. Sólo han bastado unos minutos para entender que Cris me provoca una amalgama de sensaciones que Phil no sabrá conseguir despertar en mí aunque ponga todo su empeño en el intento. Y me apena por él, porque sus ojos irradian ilusión. Quizás por eso no soy capaz de permitir que la verdad traspase mis labios. Mis ojos, en cambio, miran al suelo para evitar que hablen por mí.

—No me estoy despidiendo de ti, tonto. No me iré de tu lado sin verte navegar en kayak o sin demostrarte que tengo cuerda para dejar secos a ti y a tres más como tú.

Le doy un beso sin pasión tomando la iniciativa, que contrasta con su enérgico afán por transmitirme con sus labios que su interior demanda algo más que sexo.

—Pero entiende que, después de lo de hoy, lo que mueve nuestra relación debe quedar aparcado hasta que sea capaz de asimilarlo. Pasará. Confía en mí.

—Eso hago. Tus ojos son de una infinita transparencia.

Con esa frase tan enigmática me despido con un escueto adiós y me introduzco en el taxi, que me deja en la puerta de casa sin la menor incidencia. La calle está tan tranquila como yo antes de conocer a mis amigos foráneos, tan oscura como las sombras que llenan de dudas mi cabeza.

Abro la puerta de casa y lo primero que hago es encender la luz. No porque pueda tropezar con una pared o una puerta que mi memoria de años criada aquí no sea capaz de situar en ausencia de luz, sino para evitar pisar cualquier regalito de Linda. No hay nada; Carmela se habrá encargado de limpiar antes de irse tarde a su casa y habrá dejado al animal acostado con papá.

Me noto el estómago vacío, así que voy directa a la cocina y abro el frigorífico. Sin embargo, al ver las cuatro cosas que muestran el interior tan desangelado, siento algo de náuseas y llego a la conclusión de que terminaré por vomitar cualquier cosa que ingiera. Me limito a dar un trago largo al brik de leche y luego voy hacia el dormitorio de papá para ver si está tapado. Aún hace algo de fresco y sólo me falta que se resfríe.

Enciendo la luz del pasillo para ver mejor y descubro que Carmela ha

dejado la puerta encajada. Yo siempre la dejo abierta de par en par por si a Linda le apetece putearme y regar la casa de orina y excrementos.

—Tendría que habérselo advertido.

Abro la puerta con cuidado para no despertarlo y mi corazón se detiene por un instante. Sobre el pecho de papá no yace la pata protectora de Linda, sino el brazo de Carmela, cuyo cuerpo, aparentemente desnudo, sobresale de la manta hasta la parte alta de su seno derecho, venido a menos. Apenas dedico atención a la perra, que alza sus orejas al verme desde los pies de la parejita.

A pesar de haber contemplado la posibilidad de que ocurriera algo similar, me cuesta asumir lo que ven mis ojos. Imágenes archivadas durante años de niñez y adolescencia circulan por mi memoria de manera vertiginosa. Cuántas veces habré entrado en el mismo dormitorio y habré visto el mismo mobiliario, el mismo hombre, la misma perra y diferente mujer: mi madre. Casi puedo considerar de la familia a Carmela pero, verla tan unida a papá en una escena tan íntima, me produce un extraño choque de sensaciones encontradas.

¿Habrán...?

—No quiero ni pensarlo —me oigo susurrar.

Por un momento, me da la impresión de que Carmela hace el amago de girarse hacia mí, pero no lo hace. En lugar de eso, retira la mano del pecho de papá y la usa para envolver su propio brazo izquierdo. Quizás haya sido por la luz; no puede oírme gritando, así que descarto que haya podido escuchar mi susurro.

Tal y como entré, decido salir de la habitación que durante mucho tiempo fue de mis padres y que ahora...

Será mejor que me acueste. Necesito descansar la mente y el cuerpo. Necesito llorar.

Capítulo 29

Doce horas más tarde, me despierto y noto que me duele todo el cuerpo. Pero la sensación de dolor más intensa la percibo en el pecho. Tres hombres se afanan en oprimirlo como jamás tuve que lamentarme por ello. Por un lado, uno que dejó de llamarse hombre desde el mismo momento en el que decidió no respetarme como mujer. Un mierda que no consiguió su objetivo, pero sí hacerme sentir insegura, sucia. Ya no por tener tan presente la horrible sensación de sus asquerosas manos violentando mi cuerpo, sino por haber instalado en mi cabeza la impresión de que tuve mucha parte de culpa. Sé que no es así, pero es del modo que lo siento yo. Puedo vestirme como quiera, hablar con picardía o incluso provocar con las armas que Dios me dio, pero nada de eso le da derecho a nadie para no respetar mi negativa. Sólo por eso, ya merece lo que Cris le hizo y mucho más.

Cris, el segundo en cuestión, aquel cuya presencia provoca lo que el más inmenso de los planetas. Es tal la inmensidad de su persona que no le hace falta hablar, reír o mostrarse humano para que su poder gravitatorio atraiga sin ser consciente de ello o tener la menor intención. Su poderosa personalidad, su humanidad desmesurada y su imponente presencia, espectacular a los ojos de cualquier mujer, representan el peor de los castigos que soporta alguien a quien parece deberle tanto la vida. Se me escapan las razones que amargan su existencia, pero ya no dudo de que la necesito para endulzar la mía. Sin embargo, pese a saberme dentro de un cuento cuando estoy a su lado, debo dejarlo escapar. Vistiendo su traje azul sobre su veloz corcel, lo veo alejarse sin mirar atrás, por más que le grito desde la torre más alta del castillo en el que Phil me tiene secuestrada con su fórmula infalible de afrontar la vida. Supo atraerme hacia él con su descaro y su gracia, con su increíble capacidad para enamorar, haciendo gala de todo aquello que detesta cualquier mujer en el hombre de sus sueños. Su forma de entender la vida y la facilidad con la que consigue atraparte en su mundo, lo presentan como el hombre que ninguna mujer necesitamos, siendo con el que finalmente terminamos. Por su encanto, logran convertirse en personas entrañables, a quienes consigues querer desde el minuto cero, pero a quienes jamás llegas a amar. Porque el amor surge de la nada, no necesita de estrategias para inundar tu corazón. Basta con la indiferencia para provocar demencia.

Y así me siento yo, como una demente que deja escapar al hombre de su vida sin hacer nada por remediarlo. Demente, quizás; irresponsable, seguro. Por muy mal que lo pasara anoche, no tendría que haberme despreocupado y olvidarme por completo de papá. Salgo entonces corriendo en ropa interior hacia el dormitorio de papá, en previsión de que Carmela se haya marchado temprano para que yo no la viese acostada en el lugar que mamá ocupó durante años. Yo la vi a ella, pero ella a mí no. Conociéndola, está claro que habrá velado por papá y habrá entrado un par de veces a casa para controlarlo. Pero yo no puedo contar con ello porque me corresponde a mí.

—¿A onde va de esa guisa, descastá? —me pregunta precisamente Carmela, que aparece por la puerta de la cocina antes de que yo llegue a mi destino. De manera instintiva, cubro mis zonas nobles y agacho la cabeza avergonzada—. ¡Anda chocho!, ni que yo me fuera a asustá. Ve y ponte argo, que ya'stá casi lista la paella.

—¿Por qué se ha molestado, Carmela? ¿Dónde está papá? Y la perra, ¿se ha cagado?

—¡Claro que se la tragao! Er café, la tostá y er sumo que la comproo. Porque mientras yo esté por aquí, er vino lo va catá poco. ¡Por mis muerto que ji! Sin í más lejo, cuando sa despertao esta mañana... —Vacila al darse cuenta de que ella misma se ha descubierto, al admitir que estaba a su lado cuando se despertó. Antes de que invente cualquier excusa, opto por intervenir.

—En cuanto a lo de esta mañana, Carmela, no tiene que preocuparse. Tanto usted como mi padre ya son mayorcitos y no tienen el menor impedimento para hacer lo que les apetezca y les pida el cuerpo. Ya están de vuelta de todo y... ¿Me está entendiendo? —indago de pronto, cayendo en la cuenta de que a lo mejor no se ha enterado absolutamente de nada. Su cabeza gacha y su evidente nerviosismo me ofrecen una nueva muestra de que no está tan sorda como pretende hacernos creer a todos—. ¡Ey! Estoy segura de que puede oírme, así que le pido que no se preocupe por nada, de veras. Le reconozco que, cuando llegué y los vi juntos, me supuso una especie de shock, pero ya está más que superado. ¿Lo entiende, Carmela? —insisto alzando su mentón con un nudillo.

—Hija, yo no quería, pero entre que él estaba hasta er culo de tintorro y que yo llevo muchos años sin regá er jardín, una cosa llevó a la otra y...

—Que no necesito explicaciones, Carmela.

—Además, estuve a punto de pararlo porque justo ante de que me desnudara...

—¡Bueno, basta ya! Lo último que necesito es que me ofrezca detalles.

—Me llamó Juani.

Su confesión me deja muda. Saber que papá la confundió con mamá antes de... Esto ya es demasiado.

—Hija, lo siento. Yo... Luego ya me llamó Carmela y por eso...

—Esto no cambia nada —entiendo—. Que pueda confundirla con mi madre no hace otra cosa que reforzar lo que ya le he repetido en varias ocasiones, Carmela: usted ha traído de nuevo la alegría a mi casa y ha ocupado en su corazón parte del enorme vacío que le dejó... —confieso antes de detenerme—, que nos dejó mamá —concluyo de la forma más correcta—. Usted ya se ha ganado por derecho propio el derecho a ser mi segunda madre.

—¡Po deja de llamarme usted, chocho! —protesta justo antes de estrecharme entre sus brazos con los ojos demasiado brillantes. No sólo por las lágrimas que se agolpan en ellos, sino por la felicidad que le ha provocado mi bendición. Sé que me costará asumir verlos juntos, pero Carmela es muy prudente y seguro que sabe comportarse en mi presencia.

—¿Ha tenido que coger muchas veces la fregona, Carmela?

—Unas poca, niña. Ese animalito no está bien. ¿Habéi pensao en dormirla?

—¿Sacrificarla? ¡Claro que no! Papá se apagaría si ella se va —explico—. Aunque ahora está usted. —Me censura con una mirada asesina y me obliga a rectificar—. Ahora estás tú —corrijo antes de cambiar de tercio—. Carmela, sólo te voy a pedir una cosa.

—Dime, miarma —me invita sin dar muestra del menor signo de sordera. Ya le preguntaré algún día de qué va el tema de hacerse la sorda.

—Prométeme que no te vas a encariñar más de la cuenta.

—Niña. Yo...

—Carmela, va a llegar el día en que mi padre no se acuerde de ti o de mí. Se irá apagando poco a poco y no quiero vivir contigo lo que ya me tocó

sufrir con él cuando se fue mamá.

—Lucita, no me pida que no me encariñe con tu pare, cuando yo ya le hasía ojito ante de que se casara con la Juani.

—¿Estabas enamorada de él desde antes de que se casara con mamá?

—Hasta las trancas, pero la eligió a ella —admite con cierto halo de tristeza en el tono de voz y recordándome de paso que a mí me ocurrió algo parecido hace años—. Pero oye, que yo también me casé y fui felí. Además, que la Juani era una bellísima persona y lo quería con locura. No te via negá que cuando me lo crusaba me entraban gana de darle un repasito, pero me iba pa casa y me echaba un chorrito de agua fría pa que se me pasara la calentura.

—¡Carmela! ¿Pero cómo me dices esas cosas? —pregunto escandalizada, aunque sin ser capaz de aguantar la carcajada.

—¿Qué es lo que te ha dicho? —interviene papá en el momento en el que se deja ver.

—Cosas de mujeres, papá —evito responder a su pregunta—. Bueno, os dejo con vuestras cosas, que tengo que hacer una llamada.

No me apetece mucho, pero al final enciendo el móvil para llamar a las niñas y preguntarles cómo se lo pasaron. Evitaré contarles nada del serio infortunio que sufrí anoche. Aunque la opción que contemplo sea más dura para mí, este es del tipo de cosas que hay que relatar en persona.

Ninguna de las tres a las que acostumbro a llamar me coge el teléfono, lo cual me evita pasar un mal trago cuando me preguntaran cómo me fue a mí. No me gusta mentir y habría tenido que hacerlo. Y la verdad es que iba a llamarlas por cumplir. Sé que se lo habrán pasado de vicio, del mismo modo que me habría divertido yo si no hubiera sido tan tonta. También es cierto que, de no haber pasado nada con el cabrón de Perico, Cris no me habría besado, yo no habría visto ayer a Phil ni le habría pedido tiempo, del mismo modo que seguiría sin saber lo de Carmela y papá. Precisamente, él siempre me dice que todo pasa por algo. Asegura que los caminos que Dios nos tiene reservados son inescrutables. Si algo malo nos ocurre, sostiene, es porque así lo ha escrito El que todo lo puede y todo lo sabe. Supuestamente, tiene una explicación lógica para el devenir de nuestra vida. Bien sea para curtirnos como personas íntegras, bien para prepararnos ante tiempos de bonanza venideros. Personalmente, creo en Él desde que tengo uso de razón, pero enlazando tantas desgracias y tal cúmulo de mala

suerte, hay demasiadas ocasiones en las que tiemblan los cimientos de mi fe. Y lo que queda por venir...

—Mensaje de Phil —me digo al ir revisando las notificaciones que tengo desde que ayer, en plena fiesta del club, fue la última vez que lo hice —. Seguro que pretende insistir para que quedemos, a pesar de lo que le dije.

En cierto modo lo entiendo, pero él debe entenderme también a mí cuando le exijo espacio y tiempo.

«¿Cómo se ha levantado hoy mi leona andaluza? Era una pregunta por cumplir, porque imagino que lo último que te apetece es que un hombre te acose con mensajes. Cuento con ello, pero ya sabes que no soy la persona más apropiada para animarte con desayunos en la cama, sino con palabrería, mentiras y piropos para conseguir lo que quiero. Que no!!! No pretendo buscar lo único que me motiva. Me conformo con quedar para tomarnos un café. Podría animarte un poco. Sabes que se me da muy bien y termino haciéndote reír. Prometo no buscar sólo sexo, aunque sea lo único que tengo en la cabeza cuando tengo cerca a alguien como tú. Sólo risas. Te juro que mis 69 y mis orgías no saldrán de mi cabeza. Me limitaré a imaginarlo mientras veo una sonrisa en la cara más preciosa que conozco jajajaja

Pensarás que soy un payaso, pero uno que se preocupa por alguien que ha conseguido hacerse un hueco en mi... no, eso no cuela. Yo no gasto corazón porque eso implica situaciones que me dan alergia. En serio, si necesitas un amigo con el que charlar, grita sin que parezca un gemido que me pueda poner cachondo y allí estaré sin más ánimo que el de hacerte compañía.

Philip.»

Tengo que reconocer que sabe cómo ganarme y hacerme sonreír, aunque no me apetece en absoluto verme con él porque pueden llegar las preguntas incómodas. Después de lo de ayer, ha sido capaz de tocar el tema del sexo sin revolver mi estómago. Qué tipo tan peculiar este Phil. Merece al menos que le responda.

«Agradezco tu oferta, pero una cosa llevaría a la otra y al final terminarías llevando el desayuno a mi cama y queriendo pedir mi mano a la vecina jajaja Aún me acuerdo cuando creíste que era mi madre. En serio, te agradezco el gesto, pero no me apetece salir. Prefiero quedarme en casa y salir a buscarte sólo cuando me pique. Qué le vamos a hacer, si sólo te quiero

por el sexo :PPP

Venga, cuídate. Ya me pondré en contacto contigo. Te quiero, capullo mentiroso.»

Otro de Noly. No debería leerlo porque me pondrá los dientes largos por lo bien que lo pasaron y seguro que me pregunta por mi sesión de sexo. Y si no contesto, sospechará.

«No sabes lo que te has perdido. Aunque pienses que lo tuyo fue mejor, no puedes ni imaginar la noche loca que hemos pasado, pero lo que pasa en Utrera, en Utrera se queda XDDD»

—¿Utrera? —me oigo repetir antes de leer su siguiente mensaje—. ¿Cómo acabaron allí estas perras? A saber las locuras que habrán hecho.

«Ahora en serio. Es una pena que no vinieras, aunque seguro que lo pasaste muy bien. En cuanto a nosotras, sólo puedo anticiparte que ahora mismo te estoy escribiendo este mensaje observando el culazo del dios que tengo a mi lado. Y si vieras con el que se quedó Laura... jajajaja

Cuando llegue a casa un día de estos ya te llamo. Bssss»

Otro de Rocío. A saber qué querrá ahora. Se me revuelve el estómago al recordar lo que me contó Rober. Engañarme usando al niño para follarse al viejo ese. Seguro que lo único que busca es sacarle los cuartos, ahora que se le ha acabado el cuento con el tonto de su marido. Aunque al final demostrara no ser tan tonto.

«Gracias por llevar a Rober a la fiesta. Nunca sabré cómo agradecerte lo que has hecho por nosotros en estos años. Tengo poco tiempo, pero lo buscaré de donde sea para charlar un día de estos contigo.

Aunque creas lo contrario, te quiero mucho, hermana.»

—A esta le ha picado una de esas avispas africanas en el coño. ¡Será cínica!

¡Qué poca vergüenza hay que tener!, sigo maldiciendo en el interior de mi cabeza. Y el «hermana» con el que remata el mensaje me huele a «necesito que cuides de Rober gratis hasta que el vejistorio me incluya en su herencia». A cualquiera que no nos conozca, le costaría creer que compartamos genes.

Pensar en esto último me recuerda lo que en su día me dijo Perico, creyendo que yo era gitana.

—¡Puto Perico! —vuelvo a maldecir—. ¿Y de quién cojones es este mensaje? —me pregunto desatada al ver un número que no tengo archivado entre mis contactos. Nunca he sido un modelo de señorita recatada y bien hablada, pero es que Rocío es capaz de sacar lo peor de mí. Jamás suelto tantos tacos como cuando ella puebla mis pensamientos o palabras.

«Espero que hayas podido dormir. Yo no por culpa del beso que nos dimos. A ver, no es porque no me gustara. Todo lo contrario. Me encantó, pero ahora me siento muy mal por haber traicionado a mi amigo y haber abusado de ti después de... Bueno, no te molesto más. Te pido disculpas y te prometo que no volverá a repetirse. Buscarme otra casa hará que sospeche Philip, pero intentaré no coincidir cuando vengas de visita. Cuídate y mantente alejada de hombres como yo».

Un suspiro y dos palabras. Con eso me quedo del mensaje recibido por el supuesto desconocido, que no es otro que Cris. Un Cris al que cada día voy conociendo mejor. Pese a haber coincidido y conversado tan poco, sus acciones dicen mucho de él y de su forma de ser. Pretende dárse las de ser un desalmado, alguien a quien evitar, pero cuando confiesa que le encantó besarme, después de haber hecho tanto por mí en tan poco, el suspiro que escapa a mi control es inevitable.

¿Por qué tiene que ser la vida tan complicada? ¿No podría haberlo conocido directamente, que me hubiese tirado los tejos y haber follado como conejos hasta que la muerte nos separase y nuestros hijos nos extrañasen? ¡No!, yo tenía que liarme con el que me hace reír, con el que me seduce con su labia y con su cuerpo, con alguien que sólo busca mi envoltorio para satisfacer su más básico instinto. Si es que, después de todo, puede que hasta me lo merezca. Yo misma he sido quien decidí abandonarme a la «vida alegre», al no hay mañana sin hoy, al disfrute inmediato sin compromiso ni repercusiones. A priori, pues no tengo más que recordar lo que me ocurrió anoche.

Pero no, no voy a caer en la trampa de auto inculparme por el intento de violación del mierda ese. Soy como me parió mi madre y quien quiera estar a mi lado tendrá que aceptarme tal y como soy. Del mismo modo, si alguien desea mi cuerpo, seré yo quien decida entregárselo.

—¿Qué le contesto?

«Me encantó» han sido sus dos palabras que se han grabado en mi

memoria y me han arrancado un suspiro. Responder en la misma línea puede conducirme a un estado que no me interesa. Por más que insista, no voy a conseguir nada de él. Ya me ha dejado claro que no pretende traicionar a su amigo, que el beso fue un desliz. Enaltecer las sensaciones en las que me envolvió el beso sólo serviría para causarme mayor impotencia.

Aunque también puedo contarle la verdad. Quién sabe qué podría ocurrir. Papá siempre me ha insistido en que a todas partes se llega con la verdad. ¿Podré acercarme a él de este modo?

«Estoy mejor. Gracias. En cuanto al beso, me quedaría corta si confieso que también me encantó. Y no, no debes sentirte mal por Phil. Entre él y yo ya quedó claro que sólo habría sexo. Él no es hombre de una sola mujer. Y tú, ¿cómo eres? Demasiado críptico e inaccesible, me parece. Tengo la impresión de que consideras un error el beso porque me ha supuesto una forma de acceder a ti y es algo que no puedes permitir. Actúas de un modo, pero pretendes aparentar ser diferente. No termino de entenderte, Cris. Y te prometo que me frustra porque sé que deseabas ese beso tanto como yo. Un beso que fue... ¿irrepetible? No sé si calificarlo así. Dímelo tú, mi querido ángel protector.

Bsss.»

No pasan ni cinco minutos hasta que suena el tono de una notificación entrante. Tengo que reconocer que me pongo nerviosa de manera inevitable.

«Me alegro de que estés mejor. Espero que todo vaya a mejor a partir de ahora. Os deseo lo mejor a Philip y a ti.»

Más claro, agua. No responde nada y con ello lo dice todo. Decepción y vergüenza son las palabras que mejor definen lo que siento ahora mismo. Era demasiado bonito para que saliera bien. Parece que en el abanico de sensaciones que contempla mi destino no figura la felicidad. Pero bueno, qué le vamos a hacer. Tampoco me voy a amargar la vida por un tío, cuando además tengo comiendo de mi mano a otro que también está tremendo. No será el hombre de mi vida, pero sí quizás el que necesito en esta etapa tan turbulenta.

—¡Lucita! —me llama a gritos Carmela—. ¡Ven pacá! ¡Tu pare!

Mi corazón se detiene al oír sus palabras, que las ironías de la vida han querido que se produzcan justo después de calificar como turbulenta la presente fase de mi vida.

Cuando llego al salón, en mi retina se cuele una imagen que, a buen seguro, quedará grabada en mi memoria durante el resto de mis días. Papá tumbado en el suelo, aparentemente consciente, y el cuerpo menudo de Carmela tratando de incorporar el voluminoso de su recién estrenado amante, compañero o lo que quiera que sean. Para rematarlo, Linda lamiendo la cara de su querido amo. No por demostrarle su fidelidad y cariño, según descubro, sino por limpiar la brecha de la cual mana un río de sangre poco caudaloso pero constante.

—¡Sa caío y sa golpeao con argo! —me informa una Carmela demasiado nerviosa, sin cejar en el empeño de incorporarlo. Sin embargo, a la debilidad natural de su físico hay que sumarle la buena colección de años que atesora, lo cual la embarca en una empresa imposible.

Mi reacción es inmediata, situándome de rodillas en el costado opuesto de papá al que ocupa Carmela y metiendo una mano bajo su espalda para alzarla sin demasiados problemas.

Lo siguiente ocurre como si se tratara de un sueño, una pesadilla que recuerdas al despertar, a pesar de haberla sufrido de forma extraña, surrealista, difuminada.

Entiendo que ha debido de golpearse con el pico de la mesa de centro, le pido que se incorpore, pero no puede. Al principio entiendo que la razón reside en su desorientado estado, pero luego es él mismo quien me advierte con mucha dificultad en el habla que no puede controlar las piernas como debiera. Llamada al taxi, odisea para llevarlo abajo entre Carmela y yo, llegada a Urgencias, tensa espera, doctor que ofrece un parte en un idioma que pretende ser comprensible para una mortal como yo y bajonazo final.

—El mal que sufre tu padre se ha agravado —es el dictamen que me ofrece aquel en quien confié la salud de quien me dio la vida.

Advertencia de nuevos episodios similares, consejos para otros peores que llegarán, vecina amante de mi padre que me anima, vuelta a casa por falta de camas o ganas en el hospital y llanto eterno que se pierde en una almohada que, como yo, tiene que estar preparada para tiempos peores. Tiempos de sufrimiento, de vida y amor que se diluyen en medio de la inmensa pena que me asola. Y a solas sufro mi condena, y a solas la pienso mantener, y a solas transcurren los siguientes días, a pesar del eterno acompañamiento de Carmela. Días en los que me obligo a tratar de asumir lo que nadie está

capacitado para aceptar, lo inevitable.

Mucho me temo que no me queda otra que habituarme al monótono estado de melancolía que me espera. Y eso será lo peor: la espera.

Capítulo 30

Al día siguiente, y al siguiente y al siguiente, me levanto provista de parte del ánimo y de la fuerza de voluntad que me harán falta para afrontar lo inevitable. Y es jodido saber que la muerte no será lo peor. De hecho, temo afrontar el día en el que pueda llegar a desear que se marche de mi lado y regrese con mamá. No es descartable, teniendo en cuenta todo lo que me contó el doctor. Algo que ya tendría que haber contemplado, pero lo cierto es que nunca me preocupé por los síntomas del futuro, a excepción del que podría originar un escenario en el que papá no me recordara. A mí: su hija, casi su única hija, teniendo en cuenta la nula implicación de Rocío. La misma vecina parece compartir más genes conmigo que ella. Pobre Carmela que, una vez superado el susto inicial, no ha dejado de estar a nuestro lado. Se ha redoblado para atender a papá y para animarme a mí. Es más, ya parece vivir aquí. Sólo pisa su casa para dormir. Y creo que por respetarme.

Al cuarto o quinto día después del incidente me pidió permiso para ausentarse, con la idea de poder hacer la compra de su casa. No sé para qué quiere comprar cosas que caducarán en su frigorífico, pero bueno, he de respetar su decisión. Aseguró que podría hacerle falta en cualquier momento, aunque vive directamente en nuestra casa.

En cuanto a papá, recuperó la movilidad de las piernas el segundo día posterior a su caída. Sin embargo, ya no camina con la misma facilidad que antes. Su aparato locomotor ha dado un paso atrás. Sus movimientos son más torpes en todos los sentidos, las palabras se pisan unas a otras al salir por su boca, mientras que los olvidos y despistes son ya el pan nuestro de cada día.

Ya han pasado dos semanas desde la caída. La herida del pómulo de papá ha cicatrizado, aunque la de mi corazón sigue abierta. Por todo. Me veo sola porque sola me quedaré cuando muera papá. Por más que me animen Carmela o mis amigas, aunque Rocío y yo hagamos las paces, incluso a pesar de que Linda sobreviva a su decadencia y me sustituya por papá, estaré y me sentiré sola.

Y no será porque Phil no haya insistido. Me ha escrito todos los días e incluso me llamó hace una semana, pero no acepté su llamada. Anteayer, incluso, consiguió de mí una sonrisa de tonta enamorada, pese a no ser él quien arranque los suspiros que hasta mis labios llegan desde el corazón. A

las nueve de la mañana sonó el portero automático y me desperté sobresaltada, a pesar de que fue Carmela quien contestó. Suele entrar en casa a las ocho de la mañana de cada día.

—¿Quién era? —le pregunté.

—No sé. Ha preguntao por ti y viene pa`riba.

Cuando me puse la bata y abrí la puerta, esperando que se tratara de alguna notificación del SAS, me encontré a un chico de los que llevan comida a domicilio. Extrajo de una bolsa isotérmica un vaso de plástico cerrado que contenía chocolate, un recipiente repleto de churros y una nota en un sobre cerrado en la que rezaba lo siguiente:

«Creo que esto es lo más parecido a llevarte el desayuno a la cama. Lamento decirte que el ramo de flores te llegará después. Te echo mucho de menos. Llámame al menos y nos decimos guarradas por teléfono. Estoy muy desanimado sin sentir el roce con tu piel y apenas me apetece tocar a otras. Con decirte que no follo desde ayer...

Te envió un beso con lengua.».

Una reproducción chapucera del característico logo de la lengua con la que los Rolling Stones pasarán a la historia, además de por su música, cerraba una nota cuanto menos peculiar. Ya no sólo por dejar claro que Phil siente por mí algo más que deseo, sino porque el descaro de sus palabras y el dibujito final lo definen a la perfección. Dicho logotipo representó en su día una revolución, plasmada en una desvergüenza similar a la que define a Phil.

A pesar de todo, no llegué a llamarle porque sabía que terminaríamos quedando para vernos y follando como locos. Lo cierto es que me apetece mucho. Ya no por gozar del sexo de calidad que él me ofrece, sino por descansar un poco la mente. No obstante, he querido que pasen unos días más, hasta que no observe una mejora evidente en el estado de salud de papá. Una que ni llega ni se le espera. Más bien, creo que Carmela y yo tendremos que acostumbrarnos a los achaques que soportaremos hasta el final. No tiene sentido entonces esperar algo que nunca llegará.

He decidido pues que hoy es el día en el que tengo que volver a sentirme viva. Como sé que Carmela no sólo evitará cualquier objeción, sino que además me animará, como lleva días haciendo, decido enviar un mensaje directamente a Phil.

«A las 9 en tu casa. El desayuno quizás no, pero espero que cocines una cena deliciosa para mí. Ah, y quiero el regalo prometido. Iré sexy... ;)».

Clara y concisa. Aunque en un principio creí oportuno vernos en el Dreams, todavía no me veo capacitada para hacer vida social. De hecho, a las chicas les escribí un mensaje con la excusa perfecta del empeoramiento de papá. Les pedí por favor que no vinieran a apoyarme porque no quería que lo vieran en su estado actual. Quiero comenzar desde ahora, en el peor momento, a hacer las cosas con un poco más de sentido común. Lo último que me apetece es contar el tercer polvo frustrado en el Dreams por culpa de un bajonazo. Además, quién sabe lo que puede ocurrir. Con suerte, Phil no comenta nada a Cris y puedo verlo de nuevo. Cualquiera diría que soy masoquista, pero tengo una especie de necesidad de volver a verlo y perderme en la inmensidad de su mirada gris.

Tal y como prometí a Phil, me visto bastante sexy, con una minifalda negra a mitad de muslo y una blusa blanca ajustada, sin sujetador debajo. De no ser por la cazadora de cuero también ajustada que me pongo encima, cualquiera podría empinarse al ver transparentados mis pezones en medio del contorno de unos senos perfectamente marcados. Me obligo a dejar atrás el pasado y a desterrar de mi cabeza a Perico al más mínimo indicio de que pueda aparecer la alargada sombra de su ruindad.

Cojo un taxi y me cuelo en su casa justo a la hora establecida. El camino lo he dedicado a autoanalizarme para saber si seré capaz de dar la talla cuando llegue el momento. Determino finalmente que no tendría que haber el menor problema. Me apetece hacerlo, estoy convencida de que a él también y no albergo excesivas secuelas de lo ocurrido aquella noche en la salida hacia Córdoba.

La puerta de abajo me la abre el conserje y me desnuda con su mirada de viejo salido. Tras la de arriba, muy a mi pesar, me encuentro con un Phil bastante cambiado. Únicamente lo consigue la chaqueta que viste y el fijador que domestica su cabello. Por lo demás, continúa marcando paquete con sus tejanos ajustados y enamorando con su sonrisa canalla. Parece evidente que ha querido impresionarme, a pesar de no haber conseguido el efecto deseado. Habría preferido que me recibiera Cris o, en su lugar, el Phil al que conozco; sinvergüenza hasta para vestir.

De cualquier modo, le devuelvo la sonrisa porque la verdad es que me alegra el reencuentro.

—Bienvenida a mi humilde morada —me saluda en su línea, tras lo cual toma mi mano y la besa. Con un solo gesto ha conseguido que viaje en el tiempo muchas décadas atrás. ¿De qué va esto?

—Buenas noches. Venía buscando a Philip. ¿Sabe usted dónde podría encontrarlo? —Enarca las cejas al comprender que no he aceptado demasiado ilusionada el cambio en su forma de vestir y proceder—. Anda y bésame como ambos estamos deseando, capullo.

Sólo entonces cambia su expresión y hace lo que le pido. A la vez que cierra la puerta con una mano, con la otra en mi cintura me atrae hacia él y devora mis labios con un apetito que logra que me olvide de todo. Sabe cómo besar, no cabe la menor duda. De momento, he superado la primera prueba. No encajo tan receptiva, sin embargo, que conduzca mi espalda hacia la pared y, con nuestros cuerpos completamente pegados, sienta el masaje de su erección sobre mi abdomen.

—¡Ey! No quieras comerte el postre antes que el plato principal —lo detengo del camino sin retorno que habría iniciado en condiciones normales. Pero las de hoy no lo son. El cuerpo me pide algo más romántico, aunque acabemos follando como animales.

—¿No te parece apropiado que vista chaqueta? Pretendía causarte una grata impresión, después de tanto tiempo.

Pobrecillo. Soy una capulla por cortarle el rollo.

—Claro que me parece apropiado. Es sólo que no estoy acostumbrada a verte así vestido o con el pelo... así. Me gustas tal y como te conocí.

—Entonces, ¿por qué me has detenido? Te habría follado aquí mismo, contra la pared —confiesa, muy lejos de sentirse mal, recuperando su sonrisa más canalla—. Joder, si hasta puedo imaginarme asustado al vecino al ver aparecer mi polla en mitad de su salón al atravesaros a la pared y a ti —bromea a lo bestia, tratando de recuperar su identidad.

—Lo sé, pero...

—He sido muy directo y después de lo que... Lo lamento. No tendría.

Pongo un dedo sobre sus labios y evito que continúe disculpándose. Una vez compruebo que no insiste, me acerco a él y le doy un beso demasiado casto. Lo suficiente para que no se venga arriba de nuevo.

—¿Estamos solos?

Asiente en repetidas ocasiones, forzando una sonrisa de oreja a oreja. A mí, en cambio, me cuesta dedicarle una media sonrisa. Pensé que quizás...

—Al menos, hasta el tercer o cuarto polvo.

—Sabes que al segundo ya tengo que recoger tus restos con cucharilla —me burlo, procurando que no se me note la decepción por el hecho de que no esté Cris.

—Ha viajado y, al igual que yo aquella noche, tomará el último vuelo, así que no podemos entretenernos demasiado.

Guiño, guiño y sonrisa traviesa.

Menos es nada, aunque no sé si por entonces estaré aún por aquí. Prisa no tengo, desde luego. Carmela me sacó una carcajada al exigirme «que no regresara a casa hasta que no tuviera el chocho lleno de ampollas». A pesar de su chabacana forma de bromear, lo hace de forma tan natural que terminas acostumbrándote e incluso te suena hasta normal.

Después de intentar sonsacarle sobre la cena, me pide que lo acompañe al salón. Me sorprende al descubrir la mesa rectangular vestida y decorada para la ocasión, con dos velas que se interpondrán entre nuestras miradas durante la velada. Ha situado los cubiertos en los extremos, prefiriendo la formalidad a la cercanía.

Tras descartar la opción que me ofrece de escuchar música de fondo, se ausenta durante unos minutos hasta que aparece portando unos manjares al nivel del chef más exigente. Gallo «nosequé» con patatas ahumadas, todo regado con un vino que no había escuchado en mi vida. Luego desaparece de nuevo y regresa con un plato de jamón, un cuenco con aceitunas y una botella de vino que sostiene con el brazo pegado a su costado.

—Un pequeño toque de tu tierra para que te sientas como en casa —aclara—. Si te apetece antes una sopa, me bastan cinco minutos para...

Mi doble negativa con la mano y la cabeza es suficiente para frenar su ofrecimiento y dar por iniciada la cena.

El jamón de Jabugo, grasiento a más no poder, está de vicio, mientras que apenas pico un par de aceitunas. En cuanto al plato principal, Phil me demuestra que no sólo folla a las mil maravillas, sino que también es capaz de ganarse el estómago de una mujer. Este hombre es un conquistador nato. Sabe despertar los apetitos de un mujer y aderezar la relación con las

carcajadas que consigue con su desvergüenza. Una virtud convertida en modo de vida. Resulta tan natural su descarro que, de tener Carmela dos siglos menos, harían una pareja perfecta.

—Viajáis mucho, ¿no? —me intereso a punto de dar buena cuenta del flan de huevo que elijo como postre.

—Somos ambiciosos y no nos limitamos a tener un simple local de intercambio de parejas. Eso requiere de cierta inversión si quieres expandir tu negocio.

—Entonces, además de para nutrir al Dreams de «juguetitos», me estás diciendo que salís de viaje a buscar pasta.

—Yo no lo habría resumido mejor.

—No parece que os vaya mal —observo mirando a mi alrededor—. ¿Tanto dinero hace falta para tener contento a todo el mundo follando?

—Nadie hace nada gratis en esta vida —me recuerda esquivando mi cuestión—. ¿Te imaginas lo que me ha costado el cinco jotas que te has zampado?

—¡Ey, que yo no soy ninguna puta! —censuro su broma, no muy acertada, teniendo en cuenta mi delicado estado emocional.

—Ups, creo que he extraviado mi ingenio —reconoce—. Pero es que hoy estás tan preciosa que me nublas la mente y no me siento capaz de razonar con normalidad.

—¿No será la botella de vino que te has zampado casi entera?

Al atacarle por ahí, recuerdo de forma inevitable al último hombre que se pasó con el alcohol estando a mi lado. Él lo percibe en mi expresión y sale a mi encuentro.

—¡Ey! Yo no soy como él —me advierte llegando a mi encuentro de inmediato y acariciando mi mejilla.

—Lo sé, tonto. No eres tú. Soy yo, que aún no estoy muy católica.

—¿Qué tiene que ver esto con la religión? —me interroga extrañado.

—Déjalo. Es sólo una expresión. Además, en lo último que pensaba ahora mismo era en Dios, en la religión o en el cielo —apunto justo antes de lanzarme al vacío—. De hecho, no sé qué demonios estás esperando para besarme y conducirme hasta las puertas de tu infierno.

Capítulo 31

Lo cierto es que, teniendo ya claro lo que me apetece en este momento, puedo llegar a comprender la expresión desconcertada de Phil. Cuando llegué, me habría follado nada más cruzar la puerta, pero yo misma lo detuve. Y eso teniendo en cuenta lo que le dije acerca del regalo en mi mensaje, que doy por sentado que se trata de algo relacionado con el sexo. Debe de pensar que estoy hecha un lío y no le falta mucha razón. Aunque quiero, todavía existe un algo que retiene mi habitual descaro.

Quizás por eso cierro los ojos cuando su mano desciende con lentitud desde mi mejilla a mi cuello. O puede que sea la caricia en sí, más cargada de sensibilidad que las ocasiones precedentes, en las que hemos practicado sólo sexo. Es posible que esta vez se trate de algo diferente. Pero yo necesito sexo. Aunque los prolegómenos sean delicados, requiero de sexo salvaje que sacie el ansia que he albergado durante un tiempo. Creo que por eso dejo reposar mi cabeza sobre el respaldo de la silla que ocupó, ofreciéndole la totalidad de mi cuello para que haga uso de él a su libre albedrío. De mi cuello o de lo que le apetezca.

—Desde que te quitaste la cazadora y me deleité con la constante lucha de tus pezones, intentando rasgar la blusa con su rigidez, he tenido que intentar evadir mi mente para no perder la razón.

A pesar de sus palabras, puede que, a partir de ahora, la extravíe por completo en el paseo descendente de sus dedos en la búsqueda de mi blusa. O, más bien, de lo que oculta con dudoso acierto. Y yo lo sé, cuento con ello. Por eso arqueo mi espalda al ver que no termina de perder el control. Siento entonces el roce de la fina tela con la corona rosada de mis senos y me estremezco al imaginar que son sus manos las que me acarician. Sin embargo, no es más que una simple fantasía, ya que Phil va hoy a ralenti, cuando me ha tenido acostumbrada a arrancar en quinta velocidad.

Acaricia con un dedo, quizás dos, la zona del esternón que permanece a la vista. No hace nada del otro mundo, pero consigue erizarme la piel. Puede que esté haciendo gala de su desconocida faceta más reposada, o a lo mejor se trata de una simple cuestión de receptividad por mi parte. Seguramente sea por esto último. Mi cuerpo, vetado últimamente a cualquier tipo de disfrute, goza de lo lindo por la sensibilidad extrema que lo domina.

Cuando sus dedos alcanzan por fin el primer botón de la blusa que le separa del pecado, un jadeo escapa de mi control de forma instintiva. Parece trazar círculos alrededor del mismo, recreándose con mi sufrimiento, por lo que decido actuar. Llevo mis dos manos hasta la zona para completar lo que a él le corresponde. Sin embargo, las suyas detienen mi avance impulsivo y mi frustración amenaza con desbordarse a través de mi boca en forma de improperios.

—¡Pero...!

—Tsss —me ordena callar. Si lo que pretende es tantearme, creo que ya ha debido de quedarle claro que estoy más cachonda que una perra en celo. ¿Qué coño está esperando para darme lo que necesito?—. Dirígete al dormitorio y espérame allí.

—Pero...

—Completamente desnuda, por supuesto —me vuelve a interrumpir.

Le clavo una mirada asesina, maldiciendo por dentro su modo de proceder, aunque no tardo en relajar el semblante porque, de una u otra forma, su orden no se presta a muchas interpretaciones. Vamos a follar ya mismo sí o sí.

Le retiro la mirada simulando un desaire que no va muy descaminado y luego me dirijo al dormitorio. Sin perder ni un segundo, hago lo que me pidió y doy buena cuenta de mi ropa. Justo antes de tumbarme en la cama, se me ocurre algo, por lo que vuelvo a coger mi blusa de la silla en la que la dejé reposar y cubro con ella la pequeña lámpara de la mesita de noche. Pretendo con ello conseguir un ambiente diferente al de otras ocasiones, algo más íntimo, más... Dreams.

Me tumbo satisfecha en la cama y me dispongo a esperar a que aparezca Phil y me ofrezca otro tipo de satisfacción. La puerta está frente a mí y hacia ella dirijo mis ojos, aunque el rey de la fiesta se hace de rogar. Mientras, me entretengo observando cómo sube y baja mi pecho agitado. Sonríó al descubrir mis pezones completamente erectos, flanqueando en mi línea de visión ambos extremos del marco de la puerta.

Y por fin aparece quien espero con ansia, con un apetito desconocido. Al menos, durante los últimos años de mi vida.

Por un instante y antes de que abra la boca, tan desnudo como yo e

increíblemente erótico, como el pensamiento que me aborda de improviso, imagino a Cris apareciendo tras de él. Tan dispuesto y hambriento como Phil, aunque con una mirada más intensa e inescrutable que la de su mejor amigo.

Pero nadie se esconde a su espalda, aunque no por ello voy a permitir que me fastidie la noche. He venido a disfrutar y eso pienso hacer.

Camina hacia mí decidido y, como en las ocasiones anteriores, no puedo evitar que mis ojos se posen en su sexo. Lo cierto es que lo tiene enorme. Puede que, de aquellos con los que me he acostado, sea el hombre con la polla más grande. Seguro. Aún me pregunto cómo puede asumir eso mi cuerpo.

Tengo que alzar la vista para no perder la cabeza ante un foco de atención de semejantes proporciones. Y entonces descubro su expresión. Diferente, frágil, ¿enamorada?

Sea cual fuere la razón, le incomoda porque es la primera vez que rechaza una batalla ocular. Clava por tanto sus ojos en la mesita de noche.

Cuando por fin llega hasta mí y a punto estoy de indagar si le ocurre algo, observo que adelanta un brazo y lleva su mano hasta el cajón superior de la mesita. Descarto pues la idea anterior de que hubiese desviado la mirada por una especie de vergüenza desconocida en él.

—Tienes ahí guardado mi regalo —entiendo.

Rehúsa contestar o siquiera mirarme. Lo cierto es que está hoy muy raro. Quizás le haya ocurrido algo en el tiempo que hemos estado sin vernos. Luego le preguntaré, pero lo que me interesa ahora es que deje ya su parsimonia y me dé candela.

—¿Qué es eso? —indago cuando veo que saca del cajón algo cubierto de tela negra. Lo extiende para que el objeto responda por él al mostrar todo su contorno—. ¿Un antifaz? Yo nunca... No creo que... Prefiero mirar a la cara a quien me tiro —le dejo claro.

—No tienes nada que temer —me tranquiliza.

—¿Temer yo? ¡Ja! No es eso, sino que... Lo cierto es que me encanta el sexo, ya lo sabes, pero el convencional.

—Eso es porque no has probado otras alternativas. No voy a hacerte nada que no vaya a gustarte.

Quizás porque ha recuperado su sonrisa, al final relajo el semblante y

me incorporo sobre la cama, dándole con ello mi consentimiento para que cubra mis ojos.

—¿Este era mi regalo?

—Hoy no es un buen día para darte tu regalo.

—¿Por qué?

No contesta. En lugar de hacerlo, se limita a cubrir mis ojos y retirar de mi rostro los mechones más traviesos.

—Muy... —dice de pronto. Me quedo esperando un par de segundos a que complete su observación, pero no lo hace. Definitivamente, hoy se está comportando de un modo muy extraño.

—¿Muy qué?

—No dije «muy», sino mooi —aclara vocalizando como si hablara con un niño—. Preciosa en neerlandés, la lengua Flandes: mi tierra.

—Gracias, aunque pensaba que en tu país se hablaba el francés, que, además, suena más erótico.

—Je veux tout de toi —me susurra al oído con un erotismo que me destroza, a pesar de que no tengo ni puñetera idea de francés, pero lo reconozco a leguas—. Tes paroles, tes bisous, tes câlins et ton coeur —finaliza besando mis labios con más sensibilidad que pasión.

—¿Qué significa?

Vuelve a no contestar. Y no permite que yo insista porque también vuelve a besarme, poseído por el apetito que, ahora sí, por fin lo domina.

Pese a todo, es un beso diferente. Intenso, pero más pausado, como más apasionado. Resulta incluso embriagador, hasta el punto de que no llego a notar cuándo accede su lengua al interior de mi boca. Envuelve con su calidez a la mía, juega con mi lengua, la saborea y profundiza en mi ser hasta conseguir que perciba sensaciones muy extrañas.

Un atisbo de temor me sobreviene y él lo percibe, quizás por un cambio en mi receptividad. Involuntario, de cualquier modo. Es por ello que atesora entre una de sus manos el seno que queda libre del contacto con su pecho, inusualmente reposado. Con respiraciones profundas pero calmadas, difiere de otras ocasiones en las que ya se mostraba agitado a estas alturas de la película. Precisamente, de película parece ir transcurriendo nuestra relación

de hoy y eso me asusta. No quiero ni pensar que...

—No puedes imaginar hasta qué punto te deseo —confiesa de pronto, cuando por fin libera mis labios para atrapar con los suyos ese pezón que tanto demuestra desear. No hay día en el que no lo haya succionado como poseído, preso del apetito voraz que le provoca desde siempre mi pecho—. No puedes hacerte la más mínima idea de cuánto he echado de menos el delicioso sabor de tu piel.

—Yo también he añorado el dolor de tetas que me dejas luego —bromeo como escapatoria al insólito vínculo que está logrando crear entre nosotros. Como siempre que me abordan los nervios, tiro de mi vena payasa al sentir el temor que me provoca la certeza de que el «sólo sexo» esté yendo hoy un paso más allá.

—Estás deseando que te folle como una bestia —confirma lo evidente —, pero estás temerosa —sentencia lo que ni yo misma quiero pensar—. Déjate llevar —me solicita.

—Tampoco es para tanto. Sólo es un antifaz —me voy por la tangente.

—Sabes que no hablaba de eso.

Justo después de asesinar la sombra de mi sospecha, libera por fin mi seno y pasea su lengua ardiente por la parte alta de mi abdomen. Ahora sí, el dichoso antifaz logra su objetivo de hacer que me revuelva como una serpiente, ante la incertidumbre de lo que esté por venir. Si le mirase a los ojos, sabría si me va a follar ya mismo, si va a situar su pene frente a mi boca para invitarme a una degustación gratuita o si, por el contrario, será él quien se anime a hacer algo de lo que no es muy amigo. Teniendo en cuenta el sentido descendente que toma el fuego que derrama sobre mi piel erizada con su lengua, tengo la impresión de que se trata de esto último.

Al llegar a la parte alta del pubis, su lengua se emancipa de mí, a pesar de no detener su descenso. Lo sé porque ahora es su respiración, tórrida y aún bastante apacible, la que toma el relevo y acaricia la zona. Pese a que me pondría farruca mirarle a los ojos en este momento, a las puertas de mi sexo, tengo que reconocer que me está encantando permanecer ajena al devenir del maravilloso martirio sexual al que me somete.

Dibuja círculos con su aliento alrededor del punto más sensible de mi cuerpo, a ratos coge aire y luego sopla para derramarlo sobre su foco de

atención. No hace falta mucha imaginación para saber cuál debe de ser, pero no pongo la mano en el fuego porque permanezco ciega. No descarto que en este momento esté observando mis gestos, mis reacciones a los estímulos que me procura. Puede que por eso quisiera cubrir mis ojos.

—¡Ahhh!

El gemido que escapa de mi control es la reacción más lógica y esperada cuando siento el roce de la punta de su lengua con mi clítoris. Una breve caricia con la que ha conseguido activar hasta la última terminación nerviosa de mi cuerpo. Sin embargo y muy a mi pesar, no continúa y me crispera los nervios sentir de nuevo sus soplidos sobre la zona, extremadamente sensible ya.

—¡Ufff! —¡Otra vez lo ha hecho! Pero ¿por qué no sigue?—. Continúa, por fav... ¡Ahhh! ¡Dios! ¿Por qué me martirizas?

—¿Eso hago?

—¡Sí! —confirmo con la voz temblorosa porque vuelve a rozarme con la punta de la lengua—. Es decir, me gusta mucho, pero... ¿Qué diablos?; ¡me encanta, pero no así!

—Si no te gusta así, puedo dejarlo y ya veremos qué podemos hacer.

—¡No! —me impongo de inmediato—. Sigue.

—¿Que siga así? ¿No dices que no te gusta de este modo? ¡A ver si te aclaras! —exclama simulando extrañeza. Puedo imaginármelo descojonado, luciendo su sonrisa más canalla, observándome divertido con esa mirada traviesa tan peculiar y embaucadora.

—Quiero que sigas, pero sin parar.

—¿Que siga haciendo qué? ¿Te gusta que te sople? Dime lo que quieres que te haga —me tienta. Tiene que ponerle cachondo oírmelo decir y no le voy a privar del gusto. ¡No me voy a privar del gusto!

—¡Quiero que me comas el coño, joder!

—Muy explícita y tentadora. Sí señora, aunque no me llamo joder.

—¡Cómeme el coño, Phil! Por favor —añado suplicante. Joder, con lo que yo he sido con los tíos y ahora—... ¡Ahhhh! ¡Así, sigue, no pares!

Como es lógico, no responde en esta ocasión, tan sellados a mi sexo como permanecen por fin sus labios. Su lengua, en vez de ayudarme a poder

articular sonidos en forma de palabras, los provoca en mí a modo de intensos gemidos. ¡Joder, me siento como un puto juguete a su completa merced! «Aprietas este botón y la muñeca baila. Aprietas este otro y la muñeca canta». Él, mi dios del «sólo sexo» succiona mi pequeño botón sonrosado y yo doy botes sobre la cama en una posición más propia de la niña de El exorcista.

En una de las ocasiones en que mi cuerpo queda encorvado, haciendo el puente como cuando era niña, aprovecha la posición para situar una mano en mi culo y otra, como no podía ser de otra forma, en uno de mis senos. Un pecho que le entrego turgente debido a mi indecorosa postura, puntiagudo por culpa del irrefrenable deseo de ser devorada por aquel que despierta semejante pretensión. Y no por bisoña en tales prácticas, según las cuales ya visto galones, sino por el erotismo con el que lo hace, la pasión que me regala con cada húmeda caricia, la entrega y dedicación desinteresada que incluso consigue asustarme. Las pocas veces que protagonicé cunnilingus duraron poco porque no fueron más que simples invitaciones a las posteriores felaciones. Pero Phil no parece albergar dicho anhelo. Se nota que pretende conseguir mi disfrute pleno y lo está consiguiendo. Que alguien mire antes por mí que por sí mismo es lo único que está evitando que goce al cien por cien. Será porque no estoy habituada. ¡Qué demonios! Nadie se preocupó jamás por lo que yo pudiera sentir, a excepción de mis padres o de Rober.

¡Joder!, jamás había sentido algo similar al cosquilleo que me recorre todo el cuerpo con lo que me hace ahora. Traza círculos alrededor del clítoris y, a continuación, aprieta con fuerza la punta de su lengua sobre el centro de mi placer. Arriba y abajo, arriba y abajo, incrementando el ritmo hasta invitarme a perder la razón.

—¡No te corras! —me suplica—. No aún.

Claro, como si fuera sencillo controlarlo con lo que me hace. Y si, además, habla sin apenas retirar la boca de mi sexo, las vibraciones que producen sus palabras en la zona convierten en imposible la misión que me pide.

—Estoy a punto —le advierto entre constantes e intensos gemidos.

—Puedes aguantar. ¿Dónde está esa máquina del sexo de la que presumías?

—Derretida entre tus labios.

—¡Aguanta! —repite, con tono imperativo en esta ocasión.

—¡Me voy!

—Sólo un poco más.

Resulta utópico que pueda mantener durante más tiempo el torrente que amenaza con derramarse sobre quien, precisamente, ataca los cimientos de mi capacidad física. Las contracciones que provoca su maestría sobre mi cuerpo bien podrían calificarse como convulsiones en toda regla. Está consiguiendo llevarme al límite, hasta el punto de que parezco poseída por algún tipo de ente demoníaco. Entre tanto movimiento serpenteante, el antifaz logra desprenderse hacia mi frente al rozarme desatada de placer contra la almohada, dejando entrar la luz cegadora a través de mi ojo izquierdo. Pese a que casi no puedo controlar ya un solo músculo, los del ojo actúan por su cuenta y lo abren por instinto. No puedo evitar que mi pupila apunte en dirección a mi entrepierna. Es una situación tan erótica ver su pelo rubio enterrado entre mis piernas, que no soy capaz de soportar sus placenteras acometidas durante más tiempo, así que decido dejarme llevar hacia el dulce abismo al que me conduce sin remedio. Pero justo cuando siento que estoy a punto de desbordarme sobre mi amante, él se detiene y, en un rápido movimiento, se pone a mi altura para penetrarme con una única y profunda embestida.

—¡Ahora! —me exige—. Córrete ahora para mí.

—¡Sí, me voy! —le grito al borde de la locura. Tal es mi desenfreno, que clavo mis uñas sobre su espalda a la vez que muerdo su hombro en unos movimientos reflejos incontrolables. Idénticos al que invita a mi único ojo libre a perderse sobre el horizonte de su espalda.

Y en el preciso momento en el que ambos nos corremos, de forma sincronizada y sorprendente, en mi campo de visión aparece algo que me impide disfrutar al cien por cien del mejor polvo de mi vida. ¡Alguien!

—¡Cris! —lo nombro sin ser consciente de ello. Como no podía ser de otro modo, Phil detiene el constante vaivén que mantenía en sus penetraciones, a pesar de haberse ido también ya—. ¡Cristo Dios! —exclamo para disimular, sin ser capaz de entender cómo he sido capaz de reaccionar tan rauda, después de haber quedado impactada con la fugaz visión.

—¿Qué dices?

—Sólo clamaba al cielo.

Guarda silencio un par de segundos y me hace temer lo peor. Creo que se ha dado cuenta. Aunque lo cierto es que no tendría que sentirme mal. No he sido yo quien espiaba a una pareja que follaba, para luego desaparecer como quien no quiere la cosa

—Entonces te ha gustado.

—Me ha encantado, cielo.

Intento dar soporte a mi aseveración revolviendo su pelo ya arremolinado, pero lo cierto es que he terminado con un extraño sinsabor. Una sensación amarga por haber tenido la mala suerte de descubrir observándonos agazapado a quien me habría gustado tener entre mis piernas, en vez de a Phil. Pero esto es algo que jamás admitiré. No puedo hacerle eso a quien parece haber traspasado la delgada línea del «sólo sexo». Será nuestro secreto. El tuyo y el mío, maldito Cris.

Capítulo 32

¡Qué ojos, qué mirada! ¡Joder!, puedo sentirlo traspasándome con una simple mirada. Qué verdad es esa de que una imagen vale más que mil palabras. Expresaban tanto sus ojos en el escaso segundo que pude observarlos en la distancia. Aún me pregunto, de hecho, cómo diablos pude intuir todo su contorno, incluso hasta el punto de ver el gris embriagador de sus iris.

Deseo, envidia, celos y hasta incluso dolor. ¡Cuánto expresaba esa mirada!, añeja, anclada en el blanco y negro, en aquello de que cualquier tiempo pasado siempre fue mejor.

¿Qué te ocurrió, Cris? ¿Tanto dolió para que te encerraras bajo tu hermética mirada anacarada, hasta el punto de oscurecerla? ¿Qué te ocurrió?

—¿Y esa música tan triste? —me oigo decir, a lo que un Phil al que ya no entraba en mis recuerdos responde con una extraña protesta—. ¡Nos hemos quedado dormidos!, ¿pero cuándo?

Compruebo que la música sigue presente. Entiendo entonces que no formaba parte de mis elucubraciones en duermevela.

¿Qué hora es?

Noto el gélido abrazo de la madrugada primaveral al destaparme, por lo que cubro mi cuerpo con lo primero que pillo, que resulta ser una camisa blanca de Phil. ¿Phil también sabe vestir bien?

Me abrocho los botones justos para cubrir mis zonas nobles y salgo descalza del dormitorio sobre el suelo enmoquetado. Al igual que me la encuentro, veo oportuno dejar la puerta cerrada cuando salgo. Ya fuera, reparo en mi aspecto y en lo que Phil podría llegar a pensar si, por casualidades del destino (o porque realmente es lo que instintivamente deseo), me encontrase de esta guisa charlando con Cris, después de haber cerrado la puerta de su dormitorio. Ya no digamos si nos encontrase...

—Deja de hacerte pajas mentales, Lucía —me digo en un susurro—. Acabas de echar el polvo de tu vida hace un rato y ya estás volviendo a pensar con la pipeta.

Oigo más fuerte la música, aunque no creo que lo suficiente como

para haber hecho las veces de despertador. Suena triste, clásica, hermosa.

—¿En escuchar música inviertes tus desvelos, Cris?

Voy casi a oscuras, pero ya me conozco bien esta zona de la casa como para caminar a ciegas. Aunque lo cierto es que, en parte, voy guiada por el sonido de la música. Parece increíble que esté siendo conducida por la especie de raíl transparente y embriagador que perciben mis oídos. A pesar de todo, mis brazos alzados me preceden porque desconozco en su totalidad el gigantesco apartamento que comparten Phil y Cris. De hecho, la división pactada como personal para el segundo es la que todavía no he podido visitar. En su día, Phil se aferró al celo de Cris con su privacidad para no mostrármela.

A excepción de un par de destellos en los que se mostró casi humano cuando coincidimos, su hermetismo llega a ser molesto. Me turba que alguien pueda llegar a ser tan antisocial. Aún recuerdo nuestro primer encuentro en la calle Sierpes. Sólo le faltó mandarme a tomar por culo. Vale que me puse muy pesada, siendo aún una completa desconocida para él, pero saltaba a la vista que le molestaba mi presencia. Lo que en un principio achaqué a su intento por proteger sus actividades cibernéticas, el tiempo y los hechos terminaron por asociarlo a su incapacidad para compartir el aire que respira. Al menos, con alguien que no sea su inseparable amigo.

—¿Será igual en la cama? —me pregunto intrigada.

Lo descarto de inmediato cuando recuerdo que Phil me contó, medio en broma medio en serio, que han compartido mujeres. Tampoco es de extrañar, teniendo tan a mano el Dreams.

—Tiene que ser increíble el dos por uno —fantaseo, pese a que nunca me he planteado compartir cama con más de un hombre.

Tan turbadores pensamientos desaparecen cuando mis manos chocan contra la puerta que delimita la zona prohibida. Aunque más bien creo que me ha entrado vértigo al verme enterrada entre dos cuerpos fibrosos, masculinos nivel dios.

Al abrir la puerta con cuidado de no hacer ruido, la música se hace más audible y me obligo a cerrarla con rapidez para no despertar a Phil. Accedo a un pequeño pasillo, al fondo del cual se advierte un exiguo torrente de luz que proviene de una estancia adyacente. Avanzo con cautela, a pesar de advertirse buena parte del camino enmoquetado. Al llegar al fondo, me

detengo justo antes de la habitación en la que imagino a un Cris adormilado bajo los efectos del narcótico sonido musical. Ahora suena fuerte la composición, muy fuerte. Y triste, muy triste. Asomo la cabeza y no observo nada que me llame la atención. En primer plano, un sofá de considerables dimensiones y una mesa de centro en lo que se advierte como otra especie de salón. Varios cuadros adornan una estancia sobria con paisajes alpinos que se intuyen vagamente, gracias a la luz proveniente de la calle. Pero ni rastro de Cris, lo cual activa todos mis músculos y los tensa al imaginarlo sorprendiéndome por la espalda al intentar espíarle. Pese a que ya lo hizo antes él, vuelvo la mirada hacia el oscuro pasillo para saberme sola en mi operación de espionaje. Una vez verificada mi soledad, doy otro paso adelante para sortear el mueble que no me permite ver el salón en su totalidad.

Es entonces cuando me percató de que no se trata de una habitación completamente rectangular. Al fondo, donde acaba la pared de la izquierda, sobresale lo que parece un piano. Entiendo entonces que la música no proviene de un aparato musical, sino que es el propio Cris quien está acariciando con la dulzura de sus dedos las teclas para crear la pieza más melancólica que jamás haya llegado hasta mis oídos. Avanzo un paso más y, a pesar de imaginar lo que verían mis ojos, la mano derecha va directa hasta mi boca ante la sorpresa de descubrir un cuerpo totalmente desnudo y sentado frente al piano.

La imagen me resulta tan conmovedora como imponente. Después de haber sido presa de las extrañas sensaciones que me provocó al descubrirle oculto mientras follábamos, lo último que esperaba era encontrarlo así. Pese a no verle el rostro y apenas ser capaz de distinguir la belleza de su cuerpo atlético en penumbra, me provoca tristeza verlo tan vulnerable. Esto hace que me sienta mal, aunque no soy capaz de retirar la mirada y regresar por donde llegué. Siendo el juego de luces y sombras sobre su cuerpo una de las escenas más eróticas que he visto en mi vida, si no la que más, es otra razón la que aferra mis pies al suelo y mis ojos a él. Creo que la visión muestra la imagen más cercana al verdadero Cris. Un Cris atormentado por algo que debió de ocurrirle en el pasado, un Cris que se abre en canal a la oscuridad para mostrar a través de la música lo que siente en lo más profundo de su alma.

Cuando las últimas notas lloran sobre el teclado y el silencio más absoluto se apodera de la penumbra, el pianista más sensual de la historia se

queda por fin inmóvil. Sólo un par de segundos antes, su cuerpo desnudo creaba poesía con sus movimientos acompasados de manos y pies. Ya murió el embrujo que provocaba el juego de luces y sombras sobre su cuerpo fibroso en movimiento. La quietud y el silencio son los que ahora...

—¿Está llorando? —me oigo susurrar descuidada al advertir su respiración agitada a través de las arrítmicas expansiones de su espalda.

Por un momento siento terror, ya que hace el amago de girarse y me obliga a esconderme de nuevo tras el costado del mueble. Uno que resulta ser una repisa repleta de libros. Lo descubro al intentar ocultarme con poco acierto, debido a su estrechez. Por suerte, el piano y su domador se adentran en la península del fondo del salón. De no ser por eso, puede que me hubiese descubierto. Aunque no habría sabido cómo salir del aprieto, no estaría mal que se girase y me reprendiera tan de frente como mágicamente desnudo.

En medio de mis divagaciones, las tristes notas musicales vuelven a apoderarse del silencio para, según parece, repetir la pieza anteriormente interpretada. Siento ganas de acudir a su lado para abrazarle y consolarle, de prestarme para ser la almohada en la que seque sus lágrimas, de oírle y tratar de entender su dolor para hacerlo mío.

Suena muy bien, pero no puedo olvidarme de la realidad: parece no querer ningún tipo de relación conmigo y me estoy tirando a su mejor amigo.

Decido pues controlar mis impulsos y regresar a la cama con quien sí disfruta de mi compañía. Al menos, en lo que al sexo se refiere, ya que no existen dudas entre nosotros de que no es el hombre de mi vida. Su lema y sus actos, a pesar de ciertos amagos, evidencian que el compromiso no figura en su catálogo de cualidades.

Justo antes de salir, se me ocurre una travesura que, nada más llevar a cabo, sé que traerá consecuencias futuras. Pese a todo, no puedo evitar que una sonrisa gamberra se apodere de mi semblante posterior al chasquido voluntario con el que interrumpo la triste melodía al cerrar la puerta por fuera. Puedo imaginarme su expresión de disgusto al saber con seguridad que he sido yo quien le ha espiado. Eso sí, a ver si tiene los santos cojones de sacar el tema cuando volvamos a cruzarnos.

Al llegar al dormitorio de Phil, vuelvo a desnudarme y me acurruco pegada a su cuerpo para entrar en calor de nuevo. Pese a la agradable temperatura del ambiente, me he recorrido la casa casi desnuda y se agradece

sentir otra vez el calor corporal de mi amante dormido. O eso he querido creer, pues me hacen dudar el movimiento de su cuerpo y un amago de girar la cabeza hacia mí. Con suerte, mañana no recuerda nada o se imagina que he ido al cuarto de baño. Aunque no caben explicaciones o justificaciones en el «sólo sexo», mucho me temo que Phil podría tirar de su guasa para indagar guiado por los celos. Sí, los celos, pues a pesar de nuestro volátil compromiso, una mujer sabe reconocer cierto tipo de emociones masculinas a través de una simple mirada y de pocas palabras o hechos. Y Phil es muy transparente. Se le nota bastante que se está empezando a enamorar de mí. Para su desgracia, el sentimiento no es compartido. Le aprecio, me encanta cómo folla, cómo sabe conducirme al paraíso del placer con caricias u homenajes como el que hoy me ha dedicado, lo reconozco. También me hace reír o consigue que me sienta bien con su sola presencia, aderezada por una labia capaz de ruborizar a la deslenguada que llevo dentro. A mí, respetada en mi círculo cercano por la habilidad para merendarme a los tíos. Al menos, desde que Javi pasó a los libros de una historia enterrada y olvidada.

Sin embargo, aquí estoy, con el corazón insensible, abrazada a un hombre que lo tiene todo. O casi todo. Le falta lo que a Cris le sobra: ese hermetismo en su mirada que tira de mí hacia él para desentrañar sus tormentos más profundos. Dueño de silencios que piden ser quebrados con el sonido de labios que se funden, hasta difuminar en el olvido cualquier desgracia del pasado. Poseedor de un encanto salvaje que se oculta bajo su férrea presencia, con la que llega a causar el respeto que requiere para mantenerse al margen de un mundo que parece girar ajeno a él. ¿En qué momento te bajaste de la vida, Cris?

Mucho me temo que jamás lo averiguaré. Que nunca serán mis labios portadores de tu deseo, ni mi cuerpo agraciado con el roce de tu piel.

—Salvo que...

—¿Eh? —pregunta Phil adormilado.

No contesto y con ello simulo hablar en sueños. Y eso quizás es lo que hago, pues el oportuno recuerdo de una boda inminente sitúa en el centro de mi cabeza un único objetivo, una sola palabra: celos.

Capítulo 33

Al despertarme, percibo la frescura matutina del olor a plantas que Phil debe de tener...

—¡Huele a marihuana!

—¿Te apetece un porrito para desayunar? —oigo precisamente la invitación del drogata que resulta ser Phil.

—¡Claro que no! Las drogas y yo no... Tuve un novio drogadicto y... ¡Qué bien aprendiste esa palabreja en la universidad! A saber las horas que te pasarías fumando hierba, en vez de ir a clase.

—No fumo nada. Tengo las plantas porque me gusta el olor.

—Seguro... Por cierto, ¿qué hora es? —decido cambiar de tema con brusquedad.

—La hora de desayunar —me recuerda recuperando la mejor sonrisa bajo su pelo húmedo. Parece claro que lleva ya bastante rato despierto y que incluso le ha dado tiempo de ducharse—. Te lo habría traído a la cama, pero me gustaría mantener intacta la imagen de mí que tiene mi compañero de piso y amigo.

¡Cuidao, cuidao! Caution, que diría José Mota. Mis sospechas se confirman al comprobar que casi ha entrado ya en la fase «desayuno en la cama». Teniendo en cuenta que ya superó la de «quiero conocer a tus padres», estoy a un «sí» del altar.

—¿Miedo? —indago regresando del limbo.

—¿Miedo a qué? Yo soy el dueño...

—¡Tsss! —le ordeno callar posando un dedo sobre sus labios—. ¿Qué hora es?

—Las diez. Te iba a dejar dormir más, pero...

—Pero no tienes que preocuparte de nada. ¿Estamos acompañados entonces?

—Sí. ¿Por qué lo preguntas? —me interroga de inmediato, guiado por los celos a la vista de su ceño fruncido.

—Porque no me gustaría salir a desayunar en ropa interior, o sin ella

y con sólo una camisa tuya. Tu amigo tendría un comienzo de día semejante al final del tuyo de ayer.

—Estuvo bien, ¿eh? Hay que repetir pronto.

—Luego te daré pistas de cuándo —prometo—, pero ahora me muero de hambre. Dame cinco minutos, por fa.

Y, con un beso no muy apasionado, lo invito a dejarme sola para poder arreglarme tranquila. Como no me apetece darme una ducha, decido dejarla para después del desayuno. No me gustaría que Cris se escabuliese cuando sepa que compartimos techo. Al menos, de manera oficial y de cara a Phil, pues no debe de quedarle la menor duda, después de la sesión de espionaje de ida y vuelta que ambos protagonizamos anoche.

Casi diez minutos después, me cuelo en la cocina con la misma ropa de anoche, como no podía ser de otro modo.

—Buenos días —saludo pillando por sorpresa a un Cris que se encuentra de espaldas a mí, vestido únicamente con la prenda baja de un pijama mientras que friega algo.

¡Qué espalda! Aunque lo cierto es que la luz blanca artificial le resta buena parte del encanto que poseía anoche, gracias al juego de luces y sombras que el contraluz dibujó sobre su cuerpo.

—Me he tomado la libertad de calentarte pan —me advierte un Phil en el que apenas he reparado, pese a encontrarse a la espalda de Cris, sentado de frente a mí.

—¿Qué hace ella aquí?

—Yo también me alegro de volver a verte, Cris. Porque puedo llamarte Cris, ¿verdad?

—Prefiero que me llamen Christopher.

—Oído cocina, Cris —le reto ante la mirada de «¿qué cojones me he perdido?» que luce un desubicado Phil.

—¿No has visto que preparaba tostadas? —interviene por fin.

—Pensé que te habrías golpeado esta noche y te habías levantado siendo normal —le reprocha quien parece enfadado con mi presencia.

—Anoche recibió otro tipo de sacudidas más placenteras, pero sigue tan demente como ayer —me entrometo tensando la cuerda.

—Interesante —reacciona Cris—. ¿Qué tipo de sacudidas? —decide jugar a sabiendas de lo que anoche se coció porque fue testigo oculto hasta que le sorprendí.

—De esas en las que...

—Ayer cociné la cena y... ya sabes —me interrumpe raudo Phil—, hasta convulsiones tuve.

—Pero eso no te impidió luego follarme como un animal.

Los dos reciben mi apunte con absoluto desconcierto, a tenor del silencio que se apodera del ambiente. Aunque comienzo a sentirme arrepentida por haber sido tan brusca, al observar la expresión «te has pasado de frenada» de Phil, se me ocurre una salida recurrente.

—¿Qué? —simulo sorpresa—. Vivís juntos y me consta que lo compartís casi todo, salvando la presente y medio piso.

—Al hilo del tema, Philip, anoche me preguntó Carla por ti —decide Cris no arrugarse—. No quiso hacerlo sólo conmigo porque aseguraba estar acostumbrada a dos a la vez y que, además, no sería capaz sin tu maestría para abrir su puerta trasera.

¡Qué hijo de puta! Apuesta fuerte. Y tanto que lo hace, pues muy lejos de causarle celos, ha conseguido que los sienta yo. Y no porque esa zorra de Carla eche de menos que Phil le dibuje la bandera de Japón en el kaka, sino porque he podido imaginarlos a ambos follándose a una tía que no soy yo. La verdad es que no me apetece en absoluto que me pongan el ojete con colorete, pero no estaría nada mal montárselo con ambos a la vez. Cualquiera de los dos en solitario ya representa el deseo personificado de cualquier mujer, pero si tuviera que elegir...

—Por cierto, recuerdas que esta tarde tenemos una reunión importante en casa, ¿verdad?

No hay duda. Es un cabronazo. Han debido de quedar con alguna otra puerca para tirársela juntos aquí. Seguro que se trata de alguna ricachona que no quiere pasear sus vicios ocultos por el Dreams y prefiere montárselo en fiestecitas privadas. Pues mira por dónde; ya tengo un plan imprevisto para esta tarde.

—Sí, descuida —responde Phil sin dar la menor importancia. También es cierto que no hay compromiso entre nosotros y se lo puede

montar con quien quiera.

Seguimos desayunando unos segundos en silencio, el tiempo que tardo en rehacerme para volver a la carga.

—¿Tienes cerrada alguna otra reunión para el sábado?

—No, ¿por qué?

—Se casa una de mis mejores amigas y no tengo acompañante. A título informativo —comienzo a burlarme—, conviene que tengas presente que son ese tipo de celebraciones en las que la gente se compromete de por vida y que a nosotros nos provocan alergia. Eso sí —añado—. Me ponen farruca los tíos enchaquetados y siempre suelo mojar con alguno. Preferiría que fueras tú. Más vale buenísimo conocido que malo amargado.

—No me suena haber estudiado así esa frase hecha en mis clases de español —simula hacer memoria, observando a la vez la reacción de Cris.

—Forma parte de mi faceta más creativa, de la que ya has podido conocer algo. —Le guiño un ojo y luego miro también a Cris.

¡Tocado! Esa le ha escocido.

—Tratándose de ti, siempre sabe a muy poco algo de lo que sea, por más que puedas obsequiarme.

¡Buf!, lo que me ha dicho. Tendría que estar prohibido que soltaran cosas tan bonitas quienes no tengan la titulación «hombre de mi vida».

—¿Os dejo a solas? —plantea un Cris visiblemente molesto ya.

—No, disculpa bro. Es que a veces pierdo la cabeza cuando lo quiero todo.

—¿Qué hay de malo en ello? —intervengo—. Quererlo todo es señal de ambición. Hay quien desea muchas cosas y no lucha por ninguna. Aquí les llamamos perdedores, fracasados...

—Ya, ya —me corta Phil—. Es algo universal, al igual que la necesidad del ser humano de relacionarse, de querer saber más de quienes nos rodean. —¡Peligro!—. Cuéntame... Cuéntanos algo sobre ti, Lucía —corrige—. Apenas te conozco.

—¡Hum! ¿No te basta con lo que ya sabes? Pensé que...

—Nunca está de más conocer algunos aspectos. Quién sabe si la información podría servirme en algún momento. No sé, ¿qué tipo de música

te gusta?

—Me gusta de todo, pero la clásica me enamora —miento para picar de nuevo a Cris—. Anoche soñé que escuchaba una triste balada a piano.

—¿De música clásica? —se extraña precisamente aquel a quien pretendía espolear—. La balada, tal y como se la conoce en la actualidad, es un invento relativamente moderno.

—No le llesves la contraria —me sugiere Phil—. Aquí mi amigo se crio oyendo música de Amadeus.

—¿Es ese loco de la película que ganó tantos Oscars?

—Para gustarte tanto la música de verdad, evidencias no tener ni idea —asegura con vehemencia—, cuando menosprecias de esa forma al virtuoso más grande de la historia. Mozart estaba a un nivel al que sólo unos pocos en cientos de años han podido acercarse.

—Disculpa. Me gusta oírla, pero no soy una entendida en la materia. De hecho, ni siquiera sé quién canta el dichoso «despacito». —Me observa con cara de no tener ni idea de qué le hablo y decido darle la puntilla—. De haber sabido que Mozart era tan importante para ti como para arrancarte algo más que un escueto apunte informativo, no le habría llamado loco. —Aunque sería lo más razonable, teniendo en cuenta que no parece andar muy sano de la azotea, miarma.

—No lo tomes a mal —aclara Phil para mediar—. Es uno de los personajes más ilustres de su país e incluso estudian y practican sus composiciones desde niños. ¿Sabes?, Cris tiene un piano en casa y lo toca de maravilla.

—¡Ah!, ¿sí? Es que como tengo restringida la entrada a la zona prohibida...

—A ver si algún día se anima y te toca algo.

¡Eso, a ver si me toca algo!, pero de cintura hacia abajo...

—Sabes que jamás toco en público.

—Podrías hacer una excepción —sugiere Phil—. Conmigo la hiciste. Y con Denisse, aquella francesa...

—Recuerdo perfectamente a Denisse —le interrumpe raudo—. Aquel día estaba muy borracho —se excusa—. En cuanto a ti, eres como mi

hermano.

—Me encantaría saber cómo tocas —reconozco con segundas, acompañando mis palabras con una sonrisa de medio lado y una mirada penetrante.

—Yo sólo soy un aprendiz que maltrata el piano en sus ratos libres. Si quieres oír música de verdad, podrías pedirle a Phil que te lleve al Lope de Vega el día trece.

—¿Clásica? —se interesa el aludido.

—Requiem de Mozart.

—No creo que me dejen entrar con tejanos. Además, mis ronquidos no irían acompañados y terminarían despertándome. Podrías... Podríamos esperar a que llegue la temporada de conciertos con el verano —rectifica. Creo que pretendía invitar a Cris a que fuese él quien me acompañase, pero al final ha reculado. ¿Celos de nuevo?

—Si llegáis juntos al verano, yo mismo os pagaré las entradas para ver a cualquier grupo de... ¿Cómo se dice, Regaton? —se burla—. Ya me sorprende que siga a tu lado, después de saber por qué la conociste. —Sin girar mi cabeza hacia Phil, puedo notar perfectamente que todo su cuerpo se tensa con las palabras que, con tan mala leche, ha soltado Cris. ¿A qué se refiere? Me parece que estos dos me ocultan algo—. Oh, perdón. Me temo que he metido la pata. ¿Se dice así?

—Así mismo —sentencia frustrado su inseparable compañero de piso para confirmar mi sospecha.

—¿De qué habla, Phil?

—Os dejo solos. Creo que será lo mejor.

Hablas poco, querido, me digo para mis adentros, pero cuando lo haces sube el pan.

—Y bien...

—¡Por fin nos hemos quedado solos! —celebra mi rubio acompañante—. Ven aquí; me muero por besarte.

—Déjate de besos y cuéntame eso que dice tu amigo, quien, por cierto, habla poco, pero rezuma mala baba por todos los poros de su cuerpo.

—Ya he podido notarlo —asegura—, aunque tú no te quedas corta.

Ha ocurrido algo entre vosotros, ¿verdad?

—¿Me estás cambiando de tema?

—¿Me estás contestando con otra pregunta?

—No juegues conmigo a las batallas dialécticas porque saldrás perdiendo y... —No puedo decirle que se pegará un mes sin follar porque es un golfo y no le dará un repaso a una, sino a treinta; una por día—. ¿Por qué me conociste? Cuéntamelo.

—Cuando me respondas a una pregunta —se impone.

—¿Qué pregunta?

—¿Os habéis acostado?

—¿Él y yo? —me sorprendo—. ¡Claro que no! Tu amigo es un amargado.

—Es decir, que si no lo fuera, te lo habrías follado.

—¡Yo no he dicho eso! —reacciono tan rauda como nerviosa—. Además, ya he respondido a tu pregunta y, por otro lado, los celos no hacen juego con tu poca vergüenza ni tienen cabida en la filosofía «sólo sexo».

—¿Celos yo? No, querida. Simplemente lo he preguntado porque me han salpicado las chispas de vuestro cruce de palabras.

—Tienes un amigo muy raro, cuyas palabras esconden mucho más de lo que aparentan. No entiendo por qué se comporta así conmigo, después de...

Phil aprovecha mi silencio para continuar él.

—¿Después de lo que hizo por ti? Eso te dejaría en mal lugar, teniendo en cuenta que tú no le hablabas como sor Lucía.

—Si me golpean —comienzo a justificar mi agresividad dialéctica—, reacciono de igual modo. Pero vamos, que ya nos vamos conociendo y no vas a conseguir embaucarme con tu palabrería, intentando cambiar el tema de la conversación. ¿A qué se refería Cris?

—No tiene importancia.

—Eso es algo que debo decidir yo.

—¿Qué puede importar por qué te conocí? —razona—. Lo verdaderamente importante es que nuestras vidas se cruzaron y que existe química entre nosotros. ¿No quedamos en que las explicaciones o excusas

quedarían fuera del tipo de relación que nos une? —soluciona de forma recurrente.

—Llevas razón —admito—. Pero tú y yo sabemos que él dijo eso a conciencia. Por alguna razón, quería que nos enfadásemos y lo está consiguiendo sin que llegues siquiera a contarme vuestro dichoso secreto.

—¿Hacemos un trato? —propone de forma sorpresiva.

—¿Qué tipo de trato? No me lées —le advierto.

—Te acompaño a esa boda, más elegante incluso que el novio, te emborracho, te entrego el regalo que te compré en mi país, follamos como sólo tú y yo sabemos hacer que tiemblen las paredes y...

—¡Y me lo cuentas!

—Iba a decir que, con suerte, la embriaguez y mi sexapil conseguirán que te olvides de algo sin importancia.

Le golpeo en el brazo por inercia y luego le lanzo una mirada asesina acompañada de una sonrisa que soy incapaz de contener.

—Prométeme que me lo contarás —le exijo.

—Nunca antes de asistir a la tragedia de esos pobres contrayentes, ni de celebrar luego nuestra independencia sexual.

—Suenas a despedida, pero me sirve.

—Perfecto —responde satisfecho, con cierta entonación de alivio—. Ahora, si te parece bien, te acompaño a tu casa. Tengo asuntos pendientes que debo resolver antes de la reunión de esta tarde.

—¡Es verdad! Ya me había olvidado de vuestra reunión. ¿Guarda relación con el Dreams?

—Más o menos —admite de forma enigmática. Desconoce, sin embargo, que esta tarde resolveré el misterio y que seré yo quien dictamine si la reunión guarda más o menos relación con el Dreams. Menuda soy cuando saco mi vena de periodista. Hoy los voy a sorprender, como Lucía que me llamo.

Capítulo 34

Lo que tendría que haber sido pura rutina, casi se ha convertido en un asunto de Estado. Y es que, cuando me arreglaba para acudir a esa reunión, me asaltaron las dudas. ¿Y si realmente han quedado con una mujer para cepillársela entre ambos? En tal caso, yo no puedo aparecer por allí mostrándome como alguien normal, como una mujer que podría pasar desapercibida entre cientos de ellas. Yo tendría que brillar para que lamentaran haberla elegido a ella, en lugar de a mí. Evidentemente, yo les daría calabazas en el hipotético caso de que me dijeran que me uniera a su fiestecita privada. Porque lo haría, ¿verdad, Lucía?

—Entonces, ¿sólo para eso has decidido lucirte? —me digo en voz alta, esperando a que responda alguien que quizás resida en el interior de mi cabeza. No llegan respuestas, sin embargo, que finiquiten el interminable debate iniciado cuando surgieron los miedos, que no dudas.

No sé, imagino que esa sería del tipo de tesis que no serviría de nada plantearla de antemano. Deben de ser situaciones que surgen de la nada para cambiarte la vida. No creo que pasara inadvertida, teniendo en cuenta el cambio radical que representaría para mi forma de ver el sexo. Si es que, después de todo, Phil tenía razón y soy una simple aprendiz en todo lo concerniente al sexo. No hay más que ver que no paro de estrujarme la cabeza sin saber qué podría motivar mi sorpresiva aparición.

—¿Y si no me abren? —planteo de nuevo en voz alta.

—Po cuando ladre, ya la sacaré a meá. Como siempre que me quedo con tu pare, ¡chocho! —se entromete Carmela en la interesante discusión que mantengo con... conmigo

—¿Cómo? —pregunto desorientada.

—¡Que no te preocupe por la perra, miarma! Ve y disfruta mientras pueda. Tu pare está controlaíto conmigo. Cuando venga lo que tenga que vení, ya nos la habiaremos entre las do. Porque tu hermana sigue perdía con er viejo ese, ¿no?

—Así es. Quiero llamarla luego para que me permita pasar el domingo entero con Rober. Lo extraño mucho.

—¿Un año como mucho? —entiende como quiere una vez más—. ¡Anda ya! Tu hermana no puede llevá tanto con'é porque los viejo estamo de vuelta en to y te digo yo que no aguantamo mucho tiempo a una mujé tan repelente.

—¡Cuánto sabe usted, doña Carmela! —¡Y que poco escuchas, miarma!—. Bueno, pues si está todo controlado, me voy a marchar. No quiero llegar tarde —aseguro sin tener la más remota idea de a qué hora comienza la orgía en casa de los dos tíos más viciosos y jugosos que he conocido en mi vida. Una existencia tranquila y convencional, hasta el día en el que me crucé con ellos.

Gasto parte de mis últimos recursos económicos en coger un taxi. Esto motiva que pase buena parte del camino pensando en mi negro futuro, en lugar de seguir con el debate interno acerca de lo que podría ocurrir cuando llegue a casa de Phil. Al arribar a mi destino y muy a mi pesar, no puedo eludir al portero del inmueble. No estoy en condiciones de asegurar si mi apariencia es lo suficientemente atrayente como para captar la mirada que dirige hacia mí. Basta con descubrir la expresión de salido que gasta para entender que es de esos hombres a los que se les pone gorda hasta con la Pantoja de Puerto Rico. ¡Qué asco me da!

—Los señores del ático me pidieron que no les pasara visitas —me advierte para mosquearme más aún si cabe.

—Yo no soy visita. Además —añado—. No ve usted que vengo para devolverles esto —miento, alzando a la vez la mano en la que porto una bolsa repleta de ingredientes para cocinarles mis famosos San Jacobos caseros. Bueno, en realidad es mi excusa para colarme en su casa sin avisar.

—Pero ellos...

—Pero ellos se pondrán muy contentos cuando me vean —le interrumpo de inmediato. Por nada del mundo voy a permitir que un simple conserje me desvíe de mi hoja de ruta—. He conseguido alegrarle incluso a usted, que sólo se contentará con mirarme.

Me basta con esta última afirmación para que me entregue su derrota, aunque para ello haya tenido que cambiarlo por mi reputación, al insinuar que me lo montaré con los dos.

Me olvido del conserje en cuanto se cierra la puerta del ascensor y me centro en lo que tengo previsto decir cuando me abran. Siempre y cuando que

lo hagan, claro está. Y es que he llegado a imaginar de todo, hasta incluso quedarme como una idiota tras la puerta, oyendo los gritos de placer de alguien a quien ya he llegado a poner rostro. Rubia cincuentona, de labios comerrabos con sobredosis de pintalabios, fea como ella sola y cabello hípercuidado, gracias al braguetazo que dio cuando se casó con el pringao de su marido. Vamos, otra Rocío, pero en versión fea, rica y calentorra.

Salgo del espacioso cubículo y voy directa a la puerta para acercarme al oído.

—No se oye nada —me digo en un susurro lastimero.

No sé si será bueno o malo que no pueda escuchar lo que se cuece tras el férreo portón blindado. ¿Y si ya ha acabado todo y se han marchado a terminar la fiesta en el Dreams?

—Imposible —me intento convencer—. Me lo habría dicho el cotilla que tienen de portero. O quizás no lo sabe. Podrían haber cogido el ascensor hasta el garaje sin que él se enterase —elucubro atormentándome más de lo necesario—. Bueno, lo que tenga que ser, será.

Cuando pulso el botón del timbre, el sonido rompe el silencio y sitúa mis nervios en la cota más alta de tensión.

No se oyen pasos y eso consigue que mis músculos se tensen aún más. Aunque, claro, no puede sonar ninguna pisada sobre un suelo completamente cubierto por una moqueta. Tendría que haberlo...

Suena un chasquido, imprevisto a pesar de haber llamado, y la puerta se abre para sumergirme en una especie de estado catatónico. Quizás por no esperarlo, o puede que sea por la impresionante estampa que me regala Cris con su ajustado y elegante traje gris perla.

—¿Qué haces aquí?

—Yo... —Me siento como una boba porque no soy capaz de reaccionar cuando se planta ante mis ojos un hombre tan increíble como tú.

—Estamos reunidos —me informa y, de paso, me recuerda a qué vine.

Activo entonces la primera fase de mi plan, para lo cual tengo que desviar la vista a un lado, bajo riesgo de quedar atrapada en el infierno gris de su mirada. Como si no hubiese nadie frente a mí, avanzo con paso firme y sólo me desvío un poco para esquivar un cuerpo tan deseable así vestido

como cuando pude observarlo desnudo en la penumbra nocturna. A pesar de la maniobra, no puedo evitar que choquen nuestros brazos. Tampoco la embriaguez que despierta la fragancia que desprende para colarse en mis fosas nasales y discurrir hasta mis pulmones, dejando tambaleante el órgano anexo.

—Esta mañana tuve un mal despertar y lo pagué con vosotros — explico dejándolo tras de mí—, así que he pensado que lo mejor es enterrar el hacha de guerra invitándoos a cenar. No os preocupéis por nada. Lo traigo todo en esta bolsa.

Muy a mi pesar, surge un imprevisto; siento el agarre de una mano sobre mi brazo cuando a punto estoy de alcanzar la puerta del salón.

—No puedes quedarte.

—¿Por qué? Te advierto que yo ya no me asusto ante nada, eh — exagero aprovechando para guiñarle un ojo—. Que ya me imagino yo el tipo de reuniones que tenéis vosotros.

Avanzo un poco más, a la par que oigo la voz de Phil pronunciando palabras que asocio con la lengua inglesa.

—¡Espera!

—¿Qué quieres que espere? Ya que no pareces dispuesto a presentarme a vuestra amiguita inglesa, tendré que ser yo quien dé el paso adelante. Hay San Jacobos para todos, aunque yo soy más amiga de comerme un buen flamenquín, la verdad.

Lanzo una sonrisa traviesa que complementa a mi declaración de intenciones. Acto seguido, giro la mirada a mi derecha para tratar de desvelar la identidad de la extranjera calentorra. Aunque no muy allá me encuentro yo.

¿Falda larga?

Mi sorpresa es absoluta al descubrir que sus piernas lucen cubiertas por tela blanca hasta donde nacen unas zapatillas abiertas. Desde luego, desde el punto hasta el que Cris me ha permitido avanzar, puedo atisbar que el atuendo la presenta bastante más recatada de lo que imaginé. A ver si al final la he cagado. Eso parece indicar el rostro descompuesto de Phil cuando me ve aparecer tras el marco de la puerta, pese a la presión que Cris ejerce sobre mi brazo.

—What's happening? —oigo lanzar su pregunta de primero de inglés

a una voz, aunque algo aguda, masculina.

Hago mayor fuerza para liberarme por fin del agarre de Cris y descubrir avergonzada a un árabe sentado de frente a un Phil que no sabe dónde ocultar su desconcierto y su malestar.

Lo que en un principio se presentó con nitidez en mi cabeza como una falda larga y blanca, ahora, una vez descubierto su portador, luce inmaculada para impresionarme como la túnica que es. Ni en diez años haciéndome pajas mentales habría imaginado que lo de la reunión era cierto y que se produciría con un árabe. De muy bien ver, por cierto. A medio camino entre Sandokan y el morito guaperas de La momia, me observa embelesado, mostrando la blancura de su dentadura en una bonita sonrisa que asoma entre una barba y un bigote milimétricamente recortados.

¿De dónde sacan los moldes de tíos apetecibles en el extranjero? Que no digo que los españoles no estén buenos, pero no los veo yo tan... Aunque, si me apuras, le haría un favor a Miguel Ángel Silvestre. ¡Ah, y a Pablo López! Bueno, y al Andrés Velencoso, o a Jesús Castro, el de la película El niño. ¡En hombre lo convertía yo con un buen...! Joder, estoy más salida que una perra en celo.

—Is she a girl of the game? —parece regresar de su letargo el árabe cañón, a cuya espalda descubro a dos armarios empotrados vestidos de chaqueta, con gafas y uno de esos turbantes con los que los tres cubren sus cabezas.

—¡No, no! She is my girl friend.

Odio no dominar el inglés. He podido coger alguna palabra, pero ahora mismo me siento tan desubicada como debe de encontrarse Carmela en cualquier conversación. Aunque me parece que Phil me ha convertido en ¿su novia?

No puedo evitar sonreír nerviosa ante su inesperado sentido de la posesión.

—Oh, yeah! Excuse me. She is very beautiful. I thought she was... Excuse me.

—Give me some second, please.

¡Eso lo he entendido! Le ha pedido unos segundos o algo así. Lo malo es que acaba de levantarse y se dirige hacia mí. A su vez, Cris pasa por mi

lado ignorando mi presencia y ocupa el asiento contiguo al que ha dejado huérfano Phil hace unos segundos.

—¿Me acompañas a la puerta? —me sugiere con lo que parece una orden que refuerza con su mano sujetando con firmeza uno de mis brazos.

—¿Me estás echando?

—No puedes estar aquí —intenta razonar—. Has llegado en medio de una reunión muy importante.

—Vais a vender el Dreams. De eso se trata, ¿verdad?

—Ni mucho menos. Ya te lo explicaré, pero acompáñame, por favor —me suplica con más educación en esta ocasión.

Me dejo conducir hacia donde me lleva su brazo, a la vez que oigo hablar a Cris en lo que parece un inglés más fluido que el de Phil. Una vez desaparecen de mi vista el moro y el austriaco amargado, vuelvo a la carga.

—Sólo pretendía firmar la paz cocinando para vosotros. Esta mañana no estuve...

—No sabes cuánto me alegra oírte decir eso, pero ya sabías que teníamos reunión. Pese a todo, has venido y ahora no puedes...

—Sí que puedo —le interrumpo—. Si me encierro en la cocina, no molestaré y sólo daré señales de vida cuando tú me lo digas.

—¿Servirá de algo negarme?

—Tú sabrás lo que haces —le dejo caer a la par que me inclino un poco hacia él para que mi blusa suelta le permita comprobar que no llevo sujetador—. El postre es el plato que mejor se me da —añado con picardía.

—¿También pretendes ofrecer el postre a él? —me interroga por sorpresa y con aparentes dosis de celos, cuando era una muestra de satisfacción lo que cabría esperar de alguien como él al recibir mi tentadora oferta.

—La disputa dialéctica que ha motivado mi pañuelo blanco de tregua la mantuve con él. Lo justo sería que mi invitado fuese él, pero, como lo compartís todo, podrías quedarte tú con el postre y contarle luego cómo sabía. Salvo que también quieras compartir el postre.

—Ni hablar —resuelve tajante, posesivo—. Te quiero entera para mí.

—¿Entera para ti? —repito interrogante, simulando mi sorpresa—.

¿El dios del «sólo sexo» no contempla compartir una mujer? Debe de ser muy especial para conseguir que se tambaleen tus principios más arraigados.

—¿Te gustaría ser compartida? —me acorrala desviando el foco de atención que he situado sobre sus celos crecientes.

—Yo he preguntado antes. Me ha llamado la atención que en nuestros primeros encuentros casi te colgaras una medalla por compartir mujeres y por tener una visión del sexo abierta, acorde a los tiempos que corren, y ahora seas precisamente tú quien comience a trazar los primeros límites.

—No es eso —justifica visiblemente incómodo, intimidado por mi agresiva emboscada—. Es sólo que... Disfruto como no recuerdo cuando lo hacemos y me entregas tus orgasmos —se excusa atrapando mi cuerpo con el suyo contra la pared—. Temo que repartas tu placer con alguien más y que luego me sepa a poco. No quiero que se acabe lo que me haces sentir cada vez que te corres —explica de forma explícita al estrellar su creciente erección sobre la parte baja de mi abdomen—. Quiero seguir bebiéndome tus jadeos entregados.

El erotismo y la vehemencia con la que me susurra sus anhelos más ocultos me hacen flaquear. Tanto, que me sumo a sus ganas de fiesta, haciendo serpentear mi sexo sobre el suyo, para lo cual me pongo de puntillas.

—En mi tierra, eso se llama posesión.

—En la mía, egoísmo —corrige de inmediato—. La ambición corre por las venas de cualquier hombre y tú representas una tentación demasiado grande. Eres un tesoro sexual que no merece ser compartido.

—¡Joder! —me quejo con la boca pequeña—. ¿Por qué me dices esas cosas con tanta sensualidad?

—Porque tú lo provocas —culmina con una sentencia que acompaña de un beso exigente, apresurado, hambriento hasta el punto de conseguir con su lengua que me olvide de todo y me deje llevar hasta donde me conduzca con semejante destreza. Una pericia que, más allá de su reconocida experiencia con las mujeres, parece seguir los pasos que le va marcando algo más intenso que el deseo confesado hacia mí. Algo que me da vértigo siquiera contemplar.

—¿Me prometes que no vas a salir de la cocina? —se interesa cuando

da por finalizado el beso más apasionado que me ha regalado hasta hoy.

—Acostumbro a no salirme hasta que no me corro.

—¿Cómo? ¡Ah! —entiende mi gracia justo cuando acaba su pregunta, a lo cual reacciona con una sonrisa mayor que la provocada por el chiste.

—Tenemos que probar en la cocina.

—No estaría mal, aunque te arriesgarías a que no me gustara. Esconde los cuchillos por si acaso.

—No será necesario —asegura—. Si la negociación va como debe y cerramos el acuerdo con Al Jaffar, Cris tendrá que salir de casa durante un buen rato —anticipa guiñándome un ojo para prometer con ello emociones fuertes.

—Entonces, ¿no cenaremos los tres juntos? —indago, procurando que la decepción no traspase mis labios.

—Aún es pronto. Déjalo todo preparado para que, cuando acabemos, cuentes con un espacio de tiempo libre similar al que Cris permanezca fuera. Yo sabré cómo ocuparlo.

—Tentador que amenaces con ocupar mis espacios libres —bromeo tirando del doble sentido, tras lo cual lo despido con un cariñoso beso, muy alejado en significado e intensidad al de hace un instante.

Tardo media hora en dejarlo todo preparado y la reunión parece no haber terminado. Aprovecho pues para cotillear un poco por todos los cajones, estantes y armarios que no he llegado a usar nunca.

—Nada interesante —me digo antes de encaminarme a la terraza-trastero contigua. Hasta hoy, sólo me había parado a tontear una vez con el periquito caníbal que intentó arrancarme un dedo en una de mis primeras visitas.

Algunas herramientas de las más recurrentes, un chaleco salvavidas que debe de ser utilizado por Phil cuando practica kayak, trastos varios y mucha suciedad. Menuda será la tipa que tienen contratada para limpiarles la casa. Salvo que se dedique a otro tipo de limpiezas. Más carnales, por decirlo de algún modo.

—¿Y si...?

Capítulo 35

A veces me sorprendo de mí misma. La impulsividad que gobierna la mayoría de mis actos choca de frente con el sentido común del que suelo hacer gala cuando me paro a pensar durante más de dos segundos. El problema es que acostumbro a actuar antes de contar hasta dos. No lo pienso en esta ocasión, sin embargo. Tras abrir y volver a cerrar con sigilo la puerta de la cocina, me dirijo directa a la zona prohibida. Al no tener que cruzar frente al salón y disponer de moqueta en casi toda la casa, la operación resulta todo un éxito. Ayuda también oír las tres voces distantes que departen de forma sosegada en un inglés del que entiendo una de cada diez palabras.

—¿Dónde cotilleo? —me pregunto, procurando pensar con rapidez—. Su dormitorio —decido a la vez que conduzco mis pasos hacia donde apuntan mis palabras.

Estoy segura de que ahí tiene fotos de su infancia, de sus padres o, quién sabe si de alguno de sus fiestorros sexuales. Pero tengo que darme prisa. Si me pillan in fraganti, que sea echando un ojo al piano.

Protesto mentalmente cuando compruebo contrariada que la primera puerta que abro pertenece al cuarto de baño. Normal, si no tengo ni idea de dónde está su dormitorio.

Justo antes de cerrarla, observo un pequeño recipiente sobre el mármol que escolta al lavabo.

—Su perfume.

Me acerco en un par de pasos acelerados, desabrocho la manga de mi blusa y aprieto hasta en tres ocasiones el dispensador.

—Buf, oler esta maravilla es suficiente para que se me caigan las bragas —me digo tras aspirar con fuerza y devolver el botón al ojal.

Al abrir la siguiente puerta, recibo lo que veo con una sonrisa. Desaparece pronto, sin embargo. Justo lo que tardo en dirigirme hacia la mesita de noche y comenzar a abrir los cajones.

—¡Joder!, pensaba que era uno de tantos que usan boxers —me digo al descubrir su ropa interior—. Con este de color negro tiene que estar para comérselo.

¡Si hasta Javi me ponía con unos parecidos! Aunque seguro que bastante más baratos que los de Cris.

—¡Vaya! Parezco una cerda fetichista —me recrimino al pasar por mi cabeza la tentación de apropiarme del slip—. Aquí no hay nada. ¿Y en el armario?

Aparte de toda una colección de trajes de todos los colores, con los que imagino a Cris follándome en cientos de posturas, nada interesante encuentro tampoco en el armario.

Nada en la cómoda, ni en el escritorio, ¡ni debajo del colchón!

—No me puedo creer que sea aburrido hasta el punto de no esconder nada interesante.

Salgo frustrada del dormitorio y sólo me paro a echar un ojo en una especie de trastero. Todo enfermizamente ordenado en las estanterías para permitirme verificar, de un vistazo, que este tío se lleva bien con Phil porque son polos opuestos. Regreso al salón y, desde el centro, giro trescientos sesenta grados sobre mis pies para descubrir, como único punto de interés, tres fotos escoltadas por tres marcos plateados idénticos.

—Aproveché el «tres por uno» o es otro síntoma de su patética y ordenada forma de ver la vida.

En una de las instantáneas, Cris posa junto a un grupo de ¿amigos? sonrientes. Todos parecen felices, excepto él, del que apenas se atisba media sonrisa en una figura que bien podría confundirse con un maniquí. Siempre manteniendo la compostura y el saber estar. Aún no me explico cómo pudo hacer lo que hizo por mí, teniendo en cuenta que implicaría despeinarse y, posiblemente, salpicar su traje inmaculado con la sangre del cerdo de Perico.

En otra foto aparece en bañador sobre la cubierta de un yate, dejando descansar su brazo sobre los hombros de Phil. Ahí sí, ambos sonrientes, ambos esculturales, ambos apetecibles para pasar horas encerrada con ellos en un camarote de la espectacular embarcación. No menos que el paisaje de fondo, que imagino que debe de tratarse de la costa francesa o italiana, o incluso de alguna isla griega. ¿Quién inmortalizaría el momento? La foto aparenta haberse tomado desde una embarcación anexa o incluso desde el propio mar.

En el tercero de los pequeños cuadros aparecen dos personas que no

conozco en una foto antigua. Un hombre tan serio y bien vestido como Cris y un niño montado en un vetusto triciclo.

—Él y su padre. Está claro —confirmo acercando mis ojos a la imagen para intuir en la carita de ese renacuajo rubio casi platino los inconfundibles rasgos de Cris.

Después de pasar largo rato contemplando la expresión transparente que perdió en algún momento de su vida, entiendo que ha llegado la hora de regresar a la cocina, antes de que pueda ser sorprendida. Parece que lo único interesante de la zona prohibida, aparte de los intempestivos conciertos nudistas, eran los tres...

—¿Y eso qué es?

Mi ceño se frunce en cuanto apunto con la mirada hacia un piano que no tendría que generarme el menor interés. No al menos sin nadie creando melodía de seducción con el regalo de su desnudez. Pero algo ha reclamado mi atención. Sobresaliendo por encima del teclado, no parece asomar lo que tendría que ser una colección de hojas con partituras. Más bien, en la lejanía de los cinco metros que deben de separarme del instrumento se atisba algo parecido a una foto. ¿Su fuente de inspiración quizás?

Recorro la distancia en menos de dos segundos y, al verificar que se trata de una sombra del pasado, todo un cúmulo de ideas llegan a mi cabeza para tratar de dar sentido al origen de todo.

—Era ella —me intento convencer observando la feliz estampa de un Cris que sonrío de oreja a oreja mientras se aferra con fuerza al cuerpo menudo de una mujer, casi niña, muy rubia, muy guapa, muy... puta.

—¿En qué lo convertiste, desgraciada?

—¿Qué haces aquí? —retumba con fuerza en mi pecho la voz, ahora grave, del protagonista de tan tierno abrazo.

—Yo... terminé en la cocina y... me apetecía ver el piano —alego ocultando el cuadro con mi cuerpo, antes de dejarlo con torpeza donde se encontraba.

—Nadie te ha dado permiso para entrar aquí —me recrimina enérgico, autoritario—. Además, ¿no lo viste ya anoche?

—¿Anoche? —simulo mi extrañeza, pese a que fui yo quien provoqué a conciencia que pudiera oírme, al cerrar la puerta de forma tan sonora que no

le quedaran dudas de que había sido objeto de la más sibilina operación de espionaje.

—Phil ha tenido que acompañar a nuestro cliente —me informa, ignorando mi intento de escapar—. Me ha pedido que te ofrezca algo de beber. No tardará —añade.

Así que estamos solos. Pues entonces es el momento ideal para no venirme abajo y tirarle de la lengua.

—¿Quién es?

—No es algo que te incumba.

—Sólo pretendía entablar conversación. Esta mañana estuve muy borde y mi intención era mejorar nuestra relación. Te debo mucho.

—No me debes nada.

—¿Fue ella quien borró para siempre la sonrisa de tu rostro?

Me lanza una mirada tan intensa que me abrasa y luego noto que aprieta los labios para enterrar su respuesta tras ellos. Acto seguido, camina hacia la puerta y se gira de nuevo hacia mí.

—En el salón principal puedes encontrar las bebidas. Si te apetece algún refresco o una cerveza, ya sabes que puedes encontrarlos en el frigorífico.

—Vamos, que me invitas a salir y a que me sirva yo sola, ¿no?

—Eres muy perspicaz cuando te lo propones.

—No lo suficiente como para entender por qué razón te convertiste en un capullo —reacciono con agresividad.

—Extraño modo de mejorar... ¡nuestra relación! —enfatisa.

—Lo habitual es que la gente se relacione charlando para conocerse mejor, pero no con alguien tan hermético como tú.

—No con la gente que va y viene.

—¿Tan seguro estás de que no vengo para quedarme?

—¡Oh, perdona! Desconocía que Philip y tú ya habíais fijado la fecha de la boda —se burla cerrando a la vez la puerta de la zona prohibida—. ¿Cómo era lo que decías esta mañana? —sondea—. Algo así como que las bodas os provocan alergia, creo recordar.

—Pues mira, nunca se sabe. Al menos, con él se puede mantener una conversación e incluso pasarlo bien. Es un buen principio para conquistar a una mujer.

—Creo que has pasado por alto un pequeño detalle —apunta—. Yo no pretendo conquistarte.

—¡Pero te mueres por follarme! —replico sin pensar.

Aunque en primera instancia no responde porque no esperaba que fuera tan directa, no tarda en buscar una escapatoria.

—Me consta que el débil lazo que os une se mantiene con buenas dosis de satisfacción sexual. Philip sabe lo que hace.

—¿Perdón? —pregunto indignada—. A lo mejor nuestra relación se sustenta en que yo colmo las necesidades de Phil y no al revés. Además, no creas que por espiarnos mientras follamos estás capacitado para psicoanalizarme.

—¿Lo estás tú para hacer lo propio conmigo, por el simple hecho de haber descubierto tres fotos?

—Cuatro fotos —corrijo.

—Las que sean —reacciona incómodo—. Bueno, pues ya sabes dónde puedes encontrar algo para beber.

—¿Ya huyes? Desde aquí puedo oler el pánico a desvelar aspectos de tu vida. —Acompaño mis palabras de un acercamiento para simular que huelo su miedo. En realidad, lo que huelo es su perfume mezclado con su aroma corporal y tengo que controlarme para no lanzarme a sus brazos.

—No temo a nada ni a nadie.

—¡Uf! Ha sonado a advertencia, a hombre peligroso. Muy lejos de la inseguridad y el deseo que intuí ayer mientras te morías de celos por no ser tú quien ocupara el lugar de Phil.

—Ya te he dicho que no busco relación alguna contigo.

—¿Seguro? —le tiento—. Entonces, supongo que no te supondrá la menor reacción que me acerque más —sugiero dejando su pierna izquierda en medio de las mías.

—¿Qué haces?

—Verificar que no me tienes miedo —aclaro dejando descansar mi

sexo sobre su muslo.

—Esta situación me parece absurda.

A sus palabras acompaña un intento de huida, pero llevo una mano hacia su culo y me quiero morir cuando detengo su retirada palpando semejante rigidez. ¡Joder, como todo lo tenga así de duro!...

—¿Sabes que dialogar no es la única forma de acceder a una persona?

—¡Tú y yo no vamos a hacer nada! —protesta liberándose de mi agarre y evitando el cruce de miradas.

—Me deseas y eso te causa pavor.

—¿Todo esto es por sacarme dos palabras? Está bien, ¡hablemos! — exclama para sorprenderme. Sí que ha causado efecto mi maniobra agresiva. Y no sólo en él; creo que estoy mojada.

—¿Piensas abrirte por fin con tal de que no sea yo quien me abra? — le interrogo incisiva, picante.

—Así es, pero será a mi manera.

Capítulo 36

—¡No me gusta el coñac! —me quejo de forma amarga, casi tanto como el sabor que dejan en mi paladar las bebidas de alta graduación «a palo seco».

—Y a mí no me gusta hablar.

—¡No es comparable! Podríamos beber tragos de cerveza con cada pregunta para mantener la esencia del juego que planteas. Así no haría falta que viniera una ambulancia a recogerme.

—Tú no quieres hablar; quieres interrogarme. Si conversáramos sobre el clima, la política o la efusividad autóctona con que contáis buena parte de los habitantes del sur de España en todo lo que hacéis, podría aceptar tu propuesta. Sin embargo, si lo que pretendes es jugar y apostar fuerte, ahí tienes mi apuesta. ¿La tomas o la dejas?

—¿Por qué lo haces?

—¿Es tu primera pregunta? —me acorrala a la vez que coge la botella de coñac con una mano y un minúsculo vaso de chupitos con la otra.

—Imagino que no me queda otra —me rindo, dando muestras de ello cuando le arrebató ambos recipientes para ser yo misma quien me sirva la primera.

Cojo aire con fuerza y luego alzo mi brazo para verter el contenido abrasador en el fondo de mi garganta. A pesar de mis esfuerzos por no respirar, por tragar con rapidez para que el paladar no se entere o de intentar convencerme de que el efecto durará poco, el fuego que me recorre el cuerpo en sentido descendente me saca al momento de mi error. No obstante y a pesar de mi segura expresión de asco, procuro no quejarme y mantener la entereza de forma heroica.

—Tendrías que haber esperado hasta verificar si iba a responder o no.

—¡Eso es trampa! —me quejo indignada, lo cual me sirve de paso para esquivar la arcada que amenazaba con dejarme en evidencia.

—No es trampa —corrige—. Ya te advertí que se pueden evitar las preguntas demasiado molestas tomando dos copas en lugar de responder. No me has dado la opción de elegir.

—¡Maldito tramposo!

—Por suerte para ti —continúa, obviando mi lamento—, tenía decidido responder a esta. Vivimos en un mundo en el que nada es gratis. Quieres información, el oro del siglo veintiuno, y eso tiene su precio.

—¿Sólo por eso?! —Mi indignación va en aumento, aunque el punto más alto lo alcanza cuando, con un alzamiento de cejas, apunta hacia la botella para hacerme ver que esa pregunta tampoco será gratis—. Cabrón —mascullo entre dientes. Está bien, información a cambio de satisfacción por putearme—. ¿Tienes familia?

—Es mi turno. El juego tiene pocas reglas —se burla.

—¡Argh! Adelante —le insto a preguntar, pese a que nunca ha aparentado interesarse por conocer aspectos de mi vida, lo cual me fastidia más de lo que aparento. Aunque no tanto como su actitud de hoy.

De hecho, en este momento acaricia su inexistente perilla con dolorosa parsimonia y se dispone a preguntar. Ahora toma un trago de coñac sin inmutarse, dando por hecho que responderé. A ver por dónde sale...

—¿Qué pretendes conseguir estando con Philip?

—¿Conseguir? ¡No todos tenemos una mentalidad tan materialista como la tuya!

—Nada es gratis y me debes una respuesta —me recuerda.

—No pretendo conseguir nada.

—Pero conseguirás algo; ¡seguro! Quiero saber el qué.

No es el qué, sino a quién, pero eso no te lo voy a reconocer. Hasta yo me avergüenzo de pensarlo. ¿De verdad que el cuerpo de este tío merece tanto la pena como para obsesionarme de este modo, jugando a este estúpido juego y no teniendo el menor reparo en traicionar a Phil si se presentara la ocasión?

—Sexo del bueno. Me encanta follar si el tío que se mete entre mis piernas está tan bueno como él —o como tú, pero tampoco te lo admitiré—. Sobre todo, si es una máquina inagotable, concebida para regalarme placer. —Su media sonrisa de suficiencia no consigue el efecto que cabría esperar, pues me crispa desconocer qué la motiva—. ¿Qué?

—¿Te ves a ti misma como una chica traviesa por decir la palabra

follar con tanta naturalidad?

—¡Bebe!

—Era una pregunta retórica. Salta a la vista que tengo razón. Incluir palabras sucias y deseos habitualmente inconfesables te hace sentir poderosa.

¡Me cago en su puta madre! No por nada en especial, sino porque creo que tiene razón. Pero este no sabe con quién ha ido a jugar.

—Qué irónico.

—¿Qué te resulta irónico? —se interesa cuando pica el anzuelo de la incertidumbre que le he lanzado.

—Me resulta irónico que aludas al poder que me atribuyes por decir palabras sucias, cuando mi siguiente pregunta gira en torno a lo contrario.

La leve contracción de su mejilla derecha, que arrastra por inercia a sus labios para mostrarlos con una pose de lo más apetecible, deja en evidencia su contrariedad. Imagina por dónde le voy a atacar, aunque no duda en hacerse el despistado y sugerir que continúe, valiéndose de un ladeo de cabeza.

Decido tensar un poco más la cuerda para comprobar si es capaz de mostrarse más humano aún de lo que ya se presenta con la inseguridad que invade su rostro.

—¿Esperas algún tipo de redoble de tambor? —se anima a preguntar, guiado por la impaciencia que le provoco.

—El silencio; he ahí tu fuente de poder. En cuanto lo fulminas, muy a tu pesar, te sientes expuesto, vulnerable y frágil. Desde ese momento se esfuma la ficticia máscara de seguridad con la que pretendes ahuyentar a cualquiera que ose husmear más allá de tu intimidatoria mirada.

—No te ganarías la vida como analista de perfiles psicológicos —se burla.

—¿Tú crees? Entonces dime quién es ella.

—Una amiga del pasado —responde casi como un autómata. Sabía que se lo preguntaría y tenía la respuesta memorizada.

—¡Y mis cojones! —protesto envalentonada, tanto que lleno con rabia el vaso, me lo bebo de un trago y lo golpeo con fuerza contra la mesa. Me ponen ahora mismo la voz de Valentino Romero y pasaría perfectamente

por Clint Eastwood.

—¿Quiénes son los de las otras fotos que hay en la zona prohibida?
—alargo mi turno para preguntar.

Se dispone a coger el vaso para llenarlo y beberlo sin contestar, a lo cual reacciono con una sonrisa sonora y no muy exagerada que acrecienta mi seguridad.

—¿De qué te ríes?

—¿Es tu siguiente pregunta? —pregunto también yo, precisamente para vengarme por idéntica cuestión de hace unos instantes.

—No hace falta que respondas. Tampoco me cambia la vida conocer el motivo —confiesa con fingida indiferencia para ocultar la inseguridad que comienza a extraerse en la mayoría de sus intervenciones.

—Me río porque sabía que no responderías cuando llegaran las preguntas personales —decido contestar, pese a todo.

—Amigos de la Universidad, entre los cuales se encuentra tu máquina de amar.

No sé si me sorprende más su arrebató al decidir contestar o no haber sido capaz de reconocer a Phil en la fotografía.

—Interesante.

—¿Serías capaz de hacer daño a Philip si te encapricharas con otro?

Parece que su interrogatorio estará centrado en mi moralidad.

—Das por hecho que Phil es un capricho en mi vida.

—No he preguntado eso.

—No dejaría a Phil por otro —contesto a su cuestión sin mentir. La relación que nos une no implica dejarle si determino que me apetece tirarme a otro tío. Sin embargo, ahora es él quien me devuelve la sarcástica sonrisa. Ríete mientras puedas—. Está claro que los de la otra foto sois tu padre y tú. ¿Estaría orgulloso de saber en qué se ha convertido su hijo?

—¿Cómo has intuido que murió? —se sorprende.

—No tenía ni idea —reconozco, reparando a la vez en mis palabras y entendiendo que daban pie a creer lo que ha interpretado él. Su incomodidad le ha conducido a cometer el error de regalarme información.

—Mi padre no puede sentir orgullo o vergüenza en la actualidad.

—La pregunta no era esa.

—No —se rinde—. Orgullo no sería lo que sentiría al saber en qué me he convertido.

—Ni que fueras un mafioso —me burlo.

—El tuyo aparenta poseer férreos principios. ¿Estaría orgulloso él de ti si supiera que no das a las relaciones la importancia que, a buen seguro, hizo que él tuviera a tu madre en un pedestal?

A pesar del asco que me da el coñac, decido beber. Sólo después del segundo chupito, me doy cuenta de mi error. Ya le he contestado al optar por no responder. La vergüenza me llena de ira y me vuelve peligrosa, por lo que decido no andarme con rodeos e ir al grano.

—¿Quién es ella? —repito cuestión, en un nuevo intento de conseguir que me diga la verdad—. ¿O sería mejor preguntarte por qué te marcó tanto?, porque estoy segura de que fue ella quien te hizo cambiar.

Sin mediar palabra, se apodera de su pequeño vaso y de la botella para cumplir con la debida penalización por no contestar. Cuando acaba con el segundo chupito, no dejo pasar ni un segundo para atacarle.

—¿Ves? Me das la razón y, de paso, me desvelas el motivo que te ha impulsado a incluir la penalización por no contestar. Alegaste que así podría evitar alguna de tus cuestiones más mordaces, pero sólo pretendías protegerte de las mías.

—Las reglas son idénticas para ambos —aclara.

—Lo que marca la diferencia es el grado de valentía. Yo no tengo el menor reparo en responder a cualquier pregunta, mientras que tú has huido de nuevo como un cobarde.

—¿Cobarde yo? Y me lo dice quien nunca concluyó nada en su vida —me ataca, extraviando su habitual prudencia.

El juego está comenzando a desmadrarse, sin que seamos apenas conscientes de cuándo nos toca beber, del efecto que nos produce el coñac o del posible daño que podamos hacernos con tan hirientes cuestiones.

—¿Que no he acabado nada?

—¿Qué ocurrió con la carrera? ¡Oh, se te pasaría la fiebre por

parecerte a Lois Lane! —se burla—. ¿O puede que te cagaras ante la amenaza de no cumplir con las expectativas de tus padres? —me acorrala con una expresión impropia en alguien como él—. ¿Qué ocurrió? ¿Te exigían más que a tu hermana? —insiste, consiguiendo que algo se remueva en mis entrañas—. Seguro que fue eso. Sentiste quizás demasiada presión al creerte examinada y temiste no estar a la altura. ¿Fue el color de tu piel lo que te hizo sentir diferente? ¿Quizás inferior y por eso fuiste tú misma quien te fijaste unas metas tan altas? Tanto que, a lo mejor, resultaban imposibles de alcanzar con semejante presión sobre tus hombros.

—¡Bueno, vale ya! —me quejo a duras penas, sin poder ocultar la congoja que intenta aprisionar las palabras para ahogarlas en mi pecho. La opresión que siento me ahoga—. ¿Cuál es tu pregunta?

—¿Temes que tu padre se marche sin haber sido capaz de ver tu verdadero potencial?

Tengo que respirar hondo para no echarme a llorar, aunque de nada sirve porque siento que la primera lágrima, que nace donde albergo mi sentimiento de fracaso, acaricia la unión de la nariz con la mejilla.

—Yo... —Trago la saliva que se acumula en mi garganta—. Tengo miedo de...

—No hace falta que respondas. He sido un imbécil al idear este estúpido juego —confiesa abatido al descubrir el daño que me ha causado su pregunta.

—Quiero contestar

—Te digo que no es necesario.

—¡Pero yo quiero hacerlo! —insisto enfadada.

—Era mi prometida —decide adelantarse a mi respuesta con una suya que me deja en fuera de juego.

¡Mierda! Seguro que murió en un accidente o tras una larga enfermedad y yo he hurgado en su herida. De ahí su hermetismo y su desproporcionada mala leche al preguntar.

—¡Oh!, lo siento. No sabía que ella se marchó —confieso evitando cualquier alusión a la muerte.

—Siendo riguroso, no murió, aunque sí para mí.

—Entonces...

—¿La foto? —se vuelve a adelantar—. Es para no olvidar jamás lo que una mujer puede llegar a hacer a un hombre enamorado.

—¿Te dejó plantado?

—No exactamente. La dejé yo a ella.

—No entiendo.

—La sorprendí con mi mejor amigo —confiesa, volviendo a ensombrecer el rostro. Me sobrecoge observar la inexpresividad que luce ahora, con su mirada perdida en algún sitio del espacio-tiempo que parece haber frente a sus ojos. Unos ojos que incluso aparentan haber cambiado de color para lucir la más oscura de las tonalidades que acepta el azul.

—Lo siento.

—Yo también. Lamento no haberme dado cuenta antes. Tendría que haber entendido a tiempo que la muerte de mi padre lo cambiaba todo.

—¿Tu padre? —me sorprendo—. ¿Qué tuvo que ver en vuestra relación?

—Antes de marcharse, nadie supo detectar a tiempo su enfermedad. Cuando lo hicieron, ya fue tarde para revertir tantas y tan improductivas inversiones como llevó a cabo. Sus últimos meses de vida los pasé inmerso en múltiples litigios. ¿Y sabes qué? —Espera a que yo pregunte, pero le basta con mi expresión interrogativa de cejas alzadas—. Que el mayor beneficiado de su nefasta gestión de la empresa fue, precisamente, el padre de mi amigo.

—¡Joder!

—Joder, eso mismo es lo que hacían cuando, en un intento desesperado, acudí a su casa para convencerlo de que hiciera lo propio con su padre. La sirvienta, que me conocía desde que era niño —recuerda con la vista extraviada y un brillo en sus ojos que no los embellece, sino que más bien los muestra... diferentes—, intentó detenerme por todos los medios. No le hice caso y todo ocurrió muy rápido. Tuve ganas de matarlos allí mismo, pero mi reacción fue echarme a llorar frente a ellos como cualquier niño, acurrucado en una esquina sobre mis rodillas —reconoce, consiguiendo que mi pecho se oprima al sentir como mío su dolor—. Fue la última vez que lloré. Ni siquiera me quedaron lágrimas cuando la sombra de la muerte se apoderó de nuestro hogar.

—Todas no somos así —me justifico sin tener la menor culpa de nada.

Él decide obviar mi excusa y continuar con uno de los relatos más tristes que haya oído en toda mi vida. De haberlo sabido, no habría intentado indagar.

—Cuando recuperé el poco orgullo que me quedaba, simplemente me marché. Ni siquiera me di cuenta de cuándo me quedé solo en aquella habitación. No se molestaron en explicar lo inexplicable. No aquel día. Unas semanas después —prosigue—, cuando algunas sentencias cayeron de nuestro lado, llegó a mi casa como si no hubiese ocurrido nada. Un simple «perdón» precedió a la retahíla con la que me ponía al tanto de su renovada ilusión por un futuro en común. Hablaba de los preparativos de la boda, mientras que yo seguía en aquella habitación, viéndolos desnudos y avergonzados.

—¡Qué fuerte y qué poca vergüenza!

—«Márchate de mi casa, márchate de mi vida y ya me encargaré yo de que te marches de mi corazón», le dije. Aquella fue la única vez que abofeteé a una mujer, cuando insistió en hacerme entender cuánto me amaba. Tarde, pero conseguí comprender que siempre me quiso por mi dinero. Cuando vio peligrar mi patrimonio, lo buscó en donde creyó que acabaría. Pero le salió mal la jugada y perdió.

—Tengo la sensación de que tú más —alego sin pensar—. No la perdiste a ella, sino a ti.

—Al revés. Gracias a eso me encontré a mí mismo.

—Tú no eres en lo que te has convertido —contradigo.

—Soy lo que he elegido ser.

—Lamento haber hurgado en tu herida.

—Ya cicatrizó —miento.

—Entonces, ¿por qué tocabas esa pieza tan triste observando su foto? —le interrogo sin darme cuenta de haberme descubierto yo solita—. ¡Mierda!

—Sabía que eras tú. —Antes de esconder la mirada, que no encuentro mejor lugar que su entrepierna, puedo apreciar que recupera su mágica y tan poco habitual sonrisa—. En eso eres como todas. La boca os pierde. Pese a estar seguro de que a Phil no lo despierta ni una bomba nuclear, ya te

encargaste esta mañana de descubrirte al interesarte por la música clásica.

—¿Tanto se notó?

—Más que tus ganas... —Se detiene al darse cuenta de su error—. Más que tus ganas de cumplir con todos.

—Perdona que insista —decido desviar el foco de atención—. Es que no entiendo por qué aseguras haber cerrado tu herida y, sin embargo, usas aquella foto como fuente de inspiración —observo, aunque más inexplicable me resulta una especie de sensación de celos que se instala en mi pecho. Esa zorra no merece colarse en sus recuerdos.

—No la uso como fuente de inspiración. Ya te dije antes que me sirve para no desviarme del camino que decidí tomar hace años.

—¿Y por qué desnudo? ¿Por qué anoche?

Antes de que su silencio lo haga, ya responde mi subconsciente a la segunda pregunta. ¡Qué tonta he sido! ¿Cómo no me he dado cuenta? Me ve como una amenaza porque le gusto.

—¿Quieres seguir jugando? —le interrogo con torpeza.

—Creo que ya no hace falta, ¿no? Querías hablar como dos personas normales y eso estamos haciendo.

—Lo sé, pero estoy convencida de que no responderás a mi siguiente pregunta.

—Prueba.

—De no estar con Phil, ¿habrías intentado acostarte conmigo?

—No —contesta sin vacilar.

—No te creo.

—Nunca miento.

—Tus ojos tampoco.

No responde. Aunque su negativa a mi cuestión me desconcierta en un primer momento, no tardo en atar cabos y vislumbrar la explicación para muchos interrogantes. No mintió cuando aseguró que no levantaría a Phil su pareja. Tampoco lo hizo cuando mostró su aversión por las mujeres, que no por las personas en general. Del mismo modo, también resulta convincente el argumento esgrimido para justificar la foto de su ex sobre el piano. Incluso

creo que dice la verdad cuando ha asegurado que no se acostaría conmigo de no estar Phil entre ambos. Y creo que dice la verdad porque forma parte de su filosofía. Una cosa es que desee acostarse conmigo y otra bien distinta es que decida hacerlo. Y no por falta de ganas, no. Más bien por exceso. Me desea tanto que no me ve como un simple instrumento sexual, como seguramente calificará a cualquier mujer que haya pasado por su vida después de la que le marcó. Me tiene miedo y eso me otorga un poder incalculable. Por eso anoche se castigó tocando aquella música tan triste, después de haber sentido celos de haberme descubierto follando con su mejor amigo. El de la actualidad, que le recuerda al del pasado. Ya te voy conociendo mejor, Cris. Siento que estoy más cerca de ti, pese a las múltiples barreras que has instalado como protección. Después de todo, puede que no seas tan fuerte como quieres aparentar.

—No sé si es más triste lo que sufriste o sentir deseo por alguien y no liberarlo —observo tras un largo silencio, tras lo cual me levanto de la silla y simulo encaminarme al cuarto de baño para dejarlo solo en su habitual estado de mutismo.

Pero en ningún momento contaba con que me encorvara al llegar a su espalda y le susurrara al oído.

—Me deseas y te cuesta retener tu instinto —le acoso con el tono más sugerente que soy capaz de reproducir, tras lo cual dejo caer mis manos sobre su pecho. Tan deseable como cuando pude verlo desprovisto de ropa, reacciona a mis caricias acelerando cualquier síntoma de vida oculto bajo la piel. Su respiración se agita y el pulso se le dispara.

—¿Qué haces?

—¡Lo que tú no tienes cojones de hacer!

Tras mi contundente respuesta, bordeo su mejilla y lanzo mis labios de forma desesperada contra los suyos. Pese a un primer intento de huida, su resistencia tarda lo que su corazón en bombear el torrente de sangre que dispara hasta su cerebro para dejarlo en estado vegetativo. Sólo atiende a las funciones más básicas, entre las cuales se encuentra el deseo irracional que, ahora sí, traslada hacia sus labios para tomar el mando de la situación.

Acapara la totalidad de los míos con los suyos, más carnosos de lo que cabría esperar si atendemos a su imagen externa. Siendo cierto que ya pude besarle, aquello no podía considerarse un beso en comparación con esto.

El de hoy está a un nivel superior. ¡Qué demonios, varios niveles! Quizás sea porque aquella vez no lo esperaba y puede que no lo deseara. En esta ocasión, poco importa lo que pudiera llegar a sostener, pues el ansia y la urgencia que imprime son suficientemente gráficos para entender que se moría por besarme. Y yo por dejarme besar, pues eso es lo que hago. A pesar de que siempre me gusta ser yo quien los conduzca hacia la perdición que les suponen los encantos que Dios me dio, en esta ocasión me encuentro a su completa merced. Gracias sobre todo al estado de hipnosis en el que parece haberme instalado al sentirme casi venerada a través de un simple beso. Un beso que se prolonga y al que, si por mí fuera, no pondría fin jamás.

En un principio, todo se reduce a una simple atracción exteriorizada mediante el violento choque de bocas hambrientas la una de la otra. Sin embargo, algo se remueve bajo mi vientre cuando atrapa mi labio superior entre los suyos, lo succiona y luego lo suelta consiguiendo un sonido de lo más erótico. Su segunda embestida llega hasta mí con la avanzadilla que se cuela entre sus labios y hurga entre los míos. Húmeda, traviesa y caliente, no encuentra la menor resistencia por mi parte para abrirse paso y dar encuentro a mi lengua, que la recibe ansiosa, después de tanto tiempo deseando que se produjera dicha unión.

Me envuelve con deliciosa sensualidad, cristalizando su deseo. Ya no sólo por el movimiento circular de su lengua con el que me hipnotiza, sino porque su brazo derecho, firme y aparentemente eterno, me acoge envolviéndome por la espalda para unir ambos cuerpos hasta su máxima expresión. Tanto que puedo sentir su erección oprimiendo mi abdomen casi como si no se interpusiera tela alguna entre nosotros. Su mano izquierda, ausente hasta ahora, se cuela milagrosamente entre mi pecho agitado y el suyo musculado para, ¡vaya sorpresa!, apoderarse de uno de mis senos. Bendito pecho que la naturaleza me regaló para volverlos locos de remate.

Lo masajea con delicadeza, como procurando memorizar cada curva de su contorno. Después de varias vueltas evitando el centro, donde confluye casi toda sensibilidad, por fin extiende la inmensidad de su mano sobre la mayor superficie que es capaz de abarcar. Hasta este preciso momento no he llegado a descubrir el verdadero tamaño de su mano. Es inmensa. Como todo aquello que aún no ha reclamado mi atención sea tan enorme...

Regreso del extraño mundo en el que me instala cuando mis labios vuelven a quedar huérfanos porque los suyos se lanzan a la captura de mi

cuello. De ahí, aplicando pequeños besos que parecen ir marcando el terreno desconocido, se adentra en el esternón. No encuentra oposición alguna para continuar su descenso porque me ha desabrochado la blusa y ¡ni siquiera me he enterado!

Haciendo gala de una pericia que me desborda, pasea la punta de su lengua sobre el pliegue de mi camisa que va retirando con cada vaivén, hasta que por fin alcanza el destino deseado. Va directo al pezón con una maestría tal que apenas roza la areola. En cambio, siento el fuego de su aliento sobre toda la zona, hasta que atrapa el pequeño apéndice rugoso entre sus dientes y le da un minúsculo mordisco que arranca un intenso gemido de lo más profundo de mí. Siento que el cuerpo me arde y las piernas me flaquean. Noto las bragas húmedas y un escalofrío me recorre desde el pecho hasta el mismísimo clítoris cuando engulle entre sus labios la totalidad de la areola y juguetea con mi pezón, trazando círculos con su lengua desbordante de saliva.

—¡Oh, Cris!, ¿qué me haces? —apenas acierto a pronunciar, pero no contesta. En lugar de hacerlo, aplica mayor fricción con su lengua, a la par que me conduce hacia la pared para quedar aprisionada con la presión que aplica con su cuerpo. Amenazada por una pétrea erección que, de forma diligente, guía hasta mi entrepierna flexionando las rodillas, me deja al borde del abismo cuando comienza un diabólico roce circular sobre mi sexo.

—¡Para o me corro!

—¿No es lo que querías?

—Tú lo deseabas tanto como yo. ¡Ufff! —Joder, está destrozando mi capacidad de aguante sin apenas haber hecho nada—. De no ser por Phil — prosigo—, hace tiempo que me habrías follado.

Algo va mal. Ha dejado de mover su cadera y su boca ha parado de lamer ese pecho que aparentaba robarle la razón. ¿Por qué se detiene? ¡Y no dice nada! Sólo se limita a mirarme confundido.

—Yo... lo siento. No sé qué me ha ocurrido.

—¿Qué dices?

—No tendría que haber...

—¿Que no tendrías? ¡Lo estabas deseando desde que me conociste! —le increpo enfadada, ¡muy enfadada! Y cachonda, ¡muy cachonda!

—Esto que hacemos no está bien —me advierte y entonces lo entiendo todo. Ha sido pronunciar el nombre de Phil y provocar que desaparezca la magia.

—Él y yo no hemos firmado contrato alguno.

—Tampoco lo firmaste con tu hermana, pero seguro que nunca se te habría ocurrido dejar solo al crío.

—¡Es mi sobrino!

—Y Philip es mi mejor amigo —contratada con similar argumento—. Además, tampoco me habría planteado tener relaciones contigo en el supuesto de no estar con él. No sé qué me ha pasado por la cabeza —se excusa.

—¿Por qué?

—No entiendo —confiesa aturdido.

—¿Por qué no habrías querido acostarte conmigo?

—No eres el tipo de mujer que suelo llevarme a la cama.

—¡Ah!, ¿no? ¿Y se puede saber cuál es ese tipo de mujer? —lo acorralo.

Pero no llega a contestar ni tampoco insisto porque el sonido de una llave que gira la cerradura de la entrada nos deja mudos a ambos. Comienza entonces una carrera acelerada por colocarnos bien la ropa y separarnos el uno del otro. Especialmente yo, que ni había reparado en que aún mantenía una de mis tetas por fuera de la camisa.

Por suerte, tengo tiempo de sobra para prepararme ante la llegada de Phil.

—¡Menos mal! —exclama sonriente al asomarse por la puerta del salón—. Pensaba que mi ausencia podría provocar alguna víctima.

Pero a su broma sólo le sigue mi sonrisa. Cris se mantiene muy serio y Phil oscurece su rostro por algo que ha debido de intuir.

—Cris ha sido un buen anfitrión y me ha invitado a tomar... coñac.

—Ya veo —afirma mirando repetidas veces a uno y a otro.

—Tengo que ir al cuarto de baño.

Y eso hago sin que Phil haga el menor intento de besarme. No sé

cómo, pero lo sabe. Y el hecho de que intuya lo que ha ocurrido hace un instante despierta el sentimiento de culpa que antes permanecía dormido.

Todas mis dudas se despejan en cuanto me sitúo frente al espejo.

—¡Joderrrr! —me quejo antes de cerrar los ojos, avergonzada por descubrir mis labios bastante enrojecidos—. A ver cómo demonios salgo de esta.

Capítulo 37

Hoy toca boda, lo cual he aprovechado para lucir espectacular. Eso sí, con un vestido gris marengo abierto por la espalda y escoltado por una pamea a juego que me ha prestado precisamente la novia. Había que aprovechar que hoy no se lo pondría por razones obvias.

Aunque pueda parecer contradictorio, estoy deseando ver a Phil. Porque me muero por admirar su estampa con el prometido traje de chaqueta y su obligada corbata, además de por su manera de gestionar la incómoda situación vivida en su casa. Muy lejos de interrogarme cuando salí del cuarto de baño, se limitó a recuperar su versión más bromista durante la cena. Se burló de mí, usando como arma arrojadiza la comida que les había preparado. Cuando se cansó de usarme como objeto de divertimento, celebró, aparentemente sincero, la mejora en la relación entre Cris y yo. No hizo la menor alusión al período de tiempo que nos dejó acompañados de la tentación. Quedé entonces convencida de que, atendiendo a la reacción de Phil, mi preocupación no se sostenía. Cris, en cambio, se mantuvo serio y en silencio, como siempre. A excepción, claro está, del rato de confesiones que compartimos. Él es quien mejor conoce a Phil y puede que tenga la misma sospecha que tuve yo. O a lo mejor sólo se trata del sentimiento de culpa que yo pretendo desterrar.

Siendo pragmática, no he engañado a nadie; sólo sexo. En eso quedamos y eso es lo que pienso darle cuando acabe la celebración. Así pretendo eliminar cualquier rastro del malestar y del peso de la culpabilidad que me atormentaron en un primer momento.

Me despido de Carmela y me extraño de no ver a Linda escoltando a papá, del que también me despido.

—Carmela, ¿has sacado a la perra?

—Ma costao la misma vida, pero sí, miarma. He tenío que ayudarla a levantarse porque hoy se hasía la remolona.

—¡Qué raro! Bueno, pero ha hecho sus necesidades, ¿no?

—Ha meao amarillo por delante y marrón por detrás.

—Nunca encontraré el modo de pagarle tanto como hace por papá y

por mí.

—¡Claro, mujé! Sa'brá ido a dormí.

—Seguro —la secundo. No me entretengo en discernir sobre si no me ha oído o no ha querido oírme. Creo que le incomodan los halagos y los agradecimientos. De cualquier modo, me vuelvo a despedir con un beso tan cariñoso como el que daría a mi propia madre.

Salgo por la puerta en el mismo instante en el que suena un claxon en la calle. Bajo pues con rapidez, imaginando que se trata de Phil.

Al llegar abajo, me quedo maravillada cuando descubro la impresionante estampa que forman un tío de ensueño apoyado sobre el capó de un deportivo que parece haber sido robado de cualquier feria del motor. Pese a que el coche de Cris ya es lo suficientemente llamativo como para atraer las miradas de todo el barrio, mis ojos se centran en él. Traje azul oscuro con diminutas rayas blancas longitudinales, corbata roja sobre camisa blanca de seda, zapatos negros cuyo brillo al sol de finales de febrero deslumbra y pelo recogido en una cola para mostrar en todo su esplendor un rostro de mejillas afeitadas de forma impecable y sonrisa de las que derriten.

¡Joder, me lo follaría aquí mismo!

—Estás preciosa —admite con los ojos a punto de emanciparse de sus cuencas. Por primera vez, a pesar de que el vestido de raso marca mis tetas y les otorga un volumen y un contorno que realzan su natural belleza, Phil intenta multiplicar los puntos de mi cuerpo sobre los cuales posar su hipnotizada mirada. Observa maravillado el conjunto, desde los tacones de mis zapatos hasta el último cabello del moño que descansa bajo un lateral de la pamea.

—Tú también estás para hacerte un favor. Si no estuviésemos aquí —bromeo...

—No sé tú, pero yo te follaría hasta morir agotado. Sin embargo, sería una auténtica lástima porque supondría desvestir y despeinar a la maravilla de la naturaleza que tengo frente a mí.

—Pareces andaluz.

—Flamenco quizás, pero ¿andaluz? —cuestiona tirando del doble sentido al que se presta su origen y el cante más propio de la mía.

—Porque exageras.

—¿Que exagero? Querida, me he quedado corto porque no domino tu idioma al cien por cien y no encuentro la palabra apropiada para definir la perfección hecha mujer. ¿Nos vamos? —propone tan natural como él solo, pese a haber acabado de lanzarme uno de los piropos más hermosos que he recibido y recibiré en toda mi vida.

Entramos en el coche y se queda mirando embobado el trozo de piel que ha quedado al descubierto por encima de las rodillas cuando me he sentado. Tengo que apagar su fuego, si no quiero terminar pecando entre sonoros jadeos en el interior del confesionario de la iglesia.

—Eso que me has dicho antes es muy hermoso.

—¿El qué? ¡Ah! —aparenta simular despiste—. Lo que no sabes es que ya he encontrado la palabra.

—¿Qué palabra?

—La que define tanta perfección cada vez que te miro.

—¡Ah!, ¿sí? —me sorprende—. ¿Se puede saber cuál es? —me intereso. Siempre he sido una viciosa de recibir halagos y piropos. Creo que cualquiera es propenso a caer en semejante adicción.

—Lucía.

—Qué.

—Lucía es la palabra —me informa para desarmarme, sonrojarme y provocar que mire hacia otro lado—. Aunque existe quien luce, quien lucía y tú, que luces siempre —lo remata con un juego de palabras que ya conozco de ocasiones y hombres del pasado.

Pese a todo, no puedo evitar sentirme halagada y hasta algo avergonzada durante el trayecto hasta la iglesia. Phil lo nota y se dedica a soltar paridas de las suyas para hacerme sentir bien. Riendo, como siempre. Sin embargo, aprovecha para cambiar de tema y de expresión justo cuando maniobra para aparcar de culo el deportivo en el parking subterráneo.

—¿Me ves conduciendo un coche como este de forma habitual?

—De hecho, te pega más a ti que a él. Ya me entiendes, por aquello de la personalidad de cada uno. A él lo veo más con un Mercedes clásico.

—Si decidiera comprarme uno, ¿me acompañarías para asesorarme con tus sabios consejos? —sondea.

—Decidir qué coche debes comprarte es algo muy personal. Depende de tus preferencias, tus necesidades.

—Mis necesidades las colmas tú en cualquier lugar —afirma rotundo cuando echa el freno de mano, mientras que yo lo siento acercarse a mí sin frenos—. Por eso quiero que me acompañes. Si te gusta a ti, el placer por hacerlo en el asiento de atrás durante una emergencia estaría asegurado.

La maravillosa alabanza inicial consigue que un millón de mariposas revoloteen dentro de mí, pero no tarda en cortarles las alas cuando me saca una carcajada con su broma final. No está acostumbrado a mostrar sus sentimientos a las mujeres porque siempre se limitó a camelárselas para terminar entre sus piernas. Sin embargo, conmigo es diferente. Quiere decirme cosas bonitas porque siente algo por mí. Creo que eso ya es algo incuestionable. No puede evitar, pese a todo, rematar sus piropos y alabanzas con alguna gracia porque no se siente cómodo navegando en aguas desconocidas. Puede que hasta se avergüence de poner a mi disposición su virginal corazón. Pese a todo, estoy notando un aumento considerable en el número de piropos que me dedica desde que advertí los primeros síntomas de celos.

—Vámonos ya, antes de que arrugues el traje que tan bien te queda — le advierto multiplicándome para separar de mi cuerpo unas manos que ya se colaban por cada hueco del vestido, intentando apoderarse de mis senos—. Además, te recuerdo que hicimos un trato.

—Olvidaba que tengo que emborracharte antes de tirarme al vacío con el que me llenas —bromea con picardía—. Pero es tan complicado resistirse a unos pechos tan bien... marcados.

—Pero mira que eres capullo. De no ser porque tienes gracia con esa labia que Dios te ha dado, te habría mandado a paseo hace muchos polvos.

Creo que es la primera boda a la que llego antes que la novia. Gema debe de estar a punto de llegar. La verdad es que me sorprende que las chicas no hayan organizado todo para acompañar a nuestra Gemi como damas de honor. Lo cierto es que nunca me han gustado esas tonterías porque así no puedo destacar entre todas, ya que iríamos vestidas igual.

Noly es la primera que viene a recibirme en cuanto me ve. No he pasado por alto la mirada fugaz de «no veas cómo y con quién te lo montas, xoxi» que le dedica a Phil.

Nos abrazamos de forma efusiva, después de un tiempo sin vernos, tras lo cual clava su mirada de nuevo en mi acompañante.

—¡Carallo, Luci!, ¿es que no me vas a presentar a quien ha conseguido separarte de nosotras? —muestra su contrariedad sin dejar de sonreír.

—Je pense qu'elle parle de moi —interviene Phil en su idioma natal para conseguir que ambas alcemos las cejas a la vez. Yo, porque no lo esperaba y Noly por descubrir que estoy liada con un extranjero que ni siquiera habla español. O eso debe de creer.

—Êtes-vous de la France? —pregunta sin embargo ella, sin desterrar la sorpresa de su rostro.

—¿Sabes hablar en francés? —pregunto ahora yo, sin prescindir tampoco de mi expresión de asombro.

—De Bélgica —disipa por fin la duda Phil—, aunque domino perfectamente vuestro idioma —apunta, adornando sus mejillas con esa sonrisa canalla que al sexo opuesto nos trae de cabeza.

—¿Dónde están las demás? —me intereso.

—Marujeando en la segunda fila de la iglesia. Ya las conoces. Les gusta recrearse con todos los detalles y enterarse de todos los cotilleos, gracias a las «marías» de su entorno. Nos han reservado sitio, si lo preguntas por eso.

—En realidad lo preguntaba porque temo sus cuchicheos sobre Phil en mitad de la ceremonia.

—¡Qué forma más sutil de presentármelo, carallo! —protesta a la vez que estampa dos besos en las mejillas de mi acompañante.

—A mí no me sorprende ya nada de Lucía —reacciona con picardía él—. Tú debes de ser Noly, ¿verdad?

—La misma que viste y calza.

No acaba su respuesta cuando se oye de fondo el insistente claxon de un coche, que nos advierte de la inminente llegada de la reina de la fiesta.

La belleza del traje de Gema no luce en su totalidad mientras no termina de descender del Rolls Royce que la ha conducido hasta las puertas de su nueva vida. Me emociono al verla tan guapa, ¡mucho más incluso que

yo!, y algo se remueve en mi abdomen cuando me imagino en idénticas circunstancias. Él ha debido de notarlo, pues aprovecha el momento para posar una de sus manos en mi cadera para que lo sienta parte de mí. Para su desgracia, no me veo dando el «sí quiero» a alguien que, más allá de mis básicos instintos, despierta poco en mí.

Gema luce radiante de felicidad y no tiene nada claro sobre quién debe centrar su atención, aunque sus dudas se disipan en cuanto se encuentran nuestras miradas. Con un guiño y un doble lado de cabeza, claramente alusivos a mi acompañante, pretende invitarme a ser la siguiente en pasar por el altar. No sabe, sin embargo, el tipo de relación que me une a Phil. Ni muchos menos tiene la menor idea del negocio que regenta. De hecho, yo misma desconozco parte de sus movimientos, pero hoy mismo pretendo ponerme al día.

Entramos en la iglesia y todo transcurre dentro de lo que cabría esperar. Bromas del sacerdote para distender el ambiente en la feliz pareja, lágrimas de alegría y orgullo aquí y allá, sí quieren y se amarán por el resto de sus vidas, anillos de ida y vuelta, beso infinitamente más casto que los protagonizados por mi acompañante y yo misma, para rematar la faena bajo una copiosa lluvia de arroz. Hasta el eterno sol sevillano ha querido unirse a la fiesta, aportando con su brillantez el punto justo para que el día de hoy sea inolvidable para Gema y su recién estrenado esposo.

La celebración tiene lugar no muy lejos de donde sufrí el intento de violación por parte del cerdo de Perico.

¿Qué será de él?

No me han citado para el juicio, así que no creo que le haya ocurrido nada todavía. También desconozco si habrá afectado a su cargo de entrenador, ya que ni yo he ido con el cuento al presidente, ni tengo la más remota idea de si Rocío estará llevando a Rober a entrenar. Según me dijo el propio Perico, se habían inscrito para la Copa de primavera o algo así. Sería una lástima que el crío no jugara, ahora que estaba avanzando tanto.

—Si no llegar a ser por...

—No te he oído.

—¡Ups! No me he dado cuenta de que hablaba en alto —respondo a la pregunta de Phil, que me coge desprevenida. Menos mal que no he pronunciado el nombre de Cris ni las emociones que despierta en mí.

—¿En alto? —se sorprende—. Precisamente no he podido escuchar lo que decías porque hablabas en un tono apenas audible.

—¿Cuántos años llevas en España? —interviene Noly desde el asiento delantero que ocupa, como copiloto de Macarena, que ha insistido en conducir ella el cochazo de Cris para que Phil no se pierda.

—Los suficientes como para haber encontrado por fin a quien me complementa perfectamente.

—¡Uuuuuh! —canturrean al unísono las dos perránganas que dicen llamarse amigas y que acaban de sonrojarme.

—¿Es que no vas a responder nada?

—¡Tú dedícate a conducir! —me revuelvo ante la incómoda cuestión de Maca.

—¿Es que no vas a responder nada? —martillea de nuevo la dichosa pregunta, con acento gallego en esta ocasión.

—Phil y yo sólo somos buenos amigos.

—Con derecho a roce, imagino —insiste Noly.

—¿Es eso lo que llamáis «follamigos»? —lo remata Phil.

—¡Yo no lo habría expresado mejor!

No sé si me molesta más las carcajadas de estas dos zorras o que Phil haya terminado entrando a matar lo que ellas habían iniciado con sus banderillas.

Aunque, para su desgracia, Luci es mucha Luci y hacen falta varios estoques en mi nuca y un generoso charco de sangre sobre la arena para que me dejen callada.

—¿Sólo os interesaba saber si me lo había follado? ¡Pues haberlo dicho claro! Sí, me lo he tirado muchas veces en todas las posturas imaginables. Y tiene un amigo igual de cañón —ataco ahora a Phil por avergonzarme—, aunque a ese no me lo he pasado todavía por la piedra porque es un misántropo de cuidado. ¿Contentas?

—Ya casi llegamos —asegura Maca después de unos segundos en los que mi contundente argumento ha motivado que sólo sonara el monótono rugir del coche.

Después del careto que se le ha quedado al belga, Maca y Noly dan

por sentado que necesitamos unos minutos a solas, así que salen disparadas hacia el local de celebraciones em cuanto la primera entrega la llave del coche a Phil.

—Si te apetece, puedo organizar un encuentro entre Cris y tú. No has entrado con buen pie en su foco de atención, pero quizás puedas... pasártelo por la piedra si insisto.

—¿Me lo parece, o estás celoso?

—Si lo estuviera, no te ayudaría a follarte a mi amigo.

—Pues nadie lo diría, después de la expresión que se te ha quedado desde mi broma en el coche.

—Pues, para ser una broma —observa—, creo que no has estado muy acertada. Cualquiera diría que el andaluz soy yo y tú la belga.

—A ver si pretendías que disparase con balas de fogeo, después de lo de «follamigos» —protesto, recalcando la última palabra con una entonación malaje donde las haya.

—Únicamente pretendía canalizar la atención de tus amigas en mi obscuro vocabulario —se explica—, inusual a todas luces para un extranjero del que se espera que sólo sepa decir cerveza, paella o toros, rematada con vuestro famoso «olé». Al responder a Noly con una gracia —continúa—, he evitado que tengas que posicionarte por mi sutil propuesta o por el acordado «sólo sexo».

—¿Tu sutil propuesta? ¿Me estás diciendo que intentas cambiar las reglas del juego? —reacciono a la defensiva a causa de los nervios que motiva el simple hecho de contemplar su ofrecimiento.

—De haber sido mi intención, que no niego que lo fuera, ya me ha quedado claro que te resulta más atrayente follarte al inaccesible Cris que considerar siquiera la posibilidad de que lo nuestro... se formalice, por calificarlo de algún modo.

—¡Yo no quiero follarme a Cris!

Que no que va.

—He observado tu actitud cuando él está cerca. Te atrae y te frustra que él sea tan frío contigo. A lo mejor, y digo a lo mejor, puede que hasta ya te haya rechazado.

—¿Estás insinuando que he intentado algo con Cris? —cuestiono con altas dosis de desfachatez, teniendo en cuenta la tórrida experiencia vivida en el lujoso piso que comparten, abortada justo antes de que Phil apareciera de nuevo.

—¿Lo has intentado?

—¿Se trata de un interrogatorio?

—Ni mucho menos —aclaro, recuperando la sonrisa con forzada naturalidad—. El tipo de relación por la que te has decantado descarta por completo cualquier tipo de sospecha por mi parte. ¿Es un pecado interesarme por las inquietudes de mi amante o velar por las potenciales «follamigas» de mi mejor amigo?

¡Está celoso!, no cabe duda. Pobrecillo. Después de todo, me da lástima pensar en cómo debe de sentirse. Alguien como él, enamorándose por primera vez en su vida de alguien tan inapropiada como yo, que me muero por acostarme con su mejor amigo. Un amigo que, irónicamente, me rechaza porque su vida quedó marcada por idéntica situación, creada por quien debía convertirse en su eterna compañera.

—¿Podemos terminar ya de soltarnos tantas tonterías y limitarnos a disfrutar de la celebración, emborracharnos y terminar la fiesta follando como conejos?

—Tonterías —masculla sin ser capaz de que la sombra de la decepción no pasee por su atribulada expresión. Sólo dura un instante, pese a todo, ya que recupera su eterna sonrisa y con ello activa su tambaleante sistema defensivo—. ¿Podríamos saltarnos lo de la celebración y la borrachera y limitarnos a disfrutar follando como conejos?

—¡Pero mira que eres capullo! —protesto golpeándole en el brazo—. Anda, dame un beso y vamos a buscar nuestra mesa, antes de que las zorras que tengo por amigas piensen mal de nosotros.

—Peor sería más apropiado que mal.

Lo pasamos genial durante buena parte del convite. Ni mis amigas hacen la más mínima referencia a los aspectos más picantes de mi relación, ni Phil muestra el menor síntoma de rencor alguno por rechazar de forma indirecta su invitación a dar un paso adelante en nuestro peculiar noviazgo. De hecho, se muestra tan andaluz como el que más, bromeando de forma

constante y exhibiendo una espectacular soltura para simular nuestro acento. A su «¿cuándo se baila en las bodas andaluzas, cohone?» y la posterior carcajada de nuestra mesa, le sigue mi habitual grito de guerra en este tipo de celebraciones:

—¡Esta noche va a joé, jooooé, jooooé!

Todo el salón se me une, cual hinchada de cualquier equipo de fútbol. Incluso la mayoría de las inocentes criaturas que no están ya jugando en el castillo hinchable de la sala contigua corea un cántico picante. Sobra resaltar que los críos desconocen el verdadero significado de lo que cantan. Yo, en cambio, lo domino a la perfección y me muero por ponerlo en práctica. Pero lo prometido es deuda.

—Acuérdate de que depende de ti que esta noche también jodas tú —susurro a Phil junto a su oído, momento tras el cual envío mi lengua a pasear de forma disimulada por su cuello, aprovechando que todos miran a la pareja de recién casados.

—Eso me recuerda que tienes tu copa vacía —reacciona casi sin pensar—. ¿Cerveza de nuevo o prefieres apostar fuerte en la barra?

—No me vas a emborrachar.

—Muy segura te veo. He podido percibir, sin embargo, tu respiración acelerada al contacto con mi cuello. A ver si no vas a tener que emborracharme tú para conseguir lo que te hayas propuesto —me reta—. Si he de ser sincero, ya no tengo tan claro cuál es tu verdadero objetivo —cuestiona con una sonrisa tan provocadora y arrebatadora como su forma de ser.

—Sólo un lelo lo lo fliparía como acabas de hacerlo tú.

Su carcajada refuerza mi convicción sobre la cogorza que se va haciendo fuerte en la composición de mi sangre, tras el involuntario trabalenguas con el que acabo de exponerme. Creo que, si me hicieran un control de alcoholemia en este momento, obtendría el aprobado justito: un cinco por ciento de sangre en mi sangre. El resto, alcohol de baja graduación.

Un majestuoso pastel hace acto de presencia para rescatarme del embolado en el que yo sola me he metido. ¿Tanto se nota que tengo más ganas de que nos quedemos a solas que las que tiene él? Si es que no puedo excederme con la bebida, pero lo estoy pasando tan bien; fiesta con mis

amigas, acompañada de un tío que está tremendo y que se muere por mis huesos, alcohol del bueno y deliciosa comida gratis... Sólo falta...

—Cris —susurro de forma instintiva cuando comienzan a repartir por todas las mesas decenas de platos con una cuña de tarta.

—¿Qué pasa con Cris? —indaga oscureciendo el semblante.

—Me tienes que contar qué tipo negocios tenéis Cris y tú con quien parecía un jeque árabe —improvisado de forma tan certera como milagrosa.

—Cuando comience el baile.

—¿Y por qué no ahora?

—Me será más sencillo controlar tu reacción si nuestros cuerpos se mantienen tan pegados que te recuerden el tipo de relación que nos une — explica con segundas, en clara alusión a la charla que mantuvimos a nuestra llegada.

El momento más embarazoso de la celebración llega cuando Gema se acerca hasta nuestra mesa repartiendo unos preciosos recordatorios del enlace. Es la hora de felicitarla y disculparme porque sólo puedo regalarle veinte euros, un dinero que me veo obligada a restar del pírrico presupuesto mensual del que disponemos en casa. Sin embargo, una mano posada en mi hombro me impide levantarme cuando me dispongo a entregarle un sobre representativo de mi amistad y... mis penurias. Miro hacia la derecha y mis ojos se cruzan con los de un Phil de sonrisa gigantesca y embriagadora.

—Querida, perdona que me tome la libertad de reconocer a tu amiga el honor de haber conseguido hoy lo que parecía imposible: superarte en belleza.

Algo que no es hambre ruge en mi vientre y se adentra en mi pecho, aunque su efecto se mitiga cuando descubro que porta un sobre que, imagino, pretende tomar el relevo del mío, antes incluso de que inicie su carrera sin retorno. Unas letras doradas en relieve, en las que reza «De Philip y tu xoxi para la feliz pareja», son suficientes para entender que Phil se ha adelantado para evitarme la vergüenza.

Después de las felicitaciones y los abrazos a una Gema ya retirada de nuestro lado, mi reacción es inmediata.

—No tendrías que...

—Tsss.

—¿Cuánto? —indago a la vez que calco mi pregunta de forma gráfica, rozando repetidas veces el pulgar y el corazón.

—Era sólo un detalle.

—¿Cuánto? —insisto.

—Quinientos.

—¿Quinientos pavos? —repito al borde de la histeria.

—Es una de tus mejores amigas, ¿no?

—No tenías... Te has pasado. No era tu obligación.

—Mi obligación es mantenerte contenta para conseguir mi propósito. ¡Mira por dónde! —exclama agrandando su sonrisa cuando se oscurece el salón, a la par que se encienden unas luces que iluminan únicamente el espacio libre existente frente a la mesa principal. Las primeras notas de una canción lenta, tan bella como desconocida para mí, envuelven el salón en un ambiente romántico que roza la emotividad.

Esta es de esas ocasiones en las que te podrías hacer de oro grabando un vídeo de las expresiones de todos los presentes y subiéndolo a YouTube. Debemos de encontrarnos en este momento en el espacio con mayor número de caras de gilipollas por metro cuadrado de toda Sevilla. El problema es que yo no me encuentro en disposición de grabar nada. No por la borrachera creciente, no. La cuestión se explica con que comparto embobamiento con la mayoría femenina de los presentes. La masculina, en cambio, ya va en busca de su copa, una vez iniciada la barra libre.

Creo que me estoy haciendo vieja. Me siento tontorróna, no sé, a lo mejor es que...

No, no me estoy enamorando de...

—¿Los acompañamos? —sugiere Phil tomando mi mano, acompañado de una sonrisa diabólicamente seductora.

¿Y si es él quien consigue que regrese mi versión más sensible?

No puede ser. Él no me provoca...

Su sonrisa va desapareciendo cuanto más se demora mi respuesta, lo cual me trae de vuelta a la realidad. A mi realidad, a mi presente, el único que debe importarme en este momento.

—Será un auténtico placer.

Quizás porque siempre he sido de bailar triplicando el número de pasos por nota, o puede ser porque el alcohol nunca se presenta como buen compañero de viaje. De todos modos y sea por la causa que sea, Phil conduce mis movimientos con exquisita pericia, con una soltura que me desborda y me deja a su completa merced. Siento la fortaleza de su pecho aprisionando mis prominentes senos, bajo los cuales galopa desbocado un corazón que no tiene claro por quién palpitar con mayor violencia. Sin embargo y a pesar de mi creciente desconcierto, vuelvo a la realidad cuando, durante una de las vueltas de trescientos sesenta grados a las que me somete sin permitir que circule el aire entre nosotros, nuestros sexos se rozan y todo cambia. Las extrañas sensaciones que percibía desaparecen de golpe, mi apetito sexual amenaza con rayar la voracidad y mi cerebro no me permite recordar otra cosa diferente de cuánto deseo a este hombre.

—¿Por qué no pides un par de copas y buscamos algún lugar apartado con mayor intimidad? —le invito en voz baja junto a su oído, tras lo cual dejo brotar un suspiro de lo más erótico que, al menos, ha conseguido ponerme más cachonda a mí misma—. Este ritmo es muy lento y hoy me apetece que me folles como un salvaje.

¡Joder, me pone a mil soltarle estas guarradas!

Su reacción, sin embargo, es de sorpresa.

¿Es que no se lo esperaba?

—¿Sin más? —me interroga con esa cara de «qué sencillo ha sido». Algo no me cuadra...

¡El secreto!

¡Joder!, ¿cómo se me ha podido olvidar?

Aunque...

—Cariño, el mundo funciona por prioridades y lo primero es lo primero. Antes que nada —explico tirando de mi vena chistosa—, me pones mirando pa Cuenca. Ya luego, si eso, me cuentas vuestro secretillo. ¿Te apetece?

—Estar dentro de ti es lo más parecido a danzar sobre el magma del infierno, aunque a las puertas del paraíso.

—Perfecto. Pues voy a buscar mi bolso y te espero afuera. Es el mejor momento para desaparecer sin que nadie repare en nosotros —admito

extrañamente ilusionada.

Naaa, cachonda como una perra, ¿para qué nos vamos a engañar?

Cuando agarro el bolso y cojo el móvil para ver qué hora es, mi corazón se detiene de golpe al descubrir que tengo siete llamadas perdidas. Si mis amigas están aquí, sólo puede tratarse de...

—¿Carmela? —pregunto cuando la llamo y descuelga—. No he oído las llamadas. ¿Qué ocurre? ¿Está bien papá?... ¿Qué? ¿Cómo lo sabes? Está bien; tranquilízate. En seguida voy para allá.

En cuanto guardo el aparato y me doy la vuelta, Phil ya se encuentra a mi espalda con dos copas en la mano. Apenas llego a disfrutar de su eterna sonrisa, pues consigo contagiarle mi preocupación al instante.

—¿Qué ocurre?

—Lo siento mucho. Acabo de decirte que lo primero es lo primero, así que tengo que marcharme.

—¡Demonios!, ¿qué ocurre? —pregunta perdiendo la calma como nunca.

—Linda se muere.

Capítulo 38

Quinientos euros.

¿De dónde coño saco yo quinientos euros?

No disponemos de tanto dinero; mientras que yo me he quedado sin la mierda de trabajo que tenía cuidando de Rober, papá cobra poco más de lo que necesitamos para salvar la vida de Linda. Y eso es sólo para empezar a hablar...

Al tratarse de una perra de gran tamaño, según acaba de explicarme la veterinaria, el gasto en anestesia y otra serie de pruebas y tratamientos se dispara. Ya, aunque me lleve la perra para casa, tendré que soltar algo más de cien por las pruebas que le ha practicado. Asegura que, si decido operarla, en vez de dormirla... para siempre, los gastos rondarán los quinientos euros. Eso sí, me aclara que el desembolso del tratamiento posterior corre de mi cuenta. Y siempre en el hipotético supuesto de que no haya metástasis, que no se quede en la operación o que no surjan complicaciones en el postoperatorio.

—¿Qué demonios hago? —me pregunto en voz baja, dirigiendo la mirada hacia una Linda que parece tener algún tipo de poder especial para leerme la mente. Me observa con una expresión de pena que me hiela el alma. ¿Cómo puedo llegar a casa sin el animalito y decirle a papá que he decidido matar a la que aún mantiene parte de la ilusión que olvidó en su camino sin retorno?

—Si no estás segura, puedes ir a casa y pensarlo con calma un par de días —me advierte Esther cuando regresa a su consulta, tras dejarme un par de minutos a solas con Linda—. Eso sí, no conviene retrasar mucho la intervención, bajo riesgo de favorecer la aparición de la metástasis.

—Ya, gracias. El problema es que no dispongo de tanto dinero y no tengo a quién pedirle prestado —aseguro, después de haber descartado un momento antes a Phil porque no ha sido capaz siquiera de acompañarme. Su excusa era que no habría podido soportar salir de la consulta sin Linda después de mirarla a los ojos. ¡Ole tus cojones! Para mí es sencillo... Pero tampoco puedo enfadarme con él, ni siquiera contemplar la posibilidad de pedirle prestado, después del desembolso que ha hecho en el regalo de la boda.

En cuanto a mis amigas: todas descartadas. Mientras que una acaba de casarse y un par de ellas ya van de camino, las otras tienen sus gastos en pagar sus coches, sus cuotas del gimnasio o sus numerosas salidas de marcha. Además, que ya les debo bastante más de lo que puedo devolverles a corto plazo.

Y a Carmela ni la tengo presente. Demasiado hace ya la mujer, ocupándose de papá cuando más me necesita. O puede que sea yo quien lo necesito a él.

—Piénsatelo, mujer —me invita.

—¿Qué harías tú, en el caso de que fuera tu perra?

—El cáncer de colon es muy puñetero y suele ir acompañado de metástasis. Si te digo que la operaría y al final no supera la enfermedad, te acordarás de mí durante mucho tiempo y pensarás que sólo pensaba en el dinero. Si te aconsejo dormirla, ocurrirá lo mismo.

—Perdona por ponerte en un aprieto, pero es que estoy muy liada. Si tuviese dinero, no me lo pensaría.

—Es normal. Se les coge mucho cariño. Se les llega a querer como a un hijo.

—En mi caso, es por mi padre —miento a medias, evitando el cruce de miradas con Linda. Si bien es cierto que la decisión es demasiado dura porque pienso que papá puede caer en picado si desaparece su sostén emocional, esta situación ha disparado un sinfín de sentimientos. Hasta que no he tenido la vida de Linda en mi mano, no me he dado cuenta de cuánto quiero a este animal. Un animal; qué irónico, cuando vivimos en un mundo en el que los humanos demostramos ser la especie con menos humanidad—. Me la llevo a casa.

—Me parece correcto, pero ya sabes...

—Descuida. El martes, como muy tarde, habré tomado una decisión.

Hasta entonces, tendré que estrujarme los sesos para averiguar de dónde puñetas saco yo un mínimo de quinientos euros sin tener que «hacer la calle».

Llego a casa derrotada y muy preocupada. Ya no sólo por la tesitura en la que me encuentro, sino por el dinero del presupuesto mensual que he dejado en la clínica, al que habría sumado otra buena cantidad si hubiera

decidido dormirla.

—¿Qué's lo que tiene, niña? —pregunta Carmela sin esperar siquiera a que cruce el dintel.

—Una infección muy gorda en el estómago, Carmela —decido mentir para disponer de paz a la hora de decidir—. Le ha pinchado un antibiótico y algo de suero para recuperarla. Estaba muy débil —justifico—, pero no ha querido comer el pienso que le puso en un tiesto.

—Normá, los animalito son mu listo —me secunda para mi completa sorpresa. Cuesta creer que me haya oído a la primera—. Ella sabe que tiene argo y esa es su forma de avisá sin hablá.

—¡Qué sabe usted, doña Carmela!

—Po sí, Lusi, vaya tela —finaliza dejando claro que sigue igual de sorda que siempre.

Capítulo 39

Entre otras locuras, se me ha ocurrido plantear a Phil y a Cris la posibilidad de convertirme en su chacha. Al final he terminado descartándolo porque, en el supuesto de que acepten unas condiciones entre las cuales no figura tirarme a los dos, no cobraría hasta pasado un tiempo. Un período que se antoja mortal de necesidad para la pobre Linda. Y, siendo cierto que cada vez que pienso en su destino me da más pena, no puedo pedirles que me den un empleo y además exigirles un anticipo.

De cualquier modo, hoy necesito relajarme y no pensar mucho en el asunto, así que he llamado a Phil para vernos en una cafetería cercana a su casa. Así podré evadirme un poco con sus bromas. Casi todas relacionadas con el sexo, para variar. De hecho, en cuanto le informé del lugar en el que nos citaríamos, lo primero que hizo fue preguntarme si sentía una especial predilección por hacerlo en el servicio de señoras. Por mi tono de voz al contestar, entendió que no estaba de muy buen humor, así que no insistió y se dio por vencido. A regañadientes, seguro. Poco a poco lo voy conociendo y voy dándome cuenta de que no se siente cómodo en las situaciones en las que un hombre debe demostrar su hombría. No sólo empujando veinte centímetros se es más tío, sino también cuando una mujer necesita el apoyo de su pareja. Ayer, sin ir más lejos, necesitaba descargar mi tristeza en alguien diferente de papá o Carmela y Phil no estuvo a mi lado.

Pero bueno, tampoco voy a castigarme por ello ni hacer lo propio con él. Siendo justa, el «sólo sexo» no incluye las sesiones de psicoterapia con una chica acosada por infinidad de problemas.

Y aquí estoy, mirándolo atontada y, ¿por qué no decirlo?, hasta cierto punto enamorada. Quizás por eso le perdona todo, o casi todo. No presta mucha atención a su explicación acerca de las técnicas de navegación para no perder el equilibrio a bordo de una embarcación de kayak. Una con la que me asegura que ganará el campeonato nacional de Bélgica dentro de un mes. Y es que me siento incapaz de quitarme de la cabeza la tremenda pena que asolará a papá cuando Linda se nos vaya. Siempre, siendo optimista y dando por hecho que no la haya olvidado cuando llegue el trágico e inevitable desenlace.

¡Cada loco con su tema!

—Ayer me hiciste falta —le suelto de pronto.

—Es lo que me dicen todas, querida —bromea—. Debo reconocer que estuve a punto de desfogarme en el Dreams.

—¿Por qué no lo hiciste? No me debes fidelidad.

—Lo sé, pero sólo tú colmas mi sed. Además —añade—, me da un poco de vergüenza admitirlo, pero supe que me habría sentido mal si me hubiese tirado a otra.

—En España llamamos remordimientos a eso. Si he de ser sincera también yo, habría preferido que los hubieras sentido por no haberme acompañado, sabiendo que no me encontraba muy bien.

—Lo siento mucho —se disculpa sin rastro de su eterna sonrisa, tras un corto período de silencio—. Yo... A veces me abordan las ganas de sentar la cabeza junto a alguien como tú. Sin embargo, en otras tantas ocasiones me entra el vértigo y temo no estar a la altura de lo que te mereces.

Nuevo silencio.

—Te honra tu confesión y dice mucho de ti —admito—. No obstante, eso no arroja al cajón del olvido el tremendo vacío que sentí ayer. ¿Sabes? Habría preferido que te hubieses follado a todo el Dreams. Así, al menos, no sería yo quien me sintiera mal por recriminarte nada —reconozco. Demasiado seca, por lo que me dispongo a endulzar mi aseveración—. Tú no me fallarás nunca porque te conozco y sé cuánto eres capaz de entregarme.

—¿Pero me gustaría darte más! —se lamenta con una fragilidad desconocida hasta ahora—. Desearía que nuestra relación se instalase en un nivel superior. Y no sólo en lo concerniente al sexo, que lo doy por descontado. Sueño con que trascendiera incluso de la que cabría esperar en una pareja más estable que la que tú y yo formamos. Sin compromiso, pero sólida como una roca. Sin reproches porque nuestros actos surgieran en perfecta simbiosis con los pensamientos del otro. Sin desconfianza porque no habría lugar para la mentira o los secretos. Sin...

—Podrías comenzar por contarme de una vez vuestro secreto, antes de permitir que tu mente vuele por los mundos de Yupi —lo acorralo casi sin darme cuenta. Si es que no tengo remedio. Soñando siempre con que alguien me diga cosas tan bonitas como las que acaba de soltarme Phil, para luego dar rienda suelta a mi impulsividad.

—¿Qué quieres saber? —pregunta con una extraña mezcla de hastío y de alivio. Creo que se muere por contármelo, pero duda de cómo puedo encajar su confesión. Ojalá me equivoque.

—¿Qué negocios tenéis con Mohamed?

No puede evitar una media carcajada al oír cómo he bautizado a su socio árabe.

—No son negocios, propiamente dichos, sino más bien una relación comercial. Aunque nosotros preferimos definirlo como un juego. Prohibitivo para muchos bolsillos, eso sí, pero al fin y al cabo un simple juego.

—¿Un juego? —repito desconcertada—. ¿Te puedes explicar mejor?

—Nosotros disponemos de tablero y de... fichas, mientras que ellos pagan por jugar y se divierten.

—No te entiendo. ¿Qué tablero y qué fichas?

—Solo sexo —responde escueto.

—¿Sólo sexo? Vamos a ver. ¿Me estás diciendo que ellos pagan generosas sumas de dinero por ir a... jugar al Dreams?

—No, querida, te estoy diciendo que disponemos de otro local, en el que ellos juegan y pagan, mientras que ellas juegan y ganan.

—¿Tenéis un puticlub? —pregunto casi escandalizada.

—Por favor, baja el tono de voz —me pide enérgico, aunque sin perder la calma—. Si fuese un puticlub —prosigue—, no habría sostenido que ellas son quienes ganan. Unas más y otras menos.

—¡Ah, que las hay de diferentes niveles! Vamos, como las putas de polígono y las cortesanas de palacio —le recrimino.

—Lucía, querías que te lo contaré y, sin embargo, no me estás dejando el más mínimo margen para explicarte el funcionamiento.

—Es que no parece que haya mucho que explicar. Unos tíos pagan por follarse a unas tías y ellas reciben dinero a cambio.

—¿Me cobra, por favor?

Resulta evidente que no se siente cómodo rodeado de gente, pues cualquiera que pueda oírnos entenderá lo mismo que yo. Pese a mi enfado creciente, algo que asocio con la curiosidad me retiene a su lado antes de

mandarlo a la mierda.

—Y bien...

—Bien estaría si abrieras tu mentalidad, llena de prejuicios, y me permitieras explicarte a qué nos dedicamos.

—Date por satisfecho con que no me haya marchado ya —le advierto para que no siga tentando a su suerte—. Continúa —le invito con tono imperativo.

—Claro que voy a continuar, aunque dejando claro que nosotros somos simples intermediarios. Dos amigos que ponemos en contacto a personas que les gusta el sexo.

—Unos pagan y otras cobran.

—Por favor —me suplica.

—Adelante.

—Lo único ilegal que hacemos es indagar en sus asuntos personales. Y no siempre es necesario. De hecho, sólo recibimos una denuncia en cierta ocasión. Suerte que Cris tiene especial habilidad para acceder a los archivos policiales —intenta hacerme reír, aunque con escaso tino.

—¿Es que no es ilegal entrar en los archivos de la Policía?

—Ilegal, inmoral... si tenemos en cuenta que ha servido para que un cerdo como el que violentó tu libertad se pase muchos años en la cárcel...

—¿Cómo? ¿De qué estás hablando?

Mis preguntas le pillan desprevenido. Está claro que ni tenía previsto contármelo, ni contaba con mi reacción, a todas luces discordante.

—¿Preferías que fuera condenado por acoso y saliera a los tres días? Digamos que sólo tuvimos que engordar un poco su historial delictivo.

—¿Habéis incluido a más mujeres entre sus víctimas?

—¿Mujeres? —repite con suficiencia—. Niños, querida. La única forma de que se pudra entre rejas.

Abro mucho los ojos ante su confesión, sorprendida, escandalizada, aturrida y con otras sensaciones a las que no soy capaz de poner nombre.

—Eso no está bien —observo, posicionándome quizás en el bando equivocado. Quizás no, seguro.

—Peor estuvo lo que te hizo él, ¿no crees?

—Lo sé, pero tendríamos que dejar que fuese un juez quien impartiera la justicia.

—¿Justicia en España? —me lanza su retórica cuestión—. ¡No me jodas!

—¡Dios me libre de hacerlo, teniendo en cuenta que sois vosotros quienes andáis jodiendo vidas!

—¿Prefieres entonces que dejemos impoluto su historial y le enviemos una invitación a consumir esta vez su violación? —se revuelve con escaso tacto.

—La has cagado —le recrimino—. Ya no sólo por provocar que reviva aquella angustiada situación, sino también porque ya no hablaba de ese cerdo, sino de las chicas que prostituís.

—Lamento haber levantado tus ampollas. Te prometo que no era mi intención —se disculpa—. En todo caso, no me arrepiento de haber juzgado y condenado a quien coartó tu libertad. Un derecho que, por cierto, poseen en todo momento quienes deciden participar en nuestro juego.

—Y, aparte de follar con dinero de por medio, ¿incluye algo más el juego? No sé, ¿usáis juguetitos sexuales o cosas así? ¿O es, quizás, uno de esos juegos para mentes enfermas, en el que unos atizan y otros sonrían?

—Eso sería demasiado simple, gitanilla.

—¡Como me vuelvas a llamar así, te comes el espejo retrovisor de ese coche!

Se descojona en mi cara y poco me falta para abofetearlo. Está consiguiendo lo que jamás habría imaginado de alguien como él. Sí viniendo de Cris, pero no de Phil.

—Como te dije antes, es una especie de competición, con ciertos niveles de... mmm... dificultad.

—Mete, saca, mete, saca —me burlo—. Sí, quizás sea muy dificultoso para vosotros.

—Durante el primer nivel —continúa, sin dedicarme el más mínimo reproche—, las participantes deben competir por pasar a la siguiente ronda, limitándose a lucir sus encantos.

—Vamos, mostrando la mercancía, como en cualquier lonja o mercado.

Ahora sí, resopla y demuestra estar perdiendo una calma que ya dejé yo escapar de mi cerebro cuando comenzamos a charlar. Menos mal que pretendía despejarme cuando quedé con él...

—Es un simple filtro. La chica que no obtenga el número de votos necesario, quedará descartada para la siguiente fase y recibirá su premio por participar. Como ya habrás entendido, ganará su premio sin necesidad de haber practicado sexo con nadie. Y, lo más importante, ella misma será quien decida haber participado. De forma libre, sin presiones, sin... sin que nadie la obligue a hacer algo que no quiera practicar.

—Ya. Imagino que el premio será simbólico —especulo irónica—. Hombre, lo digo por aquello de no presionar ofreciendo grandes sumas de dinero.

Tras un nuevo resoplido, manifiesta su completa oposición a mi actitud.

—Oye, será mejor que lo dejemos porque está claro que no nos vamos a entender.

—Pues mira tú por dónde que discrepo. Precisamente ahora es cuando comenzamos a entendernos —afirmo para llevarle la contraria. El entrecejo fruncido y la mueca que le adornan el rostro, más bello y representativo de su caradura que nunca, verifican que no acaba de comprender lo que le digo—. Lo mejor será que lo dejemos.

Clara, concisa y contundente, antes de girarme y dejar atrás una etapa de mi vida que espero olvidar pronto. Aunque ni yo misma me lo crea.

Capítulo 40

Las seis de la mañana. No encuentro mejor hora para evitar explicaciones innecesarias. Sé que la clínica veterinaria no abre hasta las nueve, pero no seré capaz de hacerlo si me cruzo con papá. He decidido dar el último paseo con Linda mientras le aguante el cuerpo, bastante debilitado ya por culpa del maldito cáncer que la está devorando. Como papá no suele despertarse antes de las ocho y Carmela no tardará en colarse por casa para prepararle el desayuno, he decidido dejarle una nota. Acabo de terminar de escribirle que me he desvelado y que he aprovechado la fresquita para dar un paseo a la perra.

Pongo la correa a Linda por última vez y, a pesar de lo que me pide el cuerpo, evito entrar en el dormitorio de papá para darle un beso. Procurando no hacer el menor ruido, abro la puerta con cuidado y susurro a Linda que cruce el dintel. Cuando me giro, después de cerrar, por poco me da un chungo al descubrir a Carmela observándome desde la puerta de su casa.

¿Esta mujer no duerme nunca?

—He sentío unos golpe y m'asomao pa ve qué pasaba.

Menos mal que estás sorda, jodía.

—Le he dejado una nota. Voy a pasear un rato porque me he desvelado.

—Mu temprano, ¿no, niña? Ara mismo está to serrao.

¡Qué cabrona! Esta se huele algo.

—La calle está abierta las veinticuatro horas, doña Carmela.

—Tu corasón también está abierto, niña —asegura con segundas. Imagino que han debido de delatarme mis ojeras—. No te preocupe por na, que ya me la habiaré yo con tu pare. Y no te arrepientas de na —sugiere con la voz cargada de amor y comprensión—, que sólo se equivocan los que toman desisione.

—¡Es que es muy duro! —me lamento, justo antes de echarme a llorar sobre su hombro menudo.

—Lo sé, miarma, pero Dio os ha permitío disfrutá de ella durante muchos año —me recuerda acariciando mi larga melena negra, peinada a

toda prisa.

—¿Cree usted que papá superará su marcha?

—Tu pare ya pasó lo de tu mare. Si el Señor deside ahora que se vaya detrás del pobre animalito, ¿quiéne somos nosotra pa discutí sus desisione? Las cosa suseden por argo, cariño.

—Nunca podré agradecerle lo que hace por nosotros —me sincero besando su mejilla castigada por el paso de los años—. Si tuviera que elegir una sustituta para mi madre, sin duda alguna que la escogería a usted.

—Eso nunca, mi niña. Una mare no tiene sustituta. ¡Nadie tiene sustituto! —puntualiza—, por lo que tenemo que disfrutá de los momento que Dio nos dé con las persona que queremos. Tú has disfrutao con la Linda, ¿no? —me interroga sin esperar respuesta— Po ya'stá.

No llego a responder porque, en realidad, en los últimos años he pasado un poco de la perra. Desde que mamá se fue, los juegos con Linda se esfumaron de mi tiempo libre. La dejé a un lado, como quien se olvida de un mueble viejo. De hecho, ahora me siento culpable por haberle gritado e incluso golpeado en muchas de las ocasiones en las que regaba el suelo con su orina. No entendía entonces que la maldita enfermedad la obligaba a saltarse unas normas que siempre respetó.

¡Joder, cuánto la echaré de menos!

Siento que una lágrima helada se desborda de mi ojo derecho en el mismo momento en el que Carmela me besa en la mejilla y me golpea en la espalda.

—La enfermedadá de tu pare ta exigío mucho, mi niña —justifica, como haciendo gala de un poder especial que le permite leer mis pensamientos—. No te castigue y vete ya, que estás haciendo lo correcto. Yo misma te visto entregarle mucho amó ar pobre bicho, a tu pare, al Robe. Eres puro amó, Lusi —asegura—. Anda y vete ya. Y no llore más por ella, que lo nota. Disfruta der tiempo que os quea junta.

—Eso haré —garantizo sin poder hablar apenas.

Lo mejor es que me marche ya, antes de que no me sienta capaz de intercambiar las lágrimas por valentía.

Me paso dos horas sentada en un banco, observando a ratos a Linda sin poder soportar su mirada durante más de cinco segundos. El sentimiento

de culpa me ahoga y los cientos de recuerdos comunes me rematan. Y es que, pese a que te vas acostumbrando a no dedicarle mucho tiempo a tu mascota, el aire se vuelve espeso a causa del torrente de vivencias y emociones que te aborda.

Pero ha llegado el momento. Un mal rato que no desearía a nadie, a pesar de que soy novata en tal menester y aún me queda lo peor.

En cuanto suben la baraja de la clínica, aprovecho para entrar y entregar la cartilla de Linda. Aunque nunca me ha importado llorar en público, prefiero evitar una exposición indeseable en una hora de mucha afluencia. Sobre todo, en unas condiciones que puedo llegar a imaginar.

—Venía para... —vacilo—. Venía para dormirla —informo en el segundo intento a la recepcionista, después de tragarme la pena que siento. Dormirla; qué curioso modo tenemos los humanos de enmascarar las realidades demasiado dolorosas. Vengo para matarla, ¡qué cojones!

—¿Te paso con Francis?

—¿No está Esther?

—Debe de estar al caer. Espérala sentada, si no te importa.

—No, claro que no.

¿Cómo va a importarme alargar la agonía de Linda y el sinvivir que me ahoga? ¡Hay que joderse!

Aunque tampoco soy justa al descargar mi frustración sobre la pobre chica, que no tiene culpa de nada.

Una vez sentada, ligeramente encorvada para acariciar el lomo de quien ha demostrado ser más hermana mía que Rocío, me abstraigo por unos segundos. Los justos que tarda en sonar el móvil, extrañamente silencioso durante los últimos dos días. Al descubrir que se trata de Phil, que seguramente pretenderá mi perdón, rechazo la llamada y reparo en su secreto por primera vez desde que me lo desveló.

—Todos los tíos son unos cerdos, Linda —le susurro a la pobre perra, que bastante tiene con soportar la sospecha de su trágico futuro a corto plazo, además de las consecuencias a plazo eterno, como para tener que aguantar mis cavilaciones. Con lo auténtico que parecía uno y lo santito que se presentó el otro, a pesar de... Espera... Pero ¿cómo he podido ser tan tonta? ¡Desde el primer momento fueron a por mí!

—¿Perdona? —se cuela entre mis reflexiones la voz de la recepcionista.

—No, nada, hablaba sola —respondo casi por inercia, ya que mi cabeza se encuentra en otro momento y en otro lugar; el día en el que conocí a Cris en plena calle Sierpes. Uno me seleccionó y el otro se encargó de camelarme. ¡Por eso se presentó Phil en el Dreams, pese a haberme citado en nombre de Cris! Me dejé llevar por su palabrería y no fui capaz de sospechar nada—. Y yo pretendía ser periodista cuando aún soñaba con ir a la universidad —le recuerdo a Linda, que se estaría descojonando de mí si me entendiera—. ¡Y lo del moro! Por eso preguntó si yo era... ¿Cómo dijo? — intento recordar—. ¡Ya caigo! Preguntó algo como «Is she a girl of the game?». ¡Creyó que yo era una de las putillas que ellos...! Oh, Dios. ¡Pero qué tonta!

—¿Entramos? —oigo preguntar a alguien en la lejanía—. Lucía.

—Sí, perdón —me disculpo al descubrir que ya ha llegado Esther y que me invita a pasar al «matadero».

Me levanto ausente, como un autómatas, pensativa aun tirando levemente de la correa de Linda para que me siga. Aunque se hace la remolona, finalmente se da por vencida y se levanta, no sin mucho esfuerzo.

Al final, se ve que debieron de cambiar su plan inicial. Al menos, en el caso de Phil. Se encaprichó conmigo y por eso, quizás, Cris estuvo siempre tan tirante conmigo. Él sólo me quería para usarme como una de las putas de su jodido juego.

—Creo que has decidido hacer lo correcto —me indica Esther en cuanto cierra la puerta de la consulta—. ¿Cómo ha estado estos últimos días?

—Agobiada, la verdad. Me ha costado mucho decidir su...

—Me refería a Linda.

—Oh, perdona —me disculpo sonrojada—. Estoy en otro lado.

—No te preocupes, mujer. Es normal. Les cogemos mucho cariño y...

—Demasiado —le interrumpo—. ¿Sabes? A pesar de lo que me dijiste, le he notado una leve mejoría que...

—Lucía, no te engañes —me interrumpe ahora ella a mí—. No va a mejorar. Si no la operamos, en el caso de haber optado por esa opción, su destino sería el mismo. Y eso, siempre que...

—Ya, ya —decido zanjar el tema con una nueva interrupción—. Es sólo que... Bueno, cuesta más si notas una leve mejoría. Pero no lo prolonguemos más, o no seré capaz —le apremio sintiendo cómo se acrecienta de nuevo la angustia que me abrasa por dentro.

Sin mediar palabra, tras mi sugerencia y después de ver cómo empiezan a brillar mis ojos, Esther se da la vuelta y abre uno de los cajones de una consola. Llena una jeringuilla con el líquido del bote que porta en la otra mano y, a continuación, se acerca a Linda para inyectarle su sentencia.

—¡Espera! Aún no he...

—Tranquila, Lucía. Sólo es un calmante para dormirla. No sufras. No se enterará de nada.

Pero yo sí.

¡Qué asco de no tener dinero! Podría tocarme alguna lotería o concurso para plantearme luchar contra el puñetero cáncer, ¡joder! Pero claro, ¿cómo va a tocarme algo?, si no juego a nada.

Jugar...

—Y si...

—No le des más vueltas, Lucía. Tardará poco.

—No, si no era por eso. Pensaba en voz alta en alguien a quien conozco.

¿Y si decidiera participar en el juego de esos dos cabrones? Aunque no creo que contara con tiempo suficiente. Además, no sé cuánto ganaría por participar. Imagino que bastante, teniendo en cuenta el nivel de quienes aportan la pasta. Podría pedir prestado hasta que... No tiene sentido que me esté debatiendo entre convertirme en una puta o no para salvar la vida de Linda. ¡Joder!, ¿por qué tiene que ser tan complicada la vida?

Reparo en Linda y veo que sus párpados están a punto de cerrarse... por última vez. O quizás no. Depende de mí.

—Ya casi está dormida. Ahora le ponemos la mascarilla para que se duerma del todo y que no se entere de nada.

Dicho y hecho. Apenas tarda unos segundos en caer en un sueño profundo del que no despertará jamás. ¡Mierda!, ¿qué hago? Tengo que decidirme ya.

Recuesto mi cabeza sobre el lomo de Linda y me dejo llevar por su acompasada e intensa respiración. Puedo oír los potentes latidos de su corazón. Aparenta una salud envidiable, pese a ser incapaz de luchar contra el mal que acorrala al resto del organismo.

Siento que las lágrimas pueblan mis mejillas y que mi respiración agitada contrasta con la serenidad del cuerpo peludo que me sirve de almohada.

—Bueno, pues esto ya está listo —oigo decir a Esther.

—No puedo, cariño —susurro a Linda casi a la par—. No me veo capaz.

—¿Prefieres salir, Lucía? Quizás sea mejor.

—¡No! —aclaro con vehemencia—. No, por favor. Quiero estar con ella hasta el final. Dicen que hasta los que están en coma pueden oír.

—Como quieras. Sólo permíteme que pueda acceder a esta patita para pincharla.

—Va a durar poco, mi niña —susurro de nuevo a Linda, olvidándome por completo de Esther. Ahora mismo sólo estamos ella y yo, sus últimos alientos y mi sentimiento de culpa—. Verás que no te dolerá nada cuando estés con Él. Yo me encargaré de hablarle de ti. Le diré que te encanta jugar con pelotas de tenis, como cuando eras chica —le recuerdo con una entonación casi acompasada con sus latidos—. Le diré que... —trago la saliva que apenas me permite hablar y limpio mis lágrimas con el puño, aunque no servirá de nada porque el río está ya desbordado—. Le diré que la lance lejos para que puedas correr tanto como siempre te encantó. Y no te preocupes por papá. Has cuidado muy bien de él, pero Carmela y yo no nos apartaremos de su lado hasta que... hasta que vaya a reunirse contigo para ser él quien te lance la pelota.

De pronto, surge bajo mi oído una arritmia que me hiela el alma e intensifica mi llanto para conseguir que Esther ponga una de sus manos sobre mi hombro. Intenta consolarme con ese gesto, sin saber que no hay consuelo alguno para quien soporta el peso tan grande de la culpa que me ahoga.

Silencio en mi campo auditivo.

Dejo de respirar para tratar de escuchar unos latidos que no se manifiestan, unos latidos que yo he decidido silenciar.

—¿Linda?

No hay respuesta.

—¡Linda! —repito con una única palabra que emerge desde lo más profundo de mi corazón, tras lo cual me derrumbo sobre el cuerpo inerte de aquella a quien consideré como una hermana. Aquella por quien no he sido capaz de hacer el sacrificio que merece una hermana.

—Te dejo a solas un rato.

No soy capaz de responder porque lloro a moco tendido. De hecho, ahora mismo me siento incapaz de hacer nada diferente de llorar.

Linda se ha ido, se ha muerto y yo la he matado.

Lloro y vuelvo a llorar.

Intento sacar fuerzas para reponerme, para hacerme a la idea de que ya no volveré a oír sus ladridos cuando llamen a la puerta. Trato de ser fuerte para entender que ya no resbalaré nunca más con sus benditas meadas, que ya no la veré jamás en la cama de papá, ni a sus pies para protegerlo de todo y de todos. Ya no puede proteger a nadie porque a ella no la han protegido.

¡Me siento como una mierda!

Y lo peor de todo no es lo que estoy experimentando en este momento. Lo peor se cuela en mi cabeza en el momento menos apropiado: el siguiente en morir será papá.

Lloro y lloro y no soy capaz de dejar de llorar antes de que todo se vuelva oscuro. Tanto como el futuro de papá, como mi futuro, como la realidad de mi niña, de mi Linda.

Capítulo 41

Me pudo la presión. Por primera vez en mi vida, no fui capaz de controlar mis emociones y me desmayé. Quería evitar exponerme ante los usuarios de la clínica veterinaria y, al final, me vio sin conocimiento hasta el barrendero que limpiaba la calle anexa. Cuando desperté, Linda ya no estaba. Se la habían llevado de mi lado y, con ella, mis últimas lágrimas. Una especie de insensibilidad se apoderó de mi ser para instalarme en el estado en el que me encuentro desde ese día.

Una semana ha pasado ya y aún me sorprende de la apatía con la que estoy encarando los problemas que van surgiendo. El primero fue lidiar con papá, a quien despaché mintiendo con una indolencia estremecedora cuando me preguntó si había visto a Linda, asegurándole que había salido a pasear con mamá. Mi suerte quiso que tuviera uno de sus escasos períodos de lucidez y me recordara que mamá estaba en el cielo.

—Pues eso —contesté con una involuntaria crueldad, que para nada me ha caracterizado jamás.

Será que estoy cambiando. Dicen que las desgracias modelan nuestra forma de ser. Yo siempre quise creer que era al revés y nuestros escasos ratitos de felicidad son los que se encargan de aconsejarnos quiénes debemos ser. O puede que se trate de una simple etapa de transición, una especie de fase de mi vida en la que mi sistema defensivo me empuja a rechazar cualquier gesto con cierta connotación afectuosa. Debe de ser eso, cuando incluso fui capaz de maltratar a Carmela con un «haz lo que te dé la gana» cuando se ofreció para cocinar el almuerzo, justo antes de que me encerrase en mi cuarto y me aislase del mundo.

Que tanto amor, como el que desprendía Linda por cada poro de su peluda piel, haya desaparecido de mi vida, ha provocado que se marche de vacaciones la Lucía que, quizás, se habría dejado embaucar una vez más por Phil. Cuando me llamó, no reconocí a la persona que contestó con mi voz.

—¿Qué cojones quieres? —le escupí con desprecio.

—Quiero verte. Quiero regresar el punto en el que lo...

—¡Y yo quiero que te vayas a tomar por culo, sinvergüenza! Tú y el cabrón que tienes por amigo.

—No estás siendo justa.

—No me hables de justicia, por favor. Acabo de perder a un animal que vale cien veces más que tú y que tu amigo juntos.

—Siento mucho lo de Linda —se lamentó con un tono que denotaba una sinceridad que ni supe ni quise entender.

—¡Qué cojones vas a sentir! Si no respetas a las mujeres que vendéis, ¿cómo coño pretendes hacerme creer que te preocupa la muerte de una perra?

—Me preocupan mucho más de lo que piensas.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer; fóllatelas una tras otra y preocúpate de pagarles bien, pero ve olvidándote de mí.

—No quiero olvidarme de ti —negó con rotundidad.

—Pues tienes entonces un serio problema. ¡Que te jodan!

Y le colgué.

Y volvió a llamar.

Y volví a colgarle.

Y llamó una vez más.

Y acepté la llamada y me cagué en sus muertos.

Y se presentó en casa.

Y no le abrí la puerta.

Y la aporreé insistente, pidiéndome otra oportunidad.

Y no le di la menor opción cuando llamé a la Policía.

Y desde entonces he tenido que soportar las miradas reprobatorias de Carmela.

Y ha conseguido con ellas que me vaya ablandando.

Y he vuelto a sentirme demasiado frágil al descubrir a un papá bastante desmotivado, en una de las pocas veces en las que no he intentado evitarlo.

Y me siento más mierda que cuando sacrificué a Linda.

Y vuelvo a tener ganas de llorar. Y lloro, lloro y lloro hasta que mis lágrimas se solidifican, formando una nueva capa que envuelve mi corazón para hacerlo un poco más inaccesible.

O eso creo. No estoy segura, aunque tampoco tengo muchas ganas de pensar en ello.

Mañana será otro día.

Capítulo 42

—Tas lavao por fin la cara, niña —observa Carmela en cuanto me ve salir del dormitorio.

—Yo me lavo la cara todos los días —reacciono desconcertada.

—Po no lo paresía, chocho. Tenía to la cara revenía.

—Lo siento mucho, Carmela. He sido una tonta —me culpo—. Me he visto superada por la presión y lo he pagado con quienes menos lo merecían, pero ya estoy de vuelta.

—Po sí, miarma, paresía que estabas muerta.

—¡Usted a lo suyo! No se entera de que ya esté de vuelta.

—Que soy una experta te lo paso, pero eso de usté lo deja pa los demás.

—No he dicho que usted sea una experta —me lamento, dándome por vencida. A veces resulta imposible comunicarse con esta mujer. Aunque pienso que muchas veces me oye y que sólo pretende hacerme reír con las ocurrencias que salen de su boca, gracias a su cuestionable sordera. De cualquier modo, ha conseguido su objetivo si estoy en lo cierto. Después de varios días sin disfrutar de uno de los mayores placeres de la vida, sonreír, acabo de hacerlo y me ha sentado de lujo. En parte, porque he podido expulsar con mi carcajada los últimos vestigios de la impotencia experimentada durante los últimos días. Otro cantar será eliminar el rastro de mis acciones. Con Carmela, al menos, parece que nada hubiera ocurrido. Sigue tan cariñosa y dicharachera como el bendito día en el que paseó su humilde presencia por primera vez en esta casa.

—Bueno, ¿y qué vas a hasé con er berga?

Joder, con el acento de Carmela, la nacionalidad de Phil suena tan sucia como sus gustos sexuales. Con «er berga» no sé, pero con su verga se me ocurren varias ideas, después de bastantes días de abstinencia.

Me río de mi propia ocurrencia.

—Te hará gracia a ti lo que le hisiste ar probe muchacho. Si no llega a sé porque yo lo avisé, se lo habría llevao pa entro la Polisía.

—Estaba hundida, además de enfadada con él, que no hacía otra cosa que agobiarme más con su insistencia.

—Normá que tenga impasiencia er muchacho —teoriza sobre algo que yo no he dicho—. Tiene que está jarto de machacársela.

—¡Doña Carmela! —me vuelvo a escandalizar, para luego partirme de risa. Una expresión de alegría que ya iba necesitando casi tanto como el aire que respiro—. Él no... —A punto estoy de revelar que él no se masturba porque no le faltan pretendientes, siendo el propietario de algo parecido a un prostíbulo. Reculo en última instancia porque, de forma inesperada y recurrente, recuerdo tantas cosas como me ha ido dejando caer. Aunque nos unió el sexo, Phil ha llegado a un punto de la relación en la que exige más de mí. Algo que no sé si estoy capacitada para entregarle. Más aún, después de lo que me contó—. Phil y yo mantenemos una relación abierta.

—A vé si tú te cree que yo era una santa en los sesenta.

¡Qué cabrona! Se entera de lo que le da la gana y, de paso, me confirma lo que ya sospechaba. Menudita tuvo que ser en su lejana juventud.

—Ya, Carmela, pero ambos vamos queriendo más y... —Y creo que yo estoy enamorada de su amigo. Además de que los dos tienen un concepto de la mujer que las equipara a la más material de las mercancías, pese a los brotes de humanidad que a veces escapan de su control.

—Hija, disfruta mientras pueda. Eres joven y toavía estás a tiempo de sentá la cabeza. Hay un dicho mu viejo que te vendría como anillo ar deo.

—A ver. Ilústreme —la invito, temiendo que haya entendido cualquier cosa.

—La mujé es como una flo, prepará pa da retoño, pero mientras no se marchite der to, lo mejó es romperse er coño.

La carcajada que me produce el peculiar argumento esgrimido por Carmela adquiere tintes tan barriobajeros como su escandaloso significado.

¿Quién me iba a decir hace unos meses que mi vecina de enfrente sería tan... incalificable?

Siendo a veces tan ordinaria, no suena mal viniendo de ella. No sé, será por su acento tan marcado, o por la gracia y naturalidad con la que lo suelta todo. Lo cierto es que está consiguiendo, casi sin hacer ruido, que la quiera tanto como a un hipotético híbrido que conjugase a mi madre y a mi

mejor amiga. Es todo un personaje.

—Anda, desayuna y ve a buscá ar muchacho, que ya tendréi gana.

—Voy a hacerle caso y desayunaré, aunque no sé si iré a buscar a Phil o si llamaré a mi hermana para ver a Rober. Hace muchos días que no sé nada de él y lo echo mucho de menos.

—¡Claro que son bueno los desenfreno!

—¡Que le echo de...! Bueno, da igual. Voy a preparar unas tostadas.

—¡Quieta! Que ya m'encargo yo de las tostá.

—Muchas gracias, Carmela —agradezco, reparando en lo selectivo de su sordera—. Aprovecharé yo mientras para llamar a Rocío.

Y eso hago, aunque la llamada no resulta tan fructífera como me habría gustado. Rocío, la misma que un día me dijeron que era mi hermana, me hace saber que están pasando el día fuera. En principio, me extraño, aunque luego caigo en que hoy es sábado y que no hay colegio. Desde luego, ya es raro que quiera pasar el día con su propio hijo... Lo que realmente me mosquea es que me ha pedido que quedemos mañana. Asegura que no tiene nada que ver con proponerme un trabajo. Insiste en que se trata de algo personal. Quiere pedirme un favor personal, de hermana a hermana. Poco me falta para mandarla a la mierda, pero su tono de voz es tan diferente y cordial al de otras ocasiones, que mi versión más inocente termina por claudicar y adaptarse a su plan previsto.

Llamo a las niñas, creo que intentando posponer la ineludible cita con Phil para pedirle disculpas, pero mi suerte se pone de su parte. Por una u otra causa, ninguna de ellas puede quedar para dar una vuelta. Unas trabajando, otra de luna de miel y un par de ellas con tareas pendientes. No me extrañaría hasta que se hubieran enfadado por haber cortado sus llamadas durante la última semana. Si es que, después de todo, me tengo merecidas muchas de las cosas que me ocurren.

Decido desayunar antes de llamar a Phil. Dicen que con el estómago lleno se piensa mejor. Una vez que me zampo las dos rebanadas de pan de campo con aceite y tomate que Carmela me prepara, decido despertar a papá. Intento convencerme de que es para pedirle también perdón, aunque seguramente no se acuerde de nada, pero no es sino otra estrategia para aplazar mi llamada a Phil.

Me como a besos a papá, extraño algo que siempre me pareció tan intrascendente, como es el hecho de ver a Linda echada a su lado y luego voy a coger el cubo y la fregona para ponerme a limpiar. Creo que es algo común en muchas mujeres. Las xoxis me han contado que suelen dedicarse a limpiar la casa cuando están nerviosas o de mala hostia. Pensar en limpiar el suelo me trae de nuevo el recuerdo de una Linda ya enferma, dejando las secuelas de su mal repartidas por toda la casa.

No llego a hacerme con la fregona, cuando siento una presencia a mi espalda. Seré tonta, pero no puedo evitar ponerme nerviosa.

—Mira, niña, como no llame ya ar berga, der telefonazo que te voy a da, se van a queá los pendiente en la barbilla y los pelos der jigo en la frente.

A pesar de la carcajada inicial, no tardo en reaccionar a la defensiva.

—¿Pero qué interés tiene usted en que hagamos las paces? ¿Acaso es que ha venido a comerle la oreja mientras yo estaba de clausura en mi dormitorio?

Desde luego que a ella sólo le hace falta que alguien le coma la oreja para quedarse completamente sorda.

—¡Que esta noche quiero tené plan con tu pare, miarma!

—¿Usted y mi padre? —pregunto de forma efusiva.

—Sí, anda, harte la tonta, que a mí no me la da. Ya nos viste hase unos día.

¡Qué hijaputa! Se las sabe todas.

—Ande, deme usted el teléfono. Creo que no me queda más remedio que llamar a ese sinvergüenza.

—Po te pone dos trensa. A ve si así no tiene la cara de saboría, chocho.

Tú a lo tuyo, hija...

Cojo aire con fuerza, una vez confirmo que la sorda selectiva desaparece de mi vista, suspiro nuevamente de forma entrecortada y marco el número de Phil, dispuesta a llevar la voz cantante desde el primer segundo.

—¡Dichosos los oídos que...!

—Déjate de historias y óyeme con atención.

Lucía uno, Phil cero.

—Adelante —contesta, procurando que no se note mucho lo abrumado que lo he dejado con mi tono cortante.

—Quiero pedirte disculpas por haber llamado a la Policía cuando te pusiste pesado.

—No hay nada que perdonar.

—¡Pues yo te perdono y eso es lo que hay!

Lucía dos, Phil cero.

—¿No era yo quien tenía que perdonarte?

—Bueno, pues ahora soy yo quien te perdono, por ser tan capullo y no aceptar mis disculpas.

No dice nada. ¿Me habrá colgado?

—¿Sigues ahí?

—Mientras tú me lo permitas, soy capaz de pactar la inmortalidad con el diablo para seguir aquí.

¡Toma ya! Recorta distancias, el muy...

—Anda, zalamero, que ya nos conocemos. ¿Tienes planes para esta tarde?

—Los que tú hayas pensado para ambos —asegura sin bajar el nivel de su anterior intervención.

—Bien, pues te espero a las cinco en punto en mi casa. Quiero que me invites a un café mientras charlamos de algunas cosas que quedaron pendientes. Las cosas claras y...

—Y el chocolate espeso. Lo aprendí en mis clases de español —apunta, imagino que acompañando sus palabras con la risa más canalla que posee. La que tanto enamora por sí sola.

—Ya, seguro. Sólo quiero saber una cosa, antes de que nos veamos. Te prometo que la respuesta que me des no me hará cambiar de parecer.

—Dispara.

—Es que, desde la semana pasada, hay algo que no para de rondarme por la cabeza y no soy capaz de... ¿Me prometes que serás sincero?

—Siempre lo he sido.

Lo cierto es que, a pesar de los pesares, creo en lo que dice. La omisión no está reñida con la verdad. Creo que, a día de hoy, no me ha mentido en nada realmente importante.

Pues vamos allá.

—¿Fui yo una de las chicas seleccionadas para vuestro... juego?

—Sí.

¡Lo sabía! Cabrones. Ahora empieza a cuadrarme todo, incluso que Phil se haya enamorado de mí, hasta el punto de no querer que participase en una competición tan... ¿asquerosa?

—Otra cosa más.

—¿Te llevo el café y seguimos con las preguntas en tu casa? En tu dormitorio, si te apetece —puntualiza—. Vamos, en la cama, si estás cansada.

—Deja de hacer el tonto y respóndeme.

—Adelante.

—¿Me habéis descartado como... participante?

—Sí.

—¿Porque tú...? ¿Me has descartado porque te has enamorado de mí?
Silencio.

—Yo no te descarté. Lo hizo Cris.

Capítulo 43

Sin ser capaz aún de quitarme de la cabeza las últimas palabras que Phil pronunció antes de que le cortase la llamada, se me han pasado las horas a velocidad de vértigo. No suelo darme cuenta de lo rápido que pasa el tiempo al quedarme pensando atontada. Y es que, cuando te enteras de alguna noticia inesperada, suele ocurrir que todo va comenzando a cuadrar en tu cabeza. Aunque al final estés equivocada en la mayoría de las conclusiones a las que llegas. Puede que en esta ocasión yerre por mucho, pero lo que cada día adquiere más claridad en mi cabeza es que Cris también se ha colado por mí.

Todo cuadra.

Por un lado, la indiferencia con la que me trató cuando nos conocimos, que llegó a rayar la grosería. Por otro, la paciencia y ternura que me dedicó cuando papá se perdió. Luego, su operación de espionaje cuando se ocultó mientras que Phil y yo nos liamos en su casa. Al día siguiente, atendiendo a mi suposición, tendría sentido su sequedad y su mal humor. En parte, porque yo lo provoqué, pero podría ser que su comportamiento estuviera motivado por los celos. Además, cuando me secaba el pelo me ha venido a la cabeza el sospechoso apagón que sufrió el Dreams cuando me liaba con Perico. Dos de dos relaciones en las que quedaría justificada la intromisión de Cris. Después llegó nuestro tórrido encuentro mientras esperábamos a Phil. A pesar de su reticencia, terminó por plegarse a mis encantos. Y la guinda del pastel la puso lo que me confesó Phil para terminar de desconcertarme.

¿Qué razón podría alegar Cris para no desear que yo me convirtiese en una de sus «play's girls»?

Porque el hecho de que no quiera liarse conmigo estaría sustentado en esa singular relación de amistad tan férrea que une a dos personas de caracteres tan antagónicos. Por si no fuese ya suficiente con la distancia cultural que debe de separarlos, siendo de países diferentes. Son tan dispares sus personalidades, que resulta utópico atribuir tal nivel de lealtad y respeto mutuo a una simple cuestión de profesionalidad asociada a su relación comercial. Porque no me puedo engañar; ambos comercian con el sexo. Está por ver aún si los unió su amistad universitaria o si, por el contrario, el

mercantilismo puro y duro fue el que atravesó sus caminos hasta conseguir que se encontrasen.

De cualquier modo, tarde o temprano me enteraré y lograré resolver tantas dudas como aún me asaltan. En principio, el primer paso que tengo que dar es volver a coger la sartén por el mango, si es que acaso la sostuve en algún momento.

—Ya tiene que estar abajo —me digo al comprobar que pasan cinco minutos de la hora acordada.

Me despido de Carmela y bromeo al decirle que cierre la puerta del dormitorio de papá, ya que no me apetece encontrarlos desnudos después de haber consumado. Ya va apretando el sol e invita a dormir fresco, a pesar de que aún estamos a mediados de marzo. Esto me recuerda que, en poco más de una semana, llegará la Semana grande y tengo que revisar el traje que me pondré para acompañar a mi Cristo de los gitanos.

Antes de irme, voy a buscar a papá al salón para darle un beso. Intento transmitirle con mi expresión que ya estoy de vuelta y que todo va a ir mejor, pero comprendo que algo no va bien.

—¿Qué ocurre, papá? —le interrogo al descubrir su expresión aturrida.

—No puedo... Sé que te conozco, pero no soy capaz... ¡Lo tengo! Rocío, te llamas Rocío.

—Claro papá —le confirmo con el corazón encogido—. Deja de tomar tanto vino, que no es amigo de tus pastillas —le sugiero con bastante dificultad para hablar.

¡Joder!, me imaginaba que sería duro este momento, pero no podía sospechar la magnitud con la que su olvido excavaría en lo más profundo de mi alma.

Dejo reposar un beso cargado de ternura en su frente y me giro hacia la puerta con los ojos cargados de impotencia y desesperanza. Evito el cruce de miradas con Carmela, que observaba la escena desde la puerta del salón, que da al recibidor. De nada me sirve, pues el apretón de su mano sobre mi antebrazo, más que animarme, termina de conseguir que me derrumbe. No obstante, no me detengo y guardo mi desconsuelo para la soledad de la escalera. Menos mal que siempre voy provista de espejo y de todo lo

necesario para una sesión de «chapa y pintura».

Una vez respuesta, después de cinco minutos de llanto desconsolado, elimino todo rastro del río de pintura que ha recorrido mis mejillas. Vuelvo a maquillarme y bajo las escaleras decidida a olvidarme durante un rato del drama que me atormenta y que amenaza con agotar las pocas reservas de fuerza que me quedan para luchar en esta batalla perdida desde su comienzo.

Salgo a la calle y veo a Phil esperándome paciente, dejado de caer en la pared de enfrente de casa, en la que a esta hora comienza a asomar la bendita sombra. Luce unos vaqueros desgastados y una camisa suelta de color gris, además de unas deportivas azules y blancas que le dan un aspecto gamberro, juvenil. Lo cierto es que ha mejorado bastante la pigmentación de su piel, tan lechoso como era, y ya presume de un bronceado que para sí quisieran muchos de mis paisanos. Pocos hay, no obstante, que consigan reunir tal cúmulo de virtudes como atesora él para convertirlo en un auténtico caramelito para cualquier mujer. A pesar de su apariencia y de su actitud, habitualmente inmaduros, cuando permites que rompa el hielo te vas dejando conducir hacia donde te lleva con una incuestionable madurez. Al menos, en lo que a las relaciones sociales se refiere. Si bien podría parecer que todas sus conversaciones y ocurrencias surgen de forma natural, resulta evidente que forman parte de un decálogo cultivado y más que estudiado con el paso de los años y de las mujeres. Aunque, en el caso de Phil, son más de diez los recursos con los que cuenta para capturar entre sus redes a cualquier tía que se le ponga a tiro.

Yo, en cambio, soy puro caos. Por más veces que me proponga estudiar al detalle hasta la última de mis acciones o palabras, al final termino dando rienda suelta a mi impulsividad. Pero hoy, después del incidente con papá, no estoy para muchas improvisaciones, así que permito que sea él quien maneje toda la situación. O casi toda, ya que le hago la cobra cuando intenta saludarme con un pico. Primero, vamos a hablar y, luego, ya veremos si soy yo quien me lanzo a la captura de tus labios.

Me dejo conducir hasta una cafetería cercana y sólo abro la boca para pedir al camarero un café con leche. Phil me observa, también en silencio, aunque con esa sonrisa socarrona que tanto enerva y enamora por igual.

—Estás muy guapa —confiesa por fin.

—Espero que me perdones por mi comportamiento de los últimos

días —me disculpo, evitando hacer la menor mención a su cumplido—. En mi defensa, he de confesar que no estoy pasando por mi mejor momento.

—Ya veo.

Hombre, aunque se note que acabo de llorar, podría haber omitido su observación, claramente alusiva al aspecto que presenta mi rostro, maquillado a toda prisa para mitigar sin mucho éxito las secuelas del llanto.

—He tenido que sacrificar a Linda y papá empeora cada día que pasa.

—Hay que intentar asimilar que las cosas deben seguir su curso natural.

Tampoco es lo que esperaba que dijera, la verdad. Podría haberse interesado por el estado de papá o por el motivo por el cual he tenido que sentenciar a Linda. Aunque imagino que tampoco está obligado a meterse de lleno en mi vida, cuando yo misma soy quien no se lo permito.

—Lo estoy pasando mal y descargo mi frustración sobre las personas de mi entorno.

—Conmigo no tienes que disculparte. Del mismo modo, no veo razón alguna para justificar mi ocupación. Somos como somos y no debemos cuestionar las razones que llevan a una persona a actuar como lo hace. Tú tienes tus razones para ofrecermé más o menos, para descargar tu rabia sobre mí o para liberar tu deseo sobre mi cuerpo. ¡Yo no he matado a nadie! —asegura, con semblante serio esta vez—. Como tampoco obligo a nadie a pagar o cobrar por tener sexo de forma esporádica, formando parte de un novedoso concepto de entender las relaciones. Es cierto que nos tomamos ciertas libertades para conseguir nuestro objetivo, pero nadie ha salido malparado ni descontento de nuestra visión comercial. Unos consiguen algo que desean y que no podían pagar con su dinero, hasta que aparecimos nosotros, mientras que otras dan un vuelco a su vida, carente de sentido hasta que nosotros iluminamos su camino. Nos dedicamos a cristalizar los deseos de las personas.

Tenía pensado sacar el tema y solicitarle una extensa explicación acerca de sus actividades paralelas, aunque al final ha sido él quien lo ha hecho. Con cierto fundamento y con un razonamiento muy simple y, aparentemente, honesto. No tenía previsto, sin embargo, entrar de lleno en el tema y permitir que fuera él quien llevara el peso de su exposición. Entre otras cosas, porque no me siento con fuerzas para presentar batalla. Pero hay

algo que me ha llamado poderosamente la atención y así se lo manifiesto.

—Explícame cómo puede dar un vuelco a su vida una mujer por echar un polvo con un desconocido adinerado —solicito mayor información sobre algo que no me entra en la cabeza. Lo de que Robert Redford te ofrezca un millón de dólares por pasar la noche contigo sólo pasa en las películas.

—Este negocio mueve mucho dinero, Lucía. El hombre con túnica que se interesó por ti en mi casa es poseedor de más petróleo del que puedan consumir durante el resto de sus vidas todos aquellos a los que conozcas.

—¿Y sólo por echar un polvo?

—No se trata de echar un simple polvo. Para eso sí que alcanza su inmensa fortuna. Podría costearse a cualquier puta de lujo del país que eligiese. Esto va más allá.

—Pues explícame hasta dónde —le exijo, sin ser capaz de volver a sentir curiosidad e incluso un amago de tentación. Algo similar a lo que experimenté cuando me vi acosada por la impotencia de no tener dinero para salvar la vida de Linda.

Durante más de media hora, Phil me va revelando detalles acerca de su dichoso juego, aunque más bien estaríamos hablando de una competición. Una en la que ellas lucharían por hacerse con el premio final, mientras que ellos lo harían por llegar hasta el final. Según me cuenta, las cantidades pagadas por ellos van aumentando conforme avanza la competición, estableciéndose un fijo. De dicha cantidad, saldrían los premios de ellas, las ganancias de Cris y de Phil, además del mantenimiento del local que acoge el juego. En la primera fase, las chicas se limitarían a exhibir ante ellos sus cuerpos desnudos, que se limitarían a admirar la visión, sin posibilidad alguna del menor contacto físico. Ver y no tocar. Las chicas más avispadas encuentran la manera de «vender» su cuerpo de la mejor forma posible para no quedar eliminadas. Alguna se dedica a reproducir movimientos sugerentes, mientras que otras llegan incluso a tocarse para conseguir que ellos se exciten y voten por su continuidad.

Phil se basa en ediciones anteriores del juego para ir contándome algunos detalles, ya que, asegura, la competición en la que yo participaría está aún en proceso de preparación.

Me cuenta que en la segunda fase son ellas quienes toman el testigo. No sólo admirando los cuerpos masculinos, sino pudiendo incluso tocarlos,

aunque no más allá de simples caricias. Estaría prohibido el contacto directo con los genitales, pudiendo rozar ambos cuerpos desnudos sin el menor problema, pero siempre evitando el encuentro de ambas zonas nobles. Sí podrían, en cambio, hacer uso de otras zonas del cuerpo para acariciar los sexos masculinos, incluyendo sus pechos. Un busto que sí podrían pasear por donde quisieran, incluyendo las caras de ellos, que se limitarían a jugar su papel como meros espectadores.

Cuando le pregunto que si sólo ellas son eliminadas, resuelve mi duda sosteniendo que ellos se mantienen en el juego gracias al deseo que materializan con su poder adquisitivo. Acceder a la siguiente fase tiene un valor establecido, aunque un sistema de pujas determina quien quedaría descartado.

—¿Y la tercera fase? —me intereso, aunque imaginando por dónde pueden ir los tiros.

—En la tercera etapa del juego —continúa—, ellos ya pueden optar por el contacto físico, pero serán ellas quienes manejarán la situación. En cualquier momento pueden obligarlos a detenerse.

—Aunque eso puede repercutir en su continuidad.

—Exacto —confirma—. No obstante, el contacto no puede ir más allá de la masturbación, que bien podría ser mutua.

—Y en la siguiente fase podrá llegarse hasta la felación y en la última hasta la penetración. ¿Me equivoco?

—Sí, te equivocas, aunque no por mucho —aclara—. Ten en cuenta que unas y otros tienen sus límites, además de los que Cris y yo determinamos para cada etapa del juego. Si bien es cierto que el funcionamiento de las siguientes fases sería el que indicas, conviene tener presente que ellas podrían fijar el límite del preservativo para las felaciones y penetraciones.

—Pero volveríamos al punto anterior, según el cual, perderían opciones de ganar el premio final. —Su asentimiento es suficiente para advertirme de mi acierto—. ¿A cuánto asciende cada premio?

—No... No debería revelarte tanta información, al no formar parte del juego. Todos deben firmar un contrato de confidencialidad y someterse a unas pruebas médicas.

—¿Cuánto? —insisto.

—La ganadora podría embolsarse más de medio millón.

—¿Medio millón de euros? —repito escandalizada.

Buf, normal que defendiese que podrían llegar a cambiar vidas. Si yo tuviera medio millón de euros, sería la reina de Sevilla y podría codearme con la alta sociedad en la feria de abril. Tendría una pedazo de casa, abriría un negocio, podría contratar a una asistente personal para papá.

Pero no me serviría para comprar su salud.

—¿Habría límites en la última fase?

—Por nuestra parte, no. Ellas son siempre quienes manejan la situación. Aun así, las dos finalistas competirán por separado, teniendo que convencer a los tres supervivientes masculinos de que son merecedoras del premio final.

—¿Por qué tres?

—Uno por cada uno de vuestros orificios naturales.

—Entiendo —admito, aunque aún aturdida por lo que me ha revelado. Y es que, a pesar de que haya reconocido entender, no me cabe en la cabeza que se pueda llegar a tal nivel de corrupción de las relaciones. A tal grado de depravación.

Aunque, siendo rigurosa, las finalistas no serían muy distintas de aquellas mujeres que disfrutaban del sexo en grupo. Si lo analizas desde una visión pragmática, sería una manera de ganar mucho dinero haciendo lo que te gusta. El único inconveniente sería que tendrías que liarte con tíos que quizás no te gusten, pero siempre fijando tú los límites. Aunque si todos son como el árabe que vi en su casa, a lo mejor no requiere de tanto sacrificio el dichoso juego.

—Sólo tengo una duda más.

—Dispara.

—¿Por qué crees que Cris me descartó?

—No lo hemos hablado. Me gustaría creer que por tu carácter rebelde, que podría llegar a ser una amenaza para nuestro negocio —confiesa su deseo.

Creo que le he presionado un poco más de la cuenta. Quiere creer eso

porque la otra opción es la que situaría a ambos amigos en una complicada situación, al estar ambos enamorados de la misma mujer: yo.

—¿A ti te habría importado que yo participase?

—Bueno, mis principios sostienen que no tengo principios, en lo que al sexo se refiere. Es de suponer, entonces, que no me importaría porque sólo nos une, o nos unía, el sexo —admite—. No me habría opuesto a tu voluntad —confiesa finalmente con la boca pequeña.

—Mejor —reconozco con una seguridad muy alejada del sentir que recorre mi cuerpo en este momento—. Quiero participar en el juego.

Capítulo 44

Quizás porque necesitaba liberar mi cuerpo y mi mente, o puede que por aquello de ir entrenándome para lo que está por llegar. Lo cierto es que he terminado dejándome convencer por Phil para que le acompañe a su casa. Según asegura, cenar «en familia» es el mejor método para persuadir a Cris de que soy la persona indicada para unirme a su juego. Ni yo misma me creo todavía que haya sido capaz de dar el paso, pero lo cierto es que ya no puedo echarme atrás. A pesar de lo goloso que resulta el premio final, ni por asomo tengo en mente unirme a esa especie de bacanal. Mi única pretensión consiste en tantear el terreno y comprobar si Phil y Cris, o ambos por separado, aceptan que me una. La oposición de cualquiera de ellos indicaría el grado de atracción que sienten hacia mí.

Entramos en su casa, bien entrada la tarde, y suena de fondo el piano de Cris. O eso imagino, ya que puede que esté oyendo algún cd. Phil me conduce directamente a «la zona prohibida», imagino que con la intención de que salude a Cris. A ver por dónde sale y si no está desnudo tocando el piano. No estaría mal, la verdad.

—Ya estoy en casa, bro —anuncia Phil—. ¿A que no te imaginas la pajarilla que he cazado por el camino?

Golpeo su brazo sin mucho énfasis, aunque me olvido de todo cuando descubro a un Cris sonriente, muy diferente del troll que esperaba encontrarme. Había imaginado un recibimiento frío, rayando la grosería por colarme de nuevo en su vida, insulsa y aburrida a todas luces. Sin embargo y a pesar de que su expresión de alegría dura poco, no ha podido evitar mostrarme su satisfacción al tenerme de nuevo frente a él.

—¡Lucía! No esperaba verte de nuevo por aquí.

—Pues ya ves. Nunca sabes las sorpresas que te deparará la vida —apunto acercándome hacia donde se encuentra para saludarle.

Él, educado y complaciente como pocas veces, se retira del frente del piano para bordearlo y salir a mi encuentro. No creía, sin embargo, que mi saludo fuese tan efusivo. Aunque puede que la efusividad no resuma con exactitud la cercanía de mis labios con los suyos cuando beso ambas mejillas.

¡Bufff!, ese perfume.

Aturdida y embriagada por la mezcla de su fragancia natural y la prohibitiva esencia con la que ha rociado su piel, me giro hacia Phil dispuesta a recobrar un control que he dejado olvidado bajo los perfilados pómulos de Cris.

—Bueno, ¿cenaremos aquí o fuera?

—¿A ti qué te apetece, Christopher? —se interesa Phil.

—Yo tengo que encargarme de unos asuntos pendientes y creo que cenaré un par de sándwiches en mi dormitorio.

—Vamos, Chris. No me creo que no puedas dejarlo para mañana —condena Phil su actitud antisocial—. Además, creo que Lucía tiene pensado proponerte un negocio. Digamos que sería una cena de trabajo.

Cris contrae las cejas, mostrando su extrañeza, para apuntar con su mirada censora hacia un Phil que no es capaz de dejar de sonreír. Me temo que no le ha sentado muy bien los planes que su buen amigo ha pensado para los tres. La verdad es que, si de mí dependiera, yo habría planteado otro programa de actividades más amenas, más comunicativas y cercanas...

Al final, Cris propone cenar en casa por aquello de ponerse luego con sus asuntos pendientes. Los tres coincidimos en hacer un pedido a un restaurante chino cercano. Es bastante temprano, pero Phil asegura que siempre tardan cerca de una hora en traer la comida al domicilio. Mientras tanto, Phil se dedica a entretenerme mostrándome fotos y vídeos de algunas competiciones de Kayak en las que ha participado. El único interés, la verdad, es deleitarme con las porciones de cuerpo desnudo que permiten observar las instantáneas.

Cuando por fin llega el chino con la cena, Cris, que se había mantenido al margen de nosotros en su medio hogar, aparece recién duchado y con otro vestuario más formal.

—Tío, no hacía falta que te pusieras el traje de misa —cesura Phil a modo de mofa.

—Que a ti te encante vestir como un hippie no quiere decir que los demás no podamos arreglarnos para la ocasión.

—¡Estamos en casa!

—Decías que se trataba de una cena de negocios.

Cris uno, Phil cero. Esto se pone interesante.

—Bueno, yo no sé vosotros, pero yo estoy que me muero de hambre —intervengo para distender el ambiente cargado.

Nos sentamos a la mesa y el silencio sólo se rompe cuando Cris se dedica a llenar las tres copas con un vino rosado que, seguramente, cueste más que tres cenas como la que hemos pedido.

—Me dijo Philip que Linda estaba enferma.

—Su enfermedad era incurable —miento a medias, aún extrañada de que haya sido capaz de recordar el nombre de mi buena amiga.

—Oh, lo siento mucho —se lamenta perspicaz—. ¿Cómo se lo ha tomado tu padre?

—A veces lo noto raro, como si la echase de menos, pero... Hoy se ha olvidado de mi nombre —confieso tragando la pena que comienza a aflorar de nuevo—. A lo mejor ni la recuerda ya.

—La recuerda, aunque no sepa ubicarla en las etapas de su vida —apunta como si de un experimentado doctor se tratase, en una faceta que desconocía.

—¿De dónde sacaste el dinero para...?

—Philip —le corta Cris—. Tengo la ligera impresión de que nuestra invitada se sentiría más cómoda si dejásemos de hablar de todo aquello que le cause dolor.

Cris dos, Phil cero.

—Sí, por favor. Os lo agradecería —sostengo sin querer acordarme de los plazos acordados para el pago de la eutanasia.

—Entonces, imagino que ha llegado el momento de hablar de negocios. ¿Qué es eso tan importante que te ha impulsado a cenar con nosotros?

—Bueno, yo... Phil...

—Le he contado finalmente a qué nos dedicamos —interviene Phil para socorrerme de mi vergüenza.

—Ella ya conocía el Dreams. ¿Acaso quiere postularse para servir copas o para el guardarropa? —se interesa antes de dar un trago a su copa, sin mostrar excesivo interés.

—Me refiero a nuestra otra dedicación.

Cris suelta enérgico su copa y luego suspira negando en silencio.

—Habíamos acordado que ella quedaría al margen.

—Es muy astuta; ya la conoces. Ha ido relacionando cosas y ha intuido que la habíamos seleccionado desde el principio.

—¿Ella es muy astuta o tú eres muy bocazas? —le reprocha Cris con acritud.

Cris tres, Phil cero. Esto amenaza con acabar en goleada.

—Creo que un poco de ambas, pero ya me conoces —bromea Phil, procurando reconducir la situación—. En cualquier caso, ya está al tanto de todo y quiere participar.

—Imposible. Ella no puede participar.

—¿Por qué? —cuestiono molesta.

—Porque no cumples con el perfil.

—¿Seleccionamos en base a un perfil? —se sorprende Phil, que recorta distancias y ya pierde por tres a uno.

La mirada que le dedica Cris no es precisamente la de un amigo.

—Ella no está preparada —soluciona titubeante.

—Así lo creo yo, pero quiere participar y no seré yo quien se lo niegue —expone Phil su postura—. Prefiero que sea ella quien se dé cuenta de que todo esto le viene muy grande.

—¿Pero bueno! ¿Seré yo quien tenga que decidir si estoy preparada o no?

—Técnicamente, no —me contradice Phil—. Nos jugamos mucho dinero y no podemos permitirnos el lujo de que las chicas se echen atrás —observa con cierta lógica—. Yo creo que tendrías que preguntarte si serías capaz de hacer todo aquello que te expliqué sin titubear. ¿Estarías dispuesta a todo por ganar el juego?

—¿Y tú? —interviene Cris—. ¿Estarías dispuesto a ser testigo de cómo unos desconocidos se tiran a tu novia?

—Yo no soy su novia —corrijo, aunque siendo testigo a la vez de la expresión de Phil. No parece hacerle mucha gracia aquello que esté pasando en este momento por su imaginación.

—Nuestra relación está sustentada por una simple atracción sexual —reacciona sin creerse mucho sus propias palabras—, sin compromisos, sin explicaciones y sin la menor justificación.

—¿Estás seguro?

—Doy fe de ello —secundo yo, más decidida y convencida de que sólo sexo nos une a Phil y a mí.

—Estoy seguro —admite Phil. Más por justificar su forma de ser, que por estar realmente preparado para verme liada con otro.

—Entonces, ya sólo quedaría un escollo por sortear. Y tú, Lucía, ¿estás convencida de mantener relaciones con un completo desconocido?

—Lo estoy —afirmo, pese a que comienzo a sentir el peso de la inseguridad.

—Entonces, creo que hay poco más que decir, ¿no creéis? —sondea Cris, levantándose a la vez de su silla y dirigiéndose hacia el equipo de música.

—¿Te encargas tú de todo el papeleo? —sugiere Phil.

—No corras tanto, Forrest —bromea Cris por primera vez desde el comienzo de los tiempos.

La tensión se masca en un ambiente que sólo se destensa cuando comienzan a sonar las primeras notas de una canción que me encanta de Beyoncé. Lo cierto es que me sorprende bastante que Cris la conozca. Los primeros compases de «Dance for you» acompañan al caminar de un Cris que ha recobrado la serenidad para dirigirse al inmenso chaise longue de color crema que preside el salón.

Desconcertada y sin saber a qué atenerme, me bebo de un trago el vino que, a mitad de copa, me esperaba casi tanto como Phil y yo aguardamos el siguiente movimiento de Cris.

—Philip, ¿te importa acompañarme?

Phil se levanta y hace lo que Cris le sugiere. Su expresión no anticipa nada bueno, así que comienzo a ponerme nerviosa.

—Lucía, ¿te gusta esta música o prefieres otra? Quizás prefieras hacerlo sin música —apunta en el momento en el que Phil toma asiento a su lado con cara de pocos amigos.

—¿Hacer qué?

—Desnudarte para nosotros.

—¿Cómo? —pregunto escandalizada.

—¿Ves? Te lo dije. No está preparada.

Una retahíla de pensamientos se sucede de forma atolondrada en el interior de mi cabeza, producto de las dos copas de vino y del cañonazo con el que Cris ha conseguido que se tambalee mi plan, la seguridad en mí misma y mi propia existencia.

—Espera —exijo otra oportunidad levantándome de mi asiento.

—¿Estás segura de que quieres seguir adelante? —procura Phil que me arrepienta de lo que estoy a punto de hacer.

No, jamás he sentido mayor inseguridad, hasta el punto de temblarme las piernas, pero ya no se trata de participar. Es una simple cuestión de orgullo. Ambos, por diferentes motivos, están convencidos de que no soy capaz, así que estoy obligada a hacerlo. De lo contrario, no sería yo.

Camino insegura hacia el equipo de música y pulso el botón para que comience a sonar de nuevo el mismo tema. Acto seguido, observo mi entorno para verificar que no tropezaré con nada, cierro los ojos y comienzo a reproducir movimientos sugerentes, al ritmo de la música.

No quiero abrir los ojos. No podría soportar el peso de la mirada de ambos, cada uno con su diferente carga. Uno de deseo y el otro de decepción.

Desabotono mi blusa casi sin darme cuenta, tras lo cual doy buena cuenta del vaquero para quedarme en ropa interior. La canción se va acabando, aunque mi corazón bombea con fuerza para tomar el testigo de la percusión. Siento verdadero pavor de seguir bailando cuando la música se acabe y nos quedemos en silencio.

—Continúa hasta el final —ordena Cris—. Ahora viene un apropiado *Earned It*, de The Weeknd. No es mi estilo, pero te sentirás más segura.

El pecho me arde y las piernas me tiemblan cuando comienza a sonar una canción que creo haber oído en alguna película. Muy sensual, la verdad.

Me armo de valor recordando mis mejores momentos, como cuando me lie con Perico en el *Dreams*, y, con un ligero balanceo de mis brazos hacia ambos costados, consigo llevarlos hasta el cierre del sujetador. Ni siquiera lo

pienso porque sé que me echaría atrás. Me desprendo del sostén y me dedico a trazar círculos con él, valiéndome de mi mano derecha, mientras que la izquierda la conduzco hasta mi entrepierna y la introduzco bajo la braguita de encaje blanca.

No puedo evitar sentirme poderosa y abastecerme de valor para entreabrir un poco los ojos y observar sus expresiones.

¡Joder, están cachondos como perros!

La dosis de valentía que me ha suministrado mi osadía consigue dotarme de una seguridad que no tenía para terminar el trabajo como nunca me creí capaz.

Ya con mis ojos abiertos y mirándolos desafiante, consigo trazar un erótico balanceo con mis prominentes pechos, que los mantiene hipnotizados. Me sitúo frente a ellos para poner la guinda al pastel, me giro para ofrecerles la vista de mi trasero y me desprendo con dolorosa sensualidad de la última prenda para quedar completamente expuesta. Acto seguido, me giro de nuevo, aunque ocultando con ambas manos mis zonas sensibles y, con una pícaro expresión sonriente, me dirijo a ambos.

—¿He superado la prueba?

Phil sólo resopla porque aún no conocía esta faceta mía. En cuanto a Cris, se rasca el mentón con el nudillo pensativo, admirando de cerca un cuerpo que ya contempló en la oscuridad de su escondite. De pronto, se levanta sin dejar de contemplarme de arriba abajo, como si se tratara de un teniente pasando revista, se sitúa a mi espalda y posa sus manos sobre mis antebrazos. Un escalofrío recorre mi cuerpo y dispara de nuevo mi temperatura cuando sus dedos intentan abrirse camino entre el brazo que cubre mis senos. Todo ello, ante un Phil incómodo, excitado, expectante. Un Phil del que no soy capaz de soportar su escrutinio.

Cris sigue a lo suyo con determinación, confiando en que su amigo o yo saquemos la bandera blanca y nos demos por vencidos. Lo cierto es que deseaba que sus manos se hiciesen con mis pechos como en este momento, pero no en la situación en que lo hace. A pesar del morbo, a pesar incluso de los días de dieta sexual que ya soporto, me siento incómoda, pero me obligo a seguir adelante.

—¿Estáis convencidos de querer seguir adelante? —susurra junto a mi oído con un erotismo que me desarma.

Phil no contesta; no puede. No quiere porque supondría tumbar su imagen despreocupada de «viva la vida».

En cuanto a mí y a pesar de que estoy casi cagada de miedo, de respeto ante una situación que escapa de mi control, relajo mis brazos y, junto ellos, todo mi cuerpo. Permito que Cris masajee mis senos sin el menor impedimento y, acto seguido, conduzco mis manos hacia su costado para hacerle entender que aún no ha nacido el hombre que sea capaz de doblegarme. De hecho, me giro tras un leve manoseo en mi complicada postura, enfrento mis ojos a él y llevo mis manos a su culo para tirar de él hacia mí. Balanceo entonces mi sexo contra su miembro erecto, que permanece oculto y oprimido bajo el pantalón de pinza. Su expresión de desconcierto me indica que no esperaba mi reacción, así que aprovecho su confusión para arrodillarme frente a él y, con un rápido movimiento, pasear mi mejilla sobre su entrepierna.

—No sé vosotros, pero yo estoy plenamente convencida —confieso con picardía cuando me separo de él y llevo mis dedos hacia su cinturón—. Aunque no estoy tan segura de que ambos seáis capaces de dejarme satisfecha.

Lucía mil, los dos amigos cero.

Set y partido para mí.

—¡Bueno, basta ya! —decide Phil abortar la escenita—. Ninguna ha tenido que pasar por esto —recuerda.

—Estoy de acuerdo en que basta ya —secunda Cris con la respiración agitada, poco usual en alguien como él—. Aunque siento disentir en el segundo punto. ¿Le has contado que yo soy quien las capto y tú quien das el visto bueno?

—No me importa —intercedo.

A Phil, en cambio, sí que parece importarle que a mí no me importe. Su expresión desnuda su alma.

—Está bien. Vosotros sabéis lo que hacéis —resuelve Cris recomponiéndose y alejándose de mi lado.

Sólo entonces, vuelvo a sentirme expuesta, fuera de lugar, ¡desnuda!

—Vístete —me pide Phil—. Lamento que hayas tenido que...

—Sin lamentos, sin justificaciones, sin explicaciones —le recuerdo

—. Sólo sexo —aclaró llevando mi mano hacia su torso.

—Pues hoy no me apetece. Vístete y te llevo a casa.

Y a casa me lleva sin casi mediar palabra. A pesar de lo que imaginé, y deseo de forma involuntaria, aparenta estar más tocado Phil que su amigo.

En cuanto a mí... a ver cómo diablos gestiono lo que se me viene encima. Si es que no tengo remedio; yo misma me las busco.

Capítulo 45

Anoche, cuando llegué a casa, confundida y temerosa por no saber si seré capaz de participar en el concurso, lo último que esperaba encontrarme es a Carmela decaída. Al insistirle en que me contara qué le ocurría, el mundo se me cayó a los pies.

—Estábamos jugando al parchí —comenzó a relatar—, como siempre, cuando tu pare tiró el dado y sacó un uno, pero se contó sei. Creí que estaba de broma y lo llamé tramposo. Entonse comensó a gritarme que él no había trampa nunca, que le había salido un sei, que parecía tonta o siega, además de sorda.

—¿Que mi padre le dijo eso? —pregunté sin dar crédito—. ¿Y qué hizo usted?

—Po qué iba a hasé, hija; echarme a llorar —recordó con la respiración entrecortada—. No estaba prepará pa eso.

—Pues tendría que haberle recriminado su actitud, después de lo bien que usted se porta con nosotros —le sugerí, antes de levantarme para hablar con papá y reprocharle su ingratitud.

—No, Lusi. Déjalo dormir —me indicó reteniéndome con uno de sus viejos brazos cansados—. Ya pasó y luego se calmó. Todo está relacionao con su enfermedá. Si después ni se acordaba.

—Pero hay que decirle que tiene que calmarse cuando sienta que pierde el control.

—Hija mía, si él fuera capá de controlá lo que le ocurre... Además, lo que te he contao no fue lo peó.

—¿Entonces? —demandé más información, aun sin estar segura de querer conocer más detalles.

—Cuando se tranquilizó con un copaso de vino y le conté lo que había pasao —continuó, haciendo pausas provocadas por el dolor de la experiencia vivida—, intentó pedirme perdón, pero appena se le entendía na. Desía palabra sin sentío y se agobiaba de no entenderse ni él mismo, así que... se echó a llorar, mi niña. Creo que tu pare ha empeorao desde lo del animalito.

—¡Lo sabía! Sabía que cuando no estuviera Linda, papá pegaría un

bajón. ¡Joder!, ¿cuándo se va a acabar esto? —me pregunté, aunque sin reparar en que todo acabará con su muerte. Y entonces fui yo quien me puse a llorar como una niña.

—Creo que habría que í ar médico otra vé pa que nos dé consejo —se incluyó como integrante responsable de la salud de papá—. Desde que la perra se marchó, no hay un día en el que no se haya orinao ensima.

—¿Y por qué no me lo ha contado antes?

—Porque no quería preocuparte más de la cuenta, mi amó. Estabas pasándolo mal y ná puede cambiá en lo que no tiene remedio. A mí no me cuesta cuidá de él, ya lo sabe. Ojalá hubiera podío haserlo ante.

No pude hacer otra cosa que abrazarme a ella y ahogar mi sufrimiento sobre su hombro consumido, casi tanto como yo me sentí anoche. A una hora indeterminada entre las cinco y las siete de la mañana, me quedé dormida de agotamiento.

Hoy me he levantado de bajonazo. Al igual que durante los últimos días, no me apetece ni salir de mi dormitorio, pero tengo que cumplir con mis obligaciones como hija. He sido tonta al creer que papá podría mejorar, cuando ya me explicaron los médicos los síntomas de cada fase del Alzheimer. Pero está ocurriendo todo tan deprisa, que apenas tengo tiempo de digerir el duro golpe que nos ha supuesto la pérdida de Linda.

Y, por si no tuviera ya bastante, encima estoy obligada a verme las caras con Rocío. A pesar de que extraño mucho a Rober, lo último que me apetece hoy es andar bregando con un crío. Tengo ganas de desconectar y olvidarme de todo por unos días. Aunque el estado de papá no aconseja ya que me aleje mucho tiempo de él, necesito quitarme de en medio. Ojalá me tocara algún premio, o se muriese un pariente lejano al que no conozco y me dejase como única heredera, o ganase... un concurso. Un juego.

Llego a la cafetería de siempre, la que acogió mi primer encuentro con Cris. Rocío ya espera sentada y ¡sorpresa!, sin que el móvil la mantenga hipnotizada. A pesar de que la sombrilla que la escolta evita que el sol dé algo de vida a su habitual expresión de asco, cubre sus ojos con unas exageradas gafas de sol. A la vez, su cabeza queda oculta bajo un sombrero playero, nada apropiado para su acostumbrada clase vistiendo. Sólo cuando se levanta para darme dos cálidos besos de bienvenida, que también representan toda una novedad, descubro su lamentable aspecto.

—¿Qué te ocurre?

—Nada, ¿por qué? —bordea la respuesta que le demando—. ¡Ah!, lo dices por mi cara —simula reparar en algo que tiene más que presente, si atendemos a la escasa porción de cutis que deja a la vista—. Sólo se trata de una especie de dermatitis muy poco común. Afecta a la pigmentación y a la permeabilidad de la piel, por lo que hay que evitar que se reseque. Pero no te preocupes; me encuentro bien.

No, hija, si tampoco es que me preocupe mucho alguien como tú, pero la educación me empuja a interesarme.

—¡Ah, menos mal! —finjo un alivio muy alejado de la indiferencia que me causa su estado de salud—. Pensaba que vendrías con Rober. Echo de menos a ese renacuajo. ¿Con quién lo has dejado? —me intereso, con el doble propósito de verificar que se encuentra bien y de conocer si la relación postmatrimonial de Rocío se ha normalizado con mi sufrido excuñadito.

—No te preocupes; está con un buen amigo.

Ya, seguro que con el viejales con el que intentas dar un braguetazo.

—Entiendo. Y bien, ¿qué es eso tan importante que tenías que decirme? —decido centrarme en lo que me ha traído hasta aquí, antes de castigarla con el estado de salud de papá. Aunque no creo que le importe demasiado—. ¿De hermana a hermana dijiste? —añado con malicia.

—¿No quieres tomar algo?

—No será necesario. Ve al grano.

—Está bien —se rinde—. Tengo presente que debes de extrañar bastante a Rober. —Lo sabía. Estaba claro que tenía previsto encasquetármelo—. Me ha surgido la oportunidad de mi vida en Estados Unidos y tengo que viajar para tratar el asunto en persona. Rober no puede venir conmigo.

Claro, no sea que se asuste de ver a su madre en pelota picada junto a un viejo en alguna playa perdida del Caribe. ¡Qué poca vergüenza!

—¿Y su padre?

—Hemos perdido el contacto.

Qué manera más sutil de recordarme que lo has expulsado de la vida de tu hijo. Porque sólo esa debe de importarle, ya que habrá sido un regalo

apartarse de la tuya.

—¿Cuánto tiempo?

—En principio, una semana.

El período de tiempo más demandado en las agencias de viaje para un «todo incluido» en Punta Cana.

—El estado de papá no me permite en estos momentos todo el tiempo que requiere Rober —decido ponerla al día con sutileza.

—¿Ha empeorado?

—Hasta el punto de confundirme contigo.

—¿Conmigo? —se sorprende.

—Ya ves, las paradojas que nos regala la vida.

—Cuánto lo siento —se lamenta con cinismo—. Espero poder recuperar el tiempo perdido a mi regreso.

—Lamento recordarte que el tiempo, precisamente, tiene a papá acorralado. Es más, el concepto de tiempo dejó de existir para él desde el momento en el que comenzó a perder la memoria. Además, el tiempo pasado nunca se recupera.

Un amago de suspiro escapa de su control. Escurre, además, un dedo bajo sus gafas gigantes y simula estar secando alguna lágrima de cocodrilo para humanizarla al nivel de la mesa que nos separa. Tendría que buscar el sueño americano en Hollywood...

—No te lo pediría si no se tratara de la última oportunidad de recuperar mi vida, Luci. —Bien, llegamos a la fase de «démosle pena aderezada con palabras de cariño»—. Te necesito, hermana.

Tentada estoy de recordarle que papá necesita a sus dos hijas, pero no merece la pena. Vale Carmela cien veces más que Rocío, además de demostrar más amor por papá que ella en toda su vida.

—De acuerdo. ¿Cuándo te marchas?

—Mañana por la mañana —advierte, fingiendo su apuro.

—Recogeré esta tarde al crío a eso de las siete.

—No te preocupes. Yo lo llevaré a casa. Así podré despedirme de papá.

Ante el último apunte, saco a relucir la mayor de las indiferencias, mientras que por dentro estoy que me salgo del pellejo. Si sólo me diera un motivo más, sería capaz de estrangularla aquí mismo.

—Allí te esperamos pues.

Me levanto dispuesta a marcharme sin despedirme, pero oigo que arrastra su silla al levantarse cuando me giro. Siento que alcanza mi brazo con su mano y me veo incapaz de esquivar su abrazo.

—Gracias y perdona por todo, Luci —confiesa junto a mi oído, creo que llorando a la vez.

Noto entonces, al contacto de nuestros cuerpos, que el suyo está muy alejado de lucir tan espléndido como a ella, tan presumida como es, le habría gustado. O pasa hambre desde que perdió el colchón económico que representaba su ex, o esa dermatitis es más importante de lo que ella ha optado por confesar. De hecho, de no haber sido por su repentina muestra de cariño, jamás habría advertido su extrema delgadez bajo el traje largo y suelto que luce. ¡Joder!, si hasta parece una de tantas guiris horteras que nos visitan.

He echado de menos ese abrazo durante años. Tengo que escarbar entonces en lo más profundo de mí para extraer toda la indolencia que soy capaz de reunir. Sólo así me siento con fuerzas para marcharme sin mirar atrás, sin corresponder ese abrazo perdido en el tiempo y la distancia que nos ha separado.

Rocío, ¡cuánto te eché de menos y qué tarde llegas!

Capítulo 46

Tal y como me adelantó, Rocío llega a casa a la hora prevista. Desde el balcón, los veo bajarse del coche de su nuevo amiguito. Rober, nada más verme, se vuelve loco de alegría y se redobla para contarme las novedades en su vida durante los últimos días, sin esperar siquiera a llegar a casa. Rocío, tan hermética como siempre ha sido, le reprende porque no quiere compartir su vida con el vecindario. No es capaz de entender que sólo es un niño. Espero que el desconocido, que decide esperar en el coche, no pretenda hacer las funciones de padre y que no se trate del típico viejo cascarrabias.

Cuando llegan arriba, Rocío me saluda con dos besos más fríos que los de esta mañana. En parte, porque Rober acapara toda mi atención y se lanza a la captura de un abrazo, con el que pretende recuperar el cariño extraviado en el tiempo que llevamos sin vernos. Antes de que Rocío salga en busca de papá, percibo la mirada de recelo que le dedica a Carmela. Sería irónico que la viese como una especie de intrusa, una amenaza para el buen funcionamiento de la familia, cuando es ella, tras meses de ausencia, quien aparenta serlo.

Todo ocurre muy deprisa y apenas tengo tiempo de espiar a Rocío charlando con papá. Sobre todo porque Rober ya hace de las suyas y me castiga con su energía inagotable. Me pregunta por su amigo de juegos, Phil, además de insistir en dar un paseo en el deportivo de su otro amigo, Cris. Se recrea ofreciéndome todo tipo de detalles sobre sus avances futbolísticos con el nuevo entrenador y me relata, hasta en tres ocasiones, un golazo que anotó el pasado domingo. Cuando por fin consigo que Carmela se haga cargo de él y le prepare un vaso de leche, salgo disparada hacia el salón como una tonta. Más que nada, porque parezco masoquista, pretendiendo oír las mentiras que Rocío le soltará a papá. Sin embargo, la información que soy capaz de rescatar se reduce a un cálido abrazo y a un escueto «te lo prometo» que Rocío confiesa a papá.

Cuando viene hacia mí, dispuesta a despedirse y a torturarme con todo tipo de instrucciones acerca de la educación de su hijo, no le permito siquiera abrir la boca.

—No te consiento que le prometas nada que no seas capaz de cumplir.

—Descuida. Llevo años cumpliendo la misma promesa.

—¿Y qué le has prometido?

—Que sabré guardar un secreto —me revela con malicia, sabedora de que me creará mayor incertidumbre.

Acto seguido, se despide de mí con dos besos fríos y sin la menor instrucción, aunque con otra promesa: hará lo imposible para no alargar el viaje más tiempo del previsto.

Cuando se marcha, me sorprendo de la efusividad con la que se despide de Rober. De ambos progenitores, Rafa fue siempre el cariñoso y mi hermana la ogra que se hacía respetar. En cuanto sale por la puerta, me olvido de ella y busco a papá para preguntarle qué le ha hecho prometer.

—¿Prometer, a quién?

—A Rocío.

—¿Qué Rocío? —indaga con extrañeza.

—Olvidalo, papá —me rindo frustrada, pidiéndole algo que ya le sale de forma natural.

—Tráeme un tinto, niña, que tu mare me tiene sediento.

—Claro, papá.

Pronto podrás tomar muchas copas, sentado al lado de mamá mientras os lamentáis por no haber sabido evitar el proyecto de vida fracasada de vuestra hija pequeña.

Bastante desanimada, aprovecho que Carmela promete enseñar a Rober a jugar al parchís y saco del frigorífico la tableta de chocolate con almendras que reservo para mis bajones emocionales. Sin vacilar, me encierro en mi dormitorio para compadecerme de mí misma.

Casi sin pensarlo, abro el Facebook y publico en mi estado que me encuentro desanimada. No tardan en aparecer los «me entristece» y los «me gusta». Hay que ser gilipollas para dar un like a mi desánimo. O no lo piensan, o realmente no son mis amigos. Sí lo son, en cambio, mis xoxis, que no tardan en dar sonido a mi móvil. Gema, a pesar de su reciente enlace, me pregunta por papá en un privado. Noly y Maca optan por llamarme, aunque corto la llamada a ambas y les envío el mismo mensaje.

«Papá va empeorando poco a poco y hay días en los que me siento

falta de fuerzas, pero saldré adelante, aunque no me apetece hablar. Gracias por seguir siempre a mi lado. Abrazo de oso, xoxi».

Y después de «despacharlas», me dedico a holgazanear, curioseando en el muro de mis amistades. Pero no tarda en volver a sonar el teléfono.

—Número privado. ¿Quién demonios será? Bah, ya se cansará.

Pero no se cansa, pues vuelve a sonar de nuevo, después de un par de segundos de silencio que aprovecho para dar buena cuenta del último trozo de chocolate.

—¿Sí? —decido contestar.

—¿Cómo te encuentras?

—¿Phil?

—No, soy Christopher —me corrige para reclamar toda mi atención.

—Eso me había parecido, pero me extraña que me llames para hacerme esa pregunta.

—He visto tu estado en Facebook y me preguntaba si todo iba bien por casa.

—¡Oh!, gracias por interesarte —reconozco su detalle, a la vez que comienzo a sentir una sensación muy extraña en el abdomen.

—¿Es por tu padre?

—Así es. Su memoria va a menos y cada día habla peor, pero no te quiero agobiar contándote mis penas.

—Imaginaba que me dirías algo parecido, así que no me agobias —confiesa para arrancarme un suspiro—. Te he llamado porque quiero saber si te encuentras bien. Nos gusta que —hace una pausa— nuestras chicas no padezcan más de lo necesario —concluye para tumbar cualquier expectativa que pudiera haber albergado una estúpida como yo—. No queda mucho y conviene que todas estéis centradas en lo que nos ocupa.

—¡Descuida! —lo tranquilizo con rabia—, sabré estar a la altura y follarme a todo bicho viviente para ganar el jodido premio.

—Lamento si te ha parecido...

—Lo que me haya parecido no es relevante —decido cortarlo a la defensiva—. Somos la materia prima y vosotros los socios capitalistas. Te he

tranquilizado, haciéndote saber que estaré a la altura, así que esta conversación se ha terminado.

Y corto la llamada sin otorgarle el derecho de réplica. Lo ha perdido desde que pasó de príncipe azul a capullo con sólo una frase.

¡Que le jodan!

Suena de nuevo el teléfono y otra vez un jodido número privado. ¡Buf!, me estoy calentando y no precisamente en el sentido que me gustaría.

—¡Ya te he dicho que estaré a la altura! —contesto presa de la ira.

—No me has dicho nada, pero si vamos ganando tiempo, mejor — responde una voz diferente de la de Cris—. Nos limitamos a desprendernos de la molesta ropa y a recuperar el tiempo perdido. Además, te recuerdo que aún tengo que entregarte el obsequio que te traje de mi tierra.

—Perdona, Phil. Pensaba que eras otra persona.

—¿Otra persona? Has dicho que estarías a la altura. ¿Te ha salido un empleo? —me interroga dejando en el ambiente un tufillo de celos que me incomoda.

—No, era otra persona. Hoy no tengo un buen día, Phil.

—¿Te he dicho alguna vez que hay un remedio para casi todo?

Está claro que ya se le ha pasado lo de ayer y que ha recuperado su versión más chistosa. No merece una mala contestación por mi parte.

—No hace falta; sólo es necesario estar cinco minutos a tu lado para descubrir tu remedio milagroso.

—Me decepciona oírte decir eso.

—¡Oh! Lo siento si he...

—A ver, que llevas razón —confiesa con su tono jovial más característico—. Que cuando me acoges entre tus piernas, me olvido de todo y de todos, pero tengo más recursos para levantar el ánimo de una mujer.

—Dudo mucho que seas capaz de conseguir que me olvide de tantas cosas como me agobian.

—¿Me estás poniendo a prueba?

—No, yo sólo te digo que...

—Mañana te recojo a las ocho de la mañana —decide cortar mi

excusa con una declaración de intenciones.

—No puedo. Yo...

Yo estoy hablando sola, ya que el muy capullo ha colgado tras su última palabra. Lo llamo para defender la excusa de tener a mi cargo a papá y a Rober, pero el teléfono está apagado o fuera de cobertura.

No me queda otra que comerme la cabeza hasta que me quedo dormida, a medio camino entre el secreto de Rocío y los planes con los que Phil pretende sorprenderme. Sea como fuere, ambos han conseguido que la incertidumbre se haga un hueco generoso en el estado de preocupación por el estado de papá.

Mañana será otro día. Espero que mejor que el de hoy.

Capítulo 47

Suena el despertador y comienzo una carrera apresurada para elegir las prendas más apropiadas para llevar a Rober al cole y para ir con Phil a donde quiera que tenga pensado llevarme tan temprano. Conociéndolo, es muy capaz de haber conocido algún tipo de local guarro en Córdoba o en Cádiz en cualquiera de sus viajes y haber optado por compartirlo conmigo. Muy apropiado eso de compartir, tratándose de ese tipo de negocios. Aun así, no tendría sentido que me condujese a un local parecido al Dreams, teniendo en cuenta lo que me dijo. A saber si no se le ha ocurrido llevarme a ver animalitos al Castillo de las Guardas, aunque sería más apropiado que nos acompañase Rober. Tampoco le pega mucho a Phil, la verdad.

Lo cierto es que me tiene perdida por completo.

Después de despertar a Rober, ponerle el desayuno y explicar a Carmela que la necesito una vez más, mi anciana amiga se ofrece incluso a llevar al peque al cole. Lo descarto de inmediato, pues eso supondría que también tendría que ir papá para no quedarse solo en casa. Sería una forma tonta de correr un riesgo innecesario, cargándola con dos cajas de sorpresas fuera de casa.

Decido entonces bajar con Rober a la hora impuesta por Phil y dejarle claro que tengo obligaciones que cumplir. El plan previsto me va a generar algo más que la incertidumbre y los nervios que ya soporto, pues tendré que pagar el uso que haré del aula matinal, obligando al crío a quedarse en la escuela antes de la hora oficial de entrada. Cuando voy a despedirme de Rober, Phil me pregunta si el colegio tiene servicio de comedor.

—Sí, pero yo no...

—No te preocupes —me tranquiliza—. Yo me haré cargo de cualquier gasto extra.

A pesar de que intento oponerme, activa su poder de persuasión y termino claudicando, tras lo cual me sugiere regresar a casa para cambiarme de ropa.

—¿A dónde me vas a llevar?

—Es una sorpresa. Sólo puedo decirte que vayas cómoda y que lleves

debajo el bikini —me advierte—. Porque no te imagino con bañador tipo Carmela.

Golpeo con fuerza su brazo y luego le ordeno que arranque el coche. Por el camino, decido que me pondré mi brasileño, que tan pocas veces me arriesgo a lucir. Eso de llevar medio culo al aire no es lo mío, aunque luego sea capaz de desnudarme delante de dos tíos a la vez.

Una vez arreglada por segunda vez, salimos de Sevilla por la Ruta de la Plata y me temo lo peor. Después de lo de Linda, lo cierto es que no me apetece disfrutar de mi tiempo de ocio dando de comer a otros animales.

—No tendrás pensado...

—Lo que sea que te hayas imaginado, es erróneo.

Y con una sentencia tan contundente, zanja cualquier conato de rebelión por mi parte. Me dedico entonces a escuchar la música bailonga que tiene sintonizada en la radio. Sólo salgo de mi abstracción cuando observo que toma la salida en dirección a Aznalcóllar.

¿Pretende llevarme a ver los restos de una catástrofe medioambiental?

Omito cualquier alusión a nuestro destino y permanezco en silencio el resto del trayecto, bajo riesgo de sacar a colación nuestro último y tan violento encuentro.

Pasa de largo el pueblo que da nombre al embalse que fue noticia a nivel nacional y, tras tomar un par de desvíos por carreteras comarcales, detiene por fin el coche en un terraplén anexo a un río, justo antes de un pequeño puente. Casi una hora de viaje nos ha tomado alcanzar lo que parece nuestro destino.

—Ya hemos llegado —me advierte.

—No me habrás traído hasta aquí para hacer senderismo, ¿verdad?

—No.

—Quizás no sepas que soy más de playa que de río —le informo al respecto de la otra opción que se me ocurre, en la que ambos nos bañamos desnudos en el arroyo ese o lo que sea.

—Acompáñame —me pide.

—Además, hay un coche aparcado. Tiene que haber gente cerca — prosigo con mis excusas para no darme un chapuzón en pelota picada.

Me conduce hasta el puente situado más adelante, en el que se encuentran tres personas preparando algo que...

—¿Me has traído hasta aquí para ver cómo saltan esos tíos?

—Buenos días —decide ignorarme cuando saluda a los desconocidos—. Soy Philip. Hablamos ayer.

—¿Piensas saltar tú? —le interrogo fascinada ante su osadía, aunque pecando de poca educación al entrometerme en el saludo.

—Lo imaginaba —responde a Phil uno de ellos—. Ya tenemos casi todo preparado.

—Perfecto. Pues vamos allá.

—¿Preferís que os dejemos sobre el agua cuando se complete el salto o que os recojamos con una piragua?

—No, yo no...

—¿Cómo que tú no? —me corrige Phil—. ¡Querida, tú eres la estrella de la fiesta!

—¡La llevas clara si piensas que me voy a jugar la vida saltando por ahí, sujetada sólo por una goma!

Sitúa sus manos sobre mis brazos y me conduce a unos pasos de los desconocidos para, imagino, convencerme.

—Querida, ya sé que no te gustan las gomas, que prefieres hacerlo «a pelo», pero esto no es lo mismo que echar un polvo. Tirarte sin protección sería un poco suicida y no disfrutarías de una de las experiencias más alucinantes que existen.

—¡Que no me tiro yo por ahí! ¿Me has visto cara de loca, o qué?

—Mucho valor para inscribirte en el juego, pero ahora te faltan cojones para saltar.

—A ver, ¡capullo! —me revuelvo indignada, sin tener en cuenta que estamos acompañados—. Me sobran cojones para saltar desde donde haga falta, pero ¿y si falla la goma?

—Bueno, no creo que te quedes embarazada.

—¡No estoy bromeando! Tengo que cuidar de Rober y de papá. Si me ocurriera algo...

—Si te ocurriese algo, te puedo garantizar que yo sería una de las personas que más perdería. Jamás te pondría en peligro. Confía en mí.

—Que no me tiro por ahí —insisto menos enérgica por culpa de lo que debo tomar como una declaración de ¿amor?

—Es una verdadera lástima. He hecho venir a estos chicos sólo para ti, ya que sólo programan saltos los fines de semana. Tendré que decirles que mi amiga se ha rajado.

—¡Espera! —le pido, imaginando que ha gastado un dineral en hacer venir a esos muchachos.

No lo hagas, Lucía. No te dejes embaucar. Ya te va conociendo y sabe que uno de tus puntos débiles consiste en rebelarte cuando ponen en duda tus cojones.

—Está bien, lo haré, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que convenzas a Cris de que me permita participar en el juego. Tengo la impresión de que hará todo lo posible por sabotear mi candidatura.

—¡Hecho! —acepta sin rechistar.

Y ahora es cuando me entra una sensación muy extraña en el estómago. Si es que la expresión «me cago» la inventaron a conciencia...

Una vez obtenido mi visto bueno, los monitores se dirigen hacia mí con los arneses de seguridad, dispuestos a preparar mi primera experiencia haciendo puenting.

—¡Ah, no! Ni hablar. Tú saltas antes que yo.

—Si salto yo antes, estoy convencido de que te rajarás —defiende Phil—. Venga, así podré inspirarte la confianza que necesitas.

—Imagino que has hecho esto antes muchas veces, ¿no?

—¡Muchas! Verás que, cuando todo acabe, me pedirás repetir —vaticina.

—Pues no suena muy inspirador eso de «cuando todo acabe» —advierdo con un tono de voz lastimero, como simulando estar llorando.

Los chicos se encargan de situar sobre mi cuerpo toda una maraña de correas, hebillas y altas dosis de adrenalina, conforme van acabando su

trabajo.

—¿Cuántos metros hay?

—Algo más de veinte —me confirma el que parece llevar la voz cantante—. Pero no te preocupes por la altura. Es más relativo de lo que te imaginas. La sensación que se experimenta es similar en cualquier punto de salto, así como el grado de seguridad. Lo que cambia es la percepción del peligro que recoge nuestro cerebro. Yo recomiendo no mirar abajo antes del primer salto. Luego, son los propios usuarios quienes deciden lanzarse incluso de cabeza.

—De cabeza y sin correas voy a lanzar yo a alguien que me sé, como esto no funcione.

—Tranquilízate, Lucía —me pide Phil—. Disfruta del momento y olvídate de todo.

—No, si eso lo has conseguido. Ya sólo tengo una cosa en la cabeza y no es muy agradable.

Una vez finalizada la tarea del monitor y la charla nerviosa que mantengo con todo aquel que pueda retrasar un poco más el salto, llega el momento de no parecer valiente, sino de serlo. Me conducen y ayudan a llegar hasta donde acaba el tablero del puente y comienza mi pesadilla. Sorteamos primero el quitamiedos y luego, con dificultad por tener los músculos agarrotados, hacemos lo propio con la valla metálica que delimita la zona de cuerdos y la de zumbaos. Yo voy a pasar al segundo nivel de manera casi involuntaria. Bueno, eso suponiendo que puedan vencer al rigor mortis de mis dedos para separarlos de la seguridad que les otorga el metal templado por el sol de finales de marzo.

A duras penas, me sitúo por fin en las puertas del infierno, aunque mirando hacia la carretera. Me agacho un poco para poder entrelazar mi brazo izquierdo con los barrotes, de tal modo que permita al derecho soltarse sin reducir mi posición segura. Me santiguo infinitas veces, antes de que me apremien a saltar. Oigo la voz de Phil en la lejanía, creo que animándome cuando cesan las instrucciones del monitor. Estoy tan nerviosa que me siento como en mi peor borrachera, dentro de una realidad muy extraña, en la que todo ocurre de manera difusa.

—Cuando te sientas preparada, eh —oigo decir al chico.

—¿Podemos posponerlo para 2.040? —bromeo antes de soltar una risotada nerviosa que roza el ataque de pánico.

—Venga, Lucía. No me defraudes —me indica Phil—. Tienes más cojones que cientos de tíos a los que conozco.

Quizás por despertar a la leona aletargada que llevo dentro, pero lo cierto es que sus palabras me suministran altas dosis de valor para darle la espalda, con cuidado de no soltarme sin querer, y situarme de frente al río. Eso sí, la operación la completo con los ojos cerrados. Cuando los abro, una especie de tapón emerge desde la parte baja de mi abdomen y se instala en mi garganta para producirme una inoportuna asfixia. Pierdo la rigidez de mis piernas, que pasan a ser de gelatina, mientras que en mi estómago se dirime algún tipo de guerra civil, a tenor de las extrañas sensaciones que experimento.

¿Por qué he tenido que dejarme convencer?

Venga, no lo pienso más. De lo contrario, no me lanzaré. A la de tres. Unaaa, doooooos y tres.

—No puedo —admito, volviendo a cerrar los ojos. Maldita la hora en la que los abrí.

—Sí que puedes. Mira, yo ya tengo los arneses. Si así te sientes más segura, nos lanzamos a la vez.

—¿Se puede?

—Sí —confirma el monitor—, pero por vuestra propia seguridad, dejamos unos metros de distancia entre ambos.

—Bueno, menos es nada, ¿no?

Tengo que hacerlo, ¡joder! Me sobran cojones para esto y para mucho más. Intento convencerme de mis propios pensamientos, insuflándome parte del aire que me falta para poder hablar. Puedes hacerlo, puedes hacerlo, puedes hacerlo.

—Una, dos y tres.

Y me lanzo al vacío sin previo aviso.

Tras un minúsculo escalofrío que recorre todo mi cuerpo en milésimas de segundo, los músculos quedan enseguida como desactivados. Una sensación indescriptible se apodera de ellos cuando apenas los percibo.

Me siento extrañamente ligera, casi etérea. Imagino que todo es producto de la ingravidez que estoy experimentando como en cámara lenta. Y es que, a pesar de que abro los ojos después del primer segundo de caída y veo acercarse el agua a toda velocidad, cuando soy yo la que me dirijo hacia ella, todo transcurre muy despacio. Al menos, en lo que a las emociones que experimento se refiere. Tenía pensado soltar un «Gerónimo» cuando me dejara caer. En cambio, lo único que sale de mi boca es un grito grotesco, liberador. Una reacción que contrasta con el sonido nítido de los pajarillos y de la corriente que invadían mis oídos hasta que he liberado tanto como llevaba guardado. La experiencia concluye con un incómodo cosquilleo que percibo al sentir que se prolonga demasiado tiempo el momento en el que la goma debe frenar mi caída.

Pero siento por fin la caricia salvadora de la gravedad y mi reacción llega en forma de nuevos gritos de felicidad, de independencia, de liberación. Todo mezclado con una risa nerviosa que colorea con el brillo de las lágrimas que resbalan por mis mejillas, tan boca abajo como todo mi cuerpo.

¡Estoy llorando y no por algún problema!

¡Joder, joder, joder! Quiero repetir.

Y eso hago hasta en dos ocasiones, aunque no sin antes contemplar desde la piragua del otro monitor el salto de un Phil que, a pesar de su dilatada experiencia, se lo piensa incluso más que yo. Me descojono con el grito que escapa de su control, sin reparar en que él se lo habrá pasado bomba con el mío.

Una vez concluida la experiencia, Phil me advierte de que la jornada no ha concluido. Para tranquilizarme, me hace saber que será bastante más plácida que la recién vivida. Y así es, pues un Kayak biplaza nos espera a la orilla del río y hacia él nos encaminamos.

Después de las oportunas explicaciones de Phil para ayudarme a entrar en la embarcación y a no ser el motivo de una indeseable zozobra por no saber remar, nos adentramos en la corriente tranquila del río. Permitiendo que Phil me dirija, resulta sencillo y reconfortante dejarme atrapar por la placidez del remanso de paz natural que nos acoge.

—¿Te confieso un secreto? —me interroga después de varios minutos disfrutando del sonido de la naturaleza.

—Eres maricón —bromeo sobre algo utópico.

—Era la primera vez que saltaba.

—¿Cómo?

A mi escandalizada pregunta sigue todo un completo catálogo de insultos, tras los cuales llega lo que intentábamos evitar. Terminamos naufragando de forma premeditada, ya que Phil balancea el Kayak cuando advierte la cercanía de la orilla. Salimos del agua con la ropa empapada y me dedico durante unos segundos a golpearle repetidas veces, hasta que consigue inmovilizarme y apoderarse de mi boca con un hambre voraz. Sí que me echaba de menos. Yo a él también, la verdad. Quizás por eso le permito que me quite la ropa para dejarla secar al sol mientras no se acaba la hora del alquiler de la embarcación. Del mismo modo, no opongo la menor resistencia cuando desanuda mi bikini y se apodera de mis glúteos, que hoy reclaman su atención más que la zona de mí que más le atrae: mi busto.

La jornada termina de la mejor manera posible: con un polvo exprés de los que marcan época, sobre una piedra roma de grandes dimensiones.

Regresamos en silencio, saboreando cada uno de los instantes vividos durante las últimas horas. Paramos por el camino para comprarnos unos bocatas, sin entretenernos más de lo necesario, ya que tengo que recoger a Rober.

Durante el resto del trayecto recuerdo lo que me anticipó. Le estaré eternamente agradecida por haber conseguido que me olvide por unas horas la tragedia que me acosa. Ahora me siento mal por ello, pero necesitaba descansar un poco la mente.

Ya entrando en Sevilla, me acuerdo de lo que le he hecho prometer y decido incidir en el asunto.

—Te recuerdo que has prometido interceder.

—Gracias, pero lo tengo muy presente y no será necesario.

—¿Cómo que no será necesario? —pregunto enfadada por haberme dejado engañar.

—Porque serás tú misma quien lo convenza. Ya he hecho planes por vosotros para después de tu Semana Santa.

—¿Planes, qué planes?

—Ya lo verás. Confía en mí, al igual que has hecho hoy.

Y eso intento hacer, pero a ver cómo gestiono yo la incertidumbre durante tantos días.

Capítulo 48

He pasado varios días sin ver a Phil. Por supuesto que tampoco a Cris. Rober y papá acaparan todo mi tiempo y no pretendo explotar a Carmela, por más veces que se ofrezca a cumplir con mi cometido. Sé que lo hace de corazón, pero también de corazón necesito yo estar con papá para aprovechar el tiempo que nos quede. Cada vez que lo pienso, cuando observo sus pequeños y constantes pasos atrás, más convencida estoy de que lo mejor es que todo ocurra con la mayor rapidez posible. Aunque no dependa de nosotros, sino del tiempo que Diosito le pretenda seguir regalando para mantenerse a nuestro lado, al principio no pensaba de igual modo. De forma egoísta, rezaba casi a diario para que pasaran muchos años hasta que se fuera definitivamente de mi lado.

Sin embargo, a partir de las tres y cuarto de esta nueva «madrugá», mi única petición será que se lo lleve pronto a su lado. Ya no porque yo no sea capaz de ir viendo día tras día cómo se consume la vitalidad que un día tuvo. Más bien oraré por él, porque sé que sufre al no ser capaz de desempeñar su papel como cabeza de familia. Con él al frente, no cabe duda de que también pasaríamos penurias, pero no hay mayor pobre que quien no tiene amor. Papá se ha olvidado incluso de amar. Amar a su Juani del alma, que ya partió hace tiempo. Amar a su hija mayor, a esa Rocío que también fue humana algún día y se desvivía por satisfacer los deseos de sus padres y hacer más sencilla la vida de su hermanita. Amar a su ojito derecho, a una Lucía que ya no luce. La sensación de dolor es mucho más intensa que el amor que siento por aquel que me regaló mi bien máspreciado: la vida.

¡Joder!, si ni siquiera hace ya el menor comentario sobre su verdiblanca, con lo bético fanático que ha sido siempre. ¡Cuánto echo de menos esas tardes calurosas en el Villamarín!

Pero esos días ya no volverán, manque me pese. Ahora toca centrarse y actuar por prioridades. La mía, toda vez que Rocío ha prolongado sus vacaciones en Punta Cana hasta después de Semana Santa, es cuidar de Rober y de papá. Sólo me he alejado de ambos un par de los últimos diez u once días. El pasado sábado pedí a Carmela el favor de que cuidase de ellos porque necesitaba airearme.

¡Qué cojones! Necesitaba echar un polvo antes del inicio oficial de la

Semana de Pasión. Siempre me ha gustado respetar ciertas tradiciones y restricciones, algunas de las cuales me las impongo yo misma. Por eso, nunca suelo salir con las niñas en esta semana del año, bajo riesgo de caer en tentaciones que prefiero desterrar por respeto, por la devoción que siento hacia mi Cristo de los Gitanos.

De este modo, me he pasado cuatro días, con sus noches, pateándome decenas de calles para que Rober pudiera disfrutar de nuestra Semana Mayor, como imagino que jamás habrá hecho. Entre que sus padres no han sido nunca muy «capillitas» y que Rocío jamás ha mirado por más intereses que los suyos, dudo mucho que Rober haya visto tantas procesiones como en los últimos cuatro días. Pero hoy le toca descansar. Me da mucha pena de que se pierda la «madrugá», pero yo tengo que acompañar al Señor. He llamado a Rafa y no puede hacerse cargo de su hijo. Normal. Como Rocío no le permitía visitarlo, el hombre se ha pillado unos días de vacaciones para pasarlos con su novia en la Costa Brava.

Y aquí estoy, otro año más para cumplir con mi obligación, que no promesa. Mucha gente promete demasiado al Señor o a su Madre y luego ofrecen poco en contraprestación. Hacen penitencia a cambio de deseos concedidos, o algo parecido. Jamás he entendido que se negocie con Dios. Él está muy por encima de todo eso. Sus decisiones, nos beneficien o perjudiquen, no están sujetas a negociación o trueque alguno. Yo salgo a su lado porque tengo fe en Él y en sus designios. Otra cosa es que rece pidiéndole que ayude a papá para que no sufra más, o incluso a mí. Pero no me enfadaré con Él si no llega a satisfacer mi deseo, como ocurre con mucha gente que se aleja de «su» cofradía cuando piensan que sus ruegos no son atendidos.

La puerta del Valle se abre puntual, a las tres y cuarto de la madrugada. El silencio en el interior de la Iglesia es absoluto, sólo quebrado por algunos rezos y por cierto bullicio que aún persiste en el exterior. Extranjeros en su mayoría, seguro. Los sevillanos sabemos respetar nuestras tradiciones y creencias.

El capataz, una vez en la calle las secciones que acompañarán a Nuestro Jesús de la Salud, da la señal y tiene lugar la primera «levantá». Un amago de aplausos queda pronto solapado por el silencio que despierta la admiración por una talla tan impresionante. Aunque mucha gente piense que sólo es un trozo de madera pintado, el fervor por una imagen y lo que

representa va mucho más allá de un pensamiento tan simple.

Comienzo a caminar en riguroso silencio y las secuelas de tres días pateándome Sevilla se hacen sentir. Tengo los gemelos muy cargados, aunque la experiencia me dice que el dolor remite cuando se calientan, para desatar todo su poder destructivo cuando superamos el paso por Campana y la Estación en la Catedral.

Suenan las primeras notas de «La saeta» de Serrat y no puedo evitar emocionarme, como siempre. Es una música preciosa, aunque el destino quiso que la cantara mejor Camarón de la Isla, con sus quejidos gitanos, que el propio autor.

Paso la primera hora rezando el Rosario una vez tras otra, intercalando mis oraciones con una única petición: llévatelo pronto, por favor.

El paso por San Pedro y La Encarnación se hace más monótono y es cuando comienzo a despistarme. Más o menos como siempre. Reparo en los críos que presumen entre ellos de tener la bola de cera más grande, en las crítonas que aprovechan la reunión para algo muy alejado de lo que debiera ser, en los grupos de chavales que hablan de fútbol con una cerveza en la mano... No sé, quizás sea yo, que estoy chapada a la antigua. Puede que por eso se cuelen pensamientos en mi cabeza que pretendía sustituir por rezos. Evito, en todo caso, los más sucios e inapropiados para la ocasión. De este modo, revivo de nuevo la primera parte de la excursión con Phil y las sensaciones experimentadas. Se ha convertido por derecho propio en un recuerdo inolvidable. Luego evoco los buenos ratos que, pese a mi reticencia inicial, he pasado con Rober jugando al parchís. Bueno, con él, con Carmela y con papá.

Esta semana he tenido que limitarle el alcohol. Puede parecer incongruente con lo que hoy reclamo a Dios, pero prefiero que papá se marche sin el menor rasguño. No pintaban bien las últimas borracheras que ha pillado. Antes no llegaba a tanto, pero parece que cada día le sienta peor la mezcla con sus medicamentos. La verdad es que es un poco irresponsable por mi parte eso de dejarle beber. Pero, aunque sea un enfermo casi dependiente, sigue siendo una persona adulta. Sufro mucho cuando me veo obligada a tratarlo como a un crío.

Un fuerte pinchazo en el gemelo me rescata de mis pensamientos.

Reparo entonces en la realidad y me doy cuenta de que ya hemos superado la mitad del recorrido. Miro de soslayo el reloj de una mujer situada en la primera fila de sillas y descubro que la manecilla horaria apunta a las ocho. Los primeros rayos del sol ofrecen una visión muy diferente y espectacular del conjunto escultórico al que escolto. Durante un rato y por aquello de sortear el dolor de piernas, distrayéndome un poco, me dedico a deleitarme con los múltiples detalles de la talla. Pero no duro mucho. El dolor es muy grande como para intentar engañarle. Tengo que estar haciéndome vieja, ya que no...

¿Cris?

Me sorprendo cuando creo haber visto, mezclado entre la mucha gente que aún permanece en la calle y la que se ha despertado temprano para ver los desfiles, a un Cris tan impecable como siempre.

—No creo —susurro.

Tan pragmático como aparenta ser, no me lo imagino yo pasando horas en pie para ver desfilar lo que muchos extranjeros califican como sectas de encapuchados que adoran a un pedazo de madera.

Intento localizarlo de nuevo entre la muchedumbre, olvidándome por completo del dolor que me atormenta desde hace varias horas. Ha tenido que tratarse de un espejismo, producto del cansancio, ya que no vuelvo a deleitarme con su imponente figura.

—¡Ahí está! —celebro cuando casi había perdido la esperanza.

¿Esperanza de verlo? Hum...

La anciana que me ha flanqueado durante toda la noche me observa con una expresión a medio camino entre la sorpresa y la condena. Ladeo un poco la cabeza en señal de disculpa, a pesar de que la banda de música que acompaña al Señor o los espectadores del desfile gastan bastante más ruido que yo. Aunque bien es cierto que ellos no hacen penitencia y yo sí.

Acto seguido, me centro de nuevo en Cris y lo descubro con una expresión de... ¿admiración? Lo cierto es que su hermetismo no invita a especular acerca de sus expresiones.

Alza las cejas y me sonrío. Dos pequeños gestos que generan en mi cuerpo todo un volcán de sensaciones. Ninguna de ellas muy apropiadas para la situación en que me encuentro. Sé que soy tonta y que vuelvo a

ilusionarme, pero no puedo evitarlo, así que le devuelvo una estúpida sonrisa de niña enamorada, junto con un pequeño lado de cabeza.

Tentada estoy de salirme del cortejo, con la excusa de buscar un lugar para orinar, aunque lo descarto en el último momento. Además de ser una acción muy torpe e ingenua, atendiendo a nuestra última conversación, sería bastante esclarecedora y me dejaría en una posición demasiado incómoda frente a él. Ya no le quedaría la menor duda de que se ha colado en mi cabeza de manera que no me permite razonar cuando se encuentra cerca.

Sólo de pensarlo ya me avergüenzo y agacho la cabeza, pues, aunque él no lo sepa, yo sí. Y me da coraje que no sea capaz de controlar mis propios pensamientos e instintos. Me vuelve loca un tío y pierdo la cabeza.

Pero es tan guapo y varonil...

¡Ya no está! Se ha debido de marchar cuando ha detectado mi incomodidad. Quizás haya pensado que mi gesto de agachar la cabeza era un modo de decirle que soy en este momento lo más parecido a una monja de clausura.

¡Qué tonta he sido!

O quizás no. Puede que sea lo mejor. No lo sé. Estoy hecha un lío, ¡joder!

¡No puedo soltar tacos detrás del Señor, joder!

¡Mierda, otra vez!

No los articulo, pero los pienso, que es parecido. Similar al espejo del alma que suelen representar mis expresiones. Seguro que Cris ya tiene claro que estoy colada por él. Puede que por eso no me trague, pues su prioridad pasa por no quebrantar la lealtad que le profesa a Phil. Y yo soy la intrusa que se ha colado sin avisar, para hacer que se tambalee una amistad con cimientos más sólidos que lo que siento yo por Phil.

No tendría que estar pensando cosas así en este momento. No tengo perdón. O sí, tengo que seguir rezando.

Y eso me dedico a hacer hasta el final del cortejo, aunque sin ser ya capaz de desterrar de mi cabeza a Cris ni los planes que Phil asegura tener para nosotros.

Amén.

Capítulo 49

Una vez concluida la Semana Santa, nuestra vida vuelve a la normalidad. Papá sigue adentrándose en su degenerativa senda neuronal, mientras que yo regreso a mi monótona rutina. Rocío llegó el lunes de Pascua a última hora de la noche, según me aseguró, pese a que ya no me crea nada de ella. Mamá trató de inculcarme el «piensa mal y acertarás» para que no me dieran palos desde todos los frentes. Pocas veces le hice caso, pero con Rocío me sale de forma natural. Creo que, al pedirme que llevara el martes a Rober al colegio para recogerlo ella luego, pretendía era no dar la cara. Tostada por el sol, seguro.

Phil me llamó para vernos esa misma tarde; me echaba de menos. Vamos, que ya le picaba, después de más de una semana sin llevarme a la cama. Más por indagar sobre sus planes y por ver a Cris que por mis ganas de follar, pero lo cierto es que al final terminamos acostados. Y Cris no dio señales de vida. Puede que por esquivarme, o quizás porque Phil me había preparado una cena romántica después de «los entremeses». Al final de la misma, me entregó por sorpresa el regalo que durante tanto tiempo postergó. O más bien, regalos.

Comenzó con un producto típico de Brujas, su ciudad natal, aunque aderezado con su sello más personal. Primero me explicó que su ciudad es conocida por el arte del bordado y el encaje, para luego sorprenderme con un pañuelo precioso, tejido a mano exclusivamente para mí. Eso sí, los hilos entrelazados mostraban la figura de una pareja también entrelazada, con la leyenda «sólo sexo» en español. Defendió que así no me olvidaría nunca de él, ni cuando me sonara los mocos.

Después de la chistosa anécdota, me sorprendió con lo que llamó «ballotin», que era una pequeña cajita muy chula, en cuyo interior escondía pralinés belgas. Unos deliciosos bombones de chocolate negro que aseguró haber comprado en la capital. Pero la sorpresa mayúscula me la llevé cuando, al remover la caja, observé en su interior algo envuelto en papel. Lamentó no haberlo presentado en su cajita por no haber espacio material dentro de la ballotin. Al abrirlo, me brillaron los ojos casi tanto como el minúsculo cristal que campeaba en el centro de una sortija fina y elegante.

—Muy bonito —reconocí un poco superada por lo que podía

representar el último presente.

—No te asustes, que no te voy a pedir matrimonio —me tranquilizó—. Cuando os casáis, las mujeres comenzáis a sufrir dolores de cabeza y todo tipo de impedimentos para follar.

—¡Pero mira que eres golfo! —protesté bromeando.

—Es el regalo que más ilusión me hace. Más que por su valor —argumentó—, por su significado.

—Y es...

—Según el griego antiguo, diamante significa invencible. Como tú.

—Hablas metafóricamente, imagino. Se trata de una falsificación o algo similar, ¿no? —Su expresión no parecía ir en consonancia con mi especulación, así que algo me pellizcó en el estómago con fuerza—. ¿Es un diamante real?

—¡Pues claro! De lo contrario, no tendría el menor significado.

—Quiero que lo devuelvas —le ordené.

—Y yo quiero que lo luzcas con orgullo.

—No puedo aceptarlo. Es un regalo demasiado caro.

—¿Te haces una idea del dinero que has conseguido ahorrarme en putas desde que estoy contigo? —bromeó tirando de sonrisa canalla—. En serio, es muy importante para mí que aceptes el presente. Me ha costado mucho decidirme.

Tuve que claudicar y soportar la responsabilidad de ser la portadora de algo que representaba mucho más que mi propia valía como luchadora incansable. Mucho me temo que Phil ha comenzado su táctica de acorralamiento emocional. Para intentar contrarrestar el efecto de la piedra preciosa y, de paso, agradecer los costosos detalles, esa noche me comporté como una auténtica zorra en la cama. Repetimos a lo grande y saboreé con fruición hasta el último centímetro de su piel pálida, para dejarle claro que sólo sexo existiría entre nosotros. Más allá incluso de cualquier obsequio, por muy caro que fuese y por más que pudiera representar.

Los días posteriores, hasta hoy, no ha dado señales de vida. No sé, pero me tiene escamada. No me creo que haya perdido las ganas de mí en los últimos tres días. Mucho menos que exista algo que lo mantenga tan ocupado

como para no sacar un rato y así poder echar, como lo llama él, un kiki rapidito. Algo se trae entre manos, aparte del plan que haya tramado para conseguir que Cris y yo nos encontremos hoy. Son tantas las preguntas que me asaltan, que ni siquiera tengo claro cómo vestirme. ¿Habrá reservado alguna mesa en un lujoso restaurante? ¿O puede que haya engañado a Cris para que se vea conmigo en un parque infantil?, por aquello de evitar riesgos innecesarios que atenten contra sus celos, tan evidentes ya. ¿Y si ha optado por llevarme a su casa y, simplemente, dejarnos a solas? No lo sé, pero ya no me cabe la menor duda sobre una opción: no pretende que convenza a Cris follándomelo. Porque sólo quedaría el concierto de Mozart en el Lope de Vega, pero ya pasó, así que me he quedado sin más alternativas. Por eso he decidido ir vestida de mí misma y lucirme como siempre he hecho. Mejor no podrían haber decidido mi nombre «los Juanes».

Tal y como quedamos anoche, cuando me envió un mensaje de WhatsApp en lugar de llamarme, suena puntual el claxon del coche de Phil. Me despido de papá con un fuerte abrazo, de los que se daban cuando en el pasado se marchaban a la guerra. Luego me dirijo a Carmela, le agradezco su enésimo ofrecimiento y estampo dos cálidos besos en sus mejillas, que acompaño también con un abrazo. Salgo entonces disparada por la escalera porque me está atormentando la intriga de no saber qué me deparará el día de hoy. A punto estoy incluso de matarme por culpa de los dichosos tacones, que no se llevan muy bien con unos escalones tan viejos y desgastados.

Cuando abro la puerta de la calle, noto una sensación similar a la de mi primera experiencia haciendo puenting. En milésimas de segundo, algo me sube desde muy abajo y se instala en mi garganta para dificultarme la respiración. Sentado en su deportivo y sin mostrar el menor interés por mi llegada, Cris aparenta estar centrado en un portátil que debe de sostener entre sus piernas. ¡Quién fuera ese aparato para estar cerca del otro aparato!

Me desprendo del nerviosismo inicial que ha motivado la sorpresa de no esperarlo a él y luego me dirijo decidida hacia el vehículo. No puedo evitar un ligero escrutinio de la calle para observar el interés que despierta mi acompañante. O, más bien, su pedazo de coche. Cuando llego a la puerta, me agacho ligeramente y observo que sigue sin mirar hacia mí. Yo, en cambio, sí que reparo en la impecable presencia que consigue con ese traje gris.

¿Por qué le sienta tan bien cualquier color que luzca?

Abro la puerta con determinación y, devolviéndole la jugada de no

mirarlo, me siento y clavo la vista al frente.

—Buenas tardes. ¿Nos vamos?

—¿Hay más opciones?

¡Capullo! No me faltan ganas de soltárselo a la cara, pero he decidido armarme con el talante más cordial que poseo.

Arranca el vehículo y lo conduce con la misma calma e idéntica seguridad con las que parece hacerlo todo. También en silencio, para no faltar a su costumbre. Me siento incómoda en esta situación, así que me obligo a iniciar una conversación.

—¿A dónde me llevas?

—Philip me ha obligado a prometerle que no te lo diga.

—Ah, perfecto. Y tú, como no tienes iniciativa propia, pues vas y le haces caso.

¡Joder, ya la he cagado! Si es que la lengua me pierde.

—De haber sido por mí, no me habría prestado a esta especie de... reunión de trabajo, pero tengo ganas de terminar con todo esto.

—Entiendo. Por cierto, ¿te atraen nuestras costumbres o te vi durante la procesión porque me estabas siguiendo?

—Tenemos geolocalizados vuestros terminales para asegurarnos de que no os ocurra nada —explica—. Era una hora inapropiada para ir deambulando por las calles.

—¡Era Semana Santa!

—Desconocía que estabas afiliada a una de esas hermandades —justifica mostrando cierto titubeo. No puedo evitar sonreír, ante lo cual reacciona de inmediato—. ¿Qué?

—La gente se afilia a un sindicato o a un partido político. ¡Se trata de una cofradía! —aclaro como quien corrige a un crío—. ¿Salimos de la ciudad?

—Parece una obviedad, ¿no crees?

¡Dios!, lo odio cuando actúa así. Me hace sentir tan estúpida que consigue silenciarme durante unos minutos. Los necesarios para llegar al aeropuerto de San Pablo.

—¿Vamos a tomar un avión?

Su reacción consiste en retirar la mirada de la carretera y observarme perdonándome la vida.

—Será un vuelo corto.

Y esas son las únicas palabras que reproduce hasta que embarcamos, rumbo a Barcelona.

Entramos en el avión y no hago el menor intento por recuperar mis ganas de charlar. Más que nada porque estoy acojonada; ¡jamás he volado! Pero no voy a darle el placer de sentirse poderoso y de conseguir empuñarme aún más. Me mantengo impasible y observadora, pendiente de los movimientos de los demás pasajeros para no anticiparme a sus acciones y descubrir así mi bisoñez voladora.

Después de un mensaje de bienvenida del piloto, comienza una explicación de una azafata, de la cual no pierdo ni el más mínimo detalle. Procuero no aparentar que presto demasiada atención, aunque no sé si lo estaré consiguiendo.

—Bien. Podemos comenzar a hablar de negocios cuando quieras — propone Cris, impidiéndome oír bien la explicación.

—Mejor en Barcelona.

—¿Por qué no ahora? —insiste, tras lo cual me veo obligada a quedar en evidencia.

—Es la primera vez que monto en avión y estoy tratando de oírla.

—Puedo resumírtelo yo; ponte el cinturón.

A pesar de que evito el cruce de miradas, creo intuir una leve sonrisa al percibir el aire que exhala. No le voy a dar el gusto de recriminarle su actitud ni de discutir sobre ello. Me limito a mirar por la ventanilla con la intención de relajarme.

¡Ni de coña!

Ver cómo comienza a moverse el aparato no ayuda en nada a calmar mis nervios. Nada comparable con la sensación que experimento cuando coge pista y comienza a acelerar de forma salvaje. Mi espalda se pega por la inercia al respaldo y el coño debe rondar ya la parte alta de mi cuello.

—¡Joder! ¿Esto es todo el tiempo así?

—Sólo durante el despegue. Tranquilízate —me pide.

Cuando repara en mi respiración agitada, sitúa su mano sobre la mía sudorosa y con ello consigue instalarme en un estado de narcosis que desaparece cuando remite la aterradora aceleración inicial. Sólo entonces, me giro de nuevo hacia la ventanilla y quedo maravillada por la increíble panorámica que se contempla desde mi ubicación.

¡Estoy volando!

Tan extasiada me encuentro, que ni siquiera he reparado en el momento en que Cris ha liberado mi mano y se ha centrado en un periódico que extrae de su bolsa de mano. De hecho, ha tenido que levantarse para cogerla y no me he dado cuenta.

—Gracias por haber posibilitado que viva esta fascinante experiencia.

—Da las gracias a Philip. Ha sido idea suya y todos los gastos han corrido por su cuenta.

—Pues gracias por acompañarme —insisto.

—Le debía algún favor —contesta sin alzar la mirada, clavada en el periódico.

—No puedes evitarlo, ¿verdad? Bastaría con decir «de nada». O, simplemente, callar, como haces siempre que no encuentras la ocasión de atizarme.

—Disculpa. Me parecía más inapropiado atribuirme el cuestionable mérito de planificar y propiciar tu experiencia, ya fuera por falsa presunción u omisión.

—¡Pues gracias por transmitirme seguridad cuando me diste la mano! —agradezco con lo que suena a reproche. De paso, saco a relucir el miedo que he pasado.

—Oh, no ha sido nada —decide restar importancia.

—Para mí ha significado mucho, viniendo de alguien como tú —admito relajando mi acritud hacia él.

—¿Alguien como yo?

—Alguien que se empeña en no parecer humano.

—Entiendo. Aunque tu sentencia me genera cierta confusión —apunta con un tonito guasón, que no vaticina la llegada de la concordia que

demando—. ¿Cómo he de suponer que tendría que ser alguien humano?

—Sería una persona que no odiase a quien nada le hizo.

—¿Estás sugiriendo que mis actos se rigen por algún tipo de animadversión hacia ti?

—Yo lo calificaría como odio —corrijo rauda, clavando la mirada sobre sus ojos «grizules». Ni grises, ni azules; hasta para eso es raro. Dependiendo del ángulo e intensidad con los que reciban la luz, aparentan un color u otro. Ahora parecen celestes y muy vivos, gracias al torrente de claridad que entra por la ventanilla. Preciosos, en cualquier caso.

—Yo no te odio.

—Pues lo disimulas muy bien.

—¿Por qué? ¿Acaso te molesta que me preocupara aquella noche por una inversión, sabiendo que podría estar en peligro? —pregunta simulando su extrañeza.

—Puede colar que me trates como a un cuadro o a un lingote de oro. Sería éticamente cuestionable, aunque admisible. Sin embargo —añado—, no existe la menor excusa para tu actitud anterior a mi candidatura para el juego.

—Philip es mi mejor amigo. He de reconocer que no me fío mucho de las mujeres. Puede que me dejara llevar por un exceso de celo.

—¿Celo o celos? —lo acorralo.

—Queridos pasajeros —resuena de pronto la voz metálica del capitán —, les informamos que vamos a iniciar la maniobra...

—Ponte el cinturón —me ordena Cris, mezclando su voz con las instrucciones procedentes de la cabina del piloto y, de paso, escapando ante la encerrona que le había planteado.

Después de haber iniciado con tan mal pie este viaje tan corto, en lo que a Cris se refiere, creo haberme repuesto con un contraataque digno. Ahora toca afianzar mi mejora cuando toquemos tierra, salvo que este período le sirva para coger aire y perseverar con mayor determinación.

De cualquier modo, no será Lucía quien se quede callada. Este tío no me conoce aún. Además, aún me debe una respuesta. Aunque da por sentado que participaré en el juego, estoy convencida de que pretende boicotear mi concurso por todos los medios. Y quiero saber por qué.

¡Vaya si lo sabré!

Ya veremos a dónde me llevará y cómo me las ingeniaré en Barcelona.

Capítulo 50

Cuando desembarcamos, nos dirigimos directamente hacia la parada de taxis, ya que no llevamos equipaje. Cris, atento y educado pese al mutismo que mantiene, abre la puerta trasera y me invita a entrar. Se lo agradezco y me introduzco en el vehículo, a la espera de que él haga lo propio por el otro lado. Sin embargo, la puerta que se abre es la del acompañante del conductor. Niego con la cabeza y me centro en disfrutar de todo cuanto vea a través de la ventana.

Pide al taxista que se dirija a la carrer de no sé qué y hacia allí marchamos durante unos quince minutos. Cuando llegamos, no percibo en el exterior nada que reclame mi atención, así que me veo obligada a demandarle información en cuanto paga la carrera al conductor.

—¿A dónde vamos?, si no es mucho preguntar.

—A comprarte un vestido más apropiado.

—¿Qué pasa —me revuelvo molesta—, que no te gusta cómo voy vestida?

—No es cuestión de que me guste a mí, sino de que vaya en consonancia con el lugar.

—¿Acaso vamos a una boda? Además, no dispondré de efectivo hasta que gane el premio, salvo que me concedas un anticipo.

—Acompáñame —me sugiere, obviando mi ironía y comenzando a caminar.

Entramos en un establecimiento de postín, de esos en los que te agobian nada más entrar y daña la vista revisar el precio que figura en la etiqueta de cada prenda.

—¡Ah, no! —me niego rotunda—. No puedo permitir que a Phil le cueste un ojo de la cara.

Me mira frunciendo el ceño, aunque apenas tarda en comprender mi expresión.

—Descuida. Esto corre de mi cuenta.

A pesar de que doy por hecho que lo hace por su propio interés, no

puedo evitar el peculiar cosquilleo que me provoca su ofrecimiento. ¡Joder!, que menos a Rocío, a todas nos gusta ser autosuficientes, pero a nadie amarga el dulce de un tío guapo como pocos poniendo a tu disposición su fértil tarjeta de crédito. Sobre todo, si es para uno de los mayores placeres de la vida: comprar ropa.

Cuando indago sobre el lugar al que iremos, por aquello de saber qué prenda elegir, me indica que opte por la que más me guste y él me indicará si es apropiada o no. Luego le pregunto hasta qué precio puedo llegar, aunque resta importancia y me invita a probarme el que más me guste. Y eso hago. Bien merece la pena el regocijo de ver su cara cuando tenga que pagar.

El primero que reclama mi atención es un vestido rojo entallado, con un generoso escote que muestra más que tapa, para lucir mi bien natural máspreciado. A media pierna, me permitirá moverme con soltura. Debo de gastar unas pintas de putilla que, a lo mejor, le invitan a llevarme a un motel. Sonrío traviesa y me centro en lo que me ocupa.

Sin embargo, me desconcierta su gesto de desaprobación cuando salgo del probador. Se acerca hasta mí para decirme algo sin que la dependienta, empeñada en asegurar que el vestido parece hecho para mí, pueda oírle.

—Por lo general, resulta más llamativa una intuición que una visión.

—Entiendo —admito—. Lo quieres más recatado.

—Insisto en que no se trata de lo que yo quiera —me recuerda sin ser capaz de controlar su mirada, que de forma instintiva se cuelga en mi canalillo —, sino de lo más apropiado.

Hasta en tres ocasiones vuelvo a cambiar de vestido y de color, consiguiendo similar resultado en su dictamen. Pero entonces, escondido entre las prendas que están a punto de ser descatalogadas, descubro un precioso vestido azul. Muy largo, con tirantes que desembocan en una generosa abertura trasera para dejar espalda y costados al descubierto, ceñido en la cintura y suelto en el busto, además de estrecho en su parte baja para realzar la figura.

¡Me encanta!

Cuando me lo pruebo, no puedo evitar deleitarme con la imagen que refleja el espejo. Jamás me había sentido tan hermosa, tan... mujer. Sólo un pequeño detalle me deja un molesto sabor amargo: ni hace juego el reloj que

heredé de mamá, ni el vestido invita a lucir el cuello descubierto y unos pendientes tan «cuquis» como los que llevo hoy. Si Cris da el visto bueno, tengo que comprarme alguna baratija que vaya bien en cuanto salgamos de aquí.

Cuando escapo del probador, Cris no hace uso de palabra alguna para compartir conmigo su veredicto. Su tenue sonrisa y sus ojos fijos en mis marcados pezones sobre el vivo raso azul son suficientes para entender que he despertado en él una sensación nueva. Al menos, para mi vista, ya que también siento algo similar. Un efecto que invita a mi pecho a galopar desbocado y a mi bajo vientre a incinerar la totalidad de la zona abdominal.

Paga la cuenta, más llevadera de lo que habría querido hace unos minutos, y salimos al exterior compartiendo impecable presencia. Por un instante, me siento como una princesa de cuento de hadas, acompañada por mi príncipe azul. Sólo dura eso, ya que mi versión racional me recuerda, una vez más, que no existen. Sólo es un atrayente envoltorio que esconde a un ser frío y casi carente de sentimientos.

—¿Sabes si hay algún centro comercial cercano?

—¿Para qué? —pregunta contrariado—. Vamos justos.

—Para dar brillo a un traje tan maravilloso.

Ahora es cuando Phil me habría confesado que el brillo ya lo apporto yo, pero Cris decide callar y escrutar su entorno.

—Sígueme. Creo que aquí cerca...

En efecto, ahí cerca había una joyería que, previo depósito, alquila todo tipo de joyas, Sí, joyas de las de verdad. Tanto como la preciosa gargantilla bañada en oro y los pendientes a juego con los que vuelvo a entrar en un nuevo taxi. En esta ocasión, pido a Cris que me acompañe en el asiento trasero. Aunque visiblemente disconforme, accede y llegamos a parecer una pareja a ojos de cualquiera, pese a conocer ambos la triste realidad. Triste para mí. No así para él.

—Al Carrer de Lepant —indica al taxista, evitando girar sus ojos hacia la mitad del vehículo que ocupo—. Rápido por favor. Agradeceré su celeridad.

—Gracias —intervengo cuando casi puedo palpar su incomodidad.

—Mi amistad hacia Philip no admite agradecimiento alguno.

—Puedes seguir intentando parecer un capullo tantas veces como creas oportunas —le ataco con tono sosegado, situando mi mano sobre la suya, que descansa sobre su pierna—, aunque yo siempre sabré que, en un lugar muy recóndito, oculto bajo esa impecable corbata, aún queda un resquicio de humanidad, de sensibilidad, de compasión... —Hago una pausa—. De amor.

—Y sobre todos esos atributos que presupones, siempre gobernará un juicio que entiende de prioridades.

Tenía que intentarlo, pero creo que resulta imposible quebrar un glaciar con un picador de hielo.

Frustrada, me dejo conducir hasta la carrera de Lepanto esa que ha mencionado al conductor, sin apenas reparar en tantos edificios y cosas chulas como pasan por mi vista. Tampoco recuerdo centrarme en el objetivo principal que me ha traído hasta aquí.

Cuando llegamos, despierto de mi estado y descubro un edificio moderno, en cuya fachada frontal reza la leyenda «L’Auditori».

—¿Hemos venido hasta aquí para ver un concierto de música clásica? —protesto saliendo del coche con la dificultad aparejada al tipo de vestido que llevo.

—Voy a pasar por alto tu carencia de consideración hacia la obra más relevante de la historia porque no se puede reprochar a un ciego que no sea capaz de distinguir los colores.

—¿Estás insinuando que no poseo tu nivel intelectual para apreciar el valor de cualquier expresión artística?

—No —rechaza rotundo—, estoy afirmando que no estás capacitada para valorar lo que no conoces.

—De acuerdo. Hagamos un trato. Cuando acabe el concierto, tú me desvelas la razón por la que sospecho que intentarás boicotear mi participación en vuestro juego —le propongo, intercalando un prolongado silencio entre su obligación y la mía para hacerle pensar.

—¿Y tú?

—Yo —comienzo con nerviosismo por culpa de la intensa mirada que me clava, gris en esta ocasión—, me comprometo a reconocer si mereció la pena cruzar media España para ver un concierto de «música clásica».

¡Joder! Los nervios y mi precipitada verborrea habitual me juegan una mala pasada y termino mezclando las palabras.

Aunque volvería a equivocarme un millón de veces, si con ello consigo arrancar otra media carcajada tan mágica como la que me dedica mi acompañante.

—¿Te estás burlando de mí?

—Dios me libre, querida. En cualquier caso, si no te ves capaz de mantener la lengua quieta durante el concierto, evita admitir que te encanta la «música clásica».

Viéndome impotente para aguantar, libero toda mi tensión con una importante carcajada, aunque procurando no ponerme en evidencia entre tanto nivelazo como nos rodea de camino a la entrada. Me giro hacia él para golpear su brazo, como suelo hacer con Phil cuando suelta alguna de las suyas, pero la risa se corta de golpe con la imagen de su brazo esperando ser acompañado por el mío. Y agarrados, por aquello de cuidar las apariencias, entramos en el innovador auditorio.

Ocupamos nuestros privilegiados asientos y esperamos al comienzo de la obra. Lo cierto es que me siento desubicada en semejante ambiente. Importante, pero desubicada. De este modo, decido sacar de paseo a la Lucía más irreverente.

—¿Sabes dónde se encuentra el quiosco de las pipas? —Me mira por encima del hombro, dispuesto a llamarme la atención, pero no se lo permito —. Te estaba vacilando, pardillo.

Se apagan las luces, el silencio va ganando terreno hasta que comienza la impactante interpretación. Y es que eso me supone el inicio, al ser espectadora inexperta en semejante expresión artística.

Pero no tardo mucho en perder el interés, la verdad. Sí, suena todo precioso y grandioso, pero demasiado solemne para mi gusto. Cris, en cambio, no pierde el menor detalle e incluso a veces cierra sus ojos en lo que imagino una especie de éxtasis musical. Sin embargo, cuando detecta que no disfruto tanto como él, se acerca a mí y me susurra al oído para embriagarme a la vez con su aroma imperecedero.

—¿Te aburre?

—No, es sólo que pensaba que sería un poco más... marchosa —

alego frunciendo el ceño por no haber encontrado mejor palabra.

—Es una misa compuesta para honrar a los difuntos tras su fallecimiento —aclaro en el mismo momento en el que comienzan a sonar unos acordes que reconozco.

—Tsss —le ordeno callar y me dejo absorber por la sobrecogedora interpretación de la misma pieza que Cris tocaba al piano aquella noche, cuando lo descubrí desnudo.

Soy una tonta, lo sé. Sólo así puedo explicar la extraña emoción que he sentido oyendo una música tan triste y estremecedora que me ha hecho llorar. Cris se da cuenta, pero respeta mi estado y se centra en el concierto. Cuando lo miro, sin embargo, detecto una sonrisilla que evidencia su satisfacción por haberme dejado atrapar por la música de Mozart.

Sea como fuere, al final me he visto envuelta por la música en estado puro y he gozado tanto de la experiencia como la que viví con Phil. De forma diferente, pero he sentido los cantos como si fueran dedicados a alguien cercano. Quizás sea porque la muerte acecha a mi ser más querido, pero lo cierto es que ha sido bastante emocionante y lo he disfrutado mucho.

Salimos del recinto un poco antes de acabar, sueltos esta vez y en silencio, disfrutando del regusto auditivo que aún conservamos. No puedo, sin embargo, retener por demasiado tiempo una pregunta que me sobrevuela.

—¿Qué dice la canción?

—¿Te refieres a *Lacrimosa*, la pieza que te ha emocionado?

Tú a lo tuyo y navega sobre mis lágrimas, ¡cabrón!

—Imagino que sí. Aquella que tocabas desnudo en la zona prohibida —me descubro a pecho descubierto y sin temor a sus represalias.

—*Lacrimosa dies illa*

»*Qua resurget ex favilla*

»*Judicandus homo reus.*

»*Huic ergo parce, Deus:*

»*Pie Jesu Domine,*

»*Dona eis requiem. Amen.*

—¿Qué significa?

—Lleno de lágrimas será aquel día en que resurgirá de sus cenizas el hombre culpable para ser juzgado; por lo tanto, ¡oh Dios!, ten misericordia de él.

»Piadoso Señor Jesús, concédeles el descanso eterno. Amén.

—¿Por qué la tocabas aquella noche?

—Se está haciendo tarde; debemos apresurarnos para no perder nuestro vuelo —decide esquivar mi pregunta, explicando a la vez el motivo de haber salido antes del final.

—¿Qué ocurriría si lo perdiéramos?

—Que tendríamos que hacer noche en Barcelona.

—Para ti sería un serio contratiempo. —No para mí, que haría lo imposible por compartir habitación—. ¿No te gusta desviarte jamás de los planes previstos y dejarte sorprender por la vida?

—No cuando conlleva pasar más horas junto a alguien que no calla nunca.

—¡Oh!

—Era una broma —confiesa con dulzura.

—No estoy acostumbrada. Ya sabes.

Tomamos un taxi en dirección a la joyería en la que hemos alquilado la gargantilla y los pendientes. Tardamos poco tiempo, a pesar de mi tentación de alargar la estancia. De hecho, el mismo taxi aguarda nuestra salida del establecimiento. Volvemos a ocupar nuestros asientos y no tarda en ser él quien inicia una conversación. ¡Milagro!

—¿Ha merecido la pena?

—Bastante, lo reconozco.

—Me alegra saberlo.

—Ahora te toca a ti —le recuerdo—. ¿Por qué te opones a que participe?

Vacila durante unos segundos y luego se decide.

—Phil está enamorado de ti.

—Lo sé, pero no veo razón de peso para oponerte.

—Es tan tonto, que no se siente capaz de pedirte que no lo hagas.

Prefiere respetar tu deseo, antes que reconocer que moriría de celos.

No es la respuesta que me habría gustado escuchar, pero tiene toda su lógica, teniendo en cuenta los férreos lazos de amistad que los unen.

—¿Qué habrías hecho tú? —pregunto para ponerle en un aprieto.

—¿A qué te refieres?

—En el supuesto de que tú y yo fuéramos pareja —expongo, consiguiendo que el taxista nos mire por el espejo retrovisor—, ¿permitirías que yo participase?

—¡Jamás!

Y con tan enérgica sentencia, que viene a paliar la necesidad que tenía de oír algo parecido, me dejo conducir hasta el Prat y de ahí a mi Sevilla.

A partir de mañana, cuando me despierte y me tope con la realidad, si soy capaz de dormir, tocará digerir las últimas horas y confesiones. No resultará sencillo. Sobre todo, en un entorno que no invita a la reflexión.

Pero toca ser consecuente y actuar en función de lo que me dicte el corazón.

Mañana será otro día.

Capítulo 51

Despierto desorientada por culpa del debate interno de anoche, que apenas me permitió dormir. Lo primero que me viene a la cabeza es una extraña sensación de haberlo soñado todo. Lo cierto es que fue casi como un sueño. Sólo faltó...

Pero no hay que dar más vueltas al asunto. Tengo que ser pragmática y centrarme en lo realmente importante. En principio, papá es mi prioridad. Luego tenemos a Phil y al concurso. En cuanto a él, lo siento mucho, pero no tengo previsto cambiar un ápice el modelo de relación que nos une. Lo pasamos bien, a mí no me apetece mantener una relación seria y él tampoco parece muy dispuesto a dar el paso, a pesar de su palabrería y de algunas de sus acciones. En cuanto al concurso, ya veremos cómo lo gestiono cuando se acerque.

En un tercer escalón está todo lo demás. Doy por sentado que sólo veré a Rober cuando le interese a Rocío. En cuanto a Cris, resulta utópico siquiera liarme con él un solo día, a pesar de sus momentos de flaqueza. Carmela va a lo suyo y desaparecerá cuando se marche papá, así que...

Bueno, me queda Rocío, pero ella es un caso aparte.

Cuando me levanto, decidida a hacer una necesaria limpieza general en casa, advierto el parpadeo de la lucecita que me indica la llegada de notificaciones al móvil. A veces me cuesta creer que ya se hubiese inventado la luz cuando Rocío me compró el aparato.

—Seguro que se trata de Phil, intentando saber si ocurrió algo entre Cris y yo. Aunque la culpa la tendría él, por... La verdad es que resulta muy extraño que organizara lo del concierto.

«Estabas preciosa con ese vestido y las joyas. Espero que tomes la decisión más acertada. Sólo te pido que no hagas sufrir a Philip».

—¡Joder! Ahora que ya lo tenía todo más o menos claro, va el capullo este y me suelta que estaba preciosa como si nada.

Salgo de mi habitación cabreada, lamentando que la vida sea a veces tan complicada y te sitúe en tantas encrucijadas. Procuero olvidarme del mensaje yendo hacia la cocina para ver si Carmela me hace reír, como

siempre. ¡Pero no está! Una nota sobre la encimera augura darme pistas acerca de su ausencia.

«Lucía, tu padre y yo hemos salido. Tengo que hacer unos recados y a Juan le hace falta un poco más de sol en la calva para que no me deslumbre cuando juguemos al parchís. No te preocupes por nada, que ya he limpiado y he dejado preparada la olla. Te queremos. Carmela».

—¡Virgen Santa! ¿Esto lo ha escrito mi Carmela? —me pregunto asombrada por la caligrafía y por la corrección con la que ha escrito la nota. Nada que ver con su forma de hablar—. ¿Qué hago entonces ahora?

Para empezar, coger el teléfono, que comienza a sonar advirtiéndome de la llamada entrante.

—¡Me cago en los números desconocidos! —protesto, harta del secretismo con el que los amiguitos lo hacen todo, aunque nerviosa ante la sospecha de que pueda ser Cris quien me llama—. ¿Sí!

—Buenos días. ¿Hablo con Lucía Vargas?

El corazón se detiene por un instante, ante la amenaza de que algo malo le haya ocurrido a papá. Mato a Carmela...

—Sí, soy yo. ¿Qué ocurre?

—Me temo que no tengo buenas noticias. Le llamo...

—¿Qué le ha pasado a mi padre? —le corto desbocada.

—¿A su padre? Nada, que nos conste. Como pretendía decirle, llamo desde el Centro penitenciario Sevilla I para comunicarle que su novio se encuentra en estado crítico.

—¿Mi novio?

—¿No es usted pareja del interno Javier Soto?

—No. Fuimos pareja, pero hace tiempo que lo dejamos —explico—. ¿Y dice que se encuentra muy mal?

—Nuestro médico no confía en que pase de esta noche, aunque las normas penitenciarias nos obligan a trasladarlo a un centro hospitalario para que reciba unos cuidados más especializados. ¿Sabe usted de la existencia de familiares?

—No. Creo que estaba solo. ¿Cómo han dado conmigo?

—Él mismo nos proporcionó su número cuando le preguntamos si necesitaba que comunicásemos su estado a los familiares.

¡Joder!, Javi se muere. Lo último que me apetece es volver a encontrarme con él. Y menos aún, en ese estado, pero creo que no me lo perdonaré cuando desaparezca. Es la última voluntad de un moribundo al que, me guste o no, una vez amé.

Dejo una nota a Carmela encima de la suya, mintiéndole al dejarle escrito que he aprovechado para dar una vuelta. Me doy una ducha rápida y me arreglo para ver a Javi por última vez. ¿Quién me lo iba a decir?; yo, visitándolo en el hospital.

Tardo casi una hora en llegar caminando hasta el Virgen del Rocío, por lo que he tenido mucho tiempo para pensar. Por un lado, me he castigado con el dichoso mensajito de Cris. Por otro, he decidido quedar con Phil e indagar sobre la razón por la cual quiso que convenciera a Cris de mi participación en el juego enviándonos hasta Barcelona. Por último, casi llegando al hospital, mis pensamientos se han centrado en Javi. Me cuesta creer que el SIDA o lo que quiera que tenga haya evolucionado tan rápido, salvo que se trate de un cáncer galopante. No lo sé. Ya veré con qué me encuentro.

Y lo que me encuentro es que Javi se debate en el quirófano casi desde que llegó, en una operación a vida o muerte. Aunque mi primera reacción es la de marcharme a casa y regresar por la tarde, no tardan en comunicarme que ya ha terminado todo y se encuentra en el despertar. Decido entonces esperar, aunque no sin informarme sobre qué demonios le ocurre. Mi sorpresa es mayúscula cuando me confirman que no se trata de nada relacionado con las drogas. Al menos, en lo que a sus devastadores efectos se refiere. Según parece, recibió una puñalada en el costado y han tenido que extirparle el bazo. Aún temen por su vida porque parece tener tocado algún órgano más y su cuerpo no está sobrado de defensas. No me alegro, pero es que tiene lo que él mismo se ha buscado durante años. A saber por qué habrán intentado matarlo.

A eso de las dos, viendo que no me llaman para visitarlo, decido ser yo quien llame a Carmela para advertirle de que llegaré un poco más tarde. A las cuatro, muerta de hambre y agotada por una espera más larga de lo que habían vaticinado, me indican que puedo pasar a visitarlo, aunque sólo cinco minutos. Menos mal que no se trata de un familiar, porque sería capaz de

comerme vivo al médico que me prohibiera verlo durante más tiempo.

Al entrar en la UCI, descubro que tiene toda una colección de tubos que se adentran en su cuerpo desde todos los frentes. Sé que soy tonta, pero siento pena de verlo así. Con lo guapo y ligón que llegó a ser, andar así con treinta y pocos es para sentir lástima por él y su inexistente fuerza de voluntad.

—Has venido a verme, palomita —se alegra cuando advierte mi llegada por el rabillo del ojo. Hoy no le reprocharé que me llame así. Pobre diablo.

—¿Qué te ha pasado, Javi?

—Algo de película —confiesa a duras penas. Entre que está hecho una mierda y que apenas le quedan dientes, me cuesta la misma vida entender lo que me dice—. Un fanfarrón bocazas, que no sabía con quién trataba.

—Si es que no has sabido nunca evitar los líos.

—Esta vez ha sido diferente.

—Sí, seguro —le recrimino, aunque procuro no perder la calma.

—Oyó que quería montar mi negocio cuando saliera y se subió al carro.

—Y lo demás vino solo —concluyo.

—Para hacerse el hombretón, me dijo que estaba ahí por violación. También que tenía experiencia en el mundo del sexo. —Unas arcadas provocadas por el tubo que cruza su garganta y un ataque de tos interrumpen su exposición—. El muy cabrón hacía fotos a los críos y ganaba dinero en internet. Le dije que no trabajaría nunca con él, pero insistió. En la cárcel no tienes forma de escapar de un pesado.

—Y entonces te amenazó, os peleasteis y te apuñaló.

—No —niega con dificultad—. Me contó los detalles de la violación. Decía que no lo llegó a hacer, que era una frígida que iba de guarrilla y que todo se desmadró. Y entonces me la describió y me dijo su nombre.

—¿La conocías?

—Me dijo que se llamaba Lucía, mi palomita.

Por instinto, me llevo las manos a la boca y cubro mi expresión de asombro. No me puedo creer que Javi se haya enzarzado en una pelea con el

cerdo de Perico por haber intentado violarme.

—¿Te han herido por mí?

—Esto no es nada, comparado con lo suyo —presume con una sonrisa que le provoca un nuevo ataque de tos, más pronunciado en esta ocasión.

—¿Qué le has hecho? —pregunto, aun sin tener muy claro si quiero oír la respuesta.

—Ya no tocará a nadie ni hará más fotos. Le corté el cuello.

—¿Que has hecho qué? —lo interrogo escandalizada.

—Me lo he cargado, palomita. ¿Ves lo que hago por ti?

—¡Dios santo, Javi! ¿Por qué has hecho eso?

—Mírame, Lucía —me pide—. ¿De verdad crees que iba a salir y montar un negocio? Ahí dentro ves las cosas de otro modo.

—Pero has llegado muy lejos —me lamento, a pesar de que Perico merecía lo peor. Sobre todo, después de confirmar Javi que lo de los niños, al final, era verdad. ¡Qué fuerte!

—Me quedan cuatro días, palomita, y no quiero pasarlos ahí dentro. Tómalo como pago por tanto daño como te he hecho.

—Las cosas no se solucionan así —reflexiono sin ser aún capaz de creer que Javi haya quitado la vida a Perico.

—A lo hecho, pecho.

—Señorita, tiene que salir ya —me pide un enfermero que llega por mi espalda.

—Mañana volveré a visitarte —le indico a Perico.

—No. Vive tu vida y olvídate de mí —sugiere antes de romper a toser de nuevo, dejando escapar alguna gota de sangre por su boca.

No puedo evitar que las lágrimas de lástima caigan por mis mejillas, ardientes de la tensión acumulada. En un acto reflejo, escapo del control del enfermero y me acerco a Javi para besar su frente. No sé si ha sido la decisión más acertada, pero me ha salido de dentro y no voy a recriminármelo.

Abandono el hospital y camino de nuevo pensativa, de regreso a casa. Esta vez, mis pensamientos los ocupa Javi de forma casi exclusiva, pues el cabrón de Perico, que en paz se pudra, también se cuela en mi cabeza sin

preguntar.

A veces me pregunto cómo pueden cambiar tanto las cosas en la vida de las personas. Hoy te lías con un tío y mañana intenta violarte. Hoy conoces a un guaperas y mañana descubres que comparte amistad con otro para regentar un auténtico supermercado del sexo. Hoy tienes una mala imagen de alguien y mañana se juega la vida por ti. Hoy estás vivo y mañana te matan. O te mueres.

Pronto le tocará a papá y sólo pido que, al igual que con Javi, tenga al menos la opción de despedirme. Sólo pido eso.

Capítulo 52

Despierto desorientada por culpa de mi segunda noche complicada. Había archivado a Javi ya en mi memoria. Ahora, en cambio, me he visto obligada a repasar el informe común. Y no por ganas, sino porque soy incapaz de alejar las vivencias que compartimos. No todo fue nefasto entre nosotros, la verdad. Tuvimos ratos muy buenos. Lástima que sólo recordamos los peores cuando una relación se acaba. De no ser por lo que le ha ocurrido y por cómo le ha ocurrido, mis recuerdos no serían muy diferentes a los de hace un par de días. No podría evitar la imagen de aquel a quien amaba, liado con otra para conseguir sus dosis diarias de muerte. Hoy, sin embargo, yo misma trato de justificar sus actos pasados, alegando enfermedad. Y es que no deja de ser eso, un enfermo, una víctima del sistema consumista, de las malas amistades y de una novia demasiado enamorada como para exigirle un poco de sacrificio.

Ya es tarde para lamentarme de los errores del pasado, sin embargo. Ahora toca ser consecuente y estar a su lado hasta que se recupere. Sobra decir que lo nuestro ya acabó y que no contemplo otra opción que visitarlo de vez en cuando para ayudarle a desintoxicarse. Tenía buena cara, pese al incidente. De cualquier modo, procuraré apoyarle para que recupere su vida cuando salga. Quién sabe, cosas peores se han visto. Alguno ha llegado incluso a convertirse en abogado estudiando en la cárcel.

—Buenos días, Carmela —saludo mientras me preparo el desayuno—. Perdóname, pero ayer no fue un buen día y no te pregunté cómo fue vuestra mañana.

—Mu bien, mujé. Tu pare se lo pasó mu bien y mejón que se lo va a pasá.

—¿Y eso? Por cierto, ¿me lo parece o ha mejorado un poco de su sordera?

—Po claro que estuvimo to la mañana entera.

—Ya, seguro. —Tanto como me va quedando claro que tu sordera es selectiva—. ¿Y por qué dice que se lo va a pasar mejor?

—De eso quería hablá contigo, chochete —prosigue el hilo, para dejarme claro que se entera de lo que le da la gana—. Al sé pensionista, tu

sabe que los viejo podemo irno de viaje de vez en cuando con el Insulso ese.

—El Imsero —corrijo.

—Po resulta que hace un tiempo eché la solistú pa los do y la han asepta. ¡Nos vamos pa Graná! —celebra como sólo ella sabe—. Siempre a que ti no te parezca mal —añade con la misma carita de pena con la que Rober suele conseguir de mí lo que quiera.

—¿A Granada? ¿Cuándo? ¿Cuánto tiempo sería? —la bombardeo con preguntas, no muy convencida de separarme de papá en esta etapa de su enfermedad.

—Sería dentro de tres semana. Le hase mucha farta al hombre airearse un poco —argumenta—. Y tú nesesita descansá también de tanta lucha.

—No sé, Carmela. No me atrae mucho la idea. Además, no estamos en condiciones ahora de...

—Si ya está to pagao, miarma. No te preocupe.

—¿Cómo que ya está todo pagado? —la interrogo, no muy convencida de que busque mi consentimiento.

—Bueno, mujé. He dao una señá. Ya sabe tú cómo funsionan esas cosa.

—¿Ha pagado los viajes ya? —le exijo la verdad.

—Po sí, chocho, pa qué te viá engañá. Tú ahora, lo que tiene que hasé es mirá por tu pare y disfrutá der tiempo que pase sin problema.

—Pero es que... ¿Cuánto tiempo es?

—Una semanita na má.

—¿Y me promete que me llamaría con lo más mínimo que note en papá?

—Po claro, mujé —confirma, olvidándose de nuevo de su sordera—. Otra cosa es que escuche lo que me diga por teléfono.

—Si ya voy dándome cuenta de que usted escucha lo que le da la gana.

—Po si que tengo gana —decide seguir a su rollo—, pa qué te viá engañá. Hase mucho tiempo que no me da er solesito en las teta y vamo a un hoté de costa. Como se me ponga en er coño, hasta hago «top le». Que una

tiene mucho que enseñá todavía, eh.

—¡Pero será...!

No puedo evitar otra más de tantas carcajadas como ha conseguido arrancarme esta mujer desde el bendito día en el que entró en mi casa para quedarse. La abrazo con ganas y luego le explico por encima lo que ha ocurrido con Javi, con la idea de justificar mi salida sin hora de llegada.

Cuando llego al hospital, no puedo evitar una extraña emoción al no ver a Javi en la UCI. Un enfermero me indica que pregunte por él en Admisión. Según me cuenta, ha debido de mejorar y le habrán asignado cama. Y eso hago, aunque en el Registro no figura nadie con su nombre y sus apellidos. Comienzo a preocuparme, pese a que mantengo la calma y le pregunto a la funcionaria sobre quién podría informarme. A lo mejor me estoy alarmando antes de tiempo, cuando lo que ha ocurrido es que ha mejorado y han vuelto a trasladarlo a la prisión. Imagino que allí podré visitarlo de forma regular, aunque antes buscaré la confirmación del médico de la UCI.

—A veces ocurren estas cosas —intenta transmitirme su optimismo comedido, después del duro golpe que me ha supuesto que Javi se haya marchado—. El chico ya arrastraba problemas de salud, llegó habiendo perdido mucha sangre, con daños en el hígado, en un pulmón y en el bazo, que incluso tuvimos que extirpárselo. Era joven y aguantó la intervención relativamente bien, dentro de la gravedad. Sin embargo, las primeras cuarenta y ocho horas son primordiales para una recuperación satisfactoria —explica sin conseguir demasiada atención por mi parte—. Al final, el fallo multiórganico que le he mencionado ha sido una barrera infranqueable para su delicado estado de salud. Lamento su pérdida, pero hemos hecho todo cuando estaba en nuestras manos —se justifica con más cautela de la que realmente necesito—. Cuando salga, la enfermera le entregará sus objetos personales y le hará una serie de preguntas.

Como una zombi, después de descartar la opción de despedirme del cadáver, respondo a todas las preguntas y me desmarco de todo el papeleo para su entierro o incineración. Alego no ser familiar directo ni indirecto, además de asegurar que sólo cumplo con mi obligación moral como exnovia. Pese a todo, la chica me entrega las escasas pertenencias de Javi cuando firmo una declaración jurada de que no contaba con familiares conocidos.

De camino a casa, incomprensiblemente abatida, decido husmear en su cartera. Parecían tener claro que no saldría del hospital, cuando esta misma mañana hicieron llegar desde la prisión sus objetos personales. Es seguro que no voy a encontrar dinero, ni lo quiero de este modo, pero algo tira de mí y me empuja a revisar el interior del único vestigio de vida que le queda.

No puedo haber tomado peor decisión, ya que lo primero que me encuentro es una foto que nos hicimos en un fotomatón y que aún conserva, aun en su estado lamentable. Las lágrimas comienzan a brotar, pese a mi lucha por evitarlas. De nada sirve resistirme, pues una imagen que casi no recordaba se clava en mi corazón junto a la leyenda que reza en la base. Me veo a mí misma, con varios años menos y esa ilusionada expresión juvenil, sobre un escueto «mi bella palomita».

—¿Por qué tuviste que caer? Eras buena persona —me digo, intentando convencerme de que, a su modo, me quería bastante más de lo que aparentaba. Pero su adicción fue más poderosa que sus sentimientos hacia mí y una cosa llevó a la otra.

Creo que, después del palo de hoy, Carmela tiene más razón que nunca y necesito un poco de paz.

Capítulo 53

Durante la semana posterior al fallecimiento de Javi, mi cabeza no fue capaz de evadirse de tantos recuerdos como aún conservo. Resulta curioso lo selectiva que puede llegar a ser nuestra capacidad de almacenamiento. Tanto tiempo tratando de olvidar las putadas que me hizo, cuando ahora sólo me vienen los buenos momentos. Será para cumplir con eso que dicen de que todos somos buenos cuando morimos.

Lo quiera aceptar o no, se ha ido con cierta dignidad. Cuestionable, si tenemos en cuenta que no debemos tomarnos la justicia por nuestra mano. Sin embargo, no asesinó a Perico pensando en sí mismo, como siempre actuó, sino como venganza por lo que me hizo. A mí y a los niños. Espero que a Rober... No quiero ni pensarlo. Ahora toca pasar página y deseársle la mejor eternidad a Javi.

La siguiente semana fue diferente. Intenté mantener ocupada la cabeza, para lo cual quedé con las xoxis. Después de tanto tiempo, salimos de marcha. A pesar de no poder evitar que surgiera la muerte de Javi en nuestras charlas, lo pasé genial. Necesitaba una noche así, una en la que pudiera hacer la loca sin reparar en nada. Entre las facilidades de Carmela para liberarme de mi obligación y que las chicas me lo pagaron todo, sólo tuve que preocuparme de no abrirme de piernas con cualquiera. Y no será por falta de ganas o de tíos. Lo cierto es que las palabras de Cris, pidiéndome que no hiciera daño a Phil, retumbaban en mis tímpanos muy por encima del maldito Reggaeton. Llegué a imaginarlo espiándome, preso de los celos, mientras bailaba rozando mi cuerpo con cualquiera de los muchos candidatos a ocupar su lugar. Uno que no pertenece a nadie, pese a mi extraño sentido de la lealtad que tampoco debo a nadie.

Hoy, tres semanas después, Javi sólo ocupa un modesto espacio en mi papelera de reciclaje. Un lugar del que sólo escapará en ocasiones puntuales y de forma recurrente. Es ya parte de un pasado que, como su propio nombre indica, quedó atrás. Ahora toca centrarse en el presente, pese a que aún mantenga las secuelas de la caña que Phil me dio ayer. Bueno, en el presente y en el futuro, ya que mañana por la mañana salen papá y Carmela con rumbo fijado en la costa granadina. Lo cierto es que me sentiré extraña, sola. Sin que la presión de tener que atender a papá me asfixie. Sin el cariño que Linda nos

dedicaba, recibiendo casi siempre indiferencia y reproches por dejar regada la casa de evidencias de la enfermedad que se la llevó. Sin las prisas de cumplir con los horarios en la vida de un Rober que ha desaparecido de la mía. Sin esa ilusión juvenil que me disparataba cada vez que me veía sola en casa. Esta soledad es diferente porque aquella me liberaba, mientras que esta me ahoga antes incluso de sentir su caricia.

Para mitigar su efecto, he pensado en invitar a Phil a pasar el día en casa. No me faltan ganas de extender también la invitación a su amigo. Sin embargo, nunca he sido de lamer el culo a nadie. Por una u otra causa, no le he visto el pelo en las ocasiones en que he ido a su casa. Me inclino a pensar que quiere evitarme, después de nuestro fugaz viaje a Barcelona y su posterior halago. Seguro que debe de estar torturándose por haber cometido el error de reconocer que estaba preciosa. Ya lo voy conociendo. Y, siendo cierto que me cripa su modo de actuar, en cierto modo me atrae ese hermetismo y la aparente insensibilidad que aplica a todos sus actos. O, mejor pensado, a casi todos. Es humano y, como tal, comete fallos. Unos errores que, irónicamente, consiguieron humanizarlo.

Llamo a Phil, indecisa por culpa de la extraña sensación de estar usándolo como medicina, como segundo plato de una vida en la que no tiene cabida. No me siento orgullosa por necesitarlo sólo en ocasiones puntuales.

—Dime en qué habitación estás y te llevaré un ramo de tulipanes de mi tierra —se burla en cuanto descuelga.

—No seas más capullo, que tampoco estoy tan oxidada —defiendo a la vez que lamento haberle enviado anoche un mensaje en el que le advertía que me dolía todo el cuerpo—. ¿Tienes algo que hacer mañana?

—Algo hay pendiente, aunque podría escaparme.

—Había pensado que podríamos pasar el día juntos —le traslado mi egoísta planificación—. En realidad, hasta se me pasó por la cabeza que te vinieras esta noche para...

—Esta noche es imposible. Tengo que acudir al Dreams.

—Ya lo he descartado para no tener que dar explicaciones a papá, pero siempre podrías haber tirado de Cris. Sois socios —argumento.

—Tenemos que estar los dos.

—¿Alguna ITV de Sanidad? —bromeo.

—Las condiciones higiénicas en el Dreams sirven de modelo para los hospitales andaluces, así que no me hagas hablar y dime qué habías pensado. Aunque te advierto que no podré dedicarte todo el día.

—Oh, había pensado que me acompañaras a llevar a papá y a Carmela a la estación de autobuses; se van de viaje. Luego —prosigo—, tenía pensado cocinarte unos canelones, que se me dan de vicio. Y, hablando de vicio, el resto del día lo dedicaría a lo que surgiera.

—Atrayente, sin duda —confiesa con efusividad—. Es una verdadera lástima que no disponga de todo el día —lamenta apagando su tono de voz—. A primera hora del martes salgo de viaje y tengo muchas cosas que hacer.

—¿Viaje? —repito contrariada—. ¿A dónde?

—A Centroeuropa; negocios —explica—. Tengo que preparar la maleta, hacer la compra para el negocio, solucionar unos pagos con los proveedores...

—¿Qué compra? ¡Pero si en el Dreams sólo gastáis líquidos y fluidos! —procuro bromear para inclinar la balanza a mi favor.

—Querida, sabes perfectamente que nada me atrae más que pasar el día a tu lado. ¡Qué cojones, pegado a ti como una sanguijuela!, pero esta vez no puede ser. Tenemos que hacer una compra considerable y debemos hacerla nosotros mismos.

—¿Una compra considerable? —repito de nuevo, temiendo lanzar mi siguiente pregunta—. ¿Cuánto tiempo te vas de viaje?

—Dos semanas. De hecho, había pensado invitarte a cenar mañana para decírtelo y para despedirme. Me gustaría llevar en mi maleta el recuerdo de una noche maravillosa a tu lado.

—Dos semanas —repito por enésima vez, contrariada y desanimada ante el tedioso futuro que se presenta a corto plazo.

—Lo sé. Tengo también presente que es un serio contratiempo, ahora que habías aprendido a disfrutar de la vida —se burla una vez más, pese a mis nulas ganas de reírle la gracia—, pero es una cita ineludible. Debemos ir los dos porque algunos documentos requieren de la firma conjunta. Prometo que te compensaré.

—No necesito ninguna compensación.

¡Necesito un jodido príncipe azul!

—Pero yo lo haré. Mañana... Se me ha ocurrido algo. Dame cinco minutos y te lo confirmo —me pide justo antes de finalizar la llamada sin ni siquiera despedirse.

Los cinco minutos se me hacen tan eternos como cinco vidas plagadas de sufrimiento. Anhele expectante esa llamada, en la que lo imagino gritando jubiloso que lo ha solucionado todo para que le envíen los documentos escaneados. Me lo figuro haciendo planes de forma atropellada para la semana que compartiremos sin que nadie interfiera. Casi puedo escuchar las obscenidades que me susurra para que Cris no le oiga, según las cuales conseguirá llevarme al cielo del placer extremo.

Pasan más de diez minutos hasta que vuelve a sonar el aparato, al que no le permito culminar el primer tono de llamada.

—¡Has tardado más de cinco minutos! —protesto.

—Disculpe, señorita, pero habrá sido otro compañero. ¿A quién tengo el gusto de dirigirme? —pregunta una voz con marcado acento sudamericano.

—A mí —contesto maleducada—. ¿Quién llama? ¿Qué quiere?

—Pues mire, le llamaba para saber si le interesa pagar menos en su factura telefónica. ¿En qué compañía...?

—¡Me tenéis aburrida! —protesto cerrando los ojos, agobiada porque regrese el acoso para que migre mi número a otra compañía telefónica.

—¿Perdón? No la he entendido. ¿En qué compañía tiene su...?

—En la «quetedenporculo» —finalizo la conversación de un modo que he procurado evitar durante decenas de llamadas con trabajadores que ninguna culpa tienen de las políticas empresariales que les imponen. Pero son tan constantes, e intempestivas en otras ocasiones, que consiguen extraer lo peor de ti cuando te contactan en un mal momento.

Suena de nuevo el teléfono y doy por hecho que, esta vez sí, se trata de Phil.

—Comunicaba —me informa con su dulce tono de voz—. ¿Acaso maquinabas ya otros planes?

—¡No! Era... Bueno, da igual. Cuéntame —le exijo.

—¿Tienes planes para las próximas dos semanas?

—¿Planes? —pregunto sintiendo complejo de loro, tras la enésima

repetición—. ¿Para qué?

—¿Te apetece dar una vuelta por Europa?

—¡¿Europa?! ¿Cuándo? —pregunto desorientada—. ¿Cómo? No puedo. Yo...

—Tú tienes el billete reservado para venirme conmigo —razona, dejándome absolutamente muda y fascinada.

¡Me voy a Europa!

Capítulo 54

Tiene gracia que, después de agobiarme cuando Phil me advirtió que no podría pasar todo el día conmigo, al final haya sido yo quien haya rechazado su invitación a cenar. «¡Tengo aún muchas cosas que preparar!», le solté como una neurótica, víctima de las prisas, presa de los nervios. Lo sé, tengo presente que no soy precisamente un ejemplo de persona ordenada, pero es que no puedo evitar que el nerviosismo me aturda. Procuero hacer las cosas bien, pero una acción pisa a la otra y esa a la siguiente, para terminar varias horas después sin haber hecho prácticamente nada. En este caso, pienso en que tengo que llevar abrigo y voy a cogerlo, pero por el camino recuerdo que he de llevar Frenadol por si me resfrío. De camino hacia el mueble de los medicamentos, recuerdo que tengo unas botas con borreguillo y me lío como una loca a buscarlas. Y cuando comprendo que así no avanzo, decido hacerme una lista y se me olvidan la mitad de las cosas.

¡Soy un auténtico desastre!

Pero ya es tarde para lamentarme. La maleta está hecha, cerrada y descansando en la bodega, mientras que las cosas olvidadas quedarán de centinelas en casa. Y yo, hecha un flan, sentada entre dos bombones más apetitosos que los que deben de ofrecer en viajes tan largos como este. Dos tíos con tal contraste que cuesta encontrar un nexo de unión entre ambos. En este momento soy yo, pero de forma meramente testimonial.

Cuando comienza la maniobra de despegue, me aferro al brazo protector de Phil y casi puedo percibir la incomodidad de Cris en su asiento, pese a darle la espalda doblada como estoy. Al estabilizarse el aparato, recupero la posición erguida y me relajo, a la espera de que Phil inicie alguna conversación para quebrar la tensión en el ambiente. Imagino que a Cris no le habrá hecho mucha gracia que yo los acompañe. Sin embargo y para mi sorpresa, es el propio Cris quien rompe el silencio.

—Me ha comentado Philip que tu padre y la vecina han ido de vacaciones.

—Así es. Carmela y él han ido a un hotel balneario de la costa granadina.

—Le vendrá bien —asegura.

—Por eso he permitido que fuera. Aunque ya es mayorcito para decidir por sí mismo, en su estado no...

—Lo sé —me corta.

—No lo sabes. De hecho, no te puedes llegar a imaginar la cantidad de cosas que te ves obligada a hacer cuando te encuentras en una situación como la mía —respondo molesta.

—Querida —interviene Phil—, creo haberte dicho ya...

—No es necesario —intercede Cris.

—¿Qué me has dicho ya?

—Nada importante —resuelve de nuevo Cris.

—¿Cómo que nada importante? —contraataca Phil—. Su padre murió de lo mismo que el tuyo. Es decir —intenta arreglar su patinazo, al haber enterrado en vida a papá.

—¡Ya te he entendido!

—Tú siempre tan bocazas —le recrimina Cris, visiblemente molesto.

—Pensaba que ya lo sabía.

—¿Pensabas? Tu mayor carencia es precisamente esa.

—Bueno, chicos —intervengo incómoda—, si me disculpáis, necesito ir al aseo. Ya puedo, ¿verdad?

Salta a la vista que necesitan unos minutos a solas para resolver sus diferencias. Y yo para analizar la información. Ahora entiendo que se preocupara tanto en ayudarme a encontrar a papá cuando se perdió. A saber las veces que el suyo extraviaría el norte.

—Adelante —me invita Cris, conociendo mi casi nula experiencia en lo que a los protocolos en cabina se refiere.

Tardo cinco minutos en regresar y mi sorpresa es total cuando, desde la distancia que me separa de ellos, puedo oír perfectamente las carcajadas de dos amigos que parecían enemigos acérrimos hace unos instantes.

Antes incluso de llegar, puedo oír que hablan en otro idioma. Me suena a francés, pero mi dominio del idioma se reduce a tres palabras, un tipo de tortilla y una práctica sexual. Cris es el primero que advierte mi cercanía, lo cual no me sorprende en absoluto. Susurra algo a Phil y ambos se giran

ligeramente hacia su derecha.

—Veo que os lo pasáis genial. ¡Ces't fantastique! —celebro con dos de las tres palabras que domino.

—¡Oh!, disculpa —se anticipa Cris—. Solemos hablar a menudo en francés cuando estamos solos.

—Por mí no os cortéis —lo tranquilizo—. No entiendo ni papa, aunque me encantaría practicar el francés —amenazo con picardía, clavando el negro de mis ojos sobre el azul grisáceo de los suyos.

—Sería una descortesía —advierte de inmediato—. No nos cuesta hablar en tu idioma, aunque implicaría que entiendas las tonterías de Philip —decide adornar la advertencia con la mordacidad de su peculiar humor. De paso, entierra cualquier sospecha de que pudiera responder a mi alusión sexual.

—La vida suele tener un color diferente cuando se puebla con tonterías, en lugar de hacerlo con silencios.

—Se respira tanto amor en la cabina —intervengo decidida a mantener el tono chistoso—, que estáis consiguiendo asfixiarme.

—Aunque no lo creas, me quiere —confiesa Phil—. No es el candidato ideal para pedirle que te done el corazón a su muerte, pero me consta que tiene una almendrita bajo el pecho.

—¡Cabrón!

—Pero con suerte —se burla Phil, ganador de la batalla cuando estampa un beso en mi mejilla.

Después de una larga sucesión de bromas de ida y vuelta, el monótono run run de los motores consigue instalarme en un estado de letargo que termina por vencer mi resistencia al sueño. Al sueño y al cansancio motivado por el estrés de enfrentarme a este viaje tan... ¿ilusionante?

Tengo un sueño muy extraño. Imagino que viajo en barco, en medio de un interminable océano azotado por la más terrible de las tormentas. Desconozco el destino, aunque veo con nitidez otros muchos aspectos que me mantienen en tensión. Phil yace dormido a mi lado, en una caótica postura que lo podría definir por sí sola. Se quedó dormido después de hacerme el amor, restando importancia al miedo que me atenazaba. Pero, más allá del pavor, una inquietante sensación se abre hueco en mi pecho para indicarme

que algo no va bien. Me levanto de la cama y me pongo una bata que pienso llevarme cuando acabe el crucero. Camino descalza por la cubierta, sin percibir el suelo mojado por las olas que saltan de forma cíclica. Al acercarme a la proa, distingo una forma humana marcándose «un Titanic», aunque sin la compañía de Rose. De pronto, como si hubiese advertido mi presencia, sube un pie a la baranda y no espero al segundo para gritar mi oposición a su descerebrada decisión. Se gira alertado por mis gritos y entonces siento la violencia de una sacudida en mi pecho cuando descubro su penetrante mirada gris. Casi negra al reflejo de su pelo empapado.

Grito su nombre con todas mis fuerzas para tratar de detener lo que parece irremediable. No percibo, sin embargo, la menor vacilación. En cambio, sí detecto una leve sonrisa. Cargada de tristeza, pero me sonrío antes de lanzarme un susurro en la distancia con su adiós. Lo oigo a la perfección, pese a todo

—Sed felices —nos desea justo antes de doblar sus rodillas con el peso muerto de su cuerpo, que desaparece en la negrura del horizonte.

—¡Cris! —le grito en una reacción tan desesperada como tardía.

En mi carrera hacia donde lo veo por última vez, choco contra algo rígido que consigue despertarme de la maldita pesadilla.

—¿Te encuentras bien? —se interesa Phil—. Estabas soñando y te has golpeado contra el asiento delantero.

—Sí, yo... —Tras el desconcierto inicial, reparo en el final de mi fantasía y la pregunta surge de manera casi involuntaria—. ¿Hablaba en sueños?

—Yo no he oído nada —se adelanta Cris.

Phil muestra cierta indecisión, pero al final se anima a secundar a su amigo sin dejar de mirarle.

—Yo tampoco.

Tras un aclaratorio e incómodo silencio, resulta evidente que no me han contado la verdad. Jamás me he considerado una persona con suerte y, sin embargo, me puedo sentir salvada por la campana que precede al aviso de que nos abrochemos los cinturones de seguridad. No puedo evitar que una estúpida sonrisa juvenil adorne mi rostro cuando el piloto anuncia el inicio de las maniobras de aterrizaje en el aeropuerto Wolfgang Amadeus Mozart.

¡Qué casualidad! Al contrario de lo que me ocurrió cuando viajamos a Barcelona, en esta ocasión llevo bastante peor el descenso que el despegue.

Nos dirigimos a la cinta para recoger nuestras maletas, oyendo las bromas de Phil acerca del clima austriaco, aunque Cris no le dedica la menor atención. Sin embargo, me susurra que, como siempre, Phil alardea de lo que más carece. Y lo hace de forma tan audible que pueda llegar a oídos de su amigo. La ruta incluye los tres días finales en Brujas, así que podré opinar a la vuelta, aunque tengo mis sospechas acerca de quién es el que miente. No hay que pensar mucho.

Al cruzar la terminal, en nuestro trayecto hacia la parada de taxis, me llama la atención una exposición de motos y coches de carreras con publicidad de Red Bull. Ahora es Cris el que alardea de que su país cuenta con una escudería campeona del mundo. Aprovecho entonces para bromear sobre la relación entre el slogan de la conocida marca y el lugar donde nos encontramos.

Salimos al exterior y siento el gélido abrazo del clima austriaco. El hielo etéreo que acaricia mi rostro me hace dudar de la conveniencia de haber viajado, con lo que a mí me gusta el sol sevillano. ¡Joder!, que a estas alturas ya estamos en manga corta y aquí ya pienso en buscar un lugar para comprarme unas orejeras. Tendré que pedirle prestado a Phil, desde luego. Por más que me haya repetido que me olvide de los gastos, me da mucho apuro viajar así.

Me llama poderosamente la atención la cantidad de verde que dibuja cada maravilloso paisaje. Existe un perfecto equilibrio entre la naturaleza y el progreso. Mi atención por la autopista, en cambio, se centra en la cantidad de casas que yo habría relacionado con Alemania, de haberlas visto en alguna foto. Todo es hermoso, aunque nada comparable con los palacios y edificios clásicos que nos cruzamos hasta llegar a nuestro hotel.

¡Y vaya pedazo de hotel!

Cinco estrellitas alineadas, una detrás de otra, que me entretengo en contar por si acaso el frío me ha nublado la vista. La recepción, plagada de mobiliario clásico, es increíble, aunque adquiere la condición de anécdota cuando la comparo con la gigantesca lámpara con millones de cristales que la preside. ¡Joder!, esto es un auténtico sueño. Sólo me falta el jodido príncipe azul y acompaño a dos para elegir, pese a tener asignado ya uno por diversas

razones.

Como era de esperar, recibimos dos habitaciones. Acompañamos a Cris hasta la suya, quedamos para almorzar y luego entramos en la contigua Phil y yo. Nos duchamos juntos y follamos como dos bestias en celo, aunque me cuido de cerrar la puerta del cuarto de baño y de no hacer demasiado ruido. Me siento incómoda con la posibilidad de que Cris pueda oírnos. Cuando me estoy arreglando, indecisa por no tener nada claro cómo he de vestirme para no desentonar, Phil se anima a buscarme de nuevo. ¡Es insaciable!, pero me muero de un hambre distinto al suyo y no estoy por la labor de repetir y hacer esperar a Cris en el pasillo.

Salgo vestida bastante informal, al igual que Phil, y a ninguno nos sorprende ver a Cris de chaqueta. Se molesta con mi compañero por no vestir mejor y se queja de que ahora tendremos que ir al bufet. Como ya he podido comprobar en más de una ocasión, no tardan más que unos segundos en sellar la paz. Llegamos al inmenso salón, cuya decoración sigue la línea del resto del establecimiento, y mi primer deseo no tiene nada que ver con la comida.

—¿Sabes si costarán muy caras las llamadas internacionales? —pregunto a Cris, como anfitrión que lo considero en su país.

—Toma —me ofrece su teléfono—. Llama a tu padre.

—Oh... Muchas gracias.

—A mí no me lo prestas nunca —protesta Phil.

—Porque malgastas mi dinero llamando a las líneas eróticas.

Abro la agenda de mi móvil y llamo al teléfono de Carmela. Pese a la sordera, a día de hoy es más fiable la información que me pueda ofrecer ella que tentar a la suerte de que papá tenga un día sin demasiado desorden neuronal. Aunque no es de extrañar, el teléfono de Cris debe de tener varios pares de Gs más que el mío o el de papá, además de alguna pulgada extra. De hecho, el de papá fue en su día un teléfono de empresa que no le reclamaron cuando se jubiló.

—¿Carmela? —me adelanto cuando cesa el pitido intermitente.

—¿Qué pasa, chocho? —responde de inmediato con tanta efusividad como acierto. Está sorda, pero no ciega; habrá visto aparecer mi nombre en la pantalla—. ¿Ya habéi escalao el Everé?

Espera, la llamo con el móvil de Cris. Entonces, ¿cómo sabía que era

yo?

—Ya te dije que iba a Austria, cerca de los Alpes —le recuerdo la conversación que mantuvimos en la misma estación de autobuses, cuando nos despedíamos y la atormentaba con media hora de instrucciones—. El Everest está en el Himalaya, Carmela.

—Te estaba vasilando, miarma. Estoy sorda, pero no soy una incurta. ¿A que tú no sabes dónde está er cabo de Palos?

—Me suena por el norte, pero no la llamaba para...

—Ese cabo está en la serda de castigo der cuarté. No veas la de palos que sa llevao la criatura.

Como siempre, no puedo evitar la carcajada. La corto pronto, sin embargo, ya que me siento apurada tonteando con cargo para Cris.

—Usted como...

—¡Tú!

—¿Yo qué?

—Tu está empaná, miarma. ¡Que me diga tú!

—¡Ah!, no la había entendido. ¿Cómo está papá? ¿Puedo hablar con él?

—Tu pare está de puta mare —celebra con júbilo—. Sa tomao dos tinto, lan dao un masaje en la esparda y ahora está roncando pa to el hoté. No vea er gachó —simula protestar.

—¡Mira que le dije que no bebiera!

—¡Chiquilla, si aquí sale la sangría de los de los grifo como el agua en Sevilla! Deja que disfrute, el hombre.

Pese a mi preocupación, no puedo sino darle la razón. Allí estará casi tan vigilado como en cualquier hospital. Para tres días que le quedan, que los disfrute como más le apetezca.

A su modo, Carmela comparte conmigo sus primeras vivencias con papá en Granada y termina por precipitar la conversación a su final, invitándome a pasarlo muy bien y a olvidarme de ellos. Asegura, con una gracia como sólo ella tiene, que papá le ha pegado el Alzheimer y ya ni se acordaba de mí. Carmela es única. Es la típica persona capaz de hacerte reír mientras te clava un puñal en el corazón. Cuánto la quiero ya a la jodía. Antes

de colgar, le pregunto que cómo adivinó que era yo quien la llamaba, a lo que ella respondió que los viejos sólo importan a la gente con un gran corazón.

¡Es que me la como!

Una vez queda atrás la simpática conversación, aprovecho que Phil se entretiene, sirviéndose la comida durante más tiempo que nosotros, para hablar con Cris.

—¿Te ha molestado que haya venido?

—¿Tanto se me nota?

—Lo siento. Yo pensaba que...

—Sólo bromeaba —se burla—. Mientras que no hagáis mucho ruido por las noches.

—¿Las noches? Parece que no conoces a Phil.

—«Touché» —reconoce—. Philip, el inagotable Philip. Menos mal que no lo has conocido en su etapa más dinámica —apunta, creo que intentando provocarme celos.

—Tiene una filosofía que a veces resulta demasiado juvenil. Sin embargo, en ocasiones pienso que lo mejor es tomarse así la vida. Se evitan muchos problemas.

—¿Problemas? —repite extrañado—. ¿A qué tipo de problemas te refieres?

—No lo sé. A los problemas propios de una relación, por ejemplo. O... —Me detengo porque se me ocurre llevarme la conversación a mi terreno—. Imagina que te enamoras de alguien y esa persona no demuestra el mismo interés.

—Hay muchas personas —razona.

—Pero ninguna como esa. Es la que te hace suspirar, la que provoca que se contraiga tu pecho para no dejar pasar el aire. Sólo esa persona provoca que el abdomen reaccione con una adictiva violencia cuando te clava su mirada.

—Te provoca ansiedad, te asfixia y te genera ganas de hacer de vientre —bromea—. Sí, parece que tengo que coincidir contigo. Una persona así es nociva.

Con su particular humor, consigue provocarme una carcajada. Tiene

un tipo de humor que bien podría pasar por inglés. No tengo ni idea de cómo se las gastan aquí, pero aparentan ser gente seca. Hospitalaria, agradable y muy educada, pero muy alejada de la gente de mi bendita Andalucía.

—Veo que os lo pasáis muy bien sin mí.

—Ya no podemos —comienza la guerra Cris—. El tema de conversación giraba en torno a ti. Nada que no sepas.

—¡Perfecto!, porque me muero de hambre.

—¿Te vas a comer todo eso? —indago asombrada. Me observa sin comprender mi extrañeza.

—Cuando lo conocí, me preguntaba cómo conseguía quemar tantas calorías —responde Cris, anticipándose—, aunque no tardé mucho en comprender la explicación. Imagino que ya sabrás a qué me refiero —aclaro guiñándome un ojo con un erotismo que me desborda.

Terminamos los tres riendo; Cris de manera bastante más recatada que Phil y yo. Luego nos centramos en dar buena cuenta de una comida bastante exquisita, a pesar de la protesta inicial de Cris. Durante el almuerzo, ambos amigos se dedican a repasar los planes previstos para los próximos días. Entre tan aburridos proyectos, en los cuales imagino que no estaré presente, me quedo con el detalle de que no hay nada previsto para esta noche. Y ahí es donde tendré que tirar de imaginación para llevarlos a mi terreno. Estamos de vacaciones, ¿no? Pues habrá que divertirse.

Capítulo 55

Consigo convencerlos para salir a dar una vuelta después de cenar. Aunque, más bien, me esfuerzo en persuadir a Cris, que insiste en la necesidad de descansar para la reunión importante de mañana. Alega cierto cansancio por la tarde de actividades que nos ha regalado. Lo cierto es que tampoco hemos hecho nada del otro mundo. Como no podía ser de otro modo, la primera actividad programada ha sido visitar la casa en la que nació Mozart. De alto interés para él, pese a la insistencia nuestra en sentarnos en una terraza a tomarnos una cerveza. Más que nada, porque Phil me asegura que en Salzburgo hay pocas horas de luz, incluso en verano. No quiero ni imaginar el frío que hará en la calle esta noche.

Una vez superado el coñazo de visitar una finca que ni de lejos es digna de ser resaltada por cualquier arquitecto, cruzamos el río y nos dirigimos al palacio de Mirabell. Una visita que sí recordaré en el futuro, gracias a los impresionantes jardines exteriores y a los inmensos salones interiores.

Sin embargo, de entre todas las maravillas que hemos podido contemplar, aunque fuera de pasada, me quedo con una escueta charla con Phil. Cuando cruzábamos el puente que sortea el río Salzach, Cris se mantuvo al margen de nosotros, retrasado sin una causa aparente. Cuando sugerí a Phil que lo esperásemos, me pidió que lo dejáramos a su ritmo con un tonito de «no preguntes». Pero no lo puedo remediar; soy como un crío al que prohíben hacer algo para conseguir el efecto contrario. Sobre todo, cuando vi los cientos de candados que poblaban las rejas que hacían las veces de baranda.

—¿Dónde está el suyo? —lo interrogué, pecando de fisgona.

—Oxidado, en el fondo del río —respondió sin que tuviera que insistirle—. Aunque lo normal es que la corriente lo haya desplazado a muchos kilómetros de aquí.

—¿Siempre se pone triste cuando viene por aquí? —insistí.

—Siempre venía por aquí a ponerse triste —corrigió desordenando mis palabras—. Pasaba horas observando pensativo los márgenes helados del río, perdiendo la vista en los tejados nevados y preguntándose cómo volver atrás en el tiempo. Le costó superarlo todo.

—Te refieres a lo de su novia y a lo de su padre, ¿no?

—Imagínate —sugirió—. Tu novia te pone los cuernos antes de casaros, el padre del nuevo novio roba la empresa familiar al tuyo, aquejado de Alzheimer, para terminar la fiesta en un camposanto con un ramo de flores y la música más triste.

—Lacrimosa —resolví.

—Esa misma —me confirmó para ayudarme a entender un poco mejor a Cris. Su carácter, su introversión, el odio visceral a cualquier desconocido, sobre todo si es mujer. Y hasta puede que ideara su extraño juego sexual como una especie de terapia. Como un mensaje para todas las mujeres, ya sean culpables o inocentes de engañar a sus parejas. Chicas que terminan viéndose en la encrucijada de replantearse sus principios morales; «¿Te gusta el sexo y el dinero? Pues gánatelo abriéndote de piernas. Es tu elección».

Hasta que regresamos al hotel, me ducho y me arreglo para la cena, mis pensamientos giran en torno al pasado de Cris.

—Estás preciosa con ese vestido azul —confiesa Phil apareciendo por mi espalda para rescatarme del embobamiento. Aprovecha mi abstracción, además, para meter las manos por la abertura trasera y apoderarse de mis senos.

—¡Quita, que me lo vas a poner grande! —protesto sonriente y retirándome de su lado.

—Grande me la pones tú —bromea con lo que suena a confesión—. ¡Enorme! —enfatisa.

—No hace falta que lo jures —reconozco al descubrir la erección que se van moldeando bajo sus americanos, menos gastados de lo que acostumbra.

Salimos al pasillo fingiendo ser una pareja normal, pese a que nuestra relación no es convencional, ni nuestros antagónicos atuendos invitan a percibir el menor rastro de sinergia. Cris, para mi sorpresa, no nos espera en la interminable estancia enmoquetada, por lo que nos vemos obligados a llamar a la puerta. Abre de inmediato, como si esperase impaciente nuestra llegada. De camino al restaurante y sorteando el gélido abrazo nocturno gracias a la calefacción del taxi, comprendo que se daba los últimos retoques

frente al espejo de la puerta. Pese a no alardear, no hay más que observar su impresionante estampa diaria para tener claro que cuida su aspecto con mimo.

Hoy, sin embargo, aparenta estar más interesado en ofrecer una imagen diferente. Con unos vaqueros azules oscuros immaculados, una camisa de lana blanca y una chaqueta marrón más informal de la que acostumbra, se presenta más... ¿cercano? Sentado junto al conductor, como no cabía esperar diferente organización de los asientos, se mantiene inusualmente charlatán. De no ser por el silencio palpable que me ha dedicado al verme con el vestido de «nuestra noche», podría llegar a creer que salió una persona diferente de su habitación. Llegué a sentir un cosquilleo al ser capaz de percibir el tacto de sus ojos recorriendo mi cuerpo al completo. Me vi obligada a comenzar una conversación, sin embargo, ya que Phil fue tan testigo como yo del libidinoso escrutinio que me dedicó su inseparable amigo.

Cuando llegamos al céntrico restaurante, agradezco la sugerencia que me hizo Phil para que acompañase el vestido con alguna prenda más. De no ser por un chal blanco que introduje en la maleta justo antes de cerrarla en Sevilla, ahora mismo estaría congelada. Cenamos con la compañía de nuevas y continuas bromas entre ambos amigos, con puntualizaciones contadas por mi parte. Más que por participar, por echar más leña al fuego. No siendo muy diferentes de las del almuerzo, percibo una ligera diferencia en Cris. Se relaciona de un modo más sociable, más normal. Phil también lo ha detectado y no parece agradarle, ya que sus comentarios jocosos rayan a veces la acritud, desconocida por completo hasta la fecha. Por un momento, he llegado a pensar que terminarían enfadados y por eso he decidido hacerme con la segunda botella de la noche, llenar nuestras copas y sugerir un brindis para celebrar el momento.

—¿Por qué brindamos? —sondeo, consiguiendo que dos pares de ojos se claven en mí, como deseando proponer que lo hagamos por mí. Ninguno de los dos, en cambio, se atreve a confesar lo que gritan sus miradas—. Está bien. Como veo que se os ha comido la lengua el gato —observo—, pues tendré que ser yo quien encuentre un motivo. Brindemos por nosotros, porque nada ni nadie se interponga en nuestra búsqueda de la felicidad.

Ambos alzan su copa y la chocan contra la mía, deseando «por nosotros» casi al unísono.

Casi no tengo que hacer el menor esfuerzo en convencer a ninguno

para ir a tomarnos algo, antes de regresar al hotel. La razón reside en el inusitado entusiasmo de un Phil algo pasado de copas. Tal y como le ha advertido Cris en varias ocasiones, al final se le ha subido a una cabeza poco acostumbrada a sentirse acosada por el azote del alcohol. Cris, en cambio, lo lleva bien. Ha seguido durante toda la cena más animado de lo normal, pero apenas se le notan los efectos de la dulce bebida que tan bien entra. En cuanto a mí, no me faltan ganas de fiesta; para qué lo voy a negar. Quizás, un poco más festiva también de lo normal y no por el vino, sino más bien por la compañía.

Lo cierto es que, pese al amago de protesta de un Cris más serio y responsable, terminamos tomando «la última» en un local de postín. El ambiente es genial; igual te cruzas con alguien más arreglado que el más serio de mis acompañantes, que te anima a bailar una drag queen de lo más estrafalaria. La atmósfera está amenizada con gogós de ambos géneros. Los dos tíos están tremendos, la verdad. Consiguen incluso que me olvide por unos instantes de mis dos extranjeros favoritos. Aunque, siendo rigurosa, la extranjera hoy soy yo.

—¡Bailemos! —me invita Phil, algo tambaleante.

No rechazo su invitación, pese a que centro mi atención en Cris. Somos tres y, de ser yo la alcahueta, no me gustaría verme relegada a un segundo plano.

—Baila con nosotros —le sugiero a gritos para superar los decibelios del amplio local, cargado para contrastar con el frío del exterior. «¡Clima templado y mis cojones!», que respondí de forma chabacana y antinatural a Cris cuando me lo hizo saber, durante la cena.

—No, yo estaré riéndome de vosotros desde esa mesa —me indica señalando a una que acaba de quedar huérfana.

—Ah, no. ¡De eso nada! —protesto—. Si tú te ríes de mí, yo me descojonaré contigo. Porque a mí no me engañas con esa risita que estrenas hoy. Estoy convencida de que te da vergüenza porque no sabes bailar.

Parece que su orgullo ha quedado tocado, ya que cruza entre Phil y yo para ser él mismo quien inicie la caótica coreografía a tres bandas.

¡Y vaya cómo lo hace!

Me recuerda bailando a Hugh Grant, ya que cada movimiento que

dedica al local, sin fijar su mirada en un punto concreto, va cargado de un erotismo que me desarma. A mí y a cualquier tía en cincuenta metros a la redonda. Phil, en cambio, demuestra que no se le da tan bien moverse en la pista como en la cama, en donde merece galones de auténtico perito sexual.

Me sitúo entre ambos y, para no ser menos, despliego todo mi arsenal erótico para convertirme en el centro de atención. Al menos, de mis dos acompañantes, pese a que no me pasan desapercibidas las miradas de otros hombres. Algunos de ellos, bastante potables, aunque mi interés se centre única y exclusivamente en Phil y en Cris. Más en Cris que en su ebrio amigo. Bailo a ratos frente a cada uno de ellos, evitando el contacto físico, pero sin desechar la opción de regalarles frecuentes roces, supuestamente involuntarios.

Suena Finesse, de Bruno Mars, lo cual aprovecho para dar un paso adelante en mi improvisada, o quizás no tanto, estrategia de seducción. Bailo primero rozando mi espalda con el pecho de Cris, aunque dedicando penetrantes miradas a Phil, acompañadas de sensuales movimientos de cadera. Me come con los ojos, por lo que no quiero imaginar lo que debe de estar pasando por la cabeza de Cris. Ya me ha demostrado en más de una ocasión que le gusto, pese a evitar cualquier tipo de relación. No obstante, no tardo en comprobarlo de primera mano.

—Voy a por otra copa —nos advierte Phil a gritos, pasando una mano por su frente, simulando limpiar el sudor que mi baile le ha provocado—. ¿Queréis algo?

Si yo te dijera lo que quiero...

—Se está haciendo tarde —se adelanta Cris.

—Dos Gin Tonic —replico, dispuesta a no dar por finalizada la fiesta.

Y, como si lo tuviera previsto, en cuanto Phil desaparece de nuestra vista, se hace hueco la sensualidad de Rihanna y su oportuno Rude boy. Me la sé de memoria, tanto en su idioma original como la traducción al español. No le puede venir mejor el título a mi pareja de baile. Ya no se muestra tan abierto como antes de que yo expusiera mis dotes para el baile y la seducción. Pese a todo, no me arrugo y bailo frente a él, sin dejar de mirarle a los ojos a la vez que le dedico la letra con una mirada desafiante.

Esta noche te voy a dejar ser el capitán.

Esta noche te voy a dejar hacer lo que sabes, yeah.

Esta noche te voy a dejar ser el jinete.

Arre, arre, arre, baby.

Esta noche te voy a dejar ser fuego.

Esta noche te voy a dejar que me tomes alto.

Esta noche, baby, podemos hacerlo encender.

Yeah, podemos hacerlo encender, yeah.

¿Te gusta, chico?

Mis movimientos son más sugerentes cada segundo que pasa y lo que antes era un ligero roce ya se ha convertido en un magreo en toda regla. Él no intenta nada porque todo lo hago yo o le obligo a hacerlo. Ahora un meneo de mi culo contra su polla resguardada bajo el pantalón. Luego un masaje con mi mano sobre su espalda, hasta detenerme en la parte alta de sus pétéos glúteos. Y termino introduciendo una de mis piernas entre las suyas, mientras le cojo el culo sin la presión del menor reparo o sonrojo.

Adiós a la timidez, ¡larga vida a la poca vergüenza!

Ojalá fuera así, pues la magia queda sepultada con el fin de la canción y la repentina aparición de Phil. Y ocurre en el momento justo en el que Cris parecía desinhibirse, situando su mano en la parte baja de mi espalda para tomar el control de mis movimientos.

Como si nos hubieran sorprendido liados en algún lugar inapropiado, los dos nos separamos de inmediato, guiados por una imaginaria descarga que parece habernos obligado a evitar el contacto. Resulta irónico que ha sido pegados, precisamente, cuando he notado reaccionar la química entre nuestros cuerpos, a pesar de la molesta ropa que no permitía cristalizar la unión.

—Quel moment tendre! —exclama Phil en su idioma con mediana dificultad.

—Philip.

—Ne vous avisez pas! —reacciona con acritud a la simple mención de su nombre.

No desprenden la menor sensualidad sus palabras, a pesar de que siempre me ha parecido tan erótico el francés. Parece claro que se ha

molestado con Cris al verlo bailar conmigo sin respetar su mal entendida propiedad. Aunque, realmente, se ha limitado a reaccionar ante mis tentadores movimientos. Además, que yo no pertenezco a nadie.

Pese a todo, me siento culpable y no quiero ser la causante de una discusión entre tan buenos amigos. Creo que, aprovechando que me he puesto cachondona con el bailecito, voy a tener que pedirle disculpas como mejor se me da; habrá que marcarse un «servicio».

—Necesito ir al cuarto de baño. ¿Me acompañas, Phil? —le sugiero, guiñándole un ojo a la vez. Me conoce y sabe que no será la primera vez que lo haga en un servicio.

—A lo mejor prefieres que te acompañe él.

—¿Estás celoso?

—¡No! —niega la evidencia—. Estoy borracho. No tardes; nos vamos para el hotel.

Y eso hacemos en cuanto salgo del aseo, sola, pese a la compañía del cruce de sensaciones. Por un lado, el sentimiento de culpa que me provoca cierto abatimiento por haber estropeado una noche que iba tan bien. Por otro, el malestar que se torna en indignación al sentirme como un objeto que puedes prestar a tu mejor amigo cuando se te cruzan los cables. Para terminar de fabricar toda una bomba de relojería, el asunto se complica por culpa de la improcedente calentura que no desaparece desde el dichoso bailoteo con Cris. Me ha puesto a cien y ahora sería capaz de darle una patada a los dos y liarme con el primer austriaco potable que me tire los tejos.

Lástima que, por encima de todo, se interponga mi sentido de la responsabilidad y de la gratitud. Pese a que ambos sean unos auténticos capullos por estar colados por mis huesos y no arriesgarse a dar un paso adelante, no merecen que me comporte como una putilla de tres al cuarto. Me han invitado a viajar con ellos y debo ser consecuente.

De camino hacia el hotel, Phil se queda dormido sobre mi hombro izquierdo, a pesar de haber evitado todo contacto o comunicación. Todo ello, después de haber discutido de nuevo con Cris por el supuesto privilegio de sentarse junto al conductor. Finalmente, se impuso el más sereno de los dos cuando soltó por su boquita todo tipo de insultos en alemán. O eso imagino, ya que todo me suena mal en ese idioma.

Al llegar al hotel, despierto a Phil y sale del coche tambaleándose, sin abonar la cuenta y sin esperarnos. Sobra recordar que no ha sido capaz de abrirme la puerta para demostrar la misma educación que sí ha dejado patente su contrariado amigo.

—Lo siento mucho —se disculpa cuando accedemos a la recepción.

—Si alguien tiene que disculparse, soy yo.

—Yo no tendría que... No se lo tengas en cuenta —me pide—. Mañana se habrá olvidado de todo.

—Eso espero.

Y en silencio montamos en el ascensor, recorremos el largo pasillo y nos encerramos en nuestras respectivas habitaciones, despidiéndonos con un escueto «hasta mañana».

Phil ya está metido en la cama, vestido y sin la menor intención de conversar sobre lo sucedido en el club. Mejor, la verdad. No me apetece lo más mínimo comenzar una discusión con los celos como hilo conductor. Eso no quita que me sienta obligada a desvestirlo cuando oigo sus primeros ronquidos, justo después de ponerme el sensual camisón de transparencias que pretendía reservar para la noche más especial. Esperaba conseguir que entrara en razón de la forma más recurrente y efectiva que siempre me resulta triunfadora con todos los tíos. Pero se ha quedado dormido y paso de volver a cambiarme. Me muero por un cigarro para descargar la tensión acumulada. Menos mal que, pese a haberme desenganchado por no poder mantener un vicio tan caro y estúpido, fui prudente y me acordé de guardar un paquete en la maleta. Aún se me apetece echarme uno de vez en cuando. Sobre todo, cuando los síntomas de papá me castigan.

Abro la terraza y recuerdo a lo bestia el frío que hace fuera. Cojo un albornoz, ante la poca previsión de no haber traído una bata. Salgo encendiéndome el cigarro y me apoyo en la baranda para disfrutar del escaso trasiego nocturno que se atisba desde las alturas. Trago con fuerza, consigo sortear la tos que amenaza con salir cuando siento el humo recorriendo mis pulmones y luego exhalo con fuerza la nociva nube blanca.

—¿No habías dejado de fumar?

No puedo evitar el sobresalto, al no esperar que nadie estuviese observándome en silencio. Miro hacia mi derecha y descubro sobre el

delimitador de las terrazas a un Cris inusualmente desarreglado. Tiene el pelo algo arremolinado y luce una camiseta blanca inmaculada. No veo sus piernas, pero imagino que irán cubiertas con algún pijama. Al igual que yo, está apoyado sobre la baranda, imagino que reflexionando y castigándose por haberse dejado llevar por un impulso que yo misma he motivado.

—A veces me apetece y no soy persona de luchar contra mis apetencias —lo castigo con un comentario cargado de doble sentido—. ¿No tienes frío?

—Algo más que antes de fijar mi residencia en Sevilla, pero mi cuerpo está hecho a este clima.

Eso explica entonces que te cueste tanto entrar en calor.

—¿Estás seguro de que se le pasará?

—Lo conozco muy bien y estoy convencido de ello. Mañana no hará la menor alusión a esta noche y no porque el alcohol haya nublado sus recuerdos.

—Mejor —apruebo su apuesta—. Me he sentido mal por haber estropeado la noche —confieso, pese a que jamás he sentido el menor interés en revolver la mierda.

—No lo has hecho. Ha sido un cúmulo de circunstancias que han evitado que la noche acabase como los tres habríamos querido, pero de todo se aprende.

Sigue manteniéndose abierto, así que decido aprovechar para tirarle un poco de la lengua. Pero antes, decido preparar el camino con otra cuestión intrascendente.

—¿Sabes? La primera vez que vi a Phil, esperándome en el exterior del Dreams, fumaba un cigarro. Ha sido la única vez que lo vi echar humo por algo diferente de un buen polvo o de una discusión contigo.

—No fuma. Utiliza ese recurso porque le ayuda a endurecer la imagen juvenil que desprende su rostro.

—¿Por qué accediste a que viniera? —me lanzo a la captura de la respuesta que realmente me interesa conocer.

—Es mi socio. No podía dejarlo al margen.

—¡Me refiero a mí!

—Estaba bromeando —advierde luciendo una sonrisa encantadora que logra que me estremezca. ¡Joder!, qué bueno estás y que guapo eres—. Sé que hablabas de ti.

—¿Entonces? —insisto, reparando en la doble lectura que extraigo de su broma. ¿Estará queriendo decirme que habría estado encantado de viajar a solas conmigo? ¿Tanto le habrá marcado nuestra cita en Barcelona como para liberarse por fin de las cadenas que lo alejan de mí?

—No sé. Me pareces una chica honesta. Creo que no harás daño a Phil de forma consciente —defiende.

—¿Cómo hoy?

—Como hoy —confirma—. Ambos defendéis una relación abierta y tampoco estábamos fo... haciendo el amor en medio de la pista.

Significativa corrección. Me gusta.

—Bueno, imagino que estarás cansado y mañana tenéis trabajo —le recuerdo apagando el pitillo sobre un macetón que escolta a mis pies, pese a mis ganas de saltar el muro cortado en diagonal y lanzarme a sus brazos. Pienso que ya he tenido bastantes emociones por hoy y no creo que sea el mejor momento para tensar la cuerda.

—Gracias, aunque no creo que consiga dormir antes de un par de horas. Que descanses.

—Buenas noches.

¿Qué ha querido decirme?, ¡joder! ¿Se trataba de una invitación a algo, o simplemente pretendía dejarme claro que va a planificar la reunión de mañana al detalle, como hace con todo?

Cierro la puerta de la terraza y me siento en el asiento del escritorio, de frente a Phil que, como siempre, descansa en una posición antinatural.

Tengo el corazón laténdome a mil por hora porque me debato entre acostarme y buscar en ese cuerpo pálido lo que deseo de otro, o dejarme llevar por el impulso de salir al pasillo en albornoz y que sea lo que Dios quiera.

—Estás loca, Lucía.

Capítulo 56

Hasta que el zarandeo de Phil sobre mis hombros se vuelve casi violento, no soy capaz de abrir los ojos y regresar a este mundo. Cuando lo hago, una sonrisa de satisfacción ilumina mis mejillas casi tanto como la luz que se cuela a través de las cortinas. Y no por verificar que, como vaticiné Cris, el enfado de Phil ya es historia, que también, sino por los flashes intermitentes que me sitúan de nuevo en una noche de pasión desenfrenada. Me calificué de loca con tanto acierto que ahora mismo no soy capaz de pensar en otra cosa; estoy loca por él.

—¿Has descansado bien? —se interesa Phil.

Peor que tú, pero me lo he pasado infinitamente mejor.

—Regular. Debe de ser por el colchón —miento, sin ser capaz de quitarme de la cabeza la imagen de un Cris sudoroso, envistiendo con violencia para llevarme a las mismas puertas del infierno.

—Pensaba despertarte para marcharme alegre a la reunión, pero me dio pena. Estabas profundamente dormida e incluso hablabas en sueños. ¡Y parecías pasarlo bien!

—¿Qué decía? —me intereso apurada por la posibilidad de haber revivido en sueños la memorable noche de sexo con su mejor amigo.

—Más interesante me resulta saber qué hacías y con quién o quiénes —bromea luciendo la mejor de sus sonrisas.

No entiendo nada. ¿Está queriendo decirme que yo sola me he descubierto? Y encima, después de su arrebató de anoche—. No te preocupes; será nuestro secreto —promete—. Nos vemos esta noche para cenar. Recuerda que todo está pagado. Y si te apetece un masaje o comer a la carta, pides que lo carguen a la habitación.

—No puedes dejarme así. ¿Qué dije?

—Intenta hacer memoria y esta noche lo reproducimos.

Y se va, sin más. No sin antes destrozarme la lengua con uno de esos apasionados besos que acostumbra a regalarme. En cuanto cierra la puerta, mi cabeza comienza a echar humo. Redoblo mis esfuerzos en procurar revivir el tórrido sueño. Sin embargo, cada imagen que capturo me sitúa frente a la

puerta de Cris, desanudando mi albornoz para dejar a la vista el picardías que lo dejó sin palabras cuando abrió.

Casi puedo palpar el mágico lazo que unió nuestras miradas; la mía de vergüenza y la suya definiendo la lujuria. Lo tuve fácil, mucho más de lo que habría imaginado, infinitamente más de lo que soñé durante tanto tiempo. No tuve más que dar dos pasos al frente, golpear la puerta con el talón y pasar mis brazos por encima de su cuello. Fue el único instante en el que ostenté el poder. Durante las dos horas siguientes, me convertí en una simple marioneta que él manejaba a su antojo con una maestría que para sí querría el mejor de los titiriteros.

Oigo unos golpes en la puerta que me sobresaltan.

—¡Servicio de habitaciones! —avisa alguien al otro lado de la puerta con un marcado acento extranjero.

Imagino que Phil se habrá tomado la libertad de pedirme el desayuno y, de paso, advertir al personal que soy española y que no domino la lengua austriaca. O más bien, la alemana. Fue precisamente austriaca la lengua que me sometió hace sólo unas horas. ¡Qué forma de llevarme al orgasmo cuando se introdujo entre mis piernas, joder!

Doy permiso al empleado, que abre con su llave y llega hasta mi lado con un carrito que extiende a escasos centímetros de mi cuerpo. Ni estoy en condiciones de dar propina, ni me encuentro en la situación adecuada, así que me limito a darle las gracias y observar cómo desaparece por donde vino.

Al inspeccionar la bandeja, observo una especie de tetera, una taza con su cuchara, un pan humeante, porciones de mantequilla y mermelada, además de un trozo de papel que sobresale bajo un bote de tomate y otro de aceite.

«Es lo más parecido a llevarte el desayuno a la cama».

—¡Joder!, ¿por qué me haces esto el día después de haberme tirado a tu amigo, Phil? —me pregunto fastidiada.

Paso la mañana aburrida. Después de desayunar y de darme una ducha, dedico más de una hora a curiosear por todo el hotel. Inmenso, pero demasiado aburrido por las mañanas. Imagino que estará montado para entretener a los turistas por las noches, que aprovecharán las primeras horas del día para visitar la infinidad de maravillas culturales con las que cuenta la

ciudad. Aprovechando la invitación de Phil, uso el teléfono de la habitación para saber cómo lo pasan papá y Carmela. Una vez más, procuro no alargar demasiado la llamada para que no cueste mucho a mis anfitriones. Censuro las bromas de mi vieja amiga con mucho tacto e intento centrarme en saber cómo lo está llevando papá. Recuerdo que los doctores me dijeron que los cambios en su vida podrían ser traumáticos en su delicado estado mental. Me quedo más tranquila cuando Carmela admite que todo va sobre ruedas. Se cansa demasiado de caminar porque hoy les tocaba excursión a Sierra Nevada, pero todo bien. O casi todo, ya que vuelve a confundirme con Rocío cuando charlo apenas unos segundos con él.

Al colgar, con el corazón encogido, pienso de nuevo en darme una ducha para relajarme, pero recuerdo de nuevo la invitación de Phil. Decido entonces pasar por el gimnasio para hacer unos ejercicios, asarme un rato en la sauna y darme un homenaje a modo de masaje. Salvo que gane el jodido concurso, es algo que sólo podré cumplir en mis fantasías o aprovechando una ocasión única, como esta.

La impaciencia, ¡qué raro en mí!, sólo me permite disfrutar de unos minutos con los aparatos y algunos más en la sauna, antes de que vaya directa al salón de belleza. Me tumbo sobre una camilla, cubriendo únicamente mis nalgas con una toalla, y me dejo llevar hacia donde me lleva la avezada masajista. Y resulta que me lleva unas horas hacia atrás. Tanto me relajo, que la delicada piel de las manos de la muchacha se vuelve rugosa y vuelvo a sentir las de Cris sobre mi cuerpo entregado.

Yazco bocabajo, sobre la cama, mientras que él acaricia mis glúteos; primero con delicadeza, para luego ir aumentando la presión y el efecto placentero que me produce. Se deleita despertando las cosquillas al pasear la punta de sus dedos sobre mis costados. Mezclándose con la mía, puedo oír su sonrisa zorrón, haciéndome sufrir y disfrutando con ello. Lucho por girarme y deleitarme con la maravillosa expresión que debe de lucir sonriendo, pero no me lo permite.

—He acumulado demasiadas ganas de ti —confiesa—. Ahora no voy a permitir que la visión de tu rostro me prive de lo que llevo tanto tiempo deseando —advierte tirando de mi pelvis hacia arriba y acoplando mi trasero a su erección.

—¿Tan fea soy para que me folles sin mirarme a la cara? —bromeo, simulando un enfado muy alejado de la excitación que acapara mis sentidos.

—Eres preciosa, pero tu cara me recordaría que esto no está bien — explica sin detenerse, buscando enlazar nuestros cuerpos de la forma más placentera que tuvo a bien regalarnos la naturaleza.

No llego a replicar defendiendo que Phil y yo no formamos pareja estable, pues su delicada estocada centra mi atención en cada una de las más ocultas terminaciones nerviosas que poseo. Se recrea penetrándome poco a poco, con una deliciosa crueldad que soy incapaz de soportar. De rodillas como estoy, no tengo más que balancearme un poco hacia atrás para sentir que me llena por completo.

—¡Ah! —escapa de mi control un gemido del placer durante tanto tiempo aplazado.

Pero ya no hay vuelta atrás. O sí; como demuestra cuando es él quien ahora retrocede con parsimonia para luego volver a penetrarme hasta el fondo. Consigue extraer de mi ser un gemido más entregado que el anterior, más representativo del placer que me está causando.

—¿Le duele?

—No, sigue así —le ordeno a la persona equivocada en el preciso momento en que reparo dónde me encuentro—. Me he quedado dormida — aclaro algo avergonzada.

—A veces ocurre —asegura para restar importancia y, de paso, dejar patente su dominio del castellano.

Con el dichoso masajito y las numerosas recreaciones que abordan mi cabeza, poblándola de fantasías convertidas en realidad, vuelvo a sentirme como una perra en celo. Durante el almuerzo, no consigo concentrarme en nada diferente del sexo apasionado y tan diferente que ayer me dedicó Cris. Un Cris al que pude acceder por fin, al que pude conocer mejor a través de sus caricias, de sus gemidos o de sus silencios, cuando permaneció sudoroso y exhausto, contemplando admirado mi desnudez. Muy lejos de su habitual imagen de hombre frío y carente de emociones, anoche me entregó todo cuanto lleva dentro. O eso quiero creer. Sería demasiado maravilloso que se hubiera guardado algo bajo la manga.

De cualquier modo, quiero repetir y no veo mejor opción que la que se cuela en mis pensamientos cuando observo, sin dedicarle atención, el único canal internacional en español que he podido encontrar aporreando el mando a distancia. Llevo ya casi dos horas aburrida, tonteando en mi

habitación; primero tirando del wifi gratis, para luego descubrir el poco peso que tiene nuestra lengua en los canales que ofrecen. No he podido evitar que los recuerdos vuelvan a poblar de nuevo mis fantasías y se me ocurra usar a Phil para poder acceder de nuevo a Cris. Pero eso será esta noche. Espero que no lleguen demasiado tarde y ya me haya enfriado. Me conozco y mis locuras son más propensas a cristalizarse cuanto más en caliente me cojan.

¡Y ahora estoy muy caliente!

Al ver que cae la noche y sigo sola, opto por bajar a cenar y, frustrada, posponer los planes para mañana. Sin embargo, mi circulación se acelera cuando, seleccionando entre la gran variedad de comida, oigo el característico timbre del móvil. Procuro no parecer emocionada a oídos de Phil cuando le contesto a su pregunta, indicándole dónde me encuentro.

—¿Cómo ha ido la jornada? —me intereso en cuanto llegan.

Antes de que contesten, beso a Phil en los labios y a Cris en las mejillas, cerca de las comisuras.

—Insoportable —admite el menos responsable.

—Productiva, aunque nos hemos topado con un duro negociador — explica Cris.

—¿Qué hay que negociar? —me extraño.

—Las condiciones de pago.

—Oh, entiendo. Entonces —inicio la estrategia para llevarlos a mi terreno—, estaréis muertos y no tendréis ganas de dar una vuelta.

—Yo no saldré hoy —se adelanta Cris—. Vosotros haced lo que os apetezca, pero yo dormí poco anoche y tengo que descansar. Mañana toca lidiar con el Credit Lonnais por el asunto de los avales.

Mi cerebro ha recogido sus palabras pero, desde la segunda frase, en la que aseguraba no haber dormido, ya volaba yo hacia donde mis fantasías me han llevado. Aunque poco hay que imaginar al recordarlo deliciosamente desnudo y sudoroso, luciendo la justa musculatura en tensión y dedicándome una mirada de las que enamoran.

—Hacía mucho tiempo que una mujer no agotaba mis energías — admitió jadeante, irradiando pura devoción en sus ojos del azul intenso que se advertía en ese momento.

Sentí algo similar a los celos cuando mencionó a otras mujeres. Me serené, sin embargo, y procuré situarme en la realidad. Era normal y casi obligado que alguien como él tuviese completa la lista de espera para follárselo. Decidí entonces arriesgar y jugar a todo o nada.

—En mi caso, me he tirado a muchos y ha habido de todo —admití—, pero jamás había experimentado semejante conexión. Ha sido increíble, mágico. He llegado a sentirme tan dentro de ti hasta el punto de poder percibir tus emociones. Me ha encantado poder acceder a tu interior —confesé tanteando sus expresiones, justo antes de la traca final—, pero me ha agotado hacer el amor de esta forma tan maravillosa.

¿Todo o nada?

—Ya, pero es muy tarde y Phil podría despertarse —me dijo asesinando la magia del momento—. Además, hay que madrugar y...

Nada.

El todo no está reservado para alguien como yo.

No hizo falta que dijese más. Tengo dos dedos de frente para pillar a la primera una invitación a ir ahuecando.

—Tengo una idea —simulo una ocurrencia cuando salgo desterrada del país de mis recuerdos—. Esta tarde estaba aburrida y me compré una baraja de cartas para matar el tiempo jugando al Solitario. —¡Mentira cochina! La compré porque formaba parte de mi plan—. Podríamos terminar de cenar y tomarnos una copa en la habitación para brindar por vuestra fructífera negociación. Jugamos un par de manos...

Un par de manos por delante y otras dos por detrás, pero eso no se lo voy a decir o sabrán lo mismo que yo.

—Yo no...

—Phil, ¡convéncelo! —le pido con la voz mimosa, más de niña engreída que de mujer sensual.

—Después de la de anoche —comienza quien pretendo que me secunde—, no estoy yo para muchas copas.

—Será sólo una —insisto.

—Bro, ¿nos castigarás con la descortesía de no disfrutar un rato más con nuestra maravillosa compañía? Será sólo una —promete, convirtiéndose

en mi mejor aliado. No es consciente el pobre de la que tengo pensada si Cris accede al inocente brindis y a un par de manos...

Más por no hacernos el feo que porque irradie unas ganas enormes de prolongar la noche en nuestra habitación, Cris termina accediendo. Entramos quedando yo en medio de ambos y me tomo el roce de la mano de Cris con mi cintura como lo que seguramente no sea. Salgo disparada hacia el dormitorio para coger la baraja de cartas y pido a Phil que vaya sirviendo algo del minibar para los tres. Cuando llego, los veo sentados en el pequeño salón con el que cuenta la junior suite que hará las veces de hogar durante los días que permaneceremos en Austria.

—No os pongáis tan cómodos —les sugiero que se levanten del sofá—, que vamos a divertirnos un rato.

Hacen lo que les pido y se sientan alrededor de la mesa que preside la estancia.

—¿A qué jugamos? —se adelanta Phil.

—¿No habías comprado la baraja para jugar al Solitario? —me interroga Cris al descubrir que las cartas siguen apiñadas bajo el plastificado precinto. De paso, encoge una ceja con una expresión muy alejada de las que me dedicó anoche y consigue que se tambalee mi coartada.

—Así es, pero al final me entretuve viendo en la tele los maravillosos paisajes que, de tu tierra, mostraban en un canal local —miento de forma natural, como si hubiera previsto la pregunta y las posibles respuestas—. Juguemos al blackjack. ¿Sabéis cómo se juega?

Ambos asienten a la par que Phil llena nuestras copas con un licor de color similar al moscatel.

—¿Brindamos? —sugiere cuando termina.

Seguimos la sugerencia y chocamos nuestras copas en silencio, sin motivo aparente de celebración. El sabor es también dulce, como el del vino que tanto se consume en mi tierra.

—¿Qué nos jugamos? —prosigo tejiendo mi estrategia.

—Un par de manos, dijiste.

La reacción de Cris es fría y distante, como la de unos días atrás. Entiendo que debe de estar oliéndose algo y vuelve a sentirse incómodo. Creo que está loco por acabar con esta farsa y marcharse hacia su habitación.

—Sí, pero echar unas partidas sin jugarnos nada no tiene gracia —defiendo—. Podemos repetir la dinámica de juego de aquel día en que Phil acompañó a Mohamed.

Consigo que Phil sonría al ver cómo bautizo de nuevo al árabe. Cris, en cambio, mantiene su expresión inescrutable, temiendo verse obligado una vez más a exponer sus más ocultos secretos.

¡Qué equivocado estás, querido!

—¿En qué consiste? —se interesa mi rubio aliado de indecencias.

—Jugamos una partida y el que pierda se toma una copa de este vino tan dulce.

—Dulce, pero traicionero —defiende Cris, tal y como había previsto.

—Cierto —simulo mi contrariedad—; mañana tenéis trabajo. Pues, no sé... Podemos jugarnos dinero, pero yo...

—¿Dejamos las apuestas para otro día? —sugiere Phil con inocencia.

—No, ¡ya lo tengo! —celebro como si hubiese sido asaltada por una ocurrencia—. ¿Habéis jugado alguna vez a las prendas? —Ambos se miran con expresiones muy distintas, aunque similares en la sorpresa que les ha causado—. Los dos me habéis visto ya desnuda. No creo que os vayáis a asustar, ¿verdad? Además, pienso ganar —defiendo mi argumento.

Phil tendría que ser el más afectado por mi proposición, pero ya contaba con ello desde que recordé el día en el que Cris me hizo pasar por aquella prueba para poder participar en el juego. No sabe, en cambio, que su mejor amigo me vio tan desnuda como para poder verificar a escasos centímetros que tengo el pubis rasurado, cuando demostró anoche la maestría que atesora en su lengua.

—Por mí no hay problema alguno —se anticipa el que tantas veces ha defendido su máxima de sólo sexo. Decir lo contrario dejaría expuesto su innegable enamoramiento.

—Eso es un juego de niños —razona Cris.

—Siempre tan aburrido —critica su amigo—. El de anoche, ¿también fue un juego de niños? —lanza de pronto una pregunta que incluso a mí me coge desprevenida y siento algo que asocio con el miedo.

—¿A qué te refieres?

—Al bailecito. ¿A qué si no? —cuestiona con retintín.

—Oh, pensaba que no sacarías el tema, pero ya veo que defiendes un argumento y luego te enfadas para tumbar tu razonamiento.

—¿Piensas que estaba celoso? —se muestra bastante sorprendido—. Después de tantos años, parece que no me conoces.

—¿Podemos dejarlo ya? —procuro imponer mi sentido común, temiendo que la disputa derive en una serie de reproches que podrían dejarme en muy mal lugar.

—Estabas celoso, digas lo que digas y pese a defender que sólo os une el sexo. Philip, no pasa nada por reconocer que estás enamorado de Lucía. Es normal, es... una chica guapa.

—No es una chica guapa —niega rotundo—. Es hermosa, la mejor entre todas las que han mojado nuestras sábanas con el sudor de su entrega.

—¿Podemos tener la fiesta en paz? —propongo muy molesta. Tanto, que no llego a reparar en el trasfondo del piropazo que acaba de lanzarme Phil.

—Lo sabes —se lamenta Cris, negando con una leve caída de párpados y un balanceo de su cabeza a uno y otro lado.

—¿Qué tiene que saber?

—Lucía, a veces puedo parecer infantil, despistado e incluso inmaduro, pero no insultes mi inteligencia nunca más, por favor —me pide más serio que nunca, lapidando cualquier duda que pudiera existir de que sabe lo mío con Cris.

—Yo no...

—Tú sí, querida. ¡Y él también! ¿O crees que me pasaban inadvertidas las miradas que os cruzabais? Pero no pasa nada, eh —intenta mostrarse entero, pese al titubeo de su voz—. Ambos os deseabais desde hace mucho y no somos niños, ¿verdad, amigo? Somos hombres y jugamos a lo que tanto nos gusta a los hombres.

—¿Me estás tratando como a un juguete? —observo indignada.

—Tu Dios me libre, querida. Te estoy tratando como lo que eres: una mujer sin ataduras que se muere por meterse en la cama con tus dos acompañantes de esta noche, así que ahora seré yo quien proponga una

variante.

—¿A qué te refieres? —interviene un Cris hasta ahora mudo, desde que su compañero de fatigas nos dejó a la altura del suelo.

—Pierde el que más se aleje de veintiuno o el que se pase. Cada partida perdida supondrá una prenda menos sobre el cuerpo.

—No me apetece jugar —manifiesto avergonzada.

—Dejemos esto, Philip.

—¿Dejarlo? ¡Pero si ahora es cuando se pone interesante! ¿Acaso tenéis miedo?

—Yo no tengo miedo a nada ni a nadie —responde por mí la leona que llevo dentro.

—¿Qué dices? —tantea Phil con una mirada que podría asesinar a Cris—. Ya has demostrado muy poca hombría ocultando algo que no era necesario mantener en secreto. ¿Te apetece defender la poca que te queda?

—¿Gana el último que mantenga alguna prenda? —sugiere con gesto de rabia.

—Exacto, pero añadamos un premio mayor, para hacer el juego más interesante. ¿Te parece, querida?

—¿Qué premio? —le interrogo temiendo lo peor.

—Si gano yo, me la follo y tú miras —propone sin retirar su gélida mirada de Cris—. Si ganas tú, te la follas y yo me la tendré que machacar observando, como tantas otras veces.

Se queda en silencio y gira su mirada hacia mí, contagiando a Cris, que me observa como pidiendo disculpas. De poder descifrar su mirada, ahora mismo apreciaría frente a mis ojos un gigantesco «te lo dije». Siempre se opuso a engañar a su amigo, pese a que técnicamente no hayamos hecho nada malo.

—¿Y si gano yo? —pregunto de forma inconsciente, como si las palabras emergiesen de muy adentro sin pedir permiso de salida.

—Lo que siempre has deseado, Lucía. Te quedas con los dos.

—¡Yo no soy un juguete sexual! —defiendo airada por segunda vez.

—Sé sincera, por favor —me solicita templando su tono de voz y

recuperando su extraordinaria sonrisa contagiosa—. ¿Te estoy proponiendo algo muy distinto de lo que tenías en mente cuando has propuesto que juguemos? ¿Algo muy diferente de lo que llevas fantaseando desde hace semanas?

Cazador cazado.

Hasta me avergüenza subir la mirada hacia sus ojos. Debo reconocer que me ha pillado. Me he creído muy lista y no me he desprendido en ningún momento de la etiqueta de pardilla que llevo grabada en la frente desde que tengo uso de razón. Lo cierto es que se me ha pasado hasta la calentura, pero ya es tarde para dar marcha atrás. Sí, tengo que reconocer que me muero por tenerlos dentro a los dos. Nunca lo he hecho y me atemoriza no estar preparada para recibir a ambos a la vez, aunque he soñado con este momento desde que los conocí. Por más veces que tratara de engañarme, los dos tienen algo que me vuelve loca y deseo aprovechar una oportunidad que, me temo, será la única. Después de hoy... no quiero pensar. No es momento para pensar, pero tengo muy claro que todo cambiará después de hoy.

—¿Quién empieza?

—Todo comenzó cuando tú apareciste —recuerda Phil sin desprenderse de su encantadora sonrisa. Sincera, pese a todo—. Danos juego, Lucía.

—Pues juguemos.

Capítulo 57

Pese a no tratarse de algo sacado de un cuento o de cualquier relato fantástico, lo cierto es que llevo varios meses conviviendo con situaciones que rayan el surrealismo. Ahora me veo aquí, en sostén frente a dos pedazos de tíos, jugando a las cartas para saber quién se folla a quién. Aunque la única candidata a ser penetrada soy yo, la verdad. Y lo del sujetador es porque planeé jugar con el erotismo de la espera, ya que no acostumbro a gastar semejante prenda tan opresiva. Phil es quien menos ropa porta ya, puesto que perdió las tres primeras manos y se quitó la chaqueta, la camisa y el pantalón. Sólo un slip muy «Phil», con un dibujo de un mensaje entrante y la leyenda «ábreme» en inglés sobre su erección, cubre la única porción de cuerpo aún oculta. Por su parte, Cris sólo se ha desprendido de la chaqueta y de la corbata. Luce igual de espectacular con ese aire informal.

Lo realmente paradójico de la situación es que el ambiente se haya distendido de tal manera. Incluso, a ratos se puede oír alguna broma proveniente de mis forzados rivales. Contrincantes forzosos porque ninguno habría elegido jugar a este absurdo juego y por mi aparición en sus vidas, que los ha convertido en candidatos a calentar mi cama.

Sigue existiendo tirantez entre ambos, pese a que los dos se esfuerzan por lograr que no me sienta incómoda. Cada vez que levanto una carta se burlan de mí, ya que tardo mucho en decidir si me planto o sigo jugando. Creo que se lo están tomando como algo personal, a pesar de lo que pueda parecer. Ninguno de los dos quiere ver ganando al otro y quedarse con la consolación de ser testigo del agasajo de otras manos sobre mi cuerpo desnudo. Apostaría a que cualquiera sufriría lo indecible al oír mis gemidos cuando la polla del otro se introdujera entre mis pliegues. No discuto que debe de ser muy excitante, ya que el propio Phil me confesó hace tiempo que han compartido mujeres. Parece claro que les va el rollo voyeur. Sin embargo, los dos han demostrado que, para ellos, soy algo más que una mujer. Por esta razón y porque deseo más que nada en el mundo sentir las atenciones de ambos a la vez, he decidido poner todo mi empeño en ganar la partida.

—¿Te decides o qué? —me apremia Cris, a medio camino entre la sonrisa y el gesto de burla.

Tengo en mis manos el siete de tréboles, el cinco de picas y el seis de corazones. Dieciocho tendría que ser suficiente para ganar, pero su expresión de seguridad me empuja a tomar otra carta del montón. Phil, en cambio, gasta siempre idéntica expresión chistosa, por lo que me resulta casi imposible adivinar su jugada.

—Me planto —aseguro rotunda. Creo que ambos van de farol y no tienen tan buenas cartas como he imaginado durante demasiados reproches por mi demora.

Le toca a Cris, que toma otra carta con aire despreocupado y resopla cuando descubre la que le ha tocado.

—Me pasé —admite,

—Te toca —incito a Phil a cometer un error motivado por mi premura.

Me mira entrecerrando un ojo, con una media sonrisa forzada con la que intenta introducirse en mi cabeza para no quedarse completamente desnudo. Su única salvación, en tal caso, sería apostar por mí para no verse derrotado por Cris, que sería el único que tendría derecho de acostarse conmigo.

—Me planto —decide calcar mi estrategia—. Levanta.

Y eso hago. Ni siquiera hace falta que él descubra sus cartas, pues se limita a cerrar los ojos derrotado, levantarse de su asiento y desprenderse del simpático slip. No siente la menor timidez al dejar su polla erecta a la altura de nuestros ojos, justo antes de recuperar su asiento.

—Al menos, podré aprovechar vuestra concentración para matarla —bromea cogiendo la botella semivacia y llenando por tercera o cuarta vez su copa.

—Mañana tendremos otro día duro —lo censura Cris.

—¿Tengo que recordarte que, al término de la partida, aún quedará la entrega de diplomas?

—Vas tú —me recuerda ahora a mí.

Levanto un rey de corazones y lo miro sonriente. Más que por la carta, por lo poco que le ha costado asemejarse a lo que representa. Sólo una noche, dos actos heroicos o altruistas y tres charlas mal contadas para conseguir apoderarse de mi castigado corazón. Cuánto ha tenido que

esforzarse el pobre amigo de mi rey de corazones para conseguir bastante menos.

Hace uso de su turno sin mostrar la más mínima reacción, tras lo cual decido revelarme de nuevo decidida. El caballo de tréboles, muy lejos de traerme la suerte que se atribuye a la hoja que da nombre al palo de la baraja, me recuerda que estoy al borde de perder una vez más. De ahí a verme como el tío de la carta, a lomos de Cris, va un trecho muy pequeño. Llega un nuevo turno para él y repite idéntica inexpresividad para sembrar mi cabeza de dudas.

¿Me planto o me la juego? Sólo me quedan tres prendas, las mismas que a él, ya que decidimos que los calcetines y el calzado no contara para no eternizar la partida.

Cierro los ojos y, de forma involuntaria, pido a Dios que me dé un as. Cuando tiro de la carta hacia mí, me castigo por haber reclamado al cielo tal frivolidad. Sin embargo, me olvido de lo divino cuando aparece ante mis ojos el as de corazones. Mi sonrisa es mayúscula, con la cual consigo una mueca de duda en el rostro inmaculado de Cris.

Suena un mensaje entrante en mi móvil, pero la partida está demasiado interesante como para leer la estúpida oferta de Orange o de Jazztel. Más si cabe, cuando compruebo sorprendida que mi rival prefiere deshacerse de los pantalones, en vez de dar buena cuenta de su camisa.

A punto de terminar otra mano, entiendo que era una simple estrategia para, en su posición sentado, seguir sin mostrar la más mínima porción de piel. Levanto mi carta y compruebo frustrada que me toca quitarme el pantalón.

La cosa se calienta más cuando Cris pierde la siguiente y, como si lo tuviésemos ensayado, ambos llevamos nuestra mano a la botella para terminar de rematarla. Como queda tan poco, le invito a compartirla conmigo.

Sólo queda mi ropa interior y la suya, además de las continuas bromas de Phil, que me anima a perder para no ver de cerca a Cris empalmado. Obviamente, desea lo contrario.

Llegamos al punto más interesante de la partida, cuando, rozando la madrugada, ambos portamos tres cartas y la siguiente determinará si gano yo o tengo que jugar la última mano con los pechos al descubierto.

—Me planto —le informo volviendo a contar hasta diecinueve, apostando por no arriesgar más de lo necesario.

Vuelve a sonar otro mensaje, pero queda en un segundo plano cuando percibo una leve mirada de Cris hacia su amigo. Phil, en un estado de tensión permanente desde hace rato, observa en silencio el devenir de la partida. Y entonces, cuando Cris me sonrío y decide levantar otra carta, entiendo que su amistad va más allá del deseo de apoderarse de mi cuerpo con exclusividad.

—Me pasé —reconoce, forzadamente abatido.

A mi lado oigo el resoplido de Phil, a lo que sigue un incómodo silencio porque ninguno de los tres habíamos previsto el siguiente capítulo. Mi carácter rebelde se hace hueco en mi pecho palpitante, expulsa el fuego que me abrasa y reseca mis labios hasta el preciso momento en el que doy un paso adelante.

—¿Follamos?

—Yo no puedo —confiesa Cris en una reacción a todas luces inesperada.

—¿Cómo que no puedes? —protesta Phil, levantándose de su asiento y bordeando el mío hasta situarse a mi espalda—. Ya lo hemos hecho otras veces —defiende—. ¿Me vas a obligar a que te estimule? —sondea desabrochando mi sujetador con extrema pericia.

Mi corazón late a mil por hora. Sobre todo, cuando vuelvo a deleitarme con la libidinosa mirada de un Cris que clava sus ojos en mi pecho, en mis generosos senos, del mismo modo que hizo anoche. Phil comienza a masajearlos con devoción, consiguiendo que su amigo trague saliva y que se revuelva incómodo en su asiento.

—¿Nos acompañas, querida? —me pide Phil, abandonando sus caricias y llevando sus manos hasta el respaldo para ayudarme a levantarme.

Con evidentes dosis de nerviosismo, me dejo ayudar, para luego tomar su mano e invitarle a que me conduzca hasta el dormitorio. Siento las piernas petrificadas; tendrán que hacer gala de sus dotes de sensualidad en el precalentamiento, si quieren conseguir la mejor versión de mí en la cama. Cris no se levanta y, a pesar de mis ganas de volver a disfrutar con sus profundas y pausadas penetraciones, siento cierto alivio. Pese a todo, dejo pasear la punta de un dedo a lo largo de su brazo cuando paso por su lado y lo

dejo atrás.

Phil me conduce al dormitorio y tengo una sensación muy molesta de sólo pensar en volverme para comprobar si nos sigue Cris. Con la moqueta de la suite, es imposible advertir si ha decidido aceptar la invitación y recoger el premio que a mí me corresponde, pero que los tres disfrutaremos.

—Estás muy tensa —observa, acariciando a la vez el contorno de mi busto, para luego recorrer mis costados con dolorosa parsimonia—. Relájate y déjate llevar.

—Es mi primera vez —le recuerdo, a lo que él responde bordeando mi cuerpo y situándose frente a mí para dotarme de la confianza extraviada. Si alguno de mis numerosos amantes me viese ahora, pensaría que la vida me ha tratado muy mal y me ha convertido en otra persona diferente.

Retira un mechón travieso que, sobre mi frente, debe de darme un aspecto travieso. Tampoco es que necesite del menor aliciente para abalanzarse sobre mí, del mismo modo que siempre. La premura que domina sus actos lo impulsa a forzar mis labios con su lengua para acceder al interior. Me asalta con tal ímpetu que no soy capaz de dominar siquiera mi lengua, a completa merced de la suya. Me dejo hacer, hipnotizada por el dinámico vaivén en el interior de mi boca. Tanto, que apenas soy consciente de las manos que se posan en mi trasero. Sólo cuando aplica mayor vigor al masaje que dedica a mis glúteos es cuando caigo en la cuenta de que una de las manos de Phil controla mi mentón, mientras que la otra, como siempre, se adueña de uno de mis prominentes senos.

¡Estoy siendo agasajada por los dos!

Comprendo por fin que tampoco era para tanto. Al menos, hasta ahora. Los nervios han desaparecido y siento que poco a poco me voy desinhibiendo. De hecho, arqueo mi espalda para ofrecer a Cris una imagen de mi trasero que imagino espectacular, a los ojos de cualquier hombre. Según la reacción de muchos a los que me tiré, mi culo no tiene nada que envidiar a mis tetas, pese a ser estas las que reclamen siempre la atención. Sea como fuere, Cris acepta la invitación y decide deshacerse del tanga con exquisito esmero. Lo hace todo de manera tan sensual y natural, que convierte el sexo en algo más allá de un simple polvo.

Seguro que por la atención que recibo por la retaguardia, mi descaro sepulta toda vergüenza en algún recóndito lugar de mi ser y me lanzo al

ataque. Primero, enviando una de mis manos hacia el culo respingón de Phil, con la idea de atraer su erección hacia mi cuerpo. Luego, lanzo mi otra mano hacia atrás, sin saber a ciencia cierta con qué me toparé. Y no puedo ser más certera, pues atino de lleno con la palma de la mano sobre la polla de Cris, aún cubierta bajo el bóxer negro de fina tela. Está igual de empalmado que anoche, segundos después de asaltar su habitación. Al contrario que Phil, no cuenta con un miembro tan destacable, aunque sí tan voluminoso como para notar un mayor roce. Son antagónicos hasta en sus pollas.

Cuando mi cuerpo queda completamente desnudo y expuesto a mis dos amantes, decido tomar la iniciativa. Con un leve empujón sobre el pecho de Phil, consigo que sus piernas, al borde de la cama, hagan el resto y caiga sobre ella sobresaltado. No lo esperaba, aunque sonrío cuando descubre la mueca que le dedico. Saco la punta de la lengua y la paseo por mis labios, delatando mi apetito. El momento es aprovechado por Cris, que se apodera de mis pechos y los masajea con suavidad, aplicando leves pellizcos en los pezones. Y la reacción que provoca en mi cuerpo me invita a dejarlo caer sobre el de Phil. Apenas tengo que esforzarme en acoplar los labios a mi rígido objetivo, puesto que su portador demuestra más ganas que yo y por ello me facilita mi ardiente labor.

Aplico leves caricias con la lengua para humedecer el miembro y le oigo gemir. Me siento poderosa, aunque vacilo cuando siento la erección de Cris rozándose con la unión de mis glúteos. Pese al temor que me asalta, ante una práctica del todo novedosa para mí, consigo relajarme cuando descubro su verdadera intención. Sólo pretendía posar sus manos sobre mi espalda para masajearla. Imagino que como preliminares para lo que llegará a continuación. Y lo cierto es que no me lo había planteado, ya que ni siquiera tengo claro que me vaya a dejar penetrar por detrás, pero sería más aconsejable que fuese Phil, en vez de Cris. Siendo virgen en mi retaguardia, más vale larga y estrecha que normal y gruesa.

A pesar de sus evidentes muestras de placer, Phil decide salirse de mi boca para acomodarse mejor en la cama. Sin embargo, cuando imaginaba que dejaría reposar su cabeza sobre la almohada, hace un gesto a Cris para que sea él quien ocupe su lugar. Mientras su amigo abandona las atenciones a mi espalda y bordea la cama, él se mantiene de rodillas a mi lado y encoge sus cejas, como indicándome que lo tiene todo controlado. Yo, sin embargo, tengo la sensación de haber perdido el control por completo. Tanto es así que

ni siquiera he sido consciente de que Cris ya va provisto de un condón. Estos no se andan con rodeos. Imaginaba que estarían interesados en jugar con nuestras lenguas, de uno a otro genital, pero me va quedando claro que han fijado ya el objetivo y no parecen estar dispuestos a perder el más mínimo tiempo.

Cris se tumba frente a mí, sorteando mi cuerpo, aún de rodillas, con sus largas piernas provistas de una fina velloidad.

—¿Vienes? —propone con un melódico timbre de voz, cargado de una dulzura que me desarma. ¿Quién puede negarse a una invitación así, en una situación así y viniendo de un dios así?

Pues yo.

—No sé. No estoy segura. Yo...

—No tienes nada que temer —me intenta tranquilizar Phil—. Para ti es todo nuevo, pero nosotros ya hemos pasado por esto.

¡Vale, no hacía falta que me lo recordaras, capullo!

Cierro mis ojos, resoplo y procuro dejarme llevar. Puede que no me guste, pero no sabré jamás si me estoy perdiendo una experiencia maravillosa si no adquiero las dosis del valor necesario. Levanto una rodilla y acoplo mi cuerpo al de Cris, evitando que me penetre de golpe. Él nota mi cautela, así que decide enterrar una de sus manos en mi larga cabellera. Aplica una leve presión sobre mi nuca y pronto me veo degustando el embriagador sabor de sus labios y su lengua. Voy adquiriendo seguridad con cada uno de los parabólicos movimientos de la misma, con los cuales consigue llevarme a ese punto de no retorno en el que suelo entregar mi voluntad. Como si tuviese la facultad de introducirse en el interior de mi cabeza, aprovecha el momento para, sin manos, encontrar con su pene la abertura compatible que la naturaleza me regaló. Me penetra con extrema delicadeza y sensualidad, logrando que todos mis sentidos se concentren en ese único punto.

Tanto me olvido de todo, que ni por asomo recordaba que Phil no juega el papel de simple espectador. Doy un respingo cuando siento algo húmedo y delgado acariciando mi ano.

—Tranquilízate y disfruta —me aconseja cuando percibe mi reacción—. Sólo estoy lubricando la zona con el dedo para que sólo sientas placer.

—¿Me prometes que no me dolerá? —me intereso, dejando atrás el

beso embriagador que compartía con Cris.

—Confía en mí —me pide, justo en el momento en el que siento que su dedo comienza a irrumpir donde nunca nada entró, a excepción de los supositorios que me ponía mamá de pequeña.

Y lo cierto es que no me disgusta. Es una sensación un poco incómoda, pero sin llegar a ser molesta. Desconozco si seré capaz de asegurar lo mismo cuando sea el dedo sin uña el que indague en mi única zona prohibida. Hasta hoy.

No tardo en descubrirlo, pues al placentero movimiento con el que dilata los músculos, le sigue un segundo dedo aún más grueso. Calca idénticos movimientos, mientras que yo procuro centrarme en devorar la boca de Cris y en disfrutar con sus pausadas intromisiones. Y cuando más segura me siento, sus dedos abandonan mi cuerpo y noto la gruesa opresión de su miembro. Por suerte, jamás tuvo Phil la consideración que demuestra cuando empieza a presionar para introducir la punta de su polla. Siento una ligera molestia que desaparece en el momento en el que el glande queda oculto bajo mi piel.

—¡Hum! —escapa un gemido de placer al control de mis labios cuando ambos me penetran a la vez. Cris, hasta el fondo, mientras que Phil no llega ni de lejos a medio camino. Me cuesta creerlo, pero me gusta, por lo que les exijo mayor intensidad—. Quiero más.

Y más me ofrecen para conseguir que mis sonoros jadeos ambienten aún más, si cabe, una estancia en la que se respira puro fuego. ¡Joder!, ¿cómo he podido perderme esto durante tanto tiempo? De largo, se está convirtiendo en la relación más intensa y morbosa que he tenido el gusto de disfrutar en toda mi vida. Me quedaría aquí toda la vida, sintiendo cómo entran una y otra vez en mi cuerpo, cómo se desviven en acariciarlo, en saborearlo con sus lenguas, ávidas de mí. ¡Esto es el puto paraíso!

Pero el Edén del sexo queda hecho trizas en el escaso segundo que suena el característico timbre que anuncia una llamada entrante en mi móvil. No son horas para llamar, por lo que mi cabeza se convierte en un auténtico hervidero de pensamientos acelerados. Entiendo que se trata de Carmela para darme una mala noticia; de ahí los mensajes de antes. Quizás, de llamadas perdidas.

No soy consciente siquiera del momento en el que dejo huérfanos a

mis amantes, ni del tiempo que tardo en recorrer la distancia que me separa del salón. Lo único que adquiere tintes tan reales como dramáticos es el escueto «niña, no te asuste, pero cógete un avión, que a tu pare la dao un infarto».

Capítulo 58

Jamás habría imaginado que el viaje podría acabar así para mí. Era una oportunidad irrepetible de conocer algo de mundo, de liberarme y poder hacer lo que quisiera. Y no sólo en lo relativo al sexo, que casi era así ya en Sevilla. Hacía demasiados años que no sentía esa sensación de libertad. Tanto tiempo sin disfrutar de paz. Era todo demasiado bonito, ya que la vida siempre me ha tenido reservados los finales más crueles. Cada día estoy más convencida de que merezco las cosas que me ocurren, pero ¡joder!, ¿merece papá tanto castigo?

Y encima sola. Cris está más que justificado, ya que él es quien soporta mayor responsabilidad en el negocio que comparte con Phil y no tiene ninguna obligación conmigo. Sin embargo, mi rubio compañero de aventuras sexuales me ha decepcionado. A pesar de haberme invitado a viajar con ellos sin reparar en gastos. Incluso teniendo en cuenta que me haya pagado el regreso en primera clase a primera hora de la mañana. Reconociendo además su preocupación por repetirme mil veces lo que tengo que hacer al desembarcar e insistir en que lo llame en cuanto llegue al hospital. Por más que mi conciencia pretenda exculparlo, esperaba más de él.

Es cierto que no somos una pareja convencional. De no haber quedado claro ya con el recurrente «sólo sexo», después de lo de anoche se ha disipado cualquier duda al respecto. Pero, a ver, digo yo que algo de aprecio me habrá cogido.

¡Joder, que hasta insinuó en más de una ocasión entregarme su vida!

Al final le ha faltado ese plus de valentía para proponerme algo más. Del mismo modo, yo no estaba por la labor al no encontrarme ante el hombre de mi vida, frente a mi príncipe azul. Sin embargo, jamás imaginé que podría sentirme tan... No sé ni cómo me sentí cuando Cris le incitó a que me acompañase.

—Sabes que no puedo —alegó con tono lastimero.

—Yo puedo encargarme de todo. Sólo resta solucionar el asunto de los avales y conseguir la firma de François —argumentó Cris, insistiendo en no dejarme ir sola en el estado en que me encontraba—. Sabes que lo tendré en el bote en cuanto le muestre las fotos de las chicas.

—No es por eso.

—¿Es por el puto campeonato? —preguntó mostrándose escandalizado—. ¡Scheiße! —protestó en su idioma.

—¿Qué campeonato? —indagué por inercia.

—Era una sorpresa —razonó Phil en su defensa—. Quería sorprenderte cuando llegásemos a mi país. Voy a participar por primera vez en mi vida en el Campeonato nacional de kayak. Con la edad que tengo, es mi última oportunidad para subirme al tren. La última ocasión para ser recordado por algo más que un golfo al que se le dan bien las mujeres —explicó, intentando resultar convincente, pese al nulo efecto que me causó—. Dudo mucho que sea capaz de volver a repetir la marca que tantos meses de duro esfuerzo me ha costado alcanzar.

—No te preocupes —resté importancia—. Estaré bien y ya soy mayorcita. Además, conduce el piloto, que debe de saberse el camino, así que no terminaré con los lamas del Himalaya —bromeé con escaso tino, recordando a Carmela I de España, más conocida como «la grande». No poco tiempo gastó Cris en excusarla, cuando lo primero que hice al colgar la dramática llamada fue maldecirla. Insistió en defender que el infarto no tenía por qué guardar relación con su enfermedad.

—De hecho—insistió—, no tendrías que guardarle el menor rencor. Ella ha intentado que algunos de los últimos recuerdos que tu padre se lleve sean tan maravillosos como los que imagino que se habrá encargado de plasmar. Esa mujer es un tesoro que no merece ser abandonado en la isla casi desierta que dejará tu padre.

—Pero yo quería haber estado a su lado —me lamenté.

—Y lo has estado durante muchos años. No es momento para culpabilizarte de nada. Tu padre es un gran hombre y es muy fuerte. Tú has heredado su raza y ahora es cuando debes demostrarle cuánto lo quieres y el gran trabajo que hizo contigo.

—¿Y si no llego a tiempo?

—Te esperará —garantizó sin vacilar—. De estar a las puertas del cielo, yo no permitiría que las abrieran para mí sin antes ver tu rostro por última vez.

No lo pude evitar. Allí mismo, justo cuando Phil llegaba de sacar el

billete de mi solitario regreso, me vi obligada a besarle en los labios. Había demostrado ser mil veces más hombre que Phil, dedicándome el apoyo que jamás encontré en su amigo. Con los ojos inundados de lágrimas, no pude más que reproducir un triste adiós a Phil, que acompañé con un casto beso en su mejilla. Me giré hacia el control de seguridad y, sin mirar atrás, añadí un escueto «gracias» para quien creyera merecerlo.

En cuanto salgo del avión, mi única preocupación es llamar a Carmela, pero no me coge el teléfono. Tras el séptimo u octavo intento, maldigo para convertirme en el centro de las miradas y salgo disparada a buscar mi maleta en la cinta. Tarda en salir para terminar de crisper mis nervios. Entretanto, sigo intentando hablar con Carmela, pero continúa sin cogerlo.

Salgo de la terminal y me monto en un taxi que pienso pagar con parte de los cien euros que me ha obligado a aceptar Phil para cualquier contingencia. Justo cuando debo indicar mi destino al conductor, suena el odioso timbre de una llamada entrante. Mis latidos se disparan, pero cojo aire con fuerza y me preparo para lo peor.

—¿Carmela? —pregunto apresurada.

—No te la cogió ante porque no me'nterao de na, chiquilla. Estaba hablando con er médico y ya tú sabe que a mí me cuesta pillá argunas cosa.

—¡Pero ¿cómo está papá?!

—Tranquilito. Hase na que sa quedao dormío. Lan pinchao argo y ha preguntao por ti.

Siento ganas de llorar por la emoción, pero procuro mantenerme entera para no exponerme ante el taxista.

—Disculpe —me dirijo a él, una vez tranquila con las noticias—. Al Virgen del Rocío.

—¿Cómo va a comé, chocho? —se escandaliza Carmela.

—No le preguntaba si había comido; hablaba con el taxista.

En mitad de un trance tan duro, no estoy para risas con la sordera de Carmela, la verdad.

—¿Le han dicho si se recuperará?

—Lusi, alégrate de que siga con nosotros.

—Ya, pero... —Lleva razón, pero cuesta demasiado admitir que esté tan cerca el desenlace—. Bueno, usted no se mueva de ahí, que yo llegaré en quince minutos. Ahora debo colgar, que tengo que llamar a Rocío —le advierto, pese a la escasa esperanza de que mi hermana se comporte por una vez en la vida como una hija.

Descuelga al tercer tono de llamada y vuelvo a resoplar para intentar adquirir toda la fortaleza que aún mantengo. Lo último que me apetece en este momento es discutir con ella.

—¿Rocío?

—Antes de que digas nada, quiero pedirte disculpas por no haberos visitado ni haberte llevado a Rober, pero...

—No es necesario que te disculpes por nada a estas alturas.

—Pero yo necesito hacerlo, Luci —confiesa con la voz apagada—. No lo estoy pasando bien, ¿sabes?

—Pues imagina tu padre, postrado en una cama después del infarto que le dio anoche.

—¡¿Anoche?! ¿Y por qué no me has llamado antes?

Vacilo, aunque decido ser consecuente y afrontar la cruda realidad. Tampoco puedo presumir yo demasiado de haber estado al lado de papá.

—Estaba de viaje. Necesitaba despejarme, como tú —le recrimino, pese a mi propósito inicial.

—Es normal. Demasiado has tenido que pasar tú sola. No sabes cuánto me arrepiento de haber sido tan...

Hija de la gran puta, me digo para mis adentros.

—No es momento de culpabilizarnos por nada —decido parafrasear a Cris—. Papá nos necesita y estoy convencida de que sabrás estar a la altura para regalarle el mejor final.

Mis lágrimas vuelven a brotar con fuerza al reparar en que, de forma inconsciente, me siento derrotada. Estoy dando por sentado que papá se ha marchado ya y no es así. Mientras hay vida...

—Tardaré en llegar el tiempo que me lleve dar con Rafa para dejar a Rober a su cargo —me sorprende con sus planes. Cuesta creer que haya dado su brazo a torcer y que se muestre tan... distinta. Quizás por eso decido

omitir mi cuestión sobre la razón de no dejar al crío con su amiguito.

—Lo echo mucho de menos.

—Y yo a ti. —Tengo que morderme los labios. A pesar de mostrarse tan diferente, no me lo trago—. Te quiero, Luci, aunque no me creas. En un rato estoy allí.

—Aquí te espero —reacciono con frialdad.

Gasto más tiempo en subir a la habitación del que deseo porque los ascensores tardan un mundo en bajar y no puedo lanzarme a la aventura por la escalera cargando con la maleta. Pero llego por fin y abro la puerta sin llamar. Ni siquiera reparo en Carmela, sentada en una incómoda silla junto a la cama de quien me dio la vida, de quien me la va a destrozar cuando se vaya. Me lanzo sollozando a plasmar el etéreo abrazo que durante el viaje me ha torturado. Lloro y lloro sobre el pecho de papá, aún rebosante de vitalidad. Sus párpados, sin embargo, yacen desprendiendo una paz que me hiela el alma. Imagino que producto de los medicamentos que le hayan suministrado.

—Gracias, gracias, gracias por esperarme —repito la mitad de veces que decido besar sus mejillas.

Después del eterno abrazo, que a tan poco me sabe, decido centrarme al fin en Carmela. Y mi corazón sufre de nuevo al observar la húmeda expresión de desconsuelo con que aguarda mi reprimenda. Se me encoge el pecho y el aire se detiene al ver hundida a la pobre mujer.

—Yo sólo quería que se fuera con un buen recuerdo —confiesa entre un mar de lágrimas.

—Y así será, Carmela —intento animarla mientras bordeo la cama para encontrarme con ella—. Eres lo mejor que le ha pasado desde que mamá se llevó medio corazón.

Y nos abrazamos como dos niñas, llorando sin límites porque el único reside en ese odioso pitido discontinuo de la máquina que controla los retales de vida aún por consumir.

Cuando consigo tranquilizarme y hacer lo propio con Carmela, entiendo que ha llegado el momento de buscar al médico que lo atendió para informarme de primera mano. Pedir explicaciones a Carmela, además de agobiarla más aún si cabe, supondría toda una odisea. Un asunto de vital importancia requiere de la mayor entereza y capacidad de atención.

Antes de salir, le pido que me haga el último favor de seguir cuidando de papá mientras que no llegue Rocío. Ella, en cambio, me dice como si nada que la mitad de su vida yace en la cama y la otra mitad va a pedir información al doctor. Me veo obligada a regalarle otro emotivo abrazo, que sólo se ve truncado cuando se oye el roce de la puerta con el suelo. La silueta que se deja ver por el hueco lleva prendas que reconozco de Rocío, pero no es ella. Esa no es mi hermana, sino un cadáver andante.

—¡Rocío! —exclamo sobrecogida.

—¿Cómo sigue?

—Estás...

—¿Cómo está papá? —insiste, sin que su estado me permita centrarme en que por fin ha tratado a su padre como tantas veces le reclamé.

—Ahora mismo iba a buscar al médico —le indico, caminando titubeante hacia ella y abriendo mis brazos para que sea ella quien complete el primer abrazo sincero que le doy en muchos años. Siento lástima por ella y me duele porque me gustaría cambiarlo por amor, pero no puedo.

Al rodearla con mis brazos, noto claramente los huesos marcados en su espalda y, como jamás imaginé, lloro por ella. Sugestionada quizás por el estado de papá, pero no puedo evitar derrumbarme. Ella, en cambio, se muestra bastante entera, a pesar de los sollozos que no es capaz de esconder. De hecho, intenta hacerse cargo de la situación después de separarse de mí, dar un tierno abrazo a papá y susurrarle algo al oído.

—Vayamos a buscar al médico —sugiere tomando mi mano como tantas veces anhelé. Sus dedos, ya largos de por sí, conseguirían erizarme la piel por su extrema delgadez, de no ser por pertenecer a quien, al menos ahora, se comporta como una verdadera hermana—. Sé que puede parecerte extraño, pero espero que lo entiendas —me advierte cuando salimos al exterior—. He venido con un amigo que puede ayudarnos. Es médico y está familiarizado con la jerga.

Y entonces lo veo esperando en el pasillo. El asqueroso viejo al que tanto odio he cogido sin haber cruzado palabra alguna con él. No puedo aceptarlo. Me da náuseas de imaginar a mi sobrino jugando con ese tío, en vez de con su padre.

—Él no pinta nada —aclaro recuperando el tono seco y cortante que

sólo Rocío es capaz de despertar—. Esto debemos resolverlo en familia.

—Como prefieras —se pliega a mi voluntad a la primera, sin rechistar. Definitivamente, es otra.

Recorremos en silencio el largo pasillo que nos lleva hasta la jefatura médica. Ella, imagino que avergonzada por su bochornosa actitud arrastrada durante años, mientras que yo no creo que sea capaz de abrir la boca sin preguntarle qué le ocurre.

La espera a que nos atienda el doctor la puebla Rocío con vivencias de un Rober al que tanto añoro, hasta que por fin conseguimos entrar con el corazón en un puño. Después de preguntarnos si somos familiares directos y responder ambas que somos sus únicas hijas, el galeno se centra en los papeles que porta en las manos y se dispone a dar su veredicto. Cruzo los dedos, cierro los ojos y cojo aire con fuerza entrecortada.

—Voy a serles franco —comienza con las peores palabras que habría querido escuchar—. Su padre ha sufrido un ictus en el tronco cerebral. Un infarto cerebral —aclara.

—¿Se recuperará? —me intereso demostrando escasa educación. Si papá me oyera...

El doctor, acostumbrado a reacciones similares, me pide calma alzando levemente una mano. Aún no ha terminado su exposición y evidencia tenerlo todo muy claro para no dejar la más mínima sombra de dudas.

—Lamento comunicarles que su padre se encuentra en estado de coma irreversible —advierte de golpe, consiguiendo que mi cabeza se sumerja en un mar de tinieblas.

Aprieto con fuerza la mano de Rocío y el fuego de la rabia recorre mi cuerpo en un segundo, el mismo tiempo que tardan en helarse mis lágrimas y en brotar de nuevo las palabras del doctor.

—La zona afectada ha sido el tronco cerebral, que se encarga de funciones esenciales. Es probable que la enfermedad que ya arrastra haya aportado su incidencia —explica sin ser capaz de captar toda mi atención. En este momento, siento la cabeza extrañamente vacía y el corazón dolorosamente hueco. Oigo sin embargo los gemidos de Rocío, más audibles que los de antes, aunque no me produce la menor emoción. Me siento muerta en vida—. De hecho, consideramos como un auténtico milagro que aún se

mantenga con vida.

—Es duro como una roca —admito insensible, con la mirada extraviada—. Tenía que esperar a sus hijas.

—Siento mucho ser yo quien les dé la noticia, pero deben prepararse para el peor desenlace. Y, aunque puedan no llegar a entenderlo en este momento, créanme cuando les digo, en base a mi experiencia, que es lo mejor que puede ocurrir en vista de la degeneración neuronal que ya sufría.

—Habrá que ser fuerte otra vez —consigo decir a duras penas. Tendremos que procurar no llorar en la habitación y despedirlo como merece. Sé que puede oírnos—. Si nos disculpa, tenemos que despedirnos de nuestro padre.

Capítulo 59

Recapitular es algo que siempre se me ha dado muy bien. La mayoría de las veces, después de haber cometido uno de tantos errores que han ido modelando el fracaso de mujer que soy. Pese a la costumbre, nunca imaginé que llegase a ser tan duro recordar las últimas horas de mi vida, las últimas de la de papá. Sobre todo, porque la pesadilla que estoy reviviendo se está produciendo en el mismo momento en el que esperamos a que salga alguien con camisa y corbata y nos haga entrega de la urna con sus restos.

Quizás por la carga de tranquilizantes que vengo soportando, las imágenes me llegan difuminadas, como capturas de algún mal sueño. El peor de todos. Y, a pesar de todo, siento cierto alivio, algo que asocio con la paz. No quiere decir que haya olvidado tanto dolor como aún sigue desgarrando mi alma. Ni mucho menos, pero he llegado por fin a entender y aceptar las palabras de Cris, del doctor, de Carmela, de Rocío y de tantos como han ido desfilando ante mis ojos irritados. Era el mejor de los finales. Toda la vida que le quedase, en el supuesto de no haber sufrido el ictus, habría ido degenerando hasta convertirlo en una carga para sí mismo. Yo habría aceptado encantada el reto de seguir cuidando de él durante el tiempo que hiciera falta. El problema es que ya se había cansado de vivir, de malvivir, de sobrevivir sin su Juani y sin su Linda, pese a los esfuerzos de Carmela.

¡Ay, mi pobre Carmela! Cuánta pena me da verla tan apagada, luciendo el riguroso luto en señal de respeto ante el último amor de su vida. Qué mal lo pasó la mujer cuando, en un vestigio de lucidez, le pregunté acerca de las últimas horas. Al reparar en el asunto, durante la horrorosa espera que me mantuvo unida a Rocío hasta que papá se apagó, caí en la cuenta de lo raro que había sido todo.

—Como tu pare se cansaba tanto —explicó—, preferí cortá las vacacione pa que lo mirasen en su hospítá. Si le pasaba argo, que fuera serca de casa.

La pobre mujer se gastó un dineral en llevárselo de vacaciones y en regresar luego haciendo escalas para llegar cuanto antes. Y sé que, si hubiese podido, habría ido en taxi hasta Sevilla. Y quiso la casualidad o el destino que papá sufriese el desmayo al calor de su Sevilla. Quizás sea una mentiriquilla de Carmela, pero me aseguró que fue justo después de pasar

frente al Villamarín, nuestro añorado templo bético.

Y de Rocío, ¿qué puedo decir? Tiene cojones que haya tenido que ser en estos trágicos momentos cuando hemos recuperado la férrea relación que tan unidas nos mantuvo en nuestra infancia. Pero pasaron los años, ella entró en la «edad del pavo» y cualquier problemilla se magnificó en su cambiante intelecto.

—¿Qué prometiste a papá aquel día?

—No te lo puedo decir —reveló rodeando con fuerza mis manos con sus dedos cadavéricos.

—¿Por qué me odias tanto?

—Yo no te odio —negó la evidencia—. Te he querido con locura, Luci, pero la vida cambia a las personas.

—Ya veo. Al menos, en sus últimos momentos te has comportado como la hija que añoró y como la hermana que extrañé.

No pudo reprimir las lágrimas y se derrumbó sobre mi hombro, lamentando su despreciable pasado. Se culpó lo indecible y me pidió perdón un millón de veces. Sentí verdadera lástima y me vi forzada a consolarla y a pedirle perdón por elegir tan mal momento para recriminarle nada. Cuando todo se normalizó, volví a la carga porque la intriga me corroía por dentro. Desde aquel día, tuve la certeza de que me atañía el secreto que papá se ha llevado al cielo.

—¿Le prometiste llevarte mejor conmigo?

—No.

—¿Entonces? —insistí, cual mosca cojonera.

—No remuevas lo que no merece ser recordado, por favor.

—¡Pero es que estoy convencida de que era algo relacionado conmigo! Y esta curiosidad me está matando.

—Déjalo estar.

—Sólo dime si guarda relación conmigo y no insistiré más.

—Sí —confirmó de forma escueta, girando su cabeza hacia otro lado.

Pasé diez minutos dando vueltas y más vueltas, sin ser capaz de averiguar de qué podía tratarse, si no era una promesa de buenas intenciones

como hermana.

—Creo que tengo derecho a saberlo.

—Ya has sufrido demasiado, Luci. De verdad, si aún te queda algo de amor hacia la imbécil que tienes frente a ti, confía en mí y olvídate del asunto. Papá me lo hizo prometer por enésima vez a las puertas de su lecho de muerte. Fue la última ocasión en que hablé con él y esta vez no puedo fallarle.

—Por favor.

—No puedo. Se lo prometí.

Y entonces me alejé de ella. Otra vez. Me sentí tan sola e incomprendida, una vez más, que todo un catálogo de negativas emociones me enterraron en la introversión más absoluta. Me mantuve al margen de todo hasta instantes antes de marcharse nuestro padre. Rocío asumió la responsabilidad de gestionar todo el papeleo, pese a su lamentable estado de salud y lo destrozada que aparentaba sentirse. Por si fuera poco, soportaba el peso del secreto que papá acababa de llevarse a la tumba. Me sentí mal de nuevo, así que estimé oportuno seguir el consejo de Carmela, que llegó tan oportuno como todo lo que hace. Decidí entonces que era una ocasión única para apoyarnos mutuamente.

Lo he pasado tan mal, que apenas leí en diagonal el mensaje de Phil en respuesta al mío, en el que le informé por educación del estado de papá, poco antes del trágico desenlace. Ya lo considero parte de mi pasado, aunque aún no haya decidido si finalmente participaré en su juegucito o no. Cris me envió otro mensaje, aunque, a diferencia de Phil, no se excusó alegando que no me llamaba por no saber qué decir en estas situaciones. Él se comportó como un hombre y, tras lamentar los duros momentos que estaba pasando, me invitó a charlar si lo estimaba oportuno. Reconoció tener presente que lo último que suele apetecer en situaciones así es hablar con un extraño, pero él me invitó a enviarle un mensaje para que me llamase cuando necesitase ánimos. He estado tentada de escribirle varias veces, pero estoy en una etapa demasiado sensible y no quiero hacerme ilusiones. No es mi príncipe azul, sino un tío hecho y derecho bajo una capa de hielo, que se preocupa por sus amistades, entre las cuales ya me incluyo.

Hoy ha venido Rafa al responso porque Rocío ha accedido a que deje a Rober con su novia. A pesar del momento, me ha causado una gran alegría

el reencuentro. Lo he apreciado bastante desde siempre. Es un buen hombre y quiso mucho a papá. También ha venido el médico con el que está liada Rocío, pero he optado por olvidarme de él. A estas alturas, no me corresponde a mí cuestionar el afán de mi hermana por rehacer su vida. Incluso creí ver a Cris, pero entiendo que habrá sido producto de la imaginación y de los efectos de los tranquilizantes. Hasta hace un rato, todo ha transcurrido como en un sueño. Rápido y borroso, aunque dolorosamente lento para lo que soy capaz de asimilar. Qué antagónica combinación. Caótica para mi cerebro, como mi propia vida.

Cuando por fin sale el empleado del camposanto, portando una elegante urna, Rocío se adelanta para cogerla, aunque sólo para entregármela a mí. Me aferro a ella como si fuera mi propio padre, suspiro con fuerza y, curiosamente, no brota la menor lágrima de mis ojos.

—Él habría querido descansar en el césped del Villamarín, pero me temo que eso será imposible.

—¿Por qué no lo esparcimos en el campo al que nos llevaba de pequeñas? —propone Rocío, añorando algunos de los más bellos momentos que vivió nuestra familia al completo.

—Me parece una idea fantástica.

Salimos al exterior y me alegro de que las xoxis hayan seguido mi consejo de no esperarnos. Todas, desde la primera hasta la última, me han apoyado, pero les indiqué que ya sólo restaba el último trance, el momento que pertenece por derecho a la intimidad de la familia. O a lo que queda de ella. Sólo hemos quedado a la espera Rocío, Carmela y yo. Mi hermana pidió a su novio que se fuese, ya que nosotras iríamos en un taxi que ella se ha ofrecido a costear.

Aún aturdida por la sucesión de acontecimientos y de las emociones aparejadas, salgo al exterior y el sol implacable de mayo me ciega casi por completo. Creo que también a causa del castigo que soportan mis ojos. Me cuesta abrirlos, pero poco a poco me acostumbro a la luz. Y la visión que capturo no puede ser más oportuna y ¿esperanzadora? Al fondo, apoyado en un ciprés con su immaculado traje de chaqueta negro, espera nuestra salida el hombre al que más deseo ver en este momento, después de papá. No es un sitio de paso, teniendo en cuenta además que tendría que estar a miles de kilómetros de aquí, por lo que mi corazón parece despertar de la muerte

transitoria que experimentaba. Y no por falta de cariño, que ha venido desde muchos frentes, siendo el de Rocío el que más me ha llenado. Me he sentido arropada por sus abrazos y por los de Carmela, pero nunca necesité tanto como hoy el apoyo de un hombre, de un compañero. Cris no lo es, pero voy a permitirme soñarlo durante el tiempo que dure nuestro encuentro.

—No tenías...

—Tenía que ofrecerte mis condolencias —se adelanta a mi tardía recomendación—. Lo hago extensivo a vosotras.

—Gracias —reacciona Rocío, mientras que Carmela sigue a lo suyo—. Os dejamos a solas. ¡Doña Carmen!, acompáñeme a pedir un taxi.

—Si me trata de doña, me lo tomo a coña —reacciona la anciana—. Y como no me llame Carmela, ve con cautela. Avisá estás, niña. Anda, vámono y dejemo solo a los tortolito.

A pesar de las circunstancias, consigue sacarnos una sonrisa a los tres. Ni que decir tiene que la de Cris es la más hermosa de todas. Ahí, junto al árbol, con el sol de fondo y esa maravillosa sonrisa, se presenta ante mí como una imagen extraída del mejor de los sueños. Lástima de tanta gomina; gana bastante con el pelo al natural, arremolinado como su cuerpo entrelazó al mío aquella noche.

—No sabes cuánto significa para mí que hayas hecho el esfuerzo de venir hasta aquí —reconozco en un tono neutro, para no dar a entender que entiendo su gesto como lo que no es.

—Sólo velo por el bienestar de una inversión —manifiesta para mi sorpresa. Al segundo me guiña un ojo y me dedica una media sonrisa, para dejarme claro que se trata de una broma—. Tengo una imagen de capullo que cuidar.

—Sabes tan bien como yo que no lo eres, pero mantendré el secreto a buen recaudo. Por cierto, me dijiste que había que formalizar un contrato y aún no...

Dejo la frase en el aire, a medio camino, ya que me avergüenza sacar el tema en este momento. Sobre todo, porque ni yo misma tengo claro si seré capaz de hacerlo. Más si cabe, observando su reacción, tornando a la más sombría seriedad al oír mi recordatorio.

—Te haré llegar los documentos por correo certificado. Aún hay

tiempo.

—¿Cuándo será... el juego?

—Dentro de un mes —revela incómodo.

—¿Sabes? Creí verte a la entrada del responso.

—No era yo. Mi vuelo sufrió un retraso y llegué a la mitad de la misa.

—¿Pudiste oírla entonces? —le interrogo, recordando el momento más emotivo de la dura ceremonia, en el que el pianista interpretó Lacrimosa.

—Pude oírla.

—Me recordó a ti, a nosotros aquella... —Inolvidable, que decido omitir—. Aquella tarde en Barcelona.

—Sabía que te encantaría, a pesar de las circunstancias.

Tardo un par de segundos en entenderlo.

—¿Has sido tú?

—Te gustó tanto y era tan apropiada, que no me pude resistir.

—Muchas gracias. Eres un sol —confieso acercándome a él y besando una de sus mejillas, pese a la cercanía del imán que suponen sus labios para los míos.

—El sol es nocivo.

—Ya será menos. Existen filtros para sortear el efecto de su fachada —le ilustro con segundas. He vuelto a incomodarle. Lo demuestra la mano con que echa hacia atrás un cabello brillante que no da más de sí, saturado de gel fijador.

—No se lo tengas en cuenta; hacéis muy buena pareja.

—Phil es un encanto, pero no aspira a algo diferente de ser el follamigo con el que todas soñamos.

—Aunque no lo parezca, sigue siendo un adolescente, con sus indecisiones y sus temores. Pero te quiere con locura —confirma con rotundidad—. Lo conozco muy bien y sé que nadie ha sido capaz de conseguir que se replantee muchas cosas, como lo has hecho tú.

—Lo que distingue a los adolescentes de los hombres es la indecisión y los miedos. Y yo necesito un hombre a mi lado —sentencio de forma categórica.

Tras una sutil mueca de desaprobación, hace el amago de abrir la boca, pero se lo piensa mejor y no suelta las palabras que anhelo escuchar.

—Se me hace tarde —improvisa titubeante.

—Yo ya no llegaré a tiempo. He dejado escapar muchos trenes y tengo la impresión de estar dejando escapar el último.

—Lucía...

—No lo alarguemos más. Ambos sabemos que esto es una despedida.

—Lo nuestro no tendría futuro —augura sin aportar el menor argumento.

—Vas a perder tu vuelo —le advierto inexpresiva, al permitir que la enésima pátina de sinsabores recubra mi corazón. Quizás para siempre.

Acerco mi rostro al suyo para despedirme y tengo que esforzarme para no estrellar mis labios contra los suyos. Él, sin embargo, aprovecha la diferencia de altura para abrazarme y besarme en la frente.

—No cambies nunca —me pide, convirtiendo un deseo en un adiós.

—Eres tú quien tendría que cambiar —susurro para mí al verlo alejarse.

Acongojada, me dirijo al taxi y me siento en el asiento trasero, junto a Rocío. Carmela se gira y observa en mi rostro la misma expresión que ha invitado a Rocío a no preguntar nada.

Cuando llegamos al domicilio de mi excuñado, Rocío me abraza con fuerza, sin ser capaz de transmitirme tanto amor como necesito. Pese a todo, procuro venirme arriba y a no dejar pasar una oportunidad única de recuperar el tiempo perdido.

—¿Quedamos mañana? —propongo—. No hace falta que tomemos nada. Ni yo tengo pasta, ni tú vas a pagar siempre. Bastará con pasear y charlar. Recordar los buenos momentos que papá nos brindó. Y mamá —añado—, por supuesto.

—He pensado en llevar mañana a Rober a Isla Mágica.

—¿Ya han abierto?

—Sólo los fines de semana —aclara—. Le debo mucho tiempo a mi hijo —reflexiona culpabilizándose de los errores del pasado.

—¿Iréis con tu novio? —me intereso, valorando la posibilidad de hacer un esfuerzo en pagar la entrada de medio día para disfrutar de la compañía de mi hermana y de mi único sobrino, mi casi hijo.

—Él no es mi novio. Sólo es un buen amigo.

—Rocío, te veo muy cambiada. No lo estropees rescatando las mentiras del pasado. Dejaste a Rober a mi cargo para iros de viaje.

Cierra los ojos y resopla abatida, derrotada por mis preguntas. Incómodas a todas luces.

—Te prometo que vamos a recuperar el tiempo perdido y que no habrá más mentiras ni rencores.

—Entonces, ¿por qué niegas la evidencia?

—Él no es mi novio, sino mi médico. Lo quise a él porque somos amigos desde hace muchos años —revela, siendo víctima de la congoja que agolpa palabras dolorosas sobre su lengua reseca, dificultando su dicción—. Es oncólogo y fuimos a Estados Unidos para recibir el diagnóstico de un colega. Uno de los mejores del mundo —apostilla para despertar de nuevo mis temores, que ya creí tan muertos como papá—. Luci, me estoy muriendo.

Capítulo 60

Sin madre, sin padre, casi sin hermana, sin pareja, sin trabajo y sin futuro.

¿Qué me quedará en este mundo?

Carmela y Rober. Y el crío siempre que Rafa le permita venir a casa de su tata. Me temo que su virtud será el mayor de mis problemas para poder pasar con mi sobrino el tiempo que necesitaré para rellenar tanto espacio vacío en mi corazón. Él, por suerte o por desgracia, es infinitamente más padrazo de lo que Rocío ha demostrado ser madre. Esto implicará que le dedicará a su hijo el tiempo y el cariño que ella le robó. Y cuando no pueda atenderlo, para eso estará su novia. No parece mala persona. Lo cierto es que he cruzado con ella apenas unas palabras, pero aparenta ser muy amable, educada y cariñosa.

Siendo honesta, tengo que reconocer que Rocío también lo fue, pero cambió. Algo ocurrió en su vida para que diese ese cambio tan drástico y pasara de ser mi ferviente protectora a convertirse en mi peor enemiga. Ahora ha vuelto a cambiar. Tarde, demasiado tarde, pero he conseguido recuperar a mi hermana. Sin embargo, la observo ahí en su cama, cuando cree que estoy dormida, y la veo sufrir. Y no por los dolores que la morfina no es capaz de paliar, sino por el tormento que sigue castigándola por dentro. No sé si será por el secreto que papá se llevó a la tumba o por otra razón, pero sufre. Sus continuos suspiros son una evidencia innegable. Puede que se esté castigando porque Rober vaya a quedar huérfano tan joven. Aunque, teniendo presente su brutal cambio de filosofía, creo que sentirá cierto alivio al pensar que su hijo se librará por fin de ella. A lo mejor se trate de eso. Puede que la carga de la culpabilidad sea tan grande que no se sienta capaz de soportarla.

El resoplido que inunda la calurosa estancia es diferente en esta ocasión y provoca que me levante de mi asiento. No me extrañaría que su malestar esté motivado, precisamente, por tan alta temperatura. Puedo comprender que estamos en un hospital y hay gente enferma, pero siempre he creído que no es necesario generar este infernal microclima.

—¿Qué te ocurre, Rocío?

—Duele.

Se me encoge el corazón por no poder decirle que tiene que aguantar un poco, que ya remitirá. El doctor, a quien creí amante de Rocío, ha dejado claro que no puede aumentar la dosis; ya se le está suministrando una auténtica bomba para su cuerpo. Hay que contar también con el añadido del extremo deterioro que ha sufrido su organismo. Si, al menos, se tratara de una única zona afectada, pero la malignidad del tumor se ha extendido a la mayoría de órganos vitales. La metástasis más preocupante, sin embargo, es la del pulmón. Debería recibir la asistencia de un respirador, pero ella se niega a que Rober la vea con una mascarilla. De hecho, ni siquiera tendría que venir a verla, pero no vamos a privarle de los últimos encuentros con su madre. Nadie sabe cuánto será capaz de aguantar.

—Venga, haz un esfuerzo, que ya tiene que estar a punto de llegar.

—Lo sé... Pero es fácil... decirlo.

¡Joder!, qué pena me da verla en este estado. Apenas puede hablar por culpa de la puta asfixia.

—Cariño —procuro hablar con el tono más cariñoso que soy capaz de fabricar en tales circunstancias—, ya lo sé. Pero siempre has sido muy fuerte. Ambas sabemos que, de las dos, has sido la que ha heredado la fortaleza de papá.

Sonríe con desgana y luego gira la cabeza hacia la ventana. Su mirada desprende una nostalgia contagiosa. También es mala suerte que, a punto de llegar el verano, llueva el mismo día elegido para la visita del crío.

¡Que estamos en Sevilla!

Afuera, en el pasillo, se oye demasiado jaleo, pero no es el habitual por la permisividad en los horarios de visitas o el número de visitantes. Se oyen como gritos. No tardo en descubrir el origen, cuando alguien aporrea la puerta para empujarla y aparece tras ella la alegría de la huerta.

—¡Tata Luciiiiii!

A pesar de haber planificado que, a su llegada, su madre fuese la primera en recibir la amenaza de abrazo que se cierne sobre mí, no puedo evitarlo. Ni puedo, ni quiero. Lo extraño demasiado como para evitarlo. Me abrazo con fuerza a su cuerpo menudo y me doy cuenta de que las lágrimas han brotado de golpe. Bailamos de forma imaginaria, aunque él colgado de mi cuello y con los pies a medio metro del suelo. Entonces, al ver frente a

nosotros a Rafa, me acuerdo de Rocío.

—¿Sabes que tu madre se muere por verte? —lo interrogo dejándolo en el suelo. Reniego de mi torpeza cuando la dichosa pregunta retumba en mi cabeza. ¿Cuándo puñetas aprenderé a medir mis palabras?

Rober se dirige a su madre y se abraza a ella, dejando caer su cabecita sobre el pecho. Me dispongo a recriminar su lógica falta de prudencia, pero Rocío se percata y me hace una señal de alto con su mano libre. Con la otra acaricia el pelo del niño, mientras le susurra algo al oído. Cuánto tiempo habré soñado con asistir a tan tierna estampa...

Así se pegan un buen rato, tiempo que aprovecho para acercarme hasta la puerta y saludar a Rafa. Me intereso por el trabajo, por su nueva relación... por el futuro a corto plazo. Me tranquiliza al asegurar que podré ver a Rober siempre que quiera. Incluso, garantiza, podré llevarlo a casa para que pase alguna semana entera, siempre que no me salga un trabajo. En relación a este último comentario, se ofrece para hacer unas gestiones. Dice que tiene cierta confianza con una contrata de limpieza y quizás pueda conseguir que me contraten. Se gana poco, pero siempre es más que nada, defiende. Cuando se acabe la irrisoria cantidad del seguro de vida, que alguien tan previsor como papá se encargó de contratar, no tendré cómo salir adelante. Quiero evitar a toda costa ser una garrapata para Carmela. Bastante tiene ya la mujer con lo poco que cobra.

—Tengo algo a la vista —le informo pensando en el juego de «los amigos». Ya les envié los documentos firmados, pero aún no tengo claro si participaré. De hacerlo, es más que probable que sea por necesidad—. Tengo tu teléfono, gracias.

Mi agradecimiento emerge por inercia, ya que mi cabeza vuela por otros pensamientos. Ya hace dos semanas que no los veo, aunque es a Cris a quien más extraño. En realidad, son los recuerdos de papá los que pueblan mi castigada masa gris. Por desgracia, apenas he tenido tiempo de hacerme a la idea, ya que Rocío amenaza con acompañarle pronto, apenas catorce días después. Casi no he tenido capacidad para pensar en otra cosa que no sea atender a mi hermana. Me necesita y aquí estaré hasta que sea necesario. Carmela se ha ofrecido a quedarse alguna noche, pero me he negado con rotundidad. Demasiado hace ya la mujer con traerme la comida, aunque le repito cada día que tienen la cortesía de servir dos bandejas de comida a la habitación. Aunque no se lo reconozco, agradezco bastante que me traiga

comida porque telita con la del hospital. Recortes para la comida de los enfermos, mientras que los directivos de la Sanidad pública y los políticos cobran auténticas indecencias.

—Papi —surge de pronto la inocente voz de Rober—. Mami quiere hablar contigo.

Rafa se extraña en primera instancia, aunque no hace el menor comentario. Serena el semblante y pide a su hijo que se porte bien. La verdad es que sobraba decirle eso a Rober, estando conmigo, pero lo exculpo por su falta de costumbre. Oigo el débil tono de voz de Rocío a lo lejos, pidiendo a Rafa que cierre. Imagino que se va a despedir del que aún es su marido y el padre de su hijo. A duras penas, conseguirá enumerar las instrucciones que durante tanto tiempo incumplió ella misma y... quiero creer que se disculpará.

Aun a sabiendas de que su voz apagada no osará traspasar la anchura de la puerta, decido hablar con Rober como si se tratara de Carmela. Me cuenta que han quedado sextos en la Copa de la primavera y que ya ha terminado la temporada. Lo lamenta porque dice que ahora es cuando se encontraba mejor y más confianza tenía de su nuevo entrenador. Me jura y perjura que sacará buenas notas, aunque me cuenta que la tutora le ha recriminado que hayan bajado respecto al inicio del curso. Normal, cuando la criatura ha tenido que adaptarse a la separación de sus padres, a la muerte de su yayo y a la enfermedad de su madre. Es listo, pero aún desconoce que mamá se reunirá pronto con el abuelo.

—Tata Luci, ¿si te cuento algo me guardarás el secreto?

—¡Pues claro! No me digas que has hecho alguna trastada de las tuyas —le pido sonriente, sabiendo que más bueno no puede ser el pobre.

—Creo que mamá se está muriendo —confiesa con una naturalidad que desborda de nuevo mis ojos.

Creí que ya me había secado con la muerte de papá, pero resulta sorprendente la capacidad que tenemos los seres humanos para derramar tantas lágrimas. La espontaneidad e inocencia con las que ha hurgado en la herida ha conseguido quebrar la escasa fortaleza que aún atesoraba. Soy yo quien tendría que poner la nota de cordura, pero me siento sobrepasada y no soy capaz de engañarle y decirle que se pondrá bien. Mi silencio es lo suficientemente aclaratorio para que sobre una respuesta. Más pena me causa,

por si no soportara bastante ya, el hecho de que sea el crío quien se aferre a mi cuerpo tembloroso para tratar de calmarme.

—No llores delante de ella, o se pondrá triste y pueden confundirse cuando llegue al cielo —razona—. Recuerda lo que me dijiste —evoca una charla que no soy capaz de recordar.

—¿Qué te dije, cariño? —pregunto con dificultad, separándome de su cuerpecito de hombretón para mirarle a los ojos con los míos enrojecidos.

—¡Cuando me contabas historias de la abuela! —protesta como si tuviera la obligación de acordarme de cada mentira que le conté durante tantísimas horas juntos—. Dijiste que la yaya fue directa al cielo porque siempre tenía una sonrisa en la cara y allí no van quienes no sonrían.

Siento que el corazón me va a explotar, pero hago un esfuerzo por sobreponerme y ejercer el papel de mujer adulta que se me presupone.

—Es verdad, tesoro —afirmo secándome las lágrimas y recomponiéndome como buenamente puedo—. Tengo una idea. ¿Por qué no jugamos a la última sílaba? —propongo en el momento preciso en el que se abre la puerta de nuevo.

Aparece Rafa con extrema seriedad, con los ojos también cargados. Vuelvo a sentir un pinchazo en el pecho, al ser la primera vez que veo a alguien como él a punto de derrumbarse.

—¿Te importa? —sondea lanzando un somero vistazo al crío—. Necesito ir al servicio.

—Descuida —lo tranquilizo, situando a la vez una mano sobre su hombro—. Tómame el tiempo que necesites —me muestro comprensiva. Por más daño que haya recibido en el pasado, la que está a punto de morir es la madre de su hijo—. Nosotros estábamos a punto de jugar y ahora aprovecharemos para hacerlo con mamá.

Aunque cuesta que Rocío se integre por culpa de la dificultad que conlleva un estado que ya se veía venir cuando se marchó a hacer las Américas, conseguimos echar un rato divertido. Pese a todo, tenemos que dejar el juego a un lado cuando la tos de mi hermana se vuelve agresiva. Procuro que Rober no se dé cuenta de la sangre que limpio de los labios de su madre en pleno ataque respiratorio.

Aprovecho la aparición de un Rafa ya repuesto y un leve período de

tregua en la decreciente salud de Rocío para sugerir a Rober que se despida de su madre. Mucho me temo que por última vez, al ritmo que marcha el jodido cáncer galopante que la está corroyendo por dentro. De ser yo otra persona, diría que lo merece por ser tan mala como le recuerdo, pero nadie merece algo así. Ni siquiera ella. Seguro que tuvo sus razones para haber cambiado tanto. De hecho, los pocos días que hemos podido recuperar, tras la muerte de papá, se ha mostrado tan afable y cariñosa como una vez fue.

—...y da un abrazo a los abuelos de mi parte —consigo rescatar tan dolorosas palabras de la boca del crío, que se vuelve a abrazar con fuerza a su madre. Estoy tan ida, que no he sido capaz de reparar en que debía advertir a Rober de que no le dijera nada de eso a Rocío.

¡Joder, esto está siendo demasiado duro!

Ha aguantado como un campeón, pero, cuando consigue separarse de la que le dio la vida, que a punto está de perder la suya, se lanza a los brazos de su padre sin conseguir aguantar las lágrimas. Rafa mira a Rocío con la intención de decirle algo, pero niega con la cabeza y hunde la mirada en el suelo para marcharse sin poder decir adiós.

Volvemos a quedarnos a solas, en un silencio sólo quebrado por los quejidos del dolor que siente Rocío. Lo más penoso es que esta vez no es el cáncer lo que la devora por dentro, sino el sentimiento de culpa, el intuir que no volverá a ver la cara más bonita que ha parido madre. Me abrazo a ella sorteando su pecho e intentando transmitirle todo mi ánimo, demasiado escaso para tanto como necesita. O eso creía, porque utiliza las fuerzas escasas que aún posee para intentar separar mi cuerpo del suyo.

—Tengo que...

—Tienes que descansar y ponerte la mascarilla —decido interrumpir su aparente deseo.

—No, tengo que... Estos días han sido... maravillosos —admite con extrema dificultad, con la horrorosa banda sonora de fondo del maldito pitido que proviene de su pecho—. No te mereces... Tengo que contarte...

—No tienes que contarme nada —ejerzo un papel de madre que dudo que jamás pueda interpretar con todas las de la ley. No llego a reparar en sus palabras, sin embargo, pero ya es tarde para arrepentirme. Está demasiado mal para respirar. No hablemos pues de andar contando nada. Imagino que tendré que joderme y quedarme con la intriga.

—Papá me hizo... prometer.

—No hace falta que rompas tu promesa, Rocío —la libero de la carga que los remordimientos representan, aunque me muero por saber lo que oculta.

—Mamá...

—¿Qué pasa con mamá? —pregunto extrañada, llegando a creer que está empezando a delirar.

—Tú no... Mamá no era... tu madre —acierta a decir por fin, consiguiendo golpear con fuerza en mi mundo, que se tambalea sobre sus cimientos derruidos.

Y entonces, sin razón aparente, recuerdo lo que me dijo Rafa, aquel día en el que quedamos, poco antes de la denuncia falsa de Rocío. Pero no puede ser. Esto es demasiado fuerte para que tenga razón y mi hermana me esté engañando. ¡Joder, que es mi hermana y se ha comportado como tal en sus últimos días!

—Rafa me dijo que...

—Rafa sólo... quería protegerte. Y yo, pero... tienes derecho... derecho a saberlo.

—Yo no...

No sé qué decir ni cómo actuar. Si mamá no es mi madre, eso quiere decir que Rocío no es mi hermana. Hermanastra, en todo caso. Es podría explicar... No, me niego a creerlo.

—Papá estuvo casado... con otra mujer... una gitana —sigue confesando para añadir mayor ansiedad a mi respiración agitada—. Murió cuando naciste.

—No me lo creo —niego mi supuesto origen, a pesar de los flashes que vienen a mi atormentado cerebro. Unos recuerdos en los que Rocío me defiende a hostias en el colegio, cuando los niños de Segundo me llamaban negra.

Vuelve a aparecer la tos, mezclada con una sangre cuya portadora se empeña en defender que no comparte conmigo. A pesar de su lucha por evitar que le ponga la mascarilla, tengo más fuerza que ella y consigo tapar su boca y su nariz. Creo que, además de ayudarla, mi intención es la de no seguir oyendo una confesión tan dañina. En apenas unos segundos, me vienen

cientos de recuerdos asociados al color de mi piel, a lo similares que siempre fuimos papá y yo, a los pocos rasgos que compartía con mamá y con Rocío. Esto es demasiado fuerte para mí.

Algo repuesta por la ventilación que recibe, hace lo que entiendo como un último esfuerzo por intentar desvelar lo que prometió a papá que jamás me contaría. Sin embargo, no hace el amago de retirar la respiración asistida.

—Mamá me lo contó. Se vio forzada después de... una de tantas veces que... acabé frustrada. Todas las atenciones... eran para ti —comienza a justificar su drástico cambio de actitud hacia mí—. Yo te quería con locura... pero me dieron de lado —apunta a los celos como el origen de su odio, sin ser capaz de reprimir sus lágrimas y su vergüenza—. Eras la pequeña... la que sufría acoso... la que peores notas sacaba... la que dejó los estudios.

—Te estás esforzando demasiado —le recuerdo, dejando a un lado mi vida y preocupándome de nuevo por la suya.

—Perdóname —me suplica con amargura, rompiendo a llorar con fuerza, lo cual desemboca en un violento y nuevo ataque de tos.

—Te perdono —me apresuro a decir, intentando incorporarla un poco para que los pulmones se repongan, pero no lo consigo—. Te juro que me olvidaré de todo, hermana —recalco—, pero tranquilízate y respira tranquila.

No lo hace, sin embargo. De hecho, su respiración se vuelve arrítmica y la ansiedad por la asfixia se desprende de sus ojos. Siento pavor al ver que la vida se le escapa, por lo que dejo reposar su cuerpo sobre la cama y salgo corriendo hacia el pasillo para pedir ayuda. Apenas tardo unos segundos en regresar y sufro un nuevo impacto cuando descubro el cuerpo de mi hermana sufriendo convulsiones.

Oigo gritar a las enfermeras. Por delante de mí pasa mucha gente. Algunas de esas personas me hablan, cogiéndome por los hombros, pero no las consigo oír. Sólo soy capaz de recibir en mis oídos el pitido uniforme de la máquina que controla las constantes de quien nunca fue mi hermana, de quien se comportó como tal con sus primeros pasos y con su último aliento. Mi hermana, mi única hermana, quien ya puede marchar tranquila por haberse liberado de una carga demasiado pesada.

Rocío, descansa en paz.

Capítulo 61

Estábamos en la misma cafetería en la que conocí a Cris. Rocío hablaba con cierta dificultad sobre algunas vivencias con Rober y Rafa. En ese momento me relataba uno de sus muchos viajes. Fueron a Barcelona y, entre otras cosas, visitaron Port Aventura. Se le llenaba la boca de orgullo hablando de su hijo y de su marido; los mejores del mundo, que aseguraba. Al principio de su relato, consiguió captar toda mi atención e incluso llegué a imaginarme viajando con ellos. Siempre he sido bastante soñadora; consigo sentir como propios los sueños o experiencias que no he llegado a vivir.

Sin embargo, yo no le dedicaba la atención que merecía. Fue hablarme de Barcelona en aquella cafetería y mi cabeza voló al país de los príncipes azules. Divagaba tratando de recordar cada detalle de aquel embarazoso primer encuentro con él. Recuerdo lo molesta que le resulté, con el burdo intento de hacerle creer que lo había confundido con un antiguo compañero de clase. Estaba loco porque me fuera, a pesar de que ya me había captado para su juego. O eso imagino. Era demasiada casualidad que hubiese wifi gratis con una calidad de la señal excelente. Creo que, ya por entonces, tenía miedo. Miedo de mí, de enamorarse. Aquel día vio en mí algo diferente a las demás y sintió pánico. Lo que no alcanzo a comprender es por qué no me descartó. Puede que confiase en que «el probador de mujeres», su inseparable amigo Phil, no me eligiese en nuestra primera cita. O quizás no estuviera planificada ni tampoco mi encuentro con el rubio surfero, a quien sólo vi fumar aquella noche. Formaba parte de su amplio catálogo de herramientas de seducción, tal y como me confirmó en Austria Cris.

—Te aburro, ¿verdad? —me preguntó desanimada.

—No es eso, sino que... —Vacilé por un momento, evocando tiempos pretéritos—. Aquí fue donde conocí a alguien muy especial.

—¿Ese rubio cañón con pintas de surfero de Noruega?

—No. —Por increíble que parezca, me hizo reír—. A él no lo conocí aquí, pero a su inseparable amigo, sí.

—¡Anda, los gastas a pares!

«Si tú supieras», llegué a pensar. Evidentemente, no era el momento de explicarle la extraña situación que me llevó hasta ellos. Nuestra relación

había reparado muchas grietas, pero no me sentía con la confianza suficiente para desvelarle algo que ni siquiera conté a mis xoxis.

—En realidad, he estado liada con el rubio —reconocí—, pero el que me atrajo desde el principio fue su amigo.

—Rober me habló muy bien de él. Me dijo que jugaban a la consola. Debe de ser un buen chico.

—Lo es —admití sin dudar ni un segundo—. Es el mejor amigo que se puede tener.

—Pero tú no necesitas un amigo —completó por mí.

Fue la última cita de hermanas-amigas que compartimos. Esa misma tarde sufrió un ataque en casa, que derivó en una de las vivencias que jamás tendría que soportar un crío. Un niño no tiene la necesidad de ver a su madre vomitando sangre. Rober no tendría que haber sido testigo del principio del fin de su madre, a la que comenzó a escapársele la vida en ese momento. Al menos, de forma más que evidente, ya que los síntomas eran visibles desde mucho antes. Aún recuerdo el día en el que apareció con ese enorme sombrero, que tan mal le quedaba. Pero claro, con él ocultaba parte de las secuelas de la quimioterapia. La otra parte, imagino, la completaría pintando cejas donde ya no había rastro alguno de pelo natural.

¡Y menos mal que accedió a quedarse en casa!

Al principio se negó rotunda, pero Rober insistió en jugar a la consola en casa. Inocente, creyó que Phil pasaría a visitarlo, como si de cualquier colega se tratara. Rocío defendía que era yo quien debería ir a su casa, si lo que pretendía era ayudarla con las tareas cotidianas y con el cuidado de su hijo. Además, alegó que me convenía alejarme del hogar familiar hasta que se enfriara lo de papá. Sin dudarlo, le dije que no quería huir de los únicos retales de mi vida que aún pervivían. Pese a que ya no lo recuperaría, quería sentir en el ambiente el aroma a papá. Oler su colonia barata mezclada con el agrio hedor del vino tinto cuando, cada día, hiciera su cama sin utilizar. Cruzarme a diario con decenas de cuadros, como pequeños viajes a un pasado infinitamente mejor que el negro futuro que se avecina.

—Niña, ¿por qué no sale a da una vuelta y deja de pensá? —se interpone Carmela entre mis recuerdos y yo.

—Pensar no es malo, cuando tu mente se puebla de recuerdos

maravillosos.

—¿Que está d'acuerdo con qué troso?

En esta ocasión, a pesar de su ocurrente rima, apenas consigue rescatar una ligera sonrisa de un interior devastado.

—Dígame la verdad, Carmela, usted se hace un poco la sorda, ¿verdad?

—Pos claro que me amordo a la mardá, niña. Hay que tené mucho cuidao en los tiempo que corren.

—Claro. Estoy segura de que usted —secundo, bajando el tono con esta última palabra—, siempre tan acertada, se amolda a la maldad.

—Estoy jarta de desirte que no me llame de usté.

Creo que acaba de verse arrinconada por mi expresión y por el recuerdo de un «usted» casi susurrado. Hace el amago de levantarse, imagino que a punto de buscar una excusa, pero la agarro del brazo.

—También está harta de insistir en que ya somos familia —apunto con lo que suena a reproche cargado de cariño—. ¿Aún no me he ganado el derecho de que comparta conmigo su secreto? Me encantaría conocer qué hay detrás de esa sordera selectiva. Porque no me creo que la explicación de su increíble habilidad para rimar palabras resida en un aprendizaje para que no le quitasen la pensión por invalidez.

—Mas pillao, ¿no?

—Sí, hace mucho tiempo que la pillé —sonrío con ternura, cual padre comprensivo confesando a su hijo que hace mucho que descubrió restos de tabaco en sus bolsillos.

—Todo ocurrió hace mucho —comienza a explicar, con un acento que no reconozco, lo cual me hace alzar mis cejas sorprendida—. Sí, hija, soy andaluza, pero con estudios —aclaro, consiguiendo que recuerde aquella nota tan bien redactada que me dejó sobre la encimera—. Nuestro modo de hablar me sale solo. De hecho, me cuesta más hablar bien, que hacerlo mal. La falta de costumbre, miarma.

—Pues devuélvame a la Carmela que conozco, por favor. ¡Sal de este cuerpo! —le grito, zarandeándola por los hombros con cuidado de no romperla.

—¡Ay, quita, jodía!, que me va a despeiná!

—¡Esta es mi Carmela! —celebro.

—Sólo si me tutea de una puñetera ve en tu vía —amenaza.

—Le prometo que... Te prometo que no volveré a hablarte de usted en mi puñetera vida —le juro parafraseando su final—. Y ahora, continúa, por favor.

—Cuando murió mi marío —retoma su relato con el más característico de sus acentos—, después de muchos año cotisao a la Seguridad Sosiá, me quedó una auténtica porquería de pensión de viudedá. Por más papeles que moví, me tuve que quedá con esa limosna. Al paresé, el que fue su jefe durante muchos año le había estao estafando. Metía dieta por aquí, desplasamiento por allí y luego presentaba otra cosa en las nómina. Mi marío siempre fue mu suyo y no compartía sus cosa conmigo. Los problema der trabajo se quedan en er trabajo —desía siempre.

—Vamos, el machista por excelencia.

—Pero me quería con locura. Era er típico hombre de aquellos tiempo de puertas pa fuera, pero luego era otro en casa. Llegaba destrosao, pero se partía los cojone pa hacerme pan rallao, pa dejarme listo el fregao y aún le quedaban fuersa pa darme un repaso por la noche.

—Un auténtico príncipe azul —sueño.

—¿Asul dise? Más negro que tú —bromea—. Perdón.

—No hace falta, Carmela. Mi hermana me ha contado... Pero termina de contar tu historia.

—¿Qué ta contao tu hermana?

—Todo.

—¿To? —repite interrogante.

—Sí, todo, pero continúa.

—Po na, que ya se me había pasao el arró pa termina mis estudio de Lengua y Literatura hispana.

—¿Usted? —pregunto asombrada, olvidando mi promesa de no tratarla más de usted.

—Yo misma. Dejé la carrera a medio camino pa dedicarle mi vida a

mi casa y...

—¿Qué ocurre?

—Yo era de familia humilde —admite con el semblante entristecido—, así que tuve que limpiá casa pa pagarme la carrera, cuando todavía éramos novio. Un día, con la bulla de termina de limpiá un portá pa llegá a tiempo a las clase, no sequé bien el suelo...

—¡Dios mío, no sabía nada!

—El golpe en la cabeza fue el más aparatoso y el que me dejó medio sorda de un oído. Sin embargo, al cabo de los años me dijeron que no podía tené hijo, después de mucho tiempo intentándolo —admite desolada, pese al paso de los años—. Cuando él se marchó, me vi tan sola y desamparada, que decidí devorvé al Sistema lo que el Sistema me había dao. O sea, ¡na!

—Y entonces decidió usar sus conocimientos para agravar esa sordera.

—Me encantaba Bécquer. ¡Er sevillano más grande que ha parío madre! —exalta la figura del magnífico poeta de nuestra tierra—. No sé cuántas veces me leí el Rimas y leyendas. Me llevaba el libro hasta pa cagá —bromea de nuevo, consiguiendo sacarme esta vez una carcajada escandalizada.

—Eso lo explica todo.

—Po eso, hablando de explicarlo to, ¿qué es lo que te contó tu hermana? —aprovecha para cambiar de tercio con ese arte que tiene para todo.

—Si es posible que ya lo sepa. ¡Seguro! —añado—. Usted fundó el barrio —exagero.

—¿Me está llamando vieja, jodía? ¡Malas puñalás te den!

Ambas reímos con una expresión que hacía años que no oía. Y ella la suelta con una gracia y una naturalidad que consiguen que hacerme olvidar por unos segundos la triste realidad.

—La Juani no era mi madre.

—Demasiado tarde tas enterado, pero era lo mejor. No había necesidad de hasé cargá a una cría con los problemas de los padres.

—Puede que tengas razón, pero me habría gustado saberlo antes, en

lugar de enterarme en el lecho de muerte de mi hermana —añado antes de lanzar la duda que me corroe desde que todo se normalizó un poco en mi cabeza.

—Díselo a tu hermana. —Mi expresión de extrañeza la coge tan desprevenida como a mí su reflexión—. No lo sabes.

—¿Qué tengo que saber? —la interrogo, aun previendo su respuesta. No debe de ser diferente de las conjeturas que se pasean a sus anchas por mi atormentado cerebro, sin orden ni concierto.

—Juan no era su pare. Pensaba que... Dijiste que te lo había contado...

—¡Lo sabía! —celebro, como si fuera un motivo de alegría—. No me cuadraba. Si yo era la pequeña, Rocío ya tenía que ser hija de mi madre antes de que mi padre la conociera. O eso, o papá le puso los cuernos a mi madre biológica antes de que muriese —elucubro—. Eso lo descarto por completo. Él era demasiado leal a su esposa y a sus hijos. Jamás nos habría hecho eso.

—Tú las dicho to, niña.

—He vivido engañada durante años —resuelvo con una mezcla de nostalgia y de cierta decepción—. Ahora entiendo a Rocío, aunque no creo que yo hubiera reaccionado nunca así. Se vio relegada a un segundo plano por su padrastro y por su propia madre, en beneficio de... de una gitana que...

—En beneficio de su hermana, de una persona, Lusi. No reniegue nunca de tus orígenes.

—No lo hago, pero... ¿Sabes? Cuando me asaltaron las dudas, quise creer que mi madre eras tú, pero no tenía sentido. Ni papá habría engañado a mamá... a Juani con la vecina, ni tú eres gitana, como yo.

—Pa empesá, la Juani fue tu mare, aunque no te parió, y pa termina, tú no ere gitana. Ere como un café con leche, mitá y mitá. —Consigue hacerme reír de nuevo, la jodía—. Y de lo tuyo con el rubio, ¿qué? ¿Sigue en tus trese?

—Lo nuestro acabó. Además, ahora no tengo tiempo para pensar en hombres. Debo dedicar todos mis esfuerzos en mirar al futuro.

—Mientras esta vieja majareta, sorda y poeta, siga viva, a ti no te va a fartá er plato de comía, miarma.

—Ya lo sé, querida, pero ya es hora de que me valga por mí misma. Aunque esté sola en el mundo, o casi sola —corrijo para no cagarme una colleja—, ya sé quién soy y lo que quiero.

—Niña, ¿te puedo desí argo y no te lo toma mal?

—Adelante.

—¡Tú no tiene ni puta idea de lo que quiere! —sentencia.

—¿Por qué dices eso?

—No te haga la tonta, que sabe de lo que hablo. Sabe mu bien de quién hablo.

—Tengo algo en mente —apunto, haciéndome la tonta, precisamente—. Es posible que gane mucho dinero, aunque no es algo seguro.

—En esta vida no hay na seguro, cariño, salvo la muerte.

Su aseveración despierta un escalofrío que me recorre de arriba abajo. Cuando ella se marche, ya podré decir que no me quedará nada, nadie. Rober, lo quiera o no, se hará mayor y cada día sentirá menos necesidad de visitar a su tata. Carmela tiene razón, como siempre, pero no puedo hacer nada. Ni siquiera sé si soy capaz aún de participar en ese juego. No me imagino tirándome a unos desconocidos y haciendo de todo con ellos, mientras que sus ojos cargados de celos... No quiero ni pensarlo. ¡Jodido cobarde!

—Hay algo seguro, Carmela. A partir de hoy, mi futuro lo decidiré yo misma, sabiendo quién soy y a dónde voy.

Capítulo 62

—...y de todo esto, sólo hay una cosa que tengo clara, chicas: ni sé quién soy, ni tengo ni idea de qué camino tomar —confieso a mis xoxis, llevando la contraria a la versión de mí misma que ayer trasladaba a Carmela una etérea seguridad.

—Eres la puta ama, tía —celebra Macarena con tono chistoso, nada apropiado después de haber abierto mi vida en canal.

—¡Tú siempre tan inoportuna, carallo! —se queja Noly.

—Intentaba distender un poco el ambiente, pero se ve que todo lo que hago o digo molesta.

—Es que tienes que saber elegir mejor el momento, Maca —interviene Gema.

—Yo, al menos, suelo hacer o decir algo, ¡proponer algo!, no como la gallega, que hay que sacar un diccionario para saber si dice sí o no.

—¡Oye tú, que la gallega tiene un nombre! ¿O no?

—¿Ves lo que te digo? —defiende Maca haciéndose fuerte—. ¿Tiene un nombre, o no? Tía, háztelo mirar.

—Bueno, basta ya, ¿no? —intercedo, ciertamente molesta porque, en vez de ayudarme, estén consiguiendo generarme mayor ansiedad.

—Vamos a ver —amenaza Gema con uno de sus templados razonamientos, tan habituales desde que se casó. He coincidido muy poco con ella últimamente, pero Noly me tiene al tanto con sus mensajes de Whatsapp. Según asegura, Gema parece otra diferente de la cabra loca que bromeaba hasta el culo de ron, fingiendo follarse a una papelera a la salida de la discoteca por ser la única que no se había comido un rosco. Ahora va de mujer madura, de señora madura, capaz de aconsejar a cualquiera sobre lo que sea, aunque no tenga ni idea de lo que dice. Y si al menos fuera breve— ... El problema principal con el que nos encontramos es que no sabes si ir o no ir a esa especie de bacanal romana. ¿Correcto?

—No te enteras de nada, Gema —me lamento frustrada.

—Lo que yo te digo —se crece Maca.

—Mejor que tú no digas nada —le ataca Noly—. O haz lo que quieras —rectifica para no aportar nada con su intervención.

—Tienes miedo de dar un paso tan importante en tu vida, ¿verdad? —entiende la más discreta de todas. La verdad es que Isabel habla poco, pero, cuando lo hace, suele captar la atención de todas con sus acertadas reflexiones. Siempre he pensado que su trabajo como pedagoga en una fundación de apoyo a personas autistas le dio la estabilidad que necesitaba. Toda su vida ha sido muy introvertida, rarita, pero ayudar a otras personas más necesitadas que ella ha sido su mejor terapia—. Crees que podría solucionarte la vida, siempre que ganes, pero perderás de todos modos.

—¡Por fin me entiende alguien! —celebro.

—Y si sólo querías consejo sobre eso, ¿por qué nos has contado todo lo demás? —muestra su desconcierto Noly.

—Porque sois mis amigas. Porque ya no me queda nadie a quien contar mis penas. Porque no tengo la suerte de tener a mi lado un hombro sobre el cual dejar caer las muchas lágrimas que aún me quedan —confieso, sintiendo precisamente el escozor de ojos previo al llanto.

—¿Un hombro o un hombre? —cuestiona Gema con escaso acierto, una vez más.

Como no podía ser de otro modo, provoca que mis ojos se humedezcan con su falta de tacto. Sin embargo, me esfuerzo en reponerme ante su pregunta, que supone ahora mismo el menor de mis problemas. No lo hace con maldad, aunque a veces tendría que pensar un poco las cosas, antes de soltarlas. Y mira que no soy la más apropiada para defender esto, pero esta vez tengo el derecho de ser yo quien recrimine, en lugar de la recriminada. Aunque no lo haré, porque no me supondrá la menor ayuda. Al revés. Son mis amigas, con sus virtudes y sus defectos, como siempre lo he sido yo para ellas.

—Pues también —reconozco el deseo imposible que llevo mucho tiempo soportando en silencio.

—Está jodida la cosa, entonces —observa Noly—. Tienes la extraña habilidad de enamorarte poco, pero hacerlo siempre de la persona equivocada.

—¿Le has confesado lo que sientes por él? —se interesa Gema.

—Se lo he dejado caer, pero...

—¿Pero no sabes que los tíos son tontos del culo, tía? —censura Maca mi falta de decisión—. Podrías ponerle tu corazón en una bandeja y no enterarse de que estás loca por él. En cambio, si lo miras en una discoteca, estará convencido de que quieres tirártelo —razona, consiguiendo que todas nos riamos, con más o menos intensidad.

—Por primera vez estoy de acuerdo contigo —reconoce Noly—. Aunque...

—¡Ya! —gritamos al unísono casi todas, evitando la doble interpretación tan habitual para cualquier cosa que diga Noly, lo cual provoca una nueva carcajada.

—Él tampoco se ha declarado —entiende Isabel para disipar las risas, aportando su habitual objetividad.

—Así es —confirmo—. Pero él... es muy complicado. Tiene un extraño sentido de la lealtad.

—Nos has contado que su prometida le engañó con su mejor amigo.

—Sí, pero...

—Pero él no quiere fallar a su único amigo —decide cortarme—. ¿Serías capaz de volver a mirarme a la cara si me pisaras al hombre del que estoy enamorada?

—Ella sí —bromea Maca—. Siempre ha sido un poco guarrilla.

—¡Y tú eres una bocazas amargada! —la insulto con cariño, sin la menor acritud—. Puede que tengas razón. Seguro.

—A veces hay que darles un empujón para que salten al vacío —apunta Noly, consiguiendo que recuerde el estupendo día que me regaló Phil, cuando hice puenting por primera vez.

—¿Estás sugiriendo que participe en el juego para activar sus celos?

—No sé. Puede que le haga reaccionar. O quizás no.

—Vale, Noly. Ya me ha quedado claro.

—Esta vez, aunque me pese —se interpone Maca—, tengo que darle la razón—. Hacer eso puede convertirse en un arma de doble filo. Es una apuesta a todo o nada.

—Coincido —secunda Gema el veredicto compartido por Noly y Maca.

Miro a Isabel, confiando en que, al menos ella, se mantenga firme y defienda mi participación en el juego para obligar a Cris a dar el paso que anhelo. Sin embargo, se limita a alzar sus cejas, como queriendo indicar, resignada, que le parece acertada la visión de Maca.

—Perfecto, me habéis resuelto todas las dudas que traía cuando os cité para tomar café.

—¿Quieres amigas o alguien que te empuje a cometer un error irreparable? —me plantea un auténtico enigma Gema.

—Lucía, nos estás pidiendo que decidamos por ti en una apuesta a negro o rojo —apunta Noly.

—Sabes perfectamente que, aunque nos comportemos como unas capullas, somos tus xoxis y queremos lo mejor para ti —me envía Maca su alegato, declarando inocente a la amistad que nos une—. Creo que hablo por todas y estoy convencida de que ninguna de nosotras se querría encontrar ahora mismo en tu pellejo.

—Si el moro está tan bueno como dice, ¡yo me cambio por ella, carallo!

Reímos la ocurrencia de una Noly poco acostumbrada a gastar bromas. Apenas suele aprovechar momentos como este, por aquello de distender el ambiente.

—Pongamos que me decido —planteo, a pesar de haber firmado ya mi aceptación a las múltiples cláusulas del contrato que les cede mi cuerpo, una vez superado el examen médico de esta mañana—. ¿Qué cojones hago si, en vez de Cris, es Phil quien completa ese paso que parece incapaz de dar?

—Entonces tendrás un serio problema —dictamina Noly—. O puede que... Da igual.

—¿No quedamos en que está igual de cañón que el otro y que es una auténtica máquina de amar? —expone Gema en su cuestión.

—Amar no es lo mismo que follar —razona Maca.

—Así es —decido secundarla—. Es muy inmaduro y...

—Y no es tu príncipe azul —sentencia Isabel.

El demoledor silencio que se interpone entre nosotras es lo suficientemente revelador como para entender por fin que la charla sólo ha servido para reunirnos. Después de tanto tiempo y a pesar de alguna ausencia, es lo único positivo que puedo extraer de nuestro encuentro.

Me temo que esta noche no pegaré ojo y mañana me levantaré sin haber tomado todavía una decisión. Es lo que merezco, por meterme en estos fregados. Al menos, espero que, haga lo que haga, consiga dar el paso correcto por una vez en mi vida.

Capítulo 63

Doscientos euros. ¡Cuánto habría yo agradecido la mitad de doscientos pavos hasta hace bien poco! De hecho, sigo necesitando pasta como el aire que respiro, pero este dinero no me pertenece. Por contrato, sí, ya que me hicieron el ingreso con el propósito de que me comprara ropa adecuada para presentarme hoy radiante. Sin embargo, he decidido romper el acuerdo de forma unilateral. Después de reflexionar y estrujarme la cabeza una y otra vez, veo poco que ganar y mucho que perder. ¿Que es mucho dinero? Muchísimo, pero nadie me garantiza que yo vaya a ser la ganadora. En cambio, si no participo, tengo asegurada mi integridad moral. Y eso es más importante que el mayor de los tesoros.

Pese a todo, he decidido arreglarme porque nací así de presumida. O quién sabe si no lo llevo realmente en los genes. Puede que la devoción que siento por mi físico y el tiempo que dedico a realzar mis armas naturales formen parte de una estrategia. Un plan, según el cual me hicieron creer mis padres que yo era la niña más hermosa del mundo. Salta a la vista el gran trabajo que hicieron conmigo. Eliminaron todo rastro del complejo que llegué a sentir de pequeña. El problema es que se llevaron por delante a Rocío.

¿Cómo iban a saberlo por entonces?, los pobres.

Los niños no vienen con libros de instrucciones. Es muy complicado gestionar la vida propia. Ya no digamos cuando se trata de la ajena, la de una cría acomplexada por el color de su piel. Un proyecto de mujer a la que, sin preverlo, malcriaron hasta convertir en el fracaso de persona que soy en la actualidad. Casi siempre, darlo todo no es la mejor opción. Y lo más irónico es que no me facilitaron lo más importante: una identidad. Creyendo siempre que era una paya de tantas en un barrio gitano, cuando en realidad desconocía ser una merchera. De haber conocido antes mis orígenes y no haber estado tan mimada, es posible que hoy fuera una persona completamente diferente. ¡Seguro! Aunque, de poder elegir, no sabría si quedarme con mi vida actual o con la proyección de otra que ya no tendrá lugar. Básicamente, porque no habría disfrutado de tantas cosas buenas como han modelado mi existencia. No todo fueron problemas. Además, en otra vida no habría cuidado de Rober, no habría conocido a mis xoxis, ni a Phil... ni a él.

—¿Él? —sondea Carmela.

—¿Qué?

—Que si piensa en él.

—No. Es... bueno, sí. En realidad, pensaba un poco en todo. Han ocurrido muchas cosas —explico aún pensativa—. Se ha derrumbado la farsa de vida que...

—¿Farsa? ¿Acaso piensa que tus pare fingían quererte?

—No es eso.

—¿Que no es eso? Entonse eres tú la que no quería a tus pare por no haberte contaó la verdá, ¿no? —Niego con la cabeza por no ser capaz de encontrar las palabras adecuadas—. Niña, tu vida es la que es. Las cosa hay que pillarla ar vuelo, tal y como vienen. Unas vese caen de cara y otras de cru, pero no puede lamentarte por cosa que no dependían de ti —razona con una lógica aplastante—. Conseguí ar maromo ese sí depende de ti, así que tiene que luchá por él.

—Pero el no quiere traicionar a su amigo —alego—. Si antepone su amistad a su interés por mí, quizás sea porque me he creado unas expectativas que no se corresponden con la realidad.

—Lusi, la sorda soy yo, pero tú ere la que no se entera de na. ¡Ese tío está loquito por ti desde er principio!

—¿Qué está loco por mí? No digas tonterías —reacciono con amargura—. No niego que le guste, pero de ahí a estar colado por mí va un mundo.

—Un mundo y dos persona. Eso es lo único que hace farta pa que triunfe el amó, niña. Que no se te orvide nunca que er corasón no entiende de amigo. Ese hombre tendrá sus historia der pasado, pero se muere por está contigo. A lo mejó es que nesesita argo más de ti. Hay hombre y hombre. Ese muchacho es mu prudente y seguro que se habrá llevao argún desengaño —imagina con un acierto sorprendente—. Ponte en su lugá. Si ve que la mujé que le gusta está con su mejor amigo y ella juega ar despiste, como solemo hasé to las tía, ¿te lansaría tú ar vasío, cuando eso puede acabá con una amistá?

—No.

—Po creo que no hase farta que diga más na, chocho.

—Me encantaría ser como tú, Carmela. Siempre tienes a mano la

palabra adecuada, el mejor consejo, los...

—Y eso que no has probao mis garbanso con acerga.

—¿Ves? —reacciono sin poder evitar la sonrisa—. Tienes siempre claro el momento exacto para callar o bromear.

—Deja de tirarme los tejo, que yo ya estoy mu vieja pa estos guarreo y nunca me han gustao las tortilla —bromea con la posibilidad de que terminemos liadas—. Pon tus ojo donde los tiene que poné y sirve tu corasón en bandeja de plata a quien lo merezca. Y ese alemán vale mucho, miarma. No lo deje escapá.

—Austriaco.

—¡Lo que sea, chocho! Si cuando meten su lengua entre tus pierna, to los tío hablan iguá.

—¡Carmela! —protesto golpeando su brazo con cuidado de no dañarla.

Zanjamos la charla con un abrazo y con su deseo de que escoja la mejor opción con vistas a mi futuro. Menos mal que he declinado participar en el juego, ya que estoy convencida de que se habría olido algo y me habría soltado algún sermón filosófico de los suyos. Aunque con ella nunca se sabe. A lo mejor me habría animado a disfrutar de la bacanal, ahora que aún puedo.

Al oír el claxon de un coche, ni siquiera me molesto en asomarme para asegurarme de que me esperan. Sé que es Phil. Cuando me ingresó el dinero en la cuenta, se encargó de hacérmelo saber con un mensaje, además de advertirme de que vendrían a recogerme este día a esta hora. Di por hecho entonces que sería él. A Cris no le veré el pelo, salvo que sea estrictamente necesario. Estoy convencida de que se ocultará tras algún tipo de enorme cristal, como los que gasta la Policía en las ruedas de reconocimiento.

Cuál es mi sorpresa al descubrir, frente a la puerta de mi casa, un coche negro con los cristales tintados y la característica pegatina en la luna trasera que llevan los vehículos de alquiler. Al verme salir del portal, se apea del asiento delantero un desconocido con camisa y corbata que bordea el coche para abrirme la puerta trasera.

—La señorita Lucía, ¿verdad?

—La misma que viste y calza.

—Tome asiento, por favor —me pide educado—. Aunque mi empresa

suele permitirlo, me han ordenado que le recuerde la prohibición de fumar.

Joder, ya no me acordaba de esa cláusula. Imagino que no querrán que nuestro aliento apeste a tabaco cuando entremos en acción.

—Gracias por recordármelo. ¿Tiene fuego?

—Yo...

—Era una broma —le advierto tomando asiento sonriente por haber vacilado al pobre chaval. A la vista de su nerviosismo, no debe de tener mucha experiencia como conductor de pasajeros.

Salimos de Triana hacia el margen del Guadalquivir y tomamos dirección hacia Cádiz para incorporarnos luego a la SE-30. Cruzamos el Puente del Centenario y, poco después, justo antes de la entrada sur, que desemboca en mi querido estadio Villamarín, nos desviamos en dirección a la A-4. Es entonces cuando me pregunto si se encuentra en Sevilla el local al que nos dirigimos.

—¿Falta mucho?

—No, ya queda poco. ¿Se aburre? —indaga el joven, atento a la carretera, cuando lo normal es que los tíos acomoden el espejo retrovisor para deleitarse con mi pecho—. Puedo poner música, si lo desea.

—Sí, por favor.

Durante el trayecto que discurre por la arteria nacional, me distraigo canturreando una canción que podría definirme casi a la perfección. Todo lo que saca Malú me encanta y muchas de sus canciones describen pasajes de mi vida, pero es que el videoclip de Contradicción tendría que haberlo protagonizado yo...

Si fueras tú me doy la vuelta

antes que toques a mi puerta.

Piénsalo bien, que aún no es tarde.

No ves, no ves

que traigo nubes de equipaje,

que de dolor va hecho mi traje

y que la vida de este viaje, verás, verás.

Toda mi noche y mi luz

que sentirás sólo tú.

*Soy dolor, soy un nudo en la garganta,
una canción, soy tormenta de esperanza
y destrucción.*

Ya lo ves, soy pura confusión.

Bienvenido, amor, a mi contradicción.

Al tomar la salida hacia el aeropuerto, vuelvo a preguntarme hacia dónde demonios me lleva este tío. ¿Habrán montado «el chiringuito» en otra ciudad?

—¿Te han ordenado llevarme a San Pablo?

—No, señorita Lucía. Llegaremos a nuestro destino antes del aeropuerto. Relájese. Ya casi llegamos.

En efecto, el coche se detiene en un polígono situado en el Parque Alcosa, casi a las afueras de Sevilla. Al momento entiendo las posibilidades creativas que ofrece una nave industrial, en un polígono ubicado a escasos minutos de los aviones que traerán a los jugadores. Posiblemente, el emplazamiento haya sido negociado con algún quisquilloso como el árabe, muy preocupado por su seguridad, a la vista de los guardaespaldas que gastaba.

Hay algunas naves abandonadas, aunque no tardo en descubrir la que alberga el Edén al que nos dirigimos. Separada del exterior por una verja que delimita un amplio espacio acondicionado como aparcamiento, se alza imponente junto a las envejecidas vecinas. Es la más grande de todas, aunque puede que se trate de la unión de varias. No puedo asegurarlo, ya que el negro impactante con el que aparenta haber sido recién pintada resalta sobremanera. Especialmente, gracias a las luces que iluminan la fachada con cuidada minuciosidad. Ningún nombre que advierta que nos encontramos frente a algún tipo de discoteca o algo similar. Un simple «club» campea sobre una puerta de hoja doble, iluminada con dos focos rojos frente a una pequeña escalinata formada por tres únicas piezas. Frente al club, seis o siete coches como el que ocupó, además de varios monstruos sobre ruedas que ocupan las plazas preferentes del improvisado aparcamiento.

—Hemos llegado.

—Muchas gracias. Ha sido un placer. Si volvemos a vernos, yo

pagaré la primera cerveza —me despido con una mentira como un piano, por aquello de cumplir.

—No creo que me apetezca a esas horas. Además, recuerde que tendré que llevarla de regreso.

—Es verdad. Qué tonta —me digo, sin haber previsto más allá de las cuatro cosas que vengo a decir—. Pues hasta luego —me despido y sitúo una mano en su hombro para que no se moleste en salir para abrirme la puerta.

Salgo del vehículo y me dirijo hacia la entrada. ¿Por qué no me sorprende que esté escoltada por el portero del Dreams? En cambio, sí que me extraño de no ver a los guardaespaldas del árabe o de otros participantes. No tardo en descubrirlos, sin embargo, en el interior de los lujosos vehículos de sus jefes. Aparentemente, andan distraídos con sus móviles, aunque me miran de reojo, analizando la posible amenaza que represento.

—Buenas noches —saludo al armario empotrado de color que guarda la puerta.

—Buenas noches, señorita Lucía —responde, llegando a sorprenderme que conozca mi nombre. Imagino que el rumor de que estaba liada con su jefe no tardaría en extenderse.

Paso por su lado y me dispongo a abrir la puerta, tras la cual imagino una completa colección de inimaginables recursos dispuestos de tal forma que todo invite al sexo. Hasta imagino toparme de frente con una piscina provista de una fuente central en el lugar que debiera ocupar una pista de baile.

—Pues vaya —escapa entre mis labios el sentimiento de decepción ante lo que me encuentro.

Una barra central redonda, como si se tratara de un chiringuito de hotel, preside un amplio espacio vestido de negro y rodeado por cómodos sofás de piel rojiza no muy chillona. No hay luces estroboscópicas, ni la típica bola ochentera dando vueltas con sus bombillas de colores, ni haces de láseres inundando un ambiente que invite a desinhibirse bailando. Se han bastado con distribuir de forma estratégica diversos focos de un rojo regulable, que van ganando intensidad con lentitud para, llegados a su tope, volver a reducir la luminosidad. Veo repartidos por los sofás a los clientes, porque no puedo llamarlos de otro modo, acompañados en algunos casos de chicas a las que tengo mucho que envidiar. Al menos, en lo que al aspecto

físico se refiere. Si al menos hubiese dado uso a los doscientos pavos...

—Pero no he venido para eso —me digo dirigiéndome a la barra para preguntar por los dueños, al no verlos en el primer examen ocular del club.

Por detrás del módulo central, que hace las veces de núcleo de operaciones con su nutrida colección de todo tipo de licores, aparece una cara que me resulta bastante familiar. Me acerco a ella con una ligera sonrisa dibujada en el rostro y me dispongo a saludarla.

—¿Maribel?

—Más o menos —contesta con su voz de ultratumba—. Sólo me llaman así en casa —aclara—. Tengo que reconocer que me sorprendió enterarme de que una chica como tú terminara aceptando unirse a esta locura, Lucía.

—¿Una chica como yo?

—Tengo ojo para la gente. Desde que te vi aparecer aquella primera vez por el Dreams, supe que eras diferente —evoca mi primera cita con Phil—. De hecho, me extrañó mucho que alguien como tú entrara en aquel antro. ¿Qué quieres tomar?

—No, nada. Quiero hablar con tus jefes. Yo...

—No hace falta que me expliques nada. Además, tus vaqueros y tu blusa ya son bastante esclarecedores.

—No puedo hacerlo —confieso al sentirme pillada.

—Era limón con nuestro amigo Jack, si mal no recuerdo.

—¿Cómo?

—Si vas a abrirte, mejor con un trago —razona y con ello explica el mencionado recuerdo. Le pareció un crimen que mezclase Jack Daniels con lo que sea—. El jefe no tardará en llegar; está revisándolo todo por última vez. Esto mueve mucha pasta y no quiere que se quede nada en el tintero. Tenemos unos minutos, así que cuéntame.

A pesar de la nula confianza que nos une y del violento primer encuentro entre ambas, termino explicándole por encima por qué no puedo participar en el juego. Omito la parte en la que anhelo encontrarme con mi príncipe azul y empujarlo al vacío que represento.

—...y la verdad es que me ha venido muy bien la copa —admito para

terminar mi explicación—. Estoy nerviosa porque no sé cómo se lo van a tomar. Ya sabes; hay un contrato firmado y...

—No te preocupes —me tranquiliza—. Todo saldrá bien. O, al menos, lo más importante —puntualiza guiñando un ojo y alzando sus cejas, como queriendo advertirme algo.

—¡Dichosos los ojos!

Me giro después de resoplar y antes de enfrentarme a los dos hombres que me han traído de cabeza en los últimos meses. Sin embargo, me sorprende encontrarme únicamente con Phil. Pese a que me muero por preguntar, evito interesarme por Cris. Conociendo lo cuadrulado que es, estoy convencida de que habrá ordenado a Phil que atienda a los presentes mientras que él se dedica a revisarlo todo por enésima ocasión.

—Phil —saludo algo seca, aunque endulzo el reencuentro estampando dos besos en sus mejillas.

—Sin que sirva de excusa, quiero que sepas que no sabía cómo ibas a reaccionar.

—No es necesario.

—Pero yo quiero mostrarte mis condolencias —insiste—. Tendría que...

—Espero que, al menos —decido interrumpir su alegato—, consiguieras ganar el campeonato.

—¿Ganar dices? Quedé el quinto de mi serie y no me clasifiqué para las semifinales. Allí había auténticos bichos —se lamenta—. Seguro que estaban dopados —justifica—. Yo usaba un método de entrenamiento algo más natural —bromea guiñándome un ojo. Pero que me quiten lo bailao, como decís por aquí. Estás muy...

—Normal —completo por él—. De hecho, he venido con la idea de hablar con vosotros. Yo...

—Isa, ¿te importa sacar lo que te di antes? —ordena a la camarera con voz de Ray Charles, que simula andar limpiando la barra y haciendo cualquier cosa que le permita enterarse de todo lo que charlamos. Menudita tiene que ser.

La chica, diligente, saca de debajo de la barra una carpetilla y se la entrega a Phil. Él, después de dar un trago a la bebida que unos instantes

antes le había servido Isa sin preguntar, abre el sencillo portafolios de cuero y extrae de su interior unos folios mecanografiados. Luego, para mi sorpresa, acerca su mano a la camarera y le coge el culo. Sin embargo, no tardo en comprender que me he dejado llevar por su fama.

—Siempre lleva un bolígrafo en el bolsillo trasero para sus anotaciones —justifica Phil antes de ofrecérmelo.

—¿Qué quieres que haga con esto?

—Lo que hayas venido a hacer. Aquí no importa lo que yo quiero, sino lo que tú desees.

—Lo sabías —resuelvo al comprender que me está brindando la posibilidad de rescindir el contrato.

—Hasta el último momento me has hecho dudar, aunque me he preparado por si se cumplía lo que ambicionaba desde pocos días después de conocerte. Conociendo cómo te encanta lucirte, he comprendido al verte que habías tomado la decisión más correcta.

—¡Ey!, ¿tan mal voy? —bromeo con la intención de cambiar la dinámica de la charla.

—Si no necesitas nada más, voy a atender a los clientes —advierte Isa a Phil al comprender, al igual que yo, que la conversación va derivando en un plano más personal.

—Tú siempre estás preciosa —confiesa Phil cuando la camarera abandona la barra—, pero... ¿Vas a leer el documento?

—Me fío de vosotros —aseguro sin faltar a la verdad. Sin embargo, echo un somero vistazo y me quedo con la cláusula en negrita que me libera de cualquier responsabilidad por la rescisión unilateral del acuerdo. Dirijo entonces mi atención a la parte baja del segundo y último folio y me dispongo a firmar—. Espera. Sólo está tu firma. En el contrato figuraban las vuestras y la mía, además de un apartado que especificaba que perdería cualquier validez en el caso de que no constaran las firmas de cada uno de los socios.

—Correcto.

—¿Entonces? Falta la de Cris, ¿no?

—En ese documento figuran las firmas de los socios participantes en el negocio —explica, generándome más dudas a la par que va creciendo una

molesta sospecha.

—¿Ya no sois socios?

—Ha decidido cambiar de aires. Lo cierto es que nunca lo vi cómodo con lo que hacíamos —argumenta para confirmar mi recelo.

—¿Ha abandonado esto y el Dreams?

—No sólo eso —ratifica mi temor—. Ha regresado a su país.

Quizás tendría que controlar mejor mis reacciones en ciertas situaciones, ya que no soy capaz de articular palabra alguna después de lo que acaba de revelarme. Todo un torrente de sensaciones, molestas la mayoría, se suceden en mi interior. La más angustiada de todas es la impotencia por la certeza de que nunca más volveré a ver a Cris. Puede que por eso escape una única lágrima revoltosa de mi control, obligándome a girarme hacia los presentes simulando buscar a quien ya me ahoga con su ausencia. Aunque pretendo aparentar que pienso que se trata de una broma, creo que Phil me conoce muy bien y sabe que intento ocultar mi tremenda decepción.

—¿Habéis discutido por mí?

—No.

—Pero vuestra amistad ha llegado a su fin —resuelvo.

—Ni mucho menos. Cris y yo somos muy diferentes, pero tenemos muchas cosas en común —explica sin dar la menor importancia a mi reacción—. Ambos compartimos el buen gusto por las mujeres, por ejemplo. En tu caso, los dos nos moríamos por estar contigo, pero ninguno quería hacer daño al otro. Él es mucho más complicado que yo, aunque aparente tenerlo todo bajo control.

—Se ha marchado sin despedirse.

—Por eso mismo. De haberte dicho adiós, es muy probable que hubiese flaqueado.

—Flaqueó muchas veces, pero nunca mostró demasiado interés. Salvo...

—Salvo la noche anterior a nuestro trío frustrado —completa por mí—. Y no será porque no lo intenté.

Su última confesión incompleta me sume en estado de absoluto

desconcierto. Su reacción en forma de condescendiente sonrisa consigue desorientarme más aún si cabe.

—¿A qué te refieres?

—Al viaje a Barcelona. ¿De verdad llegaste a creer que era tan importante para mí conseguir un acercamiento entre vosotros con fines puramente comerciales? —pregunta con una suficiencia que me hace sentir ridículamente inocente.

—¿Lo preparaste para...?

—¡Pues claro! Aunque yo no iba a entregar mi derrota sin luchar — evoca con cierto aire de melancolía—. Sin embargo, sabía que la guerra estaba perdida desde el día en el que acompañé a nuestro amigo del turbante y, al regresar, entendí que había ocurrido algo entre vosotros. Lo conozco muy bien y sé que intentó resistirse al poder de atracción que desprende por cada poro de tu piel, en cada salvaje palabra que sale de tu boca. Sólo necesitaba un ligero empujón para liberar su deseo —manifiesta seguro, recordándome con su argumento la sentencia de Carmela, con la que comparte una increíble similitud.

—No tiene sentido —discrepo confundida—. Aquella noche en la que... bueno, ya sabes. Aquella noche saltaba a la vista que no estabas muy feliz de que Cris y yo... ya me entiendes.

—Claro que te entiendo, pero entiéndeme tú a mí —solicita sin permitir que se difumine su eterna sonrisa canalla—. Cuando comprendí que estabas loca por Cris y que a él no lo había visto perder la serenidad desde... desde hace mucho tiempo, procuré acercaros, pero ya te digo que nunca me rindo. Digamos que favorecí una especie de competición, en la que tú debías decantarte por uno u otro. Y lo elegiste a él.

—Yo no...

—Tú sí, aunque pretendas negarlo. Y el hecho de elegirlo a él, aunque yo lo haya posibilitado, no lo hace más sencillo. Figúrate lo «bien» que sienta una resaca cuando despiertas con los sonidos del colchón en la habitación anexa, sabiendo que...

—Lo siento. Yo nunca pretendí... Imagino que fui demasiado egoísta.

—Tú no eres egoísta —sentencia—. Eres la mujer más generosa que jamás he conocido. Lástima que además estás tremenda —bromea—. De

haber contado únicamente con la primera cualidad, nunca me habría fijado en ti. En cambio, él...

—¿Estás sugiriendo que a Cris le atrae más mi forma de ser que mi físico?

—No, estoy afirmando que estás perdiendo un tiempo valioso en charlar con un sinvergüenza —asegura guiñando un ojo para reforzar su argumento—, al que sólo le atraes porque, además de ser un auténtico caramelito, veía como un reto el hecho de conquistarte.

—A mí no me engañas. Te habías enamorado de mí —aseguro con rotundidad.

—¿Y quién no? —pregunta con sus brazos alzados, como clamando al cielo—. Lucía, eres una mujer diez, pero yo no llego a esos niveles. No estoy a tu altura, aunque me haya empeñado en estirar la goma. ¡Si ya me acojoné cuando sentí que tenía que estar a tu lado al enfermar la perra!

—No tenías el menor compromiso —intento exculparlo.

—Sin embargo, quise engañarme intentando creer que sí lo tenía. Pero cuando llegó la hora de la verdad, supe que jamás estaría a su altura. El mundo está dividido en dos tipos de hombres: los que, como yo, llaman la atención para luego no dar la talla y los que pasan de puntillas, aparentando ser un clon de mr. Scrooge, a pesar de ser imprescindibles para la vida de cualquiera.

—Si te lo propusieras, tú también pertenecerías a este segundo grupo —aseguro, omitiendo la puntualización de que Cris, con su increíble estampa, no pasa precisamente desapercibido. Tampoco voy a hurgar en la herida—. De cualquier modo, parece evidente que ha concluido la guerra con tres bajas.

—No te equivoques, Lucía —me corrige tomando una de mis manos y llevándola a su pecho, a la vez que el sitúa una de las suyas sobre el mío. ¡Sobre mi pecho! Cuesta creer que esté hablando de Phil, resistiéndose a explorar la totalidad de unos senos que tan loco le volvieron desde el primer día—. Aún seguimos respirando.

—Pero tú mismo lo has dicho —me quejo con amargura—. Tú y yo no estamos hechos el uno para el otro.

—¿Perdona? Creo que no me has entendido. ¿Tú has mirado bien a tu alrededor, querida? Estoy rodeado de auténticas preciosidades. Sigo vivo y

con unas ganas tremendas de follarme cualquier agujero que se me ponga por delante —garantiza antes de dar buena cuenta de su copa. Ambos reímos su gracia, consiguiendo recuperar el buen rollo que existía entre ambos, aunque compartiendo un atisbo de tristeza en el fondo de nuestras miradas. Nos miramos con una mezcla de gratitud y de melancolía por lo que pudo ser y no fue. Lo queramos o no, lo hemos pasado bien y hemos aportado a la vida del otro algo que necesitaba en el momento justo—. Lucía, llevas buscándolo toda la vida. No lo dejes escapar.

—¿El qué?

—Dein traumprinz —responde en otro idioma—. El príncipe de tus sueños.

—No puedo. Él no... Además, no sabría cómo dar con él, en el supuesto de que encontrase el dinero para viajar a su país.

—Quédate con el sobre —me pide señalando el recipiente de papel que contiene los doscientos euros que pretendo devolverle—. Sabrás dónde encontrarlo.

—Ah no. Demasiado has hecho ya liberándome de...

—Quiero que te lo quedes, al igual que el pedrusco que te regalé —insiste en lo que suena a orden irrechazable—. Tienes mi teléfono. Bastará con un mensaje para que te haga un nuevo ingreso. Siempre puede surgir algún tipo de imprevisto.

—¿Por qué haces esto?

—Te encantaría oír que lo hago porque te quiero, pero me aseguré de no aprender ese verbo en mis clases de español —bromea con desvergüenza—. Lo hago por mi mejor amigo, lo hago por mi mejor amiga.

—Eres un sol.

—Pues aléjate de mí, no vaya a ser que te quemes, que uno no es de piedra y me sigo muriendo por esas tetazas. Además, tengo esperándome mucho adinerado que se muere por follar.

—Sólo sexo.

—Sólo sexo —repite, volviendo a guiñarme un ojo.

—Imagino que esto es una despedida.

—Un hasta luego, querida. Eso sí, vas a prometerme que pondréis mi

nombre a vuestro primer retoño. Ver la cara del capullo de Christopher llamando Phil a su hijo no tiene precio.

—¡Pero mira que eres cabrón!

—Así es, aunque soy encantador —asegura sonriente.

—Lástima que no hayamos podido despedirnos como más nos gusta.

—Habría sido muy cruel y no te habría dejado escapar. No lo alarguemos más —sugiere incómodo—, o tendré que hacerte callar metiendo algo en tu boca.

—¡Eres un cerdo!

Ni siquiera responde. Se limita a estrecharme entre sus brazos con la más inocente de las intenciones que le recuerdo y disfrutar en silencio de un adiós que, por más que aparente no afectarle en exceso, soñaba con no haber protagonizado jamás. Y yo también, la verdad. Me habría encantado que lo nuestro fuera posible, pero no se puede ir en contra de lo que dicta nuestro corazón.

Hoy, después de tantos años, por fin sé lo que quiero y voy a ir a buscarlo para aferrarme a él y no dejarlo escapar.

Capítulo 64

Estoy loca... por él. De otro modo no puede explicarse que me esté cruzando sola media Europa para intentar encontrarme con Cris. Porque no puedo engañarme; que dé con él es más complicado que encontrar una aguja en un pajar. Es como si hubiese decidido aventurarme en tratar de localizar en Huelva o en Cádiz a una persona concreta. La población de Salzburgo es similar a las que tienen las hermanas andaluzas de mi Sevilla, así que mi búsqueda se presenta como una misión suicida.

Debe de ser cosa del destino. O eso quiero creer, ya que los astros parecen haberse alineado para que complete esta locura. Primero, por encontrar una oferta de última hora en un vuelo con una única escala en Viena. De haber tenido que pagar una auténtica salvajada, que por otro lado me habría resultado imposible, al final me ha salido casi más barato que un low cost a cualquier destino español. En segundo lugar, por la inestimable ayuda de una antigua compañera del colegio, a quien no veía desde hace años. ¡Claro!, cómo iba a verla, si se marchó a buscarse la vida en la capital austriaca. Dos lagrimones se me cayeron cuando me dijo lo que cobra fuera de España. Sin embargo, no por ello deja de buscar el vuelo más barato cuando va y viene para disfrutar de sus vacaciones en Sevilla. Y la casualidad ha querido que regrese al país centroeuropeo en el momento más propicio para mí. De no ser por ella, es posible que aún estuviese buscando la puerta de embarque o el modo de facturar mi única maleta.

A pesar del cúmulo de coincidencias, el factor clave para que al final haya conseguido llegar a Salzburgo es mi propia determinación. Dejando a un lado mi lógico afán por cuidar de papá hasta el último momento, creo que jamás he estado más convencida de estar haciendo lo correcto, de estar haciendo lo que me dicta el corazón. Y no sé por qué, pero pienso que esta vez no se equivoca. En esta ocasión, a pesar de las muestras de rechazo que he recibido por parte de Cris, creo haber encontrado por fin lo que durante años llevo soñando, a quien me ha quitado el sueño desde niña. Puede que no se ajuste al perfil de príncipe azul que ya me hacía suspirar cuando el acné poblaba mi tez juvenil. Años en los que pasaba días enteros fantaseando con cuentos de hadas, engalanados con las baladas del momento.

No, por las venas de Cris no corre el menor indicio de realeza. Está

muy lejos de cabalgar a lomos del más elegante corcel para reunirse con su damisela enamorada. Ni siquiera se afanó en cortejarme, en seducirme con sus divertidas charlas, con sus fascinantes sonrisas. Vestir con impecable elegancia el azul del traje y la corbata no lo aproxima a mi príncipe soñado. Sin embargo, algo insiste en asegurarme que no debo dejarlo escapar. Algo se remueve en mi estómago cada vez que pienso en él. Una extraña sensación que me cuesta explicar. Quizás sean esas mariposas que aseguran revolotear en los vientres de las personas enamoradas. No lo sé, la verdad. Sólo tengo claro que quiero estar con él. Rescatando las palabras de Phil, puede que no me divierta como con él, pero lo necesito. Todas necesitamos a nuestro lado a alguien como Cris, a un hombre que nos rescate de las fauces de un dragón llamado vida, tan empeñado en castigarnos con sus feroces ataques.

Sea como fuere, aquí estoy y ya no hay vuelta atrás. Y más me vale que lo encuentre cuanto antes y me salga bien la jugada. De lo contrario, se me va a poner la cosa muy complicada porque sólo dispongo de cincuenta euros para sobrevivir. Carmela quiso prestarme más, pero no podía aceptarlo. Si todo sale mal, creo que me veré forzada a reclamar su ayuda para poder comer o para pagar alguno de los recibos que seguirán llegando sin el menor colchón económico sobre el que descansar. Y a Phil sólo quiero pedirle en el supuesto de que me vea obligada a regresar con el rabo entre las piernas. Negro no, negrísimo futuro el que se me presenta. Como mi vida no dé un giro de ciento ochenta grados, me temo que me arrepentiré de no haber participado en el juego de Phil. Puede que hasta me arrepienta de no haber aceptado en su día la propuesta de Javi de convertirme en algo detestable.

—Pero no puedo pensar en eso —me digo a bordo del taxi que me conducirá hasta los pies del vetusto hogar de Mozart.

—Excuse me?

—Nothing —respondo al intento del taxista de conocer si he decidido cambiar de destino.

No, querido, tengo muy claro el destino que deseo desde mucho antes de desempolvar mi patético inglés para indicarte un simple «Mozart's home». Tengo claro que no lo encontraré allí, pero es probable que tenga suerte y dé con él no muy lejos. Phil tenía claro que sabría dónde encontrarlo. Hay entonces pocas opciones más razonables que la que se presentó en mi cabeza cuando activé el modo «viajemos a Austria», al regresar a casa desde el club de aquel polígono.

El taxista se detiene junto a un puente transitable, por el que recuerdo haber circulado. De hecho, todo el entorno me suena bastante, pero no estamos donde pedí al conductor, que se afana en explicarme algo en su idioma. Señala con su brazo extendido hacia una calle peatonal, así que entiendo que debe de estar contándome que no puede acceder con el vehículo y debo apearme aquí. Abono pues la carrera y me despido de él con un escueto «bye». A pesar de la fecha, el fresco ambiente austriaco me recibe mostrándome su independencia del resto de Europa, sumida en una temprana ola de calor. No molesta, sin embargo. De hecho, apetece respirar un aire tan limpio paseando junto al río hasta llegar a mi verdadero destino. Y hacia allí camino pensativa, tratando de evocar recuerdos de un pasado reciente.

Apenas camino poco más de cien metros hasta que, abstraída, me topo con aquello que iba buscando, que no era otra cosa que el puente de los candados. El lugar al que Cris peregrinaba cada vez que necesitaba reflexionar sobre su pasado, de infausto recuerdo. Siempre me ha resultado curioso que acudiese a curar sus heridas precisamente al lugar que más daño debía de causarle.

«Makartsteg-Brücke» reza en un rótulo que da la bienvenida al puente, por si quedaba alguna duda de que he llegado al lugar que buscaba. Recuerdo haber leído el nombre en un folleto turístico que pude encontrar en el hotel que nos alojó, en aquella eterna espera que tuve que soportar en soledad. A pesar de la fecha estival, no hay tanta gente como cuando lo visité con mis extranjeros preferidos. Entiendo que el turismo se decanta en estas fechas por visitar lugares más cálidos y recreativos, provistos de playas o parques temáticos.

Parece imposible, pero estoy casi convencida de que hay más candados adornando la barandilla del puente que cuando tuve la suerte de visitarlo por primera vez. Y es que apenas queda espacio libre para nuevas muestras de amor. No obstante, en el folleto pude leer que era el quinto puente con más candados del mundo. En dicho panfleto también me informé de que Sonrisas y lágrimas se rodó aquí. Me encanta esa película y siempre la veo cuando la reponen, aunque espero que de Salzburgo sólo me lleve sonrisas y vaya dejando atrás de una vez por todas tantas lágrimas como he derramado a lo largo de mi vida.

Oteo la longitud de la pasarela, habilitada únicamente para el paso de personas, aunque no obtengo el menor resultado que me satisfaga. No

distingo por ningún sitio a Cris, por más que me esfuerzo en tratar de examinar cada una de las cabecitas que observo en la distancia. Avanzo unos metros, con la intención de obtener una mejor perspectiva en la zona central del tablero, pero no consigo encontrarlo y la ansiedad me aborda sin previo aviso. Frustrada, apoyo mis manos en la baranda y lanzo una mirada de abatimiento al punto más lejano del río. Un par de minutos después, cuando comienzo a dar por sentado que he cometido el error más estúpido de toda mi vida, hago un último examen ocular del margen izquierdo del río. Más porque coge de paso a mis ojos, cuyo punto de atención final reside en el interior de mi bolso. Pero lo cierto es que mi corazón recibe un impacto en forma de potente latido cuando, en la distancia, creo advertir una silueta conocida.

—Mira hacia aquí —suplico susurrante al desconocido que, al igual que yo hace unos segundos, mantiene su mirada perdida en donde el río converge con las edificaciones en uno de sus recodos.

Y, como si hubiese podido oír mi desesperada plegaria, gira su cabeza hacia el puente y el mundo que me rodea comienza a adquirir un color que no era capaz de distinguir hasta hace un instante.

¡Es él!

Nerviosa como nunca, decido activar el plan previsto, para lo cual me dedico a buscar en mi entorno algún chaval que cumpla con el perfil que busco. Cada pocos segundos, sin embargo, miro hacia Cris para no arriesgarme a una inesperada y definitiva desaparición. A escasos cinco metros de mí, distingo a un joven alto y delgado de pelo rubio, que bien podría pasar por universitario, de no ser por su rostro casi infantil. Entiendo que se ajusta al tipo de persona que idealicé desde que subí al avión y decidí mantener mi mente ocupada para no pasar un mal trago durante el despegue. Aunque se dirige hacia mi posición, decido darle el encuentro, a la vez que saco del bolso el sobre cerrado que preparé en Sevilla. Lo extraigo, junto con un folio que contiene una única frase en alemán, que el bueno de Phil se encargó de traducir para mí. Tan bromista como es, espero que no se cumpla el temor que me abordó poco antes de aterrizar y el mensaje se ajuste a lo que le pedí.

—Excuse me —lo abordo con mi inglés trianero—. Can you...? ¿Cómo se dice?, ¡joder! Anda y toma, guapo —decido ir al grano entregándole el folio.

—Hablo poco español —se esfuerza en aclarar, a la par que yo señalo hacia Cris para que entienda que debe entregarle el sobre cerrado, a cambio de los diez euros que prometo en la nota que me tradujo Phil por Whatsapp. De hecho, el diez es lo único que tengo claro en el texto que tanto me costó reproducir en papel—. No necesario. Yo hago gratis. No problema.

Quizás sea porque tengo los nervios a flor de piel. O puede que la explicación radique en el punto en el que se encuentran mis emociones, al borde del precipicio que me conduce hasta el cielo. Lo cierto es que, sin el menor indicio de haber sido masticado por mi cerebro, mi cuerpo se abalanza sobre el suyo y lo estrecha en un abrazo de agradecimiento que el chaval se ve forzado a dar por finalizado para poder seguir respirando.

Me quedo observando cómo camina desgarrado hacia Cris, lo cual posibilitará el encuentro entre la personificación de la clase y el perfecto prototipo de millennial. Los expertos aseguran que son la única generación que ha sabido adaptarse al brutal cambio tecnológico que hemos sufrido. Yo, en cambio, defiendo que son la primera en perder el gusto en el buen vestir. ¡Panda de frikis!

—¡Ya ha llegado! A ver cómo reacciona —me digo justo antes de que el muchacho señale hacia mí y me obligue a mezclarme en el tumulto de la excursión que me rodea. Por una vez, quiero observar sin ser vista. Necesito sufrir o disfrutar en la soledad de la lejanía la respuesta que me ofrezcan sus gestos.

Abre el sobre con la parsimonia y la seguridad que gobiernan todos sus actos. Mi corazón bombea con fuerza, pero procuro mantener la serenidad. Sin estar muy segura de conseguirlo, trato de reproducir en mi cabeza las palabras que yo misma escribí, las que memoricé durante el vuelo, las que él comienza a leer en este preciso momento.

*«No era café lo que bebías
en aquella cafetería,
más pendiente de tu teclado,
que de ver lo que Dios me ha dado.*

*Allí, con tu traje impoluto,
como poco te dije puto,*

*porque no dedicaste atención,
al palpar de mi corazón.*

*Desde ese instante me enamoré,
mas sólo rechazo soporté,
pero todo cambió un buen día
en el que papá se perdía.*

*Descubrí tu lado amable
y comenzaste a ser sociable,
hasta llegaste a ser valiente
salvándome del indecente.*

*Me mirabas y te miraba.
Me admirabas y te soñaba.
Me ansiabas y otro me tomaba.*

*Pero mi suerte cambiaría;
en Barcelona te conocía
y en Austria te conquistaría.*

*Y aquí regreso enajenada,
loca de amor, enamorada.*

*Despierta al corazón inerte
y seré tuya hasta la muerte.»*

—¡Me cago en su jodida inexpresividad! —protesto indignada cuando verifico que, al alzar su mirada, ha terminado de leer la carta que tanto trabajo

me ha costado entregarle.

Seguro que me ve como una tonta y ha pensado que ya soy bastante mayorcita para andar enviando cartitas de amor. Si es que tendría que haberlo previsto. Soy lo peor por pensar que...

—¡Viene hacia aquí! —me alarmo en cuanto se despide del chaval con una palmada en la espalda y se dirige hacia el puente. Definitivamente, debo de ser tonta por acojonarme al verlo venir hacia mí, cuando es lo que deseo con toda mi alma—. Acaba de verme. Su media sonrisa le delata. ¡Ay, Diosito! Y ahora, ¿qué le digo? —me pregunto acosada por la vergüenza—. Mejor, dejo que sea él quien dé el primer paso. No voy a ser yo quien lo haga todo.

¡Joder!, encima viene con ese traje azul que tanto me gusta. Siempre me parecieron unos estirados todos los tíos que me tiraban los tejos vestidos con traje de chaqueta, pero ¡qué bien le quedan todos a él!

Serénate, Luci, o vas a servirle de merienda. ¿Ya es la hora de merendar? ¡Pero si aún no he almorzado! Tengo hambre. ¿O serán gases? No, creo que es lo que él me provoca. Deben de ser esas jodidas mariposas de las que todo el mundo habla. ¡Ya está aquí! Ayúdame, Gitano mío, y te prometo que este año te acompañaré de penitencia con unas cadenas como la Giralda de grandes, pero ayúdame.

—Estás aquí —saluda a su manera.

¡Pues claro que estoy aquí, capullo! ¿Qué quieres que te conteste?

—Estamos aquí —matizo con la voz temblorosa.

¡Mierda!, acaba de situar entre nosotros la jodida cartita. ¡Quién me mandaba a mí andarme con juegos de niños!

—¿Carmela?

—¿Tanto se nota? —respondo avergonzada con otra pregunta. La verdad es que no las tenía todas conmigo cuando Carmela me propuso contarle nuestra historia para desenterrar a la poeta que lleva dentro.

—Teniendo en cuenta que me ha hecho reír al llamarme puto, resulta evidente —aclara—. «Esa mujé tiene una grasia que no se pué aguantá» —razona al más puro estilo andaluz, consiguiendo distender el ambiente y que mis músculos pasen de un estado pétreo a otro más natural. De paso y para hacer crecer mis esperanzas, me hace sonreír—. Tú tienes otras virtudes, pero

no es la gracia algo que te defina.

—¿Y puedo saber cuáles son?

—Aquellas con las que enamoraste a Philip —se evade.

—Phil no está aquí.

—Así es —ratifica mi observación—. Y tú tendrías que estar allí, en España, con él.

—Phil y yo hemos terminado. No podía soportar seguir a su lado estando enamorada de otro hombre.

—Yo no soy tu hombre —entiende a la primera.

—En eso llevas razón. Tú no eres mi hombre, sino... — Espero que me salgan bien. Llevo ensayando las dos palabritas desde que Phil me las escribió—. Mein Traumprinz.

Su respuesta llega en forma de sonrisa, pero no sé cómo tomármela.

—No ha estado mal, aunque la erre no suena tan viva como tú la pronuncias.

—Quizás sea porque los españoles vemos la vida de un modo diferente al vuestro. No todo ha de ser estudiado y calculado. Hay ocasiones en las que se debe actuar por impulsos.

—Si no se analizan de antemano las consecuencias de nuestros arrebatos más pasionales, nos arriesgamos a tropezar —observa en clara alusión a su triste relación remota.

—Yo no soy ella.

—Claro que no. Eres mucho mejor que ella en todo.

—Entonces, ¿dónde está el problema? —lo acorralo.

—En mí.

—Temes no estar a la altura porque vives anclado en el pasado, pero sólo necesitas un poco de alegría en tu vida para despertar al Cris que un día fuiste —reflexiono convencida de lo que defiendo—. Desde el principio noté cómo me mirabas. También pude comprender muy pronto que sentías celos de Phil. Y aquella noche, en ese hotel cercano, evitaste los besos. Temías sentir lo mismo que el único con el que te liberaste, después del estúpido juego con el coñac. Libérate, Cris. Da rienda suelta a tus sentimientos y no te

arrepentirás.

—Te miraba embrujado porque me fascina que tu sonrisa ilumine más que la luz de tu sol sevillano —explica, mostrando un brillo desconocido en sus ojos—. Y es cierto que siento celos, pero cuando observo que es el viento el que ondula tu cabello sobre ese cuello huérfano de caricias. Como también llevas razón en que procuraba evitar tus besos, del mismo modo que suelo rechazar el alcohol porque, en ambos casos, no me gusta sentirme embriagado y perder el control.

—¿Y qué hay de malo en eso?

—Que no quiero hacerte daño.

—¿Hacerme daño? —repito con énfasis, sorprendida—. Desde que te conozco, sólo has hecho cosas buenas por mí. Me ayudaste a encontrar a papá, me salvaste de aquel salvaje, conseguiste que viviera una de las tardes más hermosas que recuerdo, por no hablar de la noche más apasionada que nunca he vivido. ¿Sigo? —le reto—. Porque imagino que no tiene relación tu marcha con mi participación en el juego...

—Olvidas el apagón en el Dreams.

—¡Fuiste tú!

Sonríe con suficiencia, como demandando algún tipo de reconocimiento por haber frustrado el polvo que estuve a punto de echar con Perico.

—Nunca me fie de aquel tipo —razona su intervención.

—¿Ves lo que te digo? —pregunto situando mis manos sobre sus brazos—. No conozco a nadie que haya velado tanto por mí en tan poco tiempo. Incluso viajaste a España y acudiste al cementerio para estar a mi lado.

—No estuve a tu lado.

—¿Qué te pedía aquel día este? —le interrogo golpeando repetidas veces en su pecho, sobre su corazón.

—Lo que lleva gritando con cada latido desde que te conocí en aquella cafetería. Desde que me abordaste con tu poca vergüenza, sabía que serías mi perdición, por eso intenté que te marcharas.

—Sin embargo, aquí me tienes.

—Phil lo pasará mal —argumenta en un desesperado intento por detener lo inevitable.

—Él mismo ha sido quien me ha prestado el dinero para volar hasta aquí. Sobrevivirá, al igual que tú mientras estuve con él.

—¿Y yo?

—¿Tú qué? —repito.

—Que si sobreviviré o moriré de amor a tu lado.

—Tenemos toda la vida por delante para descubrirlo —apunto, sintiendo que algo emerge de muy adentro y se libera en forma de enorme sonrisa. Creo que tanta tensión no puede ser buena, así que lo mejor será que la comparta como mejor se me da. Me acerco a él con la intención de besarle, pero sitúa una de sus manos sobre mi pecho y me mira confundido.

—Espera, creo que hay algo que no funciona. —Ahora soy yo quien lo mira desorientada, demandando una pronta solución al dilema, bajo riesgo de sufrir un infarto—. Me parece que el cuento no era así.

—¿De qué hablas?

—Era el príncipe azul el que salvaba a su doncella de las garras del mal y no al revés.

—Eso es porque nunca te has cruzado con una princesa sevillana —bromeo—. A nosotras no nos rescata nadie. Nos basta y nos sobra con que nos pongan el desayuno cada mañana. Y ahora, deja de hacerte el gracioso, que eres austriaco y tienes muchas cualidades, pero el salero lo inventó un andaluz. Así que demuéstame si es verdad eso que dicen de tus paisanos.

—¿El qué?

—Que estáis mejor callados.

Así decido no posponer por más tiempo algo que llevo deseando desde que me perdí por primera vez en la intensidad de sus ojos «grizules». Me olvido entonces del candado que llevo guardado en el bolso para sellar nuestra unión, agarro su corbata, tiro de ella hacia mí y dejo que él haga el resto. Y aquí, en este mágico paraje, testigo del más extraordinario de los cuentos, mi príncipe azul me lanza una última mirada de auténtica devoción, ladea su sonrisa a un lado y me envuelve con la magia del beso más hermoso jamás contado.

Y colorín colorado...

...este cuento se ha acabado.

¿Qué mejor forma de acabar el cuento de un príncipe azul que con un beso?

Hay una que la supera y, además de obligada, es de bien nacido. Por eso quiero enviar mis AGRADECIMIENTOS a mis queridas xoxis, que más que lectoras cero, son las mejores consejeras y amigas. Sin vosotras no habría sido capaz de esquivar los numerosos contratiempos y de poner fin a esta larga historia.

Mi agradecimiento siempre para mi esposa y mi hijo por apoyarme y entender mis excentricidades. Sin ellos no sería capaz de poner la primera letra a ninguna obra.

Gracias también a mis dos «Lindas», por ayudarme a comprender que el amor más grande es capaz de ocultarse hasta en el corazón de un simple animal de compañía. Comencé la novela con vosotras a mi lado y la termino con vuestra imagen eterna en mi memoria. Va por vosotras.

Table of Contents

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)
[Capítulo 36](#)
[Capítulo 37](#)
[Capítulo 38](#)
[Capítulo 39](#)
[Capítulo 40](#)
[Capítulo 41](#)
[Capítulo 42](#)
[Capítulo 43](#)
[Capítulo 44](#)
[Capítulo 45](#)
[Capítulo 46](#)
[Capítulo 47](#)
[Capítulo 48](#)
[Capítulo 49](#)
[Capítulo 50](#)
[Capítulo 51](#)
[Capítulo 52](#)
[Capítulo 53](#)
[Capítulo 54](#)
[Capítulo 55](#)
[Capítulo 56](#)
[Capítulo 57](#)
[Capítulo 58](#)
[Capítulo 59](#)
[Capítulo 60](#)
[Capítulo 61](#)
[Capítulo 62](#)
[Capítulo 63](#)
[Capítulo 64](#)